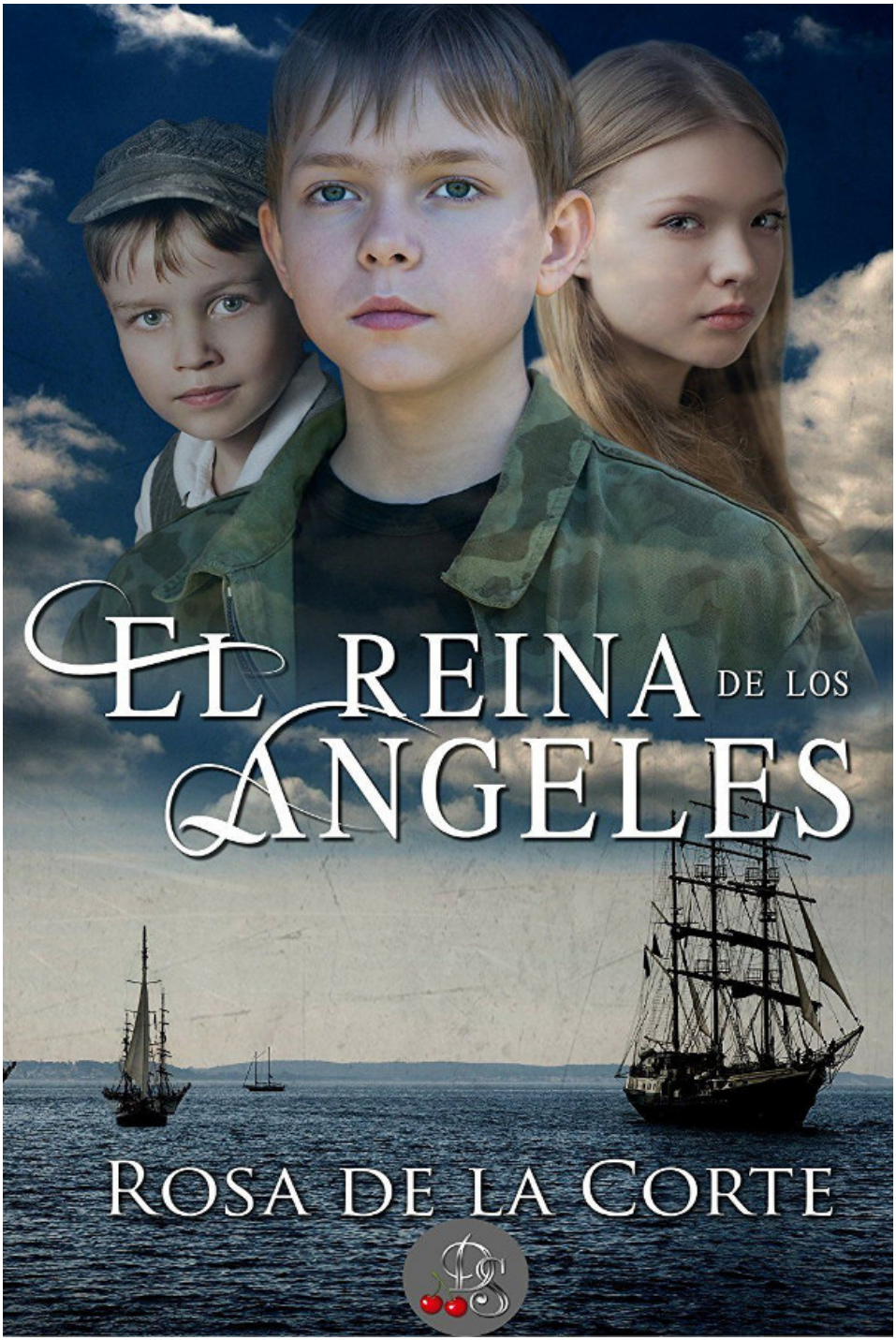
EL REINA DE LOS ANGELES
ROSA DE LA CORTE

Reina de los Ángeles es una obra que narra el incesante flujo migratorio alcanzado en España a lo largo del siglo XIX. Los destinos eran las colonias situadas al otro lado del Atlántico; marchaban en busca de la aventura americana.De la península, concretamente desde el Puerto de Cádiz, partían barcos rebosantes de adolescentes y jóvenes hacia ultramar huyendo del hambre y la miseria, buscando una vida mejor y con el objetivo de hacer fortuna para regresar a la patria con los bolsillos llenos. El Reina de los Ángeles era el barco que cubría la ruta de Cádiz con Santiago de Cuba en el cual embarcaron algunos personajes relevantes de la obra. En esa época Cádiz se erigía como punto de conexión entre los dos mundos, el nuevo y el viejo.Como espina bífida, la columna vertebral de esta novela se ramifica en dos historias que van sucediendo simultáneamente. Una se desarrolla en Comillas; la casona de los Mendoza es el escenario de esta trama donde doña Pina, la dueña y señora del lugar, y Lena, su doncella, viven en dos universos opuestos dentro de la misma casa. La otra se desarrolla en varios puntos de la geografía cubana: Santiago, Trinidad y, especialmente, la plantación de caña de azúcar La Santísima Trinidad, a donde llegan los jovencísimos Emilio y Antonio tras una larga travesía en el Reina de los Ángeles en busca de una vida mejor.

Rosa de la Corte

El Reina de los Ángeles

Rosa de la Corte
Primera edición:febrero, 2017
Diseño de portada y maquetación:China Yanly

Nota de la autora

Esta historia es pura creación, subsiste únicamente en el plano literario, no obstante, es incuestionable que parte de la narración está basada en hechos reales.

El flujo migratorio alcanzado en España a lo largo de los siglos XVIII, XIX y principios del XX fue considerable. Los destinos eran las colonias situadas al otro lado del Atlántico; marchaban en busca de la aventura americana.

De la península, concretamente desde el Puerto de Cádiz, partían barcos rebosantes de adolescentes y jóvenes hacia ultramar huyendo del hambre y la miseria, buscando una vida mejor y con el único objetivo de hacer fortuna para regresar a la patria con los bolsillos llenos.

Algunos lo consiguieron. Volvieron transformados en indianos; ejemplo de ello es Antonio, uno de los personajes principales de esta historia que, tras embarcarse con lo puesto en el *Reina de los Ángeles* rumbo a Cuba, creó un imperio financiero y naviero en la isla caribeña, en la costa oeste americana y en España, aunque el modo de conseguirlo esté repleto de luces y sombras.

En los últimos años de su vida, la guerra de Cuba, además de proporcionarle beneficios económicos, le sirvió para adquirir un gran prestigio a nivel nacional e internacional como prohombre de negocios.

1

Comillas, mayo de 1831

Apuntaba el alba, Lena intuyó, nada más abrir los ojos, que el día iba a ser distinto. Algo extraño dentro de ella se lo decía, quizás un augurio o un presentimiento alojado en su cerebro. Se levantó estirando los brazos y la espalda cargada aún de esa rara sensación que superó en cuanto puso los pies en el suelo.

Como una bendita, su hermana dormía en el jergón pegado a la pared, con una placidez envidiable y un sopor plomizo; le costó varios minutos despertarla.

—¡Teresa!, ¡Teresuca!, ya es la hora. Tenemos el tiempo preciso para llegar a Cardosa.

—¿Hace frío? —le preguntó con los ojos cerrados.

—No. Parece un domingo veraniego —le respondió para engatusarla.

De un salto, Teresuca se incorporó ilusionada por ver el sol. Corrió hasta la ventana para abrirla de par en par y descubrió que el día era igual a todos: frío y grisáceo...

—¡Eres mala, muy mala! ¡Qué falta hace que me digas mentiras! —le reprochó.

Lena la miró con cara angelical, pidiendo su comprensión.

—Si no te digo eso no te levantas, Teresuca, y la negra y la tuerta nos esperan...

Se vistieron con ropas de faenar, desayunaron el tazón de leche caliente migada con pan que su madre les sirvió con las legañas pegadas.

—¡Vamos, niñas!, que la Eufrasia no me tenga que dar quejas vuestras —les apremió Constanza, madre de las chiquillas.

—Madre —dijo Lena—. Dígale a padre que hable con don Celso, por lo del trabajo en la casa de los Mendoza; yo ya puedo servir. Necesitamos ese jornal. Usted sabe que la faena con la señora Eufrasia es poca cosa...

Bebieron los tazones de leche hasta la última gota, calzaron sus pies con las abarcas preparadas detrás de la desvencijada puerta de la entrada y muy deprisa emprendieron la subida por una loma forrada de pastos hacia Cardosa, con el único fin de aliviar las ubres de la negra y la tuerta, dos hermosas vacas.

Eran las seis y media de la mañana. Mientras caminaban, la respiración agitada de sus pechos originaba que subieran y bajaran como esponjas; la húmeda ladera de terciopelo verde que subían a duras penas, se transformaba en un trecho más grande por la ingente pendiente que tenían que recorrer. Cruzaron sembrados de maíz y huertas de hortalizas, en una de ellas estaba la madre de Antonio; una solitaria viuda de aspecto envejecido que cultivaba, en su trozo de tierra triangular, frutas, tomates y cebollas para darles de comer a sus tres hijos. También poseía en el mercado una pequeña pescadería donde ofrecía dos montones de pescado; uno de sardinas y el otro de anchoas que, tras vocear las delicias de su mercancía, vendía a duras penas. Todo insuficiente para sacar adelante a su prole.

A Lena, desde que Antonio la besó, le gustaba hablar con ella; sus facciones le recordaban a las de él; al muchacho que la semana anterior la había abrazado. Ocurrió el viernes. Al atardecer estaban riendo felices apoyados en la tapia del cementerio cuando, en un inesperado arrebato, él se acercó a su rostro y, durante un instante eterno, sus tiernas bocas se pegaron. Después, la estrechó contra su pecho. Ella sintió que Antonio no podía separarse de ella, la excitación del momento les aturrulló la cabeza y el corazón; desde ese día todo le cambió por dentro.

Las sombras que ribeteaban los ojos de la mujer apagaban su semblante, sin embargo, saludó a las chiquillas alzando la cabeza e intentó sonreír.

—¡Adiós, zagalas! —les dijo en tono comedido y agachó

inmediatamente la cabeza hacia el pequeño tramo de tierra que estaba arando, como si no quisiera añadir ni una sola palabra más.

—¡Adiós, doña! —le respondieron.

Al rato, llegaron al prado de la señora Eufrasia, abrieron por inercia los portones del establo, cogieron los diminutos bancos donde se sentaban para ordeñar y sus dedos se agarraron a las tetillas de la tuerta y la negra.

La negra, mucho más formal que la tuerta, se dejaba hacer con serenidad; sabía aprovechar el tiempo. En cambio, la tuerta era un poco más atolondrada, había que convencerla para que se aquietara y así poder ordeñarla. Teresuca era tan atolondrada como la tuerta, quizá porque contaba once años. Sin embargo, los trece de Lena le concedían más envergadura y seriedad.

Al terminar la labor, dejaron los baldes rebosantes de leche en el poyete de la ventana de la cocina. Después, con las escobas adecentaron el establo. Silenciosas y contando las monedas de cobre conseguidas, bajaron nuevamente por la loma de Cardosa, los cuartos de maravedíes tintineaban entre sus manos enrojecidas como la grana de faenar.

Con enorme rapidez marchaban por las calles cogidas del brazo, Lena y Teresuca. Las campanadas, que convocaban a la misa de diez, habían dado su último tañido penetrando a través de sus oídos como un latigazo. Aún les quedaba recorrer algunas callejas y atravesar la Plaza del Corro hasta llegar a la parroquia. “Este templo fue construido con corazón, fervor y mucha dignidad”, pensó Lena mientras sorteaban el empedrado del pavimento y se introducían en la Plaza del Ayuntamiento donde se encontraba la Iglesia de San Cristóbal. Su padre le relató esta bella historia. Sus tíos, abuelos y muchos vecinos también le habían contado los sucesos acaecidos en la segunda década del siglo XVII. Magdalena recordaba palabra por palabra el acontecimiento que sacudió a Comillas durante largos años:

> *Tiempo atrás, los paisanos del pueblo habían ido construyendo la parroquia de San Cristóbal realizando turnos y con una dificultad extraordinaria. Al amanecer, una vez a la semana, con un frío terrible en los pies y en sus días libres, se acercaban a la obra de la futura iglesia para arrimar el hombro y ayudar a alzar los muros,*

cerrar los arcos, forjar las rejas, pintar las vidrieras... Lo hacían para sufragar una deuda con la Iglesia por una afrenta con el administrador del Duque de Infantado, un noble feudal, el cual, impuso un trato de favor reservando unos bancos preferentes dentro de la antigua parroquia para él, para su familia y para su administrador. Como el clérigo de la antigua parroquia optó por concederle la prebenda al noble y a sus allegados, el pueblo, ofendido, no transigió con este privilegio dentro del templo y se marchó a la ermita de San Juan trasladando allí los oficios y negándose a oír misa junto al duque y, especialmente, junto a su administrador dentro de la antigua parroquia, actualmente convertida en cementerio. El obispo tomó parte en el pleito concediéndole la razón al duque y al párroco y le infligió un castigo al pueblo: en Comillas no se celebrarían misas. Efectivamente, durante un año no se oficiaron, hasta que los fervientes cristianos no pudieron soportar más tiempo este castigo y pidieron perdón llegando a un acuerdo con el Arzobispado. La sanción fue levantada cuando los comillanos se comprometieron a edificar la nueva parroquia con sus propias manos y los pocos medios de los que disponían, en la misma ermita de San Juan.

Poco a poco desde aquellos días convulsos, fueron cimentando con nobleza y orgullo la planta cuadrangular, las bóvedas de tradición gótica, la cabecera rectangular con tres naves, las vidrieras pintadas y una imponente torre prismática acabada en un pináculo de estilo francés.

Habían concluido la edificación de la parroquia casi un siglo antes. Los comillanos lo consideraban una gesta, un acto gallardo y generoso de sus antepasados no muy lejanos, por eso, desde entonces, se congregaban delante del altar para agradecerle al Señor la finalización de la parroquia. Diariamente acudían con una devoción extrema, para reclinarse delante del Cristo del Amparo, patrono de los pescadores, el cual, atesoraban dentro de las inquebrantables paredes de sillería que abrigaban al templo junto al soberbio órgano situado en el espacioso y esbelto interior. Más de una vez habían acudido las familias de los pescadores, para encomendarse al Cristo cuando los hombres tardaban alarmantemente en volver de faenar la mar y presagiaban peligro.

Allí se arrodillaban, las dos niñas junto a su madre, delante de la santa figura rogándole entre rezos que apareciera La Golondrina, la

embarcación donde faenaba Jonás, por el revuelto horizonte del Cantábrico.

Iban derechas como velas luciendo sus espigadas siluetas. Se pusieron, como todos los domingos, las enaguas almidonadas bordeadas de encaje blanco, sobre las enaguas colocaron las faldas recién planchadas de los domingos que habían sacado la víspera del arcón. Antes de vestirse, se asearon a conciencia para desprenderse del olor a agrio después de haber ordeñado a la negra y a la tuerta. También peinaron sus cabellos rubios con tiempo suficiente hasta conseguir que los moños se mantuvieran firmes, sin greñas inoportunas que les estropeara el aspecto. Lena había abierto de nuevo el viejo arcón para coger las toquillas. Entre ambas, desdoblaron con cuidado las prendas de lana que, minutos después, cayeron sobre sus hombros. Eran de colores vistosos. Las habían tejido al amor de la lumbre las noches de invierno y aún estaban impregnadas de ese apresto fresco que les concedía apariencia de nuevas, muy adecuadas para mostrar en misa de diez.

Por fin llegaron a la reducida plazoleta del templo, antes de entrar en el pórtico, se cubrieron las cabezas con los velos negros ribeteados de un fino bordado que parecía filigrana. Oyeron toses, cuchicheos, percibieron el fuerte olor de la cera junto al ruido de los rosarios plegándose en sus cajas. Observaron los misales dispuestos en las repisas de los reclinatorios y los bolsos nuevos, de las señoritas más finas, cerrados con sus broches de reluciente carey dispuestos ostentosamente encima de los bancos. Todo era normal; un domingo cualquiera.

Enterraron los dedos en la pila del agua bendita, con las uñas chorreando se hicieron la señal de la cruz besándose el pulgar al finalizar el rito tan repetido desde que eran muy niñas. Las genuflexiones las efectuaron al unísono cuando atravesaron el altar mayor, donde vislumbraron a don Ricardo, un clérigo joven e ingenuo, asomando su casulla verde desde la sacristía a punto de salir con los tres monaguillos pululando a su alrededor.

Mateo Mendoza las observaba sin perder detalle de sus movimientos, se hallaba en el último banco junto a su primo Anselmo. Lena era la que le interesaba, le enloquecía su belleza desmesurada, la blancura extraordinaria de su piel, su ensortijado pelo rubio, sus ojos de un azul alegre de mirada serena, su boca de

labios carnosos y su voz agradable y dulce.

Ella sabía lo que despertaba en él, se lo decían sus constantes miradas de una intensidad extraña; le lanzaba ráfagas con una especie de señal que la muchacha desdeñaba. Porque en su corazón solo estaba Antonio, él era el centro de sus pensamientos. Lo quería desde que volvió de Lebrija, donde estuvo trabajando en la tienda de su tía, que piadosamente lo mantuvo más de dos años y ahora, otra vez de vuelta al pueblo, cuidaba de su madre y sus hermanos haciendo lo que podía. Antonio era de esos muchachos trabajadores y despiertos. A ella le gustaba especialmente su rostro anguloso, su genio, su forma de ser: serio y juicioso.

Lo buscaba entre los feligreses intentando disimular su ansiedad, pero no lo encontró en el lugar donde él solía sentarse. Pensó que algo pasaba...

Aquella mañana el mundo entero se le vino encima a la pobre muchacha. Cuando acabó el oficio y los parroquianos se congregaron en la pequeña explanada de la Plaza del Ayuntamiento, su cuerpo comenzó a vibrar estremecido al escuchar que Antonio cogió el hatillo y marchó para Cuba, hacía dos días ya de su estampida. Escuchó frases sueltas con largos silencios en las cuales se entendía que algún asunto turbio, una reyerta callejera y una deuda con la justicia lo catapultaban al otro lado del Atlántico. También escuchó que embarcó con un pasaje que le proporcionó el señor Martín de Velasco, naviero y hombre principal en Comillas y que el zagal puso rumbo a Cuba en el *Reina de los Ángeles*, un navío que partía del Puerto de Cádiz.

Todo brincaba en su cabeza, en su confusión no fue capaz de reconocer quién había pronunciado las fatídicas palabras que se habían vertebrado con fino hierro para formar un puñal y traspasarle el corazón. ¿Dónde quedaban las noches en vela pensando en sus ojos, en sus manos fuertes, en esa mirada que penetraba su alma y la incendiaba con hogueras vivas imposible de sofocar? A sus trece años, el amor iniciado y fantaseado en su cabeza había hecho agitar tanto su corazón que se había creado una ilusión tan inmensa como falsa, aunque la sostenía con el mismo ímpetu de la realidad, como si hubiera consumado ese amor imaginado.

No pudo soportar las ganas de llorar al entender que su vida se hallaba articulada de esperanza, de fantasías y un amor ciego que habían llegado a su fin. Cogió la mano de Teresuca para salir

volando de aquella plaza infernal con el único propósito de llegar cuanto antes a la casa, para caer de bruces sobre el camastro y llorar todo lo que quedara del día. Por el camino de vuelta, Teresuca le preguntaba el motivo de la desazón tan imprevista que asolaba a Lena y que la mantenía en vilo al verla llorar sin consuelo.

—¿Qué te ocurre, Lena? —le preguntaba Teresuca a cada paso que daba.

—¡Calla y vamos deprisa!

Por fin llegaron al intrincado montón de casucas que se dispersaban encima del cerro, en Sobrellano, se adentraron en su modesto hogar y, en el cuartucho donde dormían las dos chiquillas, Lena profirió un desgarrado lamento de dolor.

2

Cádiz, mayo de 1831

Era una mañana inclemente de mayo, el poniente arreciaba la ciudad presagiando tormenta y dejaba un rastro de humedad junto a un aire frío que calaba hasta el tuétano de los huesos.

Atracado en el muelle del Puerto de Cádiz se encontraba el *Reina de los Ángeles*. Antonio trepaba despacio por las estrechas y sucias escalas del portalón que lo conducía a la cubierta del imponente navío. Iba tenso, con un frío interno difícil de apaciguar, agarrando el salvoconducto y el pasaje con los dedos de la mano derecha, la izquierda, la utilizaba para amarrarse al frágil pasamanos con su boina negra impidiendo que la cadena oxidada le dañara su palma; así conseguía, mientras ascendía, mantener el inestable equilibrio. Delante de él iba Gerardo Calvo, paisano de Comillas y, detrás, Emilio Abarruza, un muchacho vasco dispuesto a hacer las Américas con medio maravedí como todo capital en el bolsillo de sus recosidos pantalones.

Antonio, durante su escalada, giraba su finísimo cuello a diestro y siniestro buscando un uniforme con o sin galones que apareciera para arrestarle. El miedo aprensivo que lo sobrecogía le hacía ver milicias del orden público y militares por todos los rincones y deseaba con todas sus fuerzas comenzar una nueva vida. Había visto marchar de su Cantabria natal a muchos paisanos que, años

después, habían regresado convertidos en hombres ricos. Esta idea era la que le había insuflado bríos para irse, a los catorce años, de su casa y de su villa para buscarse la vida en ultramar.

Antonio era alto, de talle fino y porte atlético, vestía un pantalón pardusco muchas veces remendado y heredado de un familiar lejano, una camisa clara con bolitas negras alrededor del cuello y especialmente en el filo de las mangas. Remataba su indumentaria con una desgastada chaqueta gris en un intento inútil de cubrir su indigencia. En su pensamiento llevaba a su madre, a sus dos hermanos y a la hermosa muchacha que besó y abrazó en la tapia del cementerio. Su corazón adolescente palpitaba cuando recordaba los labios de Lena, la suave piel que la envolvía y sus pupilas claras, tan claras, que parecían transparentes. Sin darse cuenta, percibió sus ojos nublados, sintió una fina tristeza traspasarle el estómago y una inoportuna arcada le dejó el rostro blanco como el papel.

—Pasaje, por favor.

Se topó de frente con el subalterno encargado de recoger los pasajes y revisar los salvoconductos y otros papeles imprescindibles para embarcar en el *Reina de los Ángeles*. Como pudo, reprimió las ganas de vomitar. Sereno, sin atisbo de la inquietud que lo dominaba, le ofreció al empleado los documentos que requería para poder viajar a Cuba y hacerse a la mar. Deseaba alejarse de la miseria, el hambre y la fastidiosa cuenta pendiente con la justicia...

—Pasa, chaval, el camarote está a la derecha de la puerta 12, bajando esas escaleras — le dijo el empleado clavando sus ojos en el pasajero siguiente que ya no era Emilio, el vasco.

Siguió la dirección que le había indicado el hombre, la melancolía y el miedo se apoderaron de su alma. Con el hatillo sobre el hombro y con los papeles guardados en el bolsillo ya estaba a bordo, eso significaba que el peligro con la justicia se alejaba a cada paso que daba hacia el interior de la nave. Ahora solo tenía que cuidar de su persona, ya estaba crecidito para hacerlo y con Gerardo Calvo sería más fácil.

Mientras caminaba, observaba varios rollos de cuerda encima de la cubierta de la proa, las escotillas sucias y un montón de enormes fardos repletos de productos genuinamente españoles: cebollas, ristras de ajos, aceitunas, sacos de garbanzos, azafrán, aceite de oliva y mucha más mercancía que era trasladada a través de una rampa sobre los hombros de los estibadores. Recorrían el breve

trayecto del muelle hasta la popa, para después, almacenarla en las entrañas del buque, en las bodegas del barco.

Antonio ingresó en el pasillo que lo conducía a su camarote, iba sumido en el más profundo silencio. La entrada del camarote era estrecha. Allí se encontró sobre una colchoneta a un viejo tendido bocabajo, con la cabeza entre los brazos. Depositó su hatillo sobre la colchoneta de la litera superior dirigiendo su mirada al único y mortecino haz de luz que entraba por un diminuto orificio circular. Por el ojo de buey vio pasar al resto de los pasajeros cargados de bultos que se deslizaban por el pasillo de la puerta 12 y caminaban aturrullados buscando el habitáculo donde, hacinados, pasarían más de cincuenta días de navegación.

Gerardo entró sonriente en el exiguo espacio de Antonio, su camarote estaba en la planta superior, era más amplio, más limpio y solo tenía que aguantar a un viajero, un hombre de negocios.

—Qué muchachote, ya te has instalado —le dijo dándole una palmada en la espalda.

Antonio lo miró con tristeza, aunque la idea de marchar cuanto antes lo mantenía tenso, sin darle tiempo a oír su nostalgia.

—¡Menudo sitio asqueroso es este! —le dijo escupiendo las palabras con absoluto desprecio sobre el pequeñísimo camarote de Antonio.

El zagal aguantaba con paciencia las palabras displicentes de su paisano, cuando entró en el habitáculo Emilio, el vasco, escuálido y con los ojos torcidos a causa del hambre y las calamidades que soportaba.

—¡Agur, chavales!, este es mi camarote —les dijo a los muchachos guiñándoles un ojo.

—Extraña casualidad —observó Gerardo.

—¡Me cago en diez...! El Antonio y yo vamos a estar juntos, ¿no os alegráis?

—Si, desde luego —dijo Antonio

—Aunque... para ser claros... yo... he embarcado escondido... quiero decir...

—¡Polizón! —gritó Gerardo con la voz ronca.

—¡Chist! —a tiempo le tapó la boca Antonio mirando al viejo.

El viejo, acostado en la colchoneta, se movió para girar la cabeza y mirar con los ojos gelatinosos a los tres chicos, después sin decir palabra, volvió a su postura original y siguió durmiendo con un ronquido suave que poco a poco se transformó en una

respiración pausada.

—¡Calla, animal! —Añadió Antonio sin gritar.

Gerardo se tranquilizó y comenzó a escrutar al vasco sin disimulos dejando claro quién era el que mandaba allí, el dinero marcaba el rango. Aunque a Emilio no le intimidó la mirada atravesada del joven comillano, disimuló una docilidad falsa bajando los ojos al suelo de forma sumisa; sabía que no podía hacer otra cosa por ahora... Tenía que subsistir a expensas de los dos cántabros y no iba a morder la mano que le iba a dar de comer...

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Antonio sacando un trozo de pan con queso.

Antonio miró a Emilio de frente con los ojos límpidos, adivinando la relación abierta y sincera que con el tiempo se trabaría entre ellos.

—Jamás te delataré, puedes quedarte en mi colchoneta, la compartimos. Yo duermo de noche y tú de día

Gerardo era alto y de buena estampa, no aceptó ni el pan ni el queso que le brindó su paisano; él poseía otras viandas. Se movía y gesticulaba desaprobando las palabras de Antonio, reivindicando la ilegalidad y la inmoralidad, según su entender, que encerraban las palabras del amigo.

—Este zagal nos puede meter en un lío con la policía. Precisamente tú, Antonio, debes mantenerte al margen de esta imprudencia, por llamarle de forma caritativa a este delito.

El polizón apenas podía mantenerse derecho del hambre y el frío que había padecido desde que salió de Santurce, hacía ya un mes. En ese tiempo, poco había comido y mucho recorrido por los caminos; unas veces andando y otras en carros, cuyos dueños, lo acomodaban en la parte trasera entre la carga que transportaban; principalmente de trigo, mijo, centeno y la mayoría, de zanahorias y cebada. Hurtando algunas hortalizas y panochas de los vehículos, se había mal alimentado el pobre muchacho. Por eso no dejaba de observar, desvanecido por la gazuza, el pan y el queso que Antonio sostenía entre sus manos, haciendo caso omiso de las palabras de Gerardo.

Antonio le acercó al zagal un trozo de pan arrancado de la hogaza, cada vez más menguada desde que partió de su villa, y un trozo de queso blanco elaborado por las manos de su madre. El vasco agarró el trozo de pan y el queso, se lo embutió en la boca de una tacada, con un hambre atrasada que conmovió a Antonio que

volvió a ofrecerle más pitanzas.

—¡Andas mal de la cabeza! —espetó Gerardo a Antonio—. ¡Deja a este tunante que se las arregle él solito! … Te vas a meter otra vez en un lío gordo...

Antonio se giró hacia donde se situaba su paisano, le puso la mano bruscamente en el hombro y le dijo:

—¡Qué mostrenco eres Gerardo! ¡Si no te gusta lo que estás presenciando, das la vuelta, te vas a tu confortable camarote y no volvemos a mirarnos en todo el viaje! Pero si te quedas..., ¡que sea sin lloriqueos y sin remilgos de monjas!

La bruma espesa de sus ojos dejaba claros sus pensamientos, aun así, Gerardo se replegó a las exigencias de Antonio y asintió con su orgullo derrumbado.

—De acuerdo, dejo de recordarte tu situación con la justicia, pero que conste que te lo he advertido —murmuró con las orejas gachas.

—¿Aceptas entonces que Emilio quede bajo nuestro amparo?

—Está bien... Acepto.

—Yo también acepto —dijo el viejo incorporándose de su colchoneta.

Las miradas de los muchachos se clavaron en el viejo. El hombre cruzó los brazos sobre su gran barriga, alzó los ojos entornados y soltó una carcajada ronca, rota por el tabaco y el aguardiente.

—Este jovenzuelo se queda en este camarote, yo mismo lo protejo. Ser polizón no es pecado —el viejo dirigió la mirada a Gerardo—. Cuando no hay monedas en el bolsillo, la única salida es fugarse, huir del hambre y la miseria e intentar salir adelante en otra tierra.

Matías, así se llamaba el viejo, sacó de su maletín una petaca con tabaco, una pipa negra y unos cerillos de varillas cortas, los cuales dejaban quemadas las yemas de sus dedos por el breve recorrido de la llamarada. Los cerillos también dejaron boquiabiertos a los niños que nunca habían visto uno. El viejo llenó la pipa y la encendió, la humareda se esparció por el aire dejando un olor dulzón y penetrante que hizo toser al fugitivo.

—Qué edad tenéis —preguntó el viejo después de dar dos o tres caladas.

—Quince —dijo Gerardo, sabiéndose el mayor—. Parto a Santiago de Cuba a casa de un tío paterno que ha hecho fortuna por aquellas tierras, concretamente en Trinidad.

—Catorce —añadió Antonio.

—Creo que también tengo catorce, señor —contestó Emilio—. Mi madre murió alumbrándome y en el orfanato donde he vivido hasta hace un mes, nadie sabía debidamente mi fecha de nacimiento.

—Entiendo —dijo Matías— pues desde ahora es oficial tu edad. Yo afirmo que tienes catorce años. Ja, ja, ja.

El viejo rió con ganas bebiendo de la botella de aguardiente que estaba posada sobre el suelo, al lado de su estrecho catre. Después de dar un buen trago, la ofreció para que los jóvenes también bebieran el licor.

—En tres horas saldremos con la marea —dijo Matías de forma doctoral—. Ya oigo a los remolcadores acercarse hacia aquí.

A eso de las dos de la tarde, por fin el barco izó velas y se deslizó por las aguas de la bahía con las dos barcazas escoltándolo, la marea era propicia y el viento ayudaba la navegación lenta hasta salir a aguas más abiertas. La fuerte brisa se hizo fría y los muchachos, encogidos por la humedad, se asomaron desde la barandilla de la cubierta y contemplaron a la ciudad perderse. Aunque el día permanecía aún oscuro, se divisaba la Torre Tavira cada vez más reducida y al vigía del Puerto de Cádiz como un soldadito de plomo dentro de su garita, hasta que desaparecieron en un horizonte nubloso. Comenzó el viento a gemir, a caer una llovizna suave de primavera, que, al poco tiempo, se transformó en un aguacero violento y desapacible que hizo refugiarse al pasaje en sus camarotes. La tristeza del ambiente embargó los corazones de los muchachos y las lágrimas aparecieron, sin previo aviso, en sus ojos. Antonio, subyugado por una congoja que lo asfixiaba, se hizo una promesa: volvería a por Lena.

3

Comillas, julio de 1831

Don Celso Cordero de la Rocha llevaba como Secretario del Ayuntamiento de Comillas más de veinte años. Era, principalmente, hombre recto, servicial y de cumplimiento exacto del deber. Su única ligereza había sido casarse, pasados los treinta y ocho, con una vistosa mujer casi veinte años menor que él. Tenía dos robustos mellizos que comenzaban a gatear y cuyo parecido a su padre era, en términos matemáticos, cero. Sin embargo, los nenes poseían ciertas semejanzas con un viajante, buen mozo, que aparecía y desaparecía de Comillas como la suerte, de vez en cuando.

Esta coincidencia agitaba las lenguas de la gente malintencionada que murmuraban referente a la paternidad del bueno de don Celso. A esto se le añadía que el secretario del consistorio era hombre enjuto, poco dotado de encantos físicos, pero atesoraba una gran inteligencia para los libros, legajos y asuntos burocráticos, además de un alma grande y generosa, quizás más de lo necesario.

Lo unía a Jonás una amistad de muchos años de vecindad, cuando nacieron en la parte alta del pueblo; allí vivía aún Jonás. En cambio, Celso había escalado en el escalafón social gracias a los estudios que realizó interno en un colegio menor de Santander con los Augustinos Descalzos y, ahora, poseía una amplia casa en la

Plaza de la Iglesia, cuya fachada la recorría una balconada de madera cargada de hortensias.

Cada vez que se veían fumaban juntos, charlaban un buen rato, bebían unos chatos y rejuvenecían tanto que se transformaban en dos chavalotes quinceañeros, inocentes, con ese espíritu inmarchitable, el cual les hacía recordar algunas noches de farras y de pequeños excesos.

La responsabilidad de ser padres de familia, les había concedido a ambos una idea seria sobre la vida y un concepto más grave del mundo, pero todavía conservaban la capacidad de sacar a flote esa parte juvenil, casi infantil, que los dos escondían bajo cien capas de barniz.

—Jonás —dijo don Celso después del tercer chato— doña Pina ha aceptado que Lenuca vaya a servir a su casa. En principio para limpiar suelos y planchar, pero solo le dará la comida, la mantendrá durante un tiempo, después, si le gusta como trabaja la zagala, comenzará ganando cinco reales al mes.

—Eso es poco —respondió Jonás torciendo el gesto—. Muy poco, Celso.

—Ya, ya lo sé, hombre... lo sé. Pero tu hija es muy joven y doña Pina quiere conocerla mejor antes de aventurarse a darle una paga.

—¡Pero si mi hija es una prenda! ¿Se lo has dicho?

—Ya lo creo que se lo he dicho, pero ella no cede y nada puedo hacer. La señora está erre que erre con la idea de no dar ni un ochavo... En fin, siento no haber podido hacer más por vosotros, ya sabes lo que os aprecio, pero, si después de pensarlo con detenimiento le conviene a la muchacha, me lo dices, que yo mismo la presento en la casa.

Jonás se quedó estupefacto, aquello era demasiado, no dejaría que su niña fuera explotada de esa manera. Por un plato de comida nunca dejaría a su hija trabajar. Él podía proporcionarle ese mísero plato de comida con el que la señora pretendía esclavizarla; eso lo tenía asegurado...

Se fueron cada uno por calles distintas. Mientras caminaba, a Jonás se le veía balancear la cabeza de derecha a izquierda por los pensamientos tan contradictorios que rondaban su cerebro. No tenía mucho tiempo para esclarecer las ideas, esa misma madrugada saldría a la mar, estaría más de quince días en *La Golondrina* pescando atunes, bacalao y pesca mayor, asimismo, dudaba si decirle a su Lenuca lo conversado con Celso, no quería presiones de

ningún tipo antes de decidir lo justo para su hija.

De esta manera transcurrió bastante tiempo antes de llegar a su casa, se paraba en cada tasca cada vez que veía pequeños grupos de amigos hablando entre vasos rebosantes de orujo de Potes y de humeantes pipas salpicadas por el tabaco quemado. Las conversaciones giraban principalmente en torno a la política, a mujeres y a ciertos episodios absurdos que no entendía, como si él estuviera sumergido en otro mundo distinto, más real con motivos de otra índole. Pero se reía con los amigos por inercia, sin querer discutir las sandeces que estaban presentes en el centro de cada charla posponiendo así la llegada a su casa. Lena le había manifestado su deseo de servir y durante ese tiempo había resuelto comunicarle su decisión en cuanto llegase.

Llegó y tuvo que enfrentarse a los cristalinos ojos de su hija que esperaban una respuesta.

—Padre, piense que sería una boca menos que alimentar... —dijo la muchacha después de conocer la decisión de su padre y añadió: Yo estoy dispuesta a trabajar con doña Pina, en la casona de los Mendoza. Con el tiempo, tendría un jornal y un trabajo en una casa principal.

—Bueno, bueno, pero eso es muy poco —respondió Jonás benevolente con su niña—. Mientras podamos, nos arreglamos con lo que tenemos. Además, así ayudas a tu pobre madre que anda muy cansada de tanto faenar.

—Pero, padre, entre usted en razón. Hay que mirar el día de mañana.

—¡Esos son cuentos chinos, hija! ¡No hay más que hablar!

Jonás zanjó el tema y Lena sabía que no cambiaría su decisión.

—Supongo, padre, que no hay manera de convencerle, ¿no? —le dijo con pena a Jonás.

—Así es. O pagan bien o no hay más que hablar, bastante transijo con la Eufrasia...

Un gran esfuerzo le costó a Lena contener la rabia y la obediencia que debía a su progenitor. Estaba empeñada en servir, en trabajar, en ser útil para sus pobres padres. Permanecía inmóvil con el espíritu quebrantado mientras cenaban la sopa aguada que se podían permitir. Ya habían comido legumbres y pan en el almuerzo, una comida fuerte al día y el resto líquidos calientes para distraer el estómago.

A Jonás le costaba cada vez más embarcar, las semanas que se enrolaba para traer el sustento a su familia, le parecían eternas, duras, nada que ver con la euforia con la que partía cuando era un adolescente y trabajaba la mar con un entusiasmo que actualmente permanecía desaparecido, perdido en algún lugar remoto de su interior. Los días de trabajo en *La Golondrina* eran de una dureza extrema, de frío y de soledad. Aparecían ante él como el peor de los castigos. Sus hijas lo ataban cada vez más a su casa, no quería perderse esas horas cálidas junto a ellas en las cuales disfrutaba de sus alegres conversaciones, de sus juegos adolescentes, casi infantiles que aún las hacían dichosas, además, Constanza estaba cada día más apagada y con sus silencios mortificantes le dificultaba la triste despedida, pero aquella madrugada, indefectiblemente, tendría que hacerse a la mar.

Cuando el pescador franqueó la puerta de su hogar, eran las tres de la mañana, todos dormían. La noche de julio era fría, el cielo amenazante, las callejuelas dormitaban solitarias, sin una sola alma que alterara el reposo. Bajó la ladera con sus avíos al hombro y una pena honda en sus ojos. Se dirigió al embarcadero y a lo lejos contempló a un grupo de hombres; era la tripulación de *La Golondrina* que en media hora saldría a faenar mar adentro.

La Golondrina era un barco más bien pequeño, construido a la antigua usanza. Deslucido por el paso del tiempo y los huracanes que había aguantado, su quilla era tirando a negra y su proa parecía majestuosa, vieja, casi venerable. Los mástiles eran fuertes, sumamente rígidos y la cubierta, desgastada, raspaba por lo resquebrajada que estaba. El timón realizado de una sola pieza requería de una gran destreza para manejarlo. Con el tiempo, los pescadores, habían introducido todo tipo de objetos alrededor de sus abiertas amuradas, como estampas de vírgenes y santos a los que se encomendaban antes de salir a la mar.

Después de haber sido remolcada *La Golondrina* fuera del puerto, se adentraron en la mar. El práctico, Biel, natural de Tarragona, iba en la parte de proa del barco, un buen hombre al que se arrimaba Jonás en sus momentos de zozobra. Se situó a su derecha, mirando el horizonte irregular del Cantábrico, le murmuró:

—Los arpones están en condiciones, ¿no, Biel?

—Perfectamente bien para utilizarlos —dijo.

Biel era parco en palabras, pero añadió:

—Y las redes también. Las secaron y cosieron las mujeres

delante de mí.

—Bueno es saberlo —susurró el comillano.

El catalán quedó pensativo, luego giró la cabeza hacia su compañero de faenas y le dijo:

—Si mi olfato no me falla, tú interés no está en los arpones, ni en las dichosas redes.

—Aciertas. Hoy traigo algo dentro, he embarcado con menos ganas que nunca...

—Nos vamos haciendo mayores, Jonás. Fíjate, el próximo viernes cumplo cuarenta, ¡ya soy un anciano! —dijo Biel con los ojos entornados.

—Pues, sí. Yo cargo con mis treinta y ocho, también voy camino de la ancianidad...

Sonrieron y quedaron en silencio, *La Golondrina* navegaba con las velas izadas hacia caladeros limítrofes a la costa francesa. De vez en cuando, se hundía la proa de la embarcación en las verdosas aguas, las olas espumosas barrían el suelo de la embarcación, el viento aullaba con fuerza y Comillas quedaba atrás, como un pueblo encantado, diminuto e invisible.

En la vieja casa situada en el barrio de los pescadores en la parte alta del pueblo, la vida continuaba con la triste cotidianidad que se instalaba cuando el padre se iba a alta mar. Quedaban las niñas al cuidado de su madre. Constanza era una mujer frágil, de pocos mimbres para soportar la existencia tan dura que le había tocado vivir. Permanecía constantemente bajo la tiranía de una frenética angustia siendo ésta la causa de las múltiples hebras blancas que salpicaban sus cabellos a los treinta y seis años. Su vestido negro, le otorgaba la condición de viuda antes de enviudar y su carácter dispar no pasaba desapercibido configurando a una mujer tendente a la exageración en sus manifestaciones y presagios, casi siempre, inquietantes y muy oscuros. Cuando marchaba Jonás a la mar, la pena y la tristeza entraba por la puerta y desaparecía cuando llegaba el pescador henchido de alegría y buenos augurios por estar nuevamente entre los suyos. Jonás era un hombre sosegado, entero, lleno de fuerza y energía. Su luz le daba grandeza y era sabio, muy conocedor de la vida, especialmente de las flaquezas comunes de los hombres y de sus miserias internas.

Lena era consciente de la sensatez y las buenas cualidades de su padre, por eso aceptó sin titubeos, después de que marchara a la mar, la decisión que tomó: ella no acudiría a la casona de los

Mendoza para servir. La señora Pina tendría que escoger a otra muchacha para faenar y planchar. Con ese pensamiento se acostó la noche que apareció Celso en la casa del pescador, iba descompuesto, sudando y muy alterado cuando cruzó la puerta de la casuca. El desconcierto de sus ojos expresó todo lo que había acontecido en la mar: *La Golondrina* había desaparecido bajo las fauces del Cantábrico.

4

Océano Atlántico, Julio de 1831

El viaje, además de largo, se estaba convirtiendo en peligroso. Más de una tormenta había asolado la cubierta del *Reina de los Ángeles* y abundantes vientos de toda índole habían soplado haciendo tambalear la estructura de la nave. Pasaron por días arduos de muchos nervios y temores por parte de la tripulación y los pasajeros. Los muchachos y el viejo, sin embargo, no desperdiciaban el tiempo en lamentos y quejidos innecesarios. Aguantaban valientemente cuando se desencadenaba una terrible tormenta, cuando la mar se rebelaba y cubría de espuma blanca hasta el último rincón de la cubierta, para ellos, la travesía les había servido para unirlos y para idear proyectos que pensaban llevar a cabo nada más pisar tierra firme en Cuba.

Antonio escribía en una especie de diario lo que sucedía cada día. Lo hacía por la tarde, se aislaba en el camarote y sentado sobre su colchoneta, juntaba las piernas para apoyar la libreta sobre sus rodillas y con una pobre escritura, relataba los avatares cotidianos. También le escribía cartas a Lena, las cuales, jamás envió. En esas cartas le explicaba a la muchacha sus sentimientos, su pasión por ella, lo enamorado que estaba y cómo su corazón palpitaba de una forma especial cada vez que la evocaba. Programaba sobre el papel su regreso a Comillas y sus nupcias en la iglesia de San Cristóbal.

Las frases adolescentes y ardientes que escribía el muchacho avivaban su deseo por Lena y por las noches soñaba con sus besos e imaginaba su cuerpo desnudo al que se asía con un impulso frenético. Después, se fundía en él sintiendo en sus entrañas un estremecimiento tan vibrante y nuevo que lo elevaba a la cumbre más alta del placer. Al despertar, caía en un desencanto profundo que lo llenaba de añoranza y rabia. Algunos días le costaba desprenderse de esta sensación angustiosa y pasaba la jornada triste, meditabundo, paseando por los pasillos de los camarotes, por la cubierta de proa a popa y de popa a proa, con una añoranza infinita que le inundaba el pecho y le producía una opresión que le taladraba la garganta y le impedía respirar.

Antonio había notado que la extrema delgadez del vasco, a medida que transcurría la travesía, era menos severa. Su hogaza y el queso que le preparó su madre no daban para tanto, aun así, el aspecto del zagal había mejorado bastante. Las pupilas se le fijaron; no las torcía a consecuencia del hambre y la debilidad que arrastraba cuando embarcaron en el mercante, parecía haber desaparecido, además, un nuevo brío se apreciaba en sus movimientos ágiles y en sus membrudos brazos.

Sin embargo, esta buena impresión que causaba el vasco era inversamente proporcional al aspecto que, poco a poco, iba adquiriendo su paisano Gerardo, el cual andaba agachado y con un frío interior que causaba cierta inquietud a Matías. El muchacho había dejado de comer, no abría la boca, se encontraba triste, marchito, con una palidez macilenta que asustaba y en su rostro se reflejaba su sombría existencia. Antonio pensaba que la nostalgia podía con Gerardo, que su alma lloraba cada vez que se alejaba más y más de la tierra que lo vio nacer, hasta que una mañana no se presentó en cubierta, en el lugar donde quedaban para pasar la jornada juntos. Extrañados, subieron los dos zagales al camarote del joven comillano y se encontraron con Gerardo temblando de frío y tapado hasta las cejas.

—Te ocurre algo, Gerardo —le dijo Antonio.

—Otra vez estoy tiritando y con fiebre alta. Cada tres días este frío me inmoviliza, además me siento cansado y con mucho sueño.

Emilio salió pitando hacia su camarote, aunque sentía algo de lasitud por no haber dormido en toda la noche esperando que Antonio le cediera la colchoneta, sabía que con el aguardiente de Matías mejoraría el muchacho, ese brebaje lo haría sudar y pasaría

mejor la mañana.

—Matías, ¿tiene usted un poco de aguardiente para Gerardo? Está otra vez temblando de frío —preguntó atropelladamente nada más entrar en el diminuto habitáculo.

—Esas son tercianas... Mala suerte, carajo —murmuró el viejo y añadió—: Tened cuidado, que os puede contagiar su enfermedad.

—Ya, ya... pero ahora vamos a aliviarle esos tembleques. Está tiritando como una hoja.

—¡Vamos! —dijo por fin el viejo agarrando la botella de aguardiente.

Cuando llegaron al camarote de Gerardo, se encontraron a Antonio con la mirada extraviada y su semblante reflejaba la angustia que sentía el muchacho.

—Qué ocurre —le preguntó el viejo.

—Se lo han llevado para aislarlo, el hombre que era su compañero de camarote, viendo la evolución de la fiebre, el aspecto que tiene y cómo se encuentra Gerardo, le ha pedido al capitán que lo trasladase a otro camarote.

—Eso es que sospechan que puede ser paludismo. Una enfermedad contagiosa... y seria.

Los chavales comprendieron, contemplando el rictus de Matías, la envergadura del padecimiento de su amigo.

—Ahora solo nos queda esperar que pueda superar el chaval estas malditas tercianas y que no haya contagiado a nadie la enfermedad...

Matías quedó pensativo, con la mano en la barbilla y sus ojos clavados en el infinito. Los dos zagales presintieron su miedo.

—¿Tan terrible es el mal que padece Gerardo? —insistió en saber más el vasco sin querer aceptar la realidad.

—No sé, no sé... espero que no sea tan terrible —le contestó el viejo con el ceño preocupado.

—¡Me cago en diez! —exclamó el chaval también preocupado.

El silencio solemne, que hacía resaltar los lamentos internos, se apoderó de los tres y, los tres, se fueron caminando lentamente hacia la cubierta de la nave. El aire marino les reavivó el ánimo, hacía un frío helador, tanto que les hacía dar diente con diente del temblor que sentían por el rigor del clima.

Emilio, cada vez que pasaba un miembro de la tripulación escondía el rostro entre las solapas de su vieja chaqueta, arqueando el cuello hacia adelante para menguar su tamaño subiendo los

hombros. Ser polizón tenía su riesgo, aunque a esa altura del viaje ya permanecía fuera de peligro, el retorno era imposible.

Los días siguientes fueron una locura, circuló la noticia del brote de tercianas en el barco. Los pasajeros corrían a esconderse en sus camarotes con una aprensión terrible reflejada en sus ojos y con las mejillas pálidas de puro temor a contraer la maligna enfermedad.

Con una sonrisa innegablemente falsa, don Benito Montes de la Ensenada, capitán y responsable del *Reina de los Ángeles*, junto a su contramaestre, daba las explicaciones pertinentes a su pasaje. Los hombres y mujeres de clase alta se situaron en la zona delantera y el resto, de orígenes más corrientes, permanecían congregados en la parte trasera de aquel espacio.

Pero todos, ricos, plebeyos y humildes escuchaban llenos de recelos y dominados por un miedo incontrolado.

—Señores, como máxima autoridad del *Reina de los Ángeles*, les puedo

asegurar que este barco no se encuentra bajo el caos de ninguna epidemia, únicamente se ha registrado un caso de fiebres tercianas y el sujeto que las padece se encuentra aislado desde hace cuarenta y ocho horas sin que la evolución sea negativa y nos lleve a pensar que se trate de paludismo.

Don Benito, al pronunciar paludismo, tartamudeó levemente inseguro de haber soltado el vocablo conveniente que sosegara a esas figuras crispadas, a toda esa multitud congregada en el comedor de gala.

Tras oír la palabra paludismo, el gentío comenzó a pronunciarla, al principio entre susurros ahogados por el pánico. Sin embargo, al poco tiempo, el griterío era ensordecedor e incluso algún bárbaro llegó a plantear que se deshicieran del enfermo arrojándolo por la borda y así evitarían una calamidad de dimensiones incalculables. La hostilidad de esta propuesta fue asombrosamente refrendada por gran parte del pasaje que exigía decisiones contundentes para sesgar la posibilidad de una epidemia dentro del barco.

Matías, vehementemente, le pedía a la asamblea calma y sensatez ante esa atrocidad de arrojar a un joven vivo por la borda. En su desesperación, el viejo citaba episodios de la historia reciente y hasta pasajes bíblicos en los cuales un pueblo o un grupo de hombres por miedo o por la codicia habían perpetrado atrocidades de calibre incalculables y todavía permanecían en la memoria de todos. Decía Matías, desgañitándose entre aquellas fieras dispuestas

a todo que, después de una ofuscación, cualquier barbaridad es posible y esa barbarie pasaría a engrosar también los anales de la historia. Entrarían en ella como personas inhumanas y sin escrúpulos, amén de pasar por tribunales de justicia que reclamarían, cuando estuvieran en tierra firme, dichos actos salvajes. Porque él pensaba denunciarlos si se llegaran a cometer.

—¡Dejad a un lado los miedos que os acechan y actuemos como personas prudentes y cabales! ¡No podemos, ni debemos tirar por la borda a todas las personas que creamos enfermas de tercianas! ¡Os propongo que dividamos el barco en dos partes, una exclusivamente para aislar a los enfermos si los hubiera y mantenerlos en cuarentena y, la otra, para el pasaje sano! —gritaba el viejo en su intento casi heroico por aplacar a aquellas bestias más o menos humanas.

—¡Ni hablar! —gritó un energúmeno con aspecto de ricachón.

Pero la semilla de la sensatez estaba calando en los corazones de los presentes. La idea de organizar el barco, en el caso de una epidemia, fue entrando poco a poco en las entendederas de los presentes y los ojos iracundos se transformaban en miradas serenas, interesadas por esa forma sorprendente de solventar una posible pandemia.

—¿Y cómo sería eso de organizar el barco en dos partes? —preguntó un hombre alto y delgado, el cual sobresalía entre todas las cabezas, haciendo caso omiso de la negativa del energúmeno.

El capitán se removió dentro de su uniforme, carraspeó dos o tres veces y con voz baja, lenta, un poco cansada contestó:

—Señoras y señores, la forma correcta sería dividir la nave en dos; en los camarotes superiores se alojarían los pasajeros sanos y los camarotes de la parte más baja del buque, se destinarían para los enfermos, si los hubiera. Señores, creo que se está magnificando las dimensiones de este problema, solo hay una persona enferma y ya se encuentra aislada.

—¡Hay otro caso! —gritó una mujer situada junto a un aparador repleto de servicios de platos, cubiertos y ensaladeras, también, encima del mueble posaban varias palmatorias de mano con velas gruesas.

El silencio fue ensordecedor. Todas las cabezas giraron al mismo punto al lugar donde se encontraba la mujer que había pronunciado, con evidente miedo, las palabras que hicieron tambalear hasta al mismísimo don Benito. Los rostros de los

presentes reflejaban una sorda alteración causada por el terror de una posible epidemia y por la incertidumbre de sus destinos.

Matías se acercó a la mujer, la cual ya estaba inmersa en una llantina incontenible y su rostro desaparecía entre sus manos.

—¿Alma de cántaro, podría indicarnos quién es la persona que se encuentra enferma? —le preguntó el viejo con evidente preocupación.

—Mi pobre Ambrosio, lleva más de dos días muy mal...

Mientras tanto, la gente se iba apartando de la mujer, se deslizaban juntos, en bloque, hacia la zona más alejada del aparador. Los comentarios que surgieron y quedaban en el aire alimentaban el desánimo que en tan poco tiempo se había impuesto entre aquel grupo humano dispuesto a todo. Se percibía un deseo de cortar por lo sano, cuya mala onda emergía y se extendía como un halo agusanado por el comedor.

—¡Ahí tenéis la prueba! —gritó el energúmeno bastante crecido —. Los tiramos por la borda y pensad que el fin justifica los medios. Para salvarnos la mayoría tendremos que sacrificar a unos pocos. Porque señoras y señores, ¡habrá más casos de fiebres tercianas! Y ya sabemos lo que eso significa... ¡Que caeremos como chinches!

Don Benito Montes de la Ensenada pudo superar los segundos de pánico que lo paralizó, y comenzó a decir con la voz grave y segura:

—¡Señores, nos queda dos semanas de travesía, después de treinta y ocho días navegando, no podemos rendirnos ante un brote de fiebres tercianas! Seguiremos con lo programado, aislando enfermos.

La mujer entre hipidos, inmersa en una crisis de ansiedad aclaró:

—El Ambrosio tiene poca fiebre, no son tercianas, pero las encías le sangran sin contención, se le caen las muelas, aunque lo peor es que no puede tragar absolutamente nada a consecuencia de las llagas blancas pegadas en su boca y en su garganta. Está consumido y con una palidez mortecina espantosa, ¡Dios Santo! El Ambrosio, como no mejore, ¡va a pegar el boquinazo!

A don Benito se le iluminó la cara pensando que el tal Ambrosio se salvaría de una muerte segura por inmersión en las aguas del Atlántico. Él había visto muchos casos iguales a lo largo de tantos años capitaneando naves. La misma alegría que sintió hizo que apareciera en su rostro una leve sonrisa que desconcertó a todos los presentes.

—¡Eso no es paludismo, señora! —Gritó el capitán—. La

enfermedad que padece su marido no es contagiosa, la he visto muchas veces. Se llama escorbuto, se adquiere en las travesías largas y se padece en los barcos, principalmente.

—¡Eso habrá que demostrarlo! El galeno del barco debe confirmar ese extremo con el que nos quiere acallar —bramó otra vez el energúmeno.

—Así será, señor mío —le respondió don Benito Montes de la Ensenada, capitán del *Reina de los Ángeles*.

5

Comillas, agosto de 1831

Cuando Lena abrió la cancela de la casona de los Mendoza, sintió el corazón latir con un estrépito desconocido; a su lado iba don Celso, también nervioso. Cruzaron lentamente el vergel que hacía de antesala a la hermosa fachada cubierta de enredaderas verdes. Subieron las blancas escaleras de piedra lisa, amplias y brillantes, que llevaban a la entrada de la vivienda. Caminaban a la par hacia el interior del zaguán con el gesto serio. A don Celso le parecía que su traición al difunto Jonás, cuya última voluntad fue que su Lenuca no trabajara en casa de los Mendoza, era manifiesta y notoria; por eso le hormigueaba el estómago, le sudaban las manos y la mala conciencia le producía un dolor de cabeza insoportable. Sin embargo, Lena en plena gloriosa juventud, caminaba más segura; sabía que estaba haciendo lo correcto. Mientras andaba, la chiquilla olía el suave perfume que le llegaba desde el precioso jardín de las violetas, de las rosas y las hortensias. También penetraba por su nariz el vaho húmedo de la tierra después de una fina lluvia.

La criada los guió a una sala grande, oscura, de techo artesonado. Las paredes aparecían cubiertas de cuadros y miniaturas de pequeñas embarcaciones de distintas épocas de una fealdad rara. También adornaba la sala un gran reloj con peana grande cuyo tictac resonaba implacablemente sin tregua. A la joven

le llamó la atención un escritorio de ébano situado al lado de una balconada cerrada por gruesas cortinas festoneadas con una banda de color verde agua. Sobre el escritorio posaban unas reliquias, un rosario, estampas piadosas y otras curiosidades sagradas.

Don Celso y la chiquilla permanecían expectantes, observaban un cuadro triste enmarcado en tonos dorados cuando entró una mujer vestida con riguroso luto y el semblante anguloso y fatigado. Entre sus manos llevaba un libro de portadas negras y un rosario de los cuales no se desprendía. Se apoyaba cada vez que daba un paso con su inestable pie derecho, y ostensiblemente balanceaba sus caderas en su lento caminar.

Se puso delante de Lena, con la mano indicó a la doncella, plantada a su lado, que abriera un poco las cortinas y con voz grave, casi lúgubre comenzó a decir:

—A ver muchacha, acércate, vienes de parte de mi amigo Celso. Ése es el motivo por el cual entras en este salón. Ya sabes que tu sitio está en la cocina con el resto de criados.

—Sí señora —dijo Lena sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Doña Pina —le dijo don Celso—. Esta zagala es Magdalena Villar Cifuentes, hija del difunto Jonás Villar. Ya le he hablado de la necesidad que tiene de trabajar con usted. Por caridad acójala en su casa. Ella está dispuesta a faenar todo el día por la comida y una cama.

Doña Pina pareció no oír al secretario del consistorio.

—¡Abre la boca! —le espetó la mujer a la chiquilla para escrutarle los dientes, tras revisarlos bien añadió:

—¡Levántate las faldas y enseña las piernas!

Después de divisar la piel fina y tersa de la muchacha sin rastros de roña, le dijo:

—¡Ve a la cocina!, allí Juana repasará tu pelo, espero que no traigas piojos a esta casa.

—¿Eso quiere decir que se queda con ella? —preguntó el hombre.

—Sí, me la quedo, pero no respondo si no faena bien; ya sabes, Celso, que no me ando con chiquitas, la pongo de patitas en la calle. ¡Yo no mantengo a vagos!

—No se arrepentirá, doña Pina. Lenuca ha sido siempre primorosa y muy trabajadora; además, es una muchacha de temperamento suave. Ya le digo: una joya —dijo don Celso más animado.

—¿Lenuca? Aquí esta niña se llamará Magdalena, nada de diminutivos cariñosos. ¡Los detesto! —espetó la señora enseñando sus cerúleos dientes.

—Sí, sí, como usted quiera, eso no tiene importancia. Anda, hija, baja a la cocina y prepárate para la faena —le dijo don Celso a la niña en tono cariñoso.

Don Celso, tras despedirse de doña Pina y expresarle su agradecimiento, salió a la calle levemente satisfecho por las gestiones realizadas para dejar a Lena bajo el amparo de la señora más adinerada del pueblo, aunque su tacañería y su mal carácter eran del dominio público. Poco a poco le fue embargando una sensación de alegría; haber ayudado a la pobre Constanza le encaramaba el ánimo y sepultaba el punzante remordimiento de traición hacia su amigo. Pensaba, mientras caminaba hacia el Consistorio, que Constanza era una mujer aún joven, aunque esa oscuridad que llevaba por dentro y por fuera la envejeciera unos años. Él la conocía desde la niñez y sabía lo bella que había sido, aún conservaba parte de su hermosura, se podían percibir en sus ojos claros y la esbeltez de su talle.

Lena bajaba los empinados escalones amarrándose a los inestables listones medio pegados a la pared. La madera del suelo crujía bajo sus pies a cada peldaño que descendía. Cuando llegó al comedor de los criados, que daba paso a la destartalada cocina, se detuvo en seco. Juana, la cocinera, estaba preparando la lumbre para encender los fogones. El carbón estaba dentro de la trampilla y con el soplillo en mano agitaba, a una velocidad trepidante, intentando que chispeara la pequeña llamarada que lentamente se pondría viva, robusta y duradera, suficiente para cocinar durante todo el día.

—Pasa, niña, y siéntate en esa silla —le dijo Juana a la muchacha.

Lena ignoraba cómo sabía que era ella la que estaba allí, si no la había visto, ni siquiera había girado el rostro para mirarla.

Sin embargo, desde la silla, ella divisaba a una mujer entrada en carnes, parecía mayor que su madre y con grandes posaderas. También descubrió que la mujer poseía hombros anchos y colgaban de ellos dos brazos orondos embutidos dentro de las mangas oscuras de su camisa. Llevaba el abundante pelo trenzado y anudado en un

moño cerca de la nuca.

Cuando Juana finalizó su tarea, se volvió y sus pupilas se fijaron en la adolescente que tenia delante, vio a una bella muchacha sobre la desvencijada silla donde dormía Lucifer, el gato de la casa. Apreció el porte sencillo y elegante de la chiquilla que mantenía los hombros rectos. El ángulo de su cara, levemente virado a la derecha, le proporcionaba un halo regio a su rostro.

—¿A ti es a quién hay que despiojar? —le preguntó la mujer alzando la voz, disimulando su extrañeza ante la beldad de Lena.

La muchacha asintió con la mirada.

—A ver, quítate el moño y agacha la cabeza, empezaré por las sienes, en esos pelos se agarran bien las liendres.

Obediente, Lena agachó la cabeza y las manos grandes y enrojecidas de la cocinera se dispusieron, con una destreza inusual, a buscar liendres y piojos entre los finos cabellos que mansamente se abrían entre los dedos de Juana.

—Vienes limpia, ¿cómo te llamas, muchacha? —le dijo con el mismo tono.

—Magdalena, señora. Mi madre nos despioja todas las semanas.

—Bien, bien... marcha por este pasillo y en la segunda puerta está tu cuarto... Dormirás con la Francisca... Sobre el baúl están tus atuendos tal como los dejó Ramona, ¡pobre muchacha!, se la llevó Dios tan joven y sin avisar —Juana se persignó rápidamente con el ceño doliente finalizando el gesto con un sonoro beso en la yema de su dedo pulgar. Lena, también se persignó imitando a la mujer en un gesto de respeto hacia la difunta.

—¡Ah!, ponte la ropa de faenar. Hoy te toca limpiar el patio trasero con tejados incluidos. Fuera está Andrés, el jardinero, te ayudará con toda la hojarasca —ordenó la cocinera.

Diligentemente, Lena se dirigió a la segunda puerta del pasillo, tras abrirla, franqueó el cuartucho cuyas mugrientas paredes serían su refugio, el lugar de descanso nocturno y donde permanecería el poco tiempo libre que tuviera durante la jornada.

Miró el camastro, estaba levemente desencajado, sobre sus tablas reposaba un colchón enrollado con escasa lana. Paseó sus pupilas por el resto del espacio y observó, a los pies de su cama, un estrecho armario con las puertas vencidas y la madera descamada por el paso del tiempo; también descubrió una silla de enea, un baúl y el otro camastro, en mejor estado que el suyo, era el de Francisca. Estos pocos trastos conformaban el mobiliario del sombrío cuchitril.

Sobre el baúl, reposaban varias prendas muy usadas, sucias, malolientes y desperdigadas por la tapa carcomida del arcón. Las cogió con temor sabiendo que habían pertenecido a una muchacha recientemente fallecida de forma repentina; Ramona se llamaba la muerta. Y con más aprensión que otra cosa, las fue separando y comprobó que eran dos uniformes; el más desgastado era el de faenar; estaba hecho jirones. El de servir en las habitaciones y lucir en el comedor principal, se encontraba en mejores condiciones. Aunque ambos necesitaban abundante agua con jabón.

Haciendo de tripas corazón se vistió con los andrajos que, supuestamente, era el uniforme para faenar y salió del dormitorio dispuesta a que Juana le indicara dónde se hallaba el patio trasero y los aperos para limpiar.

—¡Ah! ¡Ahí está, señora! Ya se ha cambiado para limpiar el patio y el tejado —le dijo Juana a doña Pina.

Lena contempló por primera vez a su señora de frente, antes no se había atrevido a alzar la mirada hasta sus ojos. Vio a una mujer que bordeaba los cincuenta, no era tan anciana como la recordaba desde hacía escasamente unos minutos. Tenía unos enormes ojos color miel, aunque apagados por la tristeza que los embargaba. La belleza que sin duda poseyó, permanecía un tanto ajada por el paso de los años y por la lasitud de sus mejillas; parecían marchitas.

—Juana dice que estás limpia de piojos y aseada —dijo doña Pina sin emoción en la voz—. Me hace falta otra doncella y he decidido que te vendrás a partir de mañana conmigo, te enseñará Francisca tu trabajo, ella también está a mi cargo y, entre las dos, espero que me atendáis lo suficientemente bien para no llevarme ningún berrinche... Te encargarás de servir la mesa, preparar mi baño, de peinar mis cabellos, tener mi ropa limpia y planchada, mis joyas relucientes y mi alcoba como los chorros del oro, entre otras tareas que más adelante te iré proporcionando... Y otra cosa, hoy limpias el patio, después te bañas y sube a recoger ropa limpia, no quiero a criadas pestilentes a mi alrededor.

Doña Pina giró sus pasos y se marchó. Con enorme dificultad, subió la escalera que la conducía a la parte más hermosa de su mansión. Allí, en la planta baja, todo era feo, viejo y rancio, nada que ver con lo que había visto al entrar con don Celso por la entrada principal.

La muchacha miró atónita a Juana que sonreía con cierta satisfacción. Cuando la mujer percibió los ojos de Lena, cambió el

gesto, tosió y le dijo:

—¡Venga, zagala! Coge los avíos de faenar que te espera un duro día...

Don Celso, después de dejar a su ahijada en casa de doña Pina, había pasado la mañana encerrado en la Secretaría del Ayuntamiento de Comillas, salió del Consistorio una hora antes para almorzar, pretendía volver por la tarde para concluir ciertos retrasos con un papeleo inaplazable y cuestiones burocráticas urgentes, las cuales, debían salir en la última diligencia que transportaba el correo, a las siete de la tarde y con destino a Madrid.

Cada vez que salía a la calle, notaba que el mundo entero se reía de él. Contemplaba a las comadres con las miradas solapadas, acompañadas de discretos cuchicheos a su paso, se apiñaban formando corros y con las mantillas tapando sus bocas murmuraban frases ladinas que dejaban flotando en el aire. Ahogadas por las risas, la brisa las movía hasta sus oídos. Pero don Celso había adoptado una forma excelente de aislarse de esa corriente llena de maledicencias; caminaba sin ver ni escuchar; sus oídos se taponaban y sus ojos se cegaban cuando transitaba por medio de la plaza. Se inventaba su vida, una vida repleta de bandadas de ruiseñores, de sonidos de violines, del susurro del agua al caer por una fuente y del leve movimiento de una hoja... Con estos hermosos pensamientos se concentraba y, así, con estas lindezas en la cabeza traspasó el zaguán de su casa.

Llegaba una hora antes sin mandar recado de este adelanto y, ese descuido, le costó muy caro a don Celso. Salvó la puerta que daba paso a un vestíbulo oscuro y polvoriento por falta de un buen trapeado, en la percha pegada a la pared, depositó el sombrero que por costumbre dejaba suspendido en el soporte derecho. Aflojó el corbatín de seda gris que lo asfixiaba, separó las dos partes del cuello duro de su camisa en un acto reflejo que realizaba cada vez que llegaba a su hogar y, por último, se abrió la levita para respirar mejor. El calor era insufrible aquel medio día en Comillas, la ropa le incomodaba y le originaba un pegajoso sudor. Una vez que sintió el placer de estar en su casa, sin apreturas en el cuello ni en la cintura, se dispuso a buscar entre las estancias a su amada esposa.

Cuando la descubrió desnuda, yaciendo con el viajante y los

niños pululando alrededor de la cama que él mismo encargó al mejor ebanista de Comillas, se le volvió todo del revés. El dolor y la profunda tristeza que se le coló por el alma lo dejó medio ahogado, sin oxígeno para respirar. La garganta se le cerró con un nudo gigantesco, la imagen no podía ser más evidente, pero, él, diestro en el autoengaño, le intentaba dar una explicación convincente a su cabeza para amortiguar el enorme sufrimiento que sentía, tan fuerte era que lo iba a matar.

El Secretario del Ayuntamiento se desplomó contra el suelo, el golpe alertó a la mujer de su presencia y como pudo se vistió, largó rápidamente a su amante, que desnudo con los ropajes entre las manos y los zapatos a medio poner, salió de la casa echando virutas ante la perplejidad de cuantos viandantes se encontraban en ese momento por la plaza.

La mujer intentó reanimar a su marido que, tendido sobre la alfombrilla de la alcoba, no quería volver al mundo de los vivos. Desvanecido estaba mejor, la tortura de existir no la quería, le apartaba de su futuro y decidió morir. El golpe contra el suelo había sido fuerte, la sien derecha había soportado su peso, estaba seguro de que algo se había reventado dentro de él.

Lo que ignoraba don Celso era que su deseo de alejarse de este mundo terrenal no se cumpliría, la fina lana de la alfombra amortiguó la contundencia del golpe. Abrió los ojos y, entre sollozos, irrumpió otra vez en este valle de lágrimas.

—Amor mío, ¿qué te ha sucedido? —le preguntó la mujer con cara angelical.

6

Santiago de Cuba, agosto de 1831.

La bahía de Santiago de Cuba se divisaba a lo lejos, la travesía había sido difícil, larga y triste, muy triste. Solo habían pasado cinco días desde que el cuerpo sin vida de Gerardo fue deslizado, a través de la inclinada madera que lo dirigía directo al mar, para sepultarlo en su tumba en un lugar indeterminado del Atlántico, después de que las fiebres tercianas le ganaran la partida. Su cadáver dejó una estela blanca y turbia de aguas pálidas y las mejillas de los presentes, más pálidas todavía.

Emilio Abarruza sentía el leve movimiento de la nave entrando por la estrecha abertura que daba paso a la bahía. El muchacho contemplaba la inmensidad del primer cielo enteramente despejado y limpio que hubiera hallado durante la travesía. También admiraba, desde la cubierta donde estaba apostado sobre la barandilla, el verdor de las colinas que circundaban a la ciudad más próspera de Cuba. “En cierta manera –pensaba—, se parece este paisaje al norte, a mis Vascongadas”.

La costa de Santiago, en la parte de la bahía, estaba formada por amplias calas. Desde la altura, parecían dentelladas dispuestas unas tras otras, como si un ser inmenso hubiera mordido la tierra. El muchacho tenía el corazón sobrecogido desde que presenció el entierro de Gerardo entre las aguas. No obstante, pese a su tristeza,

su aspecto era magnífico, había aumentado su masa corporal en al menos cinco o seis kilos. La piel le brillaba de salud, el pelo mate y medio raído que poseía cuando llegó a Cádiz para embarcarse como polizón, ahora centelleaba expuesto a los rayos del sol y esas llagas, apostilladas alrededor de sus labios, le desaparecieron por arte de magia o bien por el cambio de alimentación de la que había gozado mientras permanecía despierto toda la noche esperando la colchoneta de Antonio. Esta vigilia nocturna le había permitido alimentarse con pan, aceite, aceitunas y arenques. Los mendrugos de pan los hurtaba en las cocinas del barco, mientras el personal encargado de vigilar la despensa y los fogones dormían a pierna suelta; el resto de los alimentos, los arrebataba de las bodegas donde permanecían almacenados a la espera de arribar en el puerto santiaguero. Cuando el barco entero dormía, excepto el oficial de guardia y los marineros ubicados en la proa dentro de la cabina de mandos, la nave se convertía en el espacio perfecto para darse un festín, así lo hacía Emilio que, cuando decidió poner su mente en marcha y agudizar sus sentidos, se percató de su suerte una noche que deambulaba sin rumbo fijo por el barco y pudo acceder sin impedimentos a las bodegas y a la cocina.

Su rutina era siempre la misma, después de coger varios mendrugos de pan en la despensa, se dirigía a las bodegas y abría una tinaja de aceite de oliva, empapaba el pan en el sedoso fluido y después lo comía con un placer inigualable, despacio, saboreando cada gustillo amargo que le proporcionaba el aceite. Una vez que finalizaba la portentosa ingestión del pan con aceite, abría una caja de madera redonda donde se alineaban circularmente los arenques, elegía el que más le apetecía por la textura y el grosor de la sardina y la degustaba con el mismo placer que el pedazo de chusco empapado. De vez en cuando, el vasco se introducía en la boca unas jugosas aceitunas verdes, cuyos huesos salían expelidos entre sus dientes con una sonrisa pintada en su cara de puro deleite, después de haber satisfecho su estómago. Con esta liturgia alimentaria, estuvo los más de cincuenta días de travesía y el resultado era claramente evidente, el chaval había cogido peso e incluso había crecido más de dos centímetros.

Sin embargo, aquella mañana que llegaban por fin a tierra firme, el zagal estaba triste, el trauma por la muerte del amigo lo había dejado sumido en una nostalgia espesa, difícil de arrancar. Dentro del barco todo le recordaba la horrible muerte de Gerardo, aquellos

dolorosos momentos y pensaba que, al salir de aquella trampa, su cabeza reaccionaría.

Llegó Antonio y le echó el brazo sobre sus hombros, los dos divagaban con los ojos puestos en la lejanía. Ese día, el horizonte había cambiado, era otro; ya no era mar y cielo lo que veían, ahora divisaban la ciudad.

—Lo primero que haremos, Emilio, es buscar al tío de Gerardo, fue su última voluntad —dijo Antonio visiblemente afectado.

Emilio afirmó con la cabeza. La extraña sensación que sentía le impedía reaccionar, el murmullo de sus tripas era insoportable y el dolor que le oprimía el pecho lo dejaba sin respiración. En sus pupilas aún estaban grabadas las secuencias que precedieron al lanzamiento de Gerardo al mar, también tenía presente el tumulto de emociones que abrigó en su interior en esos instantes previos de desesperación y de lucha con Matías, mientras veía desaparecer el cuerpo de su amigo, con los tobillos atados a dos botijos llenos de arena para evitar su flotación, entre un remolino de espuma blanca. El viejo lo había cogido de la cintura y agarrado con fuerza para que dejara efectuar a los marineros, desde la borda, la inmersión del cadáver en el mar ante el capitán, el práctico y el contramaestre que, solemnemente, daba la terrible orden.

La multitud, silenciosa, permanecía en cubierta para darle el último adiós a Gerardo, único enfermo que había fallecido. Cinco personas más se encontraban con tercianas en la zona de aislamiento, ubicadas en camastros en la zona baja del barco, tal como planificó don Benito Montes de la Ensenada, capitán del *Reina de los Ángeles*. Eso significaba que tendrían que permanecer incomunicados, esperando que pasara la cuarentena. Después de cuarenta días si no se descubrían nuevos casos de paludismo, podrían desembarcar. Aunque el vasco, rebelde por naturaleza, no estaba dispuesto a continuar su estancia dentro del navío. Pensaba marcharse después de que atracaran en el muelle asignado para los buques de largas travesías. De la misma forma que se había colado de polizón cuando partieron de Cádiz, sabría como escapar ahora que ya habían llegado a su destino. No aguantaba ni un día más entre aquella pestilencia, entre aquellas amuradas deshechas y mugrientas, después del largo camino recorrido a través del mar. Necesitaba contemplar otros confines y especialmente pisar tierra firme bajo sus pies.

—Antonio —susurró en el oído de su amigo—, yo no voy a

aguantar en el barco el tiempo de la cuarentena.

—¿Qué piensas hacer? ¿Lanzarte al mar desde la borda? No seas bestia, Emilio. Será imposible salir de aquí, nos tienen atrapados hasta que pase el periodo de aislamiento dictado por las autoridades; eso fue lo que nos dijo Matías.

—¡No pienso quedarme! Ya buscaré la forma de huir de esta ratonera. Amigo, si encuentro la forma de largarnos, ¿te vienes conmigo?

Antonio lo observó con una mirada larga, sospechando que el vasco quizás encontrara el modo de salir del *Reina de los Ángeles*. Ya había dado muestras, desde que se conocieron, de que era un zagal astuto y muy avispado, cualidades que a él le agradaban sobremanera.

—Si el plan es bueno, ¡claro que me largo contigo! ¡Esto es una condena!

—Esta noche planifico nuestra huida, mañana estaremos en Santiago pisando tierra firme —dijo.

Las madrugadas en soledad habían sido largas e inquietantes para el zagal. Cuando el barco se quedaba en silencio, solo se oía el ruido de la hélice bombeando el agua, el llanto de algún niño y frágiles murmullos y suspiros de ciertas pasiones que duraban algún tiempo. Para Emilio, toda esta escala de sonidos se había vuelto costumbre, al principio le causaba cierta excitación, intentaba distinguir de dónde provenían los susurros ahogados, los suspiros entrecortados y quiénes eran los que los proferían, para el día siguiente, escondido tras una cesta de cuerdas y sogas o tras una puerta, contemplarles los ojos, los rostros y averiguar si en algún gesto se les notaba la felicidad nocturna. Llegó a la conclusión de que durante el día los pasajeros vivían con apetitos distintos a los que se les despertaban por las noches. Esta curiosidad nueva, que al principio le atraía exageradamente, poco a poco se fue acomodando en su inercia diaria hasta causarle cierta indiferencia, incluso desapareció diluida como azucarillo en el agua.

Esa última noche en el *Reina de los Ángeles*, después de hacerle los honores a su secreto mejor guardado, abandonó la bodega del barco con el estómago lleno, se sentó en el húmedo suelo de la cubierta con los tobillos rozándole las nalgas, la barbilla entre sus rodillas y comenzó a pensar en la forma de salir de allí. Estuvo un largo rato cavilando, observando la estructura del barco, si existía alguna forma de descender a través de sus amuradas y de su casco.

Contempló la distancia que los separaba del diminuto muelle, cuyo contorno se vislumbraba incrustado en la costa, y concluyó que era excesiva para su precaria natación. Necesitaba un bote que los transbordara hasta tierra; esa era la solución. Pero la dificultad de este plan fue máxima para Emilio cuando comprobó que el bote disponible se hallaba pegado sólidamente al casco, en el costado de babor, enganchado con unas argollas herrumbrosas y con cuerdas de doble trenzado.

El vasco veía transcurrir la noche sin que el plan saliera adelante y comenzó a dar vueltas por la cubierta. Mientras paseaba, de pronto se paraba y miraba hacia su alrededor cauteloso por si alguien lo descubría. Su cabeza no encontraba la forma segura para escapar de aquel infierno, todo y nada a la vez le servía en su lenta dilucidación. Le había dado mil vueltas a la forma de utilizar cualquier artilugio que en principio pudiera ser útil, para más tarde desechar su utilidad. Se levantaba y paseaba hasta el palo mayor, después retrocedía hasta llegar al mismo agujero donde estaba sentado, y se volvía a acuclillar para concentrarse mejor en cada opción que tenía presente y para no ser visto por el oficial y los marineros pululando a pocos metros de él. Había descartado varias posibilidades en sus miles de cábalas, la única que le parecía más fiable era cruzar el trecho marino, que separaba al barco del pequeño muelle, encima de algún objeto flotante que los ayudara a nadar seguros y a conseguir su empeño de pisar tierra firme.

Cuando Antonio abrió los párpados, advirtió que había sido bruscamente despertado. El vasco le miraba con fijeza con una idea alojada en su cerebro que le hacía feliz; tenía todo preparado. Después de barajar todas las posibilidades de huida, había encontrado una forma sencilla, casi primitiva de escapar del barco.

—¿Sabes manejar una soga para descender, es decir, sabes escalar? —le preguntó sin rodeos.

—No sé qué decir —le contestó Antonio frotándose las cuencas de los ojos—. Además, ¿escalar qué?

—El casco del barco —sentenció el muchacho con los ojos seguros—. Si no sabes, tienes doce horas para aprender a descender agarrado a una cuerda.

Aquel día durmió mucho más de lo habitual. Despertó con el olor dulzón del humo pegado a su nariz. Ese humo que parsimonioso

expulsaba entre sus labios Matías con la mirada puesta en el infinito. El vasco nada más abrir los ojos supo que debajo de él estaba el viejo fumando con su pipa, lanzó la cabeza hacia abajo y con el rostro vuelto sonrió al viejo en una mueca conocida y peculiar del chaval que le dejaba dos hoyuelos en sus mejillas.

—Has dormido mucho, jovenzuelo —le dijo jovial el viejo.

—Qué hora es, creo que he dormido demasiado —preguntó preocupado Emilio a Matías.

—Te hacía falta, zagal. Llevas unos días muy revuelto y el descanso te habrá venido del carajo.

—Pero ¿qué hora es? —insistió con cierta impaciencia—. ¿Y Antonio, dónde está?

—Calculo que serán más o menos las cinco de la tarde, mi viejo reloj solo me da la hora aproximada, este cacharro está cada vez más oxidado —gruñó para sí mismo el viejo.

—Y al Antonio, ¿lo ha visto usted?

—Hace un rato estaba por aquí escribiendo en una especie de diario que ha ido haciendo durante la travesía y, después, lo he visto amontonar cartas y sus pocas pertenencias... Ahora que lo dices parecía preparar un hatillo.

—Qué va, Matías. Antonio es así de raro, y entre sus rarezas está hacer recuento de sus cosas de vez en cuando... ¿No lo conoce usted?

—Sí, sí... lo conozco y no es extraño verle recoger sus bártulos... En fin, todos tenemos nuestras extravagancias.

El viejo volvió a dar una calada a su pipa. Placenteramente las consumía una tras otra hasta dejar el diminuto camarote invisible por la densa niebla que ocasionaban el humo de su tabaco.

De un salto, Emilio se puso de pie delante de Matías, le sonrió escrutándole los ojos, asegurándose de que el viejo estaba en la inopia sobre la fuga que iban a perpetrar esa noche. Una vez que comprobó sus pupilas límpidas, se fue del camarote en busca de Antonio.

Lo encontró en cubierta mirando al muelle, el que supuestamente esa noche iban a alcanzar encima de algún objeto flotante que Emilio aún no le había revelado. También estaba concentrado en las dimensiones del casco, pensaba que era alto. Con una soga tardarían muchos minutos, casi una eternidad en zambullirse en el mar. Arrojarse desde la borda no le parecía oportuno, no sabía nadar, él había aprendido únicamente a flotar en

la orilla de la playa, jamás se atrevió adentrarse en el Cantábrico, era miedoso para eso, el océano siempre le había causado mucho respeto. Además, lanzarse desde la barandilla le acarrearía algún que otro riesgo, lo podría ver algún miembro de la tripulación del pasaje. Huir, estando el barco en cuarentena, era un delito, por lo cual, lo podrían retener los días de aislamiento que todavía quedaban por cumplir, para más tarde entregarlo a las autoridades cubanas. Él no estaba dispuesto a pasar otra vez por esa angustia, esa amargura de estar eternamente endeudado con la justicia por quebrantamientos menores.

—Antonio, ¿qué pasa contigo? Llevo buscándote un buen rato —le dijo el vasco.

—No tengo clara nuestra huida, vasco, este barco es muy alto. Me da miedo bajar con una soga hasta el mar. Y demás, ¿sobre qué vamos a llegar al muelle?

—Unos flotadores elaborados con trozos de corcho que descubrí ayer debajo de esas lonas —Emilio miró hacia un lado de la proa, sobre el suelo había unos bultos cubiertos de lonas grises.

—¿Ahí debajo de esas telas mugrientas hay flotadores? —preguntó escéptico el cántabro.

—Sí, sí... Ayer conté cinco.

—No sabía que supieras contar —susurró Antonio con cierta chanza hacia su compañero.

—Perfectamente, los números son mi fuerte. En el orfanato donde me he criado ayudaba principalmente con las cuentas, las resolvía y apuntaba en los legajos y libros. Después el director de aquella institución, sin revisarlas, las presentaba al Ayuntamiento justificando los despilfarros...

—Así que sabes sumar y restar —le preguntó.

—Multiplicar y hasta dividir, ya te digo: los números son mi especialidad —le contestó el muchacho seguro de sus palabras.

—Me gusta esa faceta… quién lo diría.

—Bueno, vamos a lo que nos importa ahora... Esta noche a las dos nos piramos de esta mugre. Tienes que venir sin nada, tus cosas las dejas en el camarote.

—¡Ni hablar! ¡Hay cosas irrenunciables para mí!

Emilio miró furiosamente a su amigo y le recalcó:

—¡Me cago en diez, Antonio! Tus pocos andrajos los dejas aquí, solo llevarás tu documentación.

Aquella misma madrugada, tal como lo planeó el vasco, descendían agarrados a una soga por la imponente estructura del *Reina de los Ángeles*. A cada salto que daban, sus pies descansaban sobre los pernos de hierro incrustados en la superficie estriada del casco, sus manos resbalaban y se desollaban, los brazos los movían manchados de sangre. La sangre brotaba de sus palmas plagadas de grietas profundas, se iban dejando trozos de piel en los filamentos de las sogas y sus ojos, casi ciegos, permanecían nublados por las lágrimas que les salían a borbotones de puro dolor y dejaban los rostros de los dos muchachos chorreando hasta que desaparecían las gotas por sus barbillas en un constante flujo.

El primero que llegó fue Emilio. Nadó lo suficiente para ir recogiendo los flotadores que poco antes habían lanzado por la borda calculando el lugar donde caerían. El vasco había estado ensayando la tarde anterior con trozos de corcho. Los fue recogiendo en la cubierta de la popa donde permanecían amontonados y desechados. Arrojó unos cuantos y estuvo tanteando el impulso que debía darles recreando una y otra vez la parábola exacta de la trayectoria que dibujaban en el aire para que quedaran cerca del lugar al cual pensaban llegar.

Un enorme silencio se hizo en la superficie oscura del mar cuando Antonio se sumergió en las aguas de la bahía santiaguera. Instantes después, los dos zagales acabaron de colocarse los corchos bajo sus cuerpos y nadaron hacia el muelle. Notaban a cada brazada, que las esquirlas puntiagudas se hundían en sus abdómenes y les iban desollando también la piel por el rozamiento continuo de la superficie áspera sobre la cual se apoyaban. Llegaron casi despedazados y contemplaron el paisaje desde abajo.

Antes de ascender por la raquítica escalera de tablas rotas y listones con clavos estirados como espinas, se despojaron de los corchos y subieron renqueando por la escalinata demasiado empinada, a veces creían que se iban a volcar, hasta que por fin alcanzaron la cima constituida por una superficie de piedra gris, donde posaron sus pies y cayeron de bruces sobre ella agotados y doloridos por la penosa travesía.

Antonio se levantó con las fuerzas consumidas, comprobó su documentación que se hallaba bien envuelta en un trozo de cuero viejo atado fuertemente de una cuerda. Se había amarrado el hatillo al cuello antes de emprender la huida y flotando junto a él llegó hasta el embarcadero. También había incluido dentro de la

envoltura las cartas de amor escritas desde su camarote del *Reina de los Ángeles* a Lena. Cuando Antonio evidenció que las misivas se hallaban descoloridas y las frases, que con tanto esfuerzo había escrito, borradas por la acción del agua, se adentró en un desasosiego del que no podía desprenderse. Aquella súbita desesperación le produjo unos espasmos descompasados y vertiginosos; hasta el vasco se asustó al contemplar la palidez de su rostro y el extraño balbuceo que lo acompañaba. Lena desaparecía de sus recuerdos como el agua se esfuma entre las manos. Al joven comillano le supuso un gran esfuerzo encontrar el rostro de la muchacha en su memoria.

Allí quedaron los dos zagales ovillados, temblando, echados uno sobre el otro, con un llanto sordo que aumentaba el ritmo de sus jadeos... Así estuvieron algunas horas esperando el amanecer.

El día se fue aclarando lentamente y la luz se fue extendiendo por una parte de la ciudad mostrando un reguero de casas pobres llenas de escombros y despojos. Las ganas de examinar aquel lugar les hizo levantarse de aquella losa inmensa, tenían las palmas de sus manos salpicadas de llagas y los cuerpos despellejados. Compusieron sus ropas sin rozar la piel dolorida en ellas, después se estiraron desentumeciendo la espalda, hasta dejar erguidas sus figuras.

A medida que se adentraban en aquel barrio pegado al muelle, observaban la apretada humanidad que allí habitaba, la mayoría eran esclavos negros, también deambulaban algunos chinos.

Descubrieron sus calles cubiertas de fangales, además pudieron oler la miseria, ver las tambaleantes fachadas de madera alzadas sobre el cenagoso suelo, las abuelas meciéndose en sillones de mimbre, a mendigos tosiendo envueltos en mantas guarecidos de la intemperie bajo las techumbres de tabernas y casas de alterne; estaban sobre un escenario sucio y maloliente que aturdió a los chavales. A pesar de la convulsión que les supuso aquellas imágenes que aparecían ante sus ojos, seguían caminando hombro con hombro y sus flacos brazos de adolescentes los llevaban rozándose. Con el ánimo desbaratado, sin rumbo claro, atravesaban estrechas calles, sorteaban cajas, cerros de desperdicios, muebles descuartizados y amontonados en mitad de la calzada.

Aquello era tan insólito, tan imprevisto y tan inquietante que no acertaban a comprender todo lo que tenían delante.

7

Comillas, octubre de 1831

Invariablemente al ponerse el sol, Mateo Mendoza y Vergara se adentraba en su carruaje con la intención de volver a casa. Desde su asiento, con la cara triste y sus pantalones de franela gris, observaba por las ventanillas del coche arrastrado por cuatro caballos percherones, las calles que iba dejando atrás. Miraba por costumbre, saludaba por inercia, la mayoría de las veces sin saber a quién.

Cruzaba el pueblo sumido en sus pensamientos, harto de la tarea diaria, de hacer cuentas, rehacer balances, repasar libros de facturas y un sin fin de cosas más para sacar adelante el astillero *Virgen de la Luz*. Igualmente se dejaba allí la sesera y los riñones para que doña Pina estuviera satisfecha con su trabajo.

A los veinte años ya era el gerente de su propia empresa, el astillero le había llegado por herencia familiar, su abuelo, hombre emprendedor, lo erigió sabiendo el buen negocio que hacía con la floreciente pesca de la ballena y la cantidad de barcos que salían a faenar desde Comillas para capturar al apreciado cetáceo.

El astillero *Virgen de la Luz* fue construido en el puerto de Comillas, cerca de La Torre de Vega y la empresa emergió dedicándose a construir, montar y reparar balleneros.

Su padre, don Marcelino Mendoza Espínola trabajó

incansablemente en él, remontó, incluso, los resultados financieros de su padre y su esplendor empresarial fue tal, que llegó a convertirle en el comillano más rico de la región y casi de media España, hasta que una pulmonía doble se lo llevó al otro mundo el mismo día que cumplió los cincuenta, había fallecido hacía un año y su madre solo confiaba en él.

Ese día de octubre caía una suave niebla sobre Comillas, las finas gotas de agua que flotaban en el aire, helaban el ambiente. Hacía frío y Mateo se envolvió en su capa negra al sentir la humedad traspasarle hasta los huesos. Era alto, musculado, de rostro macilento, de grandes bigotes alborotados y una cabellera ensortijada negra. Sus ojos romos, sin brillo, dejaban entrever una inteligencia lograda con empeño y buenos maestros. Pensaba, mientras cruzaba en su carruaje las calles y plazas de Comillas, el retraso con el que llegaba a su lujosa casa. Su madre le preguntaría, querría saber si era por causa de alguna muchacha pudiente y casadera del pueblo o alrededores. Pero esa tarde, antes de recogerse en su cálida morada, había acudido a la iglesia de San Adrián buscando sosiego. Le ordenó al cochero que orientara el carruaje hasta la Ruiseñada, tres kilómetros de camino bacheado de piedras, para confesarle sus angustias y anhelos al párroco que tanto sabía de él, don Cipriano, su tutor espiritual y guardián de su alma cristiana.

Don Cipriano movía la cabeza de un lado a otro conocedor de las ideas obsesivas de Mateo. Sabía de su obcecación por la criada, también sabía que le acarrearía serios conflictos a la chiquilla y a doña Pina, la cual andaba buscándole novia desde hacía tiempo. El sacerdote reflexionaba sobre la ingenuidad de la señora principal del pueblo al creer que su único vástago, sumiso como siempre había sido, la obedecería en temas de casamiento. La irracionalidad desaforada de los bajos deseos de Mateo, lo hacía rebelde e insumiso y su ardor indomable lo transformaba en un hombre capaz de todo.

—Padre, no sé qué hacer. Ella me ignora y procura evitar mi presencia para no cruzarse conmigo. Yo la persigo por la casa, pero me da esquinazo diciendo que la deje en paz... ¡La tengo tan cerca! ¡Cualquier día la tomo por la fuerza! Si no lo he hecho antes es por sus recomendaciones y por temor a Dios... —Mateo permaneció en silencio unos instantes reflexionando sobre las razones del rechazo de Lena—: Estoy seguro de que no acepta mis reclamos amorosos

porque todavía piensa en ese muerto de hambre que marchó a Cuba huyendo de la justicia. ¡Un paria, un pordiosero! ¡Ese imbécil me está robando lo que es mío!

—Tranquilo, tranquilo, sosiega ese ánimo…, son imaginaciones, Mateo, no conoces lo que ocurre dentro de su cabeza… Es posible que la muchacha haya olvidado a ese joven, hace ya algunos meses que marchó... Magdalena es casi una niña y debes respetarla, además, sensatamente protege su trabajo... A tu señora madre no le temblará el pulso si se entera que flirtea contigo, y como la pille en un renuncio, sabes perfectamente que no dudará en ponerla de patitas en la calle... Debes entender la situación. Tienes que sofocar ese ímpetu que te agita tanto, muchacho, y orienta tus ojos hacia otra joven que las hay bien bonitas... —concluyó el clérigo como el que concluye un sermón muchas veces repetido y con los ojos brillantes pensando en las señoritas delicadas y lindas que lo rodeaban.

—Para eso hay tiempo, por supuesto que desposaré a alguna de esas muchachas cuando sea necesario... Sí, padre, sé que hay mujeres que me convienen más, pero no puedo controlar lo que me produce en las entrañas esta chiquilla... ¡La deseo tanto! ¡Es tan bella!

—Eso es lujuria, hijo mío, no debes caer en sus fauces, destruye el alma cristiana de los hombres...

El padre Cipriano suspiró con hartazgo elevando sus pupilas al cielo. Aguantaba, desde hacía meses, el dichoso tema y no había corregido ni un ápice la actitud descabellada de su pupilo espiritual. Estaba un poco hastiado de tanto marear la perdiz.

—Lo siento, joven, tengo que volver a la sacristía para bendecir el agua y preparar el sermón de la misa del domingo —concluyó don Cipriano con la intención de huir de tal majadería. Hacía tiempo que los desvaríos y caprichos amorosos de los ricachones, probadamente mentecatos, le aburrían. Y en esos momentos, su cabeza estaba centrada en la copa de buen orujo que le esperaba en la mesa de la rebotica y en la partida de ajedrez que gustosamente echaría con el boticario en cuanto se deshiciera del joven Mateo.

Lena se encontraba calentando con una salamandra de mano el colchón de su ama. Lo arrastraba despacio, dibujando círculos sobre la superficie blanca. Con oscilaciones controladas, miraba el

depósito dorado donde se alojaba el cisco caliente. Ni una brizna de brasa ni del carbón debía derramarse entre las sábanas de lino, limpias y recién planchadas que enfundaban al mullido colchón de lana donde descansaría la señora después de su aburrido día. Ella estaba fatigada, los días en la casa de los Mendoza eran trepidantes, no respiraba ni un segundo, la señora estaba continuamente solicitando su presencia para exigirle algún encargo.

La muchacha estaba en estos y otros pensamientos cuando notó unas manos frías, alargadas, casi femeninas que aplastaban sus pechos. Del brinco que dio, volcó levemente el brasero y las sábanas quedaron manchadas por la mugre negra que salió entre las rendijas del calentador. Se revolvió para zafarse de las garras que la atrapaban por atrás. Su rostro enrojecido irradiaba una rabia animal, si hubiera podido le habría arrancado las manos. Estaba tan harta de sufrir estos atropellos del señorito Mateo que cada vez los aguantaba menos, la paciencia la tenía colmada y la repulsión que le producía su presencia le removía violentamente las entrañas.

—Lena, Lenuca... ¡Qué preciosa eres! ¡Qué pechos redondos, duritos y empinados tienes, condenada! ¡Me vuelves loco! —le susurró Mateo en el oído con los ojos llenos de lascivia, intentado meter las manos entre sus ropas otra vez.

La muchacha se alejó todo lo que pudo del joven, puso el brasero como escudo de defensa entre él y ella y le dijo:

—Señor, en esta santa casa me llaman Magdalena por órdenes expresas de su madre. Se lo suplico, déjeme seguir con mi trabajo, ahora tengo que volver a vestir la cama a causa de su arrebato. Como verá, las sábanas han quedado perdidas de cisco y he de cambiarlas. Si me disculpa, debo ir a por otras y plancharlas antes de ponerlas nuevamente en el lecho de su señora madre...

—Tú estás segura de que vas a cumplir catorce, pareces una urraca hablando... de dónde sacas tanta palabrería.

—Tengo que marchar, señor...

—¡Perdón! —Exclamó el joven ante la mirada profunda y fría de la muchacha—. ¡Perdona, Lenuca no eres una urraca, eres linda y preciosa como una flor!

Lena abandonó la alcoba de la doña seria y un poco pálida, con las lágrimas asomándose en sus ojos azules. La furia que sentía era indomable, rabiosa, la dejaba sin respiración. Tragó saliva para poder engullir también el nefasto suceso. Como pudo, haciendo un gran esfuerzo, se repuso y se dirigió al armario donde se guardaban

las sábanas de doña Pina.

Ella aguantaba que doña Pina fuera una mujer estirada, seca de carácter, desabrida y poco dada a la sonrisa porque era su ama. Además, había enviudado hacía poco como su madre y este hecho justificaba su desánimo y mal talante. También había percibido en sus gestos cierta amargura resultante de tristezas o de angustias pasadas. Sin embargo, durante algunos instantes aislados conseguía olvidarse de ellas, las superaba y entonces afloraba una mujer distinta desde lo más profundo de sus ojos. Era una sensación fugaz, instantánea, casi imperceptible, pero ella había sido capaz de capturar esos chispazos de su alma.

Otra cosa era el hostigamiento al que la sometía su hijo, eso no tenía por qué soportarlo. Eloisa, la costurera que se acercaba a la casona dos veces a la semana a repasar la ropa, había sido testigo, la semana anterior, de uno de los furores amorosos del señorito Mateo. La mujer se mantuvo quieta, disimulando que no veía la embestida del señorito hacia Lena. Después, le había aconsejado acallarlos y sobrellevarlos de la mejor forma, sin dar pábulo.

—Eso es una cosa corriente, zagala —dijo Eloisa zampándose un trozo de bizcocho de leche recién extraído del horno por Juana—. Cuando se sirve y una es aún nueva y tiene las carnes frescas, hay que aguantar los pellizcos y arrebatos de los señores jóvenes, maduritos y decrépitos, porque a algunos se les avivan las ganas con los años y, esas babas, ¡sí que son repugnantes! —la mujer puso una mueca fruncida que dejaba entrever algún mal recuerdo y prosiguió—: Pero Lena, si ventilas estos pecadillos de tu señor, te quedas en la calle... Y ésta es muy buena casa para estar de criada... Comes todos los días, duermes en colchón y recibes jornal... No le des más vueltas y aguanta, que tienes a tu madre y a tu hermana casi viviendo de lo poco que ganas.

—Si no es por mi madre y mi hermana, preferiría dormir al raso antes de que ese mandril me ponga otra vez un dedo encima. ¡Qué asco me da!

Acabó su faena llorando, pensando en su padre y en las palabras de Eloisa. Con sumo cuidado, temiendo de nuevo la irrupción de Mateo, no tardó en dejar la cama caliente y el camisón de la doña encima de la colcha. Después, sobre una mesa tocador dejó preparado los afeites, pinceles, mejunjes, botecillos de olor y demás utensilios de belleza que, a su edad, decía doña Pina, necesitaba.

Se tranquilizó cuando percibió en la lejanía que el señor

conversaba con su madre. Respiró pausadamente varias veces para relajar el ánimo, se enjugó las lágrimas de sus mejillas con los dedos y bajó a la cocina a cenar con Juana; la mujer siempre la esperaba para cenar. Después volvería a la alcoba a guardar en el ropero el elegante traje negro que aún llevaba puesto su ama.

Había pasado el peor momento de la jornada. Habitualmente cuando llegaba el joven Mateo del astillero, ella temblaba, sabía que venía con ganas de verla. La buscaba por todas las estancias y hasta que la encontraba parecía un león enjaulado, un bicharraco dispuesto a todo. Ella percibía que su mirada lo amansaba. Ese diminuto poder lo utilizaba diariamente, aunque no sabía hasta cuándo iba a funcionar para dominar ese ímpetu feroz que lo poseía.

En el comedor, doña Pina y Mateo esperaban sentados la sopa que Jesusa les iba a servir. En el centro de la mesa presidía el velón de aceite que era de diez picos, sostenidos por una columna de plata alta que descansaba sobre un pie ancho, lleno de adornos encendidos. Dicho velón producía mucha claridad, aunque limitada, puesto que la estancia era grande.

Entró Jesusa por la estrecha puerta camuflada en la pared y ubicada en un extremo del comedor, la cual comunicaba con la angosta escalera que llegaba hasta el office de la cocina. Sirvió primero a la señora, después al señor. Cuando iba a marchar la doncella con la sopera en mano, oyó las palabras que pronunció Mateo con cierto sarcasmo:

—Madre, ¿no se ha percatado usted en las uñas tan sucias de esta criada?

Doña Pina, mujer nerviosa y de impulso fácil, miró las manos de Jesusa. La doncella tras escuchar la frase del señor y contemplar los ojos escrutadores de la señora, hubiera deseado fervientemente que desaparecieran de su cuerpo todas sus uñas, para evitarse un disgusto y una severa humillación.

—Madre, debe cambiar a esta doncella por otra —concluyó el joven de forma clara, suave y lenta.

—¡Jesusa! ¡Discúlpate ante el señor y luego explica el motivo por el cual no te has aseado convenientemente para servir la mesa! ¡Esto no es una cochambre! ¡Sal de inmediato del comedor! El resto de la cena que la sirva Lena.

—Sí señora —respondió la doncella—. Perdonen mi aspecto, pero el cordero ha dado mucha guerra... y no he tenido tiempo para lavarme adecuadamente. Ahora mismo aviso a Lena, aunque en estos momentos está con su pobre madre y su hermana en el patio trasero; han venido a verla.

—Deja, deja... sigue tú —cambió de parecer la señora al saber que su criada predilecta estaba con su familia—. Cuando bajes a la cocina, lávate las manos con estropajo y jabón verde. ¡Cochina! —espetó doña Pina con los ojos crispados.

El joven Mateo torció el gesto al oír que Lena no iba a acabar de servir la mesa.

—Hijo —continuó doña Pina con la mirada cándida como si el episodio anterior no hubiera existido y la criada se hubiera transformado en un ser invisible—, esta mañana he estado con Dolores Sarmiento ayudando en la parroquia con las ropas y los donativos que hemos recogido para los niños pobres. Dolores, mujer caritativa donde las haya, es la madre de la bella Catalina Jiménez Sarmiento, una muchacha instruida, excelente cristiana, piadosa y de sentimientos bondadosos. Cati cumplirá diecisiete el próximo mes, ¡qué edad más bonita! ¿Verdad, hijo? Pues bien, hoy, curiosamente, hemos hablado largo y tendido sobre vuestro futuro... hasta llegar a la conclusión de que estáis hechos el uno para el otro... —doña Pina hizo una pausa para observar el semblante de su único vástago—. ¿Te acuerdas de la pequeña Catita? Sí... era una niña de espesos tirabuzones, de pelo oscuro y ojos rasgados... La han educado en la oración con las monjas, las hermanas de la Cruz. Ahora es una muchacha primorosa y muy hermosa; vamos, que se ha convertido en una belleza exótica, pero eso sí: recatada... ¿Recuerdas cómo la criatura se acercaba a ti cuando salíamos los domingos de la misa de diez con el cartucho de peladillas en mano y te las ofrecía? ¿No lo recuerdas, hijo?

Mateo entraba en un silencio mortificante cuando su madre comenzaba a relatarle los encantos de las señoritas casaderas que casi a diario le ofrecía con todo lujo de detalles. Sus labios finos se fruncían y los ojos se le congelaban. “Qué matraca más grande”, pensaba. No sabía cómo explicarle a su madre su desatino, el despropósito de sus afanes casamenteros. Él sabía que hasta que no consiguiera a Lena no estaría dispuesto a poner sus ojos en cualquiera de esas muchachas de buenas familias y refinadas que su madre le buscaba; pero en esos momentos no le interesaba otra

mujer, Lena estaba constantemente en su cerebro, la quería hacer suya, solo la idea de tenerla entre sus brazos lo ponía caliente y poder disfrutar de sus encantos lo transportaba a un mundo de placeres infinitos. La quería solamente para él. No podía imaginar a Lena en otros brazos; cuando lo pensaba entraba en un pánico sordo e incontrolado.

Así mismo, doña Pina se desesperaba cuando contemplaba a su niño desinteresado por su porvenir.

—¡Hijo, responde! —le conminó doña Pina.

—El cordero exquisito, madre. Felicita a Juana de mi parte y a Jesusa...

—¡A Jesusa! ¿Pues no acabas de decir que es una cochina por servir con las uñas sucias?

—Cochina la ha llamado usted, madre, yo solo he referido una observación que ya está olvidada. Cambiando de tema, tenemos que ir pensando en reestructurar el astillero en un plazo corto de tiempo. Los barcos balleneros pasaron a la historia, ya no salen a pescar y construir ese tipo de naves es caro e inútil, no tienen salida. Anselmo está analizando la forma de hacer cambios drásticos en el tipo de fabricación, los que montamos ahora no nos sirven para comercializarlos, están bajando las ventas alarmantemente, los beneficios han caído casi a la mitad, las cosas ya no son como antes, madre; estamos perdiendo dinero.

—Por cierto, tu primo Anselmo pretende a una señorita de San Vicente de la Barquera —dijo muy seria doña Pina, dejando ver su enfado por el cambio de tercio que le había dado Mateo a la conversación—. El padre de la afortunada es el dueño de las mejores fincas que rodean a esta villa. Celia se llama la enamorada. La vimos el otro día pasear por las calles céntricas con un porte distinguido y una criada, además pudimos entrever sus enaguas muy blancas debajo del soberbio vestido gris plateado que llevaba...

En el patio trasero, Lena se encontraba echada sobre su madre, la cabeza posaba sobre su hombro y la enredaba fuertemente entre sus brazos en un intento desesperado de no apartarla nunca de su lado. Su hermana la miraba embelesada disfrutando del momento familiar. Lena las echaba tanto de menos que le costaba un esfuerzo enorme aguantar los sollozos que se amontonaban en su garganta sin dejarlos salir. Les explicaba, intentado animar la voz, lo bien

que se encontraba trabajando para los Mendoza.

—No sé hija, te encuentro distinta. Tus palabras me dicen una cosa y tus ojos me expresan otra. ¿Verdaderamente estás a gusto trabajando en esta casa?

—Sí, sí, madre. No se preocupe. Y tú, Teresuca, ¿cómo estás?

—Tu hermana está bien —se adelantó Constanza para responder sin darle oportunidad a su hija menor—, me ayuda con el cultivo y en la pequeña recolecta diaria de las hortalizas y frutas del pequeño huerto que hemos arrendado para subsistir, también se las apaña bien con las faenas de la casa. Además, los domingos sigue yendo a Cardosa, donde la Eufrasia, a ordeñar las vacas. Ese pequeño jornal también nos sirve para tirar adelante.

Constanza hizo una pausa para fijar sus ojos en los de sus dos hijas y prosiguió con una mueca de dolor:

—Ya sabes, hija mía —le dijo a Lena—, que hay días que no puedo mover ni un dedo. Mis dolores de huesos son continuos y menos mal que está la Teresuca como una mujercita haciendo los quehaceres sin rechistar. Desde que murió vuestro padre las cosas van a peor... Me cuesta mucho salir adelante sin él. Celso nos viene a visitar cuando el pobre hombre puede. Siempre llega con obsequios y comida para que no nos falte nada. Aunque lo noto más tristón; parece melancólico..., camina cabizbajo..., se siente descontento... Sé que hay algo que lo turba, aunque él intenta disimular cuando llega por la casa y nos cuenta lo bien que están... Desde luego ha perdido esa aura de luz que desprendía cuando se casó con su esposa. Nunca fue la alegría de la huerta, por supuesto que no... Lo conozco desde la infancia y jamás fue un zagal alegre... Él nació y vivió, hasta que lo internaron en los Agustinos, en la parte alta del pueblo, su padre también era pescador, ballenero, como los nuestros...

Constanza quedó unos segundos mirando al infinito con una vieja nostalgia agarrada a sus ojos. Sus hijas la observaban con disimulado pesar, acordándose nuevamente del padre, de lo felices que eran cuando Jonás todavía estaba lleno de vida y colmaba de energía todos los rincones del hogar.:

—Don Celso, madre, está triste, se nota en sus ojos —dijo Teresuca con tierna inocencia.

Lena decidió ocultarle a su madre y a Teresuca el chisme que iba de boca en boca por todo Comillas, hasta que el cuento llegó a la casa de doña Pina. Las malas lenguas contaban, sin recato ni

piedad, las reiteradas traiciones y deslealtades de la mujer del secretario del ayuntamiento, aun después de descubrirla éste, en su cama y con el amante encima del cuerpo, gozando de los placeres de la coyunda.

Lo ponían de petimetre, cornudo y de tener unas tragaderas que parecían sumideros. También sabía Lena que esa era la causa de la amargura de su querido don Celso, un hombre que consideraba esencialmente bueno.

8

Trinidad, Cuba, octubre de 1831

—Sí señor, murió de tercianas —dijo Emilio con el rostro compungido a don Roque Calvo, tío carnal del difunto Gerardo.

—Lamento la pérdida de su sobrino, señor —dijo también Antonio plegando sus párpados y con la boina negra en la mano en muestra de respeto al muerto.

—¡Dios mío, qué tragedia! ¡Maldita suerte la del zagal! —exclamó con la tensión de la luctuosa noticia aún candente—. Tendré que comunicárselo a mi hermano. ¡Mi pobre cuñada Adela, cuando se entere de que su hijo ha fallecido a consecuencia de las fiebres!... ¡No quiero ni pensar!... ¡Muna!, ¡Muna!

—¡Me necesita el señor! —Gritó, irrumpiendo en el despacho, una joven criada negra con un precario español.

—¡Avisa a la señora y dile que venga a mi despacho urgentemente! ¡Ay, por Dios! ¡Con la ilusión con la que esperábamos a mi ahijado!

—Doña Marcela está en misa, a punto de volver, señor —aclaró la criada nerviosa.

—En cuanto llegue le das el aviso que la espero en el despacho, y ¡lárgate de aquí! —le espetó a la muchacha preso de sus emociones.

—Un momento... el *Reina de los Ángeles* aún no ha atracado en el

puerto, y... vosotros, ¿de dónde salís?

Hubo un silencio tenso, tan denso que casi se hubiera podido cortar con una de las espadas que adornaban cruzadas en una de las paredes del amplio despacho de don Roque.

Asustados ante la pregunta inquisitiva del hombre, se miraron de soslayo lo dos zagales. Permanecían agotados e inmóviles en el centro de la hermosa estancia como dos mendigos, iguales a los que habían visto en las calles y caminos por los que transitaron durante cinco días hasta llegar a Trinidad, donde se ubicaba *La Santísima Trinidad*, la plantación de don Roque, en pleno valle de los ingenios. Esta hacienda, de varias decenas de hectáreas, se hallaba sembrada casi en su totalidad de caña de azúcar. Tuvieron que caminar un buen trecho a través de la propiedad de este próspero comillano contemplando los cuerpos encorvados de los esclavos negros, cuya piel brillaba bajo los rayos inclementes del sol. Labraban y sembraban casi desnudos y en silencio. Los capataces, hombres blancos, vigilaban desde sus caballos para mantener el ritmo de trabajo adecuado y para sofocar, dando latigazos, cualquier pequeña insumisión o gesto de rebeldía. Fueron testigos a lo largo del recorrido de algún episodio violento; los capataces imponían su autoridad a fuerza de fusta, apaleaban y azotaban a los negros con cualquier pretexto, aun viendo que algunos eran tan corpulentos y fuertes que el día que se rebelasen aplastarían con una sola mano a su patrón. Los chavales caminaban tambaleantes con la piel erizada y un miedo opresivo al percibir el terror que se respiraba entre aquellos cultivos.

Por fin en el horizonte apareció la vivienda y, bastante apartado de la casa, también divisaron el ingenio. El ingenio se divisaba en la lejanía, solo podían ver una chimenea cilíndrica y alta que llenaba de humareda el cielo. La mansión de estilo colonial compuesta de dos plantas cuadrangulares desiguales, la de abajo más grande de la que reposaba encima, los dejó boquiabiertos. Permanecieron un rato pasmados al descubrir su magnitud. Las blancas paredes de la fachada se alzaban esplendorosas. Las soberbias puertas, ventanas y contraventanas, que daban al exterior, eran de un verde oscuro que otorgaba a la casa un aire señorial. El precioso patio interior cuajado de flores y vislumbrado desde el vestíbulo, se asemejaba a un patio del más puro estilo andaluz.

—¡Qué ocurre, Roque! —dijo preocupada la mujer—. Muna me ha dado el aviso de que viniera urgentemente a tu despacho. ¿Ha

pasado algo?

—Siéntate, amor mío —requirió cariñoso don Roque a su esposa.

Cuando ya estuvo sentada la esposa en la butaca, continuó:

—Querida, ¡qué desgracia! Gerardín… —hizo una pausa por el bloqueo que sintió en su garganta—. Mi ahijado... al que esperábamos con tanta ilusión… ha fallecido durante la travesía en el barco, ¡de unas tercianas! —Por fin pudo concluir la frase, y añadió—: Estos dos muchachos han venido hasta aquí para comunicarnos la fatal noticia, también viajaban en el barco con nuestro sobrino.

La mujer sufrió un vahído que la dejó pálida, muda y con la cabeza gacha.

—¡Muna! —gritó don Roque delante de los dos muchachos estupefactos.

—Señor, aquí estoy —dijo atropelladamente la criada.

—¡Las sales!, ¡trae las sales!, ¡maldita sea!, que la señora ha sufrido un desmayo…

Las sales consiguieron variar la expresión de doña Marcela y que abriera los ojos, al principio con una mirada tranquila, después, al cabo de unos segundos, y acordándose de la última noticia, adquirió una fuerza con un brillo extraño que asustó a su marido:

—¿Qué te ocurre, reina? —le dijo a su esposa.

Doña Marcela era una mujer esbelta, joven, de piel blanca y aterciopelada. Recogía sus cabellos negros y brillantes en un moño sedoso dispuesto debajo de la nuca. Una raya, bien centrada, dividía su melena en dos mitades simétricas y sus facciones suaves, hermosísimas, le concedían una belleza armoniosa que cautivó al vasco en cuanto la percibió a través del rabillo de su ojo derecho.

Antonio anduvo unos pasos y se arrodilló ante la señora para poner su rostro a la altura de la mirada de doña Marcela y explicarle lo acontecido en alta mar.

—¿Se encuentra mejor, señora?... Discúlpenos por irrumpir en su casa para desvelarles tamaña desgracia, pero el deber... es el deber y la última voluntad del difunto Gerardo fue que viniésemos ante ustedes para presentarles nuestro respeto y referirles este doloroso suceso.

—¡Ay Roque, qué pena por Dios! —exclamó la mujer con la nariz arrugada, haciendo caso omiso de las palabras del joven comillano.

—Esperábamos a Gerardo con tanta alegría... y habíamos hecho

tantos planes para él... que esto ha sido un mazazo, ¡un golpe cruel del destino! —dijo roto por la pena don Roque—. ¡Un hecho fatídico! —siguió diciendo—, que nos deja llenos de tristeza...

—Así es querido esposo —le contestó doña Marcela—. Subo a la alcoba, no puedo más con este pesar...

Se dirigió con paso firme hacia la puerta, nadie en su sano juicio hubiera creído que hacía escasamente unos minutos doña Marcela había sufrido un vahído. Detrás de la señora iba la criada como un perrillo faldero. Sin embargo, antes de desaparecer de la sala, la bella dama se volvió hacia su criada y le dijo:

—Muna, te encargas de decirle al servicio que ofrezca a estos muchachos viandas, ropas limpias y jabón. Después, que descansen en un cuarto de abajo. Ya pensaremos qué hacemos con ellos...

—¡Vamos, mozalbetes! —dijo Muna—, la señora desea que os sirvan de comer y os deis un buen baño —concluyó con voz de pito y segura de su obligación.

—¡Un momento! ¡No tan deprisa! Todavía me tenéis que explicar la razón por la que estáis en Trinidad sabiendo como sé, que el barco todavía se encuentra en Santiago, atracado en el primer muelle, el de las cuarentenas.

Los muchachos ya estaban dispuestos a confesarle a don Roque su deserción del *Reina de los Ángeles* cuando oyeron la voz de doña Marcela:

—¡Muna! ¡Te repito que lleves a esta chusma a comer y a bañar! ¡Quiero que desaparezca este olor pestilente de mi casa!

—Venga, negra, obedece y haz lo que dice tu ama —murmuró despacio don Roque, mostrando su evidente senectud y plegándose a las órdenes de su joven esposa—. Lleva a estos dos pillastres a la cocina, mañana será otro día.

Amanecieron oliendo a jabón y después de haber dormido muchas horas sobre un colchón mullido. Con qué plenitud y felicidad rieron al dar vueltas por los colchones. Contentos y sumamente relajados se levantaron después de haber pasado una noche sin despertar ni un solo instante, habían caído muertos después de la larga travesía por el Atlántico en el “Reina de los Ángeles” y los cinco días recorriendo el largo camino hasta llegar a la casa de don Roque. Los muchachos no recordaban la última vez que pernoctaron a pierna suelta. Emilio creía que nunca a lo largo de su vida había

traspasado la noche sin alteraciones y sobresaltos.

Mantenían la compostura totalmente perdida, cuando Muna entró sin avisar en el cuarto donde se alojaban Antonio y Emilio. La criada se los encontró desnudos, tal como habían dormido, en plena batalla de almohadas, cojines y cualquier objeto blando que se pudieran lanzar el uno al otro. Mantenían el equilibrio encima de los colchones, saltando y esquivando los proyectiles ajenos. La muchacha se quedó de piedra sin saber reaccionar ante la visión de los dos zagales; estaban como sus madres los trajo al mundo. Se colocó inmediatamente las manos en sus ojos para no contemplar el cuadro que tenía delante y balbuceó, con el pésimo español que pronunciaba y su voz de pito, la orden dada por don Roque dos minutos antes; el amo esperaba en el despacho. Antes de salir despavorida, dejó en una silla ropas de labranza limpias y zapatillas de esparto nuevas para vestir a los dos chavales.

Don Roque estaba tras el escritorio con los brazos cruzados en el pecho, el rostro serio, la tez clara de su cara salpicada de profundas arrugas. Su porte altivo, típico de su clase social, le otorgaba un aire dominante de amo, estaba acostumbrado a ser servido. Cuando don Roque vislumbró las cabezas de los dos adolescentes, se envaró en su sillón de cuero y les hizo pasar y sentarse delante de su mesa.

—Bueno, vayamos al grano —dijo solemne—. Entiendo que habéis cometido un delito: huir del barco que estaba salvando un periodo de cuarentena. No hay otra explicación sabiendo que aún no ha desembarcado ni una sola persona del *Reina de los Ángeles*. Tenéis buen aspecto, parecéis sanos y, analizando las circunstancias, me saltaré esta falta que os podría acarrear serios problemas con las autoridades civiles y militares de este país...

Los chavales permanecían sentados, inmóviles y con las barbillas pegadas al cuerpo, no se atrevían a alzar la cabeza, sabían que estaban en manos de don Roque, de él dependía el futuro de ambos.

—Pero voy a procurar darle sentido a esta visita inesperada. La muerte de mi ahijado me ha dejado triste, muy, muy triste, ya lo habréis notado, zagales. Por eso he estado reflexionando sobre la motivación que os ha traído hasta mi santa casa. Considero que es por una causa noble —don Roque miró a los muchachos con cierta condescendencia y continuó—: Por lo tanto, quizás sea mi deber auxiliaros, a fin de cuentas, por vosotros sabemos, mi esposa y yo, el amargo final de Gerardín... Creo que os podré ayudar, aunque tengáis que separaros... Yo, haciendo algún esfuerzo, puedo dar

trabajo y un pequeño jornal a uno de vosotros, pero la labor requiere arrestos, fuerza e ímpetu; concretamente sería mozo de almacén. El designado tendrá que acarrear hasta los carros los fardos de la caña hasta llenarlos para, después, conducirlos a la fábrica de azúcar. Los mozos duermen en el barracón situado al lado de la plantación, se les da comida dos veces al día y el domingo pueden asistir a la misa en la parroquia del Espíritu Santo...

El amo y dueño del ingenio hizo una pausa para tragar saliva y escudriñar los rostros de los zagales:

—El otro trabajo sería en la villa, en Trinidad, a pocas leguas de aquí, eso os permitirá veros con cierta frecuencia... —don Roque miró otra vez a los muchachos sabiendo que eso les agradaría.

—Perdón, señor, y ese trabajo en Trinidad de qué sería —preguntó Antonio a don Roque.

—Pues... Mi amigo Carles Vidal de Balaguer, catalán de pro y asentado en Cuba desde hace varios lustros, necesita a un joven y si es español, mejor, para su almacén de Trinidad. Entraría como mozo para todo... Precisa de alguien espabilado que sepa ocupar en cualquier momento un lugar en el bazar donde se vende absolutamente cualquier cosa que se busque.

—Señor, si no tiene inconveniente, yo me encargo del almacén de su amigo. Tengo experiencia en vender, estuve en Lebrija dos años trabajando en el ultramarinos de mi tía —dijo Antonio frío y sereno, con una claridad aplastante que convenció a don Roque.

El vasco, durante la travesía por el Atlántico, había acampado a sus anchas en las bodegas y en las cocinas del *Reina de los Ángeles*. A consecuencia de esas incursiones nocturnas, había transformado su aspecto. Pasó de ser un zagal larguirucho y desprovisto de carnes a un muchacho fuerte, con cierta corpulencia. No obstante, enmudeció cuando Antonio se ofreció a trabajar en el colmado impidiéndole decidir sobre su destino. Clavó en su amigo una mirada larga, significativa, que dejaba patente su desacuerdo. Ignoraba la causa por la cual Antonio había decidido su futuro sin consultarle previamente una palabra. Esta manera de proceder demudó el rostro del vasco unos instantes. Pero el muchacho, curtido en la vida, superó su rabia ávida por salir del túnel en el que se encontraba y cuyas sensaciones no eran extrañas en su alma. También se lo debía a Antonio; el comillano le había amparado en su camarote y prestado la litera para dormir los cincuenta y dos

días que pasaron juntos en alta mar. Optó por correr un tupido velo a ese minuto de rabia y a sus recuerdos, a esos malos momentos de su niñez. Pensó, con cierto optimismo, que tenía justo lo que deseaba cuando embarcó en Cádiz en el *Reina de los Ángeles*; trabajo, techo, comida y una vida por delante.

Antonio disimulaba y prefería no mostrar sus emociones ante la estratagema utilizada para zafarse del trabajo rudo, casi animal que don Roque les había propuesto a los dos. Después de haber visto, cuando recorrieron la plantación, a los braceros faenar el sembrado en condiciones infrahumanas, no dudó en elegir la villa y el colmado de ese tal Carles Vidal para comenzar a trabajar en aquella tierra prometida, donde pensaba labrarse un porvenir y hacer fortuna, costara lo que le costara.

—¡Perfecto! Ya tenéis vuestro sustento garantizado y yo mi conciencia aplacada —dijo el rico cántabro en tono conciliador y satisfecho por sus gestiones—. Emilio se quedará aquí en el barracón y tú, Antonio, marcharás esta tarde a Trinidad, para comenzar mañana de amanecida tu trabajo.

—Sí señor —dijeron a la vez los dos muchachos—, lo que usted disponga... —acabó diciendo Antonio casi reverenciando a don Roque.

Salieron de la estancia sin mirarse, la tensión originada en el despacho traspasó también la puerta y ambos caminaban con pasos rápidos. A Emilio se le antojaba indigno e innoble que Antonio se valiese de su amistad y de su constante docilidad para salirse con la suya. “¡Me cago en diez!, otra vez con esta mierda, ¿podré confiar algún día en alguien?” —Pensó el vasco.

Antonio miraba al frente sin desviar un ápice su pensamiento, no quería entrar en guerra con él mismo y menos aún con el vasco, para eso era imprescindible no pensar, no escuchar su voz interna, cuyo eco aplacaba con cierta destreza. Por las noches y antes de conciliar el sueño, Antonio soñaba con volver. Comillas estaba invariablemente dibujada en su horizonte, sentía por ella añoranza, una fina pena, quizás porque desde bien pequeño había abandonado su tierra... Unas veces para comer, otras para huir de la justicia, pero el resultado era que se encontraba fuera de su patria... Allí había dejado a lo que más quería; su pobre madre, sus hermanos sin dinero para sobrevivir a la miseria. Esa misma tarde buscaría papel y lápiz para escribirles, para decirles que ya había encontrado un trabajo, un diminuto sustento, pero, en breve, les mandaría algún

dinero. Había descubierto que don Roque almacenaba en una pequeña vitrina papel refinado para misivas y, antes de marchar para Trinidad, pasaría por el despacho y cogería una cuartilla.

También seguían allí, en su tierra —siguió rememorando mientras bajaba a la cocina de la casona flanqueado por el vasco—, esos ojos grandes, brillantes, azules; esa boca que besó en el cementerio y que aún recordaba en sus noches eternas. Su cerebro le había devuelto su rostro y otra vez la veía nítida, linda... como Lena era.

9

Comillas, octubre de 1833. (Dos años después)

—¡Pobre hombre! —exclamó Lena angustiada apoyándose sobre la mesa de la cocina.

—¡Bendito sea Dios! —respondió Juana.

—¿En qué momento el jardinero me ha puesto una mano encima o se ha sobrepasado con su comportamiento? —preguntó Lena a la cocinera con el rostro desencajado.

—No sé nada, hija, pero Andrés ha tenido que dejar la casa después de diez años, por orden expresa del señor. Sin embargo, en esta ocasión a doña Pina no la he visto conforme con esta decisión...

—Sí, sí, nada conforme, ¡esto es lo de siempre!... —gritó Lena—. Pero al final entra por todos los desvaríos de su niño bonito... Andrés lo único que ha hecho es trabajar como un condenado de sol a sol. Te juro por la memoria de mi padre, Juana, que jamás me ha mirado de mala manera, ni un solo gesto reprochable he percibido en el rostro de este hombre... —Lena se quedó pensando un momento en la situación, después prosiguió—: Esa ha sido la Francisca; no me traga y va con embustes y cuentos al señorito... a ese enfermo de celos... Lo único que quiere es malmeter, poner ideas indecentes en su cabeza para atormentarle y volverle loco... Menuda arpía está hecha esa mala pécora. Además, Juana, la Francisca me tiene vigilada, se cree que no me doy cuenta, pero es

tan atolondrada que noto cómo me persigue por toda la casa...

La cocinera permanecía quieta, la miraba sin expresión en los ojos, sabía que la muchacha decía la verdad, pero, de tanto ver injusticias y atropellos en la casa de doña Pina, se había construido una carcasa para no sufrir por cada uno de los abusos que tuvo que presenciar. Sin embargo, esta vez, Lena le tocaba demasiado el corazón. Conocía el calvario por el que deambulaba la muchacha desde que entró a servir en la casa de los Mendoza.

—¡Si no hay en Comillas casa mejor arreglada que ésta! ¡Mira que están bonitos los tiestos, los arriates, los caminitos de los jardines bordeados de hortensias, de rosas, de tulipanes en colores! Andrés cuidaba las flores como a sus propios hijos... ahora recuerdo que tiene dos, ¡pobres criaturas! —la indignación de Magdalena crecía y crecía sin fin—. ¡Los estúpidos celos lo han movido a cometer este atropello que es a todas luces insultante! Sabes que te digo, Juana, ¡que me marcho de este infierno! No puedo más con estas barbaridades... lo mío lo llevo como puedo, pero solo me afecta a mí, en cambio, cuando la canallada va dirigida a otra persona inocente, no la soporto, hace que me sienta culpable... Lo siento por la señora... y por ti... ¡Pero me voy!

Acabó la frase sollozando, con las manos tapando su cara. Juana se acercó a la muchacha y la abrazó, era el primer abrazo que le daba, aunque el deseo de rodearla entre sus brazos siempre le había rondado; se había encariñado con la zagala. Lena le inspiraba ese sentimiento maternal que tuvo que sofocar en su juventud

—¿Hablas en serio, Magdalena? —preguntó Juana mientras apartaba un mechón dorado de su frente.

—Si no regresa Andrés a esta casa —dijo nerviosa—, te aseguro que mañana estoy con mi madre... ¡Buena falta que le hago!

—Hija, piensa bien lo que vas a hacer. Tu madre está cada vez más enferma y Teresuca no puede trabajar porque tiene que estar permanentemente a su lado.

—¡Maldita mi suerte, Juana! Pero, ¡te juro por lo más sagrado que esto lo arreglo! Aún me queda una pizca de dignidad...

Al pronunciar la última palabra, la marejada interna que sintió la arrasó, derrumbando sus defensas y sumergiéndola en un estado de ansiedad. Un llanto fuerte y desolador explotó en sus párpados. La ira contenida, durante los dos años que trabajaba en la casa de los Mendoza, fue saliendo a borbotones de sus ojos con tal abundancia que parecían fuentes inagotables. Tuvo que sentarse en

una silla al sentir sus piernas flojear. En este instante, alzó la cabeza para coger el pañuelo que Juana le ofrecía para enjugar sus sollozos, y a través de la niebla que formaban sus lágrimas la divisó bajando los peldaños de madera tan insolente y tan descarada como de costumbre. Las fuerzas perdidas volvieron a su ser para dar brío a la rabia que visiblemente la embargaba. En un arranque de furia se levantó y se abalanzó contra Francisca sin tiempo a que Juana la dominara. Del mismo ímpetu de la embestida, Francisca se desplomó quedando sentada en el suelo sin saber bien por donde le llegaban las bofetadas que profusamente golpeaban su rostro.

—¡Ay, ay, ay! ¡Quita de encima, necia! —le gritaba Francisca a Lena que, sobre ella y sin mediar palabra, seguía golpeándola movida por una excitación irreprimible.

Los bramidos de Francisca subieron por la escalera y llegaron hasta el comedor, donde doña Pina y su hijo desayunaban todas las mañanas sin contemplarse. Se miraron con cierta extrañeza al oír las voces de las criadas y comprendieron que algo raro estaba ocurriendo en la parte baja de la casa.

—¡Demonio de chiquilla! —le decía Juana a Lena mientras la separaba de Francisca con un enorme esfuerzo.

Ya había separado la cocinera a las dos muchachas cuando doña Pina, renqueante, bajó el último peldaño preguntando por los gritos que allí se estaban dando. Mientras, su hijo se había quedado en mitad de la escalera agazapado entre las sombras para no ser visto y poder escuchar lo que acontecía en la cocina. Su intuición le decía que Magdalena estaba implicada en este lío.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué despropósito ocurre aquí! —gritó la señora al contemplar a sus criadas con las mejillas inyectadas y muy despeinadas.

—¡Jesús! —increpó nuevamente doña Pina visiblemente enfadada—. ¡Qué aspecto de zarrapastrosas! ¡Parecéis pordioseras!

La señora clavó el poder de sus ojos en Juana para exigirle una explicación, intuyendo que era la única que podía hacerlo.

—Señora, se trata...

No pudo seguir su esclarecimiento porque Francisca la silenció con sus gritos:

—¡Ay, doña! ¡No sabe usted las bofetadas y arañazos que me ha propinado esta burra en tan corto momento!

Lena permanecía firme, erguida con la barbilla alta y la mirada desafiante, aún persistía en ella la ira que le causaba Francisca con

sus malas artes.

—¡Magdalena! ¡Te exijo que me des una explicación de lo sucedido para dejar a Francisca hecha unos zorros! —dijo afectadamente la señora.

Lena la miró a los ojos como nunca antes lo había hecho, tal fue la intensidad de su mirada que doña Pina parpadeó confusa al advertir un carácter fuerte y firme en la criada. Durante unos ínfimos instantes perduró este desconcierto hasta que restauró su autoridad.

—Y bien, Magdalena, ¿no tienes nada que decir? —volvió a insistir doña Pina.

—Sí, tengo que decir dos cosas. La primera que Francisca es una lianta y por sus patrañas el señor ha echado al jardinero de la casa. Y la segunda es... si mañana no está de regreso Andrés, trabajando como siempre, yo me voy de esta casa a cuidar de mi madre. Ya sabe la señora lo enferma que está y todos los cuidados de sus hijas son pocos... Lo siento por Juana y por usted.

Doña Pina entró en un estado de cataclismo generalizado, no podía consentir que una criada le hablara de esa forma, con esa altivez y delante de otros criados, ¿dónde quedaba su autoridad? Sin embargo, bajo ningún concepto deseaba la salida de Magdalena de su casa. La muchacha era tan eficiente y tan delicada que se había acostumbrado a sus finas maneras, a su dulzura, a su inteligencia. Con ella conversaba de sus cosas íntimas, de su pasado, de su presente, del futuro de su hijo, todo lo sabía Magdalena.

Francisca, ansiosa por saber la decisión de su ama, la observaba con los párpados bien abiertos y las pupilas brillantes, sabía que doña Pina no iba a tolerar la insolencia de Magdalena. La usurpadora tenía que marchar de la casona, Lena le había robado las palabras cómplices de su ama y las ardientes miradas del señor; esas miradas que ya no eran para ella.

Doña Pina Vergara permanecía en silencio mirando el infinito con el rostro enrojecido, sopesando qué postura tomar ante tal disyuntiva; por una parte, pensaba que debía echar a la criada con cajas destempladas y, por otra, sabía que el lugar que ocupaba Magdalena no lo llenaría con ninguna otra moza del pueblo...

Por fin decidió sacrificar a Magdalena. “Nunca hubiese querido hacer esto, pero una señora que se precie, debe asentar los sagrados límites de autoridad para gobernar su casa”, pensó doña Pina antes de hablar. Carraspeó dos veces y comenzó a decir.

—Magdale...

—¡Madre! —interrumpió Mateo.

—¿Deseas algo, hijo?

—Sí, madre. Perdone mi intromisión en cuestiones domésticas, pero sé que esta riña entre sus dos doncellas la he creado yo, por lo tanto, debo ser yo también el que le dé solución... Admito que he interpretado erradamente los comentarios de Francisca. Sin pretenderlo, he cometido una equivocación despidiendo a Andrés. De hombre noble y buen cristiano es saber enmendar los errores incurridos, por lo tanto, el jardinero puede volver a trabajar con nosotros...

Nadie de los presentes podía creer lo que estaba sucediendo en la cocina de la casa principal del pueblo. Que don Mateo hubiera escuchado agazapado en la escalera la discusión, tenía una justificación porque todos sabían lo intrigante que era, pero que descendiera y pisara el suelo de la servidumbre para implicarse en una pelea entre dos criadas, eso traspasaba todos los límites imaginados.

—Pues bien —dijo doña Pina más desconcertada que nunca—, ya está todo arreglado... Francisca, sube al cobertizo y avisas al cochero para que se acerque a la vivienda de Andrés y le anuncie que mañana puede venir a trabajar.

Francisca era un bloque de piedra, así se sentía y así la veían los demás. El aviso al cochero no lo tendría que dar ella; era una humillación. Doña Pina la estaba humillando delante de todos, más que una orden... parecía un castigo.

—Venga, muchacha, haz lo que te ordena tu ama —le dijo Juana suavemente para aplacar los ánimos.

Francisca subió rápidamente las escaleras buscando al cochero. Mientras ascendía, envolvía su voluptuoso cuerpo en la toquilla sintiendo su rostro arder por las bofetadas de Lena y por la vergüenza pasada. También notó un remolino de lágrimas en los ojos que comenzaron a resbalar irremediablemente por sus mejillas.

El silencio solemne que reinaba en el ambiente se disipó cuando doña Pina y su hijo subieron a la parte alta de la casa. Entonces Juana miró a Lena y le sonrió. La muchacha esbozó levemente una sonrisa despejándole la cara del gesto sombrío que paralizaba su semblante. Lucifer entró por la gatera de la puerta y se enroscó encima del viejo cojín de la silla donde también se sentaba Lena. La muchacha acarició el lomo del felino que, ajeno a las disputas

domésticas, se sumergió en su primera siesta del día.

—¡Mira qué feliz es Lucifer! —exclamó Juana dichosa de que Lena no marchara de la casa.

—Bien feliz que es...

—¿Qué piensas? —le preguntó Juana.

—Pienso en Francisca... Sabes Juana, no es del todo justo.

—¡Ya!... Lo sé.

A primera vista, le parecía imposible que su hijo hubiera intervenido en la extraña trifulca de la cocina y menos aún que utilizara esos aires de perro apaleado. No era propio de un Mendoza y Vergara entrar en reyertas domésticas, su posición jerárquica en su hogar no le permitía ni siquiera aparecer por la parte baja de la casa entre peroles. Así se lo comunicaría inmediatamente a Mateo.

No prestó atención doña Pina a su vocecita interior, a la lógica de los hechos, no se atrevía a preguntarse el porqué su distinguido hijo había irrumpido con la servidumbre a esclarecer un suceso casero de poca monta, sin embargo, siguió con sus delirios de grandezas, sus ansias de elegancia y su ímpetu social apartando la causa real. Se centró en enfados e irritaciones superficiales, por lo incorrecto de los gestos, y por el incumplimiento de costumbres rancias y arcaicas que nada tenían que ver con la verdadera razón por la que habían sucedido así los hechos.

—¡Te has olvidado de quién eres y a quién representas en esta casa! —reprochó doña Pina a su hijo.

—En mi vida pensé que yo entraría en disputas domésticas, madre, pero ha surgido y he creído mi deber deshacer el entuerto —dijo con las orejas gachas, suplicando redención y prosiguió—: Don Cipriano me ha aconsejado siempre la justicia como el buen camino que nos conduce a la bondad y a la virtud... Y, madre, yo he sido injusto con el jardinero; era mi obligación enmendar mi pecado.

—Sí, sí, hijo, las razones son loables y cristianas, eso no es lo que te repruebo, es el lugar donde has enmendado tu error. La cocina no es sitio para ti.

—Siento, madre, haberla puesto en un brete. Le pido perdón...

La señora viendo la turbación de su hijo y su cara pálida como la cera, desechó la tentación de preguntarle más sobre el asunto.

A Mateo le causaba terror perderla, no soportaba la idea de no tenerla a su lado bajo su atenta mirada y, para disimular sus

intrigas obsesivas y seguir teniendo vía libre con Lena, cambió de tercio, estrategia que siempre utilizaba para llevar el agua a su molino y comenzó a hablar del estado económico de la empresa familiar con una sonrisa que parecía más un gesto sin alma.

—Madre, tengo buenas noticias: la fábrica de textil está casi en marcha. El primo Anselmo ha contratado a los veinte obreros que se necesitaban junto a las doce costureras, las maquinarias de los telares están a punto de llegar y el encargo de los militares quedará listo en la fecha prevista. La guerra civil desencadenada entre carlistas e isabelinos nos proporcionará una demanda considerable de uniformes.

—Bien hijo, no me alegro de la causa de nuestro negocio, pero alguien tiene que confeccionar los uniformes de esos infortunados. Cambiando de tema ¿Y el astillero, ¿cómo funciona?

—A bajo rendimiento, la construcción ha disminuido en más de un setenta por ciento, pero las reparaciones de las barcazas y barcos de pesca se han multiplicado y es lo único que lo mantiene por ahora, de todas formas, el ferrocarril está al caer es el próximo proyecto del gobierno, el primero se hará en Cuba para transportar la caña de azúcar desde el puerto hasta la Habana. Cuando nos introduzcamos en el sector ferroviario y compremos la fundición de hierro para fabricar los raíles de las vías, el astillero poco a poco lo desmantelaremos. Hasta ahora hemos recuperado parte del capital perdido, nuestros negocios están bien trazados y el futuro está en las colonias, madre. Hacia allí debemos orientar también nuestros intereses comerciales... Principalmente en Cuba.

Se encontraba recogiendo la alcoba de su ama, guardando la ropa en el ropero de tres puertas donde se atestaban los vestidos de doña Pina. Iba a cerrar la puerta situada en el centro del mueble cuando Lena, a través del espejo, lo vio abalanzarse sobre ella. Sintió inmediatamente la mano fría y crispada de Mateo en su estómago camino de lugares inviolables y esto le avivó el terror del pasado. Le acarició la curva del cuello con las yemas heladas, después dirigió sus manos al vientre evasivo de ella que le impidió seguir avanzando, con un impulso típico de su carácter. Se zafó como pudo de sus brazos de látigo y quedaron cara a cara.

—Calma, Lenuca, que hoy me debes una...

—¿Cuánto le debo? —espetó ella con los ojos inyectados y

continuó—: Dígame cuántos reales cuesta que me deje en paz.

De lo cerca que estaban, sintió su respiración espesa, su amargo aliento y una arcada de asco la sobrecogió.

—Hoy solo quiero un beso en la boca, pero largo y deleitoso, de los que a mí me gustan.

Lena, tuvo que tragarse sus lágrimas gota a gota. Había cometido el error de dejarse besar el día que se presentó de improviso en el jardín, mientras su madre contemplaba el último arreglo floral de Andrés para las fiestas patronales, y no supo quitárselo de encima. La señora acechaba y el miedo a perder su empleo de criada la corrompió para siempre.

Otro día no pudo impedir que la acariciara, también por el maldito temor a ser descubierta y así, sin saber cómo, Mateo fue ganándole terreno. Nadie la apoyaba y harta de las persecuciones, de los rechazos y de las riñas, había perdido la batalla y un nefasto día la penetró, había sido violada, le incrustó un miembro duro que apenas cabía en ella y a la semana siguiente ocurrió otra vez y así llevaban un tiempo.

Pero hoy tenía fuerzas, sabía las razones de su extraña incursión en la cocina solucionando riñas de la servidumbre, y ese poder se lo había otorgado él.

—¡No! No le voy a besar más.

—Me lo debes, hoy te has quedado aquí por mí, ya hemos avisado al jardinero para que vuelva a trabajar. ¿Qué más muestra de amor necesitas?

—No quiero ninguna muestra, solo quiero que me deje en paz, señor —ésta última palabra la dijo despacio y muy contrariada.

—No puedo, Lenuca, estoy loco por ti. ¡Anda, dame un beso! —le reclamó más serio.

—Le he dicho que no hay beso...

La mano de Mateo rodeo el óvalo de la cara de Magdalena, apretó fuertemente las mejillas y se acercó a su boca para estamparle un beso largo, fuerte, oprimido, lleno de su saliva.

La imagen de Jonás llegó a su cabeza, afligía a Lena este pensamiento, su padre, allá en donde estuviera, no se encontraría orgulloso de su debilidad, de aceptar el sometimiento. Jamás tenía que haberle dejado que la poseyera a la fuerza para después dejar que ocurriera otra vez. ¡Cuánto necesitaba la protección paterna! ¡Este ultraje no lo habría consentido! El desamparo era grande, ineludible tras los arrebatos de Mateo, estaba sola en esta lucha, ¿a

quién reclamaba estos abusos? Nadie la comprendería, se daba por supuesto que los señores pellizcaban, toqueteaban y satisfacían sus instintos más bajos con las criadas, era una perversa ley no escrita.

Salió corriendo de la alcoba de su ama tras soltarse de los brazos opresores, bajó la escalera con un estrépito que nadie escuchó, Juana estaba en el mercado. Entró en su cuarto presa de un miedo infinito, Mateo la había doblegado otra vez con fuerza. Con un esfuerzo tremendo intentó poner en orden su cabeza, se dejó caer en el jergón y descubrió a Francisca en el suyo, sentada, mirando a la pared. Lena divisaba su espalda, su cabello negro ondulado caer hasta su cintura y una inmovilidad tensa en su silueta.

—Vienes de encamarte con él, ¿no? —estas palabras salieron de los labios rígidos y severos de Francisca, y siguió—: Le habrás agradecido su gesto de hombre enamorado...

—Calla, mujer, no tienes ni idea de lo que dices —le contestó Lena con paciencia y sin ganas de pleitos.

—La única idea que tengo es que eres ¡una ramera!

Magdalena enmudeció, aguantaba las embestidas de Francisca con cierta entereza, sabiendo que la rabia y la ira contenidas hablaban por ella. Después de compartir el cuarto más de dos años era consciente de su carácter explosivo y su incapacidad de ver más allá de sus narices. Además, le había propinado aquella misma mañana una ristra de bofetadas de las cuales no se sentía orgullosa, no era propio de ella esas maneras de proceder.

Mientras ordenaba su arcón esperando a que el joven señor de la casa marchara para el astillero y así poder volver otra vez a sus quehaceres, miró a Francisca examinando su figura y descubrió a una buena moza, quizás tuviera uno o dos años más que ella, con la cara levemente enrojecida de los cachetes y los ojos verdes más tristes que nunca. Su envidia y su egoísmo la hacían horrible, sin embargo, en cierta manera sintió lástima de aquella muchacha de la cual no sabía nada. Para suavizar la situación le preguntó:

—¿Que edad tienes, Francisca? Llevamos dos años juntas y lo único que sé es que naciste en La Hayuela.

—A ti te lo voy a decir... ¡Déjame en paz, furcia! —contestó conservando su mal genio.

En ese momento, Magdalena sintió una revolución interna unida a un cansancio y una debilidad insoportables, se desvaneció y cayó al suelo.

Cuando abrió los párpados aún estaba tumbada, Francisca la

miraba insensible, con un trapo le procuraba un poco de aire para reanimarla. Lena notó un cambio en su mirada, se tornó brillante y en su cara apareció una sonrisa cáustica.

—¡Tienes un aspecto horrible!

—Ya estoy mejor —dijo Magdalena haciendo el ademán de levantarse, pero volvió a caer sobre el viejo enlosado.

—¿Has desayunado? —le preguntó mientras le ayudaba a sentarse sobre el colchón mirándola con cierta aprensión.

—Sí, creo que fue eso lo que me ha sentado mal. La leche la noté un poco agria, el olor era muy fuerte —respondió Lena disimulando la causa de su desmadejamiento.

—No he notado yo la leche distinta hoy... ¡Uy, uy, uy...! ¡Tú estás preñada, so cacho de perra! ¡Como yo me llamo María Francisca Soledad del Amparo que tú estás llena!

Todo fue como un fulgor, una sacudida que congeló el aliento de Lena. Había escuchado las palabras que nunca hubiera querido oír en los labios de la loca rabiosa que permanecía delante de ella, mirándola con desprecio y manteniendo la boca abierta esperando una respuesta. Pero todas esas frases cargadas de mezquindad iban trazadas con visos de realidad. Se dijo que podría ser cierto, hacía muchos días, demasiados, que esperaba el sangrado... Pensó en su madre y en la Teresuca; el sustento de ambas era esencialmente el jornal de su trabajo. Don Celso les ayudaba, el pobre hombre le había encontrado lugar en casa de los Mendoza a pesar de la negativa del padre. Con este trabajo, don Celso había soltado lastre y la enorme carga que contrajo tras el fallecimiento de Jonás.

Sin embargo, esta preñez había llegado sin desearla: le espantaba la idea de tener un hijo con el único hombre al que odiaba. ¡Dios, qué iba a ser de ella! Nadie se podía enterar, por ahora tendría que mantener el secreto y precisamente era Francisca quien la había descubierto.

Así permanecieron las dos muchachas unos segundos, con la mirada de la una encima de la otra. Hasta que Lena apartó los ojos del desabrido rostro de Francisca y reaccionó:

—No inventes majaderías y apártate de la puerta, que subo a seguir con mis faenas.

Magdalena hizo un último esfuerzo físico e hizo acopio de las pocas fuerzas que aún la sostenían, abandonó el cuartucho muy derecho, como un cirio. Comenzaban días de angustia, y ella lo sabía. También sabía que esos días de angustia irían acompañados

de incertidumbre... de silenciosa incertidumbre.

10

Trinidad, Cuba. Octubre 1834

Sobre una cómoda de roble sostenida por cuatro columnas salomónicas reposaba el brazo derecho de doña Marcela, con la mano izquierda abría la cortina para observar a través de los cristales a Emilio. Desde su alcoba lo veía a cierta distancia con el torso al aire cargando y descargando fardos llenos de caña de azúcar, vociferando y riendo con esas risotadas alegres que definían su carácter. El joven elevaba los sacos con una movilidad de brazos sorprendente. El perfecto cuerpo del vasco parecía cincelado por un renacentista italiano. Lo había logrado devorando las dos preceptivas comidas diarias que hacía en el barracón, más el sancocho, los tostones, el ajiaco y la carne con papas que engullía en la cocina de la casa bajo la atenta mirada de Tránsito, la cocinera mozambiqueña, además, el trabajo físico sin límites, casi animal que realizaba a diario en la hacienda había influido en su anatomía. Se había convertido en un muchacho apuesto de imponentes bíceps, tríceps, pectorales y dorsales que contemplaba embelesada doña Marcela desde su balconada. La dama, también clavaba su mirada en la piel blanca casi sin vellos del chaval, en su negra pelambrera que asomaba por las dos concavidades de sus sobacos y el pelo centelleante de su cabeza. Los expresivos y profundos ojos del vasco le otorgaban inteligencia a su rostro

ancho, de mandíbulas perfiladas. A ella le parecía que Emilio era un hombre pleno de vigor y bravura, excesivamente perturbador para estar frente a una señora casada con un viejo.

Se acababa de levantar, y vestía una ligera bata. Su cabello mal peinado aún aparentaba ser más perfecto en su desorden. Su cara algo pálida y con ojeras, si bien llena de juventud y lozanía, parecía más hermosa a esa hora de la mañana.

Doña Marcela se mostraba impaciente; esperaba noticias de Muna. ¿Por qué tarda tanto esa condenada?, pensó. Al fin entró la esclava sin tocar la puerta y con el rostro demudado.

—Ama, el notario llegó, ya está con el señor en el despacho —dijo aturrulladamente la sierva hablando su imperfecto castellano.

—Bien, es el mejor momento... Tal como tiene las luces de la mollera la ampliación del testamento me beneficiará. Ya se ha olvidado de su familia española y por justicia todos sus bienes serán míos; soy su esposa desde que era muy joven y he soportado su vejez...

—Sí, mi ama.

—Además como descendiente del último virrey de Colombia, don Diego Velázquez de Cuellar, no merezco menos prestigio y menos herencia que la de mi marido... mi estirpe es noble y así lo exige.

—Sí, mi ama.

—Muna, Munita... tú ya sabes que le adoro, es un hombre solícito, bondadoso, un antiguo caballero, de los que ya no se ven. Pero cuando me desposé con él solo contaba dieciocho años y el señor sesenta y cinco, han pasado ocho años y la diferencia se ha hecho enorme, insalvable... En 1817 enviudó de su primera mujer, Luisita, una humilde comillana de buenos modales que desde el mismo día que desembarcó en Santiago permaneció enferma todo el tiempo, a la desdichada no le sentaba este clima tan húmedo y caluroso. A mi querido Roque, la muerte de su primera esposa lo dejó hundido largos años. Sin hijos y dotado de una gran fortuna, yo no podía dejarle con esa nostalgia y, por misericordia, logré que él recobrara la ilusión por vivir, sintiera nuevamente el amor y olvidara su pena... Sabes, Muna, mi papá me lo pidió, me dijo que era un acto generoso y cristiano.

Doña Marcela detuvo su perorata recordando el día que conoció a su esposo:

—El señor me conoció una tarde en Bogotá, en casa de mi

querido tío Juvenal Santos, hermano de mi madre y su esposa, la bella María de las Nieves.

En su gran casa, yo pasaba una temporada lejos de mi familia por asuntos de pasiones inconfesables; mi papá me envió donde mi tío Juvenal para poner tierra por medio. Alejandro Medina, amigo de papá y galán pasadito de edad, se encaprichó de mí. Yo llevaba aún calcetines, era una niñita de doce años y mantuvimos un tórrido romance delante de las narices de su esposa... —doña Marcela rió a carcajadas recordando la cara de la esposa despechada cuando supo de sus cuernos, y prosiguió su charla sin un ápice de sonrojo—: Cuando se descubrió el pastel, mi papá no tuvo elección y decidió alejarme de su hermosa casa en Bucaramanga, tuve que dejar a mi querido Alejandro y a mi familia para evitar el escándalo... Entonces, el tío Juvenal se hizo cargo de mí y ¡oh, sorpresa de la vida!, conocí a mi esposo; allí, en mi añorado Bogotá nació nuestro amor, ese amor que aún nos dura. ¡Porque yo le venero, negra! ¡Tú sabes que yo lo venero!

—Sí, mi ama —contestó la esclava harta de la historia mil veces repetida.

—¿Le diste el recado al vasco?

—Sí, mi ama.

—¿Te contestó, negra? ¿Va a venir?

—No, ama, no vendrá —dijo cerrando los ojos y alzando los hombros esperando el chaparrón.

—¡Negra inútil! ¡No sirves para nada! ¿Seguro que le diste el recado? —espetó doña Marcela con furia, descargando en la esclava su frustración y un codazo.

—Sí, mi ama.

—¡Maldito muerto de hambre! —gritó con la sangre en el rostro — ¡Es la segunda vez que me niega una cita en mis aposentos! ¡Se acordará de mí! ¡Me lo pagará! ¡Está decidido, Muna!, ¡mañana sin falta sale de esta hacienda!, ¡ya me encargo de eso! ¡A mi marido lo gobierno yo, y yo decido quién se queda y quién se va!

—Sí, mi ama.

Muna callaba y ocultaba la impostura y los amoríos extraconyugales de la señora. Conocía el raudal de hombres, de toda condición, que habían pasado por su alcoba. Era imposible que la muchacha se acordara de todos los rostros, de todas las bocas que habían besado sus labios y de todos los cuerpos que habían retozado en el mullido colchón de su ama. La Ofelia, santera de

oficio, sacaba los reales a doña Marcela con malas artes; le había vaciado el vientre en varias ocasiones. El último aborto sucedió hacía un mes. La fiel esclava había contemplado la carnicería, el trocito de carne, arrancado del vientre de su ama, resbalar sobre la superficie blanca de la jofaina que poseía para esos menesteres la santera. Aquella visión le produjo sensaciones tan impactantes que todavía latían dentro de ella. De los anteriores, ni se quería acordar la muchacha.

A su edad, don Roque se sentía un hombre aniquilado por los años a quien las rodillas no le sostenían, apenas las podía utilizar para arrodillarse ante la sagrada figura y, sobre todo, para levantarse después.

El recuerdo que le quedaba de Luisita, su primera esposa, a la que quiso en vida y veneró cuando estaba tocada ya por la muerte, permanecía intacto en su cabeza. Don Roque se daba cuenta de que era necesario luchar contra aquel gigantesco recuerdo que salía en sus horas bajas. Tenía que seguir viviendo y olvidar la vida que llevó al lado de su primera esposa y especialmente los últimos momentos. Sin embargo, Marcela había inundado su existencia de luz, de esa luz desvanecida desde la desaparición de Luisita. Amaba a Marcela con ese amor maduro, inseguro, lleno de terror a su abandono.

Delante del notario estaba sentado, derrumbado, cansado y tembloroso, pensando en su secreto mejor guardado. A pesar del esfuerzo de Muna por esconder las correrías nocturnas de su ama, él era consciente de la lubricidad en el comportamiento de su esposa. Ahora se centraba en superar el miedo, no amilanarse ante la decisión que había tomado desde hacía algún tiempo.

Pensó en Emilio, recordó sus inicios en la hacienda, cuando solo realizaba los trabajos más ingratos: sembraba junto a los esclavos negros, limpiaba las cuadras, cargaba sacos de caña en los carros para después trasportarlos al ingenio. Pero un día, no se acordaba el anciano cómo sucedió exactamente, le ayudó con las cuentas. Su secretario, encargado de esos asuntos, había emprendido un viaje de negocios muy rentable para sus intereses económicos y Emilio estaba allí, en el lugar adecuado y a la hora exacta, para cuadrarle los números ante su atenta mirada. Al anciano le satisfizo la habilidad del vasco con los cálculos realizados en la contabilidad y

a partir de ese día, el chico franqueaba la puerta de la casa con cierta asiduidad, hasta que al poco tiempo de su primera incursión, entraba y salía constantemente sin que nadie se lo impidiera. Casi siempre aparecía para ayudar en tareas de administración y para pasar largos ratos junto a él.

También rememoró don Roque que el vasco no se había apartado de su lado. El zagal había vislumbrado, pese a su corta edad, la angustia espantosa que sintió por la muerte de su ahijado; ese luctuoso suceso le había causado un dolor cruel y se creía culpable de su desaparición. El anciano, dueño de la hacienda más productiva del valle de los ingenios, al percibir la compasión del zagal se encariñó con él y suplantó su identidad, pensó que Emilio era Gerardo y con este desvarío calmó su ansiedad.

Ahora que sentía la muerte acecharle, le dejaba en herencia al joven Emilio el ingenio en el cual había trabajado hasta despellejar sus manos adolescentes, también le legaba algunos esclavos para seguir con la siembra de la caña y trescientos mil pesos para que emprendiera su sueño americano, tantas veces mencionado en sus largas charlas. Pero esta herencia, sin resolver su estado de absoluta ilegalidad en Cuba, era imposible recibirla, por lo cual, puso todo su empeño en arreglar los papeles de residencia y los de identificación del chaval.

Don Roque, sin decir palabra, había retrasado la firma del testamento seis meses, el tiempo que había transcurrido hasta que su abogado y su dinero pusieron en orden legal la documentación de Emilio en Cuba. El orfanato, donde residió el niño hasta los trece años, le envió los documentos necesarios para tramitar el expediente de su legalización y, tras colocar convenientemente algunos fajos de billetes debajo de cada papel formalizado, el zagal se había transformado en un ciudadano con todos los derechos adquiridos; su estancia en la isla caribeña estaba legitimada. Todo gracias a su benefactor.

Con el vasco, había pasado el anciano tardes enteras jugando con los naipes al tute y a la brisca o al ajedrez en el soberbio tablero de nácar negro y blanco de piezas de artesanía, ahuyentando el aburrimiento infinito. A don Roque le gustaba la forma de ser del chaval, siempre optimista, risueño, exento de maldad. Emilio inundaba de júbilo la sala donde él siempre permanecía consciente del paradero y las andanzas de su esposa.

Marcela tendría que marchar a la mansión de Santiago cuando él

muriera con una renta suficiente para mantener el patrimonio heredado y su manutención, incluida la de los esclavos a su cargo. A su querido hermano menor y a sus sobrinos, que vivían al otro lado del charco, en Comillas, también les dejaba parte de su fortuna. Su legado era extenso. No se olvidó de nadie, ni de las Hermanas de la Caridad.

—Señor, firme aquí en este hueco —le dijo el escribano.

La firma estampada al final del documento extendido en presencia del notario, Diego Sánchez y Ariza, la dibujó con un temblor de mano que se reflejó en la grafía de la rúbrica, pese a todo, la secaron con el tampón y le echaron polvo de talco. Una copia se la quedaba él, la otra la guardaría don Diego en sus archivos dando fe de su legitimidad y para que se llevara a cabo tras su fallecimiento.

Emilio también conocía las artimañas de la señora y los salvajes cuernos que adornaban la cabeza de su esposo, el cual se había tornado con el tiempo en un fantasma de sí mismo. La vejez le destruía lentamente sin remisión y esto le causaba cierta tristeza al vasco. A lo largo de los tres años que llevaba trabajando en el ingenio, se había adaptado perfectamente a la tierra y a las maneras de su gente. También sentía un apego especial hacia el anciano, creía reconocer en él a ese padre que nunca tuvo, y los dos se hicieron un lío con los afectos: el anciano pensaba que Emilio era el sobrino perdido en el Atlántico, y el muchacho pensaba que don Roque era lo más parecido a un padre de todo lo que había tenido en su existencia.

Ignorando lo rico que sería, le pedía consejos a su amo. Este dándole una palmadita en el hombro contestaba a todas sus preguntas sabiendo que una fortuna le aguardaba a la vuelta de la esquina, en cuanto él se fuera de este mundo para reunirse con su querida Luisita. Pero hasta que eso ocurriera, ocultaba metido en un sobre lacrado guardado en una caja bien cerrada y camuflada en el despacho su último deseo, el cual, había redactado en su testamento final y firmado ante notario. Era la pretensión de don Roque repartir sus bienes entre todos y la única baza que poseía para hacer justicia divina y terrenal. Marcela no se había ganado su fortuna entera, sus engaños y su deslealtad no compensaban la felicidad que sentía el anciano cuando, mimosa, se acercaba a él para hacerle

miles de cucamonas, carantoñas y arrumacos, entonces, a él se le caía la baba como a un niño de pecho.

Emilio no miraba a doña Marcela directamente, su mirada lo fulminaba con un rayo cargado de deseo y lujuria. Sentía por aquella hermosísima mujer una pasión desatada, casi incontrolable que lo mortificaba sobremanera, especialmente, por las noches. Cuando estaba acostado en la colchoneta mugrienta tirada en el suelo del barracón, antes de dormir, la evocaba, y se sumergía en un infierno lleno de anhelos. No sabía hasta cuando iba a aguantar los reclamos de doña Marcela. Ardía en silencio por esa mujer déspota y caprichosa, pero endiabladamente seductora. Solo se mantenía alejado de ella por lealtad a su amo, por el respeto y la compasión que sentía hacia él. Se refugiaba, en esos momentos de máximo deseo, en alguna esclava negra dispuesta a desahogar su ardor. O montaba a Merlín, su caballo árabe, que diariamente cepillaba y susurraba contándole los miles de vicisitudes que ocurrían a diario en *La Santísima Trinidad*. A la grupa de Merlín y solamente ataviado con las riendas, montaba al noble equino sin silla y sin fusta. Emilio se perdía entre la maleza, rodeando los cultivos y permanecía al lomo de su caballo galopando sin cesar hasta despojarse de esa sensación delirante que lo turbaba y su pensamiento encontraba el mínimo sosiego para dormir.

Pero la mayoría de las veces, él descargaba sus pasiones cuando bajaba feliz a la villa el sábado por la noche para acercarse al colmado buscando a Antonio. Éste lo esperaba con alegría y el vaso servido. Bebían alcoholes de un alambique casero dispuesto en la trastienda del bazar de don Carles Vidal, después, se infiltraban en las plazas y callejuelas del barrio antiguo repletas de un frenesí humano y olor a pescado frito y yuca con mojo. Terminaban la correría en cualquier burdel de mala muerte esperando a ver lo que les deparaba la noche. Casi siempre, la noche les daba el cuarto de Antoñona, una divertida mulata dotada de curvas perfectas y un saber estar en la cama que volvía loco a cualquier hombre que probase sus habilidades amatorias. Primero entraba Antonio santiguándose. Tras el tiempo acordado, salía con las mejillas arreboladas y haciéndose, nuevamente, la señal de la cruz; parecía expiar los pecados cometidos dentro de aquel cuarto. Al día siguiente, inexorablemente, se arrodillaría en el confesionario de don Jeremías, el cura de la parroquia del Espíritu Santo, el cual sabía al dedillo todos los sucios amoríos del joven comillano.

Cuando entraba Emilio en el alegre cuchitril de la Antoñona, un torrente imparable le recorría el cuerpo. Ella le esperaba sobre el colchón, contemplándolo con deleite y sonriente le susurraba con una voz pastosa:

—Venga, mi hijo, aquí está su mami.

Y el mozo, encendido, se subía en sus caderas para cabalgar varias leguas.

Antonio vivía en una calle adoquinada, donde se ubicaba el colmado de don Carles; el zagal se había instalado en una especie de trastienda que se adosaba al establecimiento sin más ventilación que una pequeña claraboya. Allí poseía un camastro, un colchón medio roído por los ratones que deambulaban a sus anchas por aquella habitación, una silla, una mesa para comer y escribir; sobre ella era donde Antonio hacía las cuentas del colmado y sus cuentas particulares. También colgaba de un gancho pegado en la pared, una palangana para el pírrico aseo que diariamente se efectuaba al levantarse, a eso de las cuatro y media de la mañana. Era un espacio bueno para él, pero insuficiente para una persona más, aunque en su mente no estaba la idea de compartir con nadie su cuarto, excepto con Emilio, cuando los sábados, al terminar sus correrías, se repartían el colchón hasta despejar la borrachera con la que ambos llegaban.

Entre los muchachos fluía una verdadera amistad, se apoyaban en sus momentos de soledades y de esa añoranza, cuyos tentáculos permanecían amarrados en sus almas y que arrastraban desde que partieron de Cádiz, con una tristeza difícil de arrancar y ahogados en sus propios llantos.

Ese domingo despertaron con la garganta reseca y una fina punzada en la cabeza. La noche anterior habían bebido más alcohol de lo acostumbrado. Comenzaron a tragar del viejo alambique de Antonio y continuaron con el ron de garrafa servido por Antoñona en *La Flor Prohibida*, prostíbulo donde la mulata ejercía el oficio más antiguo del mundo.

Allí se enteraron de la muerte del viejo Matías. Por capricho del destino, Matías fue

a morir en los brazos de la mulata Antoñona y, también, fue por casualidad que ellos lo averiguaran. Antoñona les refirió el suceso sin saber que Matías había sido, durante la travesía por el Atlántico, el protector de los tres muchachos. Al principio, tanto Emilio como Antonio, dudaron que fuera él, pero cuando les describió Antoñona

las hechuras del pobre viejo y el olor característico que siempre lo envolvía a tabaco y aguardiente, supieron, a ciencia cierta, que se trataba de Matías. Había ocurrido hacía más de dos meses y su cuerpo se hallaba enterrado en una fosa común del cementerio de Trinidad.

A causa del esfuerzo ahorrativo de Antonio, el alcohol que tomaban era barato, el más barato, de malísima calidad, pero igualmente les valía para la farra, para ahuyentar las zozobras, las ansiedades y las dudas. Las vidas de los chavales no eran sencillas, aunque parecieran simples. El joven comillano albergaba en su cabeza una sola idea: hacer fortuna. Antonio atesoraba sus escasos ahorros en una caja metálica de carne de membrillo, manjar que había llegado a Cuba en las bodegas del *Reina de los Ángeles* junto a otros alimentos que importaban desde España. La caja, limpia y sin restos del dulce, era alegre, coloreada, con vistosas flores y cerraba con un hermetismo, que al muchacho le pareció idónea para albergar los pesos que le sobraban.

Como primer paso para alcanzar el fin que se había propuesto, comenzó a ahorrar para afrontar un pequeño negocio. Su interés era comprar algún producto barato que pudiera vender sacándole un beneficio a la venta y hacer posible su primer acto comercial rentable. Para eso todavía quedaba tiempo, la caja de carne de membrillo no pesaba lo suficiente para emprender y montar una operación por la que obtuviera algún dividendo. Por eso sufría el comillano, el dinero se estaba convirtiendo en su único motivo de lucha en la vida, todos sus actos giraban alrededor de él. Vislumbraba un futuro esplendoroso, repleto de opulencia y ese futuro le ilusionaba tanto, que enloquecía de ansías por el vil metal.

11

Comillas, octubre de 1834

Había anochecido. La luz de los elegantes velones hacía perder el contorno de la estancia, todo parecía raro y misterioso. Doña Pina ordenó que se colocaran más quinqués y palmatorias en el comedor, había que poblar los rincones de más claridad.

La cena sería de abolengo y el motivo de la reunión lo esperaba desde hacía algún tiempo; por fin esa noche se cerraría el compromiso de Mateo con Catalina.

El velón de aceite con su pie de plata posaba en el centro de la mesa, por sus diez mecheros salían llamitas largas que producían suficiente claridad a los comensales. Las doncellas con el resto del servicio doméstico trabajaban sin descanso sacándole lustre a la plata, colocando los grandes sillones en las dos cabeceras de la mesa. Las sillas talladas en maderas finas y tapizadas con terciopelo de Lyon, permanecían perfectamente alineadas, dispuestas unas tras otras abarcando los dos lados del tablero. El mantel de lino blanco bordado con pequeñas hebras brillantes lucía bajo los cubiertos de plata y la fina vajilla de porcelana.

Una vez finalizados los ajetreos previos a la cena, las doncellas se dispusieron en fila, serias y erguidas en la parte frontal del comedor, donde se hallaba la puerta camuflada que daba a la escalera que bajaba a la cocina; todas esperaban la entrada de los

ilustres invitados. Lena se hallaba junto a Teresuca, Francisca y el resto de doncellas que iban a servir la mesa, por expreso deseo del señor. Se ataviaron con el uniforme de gala (vestido negro, cuello duro, delantal y cofia blancos), a Lena le coronaba la cofia su dorada cabellera recogida en un sencillo moño bajo. Estaba hermosa en su redondez, le había costado cerrar el vestido negro, el pecho y el talle estaban aún más hinchados de lo normal, hacía pocos meses de su alumbramiento y las carnes aún las sentía dilatadas por el embarazo y por la crianza de su vástago. En este instante de tensa espera, comenzó a rememorar el parto de su hijo:

Se situó mentalmente en su cuarto, recordaba nítidamente cuando, acostada en su camastro con las piernas abiertas y la cabeza de Francisca entre sus rodillas, comenzó a sentir un dolor inmenso, parecía que la rajaban por dentro.

—¡No puedo más! ¡No puedo! —gritó Lena con el cuerpo brillante por el sudor, rota y agotada por tantas horas de dolencia.

—¡Empuja, Lenuca, empuja! ¡Ya veo la cabecita! —le respondió Francisca.

Sintió cómo se deslizaba su hijo a través de sus entrañas, el dolor era casi insoportable, necesario para dar a luz con fuerza. Francisca recogió entre sus manos a la criatura y descubrió a un niño grande, con pelo negro y la piel de su cuerpecito enrojecida por el esfuerzo de haber pasado por el exiguo conducto de su madre. Pensó que hubiera necesitado más espacio, pero Magdalena dilató hasta donde pudo y el último tramo lo había realizado con mucha estrechez.

—¿Y mi hijo, está bien? ¿Tiene todos los deditos? —susurró Magdalena con un hilo de voz intentando divisar el aspecto del hijo recién parido y desvanecida por el gran esfuerzo.

Juana examinaba a la criatura con ojos escrutadores, al cabo de unos segundos le respondió:

—¡Es varón, Lena! Está completito y es enorme. ¡Míralo!

El crío lloraba y encogía las manos con ímpetu, el tórax se le movía acompasadamente a cada grito que expelían sus cuerdas vocales, y el aire que entraba en sus pulmones, se marcaba en su piel cuando inhalaba y exhalaba con una vitalidad desbordante.

—Va a ser un hombre fuerte, con carácter —sentenció Juana mientras lo bañaba.

—¡Mejor! —balbució mientras miraba fiscalizando cada paso que daba Juana con su hijo.

A sus catorce años, Teresuca se había convertido en una preciosa muchacha, poseía un talle tan esbelto y unos ojos tan cristalinos como los de Lena. Desde la muerte de Constanza, madre de las dos muchachas, a consecuencia de un mal de huesos, había transcurrido un año. Don Celso utilizó su influencia con la señora, igual que hizo con Lena, para colocarla en la casona de los Mendoza. Doña Pina la aceptó cuando conoció a la chiquilla, idéntica a su hermana, a la que había perdonado su traspié con algún mozo del pueblo del cual no sabía nada, ni quería saber. Toleró el inesperado embarazo de Lena porque le había cogido aprecio, ese aprecio egoísta, sin sentimientos de las señoras de alta cuna acostumbradas a creer que los criados pertenecen a otra calaña, que sus necesidades y sentimientos son otros, que existen cuando hacen falta, pero nunca se ven cuando son innecesarios. Por eso, la menor de las hijas de Jonás y Constanza se hizo especialmente indispensable cuando Lena, a causa de su avanzado estado de gestación, permaneció confinada en la parte vieja y degradada de la mansión, por orden tajante de doña Pina, donde se hallaban la cocina y los cuartuchos de los criados y Teresuca tuvo que sustituirle en su labor de doncella. La muchacha observaba la aureola blanca que poco a poco se abría paso en el vestido negro de Lena a la altura del pecho. Estaba a punto de salir la mancha por el contorno del delantal. Le tocaba darle de mamar a Lucas y pensó que la naturaleza no esperaba. Se acercó al oído de su hermana y le dijo:

—Lena, necesitas darle el pecho al crío, tienes manchado el vestido y la señora pondrá el grito en el cielo si descubre tu uniforme sucio de leche.

—No puedo ahora —susurró—, los convidados están a punto de entrar, ya oigo sus voces. Cuando bajemos a la cocina por los primeros platos, vienes conmigo y te encargas tú de subirlos, en ese momento aprovecho para atender a mi hijo.

Lena se acomodó el delantal para ocultar el cerco blanquecino del vestido, percibió la humedad de la leche sobre sus pezones y notó cómo las gotas le resbalaban sobre la piel de sus senos. Se envaró cuando vio a don Cipriano, párroco y tutor espiritual de Mateo, junto al boticario. El alcalde entró parloteando con don Benito y don Francisco Jiménez, padre y tío carnal de la prometida. Todos traspasaron el umbral del comedor hablando de la guerra civil entre carlistas e isabelinos, ignorando a las doncellas, como si no existieran.

—Ya le digo, don Cipriano, ¡tienen que aflojar la mosca! —exclamó el padre de la novia enrojecido por la ira—. ¡Con esas miserias no se puede ganar la guerra! ¡Pero ni esta, ni ninguna!

—No sé, no sé… pero la cuestión es que no hay mosca que aflojar para sufragar este disparate bélico que nunca tenía que haber empezado. El pueblo se muere de hambre, don Benito, ésa es la realidad. En fin... si tengo que dar mi opinión, creo que Don Carlos no tiene nada que hacer frente a su sobrina Isabel… Aunque le confieso que la política no es mi fuerte —concluyó el clérigo dirigiendo disimuladamente una rápida mirada a Lena y pensando en la infamia perpetrada a la muchacha por su pupilo espiritual.

Dos segundos después, doña Pina ingresó en la estancia con su particular balanceo, clavando sus ojos en cada objeto y en cada manjar que reposaban sobre la mesa central, para comprobar si todo estaba impecable y en orden como a ella le gustaba recibir a sus invitados, especialmente aquella noche. La cena era la más refinada que se celebraría en mucho tiempo por aquellos lares y durante la cual se iba a confirmar el compromiso de dos conocidos jóvenes comillanos. Doña Dolores Sarmiento, madre de Catalina, y su tía Florita irrumpieron en el comedor hablando animadamente con doña Marcelina, mujer del boticario, y con doña Angustias, esposa del alcalde del pueblo, deteniéndose a cada paso, presas de una disertación que las tenía inmersas en un puro griterío. Antes de que entrara la pareja oficial, accedieron a la alumbrada estancia Blanca, la hermana menor de Catalina, llegó del brazo del joven medico de Comillas, Manuel Luján, prometido de la señorita y Anselmo, primo de Mateo, con su novia Celia. Todos iban gesticulando y demostrando su enfado ante un tema religioso de obligado cumplimiento moral.

Por fin, los prometidos cogidos del brazo traspasaron la puerta del comedor. Caminaban con cierta parsimonia. Catalina llevaba un vestido rojo de seda adornado con encajes, el cabello se lo habían recogido en un moño repleto de bucles. Una gargantilla de perlas rodeaba su cuello y los guantes blancos los sujetaba graciosamente con la mano derecha.

Parecía ingrávida, levitaba sobre el suelo de lo dichosa que se sentía al pensar en su próxima boda. Su amplia sonrisa de boca grande y dientes pequeños le cruzaba la cara de lado a lado. Desde que Mateo decidió desposarla, la inquietud sobre su futuro se disipó y se adentró en una suave tranquilidad construida de optimismo y

de maravillosas sensaciones abstractas en las que no reflexionaba, para evitar tropiezos entre los azares de la realidad. Su íntimo anhelo de estar con Mateo se había cumplido y eso llenaba su cabeza de proyectos, de idas felices junto al hombre que había amado desde que era una niña.

Mateo, nada más entrar en el comedor, la persiguió con la mirada. Todavía le encendía la sangre, le seguía causando ese furor imparable, ese frenético impulso que le obligaba a buscarla. Tenía a su presa más segura que nunca, con un hijo que alimentar y sin familia que la amparase; Lena dependía de él y de su madre. Gracias al Altísimo, su madre no estaba al tanto del parentesco que la unía con el renacuajo, pensaba que el niño era producto de incontrolados arrebatos juveniles, típicos de muchachas del barrio de pescadores. Este pensamiento le daba brío y fuerzas a Mateo para seguir con el propósito de casar con Catalina, sin tener que salir de la casa a buscar lo que verdaderamente deseaba.

Teresuca no fue lo mismo, cuando la cató comprobó que sus carnes no eran tan prietas y suaves como las de Lena; ella era única. Cuánto más lo despreciaba la criadita más aumentaba su anhelo, su deseo por poseerla. Pero mientras estuvo excesiva por el embarazo, quiso probar con su hermana para calmar su desazón. Maldito el día que lo descubrió pellizcándola por debajo de sus faldas. Se enfrentó con tal furia que no hubo más remedio que azotarla. No se arrepentía de esas bofetadas que le propinó; se las merecía, pensó. Pero el odio de sus ojos y de su mirada aún le asustaba.

Mateo aprobaba sus maneras pensando que todo ocurrió por la impaciencia que le causó el estado de gestación de la criadita. Se prolongó más de la cuenta y aunque siguió durante algunos meses poseyéndola como en todas las ocasiones anteriores, llenas de empellones y obstáculos que lo encendían aún más, la tripa se hizo insoportable y cesó en su insistencia de buscarla. Sin embargo, creía fervientemente que un hombre tenía que dar riendas sueltas a sus necesidades. Esas carencias no eran buenas, le producía un nerviosismo y un desasosiego grande, perturbador, tenía que estar con Lena y la confundió una noche de desvarío. El orujo ingerido aquella tarde, antes de la cena, le proporcionó un mundo borroso, distinto y cuando la encontró en la recámara de su madre, recordó su fino talle y el cuello blanco, estilizado sosteniendo el moño de cabellos dorados. La muchacha estaba guardando, ajena completamente a la presencia de su depredador, la ropa en el

armario de su ama con la misma apostura que ella; y él falseó la visión. Le levantó las enaguas y su mano comenzó a resbalar por sus nalgas, sus dientes mordieron el lóbulo de su oreja derecha para después aplastar su boca en el cuello de la zagala, pensando en ella. Teresuca comenzó a chillar, pero Mateo ahogó sus gritos con la otra mano, entonces entró en la alcoba.

—¡Aparte sus sucias manos de mi hermana! ¡Con Teresuca no va a cometer las mismas infamias! ¡Sobre mi cadáver la va a ultrajar! ¡A ella, no! ¡A ella, no! —le gritó desaforada con la mirada extraviada.

—¡Bah! ¡Vete de aquí, perra! —aulló con voz agria de borracho y siguió manoseando el pecho de Teresuca.

Tenía apuntado en la memoria ese día, como uno de los más molestos que había tenido que soportar últimamente. Ella se abalanzó y le mordió la mano con rabia, casi le despedazó el dedo índice. Él con un golpe de brazo la apartó dejándola sentada en el suelo, se volvió hacia Lena y la abofeteó un par de veces en la misma mejilla, después pateó su barriga.

Tras oír el griterío cuando cruzaba el pasillo de la primera planta, se acercó a la alcoba de doña Pina para averiguar qué sucedía. Francisca contempló con la respiración contenida, desde la puerta del dormitorio, los golpes que Mateo asestaba a Lena preñada de ocho meses. Le dejó paso cuando tambaleante por los efectos del orujo salió de la alcoba. Después de que se alejara el señorito como una rata de alcantarilla y, tras percatarse de su cobardía, su impostura y su cólera, se acercó con pasos ligeros a Lena, la levantó junto a Teresuca del suelo, olvidando el odio que le profesaba. Francisca se olvidó del odio para siempre, porque con sus cortas luces descubrió la verdad, la realidad que escondían sus vidas de siervas.

La señora levantó la barbilla para que se emprendiera la marcha, las doncellas se acercaron a la mesa con el vino en las manos, las botellas iban envueltas en servilletas blancas y comenzaron a servir las copas. Mientras Lena servía al señor de la casa, sintió su deseo miserable a través de sus faldas, notó su mano viscosa y fría que le acariciaba el muslo derecho. Tuvo que controlar la náusea que se originó en su estómago, tragó saliva y se apartó de su lado con rapidez sin un solo gesto delator en su rostro.

Nadie se percató de la perversión de su lascivia, de sus asquerosas intenciones. Ella solo pudo cerrar durante unos instantes los ojos para tragar la bilis que le subía hasta la garganta. Solo pensaba en Lucas y en Juana que estaría aplacando los lloros de su niño hambriento ¿Por qué esa insistencia del señor en que ella sirviera también la mesa, si le importaba un bledo su casamiento?

Por fin doña Pina dio la señal y bajaron a la cocina por el primer plato. Mientras la muchacha descendía por las empinadas escaleras con Teresuca y Francisca detrás, se iba desabrochando los botones de su vestido negro para ganar tiempo. Al llegar a la planta baja salió corriendo a su cuarto para darle de mamar a su hijo. Encontró a Juana canturreando una nana, arrullaba a Lucas entre sus brazos y con la yema de su dedo meñique engañaba al niño que succionaba sin provecho, con la fuerza extraordinaria que le proporcionaba el hambre. Lucifer, con cierta senectud, acariciaba con su piel aterciopelada los tobillos de la cocinera dando vueltas y enredándose entre sus piernas.

—Menos mal que estás aquí, muchacha. Dale la teta a esta prenda, que está hambriento. Yo voy a la cocina a colocar en las fuentes el guisado de carne y las patatas asadas.

La cocinera se dirigió a la puerta, la abrió y antes de salir le dijo:

—¡Ah! Se me olvidaba, Lena, ha estado aquí don Celso. Por cierto, al señor lo encontré raro, entró por la puerta del servicio y venía buscándote.

Lena pensó que don Celso había llegado ese día caído del cielo. Hacía tiempo que lo quería ver, pero fue imposible, la tarde que pudo abandonar la casona de los Mendoza sin permiso y a hurtadillas, para ir a visitarlo, no lo encontró en su domicilio, estaba la casa cerrada y a oscuras, parecía deshabitada.

—¿Te dejó algún recado? —le preguntó Lena.

—No, solo dijo que volvería mañana al medio día cuando saliese del ayuntamiento y, también, que lo esperaras en el patio trasero.

Lena se sentó en su camastro, sacó su turgente pecho del vestido ya abierto para alimentar a su hijo. Mientras el niño mamaba, ella le acariciaba las mejillas, la frente con el dedo pulgar, le cogía su diminuta mano y enrollaba su dedo entre los suyos. Durante el tiempo del embarazo, Juana, con sus escasos ahorros, compró lana de distintos colores, hilo de tejer y metros de muselina en el baratillo de la Plaza de la Fuente de los Tres Caños y, entre las dos, cortando patrones y, después, cosiendo a la luz de las velas, dejaron

listos los faldones, camisas y toquillas para la canastilla de Lucas.

Doña Pina, al saber del embarazo de su doncella, le donó ropa usada de la parroquia; con esas ropillas el hijo de la criada podría vestirse adecuadamente, pensó el día que le ofreció con cara compasiva los desgastados atavíos.

—Toma Magdalena —le dijo mientras estiraba el brazo con un hatillo maloliente y manchado de orines de niños—, son ropitas para ese hijo que vas a tener. No me lo agradezcas, es mi obligación ayudarte...

Sin embargo, don Celso le había regalado a Lucas el traje de cristianar y un buen puñado de reales para que Lena comenzara a ahorrar.

El niño sació su apetito. Había sorbido con pujanza la leche de los dos pechos de su madre hasta dejarla vacía, para después, adentrarse en un sueño placentero. Lena sonrió al dejarlo sobre el colchoncito del canasto que habían vestido, Juana y ella, con percal celeste hasta transformarlo en un bonito moisés.

Antes de subir nuevamente al comedor, Lena estampó un sonoro beso en la mejilla de Juana como una chiquilla feliz.

—Eres la mujer más buena que conozco —le dijo.

Juana, contenta por el arrebato, se dejó besar mientras fregaba la pila de platos y ensaladeras que ya habían llegado sucios desde la parte noble de la casa

—Venga, venga, deja los arrumacos para otro momento. Sube, muchacha, que la señora segura te está esperando...

—No es la señora la que me está esperando, Juana. Es el desgraciado de su hijo el que quiere que presencie su compromiso. Es tan mostrenco, que piensa que me afecta...

Cuando llegó al comedor, la cena acababa de concluir, las doncellas retiraban la cafetera y la lechera de plata, las tazas sucias de café y los platillos con sus cucharillas. Lena cogió el cepillo para limpiar el mantel de las miguillas y restos que quedaron sobre su superficie, después dobló la fina tela con rapidez y cierta maña, adquirida de tanto hacerlo. Siguió su tarea colocando en su lugar las sillas, los candelabros y adornos de la mesa. Los invitados habían pasado al salón para degustar placenteramente algunos licores y seguir charlando sobre la nueva inversión de doña Pina y su único hijo: *La Milagrosa*, una próspera harinera que habían adquirido con la intención de exportar harina a ultramar, concretamente a Cuba.

Lena pensaba bajar con Juana para ayudarle a limpiar la loza y recoger la cocina cuando Francisca se acercó y le dijo:

—El señor desea que vayas tú a servir el licor. ¡Qué cuajo tiene el cabrón! Te podía dejar tranquila al menos esta noche. Delante de su prometida y el día de su pedida todavía le quedan ganas de joder la marrana —terminó la frase con los ojos encendidos y los labios abiertos.

Una vez colmadas las copas de licor para los convidados y para los dueños de la casa, doña Pina se percató de que era Magdalena la doncella que los servía, entonces, en un acto de compasión le indicó que se fuera para su cuarto, tendría que atender a su hijo.

—Gracias, señora —le dijo y se marchó sin atreverse a mirar a los concurrentes.

Mateo permaneció con la cara demudada unos instantes tras las palabras caritativas de su madre, hasta que advirtió la mirada de Catalina clavarse sobre él, como dos hojas aceradas se incrustaron en la suya. La sonrisa que el joven Mateo dibujó en su cara fue tan falsa que la muchacha notó algo insospechado; una voz de alarma gritaba dentro de su razón.

A la mañana siguiente, las criadas siguieron limpiando, guardando las vajillas y los cubiertos de plata, sacudieron las alfombras de las estancias donde los invitados habían posado sus finos calzados. La espléndida cena organizada por los Mendoza para refrendar el compromiso entre Mateo y Catalina, se había convertido en el evento más importante de Comillas en los últimos veinte años. Doña Pina no cabía en sí, henchida de gozo se mostraba cariñosa, sonriente con sus doncellas, todo le parecía de color de rosa, nada le podía perturbar ese momento que lo disfrutaba a borbotones, se entregó a la felicidad más absoluta, por eso no quería apartarlo de su pensamiento ni un solo minuto.

—Magdalena, ¿viste el maravilloso vestido de sedas y encajes que lucía Catalina?

—Sí, señora, precioso el vestido.

—Magdalena, y la gargantilla que lucía en su cuello, ¿apreciaste sus perlas naturales? Es regalo del señor, por su próximo enlace.

—Sí, señora, hermosísima su gargantilla de perlas.

—Magdalena, ¿te percataste del bordado blanco de sus enaguas?

—Sí, señora, muy fino.

Lena respondía sin escuchar, poco o nada le importaban esas tontunas que, con todo lujo de detalles, le narraba su señora sobre

el atuendo de la señorita Catalina. Ella estaba pensando en don Celso, habían quedado con él al medio día y tenía que marchar de la alcoba de su ama. En estos pensamientos se enredaba Lena cuando retumbó en sus oídos un grito, era algo relacionado con los zapatos de la susodicha Catalina... Volvió en sí y contempló a la señora vociferándole claramente molesta:

—¡Diantre! ¡Magdalena!, ¡estás atontada! Llevo un rato comentándote el extraordinario raso con el cual han forrado los zapatos de la prometida de mi querido hijo y tú no me respondes, ¿dónde estás? ¡En las nubes!... ¡Jesús, María y José, qué mocedad más boba tienes, muchacha! ¿En qué piensas ahora?

—Perdone, ama, pensaba que tengo que volver a mi cuarto. Mi hijo me espera para darle de comer.

—Tu hijo, tu hijo... ya estoy un poco harta de ese mocoso. Pero bueno, anda, ve, atiende a tu criatura —doña Pina acabó la frase incomodada, contrariada por su mejor doncella.

—¡Ah!, busca a Francisca para que suba a mis aposentos, a ella le podré contar todas mis alegrías...

—Sí señora, en cuanto baje le digo a Francisca que usted la espera...

El que estaba esperando, sentado en el banco pegado a la fachada trasera, era don Celso. Se había despojado de su chistera y la miraba intensamente, girándola lentamente alrededor de su mano derecha. Cuando Lena irrumpió en el patio, distinguió los tañidos de las campanas provenientes de la parroquia de San Cristóbal que distaba menos de un kilómetro del lugar, llamaban a muerto, la muchacha sintió una sacudida interna, se estremeció al escuchar el lento sonido metálico que llegaba desde el campanario, ¿quién será el desdichado que ha exhalado su último aliento?, se preguntó.

A medida que se acercaba a don Celso, contemplaba con más nitidez su rostro pálido, su postura encorvada, parecía hundido en meditaciones confusas. El sol estaba alto, ocultándose detrás de nubes oscuras y en la sombra hacía fresco. Lena se ajustó la toquilla de lana al cuello, sintiendo el frío calar por sus huesos. Se dirigió lentamente hacia el hombre que tanto le había ayudado y lo saludó:

—Buenas tardes, don Celso.

El hombre la miró y Lena se asustó al contemplar el rostro de don Celso bañado en lágrimas.

—Se fue mi mujer hace una semana, Lenuca, se ha fugado con ese mequetrefe, el galán de pacotilla con el que la encontré encamada hace unos meses. Perdóname hija por mi forma de hablar, pero estoy desesperado y es la misma desesperación la que me hace desvariar... Se llevaron a mis dos luceros con ellos, mayor vileza nunca había conocido... Pero ayer... —el secretario del consistorio no pudo continuar porque el llanto le inundó la garganta, tragó las lágrimas como pudo y siguió—: Ayer, Lenuca, me los han devuelto y han huido de nuevo, dicen que no tienen cómo mantenerlos. ¡Sinvergüenzas, partida de indecentes! ¿Puede una madre renegar así de sus hijos? —Don Celso se llevó la mano a la frente en un intento de disimular sus nuevas lágrimas—. Y yo, hija ¿qué hago con las criaturas? Apenas puedo conmigo mismo, si vivo con mi dolor a cuestas, sin ganas de nada... Esta desgana me impide cuidar de mis niños. ¡Inocentes criaturas! Abandonados por su propia madre para irse a revolcar con un rufián. Hoy los he dejado con María, la mujer del frutero que gentilmente se ha ofrecido a cuidarlos, pero mañana ¿a quién le confío el cuidado de mis dos tesoros? No tengo salida, Lenuca, no sé qué hacer.

Lena lo miró con los ojos muy abiertos, le sonrió enseñando sus dientes blancos, tan blancos, que parecían perlas. Mirándole a los ojos comenzó a sonreír, fue su sonrisa tan inesperada que aturdió a don Celso, pensó que la chiquilla se había vuelto loca.

—Don Celso, abandone su congoja que le ha tocado la lotería, —dijo por fin Lena haciendo una pausa y expresando cierta alegría—: Fíjese si estoy segura de lo que le voy a decir que pecaré de osada. Pero estoy convencida de que la estampida de su esposa es una bendición; vamos a matar dos pájaros de un tiro. Disculpe mi atrevimiento y mis comentarios, pero es menester que usted lo aprecie como yo. El primer propósito que lograría usted, a causa de esta huida, sería componer su condición de hombre respetable y relegar la de cornudo, sí, don Celso; de cornudo. Los paisanos barruntaron, desde que casó, la clase de mujer que era su esposa y pronto descubrieron sus amoríos extraconyugales. Esa carga la lleva pegada en su chepa desde el primer día y por los chismes que han ido llegando a esta casa, usted ha sido el último en enterarse... —Lena agachó la cabeza escondiendo la vergüenza que sentía desde que se dispuso a hablarle claro a su querido benefactor, aunque no se amedrentó y siguió con su perorata: Pero al final, don Celso, si no hay esposa, no hay cuernos... y lo mejor de esto es que con el

tiempo todo se olvida.

Y… el segundo propósito, beneficia a mi hermana. Si usted lo consiente y está de acuerdo, conseguiremos que Teresuca salga de esta casa con un buen pretexto que aplaque las quejas de doña Pina. Teresa se podrá hacer cargo de sus hijos, Jesusín y Carlitos en cuanto usted lo estime. Cuente con ella para lo que haga menester, ya la conoce y sabe cómo es. Mi Teresuca gobierna una casa perfectamente, lo está haciendo desde que mi pobre madre, que Dios la tenga en su gloria, enfermó de sus huesos, y con usted estará amparada, que con este canalla nunca se sabe... Yo la he defendido, en más de una ocasión, de sus garras, pero no me fío, este hombre cada vez está más extraviado... A mí ya me arruinó la existencia, pero ella aún es mocita y con usted logrará mejor vida.

Don Celso permaneció durante unos segundos con el rostro imperturbable, tanto que a Lena la confundió hasta que le oyó decir:

—Sí, mi niña. Llevas razón en todo cuanto dices. Ya es hora de reparar ambas circunstancias. Lo primero; mi maltrecha dignidad. Porque, Lenuca, no solo he llevado cuernos, sino que también los he consentido. Esto envilece aún más mi conducta. Y tú, mi niña, me tocas el corazón. Después de que tu propio padre se negara a que vinieras a esta casa para servir, quebrantando su voluntad, te coloqué aquí y, para mayor despropósito, mancillan tu inocencia. Siento enormemente lo que has padecido en esta maldita casa, pero si algo tengo seguro, es que voy a evitar que Teresuca pase por lo mismo; esa bestia, hijo de mala madre, no le pondrá una mano encima. Así que mañana mismo vengo a recogerla y ahora subo para comunicarle a doña Pina este punto.

—Gracias, don Celso, no se arrepentirá de llevarse a mi hermana y alejarla de esta casa infernal... Otra cosa querría preguntarle... era si había hablado con don Ricardo para cristianar a mi hijo —Lena agachó la cabeza insegura de su osadía de bautizar a su pequeño.

—Sí, hija, sí... El bueno de don Ricardo me ha expresado su alegría de poder oficiar el sacramento del bautizo a tu hijo. Como habíamos pensado, el domingo, de amanecida, nos encontraremos en San Cristóbal y convertimos en cristiano a nuestro Lucas.

—Sí que es santo nuestro párroco, don Celso. Lo cierto es que me avergüenza volver a la iglesia y salir a la calle. Después de tener a mi niño me he encerrado por miedo a las habladurías. Cuando ya no pude ocultar la barriga más tiempo, dejé de ir a misa, don

Ricardo me lo reprenderá, ciertamente eso es imperdonable para un buen cristiano.

—Serénate, Lena; él sabe... —le dijo don Celso con inmenso pesar.

12

Trinidad, Cuba. Octubre de1836. (Dos años después).

Ya entrada la noche, Muna se afanaba en preparar para su ama la ropa de dormir, mientras la misma doña Marcela se iba quitando los dijes, colgantes, cascabeles e imágenes de santos que llevaba prendidos en la cintura y colgándole del pecho, imitando a las grandes damas chilenas, colombianas y peruanas.

—Munita, éste no es el camisón que te pedí para esta noche. Hoy viene mi pelado y prefiero el de encajes de bolillo traído de España, el que me enviaron de Santiago la semana pasada. Es espectacular, ¿te diste cuenta Muna?

—Sí, mi ama, *el camisó de ecaje de bolillo epetaculá* —contestó la sierva con su malísimo español.

Muna cavilaba sobre las palabras revolucionarias de José, Teranga; ese era su nombre de origen. Desde que se veían a escondidas en el barracón, no paraba de pensar en él. El odio y la rebeldía que reflejaban sus ojos eran tan intensos que le producía cierto temor. En una ocasión, él le había expresado su deseo de morir antes de padecer eternamente el dominio del hombre blanco sobre él. Cuando le reveló tal dislate, todavía permanecían jadeantes, después de retozar sobre el suelo húmedo de aquel espacio oscuro y sucio donde se hacinaban los negros.

—Prefiero la muerte antes de verme bajo el yugo y el azote de

estos explotadores —le dijo el esclavo a Muna.

Al principio, la negra se veía arrastrada hacia un peligro inmediato si seguía viéndose entre sombras y caricias con Teranga. Más de una vez, la muchacha no acudió a la cita en el barracón de los esclavos con la intención de salvar su carne de un riesgo inminente. Él le estaba abriendo las puertas en dos mundos ignorados para ella, el de los sentidos y la revolución, esa revolución que aún tardaría en llegar, aunque la simiente ya estaba sembrada en aquellas tierras cultivadas de caña y café. A Muna le costaba entender el lenguaje inteligente de Teranga, no estaba preparada para comprenderlo, le inspiraba miedo y no acababa de concebir que se estaban prendiendo los fuegos que acabarían en una revolución que no debía tardar y que estallaría sin remedio para romper las ignominiosas cadenas del pasado.

La sierva volvió en sí al oír los pasos de Emilio. El joven se acercaba sigilosamente a la alcoba de doña Marcela. Muna le abrió la puerta con cuidado para no despertar a don Roque; por nada del mundo quería darle un disgusto al pobre anciano.

—Pase usted, mi rey —le dijo desde dentro doña Marcela al vasco.

—Buenas noches —le contestó Emilio traspasando el umbral, guiñando el ojo izquierdo a la criada para que se despidiera de su ama.

Doña Marcela observando el gesto cómplice del vasco con la sierva le dijo a ésta:

—Negra, ya te puedes ir. Au revoir, Muna —le susurró cerrando la puerta tras la salida precipitada de la esclava.

—¿Has visto cómo domino el francés, pelado?, igual que tu petite francesita —le inquirió la señora con la mirada impregnada de cierto reproche.

—A Marguerite la dejamos en paz y nosotros a lo nuestro, a ver, desnúdese, mi dama, y enséñeme sus cántaros de miel... —le contestó burlón el joven vasco.

Doña Marcela se desató las dos lazadas que sujetaban el camisón a sus hombros y la prenda resbaló a través de toda su bella anatomía. Emilio, con diecinueve años, era un hombretón alto, fornido con unos ojos negros y profundos que embrujaba a cuanta fémina pasaba por su lado. Facilitaba al azar el hecho de estar

rifado por las muchachas casaderas de todo Trinidad y alrededores. A esa edad, poseía un ímpetu que enloquecía a la señora, que se mantenía excitada todo el día rememorando las noches junto a él. Doña Marcela amaba al vasco, sentía que su pelado era el único ser al que había amado, además, valoraba sobremanera sus abrazos, le había costado años conseguirlos y, esto, le procuraba a la hermosísima dama una docilidad repleta de inseguridades cuando estaba con él.

Marcela desnuda por completo, no lo dejaba dar un paso más antes de quitarle la ropa, siempre pensó que era de mala suerte tener a un hombre vestido dentro de la alcoba. Emilio era muy dado al encanto de la desnudez y ella le quitaba la ropa con deleite tan pronto como Muna cerraba la puerta, sin apenas darle tiempo a conversar brevemente, ella empezaba a besarlo con besos desgranados, soltándole los botones de abajo hacia arriba, primero los de la bragueta, uno por uno después de cada beso, luego la hebilla del cinturón y por último la camisa. Después lo sentaba en el lecho y le quitaba las botas, le tiraba de los pantalones por los perniles. Cuando acababa toda aquella ceremonia, lo asaltaba sin darle tiempo a nada, ya fuera en el sofá o en la cama. Se le metía debajo y se apoderaba del muchacho encerrada dentro de él.

Se prestaba la colombiana a todo lo que le pareciera bueno para retener a Emilio a su lado. Con sus artes amatorias, utilizaba cualquier instrumento de gozo hasta dejar a Emilio sumergido en una explosión jubilosa que ella observaba con los ojos brillantes, creyendo que así lo aferraría a su lado más tiempo.

Sin embargo, Emilio cuando abandonaba el aposento del ama se sentía miserable y, con la lucidez tremenda de la soledad y la culpa, percibía que doña Marcela se le revelaba como lo que era: una trampa de la felicidad.

Entonces, se le revolvía el orgullo y se marchaba de la alcoba con la determinación de no volver. Mientras caminaba ensimismado hacia su habitación, pensaba que él era otro, en contra de su propósito firme y sus esfuerzos enormes de seguir siendo el mismo muchacho que había sido antes del tropezón mortal con doña Marcela. También creía que nunca volvería a ser el zagal de antaño, la deslealtad a don Roque era imperdonable, él no se la perdonaba, era lo único que le quedaba intacto, esa culpa como una actitud de gratitud al pasado, al anciano que lo acogió y lo convirtió en un hombre independiente, con hogar, trabajo y dinero. Bajo su techo lo

cobijaba y bajo su techo él lo traicionaba.

Hacía más de un año que abandonó el barracón y se había trasladado a un dormitorio amplio e iluminado de la planta alta de aquella casa que ya consideraba como suya. Desde aquellas fechas, su vida había emprendido una renovación completa, distinta a cómo imaginó el día que Antonio eligió su trabajo por él y se quedó en la hacienda más hermosa de todo el valle de los ingenios.

Don Roque despidió a su secretario por despilfarrador y pésimo administrador y le propuso a él esa encomienda, lo acreditó como empleado creyendo en sus posibilidades, que al principio al vasco, tras revisar las cuentas tan enredadas y los desordenados papeles, le pareció un despropósito sustituir a su antecesor. Sin embargo, accedió obligado por el entusiasmo que le puso el anciano a que aceptara este nuevo reto. A diferencia de lo que pensó cuando emprendió su cometido, pronto se hizo con la facturación del ingenio, de la hacienda, los números del banco y los negocios. Manejaba la fortuna de don Roque con buen empeño y clarividencia. Al cabo de un tiempo fue evidente la eficacia del muchacho y las cuentas comenzaron a cuadrar con beneficios impensables hacía escasamente unos meses, las cifras de los dividendos aumentaron y la fortuna de don Roque se encontraba más saneada que nunca.

Recibía unos honorarios elevados por su trabajo de administrador, también los consideraba elevados para sus expectativas; nunca creyó que podría ganar tanto dinero realizando una labor tan a gusto, dentro de la mansión, sin tener que soportar las inclemencias del clima y, además, sentado en una butaca ante una mesa imponente en el despacho del bueno de don Roque.

Al cabo de dos meses como secretario de su protector, había ahorrado sus primeros pesos. Con los bolsillos llenos, se dirigió junto a Antonio al cementerio de la villa para darle santa sepultura al cuerpo de Matías, el cual se encontraba en una fosa común metido en un saco etiquetado con la fecha de la defunción y la descripción del finado.

Antonio abrió la caja de membrillos a punto de rebosar y extrajo de ella la mitad de los pesos que costaba inhumar al viejo en una sepultura donde pudiera descansar en paz. Silenciosos, anduvieron el camino con atuendos de duelo, las levitas negras con las que se engalanaron y pusieron encima de sus camisas blancas, las alquilaron en un conocido comercio de Trinidad que se dedicaba a

estos cambalaches. Alrededor de sus cuellos almidonados llevaban los corbatines de seda negra atados con una pomposa lazada para darle solemnidad al terno y al acto. El luto que sentían los dos jóvenes en sus corazones era sentido y sincero. Por fin llegaron a la tumba y allí presenciaron el enterramiento. Una vez sepultados los huesos de Matías, se arrodillaron para rezar un padrenuestro por el alma del anciano y depositaron en la lápida un ramo de violetas.

Los jóvenes salieron del cementerio tras despedirse de Matías con el ánimo trastocado, rememoraban al viejo en el camarote siempre fumando y con su botella de aguardiente al lado. También se acordaban de la protección y de sus acertados consejos, pero principalmente del consuelo que les ofreció cuando murió Gerardo. “Descanse en paz”, dijo Emilio cuando se despidió de su amigo. “Así sea”, respondió el comillano.

Por el inevitable paso del tiempo, la fisonomía de Antonio forzosamente cambió; sus espaldas se alinearon con amplitud regia, el tórax creció como un tallo duro y fino, el ángulo de su rostro se perfiló y todas las modificaciones que su cuerpo soportó, dio como resultado a un joven con una presencia inmejorable y porte gallardo. También, su carácter reservado y considerado, sus valores religiosos y su inteligencia viva le aportaba un aire serio y formal. Además, poseía una virtud que era la mejor de sus virtudes; las personas de su entorno confiaban en él. Especialmente don Carles Vidal y Balaguer que en breve le iba a traspasar el colmado situado en la mejor calle de Trinidad por un módico precio, casi simbólico. El muchacho, desde que entró como chico para todo bajo las órdenes de don Carles, había conseguido lo que nadie antes: suscitar en el catalán un sentimiento casi paternal hacia él.

No obstante, dentro de don Carles Vidal y Balaguer no latía un corazón desbocado lleno de sentimientos, más bien era de emociones temperadas. Su condición de millonario le otorgaba un halo de hombre afectado, desabrido y vanidoso que Antonio intuyó el mismo día que lo conoció. Pero él supo ofrecerle la dosis de cera suficiente para ir lubricando el camino que lo acercaría irremediablemente a su protector y, mansamente, había conseguido ser la persona de total confianza del señor Vidal. Tal seguridad y buena opinión poseía el dueño del colmado y de los bancos más productivos de la isla caribeña del joven comillano, que únicamente

cuando Elvira, la niña de sus ojos, estaba con Antonio declinaba su férrea protección hacia ella y los dejaba caminar por las calles de la villa, entre farragosas aceras y balconadas de caoba, con Jacinta, la criada que los observaba siempre desde una distancia prudente fiscalizando cada movimiento de la pareja.

Elvira era una muchacha de aspecto poco relevante: escasa estatura, cabeza prominente y abundante pelo rizado negro. En su rostro de mejillas hundidas aparecían unos diminutos ojos brunos bajo unas pobladas cejas, una nariz grande y afilada que le daba aspecto de ave herida y unos labios descarnados, tan finos, que parecían invisibles. Vestía recatada, siempre con camisas de seda con chorreras y rematadas con un fino encaje que le ahogaba el cuello, donde prendía un camafeo ovalado de coral acabado con un ribete de oro macizo. Los diferentes tocados que la muchacha lucía siempre estaban a juego con el color del atuendo que llevaba puesto. Utilizaba una gama reducida que se limitaba a los tonos verdes agua, malvas, grises y ocres dorados.

Asimismo, caracterizaba a la joven catalana un sentimiento religioso exacerbado y una timidez que la hacía ser parca en palabras, no obstante, albergaba en su pecho, según palabras del propio Antonio, un corazón grande y generoso.

Comenzaron su relación a través de las cartas que Antonio le escribía y después entregaba a Jacinta para que ésta las depositara en las blancas manos de Elvira. Empezó con una carta con palabras amables que apenas contenía tres frases. Poco a poco, esas tres frases amables se convirtieron en misivas largas que iba escribiendo letra a letra con el humo de la lámpara de aceite flotando en el aire, en la trastienda del colmado. Sus cartas iban haciéndose cada vez más y más extensas, para ello recordaba los ojos celestes de Lena, también eligió un libro de un poeta cubano y se esforzaba por imitar cada verso, cada estrofa de los poemas que desprendían tanto amor, ardor y tormentos.

Elvira, al cabo de un tiempo y tras constatar las buenas intenciones de Antonio, también inició un periodo epistolar con el comillano, donde intercambiaban mensajes diarios de sus encuentros callejeros. La muchacha, con dieciocho años, era muy hábil ante las cuartillas y era capaz de expresar lo que jamás se habría atrevido a pronunciar a través de las pocas e insulsas conversaciones que mantenían mientras paseaban por las callejuelas de Trinidad. Las misivas de la muchacha desbordaban emotividad,

entereza y una solidez intelectual y cristiana que a Antonio le cautivó. Escondía su firma bajo un seudónimo; la educación recibida basada en la decencia y en su formación católica, no le permitía tal trasgresión. La escritura si no era por motivos religiosos o familiares estaba vetada para ella y, bajo ningún concepto, deseaba ser descubierta, así que eligió un nombre falso para firmar y se puso el sobrenombre de Clara Montes. Cuando culminaba el escrito amoroso que posteriormente sería enviado a través de Jacinta a Antonio, se despedía con la frase: "Eternamente tuya: Clara Montes"

Tanto ella como él se dejaron llevar por esa prosa tan elaborada, de contenido casi místico. Cada carta resumía un estado de ánimo o una zozobra espiritual infinita... y de esta forma delicada y tenue surgió el amor entre ellos, ambos se encontraban menesterosos de amor y ambos fueron sensibles a sus apremios. A escondidas comenzaron un noviazgo casto, basado en la virtud cristiana y en el conocimiento profundo del alma del otro. Él se acostumbró a nombrarla con el apodo cada vez que le escribía para no levantar sospechas, encabezaba sus misivas con la expresión: "Mi muy querida Clara". Y con esa perspectiva tan venturosa, Antonio vislumbró una salida a su pobreza y a su soledad.

—Elvira, el día que podamos exhibir nuestros sentimientos, seré el hombre más feliz de esta tierra —susurraba Antonio al oído de Elvira.

—Ya es hora que papá sepa lo nuestro —le contestaba la muchacha enardecida de amor y disimulando un cosquilleo interno.

Pero Antonio se volvía a negar, le pedía paciencia, antes quería conseguir el traspaso de la tienda.

—Mi cielo, calma... Esperaremos hasta que pueda ofrecerte una vida desahogada, no puedo hablar de matrimonio con tu padre llevando las manos vacías. Antes, habré de comprarte la casa que tú mereces para formar nuestro hogar.

—A mí no me importa, me iría contigo a la trastienda si me lo pidieras...

—¡Por todos los santos! ¡Elvira! ¡Modera tu ímpetu! —exclamó el comillano extrañado ante tales palabras.

—No te confundas, querido Antonio, y no me ofendas. Nunca pensé en contacto carnal cuando te he referido mis ansias de compartir mi vida contigo. Solo me guía la gana de pasar las horas a tu lado —le contestó la muchacha sin sentir lo que decía, aburrida

de tantos remilgos

—Soy un hombre torpe y poco delicado. He tenido mucha suerte en mi vida porque te he conocido, aunque no soy merecedor ni de tu amor ni de tus anhelos. Te ruego que me perdones —le dijo Antonio arrepentido con el rictus serio y tocándose el pecho junto al corazón.

Tanto al comillano como al vasco les gustaba compartir el tiempo que pasaban juntos, a menudo quedaban para comer un sabroso lechón asado y beber algunas copas de buen vino, ya no extraían el alcohol en el alambique de Antonio, sino que acudían al local más lujosos de Trinidad, *Casa Abade,* para charlar y ponerse al día sobre lo que les ocurría. Pero antes de entrar en Casa *Abade,* les apetecía dar un paseo por las calles céntricas de la villa. Iban con sus atuendos atildados, ambos vestían, después de su larga estancia en Cuba, de forma distinta, ya no portaban los pantalones andrajosos ni las remendadas chaquetas. Cambiaron las boinas negras por chisteras escrupulosamente elegidas a sus medidas y, ahora, las telas que cubrían sus estilizadas figuras eran de buen paño, incluso a Emilio le cruzaba el chaleco una cadena de oro que culminaba en una pequeña esfera con tapas grabadas. El reloj era de procedencia suiza, regalo de don Roque, que guardaba elegantemente el vasco en un pequeño bolsillo de la prenda.

En Trinidad coexistía una diversidad humana mansa que vivía en un clima tranquilo. Era agradable caminar entre sus calles, aún teniendo que sortear hileras de gallinas picoteando entre vasijas y trastos, perros merodeando y expulsados a patadas, boñigas de caballos, asnos y también algún excremento humano. Además, el empedrado de la calzada siempre se hallaba farragoso por las continuas descargas de chaparrones tropicales.

Antonio, desde que andaba en amores con la única hija de don Carles, se sometió a una voluntaria abstinencia sexual, había renunciado a las visitas y a la liviandad que rebosaba el cuarto de Antoñona. En cambio, comenzó a asistir diariamente a la parroquia del Espíritu Santo para sumergirse en la oración con el rezo del rosario junto a las beatas y en el oficio de la santa misa al lado de su doncella.

Pero lejos de escandalizarse, adoptaba una actitud serena y complaciente cuando Emilio le relataba su vida amorosa salpicada

de seducciones, de juegos secretos y de tentaciones pecaminosas, aunque reconocía, el vasco, haber sucumbido ante los encantos de Marguerite, una joven francesa.

—Sabes, amigo, con tantas hembras a tu alrededor te estás metiendo en un gran lío, cuando quieras salir de él será complicado, porque te advierto que tus amores con doña Marcela te van a dar más de un dolor de cabeza; la doña no es mujer de fiar, ten cuidado con ella. Céntrate en Marguerite que es hija de hombre rico y próspero hacendado. Gustave Renoir es dueño de los cafetales más productivos de estos lares. También, la señorita Renoir es joven, doncella y muy bella —le dijo Antonio con buena voluntad y ese pragmatismo que le caracterizaba.

—¡Me cago en diez, Antonio! Qué quieres, si me gusta la vida y dormir con todas... Naturalmente que Marguerite es linda y celestial, no es mujer fácil, pero siento la sangre hervir cuando la tengo cerca y ella…

—Pensaba que Marguerite no era mujer que se dejara seducir a la primera de cambio —inquirió Antonio preocupado por la decencia de la francesa.

Emilio pensaba que el comillano otorgaba una importancia extrema a la castidad de las muchachas. Sin embargo, a él le gustaba escudriñar en otras facetas de las mujeres y descubrir otros aspectos más atrayentes de ellas. Nunca le habían gustado las féminas bobas, necias y candorosas; sin un punto de ingenio y bravura no les interesaban.

—Bueno, con Marguerite aún no me he acostado, pero está a punto de caramelo —le confesó a su amigo bajando la voz y acercando su boca al oído. Y prosiguió: A veces noto cómo se desliza junto a mí como un animalito azorado, pero dispuesto a todo.

—Vaya, vaya, con la francesita, también ha caído bajo tus garras...

—Debo reconocer que es la joven que más me interesa, en la que puedo pensar cuando imagino mi futuro, a la que llevaría al altar. Pero la que me enciende es la doña... esa mujer es mi perdición.

Inevitablemente los ojos del vasco se ensombrecían cuando recordaba la traición al único hombre que se había comportado como un padre. No podía evitar la sensación de asco que él mismo se provocaba y así se lo comunicó a su amigo:

—Antonio, amigo mío, a veces me dan ganas de marchar de la

hacienda y no volver. Cuando abandono el cuarto de la doña me siento como una cucaracha y solo me sereno montando a Merlín, galopando sin rumbo por la hacienda, buscando la dignidad perdida...

—Emilio, como sigas en amores con la arpía de doña Marcela, vas a terminar cavando tu propia tumba. A mí nunca me gustó esa mujer —dijo sin pestañear el comillano.

—Me cago en diez, Antonio, lo sé. Sé que tengo que acabar con esta canallada...

Salieron de *Casa Abade* con la fina piel de las chisteras rozándole las manos. Inmediatamente, casi al unísono colocaron los sombreros en sus cabezas, se despidieron con un abrazo fraterno y se encaminaron a lugares distintos.

Cuando Antonio llegó al colmado, una sensación de felicidad lo embargó, don Carles le esperaba con los brazos abiertos, satisfecho de su gestión: la cesión de la tienda ya estaba en marcha. Solo quedaba ultimar el papeleo ante el notario y la cámara de comercio.

Sin embargo, Emilio cabalgaba sobre Merlín con una extraña sensación tras despedirse de su amigo. Alcanzó las tierras de don Roque y franqueó las puertas de la hacienda. Comprobó que algo invisible y perturbador flotaba en el aire. Fijó su mirada en los esclavos, notó cómo trabajaban la tierra con cierto pesar, hasta los criados, presentes en el gran salón de la casa, reflejaban la tristeza y el temor que los sobrecogía mientras servían un refrigerio a los hombres y mujeres principales congregados alrededor de la gran mesa. Nada más entrar, el vasco trató de averiguar por la expresión de sus rostros lo que sucedía. No hicieron falta las palabras; el anciano, su benefactor, había pasado a mejor vida.

Tránsito, la cocinera, fue quién le cogió del brazo cuando lo vio tambalearse, el dolor y la culpa hicieron que perdiera levemente el equilibrio, la cocinera le ayudó a sentarse y le acercó un cuenco de sancocho recién hecho, rebosante de fríjoles y pollo que Emilio fue incapaz de tragar. Una enorme bola se instaló en su garganta impidiendo cualquier intento de engullir, únicamente sentía que se asfixiaba en la podredumbre que habitaba en su misma piel. Se preguntaba, incesantemente, cuándo perdió la decencia, la vergüenza y el sentimiento de agradecimiento. En qué momento de su vida se había transformado es ese garabato de hombre que actualmente era.

Alzó la vista al escuchar su leve taconeo por las escaleras y, en

ese instante, la vio vestida de riguroso luto. Descendía lentamente los peldaños como una soberana que, bajo su capa de armiño, camina hacia su trono. El cabello, brillante como el azabache, lo había recogido en un impecable moño cargado de bucles y lo cubría con un velo. El vestido negro de doble tafetán de seda y raso se pegaba a su talle para abrirse después, por el efecto del miriñaque de cinco aros metálicos, en una falda abierta, rebosante de tela, espectacular. Unas oportunas lágrimas resbalaban por sus mejillas realzando el dolor de su rostro. Se acercó a Emilio y con un beso casto en la frente quiso mostrar su desconsuelo al mundo. Durante el ósculo nadie escuchó las palabras que el ama susurró en el oído del joven al que hizo palidecer:

—Mi amor, mi niño... mi pelado... Llegó el día; ya somos libres para amarnos.

13

Comillas, diciembre de 1836

—¡Juana! ¡Retira a este mocoso de mis pies! —exclamó doña Pina a Juana en la cocina donde le daba las instrucciones del almuerzo.

—Ven, criatura. Aparta las manos de los zapatos de la señora —le dijo Juana al chiquillo acercando al fogón el agua para el café.

—¡Virgen del Amor Hermoso y Fuente de todo Consuelo! ¡Qué obstinado es este zagal! —siguió relatando la doña por la insistencia del crío.

Al niño le gustaba tocar las hebillas relucientes del calzado de doña Pina, y no era casualidad que la señora bajara más de lo habitual a la planta de los criados. Había algo en el pequeño que la hacía recordar, añorar parte de su vida en la cual fue una mujer feliz. Quizás eran los rizos negros del mocoso, o esa obstinación en conseguir lo que deseaba sin obedecer a nadie. La piel blanca y los ojos azules eran idénticos a los de Magdalena, a ella se parecía.

Lucas era gracioso, su cara angelical con ojos expresivos lo hacía encantador, además hablaba con un lenguaje resumido muy suyo, sus frases carecían de artículos y preposiciones, solo pronunciaba las palabras trascendentales para que lo comprendieran y las decía con una claridad absoluta.

—Gato, ven —dijo Lucas cuando vio entrar a través de la trampilla a Lucifer.

El gato se acercó mansamente al niño y se detuvo delante de sus cortas piernas, parecía saber los arrullos y empellones que le quedaba por soportar. Efectivamente, Lucas le sonrió y empezó a acariciar la espalda del felino para acabar tirando del rabo con cierta fuerza.

—Deja a Lucifer que lo vas a dejar sin cola, pobre gato. ¡Demonio de chiquillo! —le regañó Juana al pequeño.

Juana cogió a Lucas entre sus brazos con la intención de llevarlo al patio trasero para que el niño pudiera corretear sin molestar a la señora.

—¿Alguna cosa más, señora? —preguntó la cocinera extrañada de la permanencia tan dilatada del ama en su cocina.

—Juana, ¿este comino cómo se llama? —inquirió la señora sin hacer el menor intento de mover un pie para subir por las escaleras.

—Lucas, señora.

—Lleva a Lucas al jardín delantero, allí hay menos peligro para él. El pozo es resbaladizo y se podría caer.

—Gracias doña Pina. Magdalena se lo va a agradecer, ella siempre anda preocupada por el pozo.

—Por eso, mujer, ya me explicó la doncella su temor de que le pudiera ocurrir algo a su hijo en el dichoso pozo. El chiquillo es muy traviesillo, ¿no?

—Lucas es adorable, se hace querer. A veces es muy alborotador, hace ruido golpeando cucharas contra peroles, grita, corre y se mueve como alma que lleva el diablo, pero en otros momentos, es un niño muy tierno, se acerca para que lo abracemos y besemos. Ha conseguido hacerse dueño de nuestros corazones y lo estamos criando entre todos...

—Y... dime Juana, se sabe quién es el padre —preguntó doña Pina disimulando su interés por la respuesta.

Juana palideció por la inesperada curiosidad de la señora. En esos ínfimos instantes pensó que era el momento de decir la verdad, de abrirle los ojos a la doña para que se percatase del engendro que ella misma había traído al mundo, y en el tormento que se había convertido para Lena servir en la casona por culpa de su venerado hijo. Pero calló, no quiso enfrentar a doña Pina con la verdad, también decidió en tan corto tiempo que no era ella la que debía destapar tal ignominia.

—Eso solo se lo puede decir su doncella, señora...

—Deja, deja... —respondió doña Pina—. Parece un secreto...

¡Dios mío! Tampoco es que me importe demasiado. Mi única intención al querer saber más sobre este niño es por pura caridad, por la pena que siento al ver a esta pobre criatura inocente sin padre que lo ampare.

Juana se volvió dando por terminada la conversación, apartó el agua del fogón para preparar el café de Catalina. Cuando se puso otra vez de frente con el cacharro de agua hirviendo en la mano, contempló perpleja que doña Pina seguía apostada en el mismo sitio mirando al chiquillo con una leve sonrisa.

—¿Se le olvidó decirme algo, señora? —le preguntó Juana impaciente para que se fuera lejos de sus dominios.

—Nada, Juana, solo pensaba por qué azar del destino puede salir una criatura con tal prestancia y gallardía de unos padres tan humildes.

—Se parece a su madre, señora. Magdalena es una hermosa mujer, refinada y de porte exquisito.

Doña Pina enmudeció al oír esas cualidades evidentes de su doncella y volvió a la carga con el niño.

—¿Dónde consigue Magdalena los atuendos de su hijo? Viste como un señorito. No es habitual ver a un niño de esta condición tan limpio y tan bien ataviado.

—Magdalena baña a su hijo asiduamente en su barreño de madera, el que utiliza para lavarse ella misma; su madre le inculcó el hábito del aseo, ya sabe que la muchacha llegó a esta casa muy pulcra. Además, don Celso le regala las ropas que ya no les sirven a sus hijos. El señor está atento siempre a las necesidades de las dos muchachas en aras de su vieja amistad con el padre de ellas: Jonás Villar y él fueron inseparables amigos de juventud.

—Claro, no podía ser de otra manera, este niño está apadrinado por mi amigo Celso y por la caridad cristiana que lo caracteriza —dijo doña Pina pensando en las frases de la cocinera, aunque se daba cuenta que faltaba algo; faltaban más explicaciones...

Juana estaba un poco nerviosa y cansada del palique que mantenía con la señora. Doña Pina, sin obligaciones que realizar a lo largo del día, excepto las caritativas en la parroquia, se había instalado en un interrogatorio sin fin, parecía que le interesaba sobremanera todo lo relacionado con el pequeño Lucas. Pero Juana no estaba dispuesta a seguir con el parloteo y menos aún si era sobre el calvario de Lena. La cocinera acabó de preparar el café y los buñuelos que desayunaba Catalina, depositó el desayuno sobre

una bandeja de plata, cuya superficie la cubría un tapete de lino blanco con finos bordados, a la espera de que Francisca lo subiera a su alcoba, después, cogió al niño de la mano y se alejaron de la cocina dejando a su ama en medio de la estancia con demasiados interrogantes en su cabeza.

Lo único que le quedó a don Celso del descalabro con su primera esposa fueron sus dos hijos. Lentamente había ido superando su desdicha, en su casa ahora se vivían horas felices. Los vientos huracanados que soportó durante su matrimonio se habían aplacado y su existencia se trocó plácida, tan plácida que le asomaba a través de la levita una incipiente tripa, producto de la tranquilidad absoluta con la que convivía.

Teresuca, cuya abnegación la consagró a la mejor de las amas de casa, le había abierto el camino a la felicidad, le atendía satisfecha de su trabajo, no estaba obligada a tanto, pero cuidaba a sus hijos como si fueran príncipes. Regresar a la casa era un regalo para don Celso, sumergirse en la sublime sencillez de lo cotidiano embargaba al hombre de una dicha llena de consuelo, nunca retrasaba la llegada a su cálido hogar. La muchacha lo aguardaba con el almuerzo preparado. Por las tardes, Teresuca esperaba a don Celso con la merienda puesta en la mesa y sus retoños cuidados con tal esmero que parecían infantes.

La monotonía se instaló en la casa del secretario del Cabildo, y los niños crecían contentos junto a su padre y a una joven que sentía por ellos un dulcísimo sentimiento. También brotaron dentro de la muchacha otros sentimientos en lo más escondido de su pecho y comenzó a lanzar furtivas, ardientes e involuntarias miradas al hombre más bueno que había conocido; estas miradas obtuvieron tierno pago por cuenta del hombre de la casa. Cuando Teresuca tuvo la certeza de que amaba a don Celso, él ya estaba enamorado hasta la médula de ella; una muchacha a la que había visto nacer y crecer en el hogar de su mejor amigo.

Al principio, ambos dudaban de que aquello fuera cierto y no una alucinación, una confusión sobrevenida por la convivencia. De tanto estar juntos quizás habían enmarañado sus sentimientos, no era extraño creer en eso, pues no se relacionaban con otras personas, raramente salían a pasear más allá de la plaza de la Iglesia. Solamente con Lena, Juana y Francisca se reunían alguna

vez para tomar una humeante taza de chocolate con churros en *Viena*, encantadora chocolatería donde servían el dulce más delicioso de toda la provincia de Santander. Mientras merendaban, Jesusín, Carlitos y Lucas jugueteaban en la plaza con las mejillas arreboladas, subiendo y bajando por los árboles, bancos y arriates que encontraban a su paso en sus atropellados juegos infantiles. Lucas siempre iba al rebufo de los mellizos, reproducía unos segundos después cada palabra y cada grito que salían de sus gargantas.

Cuando la misma Teresuca apenas se había dado cuenta de que amaba a don Celso, Juana ya lo sabía. En una de esas ocasiones en las que quedaban para merendar, la cocinera reparó en las miradas que se dedicaban don Celso y la muchacha y, tras mucho cavilar, a las tres semanas se lo hizo saber a Lena:

—Tienes que saber una cosa, Lena —susurró Juana mientras recogían la loza en la cocina después de la cena.

—Pues qué, dímelo ya —le contestó Lena.

—Prométeme que no te vas a exaltar cuando te refiera lo que me carcome por dentro.

—Habla, Juana, que no voy a montar un San Quintín. Ya conoces mi carácter y sabes que no me gusta sofocarme.

—¡Sea lo que Dios quiera!, ahí va... ¡Ay, zagala! Mis ojos han visto unas miradas entre tu hermana y don Celso que me han hecho pensar que entre ellos ha nacido algo muy fuerte...

—¡Caramba, Juana! Esto no lo esperaba —contestó Lena con los ojos desorbitados de la impresión—. Es imposible creer lo que dices, porque para mí sería inadmisible contemplar a don Celso de forma distinta a como se mira a un padre.

Lena se quedó quieta, parecía inmersa en una sensación en la que se mezclaba el asco, la rabia y la incredulidad, aunque intentaba que no se notara. Pero Juana leía su mente y su corazón como a los suyos propios y le suplicó:

—Olvídate, olvídate de lo que te he dicho, por la Virgen, por el Buen Jesús... que puedo estar equivocada... No quiero disgustos por una simple sospecha.

—Te agradezco tu franqueza, Juana. Me gustaría no creerte... pero te creo. Mañana mismo voy a casa de don Celso y aclaro este punto.

Juana sintió un revuelo interno y demudó el rostro con la decisión de Lena.

—¿Crees que vale la pena? Espera un poco, solo es una corazonada que a todas luces puede ser incierta, incluso yo misma dudo de lo que vi... Si hubiera notado algo más claramente te lo hubiera referido antes.

—No sé, no sé... Tú no eres de las que te lanzas a hablar sin ton ni son.

—Pero chiquilla, ante estas cosas tenemos que ser prudentes... ahora me arrepiento de habértelo dicho.

—Pues ya es tarde, Juana. Pese a todo, mañana abro este melón. Tú, mejor que nadie, conoces la razón por la que alejé a mi hermana de aquí y se la encargué a don Celso; Teresuca me va a tener que explicar su situación en esa casa.

—¡Vaya por Dios! ¡Quién me habrá mandado abrir la boca...!

Lena había perdido parte de su frescura, de su alegría juvenil. Los años transcurridos en la casa de los Mendoza bajo la tiranía carnal de Mateo, hicieron de ella un ser rencoroso y desconfiado de mirada triste que se enfadaba a menudo e irritaba por todo. No admitía comportamientos como los de su hermana, todo lo relacionaba con actitudes sucias que rechazaba por asco y vergüenza. En su más íntimo pensamiento sabía que jamás podría mirar a un hombre con amor, toda esa capacidad había desaparecido, la había enterrado y Teresa no podía seguir sus pasos.

El chiquillo entró en la cocina desconcertado, se había despertado por las palabras un tanto elevadas de Juana y Lena. El niño corrió hacia su madre ávido de un arrullo, de un consuelo. Lena observó a su retoño correr con sus ojos celestiales hacia ella con la cabeza llena de rizos negros y recordó al padre de su hijo con esa misma pelambrera buceando entre sus pechos. No pudo abrazar a su hijo, dejó que Juana se interpusiera, lo cogiera en brazos y con palabras suaves lo volviera acostar. Cuando Juana salió del cuarto, Lena la esperaba con un solo pensamiento:

—¡Mañana le cortamos los rizos a Lucas! ¡Lo dejamos rapado! —dijo tajante.

—¡Ay, Lena! Qué extraño comportamiento tienes con tu pobre criatura...

—¡A qué te refieres! —le contestó Lena con tono más beligerante.

—No quiero seguir hablando por no liarla, pero... sabes bien lo que te digo.

—¡A qué viene eso! ¡Di lo que tengas que decir, Juana!

—Tengo que decir que ese angelito es tu hijo, un pobre niño inocente sin culpa de haber nacido...

Lena amaneció disgustada, seguía triste por su niño, esa tristeza la dejaba exhausta, sin aliento, las palabras de Juana le hirieron porque puso el dedo en la llaga... Aún tenía que bregar mucho durante el día con doña Pina, pero la congoja le amarraba a su cama, le costaba levantarse. Miró hacía el colchón donde dormía Lucas, su placidez la conmovió, alargó la mano para acariciar la cabecita del niño, sus rizos negros se enredaron entre sus dedos. Quería a su hijo, de eso estaba segura, pero una sombra la perseguía, ¿por qué lo rechazaba en algunas ocasiones? Sabía la respuesta, se la había facilitado Juana la noche anterior, pero no quería reconocerla; un ultraje había sido el origen de su nacimiento.

Antes de subir, se aseó, planchó el uniforme que se pondría y se preparó para servir a su ama. Había planeado visitar a Teresa aquella misma tarde después de dejar arreglados todos los quehaceres con su señora.

Estaba en el comedor hablando con doña Pina del permiso concedido para salir en la tarde, cuando entraron Catalina y Mateo muy serios, venían de su alcoba, abismados y separados por una distancia intangible, se sentaron en la mesa para que les sirviera Lena el desayuno.

Nuevamente la viscosidad fría de su mano se enredó en su muslo cuando inevitablemente tuvo que ponerse a su lado para servirle el café. Él escaló su asquerosa mano hacia la nalga y allí se detuvo agarrando su glúteo con los dedos incrustados en su piel, hasta que Lena acabó de llenar la taza se escapó hacia el otro lado de la mesa para servir a la esposa de su acosador.

La muchacha alzó los ojos y vio a doña Pina que miraba con cierta mortificación el trasiego de la mano de su hijo, y supo que su ama se había dado cuenta, una mueca trenzada de piedad y rabia se había instalado en su rostro.

Catalina muy estirada, permanecía sentada con la tez descolorida. Con cierta melancolía asomada en sus ojos se dispuso a beber el café que le había servido Lena. Ese día había bajado al comedor para desayunar, normalmente lo hacía en su recámara, después de tragar los bebedizos y realizar las asentadas de vapor en la palangana con agua hirviendo y unas gotas de un remedio

elaborado por el boticario, para quedarse preñada. Aquella mañana los había desechado, era demasiado sacrificio para la infructuosa espera que necesitaba. Mateo no colaboraba, la pasión grande del comienzo se había esfumado y sin su marido, sería imposible concebir. Hacía más de tres meses que no la tocaba y esto la mantenía disgustada, aunque guardara las apariencias, tenía que evitar las murmuraciones. Ella ponía todo de su parte para que la servidumbre no hablase más de lo debido, para que no se originasen chismes que dieran al traste con su reputación de mujer bien casada, feliz y dichosa.

Catalina, tras ingerir unos pocos buñuelos y beber media taza de café, se levantó con una intensa migraña que la atenazaba desde hacía algún tiempo, se dirigió muy tiesa hacia su suegra alzando levemente la voz, entonándola lo suficiente para que su marido, justo a su lado, interpretase su mensaje:

—Doña Pina, antes de que disponga usted el almuerzo con la cocinera, le ruego le diga que el caldo con perdiz, especias y azúcares fortificantes no lo prepare hoy para mí; tomaré la comida que usted haya ordenado. No tengo que fortificar mi cuerpo por ningún motivo...

Las últimas palabras salieron llenas de rabia. Hábilmente recogió su falda y sus enaguas para no enredarse en ellas, alineó sus hombros y se marchó de la estancia con la barbilla bien alta.

Lena y Francisca se encontraban ancladas al lado de la puerta que daba a la escalera que conectaba con la cocina, esperando por si los señores deseaban algo más o concluyeran el desayuno, para proceder a la limpieza del comedor. Ambas escucharon las palabras de Catalina y las dos disimularon haberlas oído.

Doña Pina harta de seguirle el juego a su hijo, le dirigió una mirada detractora que fulminó al joven. Pero Mateo no estaba dispuesto a soportar el malhumor de su madre y, mucho menos, escuchar sus quejas. Se levantó inmediatamente de la mesa, silencioso y con pasos largos desapareció en un suspiro.

Lena se puso su gorrito de lana, que le cubría hasta las orejas, y lo ató debajo de su barbilla con una gran lazada para soportar el clima displicente de diciembre. Comillas se envolvía en nieblas al atardecer. Cuando el día languidecía entre las colinas y su horizonte marino, las sombras inundaban sus calles, aparecía ese frío húmedo

que se filtraba por la piel y calaba hasta los huesos. Era imposible esquivarlo por muchas capas de ropas que se pusieran los habitantes del pueblo. Pero la muchacha intentó abrigarse, se vistió con su falda marrón, la camisa clara y la chaqueta de lana que le confeccionó Juana de color verde oscuro que resaltaba su melena dorada recogida en un moño. Se envolvió el cuerpo con una mantilla negra y, de esa guisa se dirigió, entre oscuros pensamientos, a la plaza de la Iglesia de San Cristóbal para aclarar el asunto que tanto la apesadumbraba.

Aporreó la aldaba con fuerza. En el mismo instante que don Celso abrió la puerta extrañado de la pujanza de los golpes, pensó que algo serio pasaba.

—¿Qué ocurre, Lenita? ¿Algo grave te ha sucedido? —le preguntó don Celso con el corazón en un puño.

—Usted me ha de perdonar, don Celso —le dijo Lena con el rostro ardiendo—. Pero quisiera aclarar con usted y mi hermana un disgusto que me corroe. ¿Dónde está Teresa?

—Con los chiquillos en la sala, pero ¿qué pasa?

Teresuca apareció en el recibidor donde aún se encontraba Lena. La miró de hito a hito, conocía esa mirada inquisidora, esa mirada acusadora repleta de reproches propia de su hermana.

—¿Qué te carcome, Lena? Algo importante debe ser para presentarte a estas horas.

—Vengo a averiguar si hay algo más de lo que debiera entre don Celso y tú —dijo sin contemplaciones a su hermana.

—Magdalena Villar Cifuentes, no te voy a permitir que dudes del comportamiento ejemplar de don Celso —le conminó Teresuca con las lágrimas a punto de brotar.

Magdalena miró a su hermana con incredulidad, como dudando de que aquello fuese cierto; no había hombre ejemplar, todos pretendían lo mismo. Al principio los galanes presumían de su amor que veían entre nubes color de rosas y flores inmaculadas, pero después, solo querían la carne, se obsesionaban con ella, se convertían en verdaderos demonios y te lanzaban al infierno... donde se encontraba ella.

—Lena —susurró Teresa con más sosiego—. Todo lo que piensas es una horrible imaginación, un monstruoso pensamiento. No puedes condenarnos por nuestros sentimientos puros y sinceros. Por nuestra madre, que en gloria esté, te juro que no ha habido contacto carnal entre este santo y yo. Así que deja de acusarnos, aunque

debo admitir que cada día debo hacer acopio de fuerzas para no caer en la tentación de acariciar a este cacho de pan al que amo con toda mi alma.

Don Celso contemplaba a Teresuca con los ojos anegados, imposibilitado para decir una sola palabra. Su lucha interior había quedado expuesta ante los ojos de Lena. ¿Cuántas veces había tomado la resolución firme e invencible de no amarla? Todas las mañanas se levantaba temprano para resistir la tentación de quererla un poco más y se marchaba al ayuntamiento sin desayunar para trabajar sin descanso en un intento vano de olvidar su cara de ángel. Se lo prometía cada día, pero nada más llegar a su morada, estaba ella... con su rostro angelical. Y su sacrificio, su férrea resistencia se le derrumbaba, como azucarillo en el agua.

—Estáis en pecado —pronunció despacio Lena—. Su silencio, don Celso, es más elocuente que mil palabras. No tengo más remedio que sacar a mi hermana de esta casa.

—¡Qué vergüenza, hija mía! ¡Qué vergüenza! —dijo el bueno de don Celso con un hilo de voz.

—¡Aquí no hay vergüenzas que valga! —dijo Teresa con coraje —. Y tú, Lena, no seas extremosa. Tranquilízate y vete a la casona que no tienes motivos de preocupación. No voy a irme contigo a ninguna parte, me quedo con este hombre y con sus hijos. Aquí está mi sitio, de eso estoy segura.

Lena se sentó para aguantar la arremetida de su hermana, su rostro tenía un gesto furibundo. Fulguraban sus ojos como dos puñales. Teresa, al contemplar su semblante, la miraba casi con terror. Se puso de pie nuevamente impulsada por algún negro pensamiento y recorrió la sala a grandes pasos, parecía una leona rabiosa.

—¡Pues no! ¡De aquí no salgo sin ti! —le dijo encarándose otra vez con Teresa—. Este hombre te va a destrozar, te va a humillar, te va a pisotear hasta que quedes hecha un despojo... y después, ¡qué! Además, don Celso tiene una esposa por esos mundos de Dios que en cualquier momento puede presentarse en su casa y no olvides que es la madre de estos chiquillos. ¿Y entonces, cómo lo arregláis?

Lena clavó su mirada nuevamente en el hombre que tanto la había ayudado y le dijo:

—Don Celso, apelo a su sensatez, mi hermana es muy joven y usted no la puede malograr.

—Vuelve en ti y no te atormentes de ese modo, muchacha, que

tienes razón en lo último que has dicho —dijo don Celso repuesto de sus lloros—. Tengo esposa, y ese es mi pecado. Lo demás son puras patrañas. Yo jamás vejaré a tu hermana, tampoco la dejaré en la estacada. Comprendo que es difícil para ti aceptar este sentimiento que nos une, pero considera lo que hemos luchado para vencer nuestro amor sin poder conseguir nada... Y Lena, Teresuca ha de hacer aquello que ella crea conveniente. No la detendré si voluntariamente decide marchar de mi casa o si tú la arrancas de mi lado, aunque la quiera con toda mi alma.

La cólera de Lena se fue aplacando después de oír y contemplar los ojos de don Celso mientras le hablaba. Las últimas palabras del secretario del Consistorio la desarmaron, sintió un leve desfallecimiento y se dejó caer en la butaca, llorando con una verdadera congoja.

Su hermana se le acercó comprendiendo el celo y el miedo que impulsaron a Lena para ir a reclamar hasta la casa de don Celso. Le asió la mano. Se la acaricio y la miró tan tiernamente que Lena la abrazó, la rodeó tan fuerte entre sus brazos que Teresuca sintió el ritmo acelerado de su corazón, pero sabía lo que intentaba Lena; deseaba protegerla de todos los turbulentos abismos por donde deambulaba ella.

—Tranquila, hermana... Si don Celso es oro molido.

Lena se sintió vencida, percibiendo la dicha de Teresuca se acercó con paso lento y pausado a don Celso, mientras recorría el corto trecho, parecía ir reflexionando las palabras que le iba a decir.

—Solamente le voy a pedir una cosa, don Celso, concédame ese consuelo por la memoria de mi padre. Respete a mi hermana hasta que cumpla los diecisiete, aunque parezca una mujer... es una nenuca —acabó la última palabra con el sollozo en la garganta.

—¡Bendita seas! Así lo haré.

14

Trinidad, Cuba. Abril de 1837

La fortuna recibida tras la pérdida de don Roque, no hizo más que aniquilar el poco aprecio que el vasco sentía por sí mismo. A punto estuvo de rechazarla, creía que no merecía ni un solo peso de los muchos que le dejó en herencia. Los amores desaforados con doña Marcela en vida de su patrón, habían logrado socavar su alma con esa inmensa culpa, de la cual, no podía desprenderse por muchas millas que cabalgara sobre Merlín alrededor de la plantación, o cuando salía de la hacienda y se perdía entre la maleza que brotaba salvaje por el valle de los ingenios, por los fascinantes parajes que descubría en los alrededores de Trinidad. Todos los sueños juveniles habían desaparecido de su imaginación y de su alma amordazada; se reprochaba, incesantemente, sus amoríos con la colombiana. En su cabeza retumbaban, una y otra vez, las palabras que doña Marcela le susurró al oído el mismo día que murió su protector: “Mi querido niño… mi pelado… Llegó el día; ya somos libres para amarnos…”

Aquella misma madrugada, tras despedir a los hombres prominentes de la comarca, a sus enlutadas mujeres y a las plañideras contratadas para velar el cuerpo sin vida del difunto don Roque, doña Marcela se quitó su preciosa ropa original que le dejaba con los muslos al descubierto y el pecho brotándole, ávido y

turgente, a través del corsé. Se acercó a él con la lascivia en sus pupilas, con sus cálidas manos le entrelazó los dedos y se dispuso a besarlo con sus pasiones y sus requiebros que tanto enloquecían al vasco. Sin embargo, en ese momento no había nadie en el mundo que Emilio Abarruza odiara más que a ella, y a cuanto tuviera que ver con ella. Se quedó inmóvil recibiendo la solana de su cuerpo, así permaneció un rato callado sin responder a sus reclamos. Nunca imaginó que los arrebatos de doña Marcela le iban a producir náuseas, esas ganas fuertes de vomitar que sintió a medida que ella se fue quemando de pasión y un rubor abrasante aparecieron en sus mejillas. No pudo soportar esa visión candorosa en su rostro y la apartó de su lado, marchó del dormitorio del ama y se dirigió a las cuadras para montar a Merlín y perderse en algún lugar deshabitado para calmar la culpa y la repugnancia que lo carcomían.

Abrumado por esas sensaciones, Emilio estuvo ocho días encerrado en sus aposentos llorando la muerte de don Roque y cogiendo fuerzas para desaparecer de *La Santísima Trinidad*. Únicamente salió de su cuarto para ir al cementerio y darle cristiana sepultura al cuerpo sin vida del anciano. A su lado permaneció en todo momento Antonio ofreciéndole el apoyo y la fuerza que sabía que su amigo necesitaba. Antonio, hombre entregado al catolicismo por naturaleza y convencimiento, guió todos los rosarios y plegarias que la hilera de asistentes rezó congregada delante del ataúd, antes del entierro. A su lado siempre estuvo Elvira, su prometida, repitiendo, con recogimiento fúnebre y la voz templada y hermosa, el “ora pro nobis” de las eternas letanías.

Una vez que dejaron en la oscura tumba a su querido benefactor, el vasco volvió a la hacienda, se encerró en su habitación echando el pasador del cerrojo hasta el tope, con la intención de aislarse nuevamente del mundo y continuar su lucha purgatoria.

Aquella tarde cuando llegó a la hacienda después del entierro de don Roque, apareció por la casa trastornado, con la mirada perdida y, en un arranque justiciero, le pidió a Dios que le enviara a él también la muerte esa misma noche mientras dormía. Estuvo en vela esperando perder la vida hasta que escuchó el cantar de los gallos. Lo despertó el sol del medio día, dándose cuenta de que había dormido mucho sin morir.

Durante los días de su reclusión, no quiso ayuda. Nadie entró en

aquella estancia donde se respiraba nostalgia, culpa y mucha tristeza, excepto Muna, que lo acompañaba durante un buen rato, aprovechando el momento que doña Marcela tomaba su siesta y le subía al muchacho el sancocho de tres carnes recién hecho por Tránsito. La sierva le acercaba el plato y esperaba a que lo comiera con cierta lentitud, después, se sentaba en la silla pegada a la pared con las manos juntas, permanecía callada, mirando al suelo, respetando el dolor y el duelo por el que peregrinaba el vasco, preocupada por la poca piedad que sentía el muchacho consigo mismo. Cuando oía los pasos nerviosos de doña Marcela inquiriéndola, sigilosamente se marchaba con el rostro contenido de tristeza.

Su ama no sabía de las incursiones de la negra en la alcoba de Emilio. Muna jamás le reveló la relación especial que los unía. El afecto mutuo había crecido y fluido lentamente a través de los años. Ambos sentían una agradable comodidad cuando estaban cerca y sus conversaciones estaban llenas de confidencias que nunca decían a nadie. Esta confianza les condujo a una amistad leal y sincera a la que Muna no estaba dispuesta a renunciar. Más de una vez, el vasco le refirió la infinita zozobra que sentía por el tropezón mortal que le había llevado a mantener un idilio con doña Marcela, delante de las narices del bueno de don Roque. En cambio, de Muna él conocía su desconcierto cuando le hablaba de José, Teranga, de sus promesas ilusorias y de sus ideas revolucionarias, cuyas narraciones dejaban a la esclava con los pelos erizados.

La colombiana no aceptaba de buen grado la reacción tan extrema que había adoptado Emilio tras la muerte de don Roque y, todavía menos, los posteriores rechazos que soportó. Después de tragar las babas y aguantar los asquerosos manoseos del viejo durante muchos años, se merecía esta pasión que había crecido sin medida y sin control dentro de ella. Adoraba a su pelado, lo amaba con devoción, con delirio, con esa vitalidad que le estremecía las entrañas y era más fuerte que todo. Por eso solicitaba a puro grito entrar en su cuarto, lo llamaba incesantemente aporreando su puerta, reclamándole ese amor que creía suyo. Pero el vasco ya no la quería, la detestaba tanto o más que a él mismo, y su silencio ante sus requerimientos, sus sollozos y sus lamentos era inclemente, implacablemente cruel.

La mañana que se marchaba Emilio de la plantación *La Santísima Trinidad* para no volver, recibió una notificación del notario; debía

presentase en su despacho a los cinco días de haber recibido el comunicado. Allí, en la notaría de don Diego Sánchez y Ariza, abrirían el testamento del cual él era uno de los beneficiarios. Cuando cogió el papel, pensó en marchar dejando su fortuna en Trinidad, no era merecedor de ella. Montado ya en su caballo y con su equipaje bien amarrado en el lomo del noble animal salió lentamente de la hacienda. Pero el corto trayecto que cabalgó sobre Merlín fueron cinco leguas, al cabo de las mismas, dudó. Sintió una leve curiosidad por saber el legado que había dispuesto don Roque para él. Dio la vuelta y entró en la hacienda ante los ojos desalentados de doña Marcela que aún permanecía apostada en el balcón de su dormitorio, desde que lo divisó marchar sin remedio. No sirvieron sus súplicas, sus llantos infinitos, sus poses sensuales para aferrar a sus faldas al hombre que amaba. Únicamente un ligero instinto, quizá una sospecha hizo retroceder al vasco de una huida segura.

Doña Marcela bajó las escaleras esperanzada, volando alcanzó el recibidor. No le cabía duda de que era ella la causa de la vuelta del vasco a *La Santísima Trinidad* y cuando lo vio aparecer en el vestíbulo con el semblante apagado como un herido de guerra, le abrazó sintiéndose segura, dueña de sí misma, con los pulmones cargados de aire que le devolvió el sosiego y el convencimiento de que iba a ser feliz.

—Mi amado niño... mi pelado, no te podría decir cuánto me alegro de que te quedes a mi lado. Sube conmigo a mi alcoba, allí verás las cosas más claras —le dijo la noble dama.

Emilio Abarruza notó, delante de doña Marcela, que la culpa que atenazaba su alma y por la cual había pasado días convulsos llenos de desconsuelo, aflojaba su pujanza, y que una nueva fuerza lo inundaba para enfrentarse a su destino.

—Mi querida Marcela —se acercó el vasco a la dama, con una sonrisa en los labios y los ojos helados, para susurrarle en el oído—: ¡Vete al infierno!

Doña Marcela entró en tal estado de convulsión que la llevó al desmayo. Emilio, con las botas de cabalgar aún puestas, sorteó su cuerpo en el suelo y subió las escaleras para encerrarse en el despacho donde se dispuso a trabajar.

Habían pasado cuatro meses desde el fallecimiento de don Roque,

también habían pasado las sorpresas, los desánimos y las rabietas que doña Marcela padeció cuando el notario, leyendo el testamento, le expuso la última voluntad de su difunto marido; tenía que partir hacia la casa de Santiago. Sin embargo, a Emilio le había legado la plantación de azúcar con su ingenio, una cantidad considerable de pesos y un número elevado de esclavos para seguir con la producción.

Antonio, mientras esperaba en el despacho que actualmente era de su amigo Emilio, no estaba todo lo seguro y tranquilo que debiera estar después de haber averiguado, organizado y resuelto, hasta el más mínimo detalle, la transacción mercantil que le iba a proponer al vasco. Sentía que había llegado el momento de darle un giro a su vida. Pero un cierto alboroto interno, un recelo punzante le recorría toda la espina dorsal antes de exponerle su primer negocio que le reportaría beneficios líquidos importantes. La temprana visita estaba impregnada de dudas, había resuelto ir hasta *La Santísima Trinidad* con todos los datos ya comprobados y detallados, únicamente quedaba descubrírselos al vasco. Desde que conoció la inesperada fortuna que había recibido su amigo, su cabeza comenzó a buscar la forma de hacerse rico.

Al principio, Emilio sería el primer inversor, el que tendría que poner su dinero para sufragar la empresa que, minuciosamente perfilada, rondaba obsesivamente por su cabeza. Había pensado pedirle un préstamo para montar la sociedad que ambos formarían y, tras las ganancias obtenidas por el magnífico negocio, le devolvería a su amigo, peso a peso, el anticipo. Abrió el balcón del despacho, le parecía que iba a ahogarse allí por falta de aire, que el techo le pesaba sobre la cabeza y que para respirar necesitaba todo el oxígeno de la estancia.

Emilio tardaba y el comillano aguijoneado por la ansiedad que le producía el retraso, tuvo la necesidad de ocupar su mente y abrió una de las vitrinas que cubrían las paredes del despacho para coger un libro. No era hombre de lecturas, su cabeza la empleaba para cavilar, para pensar en cómo hacer dinero. Las letras le interesaban lo necesario para distraerse durante un rato libre, un momento de ocio, que desgraciadamente eran escasos, nada que ver con Emilio que pasaba largas horas leyendo literatura francesa alternándola con poesía satírica española: Quevedo, Góngora... Del joven Victor Hugo le había llegado una obra a través de las manos de Marguerite, se trataba de una novela de corte romántico “Nuestra

Señora de París", cuya narración lo había subyugado por la belleza de sus palabras... Grandes autores y grandes obras literarias encerraban las vitrinas del antiguo despacho de don Roque. Con la lectura y a través de sus personajes, el vasco intentaba encontrar las claves que le devolvieran el sosiego perdido.

Llegó Emilio a la estancia y cuando vio al amigo, su rostro tenso se amansó y sonrió de veras al comillano:

—¡Me cago en diez! ¡Qué sorpresa, Antonio! No te esperaba. ¿Cómo tú por aquí? A estas horas sueles estar muy ocupado en tu colmado —le dijo sonriendo y abrazándolo con fuerza.

—¿Cómo estás amigo? ¿La pena que sentías por la pérdida de don Roque está más aplacada?

—Bueno, estoy mejor... Aunque los recuerdos son traicioneros... Tú sabes que lo quería como a un padre. ¿Te quedas a desayunar conmigo? —le preguntó Emilio al comillano despistando su congoja.

—¡Sí, sí! Comamos algo mientras te propongo un trato.

Bajaron al porche y en aquel espacio abierto a la plantación, repleto de plantas, jaulas con pájaros exóticos y enormes muebles de mimbre se dispusieron a desayunar.

—¿Cuánto tiempo hacía que no venías? —le preguntó triste el vasco.

—Mucho, más de lo que yo hubiera deseado, pero tú tampoco has recalado por Trinidad.

Apenas se sentaron, les sirvieron los dos humeantes tazones de café y una tarta de

cerezas, receta francesa, recién salida del horno.

—De qué querías hablar, Antonio.

—De negocios, amigo. Tú ahora puedes emprender una etapa empresarial y me gustaría estar a tu lado...

Antonio consideraba que Emilio había pasado de ser un paria a ser un próspero terrateniente. *La Santísima Trinidad* era la plantación más productiva de la región y el dinero heredado era una suma muy adecuada para comenzar holgadamente otros proyectos empresariales. El día que se abrió el testamento, Emilio quiso que Antonio le acompañase, y el comillano sabía cuán amplia era la herencia recibida de su benefactor. Era el momento de lanzarse, cumplir el sueño americano por el cual embarcaron desde Cádiz en el *Reina de los Ángeles* hacía casi seis años y alcanzar ese deseo único: hacerse ricos. Para ello tenían que comprar barcos,

crear una naviera para favorecer el comercio entre Cuba con España, cuyo puerto metropolitano conectaba con el resto de Europa. Sabía que este negocio requería tiempo; crear una naviera no era cosa fácil; montar las oficinas, contratar al personal administrativo necesario que se encargara de gestionar los pedidos y los papeles de puro trámite del negocio y, por último, la compra de barcos, esos nuevos barcos a vapor... Todo eso les llevaría como poco un año. Tanto él como Emilio se encargarían de contactar con las empresas exportadoras, con los dueños de las fábricas de los productos, cuyas mercancías serían exportadas e importadas en sus naves, y con las gestiones directas de las transacciones comerciales y económicas.

Antonio no llevaba ni una cuartilla escrita, todo estaba planeado meticulosamente en su cerebro. Emilio se haría cargo de los legajos y de realizar los números, aunque él ya había calculado por cuánto saldría el primer desembolso que tendría que aventurar el vasco para poner en marcha la naviera.

Con cierta extrañeza, Emilio contemplaba a su amigo sudar exageradamente, se preguntaba el motivo de su preocupación, era claro que la abundante transpiración de Antonio era por algún motivo. Recordó, mientras lo observaba, los mismos sudores que expelía ante la puerta de la alcoba de Antoñona, cuando entraba persignándose y con un cosquilleo grande en las entrañas que lo sumía en un estado intenso de ansiedad. El compromiso con Elvira le había liberado de aquellos espinosos momentos... Compadecido, le cogió el brazo y le pidió serenidad.

—Amigo, habla ya, di lo que me tengas que decir, si no… te va a dar una alferecía...

Antonio, desconcertado por las palabras, se disculpó entre frases confusas que Emilio no entendió. El comillano estaba seguro de que controlaba sus gestos, pero el vasco le conocía bien y también conocía su forma de proceder cuando estaba nervioso.

—¿Y bien? —insistió Emilio.

Antonio carraspeó dos veces, se revolvió en la butaca de mimbre con su cojincito blanco en la que había reposado el rato que duraba su visita en el bonito porche y se dispuso a contarle. El comillano comenzó a explicar su proyecto. Hablaba y hablaba expresando, con todo lujo de detalles, su plan para hacer fortuna con el gran negocio que había ido construyendo en su cabeza, sin resquicio al fracaso y, concluyó, que para llevarlo a cabo se tendrían que trasladar ambos

a Santiago; en esa ciudad era donde realizarían sus sueños.

La mirada vacía del vasco hacia algún lugar del infinito hizo desaparecer las pocas energías que le quedaban al comillano y a punto estuvo de desplomarse contra el suelo. Solo fueron unos segundos de reflexión, pero a Antonio le parecieron un tiempo interminable. Entonces, cuando sus expectativas estaban agotadas, Emilio giró lentamente el cuello, miró a su amigo con un brillo antiguo en sus pupilas y le dijo ilusionado:

—¡Perfecto! Nos vamos a Santiago.

En ese mismo instante de euforia, cuando abrazado al vasco comenzaba a sentir que su alma entraba otra vez en su cuerpo para recobrar la calma, apareció doña Marcela en compañía de Muna. Más desconcertado, si cabe, quedó nuevamente el comillano al descubrir a la colombiana todavía en la hacienda. Permaneció con los ojos abiertos sin creer del todo lo que sus retinas revelaban. El ama, con el aspecto descuidado, llegó vestida con una simple bata, tenía la tez pálida y los labios blanquecinos. Sin embargo, la sierva, para más desconcierto, iba ataviada elegantemente como una señora. Aquella imagen rechinó tanto en su cabeza que su rostro enrojeció de rabia. Descompuesto, miró a su amigo pidiendo auxilio, alguna explicación ante aquella visión. Cuando sus ojos se posaron sobre el vientre de la doña, de golpe y porrazo supo lo que ocurría; la viuda de don Roque le iba a dar un hijo a Emilio.

15

Comillas, abril de 1840

Lena sentía un cierto sosiego, Mateo se había olvidado de ella subyugado por el orujo, el champagne y una madame, dueña de un burdel de la capital, pasadita de años, que lo mantenía enredado entre sus piernas y alejado de la casona. Al menos hacía un mes que no la tocaba y eso le proporcionaba un incipiente consuelo que alentaba su ánimo.

La muchacha ordenaba el tocador de Catalina repleto de mejunjes y afeites para el cutis. Además, había esparcidos por la bonita mesa, un misal de pastas negras de piel con una cruz dorada grabada en la tapa, revistas de moda y un poemario que cogió entre sus manos. El poemario contenía poesías íntimas que trataban de amores sublimes y sentimientos pasionales. Leyó, con cierta dificultad, dos estrofas de un poema de amor que la fascinó, se sintió seducida por aquellas palabras escritas que tanto le había costado leer. Quiso saber quién había creado esas frases tan maravillosas y descubrió el nombre de la autora en la coqueta portada del libro, era una tal Clara Montes. Se preguntó cómo sería, seguro que era bella, sensible y delicada; una mujer capaz de elaborar esos versos tan seductores no podía ser de otra manera. Depositó el poemario en su lugar y le llamó la atención la revista que descuidadamente estaba a la vista: “El correo de las Damas”.

Pero había otra debajo: “El Semanario Pintoresco Español”. Abrió la primera, se aturdió con sus vivos colores. Entre las páginas de aquella publicación encontró unos figurines dedicados a la moda francesa, unos grabados de Paris que estimó majestuosos. Reproducían vestidos en colores y formas que jamás había visto. Se quedó prendada de un conjunto en tafetán de seda formado por cuerpo y falda de cuadros en tonos grises y rojos con las mangas de pernil, ahuecadas desde el hombro hasta el codo y muy estrechas en las muñecas y el escote ribeteados en organdí blanco. El cuerpo era entallado con ballenas y la falda se abría bajo un miriñaque de cinco aros que hacía al vestido ondear y flotar en el aire. Se imaginó con él puesto, después se contempló en la luna del armario de la esposa de Mateo y observó su uniforme; la vieja falda le caía simple y sin gracia.

Ojeó nuevamente la revista y mirando aquellos figurines volvió a fantasear, pensando cómo le quedarían esos modernos atuendos dibujados, a todo color, en “El Correo de las Damas”. En un arrebato juvenil, abrió el armario de Catalina y escogió el vestido más hermoso que colgaba en el mueble donde se encontraba arrumbado desde hacía tiempo. Sin deslizarlo de la percha, se lo puso delante de su cuerpo, casi sin rozarlo, figurando su efecto en ella. Descubrió una imagen radicalmente opuesta a la que poseía unos segundos antes, el refinamiento y la delicadeza que vio reflejados en el espejo hizo que se sintiera bonita.

Entró Catalina en sus aposentos y sorprendió a la doncella manoseando su vestido rojo, mirándose feliz como una chiquilla delante de la luna de su armario. Catalina había enflaquecido, estaba en los huesos, su deterioro y su mal carácter se acrecentaba a medida que pasaban los años y, tanto sus ilusiones como sus planes eternos de felicidad, se habían quedado escondidos en algún lugar de la casona de los Mendoza. Estaba atrapada en una tela de araña que la había paralizado, le horrorizaba verse condenada, enjuiciada y castigada por las feroces lenguas de sus paisanos, de las personas principales de Comillas. Así vivía la joven dama desde que casó con el mejor partido de la comarca, el hombre con más fortuna de aquellos andurriales, cuando su único sacrificio diario era sobrevivir, no abandonarse a la muerte. Atrás había quedado aquella mujer hermosa, inteligente, de una sensibilidad humana nada común, cuya alegría de vivir infundía en otro tiempo el deseo de estar vivos a los que la rodeaban, hasta a los más incrédulos.

—¡Aparta tus sucias manos de mis ropas, infeliz! —bramó Catalina percibiendo el breve regocijo de Magdalena.

Magdalena se asustó al verse sorprendida y comprometida de aquella manera.

—Puedo explicarle, señora...

—¡Explicar qué, descarada! ¡Vergüenza debía darte! ¡Quién te has creído! ¡Muerta de hambre! —gritó arrebatando el vestido de las manos de la criada.

Lo único que le parecía posible a Lena era callar, aguantar el sermón, la severa reprimenda con sus humillaciones que salían sin compasión de la garganta de Catalina, cada vez en un tono más elevado.

Cuando la dama sostuvo entre sus manos el precioso vestido, recordó la noche que lo estrenó y también rememoró una a una las soledades, los temores, su vientre yermo, los llantos ahogados en su almohada, los disimulados odios, tantas noches en vela esperando a que apareciera su marido para poseerla… y sintió que se le descolgaba el alma y una ira furibunda ocupaba su lugar. Fuera de sí, comenzó a destripar con sus propias manos y una fuerza descomunal el precioso vestido de pedida, ese magnífico atuendo que tan graciosamente lució la noche de su compromiso con Mateo, durante aquella cena en la casona de los Mendoza donde asistieron las personalidades más destacadas de la provincia de Santander.

—Señora, ¡por Dios!, serénese, que le va a dar un tabardillo —le suplicó Lena.

Pero la rabia y el rencor acumulados pudo con todo y el vestido quedó hecho trizas en el suelo de la alcoba.

El jadeo de Catalina, tras el destrozo, se fue aplacando poco a poco y, consciente de su locura y de su mal paso, no sabía cómo salir de aquel aprieto. La criada había presenciado su arrebato y no permitiría que fuera con el chisme a la servidumbre. Nadie podía saber ese desagradable episodio y decidió darle la vuelta a la historia.

—¡Qué has hecho, mala pécora! —gritó exageradamente la dama teatralizando los gestos.

Alarmada por los gritos de Catalina, entró doña Pina en la alcoba y descubrió a Lena hecha un manojo de nervios mirando asustada a Catalina que, con los ojos desorbitados, escrutaba los restos de la tela desperdigados por el suelo.

—¡Mire lo que me he encontrado! ¡Esta miserable ha

destrozando mi vestido de seda rojo! —le dijo a su suegra sollozando—. ¡Qué lástima de mi traje! —siguió bramando haciendo aspavientos de dolor— ¡Ponga usted de patitas en la calle a esta mamarracha, a esta chabacana, a esta desalmada que, para vergüenza de todos, tiene un hijo sin padre!

Catalina se lanzó sobre la cama presa de un llanto incontrolable, se colocó bocabajo tapándose los ojos con los brazos para que no advirtiera su suegra la ausencia de lágrimas en su rostro. Como una letanía comenzó a repetir:

—Por qué... por qué...

—Serénate querida, todo se arreglará... —le dijo doña Pina acariciando su cabello negro.

Con voz firme le dijo muy seria a su doncella:

—Magdalena, ¡espérame fuera!

—Señora, le juro que yo no he dejado de esa guisa el vestido de doña Catalina, créame, ¡se lo suplico! —exclamó Lena, impotente ante tal despropósito.

—¡Magdalena, te vuelvo a ordenar que me esperes fuera!

—¡Eso, vete de aquí, maldita loca! —gritó Catalina, sin mover la cabeza de la almohada.

Magdalena salió del cuarto consternada, con la sensación de haber vivido un desprecio, un suceso inesperadamente absurdo. Se apoyó en la pared del pasillo a la espera de que doña Pina surgiera por la puerta en cualquier momento. Todavía dudaba, no podía creer que lo acontecido entre las cuatro paredes del dormitorio de Catalina hubiera sido cierto y no una pesadilla. Pensó que la esposa de Mateo era una mujer extraña, quizás algo perversa y que su virtuosidad, su natural distinción y sus modales de los que presumían, tanto doña Pina como ella, eran como poco exagerados, ahora creía que nada ciertos. Desde la alcoba llegaban a sus oídos los lamentos recargados de la dama, sofocados por los mimos y arrumacos de su suegra que, pacientemente, la sosegaba con palabras templadas, inaudibles para ella.

Sabía que su ama la echaría sin contemplaciones a la calle, seguramente esa misma mañana. ¡Dios, qué será de mi hijo y de mí!, pensó. Don Celso y Teresina seguro la acogerían. Ellos eran toda su familia, su único refugio, su salida en este túnel que se le antojaba negro como la pez. Prepararía su hatillo y el de Lucas y marcharían a casa de su benefactor a comenzar de nuevo, a pensar qué hacer.

En el pueblo le cerrarían las puertas de las casas principales para emplearse como criada, eran las únicas casas donde pagaban un jornal para subsistir... Y con Lucas todo era más complicado para trabajar... Pero el fin de sus días en la casona de los Mendoza había llegado, de eso estaba segura...

Todas estas especulaciones rondaban la cabeza de la joven cuando apareció doña Pina con el semblante demudado y los ojos llenos de fuego. Con la mirada la hizo caminar hasta sus aposentos. Entraron en ellos y doña Pina cerró la puerta echando el seguro. Se situó delante de ella y con voz baja le preguntó:

—¿Qué has hecho, Magdalena? ¡Explícame punto por punto qué ha sucedido!

A Magdalena le extrañó el interés de la doña por saber de aquel episodio inexplicable. Ella estaba convencida de que la primera frase de su señora iba a ser "lárgate de aquí". Pero asombrosamente deseaba averiguar la verdad.

—Señora, por lo más sagrado le juro que no he destrozado el vestido de doña Catalina. Mi única falta ha sido sacar el vestido del armario y ponerlo delante de mi cuerpo, sin rozar siquiera la tela. Lo he hecho para imaginar cómo me quedaba. Esa es mi culpa. El resto es mera invención, aunque sé de antemano que usted no me va a creer... Pero la única verdad es ésta.

—¡Cómo!

—Que nunca, ama, nunca he destrozado tal vestido.

Doña Pina inmovilizada por las palabras de Lena, se quedó pensando lo que su doncella le había relatado. A los pocos instantes reaccionó y exclamó:

—¿Pero quién crees que eres para hacer tal majadería? ¿Una señora? Nunca podrás poseer esos vestidos, infeliz. Entonces, ¿a qué probárselos?

De nuevo, la doña hizo una pausa, miró sus manos y añadió muy bajo, casi susurrando:

—Magdalena eres una chiflada. ¿Cómo has podido dejar a mi querida Catalina tan nerviosa? Es imperdonable tu conducta. Te lo dejé muy claro el día que llegaste: ¡no te metas donde no se te requiera!

Doña Pina se sentó en su butaca, sostuvo su cabeza con la mano derecha acariciando su frente e intentando disipar una incipiente migraña. Pensando en la carga que diariamente tenía que soportar.

—¡Por los clavos de Jesús! ¡Qué he hecho en la vida para

merecer tantos disgustos…!

Magdalena tuvo que tragar la hiel que se acumuló en su garganta. Carraspeó en un intento de despejar la sensación de asfixia que sentía y dijo con la voz rota:

—Señora, sin demora bajo a mi cuarto para recoger mis cosas y, cuando Lucas llegue de la escolanía, nos marcharnos de aquí.

Lena acabó las frases levemente agitada, rígida y poniendo todo su afán en que no aparecieran las lágrimas por sus ojos; algo de dignidad aún le quedaba.

—No te apures que no marcharéis a ningún sitio, aunque lo merezcas. Pero he decidido que te vas a mantener alejada de esta parte de la casa y de mis servicios unos días, hasta que doña Catalina se calme. Así pues, te quedarás en la cocina, ayudarás a Juana y veremos que otras faenas más efectuarás. Ahora vete, desaparece de las habitaciones y de la parte alta. Ya te avisaré cuando vuelvas a ser mi doncella.

La reclusión de Magdalena en la parte baja de la casona de los Mendoza, no era un hecho nuevo. Durante su embarazo, ya estuvo custodiada por Juana y otros siervos en la cocina y en los cuartuchos de los criados sin poder poner un pie en la parte noble de la casa. Nuevamente se encontraba en la misma situación, a la espera de que se le pasara el ataque a Catalina.

La muchacha se adentraba en una desazón incontrolable cuando pensaba en el cúmulo de vejaciones soportadas para seguir trabajando, para seguir adelante en una lucha sin cuartel en aquella casa y, esa mañana, se le añadía una más a la larga lista. Descendía la escalera que dividía a la mansión en dos mundos desiguales. La poca alegría y el sosiego que había sentido, hacía escasamente una hora, se esfumó de su corazón y otra vez se encontraba sumida en un lodazal interno, en un combate con ella misma entre la dignidad y la obligación.

Rendida, casi sin fuerzas, se sentó en la silla que durante años compartió con el gato, y recordó a Lucifer. Hacía dos años de su muerte, lo encontró Lucas en el patio trasero, el niño lo contempló suponiendo que estaba dormido y lo acarició con las puntas de los dedos. Cuando se percató de que no estaba dormido, estuvo llorando todo el día, hubo que llevarlo a la Plaza para que jugara con otros niños y se olvidara de la visión de Lucifer sin vida, yaciendo sobre un rastrojo de hierbajos secos.

Se encontraba sola en la cocina, necesitaba esa soledad y ese

silencio después del escándalo que había soportado hacía escasos minutos. Los criados estaban realizando sus faenas y Juana había ido al mercado, después traería al niño de la escuela de don Serafín, el viejo maestro del pueblo. Su hijo estaba aprendiendo las cuatro reglas porque Juana se empeñó, se obstinó tanto en la idea de darle instrucción al niño que habló con el ama para suplicarle tiempo para llevarlo y traerlo al colegio. Le compró su primera cartilla para leer, un lapicero y un diminuto cuaderno de escritura de hojas rayadas. Más tarde solamente hubo que llevar al aula una sillita que dispuso en la primera fila, creyendo que así Lucas aprendería mejor las enseñanzas de don Serafín.

Lena sonrió al recordar el primer día que, cogidas del brazo, la cocinera y ella, dejaron a su hijo en la escuela, en aquella habitación desportillada y sucia que olía a brasero en invierno y a sudor en verano, y marcharon del recinto con lágrimas en los ojos, pensando que lo importante era que le enseñara don Serafín hasta donde pudiera. Lucas era un zagalillo rápido de mollera, ya había aprendido a leer en su primera cartilla Al principio señalaba con el dedo cada sílaba que pronunciaba: “La m con la a ma” y después leía “Me mima mi ama”, decía cuando le tocó aprender la m, después miraba a su madre a la espera de una sonrisa. También había aprendido a escribir, aunque con trazos algo disímiles, escribía las vocales y consonantes que rasgueaba una y otra vez en su cuaderno imitando la frase de muestra que don Serafín le había escrito antes de marchar de la escuela como tarea.

Seguro que mi hijo llega hoy cantando, pensó. Los martes le tocaba ensayo, era el día que los llevaba el viejo maestro a la iglesia con don Ricardo. Los niños caminaban desde la escuela hasta San Cristóbal, mudos, en fila y con un recogimiento aprendido a base de golpes de regla en los nudillos, que severamente arreaba el maestro a quien osara desviarse de la hilera durante el trayecto. El bueno de don Ricardo había formado junto a don Serafín un coro con un grupo de niños cantores de poca edad, para entonar, con sus dulces vocecillas, canciones religiosas que combinaban con otras populares.

Ocupando su cabeza con los compases que entonaba Lucas con su tierna voz, se levantó lentamente de la silla, consciente de que si seguía rumiando tantas cosas le iban a llegar los negros pensamientos, sus cuitas, las ideas mortificantes que tanto la hacían sufrir. Recordaría las manos frías, viscosas, de Mateo, su aliento de

borracho y ese miedo viejo, constante, a ser nuevamente violada. Se dirigió a la mesa donde descuidadamente Juana había dejado los cuchillos afilados para cortar las carnes y deshuesar las aves. Los quitó de la vista y los colocó en una repisa alta donde su hijo no los pudiera coger. Un día sorprendió a Lucas jugando con el cuchillo de despiezar, era grande afilado y con forma de hacha. Cuando lo descubrió Lena con él en las manos, se horrorizó y desde entonces se mantenía atenta a cualquier olvido.

Se ajustó bien el delantal a la cintura y llegó hasta el lavadero, contempló una pila de ropa arrugada recién recogida del cordel. Juana se encargaba de dejar lista la ropa, aunque después de planchar, se quejaba de la espalda, así que decidió hacerlo ella. Cargó entre sus brazos la cesta con el montón de ropa limpia y la depositó en la mesa de la cocina. Esperó a que se calentara la plancha en el fogón y, para comprobar la temperatura, ensalivó la yema de su dedo anular, la puso en la superficie plana de hierro y escuchó el leve crujido que emitía su piel por el calor que desprendía la lámina de metal; ya estaba lo suficientemente caliente para emprender tal tarea y comenzó a alisar la ropa.

El niño entró por la puerta del patio trasero como una exhalación, detrás llegó Juana jadeante, víctima de la energía incesante del crío. Lucas era vivaracho, no paraba de jugar, de saltar de cantar y de reír. Se paró en seco cuando avistó a su madre planchando en la cocina.

—¡Madre! —dijo contento y salió corriendo para abrazarse a sus piernas.

Lena miró a su hijo y quiso besarle, pero no le nacía esa ternura natural, había siempre algún rasgo de su hijo que le impedía ser cariñosa. Agachó la cabeza y se concentró en su trabajo. El niño acostumbrado a esas reacciones, siguió con sus juegos.

Bajó Francisca de la parte alta, venía sofocada y se plantó delante de Lena:

—La señoritinga todavía anda con lloriqueos —dijo la doncella imitando los lloros de doña Catalin— ¡Pedorra! Un buen lebrillo hasta arriba de platos y peroles sucios para fregar le daba yo…, se le quitarían todas las boberías... Y tú, ¿cómo estás?, otra vez escondida por los corajes de esa remilgada. ¡Menuda furcia!

—¡Calla, mujer! ¡No digas barbaridades! —le conminó Juana.

—¡Juana!, ¡mejor que yo, nadie sabe cómo es esa hija de la gran China! La estoy atendiendo desde que llegó a la casona y sé cómo se

las gasta la lagartona. Va de buena..., de santa..., con esa carita de ángel... ¡Pero esa ramera a mí no me engaña!

Lena le tapó los oídos a su hijo para que no escuchara las barbaridades que salían de la boca de Francisca, pero fue inútil porque el niño le preguntó:

—Madre, qué es ramera. ¿Doña Catalina es una ramera?

—¡Amantísimo Padre! ¿Ahora qué hacemos? Como al niño se le escape algo de esto delante de doña Pina estamos perdidas. Por Dios, ¡Francisca, modera tu lengua!

—volvió a insistir la cocinera.

—Más vale que no nos detengamos en explicar a Lucas el significado de las palabras que ha escuchado, sin embargo, hemos de dejarle muy claro que no puede repetirlas arriba, donde los señores —aclaró Lena.

—Ven acá, Ángel de Dios —le dijo Juana al niño, lo cogió de la mano y lo llevó a su cuarto.

Las dos muchachas quedaron en silencio, mirándose una a la otra con tristeza. A Francisca le parecía repugnante la reacción de la esposa de Mateo y así estuvieron hablando sin hablar durante unos largos instantes, tras los cuales, Francisca se acordó de la razón por la que había abandonado la parte alta de la casa:

—¡No te lleves al niño muy lejos que he bajado a por él! —gritó Francisca a Juana—. La señora desea estar con Lucas un ratito antes del almuerzo... Es que esto no hay quién lo entienda, Lena. Tú aquí entre los fogones escondida como un reo y el niño arriba, con ella. La doña está totalmente chocha.

—¿Chocha? ¿Qué es chocha, Francisca? —preguntó Lucas entrando nuevamente en la cocina con las rodillas limpias y recién peinado.

Francisca rió estrepitosamente, le hizo gracia escuchar al niño repetir sus palabras como un papagayo, se acercó al chiquillo, le estampó dos besos sonoros en las mejillas y le dijo:

—Tú, ¡chitón! —hizo una mueca cerrando los labios con los dedos—. No abras la boca delante de las señoras, que después todo se sabe...

Lucas le sonrió, pensaba que Francisca era muy divertida, y él la quería tanto...

A medida que subían la escalera, Francisca notaba la mano de Lucas aferrarse a la suya con más fuerza. Cuando el niño alcanzaba la parte alta de la casona, mudaba la expresión de su rostro, era un

cambio invisible para doña Pina, sin embargo, para Francisca era muy evidente. Se volvía medroso, tímido y perdía esa chispa extraordinaria que poseía. Contestaba con monosílabos y añadiendo señora o señor al final de las escasas frases que decía.

—Ama, aquí le traigo a Lucas, tal como usted me ordenó —le dijo Francisca a la doña.

En la sala se encontraba también Catalina, ya había terminado de llorar, pero continuaba con evidentes signos de malhumor reflejados en su expresión. Al ver al niño, miró a su suegra extrañada.

—¿Qué hace este mocoso aquí? —preguntó desconcertada con la presencia del crío.

—Pasa nene, pasa, ven aquí —le dijo sonriendo doña Pina al chiquillo.

A su edad, Lucas percibía bien la situación, distinguió el amor y el odio a la vez; juntas estaban las dos personas que lo sentían.

Doña Pina se levantó de la butaca ayudada de Francisca, con su balanceo se acercó al niño y, sin dar una sola explicación a su nuera, posó su artrítica mano sobre el hombro de Lucas y ambos se dirigieron al patio delantero que se extendía delante de la fachada de la casona. El jardincillo del centro era hermosísimo, estaba poblado de hojas, hortensia*s* azules y rosas encarnadas que se abrían en ramos espectaculares. Abuela y nieto llegaron a un banco de piedra de una blancura limpia, preparado para permanecer un buen rato en el jardín, se sentaron y comenzaron a rezar.

Padre nuestro que estás en los cielos,
venga a nos el tu reino
Y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo…

Cuando acabaron de orar, las manos de doña Pina envolvían a las de Lucas. El niño sentía su calor, quizás ese calor que Lena no le podía dar.

16

Santiago de Cuba, julio de 1841

Como una compensación del destino, iba a ser en el *Reina de los Ángeles* donde Emilio y Antonio volverían a la tierra de la que partieron diez años atrás. Embarcarían en Santiago de Cuba, ciudad donde se habían instalado hacía unos años, para regresar a España convertidos en prósperos hombres de negocios; el vasco con los bolsillos más llenos que el comillano. En el *Reina de los Ángeles* se alojarían en camarotes de lujo, cuyos espléndidos interiores jamás conocieron cuando navegaron por el Atlántico en la misma nave, en dirección contraria, hasta llegar al Puerto santiaguero en 1831.

Retornarían a España para cerrar una negociación, el contrato ya estaba acordado desde Cuba. También volverían con el gran objetivo de pugnar por el control del comercio indiano de productos españoles exportables hacia ultramar, y hacerse con el monopolio del Correo marítimo a través de sus barcos de la naviera que ambos poseían.

Habían planificado que una vez alcanzaran el Puerto gaditano en el *Reina de los Ángeles*, pernoctarían el tiempo justo en Cádiz para tomar la diligencia que los llevaría a Madrid y, una vez allí, cogerían la góndola hacia Santander. El primer destino de ambos sería Comillas para dejar zanjado el primer compromiso: fletar un petache de harina hacia Santiago. Este negocio lo habían cerrado

con la fábrica más importante de todo el norte de Castilla, La Milagrosa, cuyos dueños, doña Pina Vergara, viuda de Mendoza, y su hijo don Mateo Mendoza y Vergara, les esperaban para firmar el contrato que reportaría a ambas partes pingües beneficios.

Antonio y Emilio se encontraban en el amplio despacho que compartían en la naviera, dándole los últimos retoques al viaje que emprenderían en unos días. La Compañía Fluvial Santiaguera era considerada, desde su creación, como un negocio puntero, dinámico y con futuro. Tanto Emilio como Antonio trabajaban incansablemente para sacarla adelante. La naviera estaba situada cerca del Puerto de Santiago, construida sobre los rescoldos de un local devastado por el incendio de 1814 y que compraron a buen precio, a causa de la ruina en la que se encontraba. Después, invirtieron con mucho acierto una ajustada cantidad de pesos para su reconstrucción y transformaron aquel solar aniquilado en un edificio extraordinario, de espaciosas naves y varios recintos bien amueblados.

Tenían el ánimo exaltado pensando en el regreso. Las nostalgias sentidas y apaciguadas por el tiempo, volvieron a resurgir haciendo estragos en sus almas, tanto era así, que alguna vez la mirada del comillano se perdía en algún lugar de la estancia sumido en una ilusión pueril, sin embargo, cuando despertaba y reaccionaba, disimulaba y se excusaba con su amigo diciendo que soportaba un fuerte dolor de cabeza. También Emilio sentía ese pellizco en el estómago. La idea de volver lo sobrecogía y se entregaba a sus melancólicos pensamientos, le costaba un esfuerzo agotador repasar los libros de cuentas y escribir los legajos que diariamente redactaba y dejaba sobre su mesa, porque su cabeza estaba puesta en otro sitio, rememorando algún sabor, olor o lugar de su infancia.

La tarde había sido calurosa, serían las ocho y media de la noche cuando abandonaron la naviera con las levitas sobre sus hombros y las chisteras en sus cabezas, se despidieron en la puerta y se introdujeron en los carruajes que, diariamente, les esperaban con sus cocheros encaramados sobre ellos.

El de Emilio enfiló hacia la casa que le dejó don Roque en herencia a Marcela. Mientras transitaba en su coche, notaba el pésimo estado de las vías, observaba a través de la ventanilla que la basura seguía campando por la ciudad convirtiendo algunas calles en verdaderos estercoleros; los días de carnaval se notaban en la ciudad. Cuando cruzaron la plaza de Santa Ana, miles de colores

inundaron sus pupilas. Las farolas adornadas con cintas, ondeaban ofreciendo un paisaje de colorido espectacular. Escuchó las distintas melodías que provenían de violines, flautas y tambores. Los espectadores hacían círculos en torno a las bandas de música que tocaban a pocos metros unas de otras. El gentío, de temperamento franco y extrovertido, se divertía ruidoso, agitado y sobreexcitado.

Observando la suciedad que asolaba al centro de la urbe, recordó las palabras del gobernador, don Joaquín Escario, cuando le dijo que había previsto establecer un servicio de limpieza, para ello, había encargado unos carros cerrados con tapaderas destinados a recoger los despojos y establecer la higiene y desinfección en la ciudad.

La imponente mansión, que actualmente era su hogar, se situaba en la Plaza Cristina. Su fachada, decorada con grandes rasgos del estilo neoclasicista, no pasaba desapercibida por su blancura, no obstante, cuando franqueabas la puerta, su interior cambiaba; las formas, las paredes y huecos de las ventanas se tornaban vivos, con tonos alegres. Algunas estancias conservaban parte de sus muros cubiertos con bandas de azulejos de incontables colores, aunque los amarillos, azules y los verdes eran los más destacados. Hermosas cómodas, consolas con soportes finamente tallados, mesitas de tapas de mármol y otros muebles de caoba decoraban las distintas piezas. Sus salones cargados de estatuas, marcos dorados, enormes gobelinos traídos de París, de preciosas lámparas de cristal que profusamente colgaban por los techos cubiertos de madera y de alfombras persas e indias sobre los suelos de fino barro, componían un lugar soberbio para vivir. Marcela había hecho de su casa una de las más gratas *y* mejor guarnecidas de la ciudad y era codiciada por las familias más influyentes de Santiago.

La relación de Emilio con la colombiana se hizo estable. Su preñez logró el milagro de serenarla por algún tiempo, sin embargo, Emilio consideraba que Marcela no era la mujer que hubiera elegido libremente, aunque la amaba a su manera. El peso de la responsabilidad hizo que no se desentendiera y se casara con ella un sábado al amanecer en la parroquia del Espíritu Santo en Trinidad. Cuando Marcela, embarazada de cinco meses, miró a Emilio para pronunciar sus votos ante El Altísimo y don Jeremías, él separó los ojos y los fijó en el suelo y allí los mantuvo hasta que finalizó la fugaz ceremonia. Y así concluyeron con aquel trámite que cada día era un poco más mortificante para el vasco. Antonio, Elvira y

Marguerite fueron los únicos asistentes a la ceremonia, Muna y José permanecieron sentados al final de la única hilera de bancos del templo, como correspondía a sus rangos. No obstante, ellos no estaban aún bautizados y poco o nada les decía aquel acto cristiano.

La madrugada que Valentina llegó al mundo, el vasco supo que otra mujer no le hubiera dado una hija tan bella, tan perfecta y tan sana y nunca imaginó que la criatura que tenía en su regazo le desencadenara esa inmensa dulzura que sentía en su corazón. Desde el mismo instante que Muna se la puso en los brazos, agradeció a Marcela aquel regalo, aquel triunfo de la naturaleza.

—Aquí tienes a tu hija, Emilio —le dijo Muna con evidentes signos de emoción.

El parto fue complicado, la pérdida de sangre fue dejando teñidos de rojo los trapos blancos amontonados al lado del lecho. La hemorragia no cesaba y Marcela estuvo al borde de la muerte. Muna pensaba que era por las continuas carnicerías que la santera Ofelia le había realizado a doña Marcela en sus entrañas para arrancarle los muchos embriones que habían germinado dentro de ella cuando aún estaba casada con don Roque.

José trabajaba de cochero, aprendió a manejar el carruaje de cuatro caballos en la plantación de azúcar La Santísima Trinidad, antes de partir con Emilio y Marcela hacia Santiago con la condición de obtener su libertad y la de Muna. Estaban juntos, vivían en una parte de la casa separada de la noble y habían tenido un hijo al que pusieron el nombre de Martín, cuya vida estuvo a punto de truncarse al año y medio de nacer por las fiebres del tétano que el niño contrajo por una herida profunda tras clavarse una escarpia grande y oxidada donde enredaban las riendas de los caballos en las cuadras. Este suceso dejó a Muna sumida en un temor crónico, causa de la protección exagerada que profesaba hacia su único retoño.

Dentro del esclavo libre, aún latía el odio, ese rencor indómito hacia los hombres blancos que lo apresaron, lo ataron con cuerdas para llevarlo lejos de su tierra. También escondía esa semilla revolucionaria que se gestó en los barracones de la plantación y que le proporcionaba esa mirada torva que, a veces, Emilio divisaba a través de los cristales de su despacho, mientras José lo esperaba encumbrado en la calesa fumando tabaco. Otras veces, la podía vislumbrar cuando, desde cualquier ángulo de la casa, el cochero olvidaba que quedaba ante su vista.

Llegaron al domicilio, José se deslizó ágil del carruaje y separó las puertas de la cochera anexa a la mansión, introdujo el vehículo hábilmente en su lugar, después le abrió la portezuela a Emilio y éste descendió por los minúsculos peldaños con el ceño fruncido, aún le quedaba ir a la ópera con su esposa y no le apetecía; ese día no estaba para valses y rigodones. Él prefería quedarse en casa con su pequeña Valentina, pero no era conveniente contrariar a la colombiana, su viaje a España la tenía de los nervios y este último esfuerzo relajaría a su esposa.

A los dos años de alumbrar a Valentina, la salud de Marcela comenzó a quebrantarse, ya no era ni la sombra de aquella mujer hermosa y caprichosa que el vasco conoció cuando llegó a la plantación de don Roque. Su belleza y su lozanía se habían esfumando e iban en sentido contrario a un proceso lento, pero implacablemente cruel. Marcela se sentía cada vez más fatigada, una tos persistente y un flujo de sangre la tenían inquieta, pero no dejaba de salir, las veladas las prolongaba hasta muy tarde, su insistencia por estar en el centro de la vida social santiaguera podía más que esa falta de energías que la dejaban exhausta. Este afán por ser el centro de todas las miradas de la alta sociedad santiaguera, la impulsaba también a no faltar los domingos por la mañana a la Alameda, situada a la orilla de la bahía, para recorrer su paseo poblado de grandes árboles del brazo de su amado Emilio y dos o tres pasos detrás la niñera que conducía el cochecito de la niña. Por las tardes no se perdían, junto a sus amigos y asomados sobre la balaustrada del cuartel, las populares retretas. Días señalados en Cuba y en toda la isla de las Antillas eran el Corpus Christi y la Semana Santa, durante esas jornadas, el ajetreo social y festivo alcanzaba su momento álgido del año y la colombiana las disfrutaba estrenando joyas, deslumbrantes vestidos, mantillas, limosneras, sombrillas y demás atavíos que lucía del brazo de su joven esposo.

Sin embargo, lentamente esa debilidad se hacía más notable y, sin realizar grandes esfuerzos durante el día, se sentía muy cansada. Era una laxitud que brotaba sin razón, secuela de una enfermedad que lentamente minaba su organismo. Ella intentaba dormir hasta bien entrado el día creyendo que así mitigaría su falta de vigor, pero no era cuestión de dormitar, las horas de sueño no la renovaban.

Emilio entró en la sala buscando a su hija, la encontró en el patio jugando con la muñeca de porcelana que él le regaló. La

chiquilla, vestida con el camisón blanco ondeando en el aire y abrazada a su muñequilla, bailaba alrededor del pozo que presidía el hermoso espacio. La blancura de su camisola acrecentaba la luminosidad de su tez dorada y se diferenciaba del cabello negro que mansamente caía sobre su espalda. Sus enormes ojos de fuego se clavaron en los de Emilio cuando éste se sentó en un banco para observarla embelesado. Valentina de pronto hizo un gracioso mohín, con la muñeca en la mano corrió hacia su padre y saltó a sus rodillas.

—¡Padre! ¡Quiero ir al carnaval, quiero una máscara! —gritó la niña volviendo a la realidad de su capricho de toda la tarde.

—Pero monina mía ya es de noche, ya no hay máscaras —le contestó dulcemente Emilio.

La chiquilla al escuchar el griterío y reparar en un grupo de hombres, mujeres y niños que iban riendo, cantando y chillando por la angosta calle que daba a la fachada trasera, se fue corriendo a la cancela y con sus minúsculos dedos asió dos de sus barrotes mirando al callejón. Hundió su carita por el hueco y dichosa comenzó a gritar:

—¡Padre, Padre! ¡Las máscaras!

Emilio la miró desconcertado.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! —gritó Valentina a los desconocidos llena de júbilo.

Emilio, alarmado, se levantó con la intención de protegerla de algún peligro eventual. Se dirigió con pasos rápidos hacia donde se hallaba su inocente hijita desgañitándose para saludar a todos los viandantes. La niña contagiaba con su entusiasmo, sin embargo, el vasco quiso saber lo que ocurría fuera de su casa. Divisó a la multitud festiva, contempló asombrado cómo aparecían y desaparecían las máscaras de la calle. Una vez que se aseguró de que el único propósito de aquella gente era pasarlo bien canturreando y bailando, acabó saludando y riendo como un zagal a todos cuantos desfilaban por delante de la reja.

Apareció Muna con Martín de la mano. La criatura se alborotó también al ver tal divertimento y se puso a gesticular gritando y riendo como Valentina. Cuando más regocijados estaban disfrutando del espectáculo callejero, Marcela hizo acto de presencia. Todos se detuvieron cohibidos y mudos, menos Emilio, que se acercó como un mozalbete a su escuálida esposa, cuyo vestido de abundante seda bordado con hilo de oro y pedrería, muy

propio para asistir a la ópera, la envolvía y parecía que se apoderaba de ella. “Mucha tela y poca mujer”, pensó Muna nada más verla.

—Ven, querida —cogió la mano de su esposa y la arrastró hasta la reja—, diviértete con las máscaras, algunas son verdaderamente graciosas.

—¡Qué horror! —le dijo Marcela. Pero inmediatamente dulcificó su gesto al ver la decepción que se reflejó en los ojos del vasco.

—Qué horror... pelado... porque verifico que a estas horas no te has aderezado. El carruaje nos espera, ya sabes que cierran las puertas del auditorio quince minutos antes de que comience la obra.

Marcela miró hacia fuera, donde transitaban las máscaras, marionetas, gigantes y cabezudos con demasiada algarabía y sonrió con una mueca forzada, casi parecía contenta de la música chocarrera que se oía por la calle.

—Presto, Emilio, que llegamos tarde... —le dijo suave a su esposo.

—Si no hay más remedio... —contestó el vasco.

—Muna, dile a la niñera que acueste a Valentina y no le dejes el quinqué encendido, ¡oíste! Ya te he dicho cientos de veces que la niña tiene que acostumbrarse a dormir a oscuras —ordenó Marcela a la negra.

—¡No, no! —clamó la niña sollozando.

—¡No! ¡Mil veces no! —bramó Emilio tras escuchar a su esposa cuando ya se iba hacia sus aposentos para cambiarse de ropa.

Y añadió:

—¡Esa es mi voluntad! ¡No la voy a repetir, Marcela! ¡La niña permanecerá hasta que se duerma con la luz del quinqué encendida! ¡Valentina descansará tranquila y sin miedos! — acabó Emilio la frase con la mirada embravecida, recordando sus años de orfanato.

—Sí, rey, lo que tú digas... —le contestó su esposa con los ojos intensos a la vez que helados.

Antonio comprendió que había nacido para ser rico cuando palpó la posibilidad de cumplir su sueño dorado: tener junto a Emilio la naviera. Esta situación llegó gracias a los abundantes ahorros, que eran resultado del sudor y penalidades llenas de privaciones a los que se había sometido y le había proporcionado cierta liquidez. Cuando pudo zanjar el préstamo, con excepción de algunos plazos

finales que Emilio le condonó por amistad, para comenzar en Santiago el negocio de los barcos comerciales, emprendió una vida de desahogo que disfrutaba sin grandes dispendios. Solo se permitía ir a la ópera con su prometida, una casa en la calle Santo Tomás, un vestuario sobrio, confeccionado en el mejor sastre de Santiago, que le concedía cierta distinción y, sin duda, un noviazgo acertado; Elvira era hija de don Carles, rico y próspero negociante afincado recientemente en Santiago, y su dote serviría para emprender otros proyectos que ya se fraguaban en su sesera.

Volver a Comillas convertido en un respetable caballero con los bolsillos llenos, le producía un cosquilleo en el estómago, una especie de placer. Tenía pensado volver a Cuba con su hermano Ramiro, necesitaba a Ramiro para seguir con su sueño de instalarse por su cuenta con otros negocios sin olvidar la naviera. Su inminente viaje de regreso a su patria, le hizo recordar que conocía a Mateo Mendoza desde su más tierna infancia, pero nunca había hablado con él. La causa por la que nunca cruzó una sola palabra con el niño más rico del pueblo era intangible, cotidiana y antigua, sabida por todos; la diferencia de clases que siempre los separó. Mateo Mendoza era el hijo del hombre más rico del pueblo y alrededores cuando convivían ambos en Comillas y él solamente era un desgraciado, un niño pobre que tuvo que ganarse la vida desde los siete años. El único espacio que compartían era la iglesia de San Cristóbal, lugar que acogía a ricos y a pobres a la misma hora de la misa. Al recordar la parroquia, los ojos de Lena se filtraron por su mente y pensó que hacía tiempo que no la rememoraba. “Qué será de aquella zagala, tremendamente hermosa, que me dejó enamorado durante mucho tiempo”, se dijo. Miró a su derecha, sentada junto a él iba su prometida, los dos se dirigían al auditorio montados en la calesa. Antonio contempló el rostro de Elvira, sus hundidas mejillas, su hirsuta cabellera y el camafeo de su cuello; solo una mirada soñadora, que permanecía constante en sus pupilas, la hacía levemente atractiva.

Elvira sintió la mirada escrutadora de Antonio que la sacó de sus pensamientos, reflexionaba sobre su último poema, no le agradaba la sonoridad que desprendía cuando lo había leído una y otra vez en voz alta para escuchar la armonía de sus sílabas. Desde que se dedicaba secretamente a la poesía, sus días eran más sugestivos, un soplo de libertad se había colado por alguna rendija en su vida y a través de las palabras rimadas expresaba sus sentimientos, sus

estados de ánimo. Al principio, versificar alguna composición le costaba horas delante de la hoja en blanco, pero con el tiempo, poetizaba con cierta rapidez cuando descubrió que los pasajes líricos debían brotar del corazón.

Había conocido, por casualidad, la existencia de una pequeña editorial en Barcelona. Ordenando los papeles del escritorio de su padre, encontró una carta de un tal Andrés Verdaguer. Intuitivamente comenzó a leer el papel que tenía en la mano. En la misiva, le explicaba don Andrés a su padre la vida actual que llevaba en Barcelona, también expresaba en la misma carta, el disgusto que le había ocasionado su hijo menor, Joaquím. El último vástago de don Andrés había creado una editorial, Ediciones Verdaguer, con el fin de publicar y divulgar poesías y ñoñerías románticas que no le reportarían la holganza económica ni la posición social por las que él tanto había luchado. Don Andrés no comprendía este negocio sin futuro, y le suplicaba al Señor todas las noches, mientras rezaba, que su hijo cambiara algún día de oficio.

Al poco tiempo de que Elvira leyera esta carta, cogió un sobre, introdujo en él sus poesías firmadas con el seudónimo de Clara Montes y lo envió a la dirección de don Andrés, escribiendo en un apartado del sobre: “A la atención de don Joaquim Verdaguer”.

A los nueve meses de este atrevimiento, Elvira recibió respuesta del editor: sus poemas estaban publicados. Habían sacado una pequeña edición de doscientos ejemplares, los cuales consiguieron distribuir por Cataluña, Cantabria y Vascongadas. Ella recibió tres hermosos ejemplares, regalo de Ediciones Verdaguer, libros que ocultó bajo siete llaves.

17

Comillas, agosto de 1841

El calor había decrecido con las sombras y una brisa húmeda de verano recorría las calles de Comillas. Ese día, la fiesta comenzó desde muy temprano, con la procesión había culminado la peregrinación festiva. Eran las doce de la noche y las lámparas de las casas y los faroles de las esquinas hacía rato que se habían apagado dejando las plazas, paseos y los callejones oscuros.

Teresuca con la palmatoria en la mano, le echó una última ojeada a la morada, los zagales dormían y comprobó que el portón permanecía atrancado. Se acostó junto a Celso agotada de la jornada. El buen hombre dormía plácidamente emitiendo unos ronquidos profundos a los que Teresa se había acostumbrado. Pero cuando la muchacha cerró los párpados para sumergirse en el merecido sueño, escuchó un leve aporreo en la puerta. En la neblina de la ensoñación, Teresa no se percató de su realidad. Solo cuando los golpes la despertaron, se incorporó del lecho zarandeando a su compañero de almohada con el corazón desbocado por el miedo.

—¡Celso, por la Virgen, espabila que están llamando a la puerta! —gritó amarrándose a su brazo.

Al abrir los ojos, a Celso lo sobrecogió un nuevo golpeo. Automáticamente puso los pies en el suelo, acarició suavemente la mano de Teresuca que temblaba sobre su brazo como hoja de

otoño.

—¡Ay, por Dios! ¿Quién será a estas horas? ¡Nada bueno ha de ser! —volvió a exclamar la muchacha.

—Serénate Teresuca que ahora mismo salimos de esta angustia —le susurró don Celso a su mujer.

Don Celso llevaba su camisola blanca para dormir y su gorrito puntiagudo que terminaba en una oronda borla. Encendió el farolillo de aceite que le iba alumbrando el espacio por donde caminaba. Lentamente se dirigía hacia el portón, notó sus rodillas chocar una con otra, se apoderó de él un pujante temblor de piernas que lo dejaba sin fuerzas para seguir andando. Sobreponiéndose a cada paso que daba, llegó hasta el vestíbulo. Había oído hablar de las ánimas en pena, se presentaban a los vivos de madrugada, aporreaban sus puertas y ventanas antes de llevarse el alma del pecador. Estremecido por sus propios pensamientos y sacando un brío inexistente en su interior gritó.

—¡Quién se aventura a llamar a mi puerta a esta hora! ¡Quien quiera que sea, vuelva mañana con el sol fuera!

El hombre creyó oír un lamento que consiguió atemorizarlo más, no obstante, agudizó el oído y acercó la oreja al portalón.

—Celso, por el Altísimo, ábreme —susurró una voz frágil desde el otro lado.

—¿Quién va? —preguntó timorato don Celso.

—Soy Jacinta… no puedo más… ¡Abre la puerta hombre de Dios!

Don Celso creyó morir, conocía muy bien la voz que se colaba por sus oídos; ciertamente era ella. Su presencia le producía tales escalofríos que lo bañó de sudores en unos segundos, también sintió una fina punzada aguijoneándole su esternón anunciando que estaba a punto de un ataque cardiaco. Receloso, abrió el portalón y la vio apoyada sobre el muro derecho del zaguán. Parecía una aparición, un ánima errante y sus rodillas reiniciaron el temblor, esa fuerte sacudida que unos segundos antes había percibido entre sus huesos. Los ojos del hombre se iban a salir de sus órbitas, no podía creer la visión que tenía delante, era irreal, un fantasma, un espíritu que había llegado del otro mundo. En ese momento la mujer se desvaneció y se estampó sobre el suelo como un fardo de grano.

Cuando se agachó para auxiliarla, supo que la mujer tumbada en el suelo sin reaccionar no era una aparición, sino su esposa en carne

y hueso. Era la desaparecida, la fugitiva, la que se fue con aquel indeseable, con el galán de tres al cuarto.

—¡Jacinta! ¡Jacinta! —le dijo el bueno de don Celso a su esposa mientras palmeaba sus mejillas para despertarla del desmayo.

Antes de que Celso se diera cuenta de su presencia, Teresa ya estaba a su lado contemplando la escena. Con cierta calma y dándose cuenta de la papeleta que se les había presentado a esas horas, dejó su temor atrás y resuelta se acuclilló, cogió la muñeca de Jacinta y la presionó para comprobar si tenía pulso, después puso su oído en el pec*ho de la desdichada para saber s*i respiraba.

—Gracias a Dios todavía respira –susurró.

Ayudó a su querido Celso a levantarla y llevarla a la sala, allí la depositaron sobre la alfombra y el esposo la cubrió con un cobertor, la piel de Jacinta ardía *como una te*a.

—No la cubras mucho, Celso, el calor no ayuda a bajarle la fiebre. Ahora le preparo un caldo caliente, esperemos que así reaccione y despierte de este desmayo, después la llevaremos al jergón de la alcoba de atrás. Está enferma, mañana damos aviso al galeno para que se acerque y la examine, ¿te parece Celso?

Don Celso permanecía bajo los efectos de una impresión grande. Traumatizado por el inesperado regreso de Jacinta no le salían las palabras, tampoco podía pensar, por su cabeza no rondaba ni una sola idea. Se había quedado en blanco convertido en una estatua de piedra sin sangre en las venas.

—¡Cáspita! ¡Celso, reacciona! —le conminó Teresa, sacándolo de aquel estado lamentable.

—¡Sí, sí! Lo que tú digas —respondió con un hilo de voz.

Esa noche en casa de don Celso, ni Teresa ni el secretario del Ayuntamiento de Comillas durmieron. Permanecieron al lado de Jacinta que febrilmente deliraba en un agitado sueño.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Bien sabe Dios que no lo sé, Celso.

Para el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz, se esperaba a los invitados en la casona de los Mendoza. Todo se estaba organizando para recibir a los dos caballeros llegados de Cuba, dueños de la naviera más importante del Caribe. Venían para firmar el primer acuerdo que vinculaba a la familia Mendoza con el comercio de ultramar. La fecha era relevante, nada era más

importante para Mateo que esta firma. Años llevaba esforzándose por abrir camino a la producción de sus fábricas hacía las colonias y sus sueños se hacían realidad.

Era cierto que su primo Anselmo se encargó de las cláusulas y los formalismos del contrato, pero el proyecto siempre fue suyo, tuvo esa idea alojada en su cabeza durante mucho tiempo, hasta el día que llegó una carta proveniente de Cuba de La Compañía Fluvial Santiaguera. En dicha misiva, un tal Emilio Abarcuza y su socio les ofrecían sus naves, y la posibilidad de exportar la mercancía de su propiedad para venderla en las islas de Las Antillas, concretamente, necesitaban harina de La Milagrosa y el hierro de la fundición que poseían en Bilbao, la red ferroviaria de Cuba que uniría a Santiago con la Habana ya estaba en marcha y necesitaban hierro para construir las vías.

Desde ese instante, Anselmo se apoderó de la negociación, del papeleo, de escribir la correspondencia, hasta de solventar la fecha de la firma de tan importante contrato. No escatimó horas de trabajo, ni esfuerzos y menos aún entusiasmo, sabía que era una gran oportunidad para su tía Pina, y Anselmo se propuso, sudando la camisa, tenerlo todo a punto y al gusto de los jóvenes indianos. Sin embargo, Mateo se limitó a dar órdenes inoportunas y zanjar, a su conveniencia, algunos asuntillos cuando ya estaba todo el grueso del trabajo perfilado. Después, le presentó el proyecto a su madre como una obra organizada y realizada por él. Aunque, a esas alturas, la señora ya sabía cómo se las gastaba su único hijo y no creyó ni una de las lisonjas que él mismo se lanzó.

Doña Pina era una tragedia del tiempo, había envejecido más que el resto de sus congéneres, aunque envejecer no era la palabra que la definía. Se había marchitado del todo y arrastraba sus arrugas, su piel seca y pálida por la casona; el tiempo había hecho estragos en su rostro. Además, sus pasos eran cada vez más inseguros, le costaba un esfuerzo sobrehumano levantarse y sentarse y el otoño ya estaba en Comillas con sus atardeceres cortos y esa humedad persistente que le calaba hasta los huesos.

En la parte alta de la casa, sus habitantes permanecían fosilizados, sin una brizna de ilusión. Se habían vuelto enemigos del mundo, con sus rostros macilentos parecían pudrirse en sus propias vidas, tal era el caso de Catalina que, tras el funesto día de su boda con Mateo se convirtió en una mujer sin corazón. Parecía una muñeca rota, una vieja sin tener aún los treinta.

—Eres una mujer triste —le dijo un día Mateo cuando percibió su mirada vacía.

—¡Ya lo creo!, amado esposo, ¡por tu culpa! —respondió sin mirarle.

Catalina pensaba que su suegra estaba medio loca, le atribuía rencorosamente su suerte; estar atrapada en una muerte en vida. Se había casado con un pobre diablo envalentonado por el peso social de sus apellidos pero que poco arresto poseía. Se pasaba el día bebiendo, en burdeles sufragando placeres soeces y sórdidos alivios; degradándose sin redención. Doña Pina amparaba a su hijo, miraba hacia otro lado. Detrás de esa autoridad casi profesional de la viuda de Mendoza, no había encontrado Catalina mimbres, fuertes convicciones espirituales y morales, más bien, su suegra se dejaba llevar por una sarta de normas sociales y religiosas aprendidas de memoria.

El espanto que sufrió cuando comprendió el afecto de doña Pina por el hijo de su doncella, aclararon sus dudas más temibles, pero su razón le indicó lo más decente, pasó un tupido velo por encima de aquella realidad que se le emponzoñó en el corazón. Pero tenía escondidas demasiadas inmundicias y notaba que el fracaso final estaba acechando, su alma y su cuerpo se lo gritaban, su sacrificio no era suficiente, se dedicaba a sobrevivir en aquella casa donde se sentía muy infeliz. Algún día pondría las cosas en su lugar, deseaba estar viva y este anhelo de vivir poco a poco le iba insuflando valentía; solo las estupideces, las malditas obligaciones y ese sometimiento enfermizo que la transformaba en una mujer mansa y callada le impedían el naufragio con un sacrificio final. Soñaba con sexo y muerte. En sus pesadillas, acuchillaba a su esposo con una daga después de que hicieran frenéticamente el amor, ese amor degradado y sucio que tanto le gustaba a Mateo y que a ella se le colaba en sueños cuando no era dueña de su cuerpo. Entonces vibraba con un placer explosivo, la dejaba en libertad para sentir sin trabas con esta otra pasión que en su mundo consciente nunca vislumbró.

En la vetusta cocina y en los cuartuchos de los criados se notaba la huella del tiempo; las ennegrecidas paredes y las puertas medio derruidas componían un lugar difícil para vivir. Sin embargo, la alegría inundaba aquel espacio estropeado, totalmente devastado.

Lucas había crecido, era un hermoso niño de siete años, pillastrón, vivaracho y algo tozudo que contagiaba con sus risas a los habitantes de la parte baja de la casona de los Mendoza. También a doña Pina le hacía sonreír y la hora de los rezos con el niño no la perdía por muy indispuesta que estuviera, antes faltaba a sus obligaciones en la parroquia, a las misas, al rosario con las beatas, pero su cita con Lucas para ella era sagrada. La cocinera sabía el amor que le suscitaba el chiquillo a su señora, por eso, antes del almuerzo, cuando Lucas llegaba de la escuela, Juana ya tenía dispuesta la jofaina y el taco de jabón verde para que el zagalín se lavara la cara, las manos y las rodillas y subiera con los rizos estirados, tras pasarle una y otra vez el peine chorreando de agua por la cabeza para domar su rebelde cabellera.

—Estate quieto, Lucas, que ya termino de peinarte —le decía Juana al niño mientras desenredaba sus cabellos.

—Juana, acaba ya que me canso —le contestaba el niño mientras se agachaba dispuesto a descubrir lo que había debajo de las faldas de la mujer.

—¡Diablo de chiquillo!, ¡quita las manos de mis enaguas, sinvergonzón!

Lucas desconocía el parentesco que lo unía con la señora, pero percibía ese calor, ese amor sincero que transpiraba la anciana por todos sus poros cuando se sentaba a su lado y sus ojos se dulcificaban; esos ojos cada vez más pequeños y arrugados que a Lucas se le antojaban encantadores.

Pero el zagal donde gozaba era en la cocina entre pucheros, con el olor a comida, jugando con los aperos de la limpieza, escuchando los improperios que constantemente soltaba Francisca por su boca, y que Lena procuraba que su hijo no escuchara tapándole los oídos. El niño, pese al leve rechazo de su madre, era dichoso entre la gente del servicio, entre aquellas personas que componían la parte baja de la casona de los Mendoza.

Subir la escalera que separaba los dos mundos se había convertido en un infierno para Lucas. Entre aquellas soberbias estancias, el chiquillo notaba percepciones oscuras y siniestras, ni un ápice de felicidad. Catalina ya se encargaba de demostrárselo cada vez que cruzaban sus miradas, el desafío que captaba en las pupilas de esa ilustre señora lo distinguía claro, aunque no sabía explicarlo, por eso enmudecía, no decía nada ni a su madre ni a Juana cuando descendía de la parte alta y ellas le preguntaban,

interesadas, cómo había pasado el rato junto a las distinguidas damas de la mansión. Él únicamente se limitaba a decir:

—Bien, madre, no se preocupe, doña Pina es muy buena.

—¡Ángel de mi alma! ¡Qué callado te quedas cuando quieres! ¡Anda!, explícanos qué has rezado con la señora, con quién has estado, en fin, todo lo que ha sucedido arriba... —Insistía Juana con su cantinela, conociendo los pensamientos de doña Catalina.

A lo largo de los años, la buena sintonía que surgió entre el ama y la criada se había acrecentado. Lena sabía lo bueno que escondía en su corazón la señora. Desde que llegó a la casona de los Mendoza, intuyó las angustias dolorosas de su alma, esa agonía que vivía perpetuamente. Aunque se empeñara en sonreír y disfrazar de formas pueriles sus acciones, la muchacha conocía su lucha por vencer, por disimular esa tristeza que la embargaba.

Mateo andaba en la conquista de una actriz, famosa por sus funciones algo subiditas de tono, de la cual quedó embelesado por el descaro que mostraba la joven corista subida al escenario y por sus hermosas carnes blancas. Lena llevaba un tiempo sin ser sometida, aunque algún inoportuno pellizco en el pecho y también algún apretón en las nalgas había soportado cuando Mateo llegaba tambaleante, borracho y muerto de sueño los días que se dignaba en recalar por la casona. Esta tregua, le otorgaba cierta paz. Acostumbrada a vivir en la lucha sin cuartel que emprendió con ella, la tranquilidad que disfrutaba desde que bebía los vientos por la corista le proporcionaba cierto alivio interno.

Una mañana de septiembre, previa a la visita de los dos caballeros de Cuba, mientras arreglaba la alcoba de su ama, doña Pina entró en la estancia con cierto pesar, en su rostro llevaba dibujada una dolorosa mueca que su doncella advirtió en el mismo segundo que clavó sus ojos en ella. Lena al observar ese padecimiento en la faz de su ama le preguntó:

—¿Le ocurre algo, señora?

La doña bajó la guardia y, vulnerable, le dio las claves de su pena.

—Sabes, Magdalena, una vez fui inmensamente dichosa... estaba tan enamorada que la felicidad me entraba a borbotones por todos los poros de mi piel.

—Siempre lo he creído así, señora. En vida de don Marcelino, que en paz descanse, sería usted feliz... Lástima de su pérdida, para usted sería terrible.

Doña Pina mantuvo su postura inmóvil con las pupilas puestas en el infinito, debatiéndose entre hablar o callar para siempre.

—No, Magdalena, no fue mi esposo el hombre al que amé tanto. A Marcelino jamás le quise...

La doncella estaba dándole la espalda a su señora, se afanaba en dejar la colcha del lecho perfecta, sin arrugas que estropease la armonía de la alcoba. Al escuchar la revelación de doña Pina, los ojos de la muchacha se abrieron exageradamente, el desconcierto que sintió por las palabras de su ama la dejó petrificada. No se atrevía a darse la vuelta para enfrentar su mirada, pero lo hizo, y encontró a una mujer abatida, temblando de emoción, sumergida en unos pensamientos cuyos recuerdos le producían un excesivo dolor... Lena advirtió que su ama se iba a desvanecer, se acercó para sujetarle el brazo y lentamente fueron avanzando hacia la butaca, le acercó el vaso de agua que siempre permanecía en su mesilla y la señora bebió despacio en un intento de tragar nuevamente su pesar.

—Ama, serénese, beba y espere un poco a ver si se le pasa este vahído.

La mujer la miró con unos ojos tristes, tan tristes que contagió a su doncella.

—Sabes lo que es vivir sin poder llorar, sin poder gritar, sin superar el duelo del abandono, del amor perdido. Esa ha sido mi vida... un puro disimulo.

A Magdalena se le inundaron los ojos, sabía bien todas las emociones que le describía el ama, con la salvedad de que ella nunca sintió ese amor. O quizás sí... aquel muchacho al que besó y poco después partió hacia Cuba.

—Me dijo que era un hombre de Dios, que marchaba al Seminario y que lo nuestro no podía ser, —continuó doña Pina en su delirio—. ¿Se puede ser más infame? Él, con ese porte apuesto y gallardo, con esa encantadora mirada azul, con ese ensortijado pelo negro como el azabache, me abandonó... Ese caballero alto y guapo, arrebatadoramente simpático me partió el corazón en mil añicos. Aún recuerdo sus risas, los requiebros que diariamente me dedicaba, sus caricias y sus besos... aquellos besos largos, dulces y apasionados. Ignacio me engatusó vilmente y como una mariposa desorientada caí en sus redes. Perdida de amor, me entregué a él una y otra vez en la casita del jardín de mis padres. Así pasamos muchos meses, retozando en cada rincón de aquellas cuatro

paredes. Inesperadamente, una tarde de marzo me dijo que se iba, que Dios le había llamado por el camino del sacerdocio y, sin vacilar un solo instante, se fue de mi lado al monasterio de San Damián, dejándome desolada… con el corazón roto.

Doña Pina, presa de sus recuerdos, permaneció rígida durante unos segundos, había desaparecido la expresión de su rostro, aunque alzó la mirada y clavó sus ojos en su doncella.

—Durante un tiempo perdí los cinco sentidos, la cordura. Una noche me fui a la playa, deseaba quedarme en el fondo de los mares, allá donde la luz no llega nunca y descansar para siempre. Sola y en silencio comencé a rezar y las densas tinieblas por donde deambulaba se disiparon, se perdió en la inexorable y escondida corriente de las cosas. Volví a mi cuarto y me acosté con el firme propósito de no desmoronarme y de no derramar ni una sola lágrima más. En este tiempo apareció Marcelino dispuesto a casarse conmigo, y lo hicimos. Pero nunca olvidé a Ignacio, como un parásito se adhirió a mi alma y, poco a poco, consumió mi vida.

Magdalena se quedó atrapada entre las palabras de doña Pina: "ese ensortijado pelo negro como el azabache". "¡Virgen Santa! ¿Quién era el padre de Mateo?", se preguntó cuando fue consciente de la fingida vida de su ama.

—¿Te das cuenta ahora Magdalena de mi desdicha?

Lena solo pudo afirmar con la cabeza, le aturdía saber tanto de la doña.

—Pues... ayer me enteré que había muerto en las Indias, alejado de sus seres queridos y rodeado de salvajes...

—Lo siento, señora, que Dios lo tenga en su Gloria.

—¡Ignacio, Ignacio...! —doña Pina sollozó enterrando su rostro entre sus manos y gritando su nombre.

Aquella mañana, Magdalena salió de los aposentos despacio, casi levitaba para no molestar a su ama. Dejó a la señora en un mar de llantos cuando abandonó la alcoba. Confundida, caminaba hacia su cuartucho intentando asimilar y comprender tantas cosas, entre ellas, una se quedó grabada en su cerebro. Se cuestionaba, mientras abría la puerta de su cuchitril, el verdadero origen de ese afecto que sentía doña Pina por Lucas.

Aunque agosto estaba en su recta final, no se presagiaba el otoño. Un calor impetuoso asolaba aquel pedazo de tierra. El levante

llenaba de ráfagas de aire tibio la explanada del muelle, y provocaba esa falta de humedad y esa exagerada temperatura en el ambiente.

Después de días arduos de tormentas que habían asolado la cubierta del "Reina de los Ángeles", y de abundantes vientos de toda índole que habían soplado haciendo tambalear la estructura de la nave, pisar tierra firme les produjo una gran liberación, una incipiente felicidad, una alegría por volver al mismo lugar de donde habían zarpado para Cuba.

Sin embargo, a medida que pisaban el suelo del muelle y se adentraban en la urbe, un turbador cosquilleo, largo y nostálgico se fue instalando en las entrañas de los dos jóvenes, aunque los dos disimularon esa extraña agitación.

Apenas acomodaron el equipaje en el calesín, se encaminaron a un edificio ubicado en la calle más ancha de la ciudad, donde se había trasladado la burguesía ávida de concentrarse en la arteria principal de la capital. Se quedaron en la casa de los 5 Gremios, cuya imponente fachada brillaba con blanco resplandor y un balcón estrecho, apoyado sobre cuatro cabezas de león reproducidos en dimensiones reales, recorría la portada de lado a lado. Allí permanecerían los jóvenes indianos alojados el tiempo justo para coger, a la mañana siguiente, la diligencia que los llevaría hasta Madrid.

En las alcobas donde intentaban descansar Antonio y Emilio no se podía dormir, no entraba por el balcón abierto de par en par ni un leve soplo que moviera algo de aire para refrescar aquellos espacios. El levante que azuzaba a la ciudad cuando llegaron, se había aplacado, dando paso a una calima pegajosa e insoportable Decidieron levantarse de la cama para caminar un poco buscando la brisa del mar.

Cádiz, ciudad milenaria, entusiasmó al comillano y al vasco. Había en ella algo distinto; quizá su historia, quizá su gente, quizá su personalidad, quizás el alma que poseía o esa idiosincrasia que la hacía única... Hablando de estas y otras percepciones que les suscitaba Cádiz, recorrían despacio el salón Cristina frente a la bahía. Esta preciosa edificación de estilo barroco estaba recientemente reconstruida. Entre su balaustrada y columnas salomónicas corría una leve brisa que agradecieron y se sentaron en un banco para disfrutarla; la noche sería larga soportando ese boch*orno cargante que ta*nto les hacía sudar. También se acercaron

al Oratorio de San Felipe Neri, especialmente para observar la placa conmemorativa de la mítica Constitución del 19 de marzo de 1812. Allí se promulgó la primera Constitución española de corte liberal y allí quedaron los dos mirando la belleza de la basílica que abrigó tal acontecimiento...

A la luz de las estrellas y con el primer aliento de la brisa marina, caminaban parejo y no muy firmes de piernas; el balanceo del *Reina de los Ángeles* aún estaba presente. A eso de la una de la madrugada, después de recorrer y descubrir distintos lugares de la ciudad, decidieron volver a sus habitaciones. Por el camino comentaban el calendario tan apretado que tendrían que cumplir en el tiempo que pensaban quedarse en España; escasamente un mes y medio. Pero lo primero era llegar hasta Comillas, una vez firmados los contratos con la familia Mendoza para exportar la harina y el hierro de sus fábricas, marcharían otra vez a la Villa y Corte de Madrid, habían concertado una reunión con un alto cargo del General Baldomero Espartero, regente de la futura reina Isabel II, para llegar a un acuerdo antes de que derrocasen su inestable gobierno; un tratado que les permitiera hacerse con gran parte del control marítimo entre España y las Indias.

Se acostaron tarde y poco durmieron, a las ocho en punto partirían hacia Madrid. En el Campo del Sur, justo detrás de la fachada principal de la catedral, cogerían la diligencia.

Cuando bajaron de la calesa que los acercó al punto de partida, comprobaron que, en el carruaje contratado para llevarlos a la capital de España, viajarían con dieciséis pasajeros más. Con cierto oficio, tanto el jefe que guiaba la diligencia como su mozo, se afanaban en organizar los equipajes de los pasajeros en los altos de la diligencia, en los bajos y en los laterales. Después, los cubrieron con lonas y los afianzaron con cuerdas. Subieron Antonio y Emilio al carruaje y se acomodaron en sus asientos con la misma zozobra que sintieron cuando descendieron del *Reina de los Ángeles* y comenzaron a transitar por el muelle de Cádiz.

A esa hora, ya estaban abiertas las puertas de la ciudad que dividía a la capital en dos; el casco antiguo y extramuros. Nada más cruzarlas, se encontraron con unos fosos pegados a la muralla, donde se cultivaban hortalizas y pacían algunos animales de crianza.

Siguiendo el trote acompasado y lento de los caballos, dejaron atrás el barrio de San José y el cementerio para enfilar por

Cortadura hacia la Villa de la Real Isla de León, aunque todos los viajeros la conocían, coloquialmente, como La Isla.

18

Comillas, 14 de septiembre de 1841

Erguida y con el rostro serio se encontraba la doncella delante de la puerta que bajaba a la cocina, estaba hermosísima ataviada con el uniforme de gala. La cofia, sobre sus cabellos rubios, la coronaba como a una reina.

Mateo había percibido el ligero entusiasmo que reflejaron los ojos de Antonio cuando descubrió a Lena. Sintió un ramalazo de rabia que al poco tiempo se convirtió en ira, en una furia incontenible que se instaló en sus entrañas y lo arrastraban a morbosas corrientes ocultas. Asimismo, le resultaron insoportables las miradas disimuladas que Lena le dirigía al intruso, y el rubor que encendía sus mejillas cada vez que se acercaba a la mesa con manos temblorosas; esa fue la gota que rebosó el vaso.

Para calmar esa zozobra irrefrenable, ingirió sin parar las bebidas que acompañaban a los diversos platos preparados por Juana. Tuvieron que extraer tres botellas más de la bodega para reponer el vino restrictivamente vertido en la copa de Mateo. Mientras tragaba el buen caldo rojo, pensó que él era mejor, se consideraba un hombre educado con título y dinero muy superior al buscavidas que se había colado en su casa enseñando su fortuna, su naviera y esas ilusorias ideas de hacerse con el comercio marítimo en las colonias. “¡Por todos los diablos!”, se dijo. Si hubiera sabido

que el maldito indiano llegado de Cuba era el majadero que dejó a Lena suspirando por él, no hubiera dado su beneplácito a este negocio y, aún menos, ese muerto de hambre estaría cenando en su casa.

El caballero que acompañaba al tal Antonio, se había presentado como Emilio Abarruza, su socio. Parecía hombre instruido, avispado, de trato agradable, con buena prestancia, era fino y estilizado y los atuendos con los que se ataviaban, los dos, eran de exquisito corte. Ambos parecían ricos, conocían el negocio que iban a emprender y trabajaban en equipo.

Cuando hablaban, explicaban con meridiana claridad las ideas primordiales para comenzar el negocio. Tenían repartidas sus actividades en la naviera y participaban en orden, sin pisar uno las palabras del otro. El comillano esperaba sonriendo la conclusión del discurso del socio para comenzar él a departir. Mateo advirtió, con cierta desconfianza, que las explicaciones, los papeles y los discursos se hallaban milimétricamente programados; las palabras, las pausas, el tono de voz y el tiempo de exposición también estaban medidos. Parecían dos relojes sincronizados, perfectamente ajustados, fruto de un trabajo previo, minucioso y organizado.

Al primo Anselmo le pareció que los dos jóvenes indianos eran de total confianza, venían con los documentos listos, dispuestos únicamente para las firmas. Él también se había afanado en tener las licencias y permisos de carga resueltos, para no perder tiempo y proceder a la rúbrica del contrato. La seriedad de los dos exportadores, llegados del Caribe, la consideró Anselmo convincente y un buen augurio para el acuerdo que iban a sellar aquella misma noche. Solo un mal gesto de Mateo le hizo dudar, no entendía su forma de beber, su talante estirado y chulesco ante aquellos caballeros tan joviales y agradables de trato.

Doña Pina deambulaba por unos momentos verdaderamente espantosos, se sentía asediada por tinieblas que aparecían por todas partes, para ella era horrible existir sin tener vida. Desde que recibió la noticia de la muerte de su gran amor le aterraban las noches, no podía dormir. La luz del día le traía cierta calma y obtenía fuerzas para disimular su convulsión. Solo Lena conocía su calvario cuando captaba una furtiva mirada, unos ojos terriblemente vacíos que indicaban su falta de energía. El silencioso duelo por el que peregrinaba la señora le había dejado huella en su cara de tormento, y la palidez y sus arrugas eran cada vez más

perceptibles.

En el mejor taller de costura de Cantabria encargó Catalina el soberbio vestido de organdí dorado que le dejaba sus hombros al descubierto. La había peinado Francisca con unos bucles recogidos a ambos lados de su cabeza que trenzaba con unos lazos de seda, además, eligió para la ocasión el collar de esmeraldas y oro que le colgaba sobre el finísimo cuello. Esa noche, Catalina resplandecía con una inesperada luz que nadie vislumbró. Mateo estaba revuelto con la criadita y no captó la leve iridiscencia que se produjo en los ojos de su esposa cuando vio entrar a Emilio por la estancia. “No es posible”, pensó la dama cuando él se quedó delante de ella cogiendo su mano para besarla durante la presentación y mirándola con esos ojos negros y oscuros, el rostro un poco encendido y el pelo levemente revuelto. A la luz de las velas, le pareció hermoso, el caballero más atractivo de todos cuanto conocía.

Él era un sujeto encantador que la cautivaba a cada palabra que decía, esa sonrisa siempre en sus labios era dulce, deseable y, a medida que pasaba la velada, la sangre se le revolvía con una intensa necesidad de estrecharlo y poseerlo, de conocerlo más y de sentirlo dentro de sus entrañas, en lo más ardiente de su ser.

Tenía que hacer grandes esfuerzos en disimular esa repentina necesidad, esa atracción que sentía por Emilio, por eso procuró mostrar indiferencia, cambió hasta el modo de comer, lo hizo más lento para dominar la ansiedad que crecía dentro de su estómago. Ya buscaría la forma para verle a solas, seguramente le escribiría una nota y la enviaría a su hospedaje e incluso podría acercarse, sin llamar la atención, hasta la posada El Águila. Si le enviaba una nota, le pondría el lugar y la hora adecuada para el encuentro, no se negaría esta oportunidad. Por fin tenía al alcance de su mano esa dicha por la que suspiraba, por la que había hecho una larga travesía al lado de Mateo; esta era su gran ocasión y la merecía. Después del calvario vivido los últimos años de su vida, el mundo exterior no existía, le importaba poco ser infiel a ese ser depravado, que la lastimaba con la mayor de las humillaciones; revolcándose con rameras de la peor calaña.

Con estas ideas alojadas en su cabeza, su espíritu se encaramó, su alma dejó de llorar, una incipiente ilusión devolvió el color a sus mejillas y un suave brillo a sus pupilas. Aquella noche Catalina se tornó bella. Aunque estaba escuálida, casi en los huesos, la beldad de antaño se asomó por su débil anatomía, pero nadie percibió ese

cambio, ni siquiera Emilio que permanecía absorto, dilucidando las claves para averiguar qué demonios pasaba en aquel comedor.

Para el vasco aquella noche era exclusivamente de negocios, sin embargo, desde el mismo instante que se sentó a la mesa, advirtió una tensión intangible que intentó descifrar, pensó que lo mejor era estar callado hasta que el anfitrión de la casa comenzase una conversación y, a medida que pasara la noche, averiguaría la causa por la que Antonio se encontraba excesivamente turbado, también quería saber por qué el dueño de la casa bebía desmesuradamente del vino de todos, sin reparar que solo él lo ingería y, por último, pretendía conocer el motivo por el cual la señora parecía estar entre dos mundos: el de los vivos y el de los muertos. Únicamente Anselmo y la esposa de Mateo mantenían una actitud calmada, especialmente Catalina, que resultó ser una mujer solícita y natural.

—Cati, llámeme Cati, así me nombran mis amigos —le dijo ella en el oído.

—Señora, sería incapaz de llamarla Cati —le dijo distraído pensando en lo distorsionado que estaba aquello.

—Por favor, insisto, somos jóvenes y usted es de los nuestros, un caballero —insistió Catalina.

—Como quiera Cati, a sus pies —le contestó por decir algo.

—Vendrán otro día a merendar, ¿no, señor Abarruza?

—Desgraciadamente nos queda poco tiempo en Comillas y no sé si podremos repetir la visita, pero si encontramos un hueco, por supuesto que aceptamos la invitación —contestó Emilio, con la cortesía que requería el momento.

La dama lanzó la pregunta con dos intenciones. La primera para volver a estar con él. Y la segunda, para tener tiempo suficiente que le permitiera intimar y poder llamarle por su nombre: Emilio. Pero el vasco no se daba cuenta del remolineo de la joven señora de Mendoza y todavía menos de su intención amorosa, estaba concentrado en aquel enrarecido ambiente, debía hacer algo si no quería que la noche concluyera aciaga y, disculpándose con Catalina, se dio la vuelta dándole la espalada y comenzó a comentar con Anselmo varios aspectos del negocio que los había llevado hasta la casona, no quería perder la oportunidad de sacar adelante el plan y acertó cuando se dirigió a Anselmo para hablar y otorgarle sentido práctico a la inmejorable cena que estaban disfrutando. Antonio, hombre perspicaz, reaccionó y juntos pudieron explicar, con todo lujo de detalles, la magnífica transacción económica que

iban a realizar.

También, le llamó la atención al vasco el temblor de manos de una de las criadas. La muchacha se acercaba a la mesa presa de un pánico exagerado, reparó en sus ojos claros a punto de llanto y en su abundante pelo dorado recogido en un voluminoso moño.

Aquello era un acertijo, un misterio que Antonio tenía que aclararle nada más salieran de la casona de los Mendoza tras la firma del contrato.

Antonio permanecía con la cabeza en el pasado, verla otra vez de criada en la casa donde iba a firmar la mejor transacción de su vida, lo había dejado sin respuesta. ¿Cómo se llamaba la muchacha? Se le había olvidado su nombre, de pronto se acordó: ¡Lena!, ¡Lenita!, así se llamaba. Jonás Villar era su padre... Con una especie de asombro y rubor comenzó a observarla y recordó por qué se enamoró de ella, era una mujer preciosa, dulce, con unos ojos grandes, cristalinos, azules como el cielo y un pelo rubio largo que le llegaba hasta la cintura. Rememoró la vez que la besó en la tapia del cementerio. ¿Cuántos años habían pasado? Por lo menos diez, se dijo. Parecían más. ¿Cuántas cosas habían sucedido desde entonces? Demasiadas, tantas que fueron tapando lánguidamente esos recuerdos tan hermosos que conservaba de aquella bella mujer que servía la mesa con los dedos inseguros. ¿Cuándo fue la última vez que se acordó de ella?, hacía poco había imaginado fugazmente su cara, esa cara ovalada con pómulos redondos y labios carnosos. Con esta imagen de Lena en su cabeza le llegó otra: Elvira sentada junto a él en la calesa.

El comillano, emocionado por sus evocaciones, miró al frente y se encontró con los ojos del dueño de la casona mirándole con cierta descompostura, giró el cuello hacia su amigo y descubrió al vasco con la expresión grave intentando llevar la conversación de la reunión y entendió su descuido, su falta de tacto, se había abandonado a la nostalgia en el peor momento. Controló inmediatamente sus emociones y se sumergió en la perorata que tocaba en ese momento.

—¡Pero, qué estás haciendo, Lena! —le preguntó Francisca preocupada cuando bajaron a la cocina por el segundo plato—. ¡Parece que hayas perdido el oremus, muchacha! ¡Qué forma de temblar! —le recriminó la criada.

—Hija mía, ¿te encuentras bien? —le dijo Juana preocupada contemplando la palidez de su rostro.

Lena estaba bloqueada, no podía respirar, se asfixiaba en su propio miedo; la mirada de Mateo la mantenía atemorizada y el desasosiego que sentía era antiguo, perverso. Una aprensión honda y profunda se deslizaba por su alma y la encadenaba a los peores presagios. Conocía a su ultrajador, sabía de sus celos, recordó cuando echó de la casona al jardinero por un comentario de Francisca. ¿Por qué la había mirado así ese caballero? Parecía un hombre serio, pero no cesó de observarla y esa persistencia había desencadenado la furia de Mateo... De pronto, Lena se percató de los expectantes ojos de Juana y Francisca esperando una respuesta.

—¡Oh, sí! No os preocupéis, estoy bien, quizás un poco nerviosa por la ocasión, parece que es la primera vez que sirvo la mesa ¿verdad? —les contestó sonriendo para tranquilizarlas.

—No Lena, no te molestes en mentirnos, porque tú tienes algo, ¿o es que crees que somos lerdas?

Jesusa apareció por la cocina diciendo que la señora estaba nerviosa porque no subían los segundos platos.

—¡Otra que está más rara que un perro verde! ¡Tiene la mollera perdida! —espetó Francisca.

—Un poco más de respeto a la señora, Francisca. Las rarezas de doña Pina no son de nuestra incumbencia —regañó Juana a Francisca y le señaló las fuentes repletas de exquisiteces para subirlas.

—Qué pinta tienen las codornices escabechadas, Juana, espero que hayas dejado un bocado para nosotras —dijo entusiasmada Francisca acercando la fuente a su nariz.

—¡Y huelen todavía mejor! ¡Eres oro molido!

—Cenaremos cuando los señores acaben y veamos lo que les ha sobrado —advirtió Juana—. Pero no desesperes, muchacha, que esta noche no comeremos gachas, hay mucha pitanza.

—¡Qué Dios lo quiera!, porque tengo más hambre que Carracuca... ¡Venga Lena, coge otra fuente y vamos para arriba! —le dijo Francisca a su compañera.

—Qué remedio...

Después de la firma en el despacho de doña Pina, tomaron los licores y brindaron por el acuerdo alcanzado por ambas partes. Mientras los señores sellaban su acuerdo charlando y ofreciendo con ardiente y excepcional entusiasmo una nueva visión del mundo, en

la cocina se afanaban por recoger la loza, dejar los cubiertos brillantes y las ensaladeras en su lugar, tenían hambre y las sobras eran abundantes.

A eso de las once, los Mendoza comenzaron a despedir a los dos invitados en la puerta de la casona, mientras iban charlando, bajaron hasta la verja del jardín y desde allí les dijeron adiós a los jóvenes indianos con las manos alzadas. Mateo no salió a despedir a los charlatanes, hacía tiempo que no conversaba, se encontraba ebrio y resentido, había bebido tanto que cuando cerraron las puertas estaba ciego de sueño y de ira. Se dirigió al salón aguijoneado por la necesidad de seguir bebiendo y llenó otra vez la copa de orujo. Casi gritando, mandó a Anselmo a su casa. Después, dirigió su displicencia hacia su madre y esposa enviándolas a sus aposentos cuando ambas le reprocharon la falta de cortesía que había manifestado hacia los invitados y su insolencia por la cantidad de alcohol que ya había ingerido durante toda la noche.

—¡Marchaos de aquí, y dejadme en paz, sois dos cotorras! —gritó Mateo con la voz distorsionada.

Impulsado por tales perturbaciones que devoraban su ánimo, se levantó de la butaca y llenó nuevamente la copa que de una sola vez la tragó. Tambaleándose, bajó las escaleras que lo trasladaba a la parte deslucida de la casa. Las desportilladas paredes quedaron ante su vista, deambuló como un depredador por la cocina rumiando la venganza, su obsesión enfermiza por la sierva y su delirio. Se encaminó por el pequeño pasillo donde se ubicaban los cuartuchos de los criados, abrió de una sola patada la puerta del dormitorio de Lena y Francisca, en el que también dormía el niño entre los dos camastros, se acercó a la muchacha, la sacó de la cama arrastrándola de los pelos y a empujones atravesaron el patio enlosado y los corrales hasta que llegaron a la cochera. Por el camino la insultaba, le propinaba puñetazos y Lena suplicaba, lloraba, le gritaba por lo más sagrado que la dejase, que no le hiciera más daño, pedía auxilio, chillaba llamando a Francisca y a Juana que permanecían desconcertadas, quietas y con los ojos anegados, pero no hubo un alma que se atreviera a detener a Mateo, aunque el escándalo retumbara en los oídos de los sirvientes para atormentarlos.

La subió en una calesa vieja, allí le arrancó el camisón, la dejó desnuda, él se bajó el pantalón y con una violencia desmedida la penetró con tal arranque que la membrana que se extiende desde la

vulva hasta la matriz quedó totalmente desgarrada. Lena sintió la sangre resbalar por sus muslos, también sintió cómo se abrían las heridas por las dentelladas de Mateo sobre sus pechos, el cuello, los brazos, el vientre y los golpes que le daba compulsivamente en su rostro cada vez que recordaba las miradas del comillano.

Juana, presa de un terror primitivo, cogió a Lucas y lo encerró en su cuarto tapándole los oídos en un intento de evitar más sufrimientos, sin embargo, el niño se dio cuenta de la tragedia de su madre e intentó zafarse de los brazos de Juana para ir a salvarla de los propósitos de aquella bestia. Se revolvió con tal fuerza que logró librarse de la férrea sujeción de Juana para protegerlo, y embravecido salió hacia el patio esquivando otros brazos que intentaban detenerlo; nadie lo pudo frenar. Guiado por los gritos, iba buscando el lugar donde la había llevado aquel desalmado. Llegó a la cochera y pudo contemplar el final de la violación. Divisó a su madre desmayada a merced de la violencia de su profanador. Su ingenuidad, su candidez y su alegría se esfumaron para siempre, aquel instante supondría el límite, el fin de una etapa en la que fue inmensamente feliz. Algo nuevo se instaló en el corazón de Lucas, algo incontrolable, una inmundicia, unos inquietantes impulsos que lo inundaron y dejaron un poso amargo; comenzó a odiar.

—¡Me cago en diez, Antonio! Me has dejado en la estacada durante mucho tiempo en aquel extraño comedor. ¡Por Satanás que nunca te había visto tan despistado! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Emilio.

Antonio iba sentado en el carruaje al lado de su socio, pensando en el solar que había visto aquella misma tarde porque pretendía regalar a su madre una casa palaciega. Desde aquel hermoso lugar se dominaba la Plaza de los Tres Caños, la situación era magnífica y el dueño estaba dispuesto a vender a buen precio. La construiría con piedra de sillería bien labrada, con los balcones y ventanas recercados en piedra con fuertes rejas muy al gusto montañés. Aunque su doña ya vivía en una casa principal frente a la parroquia de San Cristóbal, cerca del Secretario del Consistorio, deseaba para ella un palacio, una vivienda a su altura...

Desde luego, había que pensar en esta adquisición, sopesar minuciosamente si era una buena compra y estar al tanto de su idoneidad para construir sobre su suelo la casa más señorial de Comillas, para ello tenía que contactar con el maestro de obras que

le habían recomendado...

—¡Antonio! —escuchó a lo lejos.

—Perdona, vasco, me decías...

—¡Diantre, ¿dónde estás?! Llevo un rato preguntándote por tu extraño comportamiento en la casona de los Mendoza. ¡Pero, hombre, espabila!

—No sé a qué te refieres... —dijo un poco despistado.

—¡Me cago en diez!, no eres ni tu sombra. Has estado obnubilado mucho tiempo antes de que comenzáramos a hablar de nuestros negocios con esa gente tan rara, parecía que hubieras visto algo o a alguien que te impresionó.

Antonio Recordó la nostalgia que sintió cuando descubrió a Lena. Aquella mujer bellísima que servía con los dedos temblorosos y había besado en la tapia del cementerio cuando aún eran unos zagales.

—¡Ah, sí! Perdona vasco, estoy ofuscado...

—Ni que decir tiene... ¿pués?

—He pasado por unos instantes intensamente nostálgicos, pero muy agradables... Me he reencontrado con una zagala que me ayudó, durante nuestra travesía por el Atlántico en el *Reina de los Ángeles*, a que mi corazón siguiera latiendo con cierta ilusión y que sintiera el deseo de volver a por ella. Yo le escribía a diario unas cartas interminables en las que le refería nuestras contingencias en el barco, también le decía cuánto la amaba y lo mucho que la añoraba... Me acuerdo que nunca envié aquellas largas misivas, el día que huimos del "Reina de los Ángeles" bajando por el casco con sogas, fue lo único que rescaté para llevarme de mis pocas pertenencias. Como pude las guardé entre mi ropaje y atadas al cuello, pero se mojaron al caer al mar quedando borrosas e ilegibles y, por un efecto extraño, su cara también se fue desdibujando en mi cerebro... Hoy, al verla de nuevo, he notado una sensación inesperada que ha conseguido abrumarme... ella era una chiquilla dulce, alegre, muy candorosa... y he comprobado que sigue siendo enormemente bonita...

Cuando dejó de hablar, mantenía una medio sonrisa en su boca y los ojos resplandecían con un brillo típico de soñadores, sin embargo, ese gesto era insólito en él, siempre se mostraba frío y serio; Antonio era un hombre que controlaba sus sentimientos.

—He reparado en esa sirvienta —comentó Emilio— diría que estaba atemorizada por algo y, especialmente, me ha llamado la

atención sus ojos; por su gesto compungido parecía que la muchacha estaba ahogándose en su propio llanto.

—Magdalena se llamaba, bueno, se llama, aunque todos la conocen en el pueblo como Lena. Era hija de un pescador muy apreciado por estos lados. Un hombre decente y trabajador que creo ha fallecido. Lena tenía una hermana a la que llevaba pocos años y muy parecida a ella, no me acuerdo de su nombre... En fin, desde que estoy en Comillas siento nostalgia, me gusta pasearme por sus calles, recordar mi infancia y ¿sabes?, tengo proyectos para este pueblo. Espero que algún día pueda hacer algo por él —dijo con los ojos de un sentimental.

—Bueno, cambiando de tema, ¿te quedas en tu casa o vienes a dar un paseo por los alrededores? —le preguntó Emilio aturdido por la extraña mirada del comillano.

—No, no, me quedo en casa, prefiero estar junto a los míos el poco tiempo que me queda en Comillas.

—De acuerdo, le diré al cochero que nos acerque a la plaza de la Iglesia y después daré un paseo en calesa, necesito relajarme un poco. Ese ambiente enrarecido que hemos respirado en la casona de los Mendoza me ha dejado un tanto alterado —le respondió.

—Emilio, ¿de veras estás bien en la posada? En casa de mi madre hay lugar para ti… Ya sabes que estaríamos encantados de que te quedaras con nosotros, al menos estas dos últimas noches.

—Sí, sí… Estoy bien. Gracias por vuestra generosidad, pero la posada de Campios es perfecta, está situada en un hermoso barrio. Y los posaderos son gente de bien, me cuidan magníficamente. No te preocupes por mí.

—Buenas noches, entonces..., mañana nos vemos. Desgraciadamente será el último día en mi pueblo —dijo apenado el comillano.

—Así es, las cosas buenas se acaban pronto, querido amigo. Buenas noches, Antonio.

El coche reemprendió la marcha y se adentró en el tortuoso corazón del pueblo, detrás de San Cristóbal se encontraba el mundo de hacía doscientos años, las retorcidas calles donde se alzaba el viejo ayuntamiento y la botica. Emilio advirtió que algunas tabernas permanecían a esas horas abiertas e iluminaban con la luz de sus candiles parte de la calzada por donde lentamente transitaba el carruaje, con ese andar lento desembocaron en las travesías que conducían al espacio abierto. Necesitaba oler el mar, el mismo mar

que bañaba las costas de su Vascongadas, después quería respirar el campo, ese efluvio de las plantas húmedas que entraba por su nariz y le reconfortaba el espíritu. Emilio no sentía la misma nostalgia que afligía al comillano por estar tan lejos de su patria, porque lo que más quería estaba en Cuba y su añoranza se dirigía hacia esas tierras. Notaba cierta zozobra, una punzada en el pecho cuando pensaba en Valentina, era mucho tiempo sin verla, sin saber de ella. ¿Cómo estaría? A su niña la llevaba muy dentro, la quería tanto que le dolía su ausencia, anhelaba abrazarla, estrecharla contra su pecho, acariciar sus manos y percibir ese calor único que su piel desprendía… Con este pesar en su corazón, pasaba por el cementerio y se encaminaba por una carretera poblada de árboles y jardines rebosantes de hortensias. Iba distraído pensando en su plantación de azúcar "La Santísima Trinidad", la había dejado en manos de un administrador, un hombre de confianza y José se encargaría de recalar por la hacienda semanalmente a supervisar la labor de los esclavos. También ocupaba un lugar en su larga lista de preocupaciones la salud de Marcela. ¿Cómo la encontraría? La dejó algo desmejorada... Entonces vio un bulto moverse, parecía una persona maltrecha, tambaleante, caminando con mucha dificultad. Aunque la noche estaba húmeda e impregnaba de vaho los cristales, pudo distinguir que era una mujer que a duras penas podía caminar. Inmediatamente dio orden al cochero para que detuviese el carruaje. Abrió la portezuela y sacó la cabeza para prestar auxilio a esa desdichada, le ofreció su carruaje para guarecerse del frío que a esas horas calaba hasta los huesos. Hubo un momento de duda, pero al fin subió y se encontró con unos ojos claros anegados, inmensamente tristes y un rictus desvariado en su faz. Como un animalillo apaleado se enroscó en el asiento frente a él, estaba con la mirada perdida, con el rostro inflamado lleno de arañazos alrededor de magulladuras oscuras y, en sus labios lacerados, se incrustaba la sangre coagulada ya reseca. Lo más tremendo fueron las pujantes sacudidas que hacían temblar todo su cuerpo, tanto, que a Emilio le espantó.

19

Comillas, una hora antes.

Algo definitivo ocurrió en la vida del niño. Era duro contemplar su imagen demolida cuando se acurrucó en la silla del pobre Lucifer, donde siempre se sentaba Lena. Su mirada estaba desgajada del contorno de sus ojos e impregnada de tenebrosos sentimientos, algo similar a la repugnancia. Parecía un animal enjaulado y sus emociones eran nuevas, pero muy voraces; su cólera y su ira las sentía encendidas, rebeldes dentro de él. Sin control se retorcía en su propio dolor, rumiaba una venganza, una reparación que aquietara su alma.

Francisca vertió en el barreño de madera un poco de agua caliente que hirvió en el fogón, después volcó agua fría de la tinaja para moderar la temperatura. Lucas oía llorar desde la habitación a su madre, también escuchaba los gemidos que se le escapaban cada vez que Juana le enjabonaba alguna parte de su cuerpo lesionado por las mordeduras, los empellones y golpes que le había dejado sobre su piel ese pedazo de animal al que le iba a quitar la vida. Él no era débil como el resto de los sirvientes; él iba a cumplir con su deber…

Comenzó a llorar. Fue al recordar la soledad de su madre, su indefensión, nadie salió a socorrerla, y esa imagen de ella desmayada sobre la vieja calesa se le clavaba como una daga en su

corazón. El niño, con casi ocho años, no había cesado ni un segundo de comprender la ignominia, la crueldad y la violencia en su máxima intensidad, en la cota más alta que se pueda entender. Todo lo que retuvo en su memoria le trocaba su interior, le desencajaba la cara y hasta percibió diferente la casona. Siguiendo un impulso se levantó de la silla del pobre Lucifer y se dirigió al dormitorio donde bañaban a su madre, la puerta entreabierta le ofreció lo que vio.

Lena se hallaba en postura fetal, sentada en el barreño y apoyaba la cabeza sobre sus rodillas ahogando su lúgubre lamento. Su espalda permanecía a la vista mientras Juana y Francisca la lavaban pronunciando, entre llantos y ayes, "¡pobrecilla!, ¡pobrecilla!" "¡Ese loco un día la va a matar!", e intentaban detener, con una plasta de hierbas curativas, la sangre que emanaba de las heridas.

El dolor interno que sentía Lena era insoportable, las fuertes punzadas tomaban varias direcciones, subían hacia el vientre y le bajaban por las ingles dejándola con las piernas temblorosas. Levantó la cabeza un segundo para coger aire y en ese ínfimo instante creyó ver una sombra, parecía Lucas, pero no estaba. En su aturdimiento tardó en reaccionar porque al niño le dio tiempo a llegar a la cocina, arrimar la silla a la pared en la que colgaban los anaqueles de madera donde se guardaban, a buen recaudo, los cuchillos afilados. Principalmente iba buscando el de despiezar, aquel utensilio que le gustaba desde hacía tiempo y no le dejaban tocar. Se encaramó sobre el asiento de la silla del gato, estiró su brazo y palpando lo cogió, era de hierro con la afilada hoja en forma de hacha, notó el peso del cuchillo, pero lo mantuvo fuertemente agarrado con su mano derecha.

Ascendió por la angosta escalera con todos los demonios dentro, con las lágrimas empapándole las mejillas pero, a medida que rodaban, con el puño de la mano izquierda las iba retirando de su cara y así se condujo al salón de la casona de los Mendoza buscando al violador de su madre, a ese maldito animal que había ocasionado, sin compasión, tanta desolación y tanta desdicha... Avanzaba suavemente, parecía deslizarse sobre el suelo e iba entregado en cuerpo y alma a este propósito para reparar la terrible deshonra, ese ignominioso hecho por el cual moriría aquella misma noche.

Se había bebido cuatro copas por cada uno de los invitados durante la cena, solo hizo una pausa cuando se dio cuenta que ya no veía a los otros, pero pasados esos instantes, volvió a beber, incluso llegó a sentir la sensación fascinante de que estaba dentro de un cuerpo que no era el suyo, aunque tuvo la lucidez de pensar que eran alucinaciones producidas por el exceso de alcohol.

Después de salir de la cochera, el patio enlosado flotaba en el fondo del paisaje y los criados parecían fantasmas con un solo ojo deambulando por él. Se había cobrado la humillación de aquella noche, ella pagó sus zalamerías con aquel mamarracho; de él no se burlaba nadie. Pero sentía un torbellino hirviente y terrible muy desagradable paseándose por su estómago.

Harto de la criadita, se dirigió a la parte noble de la casa, iba subiendo inseguro amarrándose a los pasamanos haciendo grandes esfuerzos por no perder la razón, así dejó atrás la parte de abajo con sus inmundicias y sus penas. Mateo llevaba el rostro transido. Con los dedos convulsos, fríos y gelatinosos se palpó los arañazos que Lena le causó durante el destemplado forcejeo. Se sirvió otra copa de orujo para disipar ese malestar que se le colaba por sus vísceras y que lo inundaba todo. Alzó la copa y bebió un buen trago, entonces le flaquearon las rodillas y se estrelló contra la butaca ambarina de su madre, intentó enderezar su cuerpo, no se sostenía de pie y perdió el poco equilibrio que le quedaba. Echó la cabeza en el respaldo, encogió los hombros, abrió las piernas y las extendió sobre la alfombra, había encontrado una postura que le permitía sosegarse. Por último, soltó un eructo y se quedó dormido...

Doña Pina había percibido el sonido del cuerpo de su hijo al desplomarse sobre la butaca, pero no se atrevió a salir de su alcoba después de los gritos que les profirió a Cati y a ella antes de que las enviara con cajas destempladas a sus aposentos, No obstante, sintió un gran desasosiego por Mateo y extremadamente angustiada murmuró:

—¡María Santísima! Algo muy raro debe haber sucedido, está todavía más borracho.

Se cubría con una bata chinesca en tonos apagados que por aquellos días se había vuelto a poner de moda. Sus manos largas y algo huesudas las entrelazaba para rezar, llevaba el cabello esparcido, cogido con una cinta. El pelo canoso suavemente

ondulado le enmarcaba su cara arrugada sin atisbo de juventud, solo una mirada brillante, de vez en cuando, iluminaba su rostro y se adivinaba la preciosa vivacidad de antaño.

A la señora, mientras oraba en su reclinatorio situado en el amplio chaflán de su dormitorio delante de un hermoso retablo de la Purísima con su Hijo en brazos, se le iban los pensamientos entre los rezos. “Dios te salve María llena eres de gracia” … Nunca vi a Mateo en semejante estado, estaba demasiado perturbado… “El Señor es Contigo, bendita” … Miedo me da pensar en cómo se encontrará ahora… “Tú eres entre todas las mujeres” … Dios mío protégelo… “Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús” Señor Misericordioso, te encomiendo a mi hijo...

Lo más raro, sin embargo, no había sucedido todavía. Llevaba rezado medio rosario cuando escuchó un grito, le pareció Magdalena, después unos pasos apresurados por el comedor y al final percibió un leve quejido congestionado que la alarmó.

Cati no podía dormir, aunque era tarde, su entusiasmo por el indiano se hacía cada vez más grande. El revuelo de mariposas que sentía en su estómago la dejaba con una sonrisita floja y un salvaje deseo prohibido para ser una dama casada. Harta de dar vueltas en el lecho, se levantó y echó sobre sus hombros la bata de seda fina, se sentó en la peinadora, avivó el quinqué y lo puso cerca de su cara, se miró al espejo y, por efecto de la luz, surgieron unos ojos grandes, chispeantes y hermosos. Cogió el bastidor, en él se extendía un trozo de lino que bordaba con cierto esmero. Enhebró la aguja y comenzó a coser las diminutas flores de colores que adornaban el mantel, a medida que daba puntadas iba imaginando su encuentro con Emilio. Al día siguiente le escribiría una nota y la dejaría en la posada. Había pensado citarse a eso de las tres a la salida del pueblo, dentro del carruaje podrían hablar, reír y hacer mil diabluras. Al pensar en la cantidad de cosas que podrían consumar aislados del mundo, sus mejillas enrojecieron como los pétalos de una amapola y sintió un fuego abrasador quemándole las entrañas. Los impulsos coartados durante tantos años se derramaron en sentimientos, pasión, incluso locura. Catalina no podía pensar sin ese ímpetu interior que la arrastraba por una corriente sin dique, que la instalaba en el extremo opuesto de su vida anterior. Se sentía enervada, sujeta a una ansiedad que la obligaba a estar despierta, su

cabeza giraba con tantas revoluciones que desvariaba transgrediendo la razón. Como una niña inventaba fantasías con la figura de Emilio, proliferaban en su mente pensamientos irreales difícilmente realizables y le brotó su esencia; creyó sus propias mentiras que fue inventando una a una sin un ápice de verdad.

Cuando más dichosa estaba entre sus quimeras, escuchó un grito, después otro más sordo y gutural. Su cuerpo le pedía seguir en la felicidad que se había construido y no acudir para averiguar qué diantre sucedía en el salón de la casa. Solo al escuchar los pasos rápidos de doña Pina por el pasillo, salió de su mundo feliz y franqueó la puerta de su dormitorio.

Lena sintió un sudor frío por todo el cuerpo y en el rostro mucho calor cuando intuyó la locura de Lucas. Fue como un resorte tirante que estalló retorciéndole las tripas. Se levantó del barreño, y salió de él con unas fuerzas que unos instantes antes permanecían desaparecidas y un dolor insoportable en sus genitales que le impedía moverse con fluidez. Se cubrió con lo primero que vio, el sayo de algodón de Francisca que estaba tirado sobre su jergón, salió de su cuarto con el rostro demudado escudriñando por los rincones intentando encontrar a su hijo. Gritó por el patio enlosado, rodeó el pozo con el corazón desbocado y se acercó para escudriñar el fondo: “¡Lucas! ¡Lucas!”. Volvió a chillar buscando a su hijo cuando entró en la cochera: “¡Lucas! ¡Lucas!”. Después irrumpió en los corrales: “¡Lucas! ¡Lucas!”. Siguió corriendo hacia los cuartos de los otros sirvientes: “¡Lucas! ¡Lucas! ¡Hijo mío, ¿qué vas a hacer?!”

Cuando descubrió la silla de Lucifer pegada a la pared de la cual colgaban los estantes de los cuchillos, sufrió un cataclismo, quedó paralizada unos instantes sin sangre que le regara el cerebro, después reaccionó, se acercó y tentó con la mano temblorosa buscando el cuchillo que siempre quitaba del alcance del niño para evitar alguna fatalidad. ¡Virgen santísima! ¡No está!, se dijo. Exploró por encima de todas las superficies de la cocina: las dos mesas, el aparador, el fogón... todo estaba recogido y sobre ellos no había nada parecido al cuchillo de despiezar.

Sin perder tiempo, enfiló hacia la escalera que unía a los dos mundos. Inmensamente dolorida y con una voluntad heroica la subió, atravesó el comedor hasta llegar al salón y la imagen que contempló la dejó nuevamente paralizada, sin aliento.

Al rebufo de Lena, mientras fue peregrinando de lugar en lugar buscando a Lucas, correteaban Francisca, Juana y Jesusa intentando encontrar desesperadamente también al niño. Sin embargo, el niño ya se encontraba delante de su padre con la intención de matarlo.

Las cuatro quedaron inmovilizadas y sus rostros reflejaron el tremendo pavor que les causaba contemplar el cuchillo en forma de hacha en lo alto y el recorrido que pensaba darle Lucas para romperle el esternón; en la mitad del pecho clavaría la hoja para llegar hasta el corazón de aquel desalmado.

—¡Hijo! ¡No, no, no, nooooo! —le gritó Lena tras salir de su paralizante espanto intentando cambiar el destino de Mateo.

Pero Lucas cuando escuchó a su madre ya había cogido el impulso suficiente para dar el golpe, solo pudo variar levemente la trayectoria y la contundencia de la hoja afilada cercenó la mano derecha que, relajadamente, descansaba sobre el reposa brazo de la butaca. Esa mano alargada, fría y viscosa se despedazó. El apéndice de Mateo rodó por la alfombra y un chorro de sangre surgió de la enorme cavidad que quedó tras la mutilación.

Cuando doña Pina y Cati rebasaron la doble puerta del salón, el cuadro que contemplaron era dantesco, inefable; la sangre inundaba la soberbia alfombra persa y Mateo se hallaba sumergido en un sopor pegajoso, con la respiración entrecortada y jadeando con un sonido sordo.

Doña Pina emitió un grito de dolor.

—¡Mateo! ¡Por Dios, hijo, ¿que te han hecho?!

Y se desmayó, no pudo soportar la visión de los cinco dedos de su hijo asidos a un trozo de carne sobre la alfombra, tuvo que agarrarla su nuera por la cintura para evitar que se estampara contra el suelo, la sentó en la otra butaca, después, más lúcida que nunca, tiró con fuerza del tapete que cubría la mesita de caoba dispuesta junto a la ventana y con el trozo de tela bordado con hilos de oro intentó taponar la cavidad descubierta por donde fluía la sangre, aunque la efusión ya era menos impetuosa. El desangrado había sido rápido, Mateo perdió la razón por completo, permanecía con la boca abierta y la respiración débil. Cati sentía los latidos de su corazón desbocados. Comenzó a gritar los nombres de los criados, desgañitándose hasta tal punto que la última sílaba salió ronca de su garganta. En un intento de salvar a su esposo de una

muerte segura, amarró aún más al muñón de Mateo y apretó fuertemente para favorecer la coagulación.

Aparecieron casi todos los criados a la vez, excepto Lena que ya había huido de la casona de los Mendoza por la puerta del patio trasero...

Al salir de la casona le pareció que lloviznaba, avanzó por la calle con su hatillo en la mano buscando la oscuridad de la playa. Mientras recorría la orilla se mojó la falda salpicada del agua de las olas. Iba corriendo entre las piedras y la arena con un dolor en el pecho que la dejaba asfixiada, sin aire que respirar. Le bullía la sangre entre las piernas; el desgarrón vaginal había dejado una herida abierta y no paraba de sangrar. La punzada era insoportable, sin embargo, detenerse a coger resuello era imposible, ya habrían dado aviso a las autoridades y a esas horas la estarían buscando para apresarla. Salió de la playa por el otro extremo, se pegó a la tapia del cementerio para que no la viera nadie, aminoró la marcha para subir la cuesta, iba encorvada, sin fuerzas para dar un paso. Lucas estaba en su cabeza, su rostro demacrado, su mirada perdida la tenía clavada entre ceja y ceja. “Pobre mi niño, se buscó la perdición” —se dijo. Pero ella lo salvaría. Él quiso vengarla con ese concepto de la justicia tan límpido, tan primario, tan sincero y por esa severa concepción de la equidad se había convertido en un asesino. Su hijo le había demostrado ese amor incondicional que ella no pudo ofrecerle por haber nacido del único hombre al que odiaba. Lena creía que era su obligación responsabilizarse de aquel suceso, debía expiar esa culpa que arrastraba desde que nació Lucas. Pero este castigo era demasiado grande, no lo aguantaría, la arrestarían y la condenarían por intento de asesinato, el garrote vil sería su destino si la capturaban, ya se encargarían los doctos en leyes de que así fuera… Tenía que escapar. Vivir alejada de Lucas se convertiría en su peor pesadilla, en la peor tortura, ya lo era…

Cuando rápidamente se despidió de él solo pudo decirle:

—¡No te preocupes, mi cielo, te quedas en casa de doña Pina, ella te quiere, ¡Francisca y Juana te cuidarán, yo volveré a por ti en cuanto pueda!

Y lo abrazó como nunca había abrazado a su hijo, con ese amor sin trabas, sin dudas, Lena amaba a su hijo más que a su propia vida y para protegerlo iba a renunciar a él. Contempló sus ojos azules

anegados, expresivos, pero no abrió la boca, él era consciente del sacrificio de su madre y, en ese instante, Lucas entendió el significado de sus hechos.

Por la humedad implacable que caía a esas horas, el cabello de Lena caía encrespado sobre su espalda, aunque lo guardaba bajo la mantilla negra, notaba un mechón pegajoso sobre su cara. Intentó apartarlo, pero su mano no le ayudó, estaba paralizada por la tensión que soportaba, después advirtió un temblor incontrolable que manejaba su extremidad. En aquel momento escuchó trotes de caballos y el ruido inconfundible de un carruaje, nuevamente resurgió el vendaval en su estómago y quiso esconderse en algún rincón, no encontró callejón alguno para resguardarse de la escasa luz nocturna y siguió andando con mucha dificultad casi rozando el muro del cementerio con el propósito de pasar desapercibida para los ocupantes del vehículo. Las piernas se le doblaban, el cansancio y la debilidad ocasionada por la pérdida constante de sangre la dejaban en un puro desfallecimiento. A punto estaba de caer sobre el empedrado de la calzada cuando se percató de que el coche había detenido su marcha, contempló aturdida y sin tiempo a reaccionar abrirse la portezuela y de ella surgió la oscura y alborotada cabellera de uno de los señores que acudieron a cenar esa misma noche a la casona de los Mendoza. El hombre le ofrecía sonriendo su calesa, la noche estaba destemplada y dentro del carruaje podría guarecerse de la intemperie.

—¡Doña! ¡Doña!... Parece malherida, suba y el cochero la llevará a donde usted disponga.

Dudó un instante, desconfiando de las intenciones del caballero, pero no vio otra salida mejor para ocultarse durante un tiempo. Subió temerosa y se encontró con el asombro pegado a sus ojos, parecía haberla reconocido y esperaba una explicación. Ella no podía hablar, tenía un nudo en la garganta tan grande que le impedía emitir sonido alguno. Lena comenzó a temblar de miedo. Se percibía quebrada por el dolor, por el sufrimiento y por la vergüenza que estaba pasando. Cuando tragó saliva y el nudo instalado en su faringe comenzó a menguar solo pudo decir:

—Se lo suplico, ayúdeme...

20

Comillas, 15 de septiembre de 1841

Teresuca se envolvió en su toquilla, torció la esquina de San Cristóbal y con imperiosa seguridad dirigió sus pasos hacia la casona de los Mendoza. La vida del pueblo transcurría esa mañana muy agitada, incluso parecía que estaba convulsa por el suceso acaecido la noche anterior en la casa más principal de Comillas y, en el cual, estaba involucrada su hermana. Un batallón de soldados y la guardia de asalto habían tomado la villa buscando a Lena, entraban en las casas con sus fusiles en ristre conminando a la gente que facilitara la tarea de exploración, amenazando con apresar a quien desobedeciera la orden de registro. Tras ellos dejaban un reguero de enseres en las casapuertas de los comillanos que, estupefactos, se afanaban en recoger y organizar nuevamente en sus moradas.

La muchacha contemplaba el bullicio de postigos, cancelas y ventanas a su paso, pero se concentraba en su asunto. Iba con la intención de recoger a su sobrino, ella era su único familiar vivo y le correspondía la tutela del niño. Bajo su amparo lo cobijaría y le daría el cariño que se le ofrece a un hijo, así lo consideraba desde el día que Lucas llegó a este mundo. Sentía por él un amor leal, tan fuerte como el de una madre y ese era el momento de expresárselo.

Llevaba el rostro pálido, las manos recogidas para evitar el

temblor que se apoderó de ellas y la cabeza enmarañada entre miles de pensamientos. La desventura había zarandeado nuevamente a su familia, su pobre hermana estaba en paradero desconocido, era una prófuga de la justicia, y en cualquier momento los aguaciles la apresarían. Los guardias y los militares ya estaban rastreando por todas las casas de Comillas y por todos sus andurriales. A las cinco de la madrugada se habían presentado en su domicilio el alcalde con un joven uniformado diciendo que era el sargento de mando, solicitando la presencia de Celso. Cuando el secretario de la Casa Consistorial pudo entender el objeto de la visita tan intempestiva de las autoridades, quedó estupefacto y permaneció un buen rato sin poder articular palabra, sus mejillas se volvieron blanquecinas y su mirada se clavó en el infinito; entonces fue cuando ella entró en la sala y le narraron los hechos. Le dijeron que Lena había dejado agonizante al señor Mateo Mendoza, que con un contundente hachazo amputó la mano del dueño de la casona. Al pensar en la mano cercenada del amo, le vinieron a la cabeza los dedos frágiles, alargados, fríos y viscosos de Mateo y un asco terrible se instaló en la boca de su estómago, incluso notó una leve náusea. A Teresuca, este suceso no le extrañó. Ese hombre era el mismo diablo y Lena no pudo soportar durante más tiempo sus canalladas, las reiteradas infamias. De hecho, solo le perturbaba la situación tan angustiosa en la que se encontraba su hermana. El Buen Dios Misericordioso tendría que ayudarla, sería lo justo…

Rodeaban los ojos de la muchacha oscuras sombras; el cansancio, el dolor y la incertidumbre le dejaban el rostro demacrado. Cuarenta y ocho horas habían transcurrido únicamente desde el entierro de la pobre Jacinta, que entregó su alma al Señor víctima de un cólico del Miserere. Sufrió demasiado antes de irse para el otro mundo. Teresuca se santiguó al pensar que la esposa de Celso ya estaría al lado de nuestro Creador, cierto era que fue una pecadora, pero había acrisolado su alma, de eso estaba segura, era testigo de su padecer, de ese purgatorio en vida y de su penosa muerte.

La enterraron en el cementerio junto a sus padres. Sus pequeños, arreglados con atuendos negros, y su esposo, también enlutado de pies a cabeza, encabezaron la procesión del féretro hasta la tumba donde le dieron cristiana sepultura. Ella fue detrás de la caja mortuoria entre la gente compasiva que quiso acompañarla hasta su última morada. Aún latían dentro de sus oídos los sollozos, las

súplicas, los gritos de la pobre Jacinta cuando el dolor de sus tripas era insoportable. Expiró encharcada en su propio vómito, la boca de la mujer era un caño permanente, ellos no daban abasto para cambiar el jergón y sus ropas. Por fin descansó, pensó Teresuca. Sin embargo, cuando empezaban a coger aliento intentando apaciguar sus vidas, apareció el alcalde con esta nueva desgracia.

Debían ser las nueve de la mañana cuando franqueó la puerta del patio trasero de la casona de los Mendoza. Divisó el pozo, junto a él estaba Francisca lavando y frotando con furia la ropa de Mateo manchada de sangre y otras prendas que descuidadamente se esparcían por el suelo. Cuando la doncella alzó la cabeza con la frente perlada por el sudor, descubrió a Teresuca delante de ella con los ojos anegados.

—¡Pobre rapaza! —dijo levantándose y abrazó a la muchacha con fuerza.

Teresuca rompió con un llanto profundo, aguantado durante mucho tiempo, y en el hombro de la criada desahogó su ánimo.

—¡Ay, Francisca! Mi pobre hermana, ¡qué ruina más grande se ha buscado por ese desgraciado! —exclamó rota por el dolor.

—Ni que lo digas, muchacha —le respondió ocultando la verdad de los hechos.

Lena les había hecho prometer a Juana, a Jesusa y a ella, antes de huir, que nadie debía saber la verdad sobre el terrible suceso de la noche anterior cuando Lucas amputó la extremidad de Mateo, y ese pacto de silencio incluía ocultárselo, también, a su hermana. Aquello no podía salir del círculo que formaban las cuatro mujeres que lo habían presenciado y el niño.

—Irremediablemente el peso de la ley caerá sobre ella, Francisca –sollozó Teresuca—, ya andan buscándola como perros de presa, le espera el presidio y, después, ya se encargará el ama de que el castigo sea la pena de muerte. Su bueno duro pagará la señora a los letrados para que la envíen al patíbulo.

Teresuca hizo una pausa, se secó las lágrimas que rodaban por su rostro intentando sosegar los nervios y pregunto:

—Y el niño, ¿dónde está mi serafín?

—En la cocina con Juana. Se encuentra muy triste, cabizbajo y no habla; se ha quedado mudo…

—Pobre criatura, ahora mismo me lo llevo para mi casa. Celso también desea que viva con nosotros.

—Pues entra, a ver si contigo reacciona…

La hermana de Lena irrumpió en la cocina y se encontró a Lucas sentado en la silla de Lucifer con la cabeza gacha. Instintivamente, el niño al oír el crujido de las faldas de su tía alzó la frente y Teresuca advirtió cuán afligido se encontraba, se acercó a él, le cogió la barbilla y le dijo:

—Cielo mío, te vienes a casa conmigo. Voy a preparar tus cosas.

El niño se abrazó en el regazo de su tía, se aferró fuerte a sus faldas como un imán, intentando sofocar el llanto. Juana permanecía serena junto al horno de leña, ayudándose de la paleta extraía una hogaza de pan de su interior, sin embargo, al contemplar la escena, no pudo evitar que le brotaran dos lagrimones de sus parpados que cayeron por sus mofletudas mejillas.

—Teresuca, ¿cómo estás hija? ¡Por los clavos de Cristo que esto no tiene nombre! Anteayer sepultando a la Jacinta y hoy con esta desgracia encima. Cuando las cosas se tuercen, las fatalidades llegan unas detrás de otras. ¿Dices que te llevas al niño a tu casa?

—Eso he dicho, Juana. Quiero que mi sobrino viva con nosotros, somos sus únicos parientes —afirmó Teresuca mientras acariciaba los cabellos de Lucas que seguía enganchado a su cintura.

—Habrá que decírselo a la señora. Cuando suba Francisca a la parte de arriba se lo comunicará, pero mientras tanto, siéntate y toma un poco de leche y una rebanada de la hogaza que acabo de sacar del horno.

—No hay que decir nada al ama, me llevo a Lucas porque es mío, me pertenece por una ley sagrada; la ley de la sangre. Y así lo he decidido.

Juana se sorprendió de la rotundidad de la muchacha al expresar la determinación de llevarse al zagal.

—Espera, mujer, no tengas prisa… ¡Anda, come algo!

Teresuca vaciló ante las palabras de Juana, su estado anímico no estaba para aguantar monsergas, su arrojo se desvanecía poco a poco, así que se desprendió de los brazos férreos de Lucas, se sentó delante de la mesa esperando la rebanada de pan con requesón que le preparaba la cocinera y colocó en sus rodillas al niño que ocupaba poco más o menos toda su anatomía y casi le impedía ver a Juana; Lucas era grande, fuerte y fibroso.

—Pensándolo bien, no voy a tomar el pan, tengo el estómago cerrado por los nervios, gracias Juana de todas formas.

—Sí, niña, lo que digas… pero te tienes que cuidar, llevas

soportadas muchas fatigas en los últimos tiempos…

—Muchas, Juana, muchas… Solo espero que cese pronto esta carrera de sinsabores y que mi hermana logre escapar de esos sabuesos que la persiguen.

Al escuchar esta última alusión a Lena, el niño se abrazó nuevamente a su tía preso de un pánico que Teresuca no pudo descifrar, sin embargo, Juana entendió el proceder tan extraño de Lucas, la culpa que sentía el zagal era palpable.

Francisca tenía problemas para conseguir sacar algunas manchas de sangre, daba gritos quejándose de su mala suerte al tener que hacer desaparecer los cercos oscuros que aún persistían en los tejidos.

—¡Francisca! ¡Deja eso y sube a decirle a doña Pina que Teresuca está aquí para llevarse al niño!

—¡Por Judas!, Juana, ¿qué hago? Subo o froto, dos cosas a la vez no puedo hacer. ¡Dile a Jesusa que suba ella!

—¡Demonio de muchacha!, qué mal mandada es.

—Te estoy escuchando, Juana, y no me gusta que a la chita callando chismorrees de mí. Además, no es por no hacer lo que me dices, sino que no tengo ganas de entrar en la alcoba del señorito, me da miedo ver su cara como la cera…

—¡Cielos!, esta zagala es tremendamente aprensiva… Bueno, subiré yo misma a poner al tanto a la señora de tu disposición de llevarte a Lucas.

—Está bien, Juana, estaré preparando las ropas del niño —intervino Teresa—, no quiero olvidarme de nada importante para no tener que regresar por algún descuido, cuanto antes nos vayamos, antes acabamos con este trance.

—Muy bien, hija, entra en el cuarto de tu hermana y en su baúl están dispuestas las vestiduras de Lucas.

Lucas se agarró a la mano de su tía cuando se encaminaban hacia el dormitorio, sin decir palabra, se sentó en el jergón de su madre mientras Teresuca abría el pañuelo de Lena y lo iba cargando de prendas en uso. Todo estaba pulcramente ordenado, lo más viejo al fondo del baúl, lo más reciente encima; los jubones, calzones, calcetines y demás ropillas estaban limpios y doblados, clasificados perfectamente. Reconoció los atuendos de Jesusín y Carlitos que había recibido el hijo de su hermana para acabar de apurar. Qué bien cuidados están todos los trapos heredados —pensó Teresuca evocando las primorosas manos de su hermana—. Tardó muy poco

en recoger el vestuario de su sobrino, después lo ató con un nudo grande y fuerte, depositó el hatillo encima del colchón y se sentó al lado de Lucas, besó la frente del chiquillo, lo abrazó y lo abrigó en su pecho.

—Tranquilo, mi bien —le dijo al comprobar el temblor que embargaba al niño.

Oyeron pisadas lentas y torpes retumbando en la crujiente madera de la escalera que separaba a la casona en dos y, después, un leve replicar de tacones en el suelo que los desorientó; las chinelas de Juana no ocasionaban ese sonido contundente al andar. Alzaron la vista y quedaron pasmados cuando descubrieron a doña Pina apoyada en su bastón, encorvada, con la seño arrugado y la mirada de siempre.

—Me ha explicado Juana tu intención de llevarte a Lucas a tu casa, ¿no es así Teresa?

—Así es señora. Sin mi hermana en la casona, mi sobrino tiene a su tía para ampararlo.

—Qué crees, ¿que aquí iba a quedar desamparado? Aunque sea el hijo de una criminal, en mi casa va a tener techo y comida y más cosas que tú no podrás darle…

—El qué, señora, no alcanzo a saber lo que quiere decirme —le contestó Teresa con cierta intensidad.

—Ejemplo, muchacha, ejemplo… Es evidente.

—Señora, no sé a qué se refiere. Creo que soy una mujer entregada a los míos, cumplo mis obligaciones religiosas y no fisgoneo en la vida de nadie.

—Todo eso es cierto, pero cohabitas amancebada junto a un hombre que bien podría ser tu padre. Vives en una inmoralidad absoluta, en pecado mortal y eso no es ejemplo para un niño. No permitiré que Lucas vaya a esa casa en donde no existe ni un poco de decoro, ni de decencia.

—Lo siento, pero ni usted ni nadie me impedirá llevarme a mi sobrino. ¡Soy su única familia! —Al tiempo que concluía estas frases, cogió la mano del niño y lo arrastró con fuerza hacia la puerta.

—¡Dónde piensas que vas, desgraciada! ¡Lucas es más mío que tuyo! ¡De aquí no sale mi nieto! —espetó doña Pina con los ojos ensangrentados.

Lucas miró aterrado a la señora intentando comprender la magnitud de aquella realidad que de golpe y porrazo se le abría

ante sus ojos.

A Teresa se le congeló la sangre. Se encogió ante la luz que iba entrando por la ventana y se esparcía por la estancia. ¿Así que lo sabía?, pensó. Seguro que siempre estuvo al tanto y condescendió con los ignominiosos arrebatos del señorito Mateo hacia Lena.

—¡Dios mío! Usted conocía todo y lo toleró, ¡qué asco me da! La creía una mujer con más corazón, más íntegra y es como todas las de su clase…

—¡A mí te diriges con más respeto, desvergonzada! —exclamó doña Pina enrojecida por la ira.

—¿Y usted me habla de respeto?

—¡Ya te puedes ir de mi casa! ¡Fuera! ¡Pero al niño lo dejas aquí! Se criará conmigo en la parte alta, es un varón y en cuanto Mateo se recupere, lo reconocerá como su primer vástago, después vendrán los que le dé su esposa. Así que ¡adiós! ¡Por aquí no vuelvas y olvídate de Lucas! Tengo el dinero suficiente para pagar escribano y abogados. Y cuando llegues a la casa del secretario, no te olvides de saludarlo de mi parte. ¡Ah!, le refieres también que no se moleste en venir por aquí para ablandarme el corazón o suavizar la situación, que no le voy a recibir.

—¡Ni hablar, Lucas es mío! ¡Lo parió mi hermana! —gritó Teresuca.

—¡Tu hermana está muerta para él! —sentenció el ama sin compasión y fuera de sus cabales—. ¡Esa será mi venganza! Te recuerdo que intentó matar a mi pobre hijo… Si no es por la rápida intervención de su esposa hoy estaríamos sepultándolo –doña Pina se santiguó al pensar en tal situación y prosiguió hecha una furia—: ¡Jamás volverá a tener a Lucas! ¡Esa zangarilleja a la que le tendí la mano brindándole mi confianza, abrigo y techo va a pagar caro haber dejado a Mateo sin mano! ¡Lo juro por lo más sagrado!

Juana estaba en la puerta con la cabeza agachada y los dedos de sus manos entrelazados aguantando la tensión, exploraba al niño, cuya cara, cada instante que pasaba, se volvía más pálida.

—¡Escoria! Son todos ustedes escoria y una partida de desdichados…—replicó Teresuca nuevamente con la voz sobrecogida—. ¿Cree usted que con dinero se arregla todo en la vida?, ¡qué errada anda usted, señora! Hay sentimientos que no se compran y este niño si se queda aquí en la casona de los Mendoza, la casa principal de Comillas, será tan desgraciado como lo es usted con todos sus dineros y su poder. Pero fíjese lo que le digo, no será

tan fácil arrebatarme a mi sobrino. ¡Por mi santa madre que haré todo lo que esté en mis manos y, en nombre de la justicia que merecemos también los pobres, empeñaré todas mis fuerzas y mi talento para salvarlo de sus garras! ¡Lo juro! —dijo besándose el pulgar con tal intensidad que las venas de su cuello quedaron visibles.

El niño estaba agarrado cada vez más fuerte a la cintura de su tía, con el rostro contra su estómago sin querer contemplar la cara de doña Pina y los insultos y los improperios que se dedicaban ambas mujeres. En un instante de sil*encio sepa*ró la cara del hueco donde la escondía y se encontró con los penetrantes ojos de su abuela que se clavaron en su rostro. Lucas por un momento tuvo la certeza de que doña Pina podría leer su secreto y sus transgresiones y no pudo con tanta presión, salió corriendo del cuarto y se perdió por el patio trasero.

Teresuca marchó de la casona sola, sin el niño y una tristeza en el alma que le producía un dolor irrefrenable. Nunca supo, por mucho que intentó recordar, cómo cruzó las calles que la devolvieron a su casa, pero cuando reaccionó, estaba abriendo la cerradura herrumbrosa del portón que daba paso al zaguán de su morada. Buscó a Celso por la sala y no lo halló, el hombre estaba en la cama con un dolor de cabeza que lo dejaba exhausto e inservible para conversar, pero la muchacha acarreaba tal amargura que irrumpió en la alcoba y se ubicó delante de su querido Celso hecha un mar de llantos y entre hipidos pudo narrarle los acontecimientos que habían ocurrido en la casona de los Mendoza.

Una vez que Teresuca terminó de contarle lo sucedido con doña Pina, se quedó mirando al hombre para que reaccionara, se levantara del lecho y resolviera el problema que atormentaba a la muchacha, sin embargo, don Celso solo reaccionó para mascullar con voz temblorosa:

—Mal asunto, Teresa, mal asunto… Ahora por favor déjame que duerma un poco, el dolor de cabeza me va a matar.

21

Comillas, 15 de septiembre de 1841, a la misma hora.

Cuando salió de su alcoba, Emilio consideró que lo más adecuado sería despistar a los dueños de la posada para que no sospecharan, por eso decidió invertir unos minutos hablando con Gracián, el posadero, y su esposa doña Marina. Les indicó que no arreglaran la habitación hasta que él resolviera el viaje que tenía pendiente aquella misma mañana. El vasco, mientras hablaba, no prestaba mucha atención a sus palabras, solo deseaba disimular su aturdimiento fijando sus pupilas en el tapete de ganchillo con enormes relieves que posaba sobre la mesa redonda de la entrada de El Águila y en las estampas religiosas que cubrían sus paredes de piedras de sillería. Gracián lo escuchaba sentado detrás del mostrador atento a sus órdenes, mientras doña Marina, sin quitarse el mandil, observaba los ojos negros del joven. Muy requeteguapo que es este zagal, pensó la posadera mientras afirmaba con la cabeza todas las explicaciones que les iba dando el apuesto forastero para que no accedieran a su habitación.

—No se preocupe, don Emilio —le dijo Gracián—, no se prepararán sus aposentos antes de que usted regrese. Daremos orden a Julita y a la criada. Vaya con tranquilidad a su viaje —prosiguió diciendo el posadero pensando en la fulana que tendría el rico indiano en la habitació—. Nosotros somos personas prudentes y

serviciales, lo que usted mande es lo que se ha de hacer —concluyó con el rictus serio tal como correspondía a un buen hospedero.

—Así lo espero —contestó Emilio imitando el gesto solemne de su interlocutor y consciente de sus elucubraciones—. Tengan ustedes un buen día. Cogió la chistera y se la puso parsimoniosamente pensando que quedaba algún cabo suelto

—Igualmente, señor —musitó sumiso Gracián.

—¡Ah! Se me olvidaba referirle, Gracián, que mi amigo, don Antonio, probablemente acudirá hoy a su hospedería a recoger unos documentos que necesita, le ruego que le proporcione una llave para entrar en mi alcoba, es de mi total confianza.

—Desde luego, don Emilio, no faltaba más.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Los posaderos contemplaron al indiano cruzar la puerta de la entrada de la posada con pensamientos distintos. El hombre pensó que el tal don Antonio vendría a hacer los honores a la dama que probablemente albergaba en la alcoba el joven ricachón. En cambio, doña Marina siguió la estela gallarda de Emilio intentando frenar los pensamientos pecaminosos que se desataban dentro de su sesera.

—¡Buena pieza está hecho el señorito! —exclamó Gracián a su esposa.

—Y tanto, Gracián, y tanto… ¡buena pieza!

—En fin, mujer, sigamos con la faena —le respondió el posadero a doña Marina con gesto de resignación.

Emilio bajó por una calle empinada, llena de tiendas pequeñas con la mercancía asomada a las puertas. Seguía preguntándose, desde la noche anterior, por qué actuaba de esa manera. Se había mantenido inmóvil durante toda la madrugada en la butaca delante de su cama donde la muchacha de cabellos rubios, Lena le había dicho entre lágrimas que se llamaba, permanecía echada sobre el colchón con el rostro y las extremidades cubiertos de heridas abiertas, contusiones y magulladuras y con un dolor profundo en el alma que le causaba un llanto sin consuelo. Él la observó quieto, reparando en sus ojos tristes cuyas pupilas eran de un color azul tan claro que parecían de cristal, pero su mirada vacía le impresionó, removía demasiado su interior y le hizo recordar un tiempo en el cual él también se sintió perdido, muy desdichado, sin ganas de vivir… Emilio evocó la época en la que se consideraba un joven alegre y dichoso hasta el día que accedió a verse a solas con

Marcela en su alcoba; ese fue el principio del fin, pensó el vasco. Aunque el quebranto mayor en su ánimo lo sintió justo después de la muerte de don Roque y tras su boda con la colombiana, pero el nacimiento de la pequeña Valentina reemplazó el abatimiento que lo embargaba por ese inmenso amor que le profesaba a su hija que actuó como bálsamo en su alma.

El sollozo de Lena había sido incesante hasta quedar dormida, después él la había arropado con la colcha, pero sus pantorrillas, durante el sueño, quedaron descubiertas. Entonces, Emilio hundió sus ojos en sus piernas, y descubrió que su piel blanca, aterciopelada lo turbó. Los tobillos eran finos y las pantorrillas fuertes y robustas. Unas piernas perfectas, se dijo. Después reparó en la esbeltez de su talle, en la silueta sinuosa de Lena, en las curvas de su pecho y sus caderas…

Sin embargo, mientras caminaba, consideraba que era manifiestamente peligroso protegerla. Sabía el motivo de su huída, la razón por la que se escondía la muchacha y que siguiera ocultándola ponía en riesgo la transacción comercial que habían firmado la noche anterior en la casona de los Mendoza.

Fusil en mano, la guardia iba batiendo los domicilios de los parroquianos, hasta con perros adiestrados rastreaban las casas, los graneros, los huertos del pueblo y los situados a sus alrededores, con un empeño extremado por capturarla. Emilio avanzaba entre aquella barahúnda con el ánimo exaltado, absorto en sus pensamientos y con las ideas revueltas, aun así, pudo ver alguna cabeza que fisgaba a su paso, que le examinaba, que se volvía para comentar con alguien escondido en la sombra, también se topó con un grupo de militares cruzando la calle. El temor que se apoderó de él, mientras caminaba el breve trecho que lo separaba de la casa de Antonio, le produjo una creciente angustia, pero a la vez había algo que lo impulsaba a ayudar a la criada guarecida en su alcoba de la posada. Caviló unos instantes y concluyó que lo hacía por caridad, por justicia, por identificación mental y afectiva con la pobre mujer que estaba sufriendo aquella terrible persecución. Él también había sentido esa sensación en el “Reina de los Ángeles” cuando se infiltró entre los pasajeros y pudo cruzar el Atlántico de polizón y también encontró un alma caritativa que lo protegió y accedió a compartir con él pitanza y camarote. Ese ser compasivo fue Antonio, seguro que aceptaría de buen grado el plan que había ideado para sacar a la muchacha de Comillas y de Cantabria hasta ponerla en un punto

de la geografía española fuera del alcance de sus perseguidores.

Llegó a la casa de la madre de Antonio envuelto en cavilaciones, aunque era temprano para cumplir con una visita, cogió el aldabón con su mano derecha y aporreó con él la puerta. No tardó mucho en abrirle la criada que todavía miraba con las legañas pegadas.

—Pase, pase, señor —le dijo la muchacha con amabilidad—. Ahora mismo aviso a don Antonio de su presencia en la casa. Pero entre y espere en la sala.

—Gracias, Amparito. Creo que es una hora intempestiva, aguardaré al señor en la puerta.

—Como usted diga, señor.

La muchacha se introdujo en la oscuridad de la casa como una exhalación. Al instante apareció la madre de Antonio arreglada para ir a misa rogándole que entrara a su morada.

—Es temprano señora, le ruego perdone mi irrupción en su casa…

—Por los Clavos de Jesucristo nuestro Salvador, Emilio, ¿cómo se te ocurre aguardar en el rellano de la puerta? ¡Venga! Entra y espera a Antonio que ya se está vistiendo. ¿Hijo, has desayunado?

—Sí, sí, en la posada —mintió el vasco para no importunar más de lo debido.

—Bueno, entonces no le doy orden a Amparito para que te prepare el desayuno.

La mujer recorrió la estancia lentamente y agarró su misal y su rosario que posaban encima de una repisa y le dijo al vasco:

—Discúlpame, Emilio, pero me voy a misa, aunque Antonio no tardará en estar contigo.

Volvió al otro extremo de la sala y de una cómoda extrajo sus atavíos para salir. Cogió apaciblemente los guantes, la preciosa capa corta de un negro brillante y el velo que se puso mirándose al espejo, después, girando el cuello y el rostro hacia el vasco le dijo:

—Emilio te espero para almorzar.

—Imposible, doña, un viaje inesperado de negocios me impide venir a comer. Lo siento de veras —le dijo compungido.

—¡Vaya! No esperaba este imprevisto, pero los negocios son sagrados y yo no me voy a entrometer en ellos. Que tengas un buen día, Emilio.

—Así sea también para usted, señora.

Antonio se echó las manos a la cabeza cuando Emilio le fue narrando los contratiempos que se le presentaron la noche anterior, después de que lo dejara en la puerta de su casa y decidiera dar un recorrido en la calesa por los entornos de Comillas. Pero el chaparrón dialéctico vino un poco más tarde, cuando le manifestó su propósito de ayudar a Lena en su escapada y la forma de hacerlo.

—¡Carajo!, Emilio, no esperaba este revés. ¡Te das cuenta de lo que me estás pidiendo!

Al vasco le sorprendió la renuencia tan abrupta de Antonio hacia su propuesta, pero decidió no seguir hablando hasta que el comillano terminara con su inexplicable perorata.

—¡¿Dices que mi hermano Ramiro debe cederle el pasaje de la diligencia a esa muchacha?! ¡Hombre de Dios, tenía catorce años cuando la perdí de vista, Lena no merece tal sacrificio ni tanto riesgo de nuestra parte! ¡Tal dislate es impropio de un hombre de tu posición! ¡No pienso consentir tal atropello! Y explícame, ¡¿cómo llegará Ramiro a Madrid y después hasta Cádiz para embarcarse en el Reina de los Ángeles?! No esperaba esto, amigo, no puedes dejar a mi hermano en Comillas para ayudar a una prófuga que solo sabe el Santísimo lo que habrá hecho.

A cada palabra que emitía Antonio algo estallaba dentro de Emilio, no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Se quedó paralizado, no movía ni un solo músculo de la cara, era tan inesperada la oposición de Antonio, que tardó en reaccionar. Cuando logró liberarse de la rigidez de sus músculos faciales que le impedía hablar, consiguió decir muy despacio:

—Precisamente de ti, Antonio, nunca hubiera esperado esta respuesta, debo reconocer que estoy perplejo.

Antonio al contemplar el rostro demudado del vasco cambió el tono de voz y procuró refrenar el ánimo, sabía que ese gesto de su cara era nuevo, diferente a todos los que había conocido en Emilio. Le pareció que algo profundo y revelador había acontecido dentro de él y esa percepción le produjo la primera alarma en su instinto. Por nada de este mundo deseaba perder a su amigo y al socio que aportaba, casi en su totalidad, el capital para mantener a La Compañía Fluvial Santiaguera y los beneficios que repartían a partes iguales.

—Ahora nos va bien— siguió explicando Emilio—, y hablo especialmente por mí. Pero no olvido todos esos días de penuria, de dolor, de desamparo que he vivido desde que nací. Sin vuestra

protección, estoy refiriéndome a don Roque y a ti, mi existencia sería otra, mucho peor de la que disfruto actualmente y, quizás, de esa forma injusta que será la vida de esta mujer si no la ayudamos. Lena es esa muchacha de la que estuviste enamorado una vez, Antonio…, y viendo el brillo de tus ojos cuando regresábamos de la casona de los Mendoza, supuse que conservabas un recuerdo imborrable y por el que no dudarías en socorrerla.

—Sí, sí, tienes razón, amigo —le contestó Antonio intuyendo una hecatombe si no moderaba su lengua y sus aspavientos.

—Además, creo en su inocencia y que es una víctima de ese canalla con el que hemos hecho un gran negocio y que la ha dejado hecha una pena, sin poder apenas caminar... Antonio, apelo a tu conciencia porque pienso sinceramente que sería un crimen dejarla a merced de la justicia… De todas formas, independientemente de tu postura ante esta situación, yo ya he resuelto ayudarla, estés o no a mi lado. En el caso que decidas no hacerlo, ya buscaré la forma de no inmiscuirte en este asunto para que no te salpique. Pero te ruego que seas discreto, no comentes nada de este tema ni con tu madre y menos aún con Ramiro, les pondríamos en una situación complicada si al final nos encuentran.

Concluyó la frase con cierta tensión en sus ojos.

—No te apures, hombre, intentemos solucionar este asunto. Quizás me he puesto un poco burro cuando me has contado lo sucesos que te ocurrieron anoche y, también, cuando me has expuesto tus planes para socorrer a la muchacha… Pero bueno, ya me siento más sosegado y vamos a hacer una cosa, resolvemos el tema del pasaje y averiguamos si Lena puede subir a la diligencia con nosotros sin que tengamos que prescindir de Ramiro.

—¡No! Aunque queden pasajes, tu hermano no debe estar metido en esto. Es peligroso para él. Así que, sintiéndolo mucho, Ramiro tiene que esperar tres meses para hacer el viaje. Es más seguro para tu familia, también he pensado en eso... Mi decisión de ayudar a esta pobre muchacha conlleva cierto riesgo, el suficiente como para no involucrar, innecesariamente, a más personas; cuantos menos estemos implicados, mejor para todos. Soy consciente del sacrificio que supone para ti. La ilusión de llevarte a tu hermano a Santiago es grande, pero solo te pido que aplacemos el viaje de Ramiro unos meses para dar tiempo a que las aguas se apacigüen y nunca sospechen de nuestra participación en la fuga de Lena. ¿Qué me dices?

Antonio, en su fuero interno, se sentía furioso, pensaba que el vasco obraba como un blandengue sentimental y con esa actitud nunca alcanzaría su meta de hacerse el hombre más rico de Cuba, ni multiplicaría su capital. Con los negocios no se podían permitir sentimientos y, menos, exponerse a una debacle por una muchacha insignificante. Por eso, pensó que no tenía sentido la actuación de Emilio, pero sabía perfectamente que no podía negarse, habría supuesto la ruptura de la confianza que le profesaba el vasco y quién sabe si de la sociedad naviera, y él aún, no estaba en posición de decidir. Hizo un enorme esfuerzo y disimulando su malestar le preguntó:

—Emilio, ¿dónde piensas dejar a la criada?

—Lo más lejos que pueda; en Cádiz. A no ser que ella nos pida que la dejemos en otro lugar.

Antonio resopló. Por dentro se quemaba en su propia cólera, sabía que el viaje era largo, quince días de diligencia más el tiempo que permanecieran en Madrid para realizar la última misión por la que habían vuelto a la patria. Sin embargo, dijo:

—Querido amigo, si consideras que, tras haber escuchado sus explicaciones, Lena merece ser ayudada, yo también estoy dispuesto a hacerlo. Hablaré con mi madre y mi hermano de la postergación del viaje de Ramiro.

—Gracias Antonio, necesito a un hombre como tú, libre de prejuicios para ayudar a esta pobre mujer.

—Eres un idealista, Emilio.

—No creas. Esto lo hago por convicción, quizás por un deber humanitario, pero sin tintes utópicos por medio, sé perfectamente el perjuicio que nos puede ocasionar esta decisión, esa es la razón por la que solo quiero involucrarte a ti. Y ya que estás dispuesto a socorrer a la muchacha, te rogaría que te acercaras a la posada y verificaras el estado de Lena, la he dejado con mal aspecto y me inquieta que pueda tener otra hemorragia, anoche no paraba de sangrar.

—¡Claro! En un rato subo a Campios para comprobar cómo se encuentra.

—Pues anda con mil ojos que el posadero se huele algo… Le dejé claro que pasarías por allí buscando unos documentos y que te proporcionara una llave. Creo que Gracián piensa que tengo a una fulana metida en mi cuarto; mejor, así no sospecha la verdad.

—De acuerdo. Pero dime, ¿a dónde viajas hoy que te impide

quedarte en la posada?

—Voy a Santander, le he dicho a tu madre que por asuntos de negocios. En realidad, me ausento para adquirir atuendos para la muchacha porque con las ropillas que lleva puestas la distinguen enseguida por lo sucias y desgastadas que están. Tendremos que ocultarla dentro de vestiduras que no levanten sospechas. Vendré en cuanto resuelva este asunto. Así que parto enseguida porque deseo estar de vuelta hoy mismo, aunque sea entrada la noche.

—Vete tranquilo, yo me ocupo de Lena. Si hay que trasladarla a San Vicente porque empeora su estado, lo hago sin levantar sospechas, aunque confío que la muchacha haya mejorado…

—Gracias, Antonio. Ahora marcho raudo, procuraré estar aquí en unas horas. ¡Hasta la noche!

—¡Ve con Dios!

Antonio contempló cómo subía Emilio en el carruaje y daba órdenes al cochero, también observó cómo se alejaba entre las calles de Comillas. Después se dirigió a la alcoba de Ramiro y abrió la puerta despacio pensando que aún dormía, pero comprobó que estaba de pie delante de la ventana. Ramiro volvió la cabeza para averiguar quién entraba en su cuarto y forzó una sonrisa que asomó detrás de un rictus triste. Antonio se acercó a su hermano y posó su mano sobre su hombro, intentando traspasar con su piel el afecto que sentía por él, para comunicarle el retraso de su viaje a Cuba.

—Buenos días, Ramiro. Vengo a darte una noticia… el viaje que teníamos organizado se va a retrasar unos meses… Sí, ya sé que es un revés y que te lo anuncio con poco tiempo de antelación, pero han surgido unas inesperadas eventualidades que impiden que partas con nosotros. Yo marcharé mañana con Emilio como estaba previsto y cuando llegue el momento adecuado, tú saldrás hacia Cuba y podrás conocer a mi futura esposa, Elvira. Calculo que en tres o cuatro meses será posible este viaje.

Ramiro sintió un repentino alivio que se fue apoderando de su desaliento, hasta proporcionarle la calma desaparecida desde el mismo instante que estuvo al corriente de su traslado a las Indias. Sus pupilas brillaron con un destello que pasó inadvertido para Antonio. El comillano, ofuscado con la idea de no tener a su hermano en este viaje, no pudo contemplar otra posibilidad que su desolación. Sin embargo, Ramiro sintió una alegría extraordinaria al saber que no partiría al día siguiente de su Comillas natal y, sobre todo, no tendría que despedirse de Julita, una muchacha de

dieciséis años de la que estaba perdidamente enamorado. Los dos jóvenes soportaban el calvario de verse únicamente a escondidas. Sus padres don Gracián y doña Marina, los posaderos de Campios, prohibían que Julita mantuviese trato con ningún mozo de la villa y sus alrededores. Así mismo, obligaban a la zagala a que solo ocupara su tiempo faenando en la hospedería ayudando a doña Marina en la cocina, haciendo camas y limpiando el comedor junto a Rafaela, la torpe criada que mantenían por caridad.

—Hermano, cuando vienen las cosas torcidas no hay más que acatarlas, así pues, tranquilízate que yo esperaré hasta el momento oportuno —le respondió Ramiro con una delatora sonrisa en sus labios.

Tras estas palabras de Ramiro, Antonio solo pudo admirar la templanza de su hermano menor sin concederle más visos al asunto. También, le agradeció calladamente que no efectuara preguntas sobre la causa de este cambio de planes.

—Bien, muchachote, me alegro de que encajes tan bien las adversidades…

—Ante lo hecho, pecho, querido hermano.

Con esta dicha en su corazón marchó el comillano hacia El Águila, la encomienda que le había dejado Emilio no nublaba su cerebro. Subía la calle liviano, pensando que se había quitado un peso de encima. La respuesta de Ramiro fue tan moderada, que nunca pudo imaginarla de esa forma, pero ya era un hombre y su proceder, indudablemente, era como tal.

Detrás del mostrador de la recepción de la posada se encontró con unos ojos socarrones. Gracián, amablemente, le ofreció la llave de la habitación de Emilio. Unos instantes después, el joven indiano ascendió el tramo de las escaleras que lo dejó en la primera planta. Avanzó por el pasillo, abrió la cerradura de la habitación número 3 y fue empujando la puerta despacio para no incomodar a Lena. Cuando entró, descubrió un bulto ovillado sobre el lecho.

Lena, al oír el chirrido de la llave, se escondió bajo las ropas de la cama para no ser reconocida. Con el alma en vilo, supuso que era la criada la que entraba en la alcoba para realizar algún quehacer.

Antonio, consciente de la desazón que sentía la joven, se acercó sin hacer ruido, alzó los ropajes que la tapaban y al distinguir a la muchacha debajo del cobertor, un grito sordo salió de su garganta.

—Pero ¿qué te han hecho alma de Dios? —exclamó con el aliento reprimido. En ese mismo instante comprendió la compasión

que había suscitado Lena en el corazón de su amigo.

—No te apures que soy Antonio y vengo a ayudarte —le susurró desconcertado por la tremenda visión que tenía delante.

Aunque las cosas se confundían en su memoria, Lena al fin supo que el caballero que la miraba durante la cena en la casona de los Mendoza era el muchacho que la había abrazado y dado el único beso suave de amor. Por eso sintió mucha vergüenza, incluso se atrevió a sentir compasión por ella misma al contemplarse en semejante estado de deterioro. Con un gesto mecánico se cubrió nuevamente la cara y se arrebujó debajo de las sábanas con la intención de ocultar la evidente deformación de su rostro y poder llorar en silencio.

Antonio, con el corazón tocado, no estaba preparado para enfrentarse a esta situación, el hermetismo de su carácter le impedía emitir palabras de aliento a la muchacha y, también, porque se encontró con un cúmulo de sensaciones que no sabía cómo manejar; le desbordaban los sentimientos, la angustia, la pena al observar a Lena tan golpeada...

Cuando pudo rehacer el ánimo, haciendo un esfuerzo ímprobo, se acordó que tenía que examinar a la pobre muchacha para averiguar su estado de salud. Comenzó entonces a musitar:

—Lena, te lo suplico, permíteme que compruebe que las heridas de tu cara, de tus

brazos y tus piernas no están infectadas... Tanto Emilio como yo deseamos ayudarte, pero tenemos que asegurarnos de que no hayan empeorado los desgarros abiertos.

Hubo un silencio tenso, pero Antonio intuyó que la muchacha estaba a punto de responder, “tiene que responder”, pensó el comillano sin saber muy bien cómo actuar. Al cabo de unos segundos, Lena fue saliendo de entre las sábanas, la férrea muralla levantada cuando entró Antonio en el cuarto, se desmoronó y la muchacha, llena de pudor, se expuso ante sus ojos para que la reconociera.

Cuando la exploró, siempre con las vestiduras puestas, pudo valorar la magnitud de la violación perpetrada por Mateo Mendoza; había marcado sus huellas en las ropas de Lena. La falda de la muchacha estaba bañada de sangre seca, la hemorragia había sido constante hasta hacía escasamente dos horas, dejándola extremadamente débil y esta debilidad se asomaba en sus pupilas azules con agónicos extravíos de fragilidad.

—Debes comer algo, muchacha —le dijo Antonio haciéndose con la situación.

—Antes quisiera asearme un poco, señor —dijo Lena con un hilo de voz y consciente de que eran las primeras palabras que decía. Había decidido confiar en ellos, en los dos caballeros y se rindió ante los cuidados que le ofrecían, no tenía otra opción si quería eludir la condena y la vida de cautiverio que le esperaba. Se encontraba en un túnel oscuro, ante un dilema complicado, por eso había concebido la muerte como única salida mientras deambulaba por sueños farragosos. La hemorragia padecida durante la noche la condujo a varios momentos de desvanecimientos, situándola en el abismo que separa a los vivos de los muertos.

22

Comillas, 15 de septiembre de 1841

Pero Lucas surgía del fondo de los océanos nebulosos dónde ella se instalaba para no sufrir más, arrastrándola al lugar de los vivos y despertándola con signos asfixiantes que la dejaban ahogada en una balsa de lágrimas y miedos y un dolor inaguantable entre las piernas. Así estuvo Lena toda la noche y parte del día deambulando entre la luz de sus ensoñaciones y la oscuridad de su existencia.

Antonio se sentó en la butaca que la madrugada anterior también ocupó Emilio y la veló en sus sueños cuando, rendida por la debilidad, sucumbía y quedaba sumida en un sopor profundo durante un buen rato. Ese mismo día pudo tomar, a media mañana, un caldo de zanahorias, puerros y pechuga de gallina que Antonio le procuró a través de Julita que seguía pendiente de los extraños movimientos de la habitación número 3, donde el hermano de su amado Ramiro llevaba encerrado varias horas con una mujer de la vida alegre; eso le había manifestado su padre con cierta sorna, aunque ella no había percibido el trasiego de ruidos típicos de fulanas, más bien parecía un silencio roto únicamente por quejidos de dolor ahogados por alguna desazón. Aun así, Julita se propuso averiguar lo que sucedía dentro de la alcoba, también se ocupó de que nadie se encargara de realizar ninguna tarea cerca de la habitación. Anduvo todo el tiempo vigilando la planta y dio aviso

de que se haría cargo de ella. Sigilosamente se dispuso a fiscalizar los movimientos de salidas y entradas del dormitorio, pero su esfuerzo olfativo fue infructuoso, porque no salió ni entró nadie de la habitación, excepto Antonio cuando a media mañana solicitó un caldo reconfortante a base de aves y verduras y, después, a eso de las dos y media de la tarde, quiso el almuerzo para comer dentro del cuarto.

Las dos veces que Antonio salió al pasillo buscando algún empleado de la hospedería, se dio de bruces con Julita que acechaba el lugar y el comillano, ajeno a las intenciones de la joven, le pidió información sobre la comida del día que se iba a servir en la posada. Julita le fue señalando los platos que realizaba su madre garantizándole la calidad de sus guisados. Antonio ordenó que subieran a la alcoba dos buenas porciones de pescado con almejas y guarnición, de postre tomaría frisuelos y arroz con leche.

—Y una jarra de sidra para acompañar el pescado —terminó diciendo con el gusanillo en el estómago.

—Muchacha, cuando llegues con el almuerzo, avísame aporreando la puerta y lo dejas fuera, yo lo recogeré cuando me plazca —dispuso nuevamente Antonio con tal aire solemne que logró achantar a Julita.

—Como usted ordene, señor —musitó la chiquilla sin mirarle a los ojos.

A los pocos minutos de que Julita se encaminara derecha hacia la cocina con el único fin de agradar al hermano de su amado, el comillano escuchó tres leves golpes anunciándole que la batea con el almuerzo estaba depositada sobre el suelo. Esperó un tiempo suficiente para que la amable muchacha ya estuviera alejada de los aposentos, abrió y se encontró con Julita que, inesperadamente, se vio descubierta poniendo la oreja sobre la puerta. La muchacha giró rápidamente el cuello para disimular la postura que mantenía unos instantes antes, pero fue inútil y los dos mostraron aquello que querían ocultar. Julita solo tuvo unos segundos para descubrir dentro de la habitación a una mujer desvalida, yaciente en el colchón con sus cabellos rubios esparcidos por la almohada, y supo que no era una furcia. Antonio se detuvo en seco delante del espacio abierto intentando tapar la visión de Lena con su cuerpo, después, entornó la puerta y como un latigazo instantáneo miró a Julita fríamente, se aproximó a ella visiblemente irritado para decirle:

—Tienes un afán inmoderado por meterte en vidas ajenas, ¿no es verdad muchacha? Pues..., ¡márchate de aquí que no tienes nada más que fisgar! Y cuidadito con lo que largas.

Julita lo vio todo negro, por un instante su misión dejó de tener dimensión y sentido, su excesivo celo con el hermano de su amado, la había llevado a una situación desastrosa y la mantenía con el ánimo exaltado porque en el marasmo de los hechos había resuelto decirle a Antonio por qué le vigilaba, ese secreto que ocultaban Ramiro y ella.

—Mire usted, don Antonio —le dijo Julita lloriqueando—, tranquilícese, que si he estado todo el día esforzándome por su bienestar es porque me une...

Antonio entornó sus ojos penetrantes como puntas de alfileres y le exigió a la muchacha, antes de que concluyera la frase, que se largara de una vez, que no deseaba saber esa unión que decía... Entonces se oyeron voces en la recepción de la posada.

—¡Sssssshhh! —siseó Julita con el dedo tapando sus labios—. Son los militares que han vuelto otra vez inquiriendo por la prófuga.

—¡Por la prófuga! —exclamó descompuesto Antonio.

—Sí señor, la criada de doña Pina, por lo visto ha dejado manco al señorito.

—¡Ay, Dios mío! —dijo tragando saliva.

Antonio tembló, fue un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. El miedo que se apoderó del joven fue tan visible, que Julita tardó muy poco en atar cabos y llegó a la verdad perseguida durante todo el día. Y al contemplar a Antonio demudar el color de su semblante reafirmó sus conclusiones. El rostro del comillano se volvió lívido, pálido y una tensión descomunal frunció sus rasgos.

—Don Antonio, enciérrese en la habitación que yo bajo a preguntar qué sucede... Si hay que avisarle, subo y aporreo tres veces su puerta para que me reconozca —le explicó la joven posadera haciéndose dueña de la situación.

Antonio se recluyó inmediatamente en el cuarto, observó a Lena que había escuchado la conversación con el miedo pegado en sus pupilas. La muchacha se incorporó de la cama e intentó levantarse del todo para marchar de la posada y dejar libres de sospechas a los señores que la ayudaban. Lentamente pudo ponerse de pie, notó un dolor vaginal agudo, insoportable, pero superó la primera punzada esforzadamente y también consiguió dominar el mareo que la dejó

tambaleante.

—Señor, tengo que salir de aquí —le dijo muy seria—. Los militares vienen con la intención de registrar la fonda siguiéndome la pista y no deseo verles envueltos, a don Emilio y a usted, en este escándalo. Recojo mis trapos y me voy, seguramente me entregue.

Lena cogió el hatillo y lo estrechó contra su pecho decidida a marchar ante la mirada desconcertada del comillano que parecía abrumado con la decisión de la muchacha, pero no se atrevió a detenerla. Quizás, pensó, es la mejor solución. Esta es una desgracia ajena que puede arruinarnos la vida...

A la sazón escucharon Antonio y Lena tres golpes dentro de la alcoba.

—Es la criada que viene a decirnos qué ocurre —susurró Antonio.

Abrió la puerta intentando hacer el menor ruido, sacó la cabeza por el hueco y se encontró a Julita impaciente. La chiquilla empujó la puerta sin aviso, cogiendo por sorpresa al joven indiano y cerró detrás de sí.

—Ven conmigo —le dijo a Lena—, te esconderé en el chiribitil del sobrado, allí no te encontrarán. Señor, usted arregle la cama y disponga con naturalidad del almuerzo que ya suben los militares batiendo las alcobas.

Julita agarró la mano de Lena y la empujó hacia fuera, la muchacha sacando fuerzas de flaquezas se dejó llevar corriendo silenciosamente. Escalaron dos tramos de escaleras y el último con unos peldaños altos y empinados hasta que lograron alcanzar una estancia oscura, llena de polvo, donde los bártulos inservibles se amontonaban caprichosamente, con un desorden apropiado para no encontrar cualquier objeto que se buscara.

La posadera la arrastró hasta el fondo de la buhardilla y abrió con enorme dificultad una pequeña puerta desvencijada, “demasiado tiempo cerrada”, masculló la zagala. Introdujo a Lena dentro de aquel exiguo recinto y cerró nuevamente la portilla. Brincando bajó las escaleras, sus ojos brillaban divertidos, acababa de vivir una experiencia única. La locura de la mozuela era manifiestamente una chifladura de juventud, que le hacía sentirse viva despojada de las exigencias y órdenes de sus padres que la sumían en una existencia insulsa, demasiado gris...

Olía a rancio, un hedor insoportable inundó la pituitaria de Lena cuando quiso erguir su anatomía y comprobó que el techo era más

bajo que ella. Con cuidado pudo posar su espalda sobre una superficie inmóvil y sostuvo el hatillo contra su pecho. Sin embargo, notó un cosquilleo continuo en sus pies, sabía que algo se movía por el suelo de aquel minúsculo habitáculo. En silencio se echó a llorar, el miedo y el asco que le provocaban las ratas pululando por sus extremidades pudieron con ella. Lena se asfixiaba en aquel fétido cubículo, creía que se iba a desmayar, pero tenía que aguantar sin desfallecer en aquel lugar. Sintió la untuosidad del sudor resbalarle por su cuerpo, primero notó la espalda, luego siguió por el estómago, hasta no quedarle ni un palmo de piel seca, por último, la frente se le cubrió de perlas.

Escuchó el resonar de las botas en los peldaños, abrieron la puerta de un machetazo, entraron en la estancia como elefantes en cacharrería dando tumbos y, tropezando con los trastos que a cada paso se encontraban, revolvían la estancia con una fiereza que daba espanto. Lena los veía como seres inhumanos, bestias feroces buscando la presa. Por las rendijas de la puerta se colaba algo de claridad, la poca luz de la buhardilla entraba en rayas quebradas y todo parecía más siniestro. La mezcla de efluvios procedente del aceite de los candiles y faroles envenenaba el aire con el humo que salía de cada llama temblorosa. Gracían, el posadero, se esforzaba en explicarles a aquellos soldados que no se había ocultado en su posada muchacha alguna que respondiera a la descripción dada, y que él estaría al tanto si hubiera ocurrido tamaña imprudencia. A Lena le llegaban las razones esgrimidas por el posadero con cierta dificultad, el hombre se atrancaba sin cesar alegando su estupor por el registro tan severo que le estaban efectuando aquellos militares con el sargento al frente.

La muchacha quedó inmovilizada por el pánico. Notaba las panzas de los roedores rozar su piel, pero pudo más el miedo que el asco y ahogó cada gemido de su alma. Por fin escuchó la orden de abandonar el lugar, pero antes de que salieran los soldados percibió la voz del sargento preguntar a Gracían por el espacio que tapaba la portezuela que vislumbró camino a las escaleras.

—¡Abra esa puerta! —ordenó el sargento.

—Sí señor —susurró obediente Gracían intentando separar la madera hinchada y carcomida que ocultaba a Lena—, pero le advierto que solo va a encontrar un nido de ratas —dijo con la ingenuidad del inocente.

El sargento estaba harto de penetrar en madrigueras y

chiribitiles infectos y decidió, mirando los ojos honestos de Gracían, que no se enfrentaría otra vez a un nido de asquerosas ratas.

—Deje, deje, posadero —dijo disimulando su hastío.

Emilio todavía no se había hecho cargo de lo complicado que era comprar ropas a una mujer cuando entró en la tienda más elegante y seria que encontró en el mismo centro de Santander. Nada más poner sus pies en el suelo de "Modas París" se le acercó una señorita de buen ver, acicalada y de aspecto agradable preguntándole si necesitaba orientación para comprarle alguna prenda a su esposa. Ante tal amabilidad, el vasco se centró en Lena, en su físico y la recordó sirviendo la mesa en la casona de los Mendoza, con esa imagen se hizo una idea de la esbeltez y la altura de la criada porque desde que la recogió en el cementerio su figura se volvía borrosa... Emilio hizo varias tentativas por las calles colindantes al Muelle Nuevo antes de entrar en "Modas París". Incluso entró en una coqueta y bonita tienda llamada "Colette" dispuesto a adquirir atuendos vistosos y de última moda a la muchacha, aunque solo escogió ropa interior y recatados camisones y batas que compró con las mejillas arreboladas y haciendo caso omiso de los murmullos, de los gestos y las actitudes de las señoras de la flor y nata santanderina que merodeaban el local de la calle del Martillo. Sin embargo, estuvo en un tris de adquirir un conjunto en tonos claros que vistosamente lucía un maniquí en el escaparate, pensando en el pelo dorado de la muchacha, pero reaccionó ante su imaginación recapacitando que llamaría excesivamente la atención y decidió que sería mejor vestirla de negro.

—¿Desea alguna prenda especial para su esposa, señor? Si necesita consejo estaría encantada de ofrecérselo, me llamo Pepita y estoy a su disposición.

Emilio concluyó en ese instante que precisaba ayuda y cualquier indicación de la experta en modas que sonreía delante de él esperando una respuesta.

—Pues... mire Pepita, tengo una urgencia que resolver hoy mismo. Le explico: mi única hermana y también único familiar que me queda, ha enviudado recientemente, justo hace una semana que nos dejó mi querido cuñado Pascual que en la Gloria del Señor esté... Hace nada estábamos celebrando la boda de ambos, llegaron al altar llenos de ilusiones, sin embargo, hoy me veo comprando

ropas tristes por su marcha... ¡Cuánto nos cuesta a veces comprender los designios de la Providencia!... Pues bien, Pepita, como le refería, mi pobre hermana se encuentra inconsolable... ¡Pobre criatura! —añadió Emilio con énfasis para que el dolor pareciera mayor—. Y me ha encomendado que viniera a este establecimiento, principalmente por su buena confección y su fama en vestir a señoras enlutadas, para adquirir su ropa de duelo y llenar el armario exclusivamente de prendas negras. Ella, hundida en su desdicha, ha sido incapaz de levantarse todavía de la cama y, al saber que yo recalaba hoy en la capital, me hizo el encargo de agenciarle varios atuendos de luto que seguro tendrá que utilizar durante una larga temporada...

Pepita miraba al vasco mientras éste improvisaba la sarta de mentiras que fue soltando, pero ella se tragó cada una de ellas porque solo le interesaba aquel soberbio rostro que la miraba con unos ojos profundos, negros como el azabache...

—Muy bien caballero, debo aclararle que en nuestro establecimiento solo tenemos confeccionadas las prendas que lucen los maniquís, el resto lo realizamos por encargo. Desde luego disponemos de las mejores modistas de la región —afirmó Pepita orgullosa—, pero si coincide la talla de su desdichada hermana con nuestras prendas ya acabadas, se las lleva; en Modas París estamos para resolver estas contrariedades que se presentan inesperadamente —dijo Pepita entusiasmada por la soltería del imponente maromo—. Así pues, comencemos por las blusas de seda, las faldas de tafetán y los tocados con velo de tul...

—Sí, sí, Pepita, me parece perfecto —le contestó Emilio siguiéndole los pasos.

En “El Pasiego”, establecimiento ubicado frente a la floreciente bahía santanderina y pegado al Edificio de la Aduana, almorzaron el vasco y el cochero. Emilio tomó unos filetes de vaca tudanca rociados con media botella de chacolí antes de reanudar la marcha para volver a Comillas. El montón de paquetes, de todos los tamaños y formas, reposaba sobre el asiento trasero del carruaje mientras rendían cuentas a los platos que engulleron con verdadero apetito. Luis, el cochero, se quedó almorzando una buena escudilla de cocido montañés rebosante de alubias, berzas, chorizo y morcilla de arroz en la zona del comedor destinada a personas corrientes y a

los sirvientes de los señores acaudalados. Emilio, como marcaba las costumbres, se internó por el local detrás del maître que lo situó en una mesa más cercana a la gente ilustre e influyente de Cantabria, junto a un ventanal. Desde su posición, escuchaba mejor al violinista que amenizaba el local y, a los pocos compases, el vasco tenía los ojos inflamados por la emoción, la boca entreabierta, la mirada fija en el músico. La melodía le hizo acordarse de su hija, de su plantación "La Santísima Trinidad", de la casa de Santiago, incluso de su esposa... Aquella música le estaba llegando al alma. ¡Qué modo de tocar!, pensó. Emilio divisaba una buena parte del hermoso muelle y sintió añoranza: se sentía forastero, estaba muy solo y muy triste, tenía mucha nostalgia.

También afligía al vasco no sentirse todo lo seguro y tranquilo que debiera estar después de haber resuelto la compra de ropas negras con bastante éxito. Apreciaba un cierto no sé qué en aquella visita a la capital; lo improvisado, rocambolesco e incluso cómico de la situación acontecida comprando los lutos, aumentaba su desasosiego, notando que el temor de no ser lo bastante fuerte para resistir era lo que le hacía moverse. Es más, ni siquiera se sentía con la desenvoltura y la seguridad convenientes para seguir con el plan de fuga, estando la magnífica transacción comercial en juego y en la cual habían invertido capital y horas de trabajo durante un año Antonio y él.

Espoleado por la necesidad de partir cuanto antes hacia Comillas, tomó su sombrero y ordenó a Luis que pagara la cuenta del almuerzo. Ya en la calle, huyendo de sus cuitas y buscando ocupar sus pensamientos, dejó acercarse al cochero y conversando se internaron por lo más frondoso del Paseo.

En el asiento del carruaje se instaló desabrochándose la levita con ánimo de dormir un rato, los vidrios de las ventanas se nublaron y, cuando despertó, el sol acababa de ocultarse detrás de los picos gigantescos de las montañas cercanas, haciendo que las pirámides y agujas de las cumbres se destacasen sobre un fondo de púrpura. Las sombras nocturnas fueron ganando terreno y la noche desplegó su manto cuando entraban por Comillas. El lugar estaba silencioso, parecía que el mundo se hubiera detenido unos instantes. Las calles vacías le daban un halo fantasmal muy verosímil a la villa, pero el tañido de las diez campanas, atravesando el aire, llegó a aquellas soledades que mortificaban a Emilio e hizo que volviera de su letargo y se hallase de nuevo en el mundo real. El tránsito por

las calles era fácil, solo se oían los cascos de los caballos en su trote y las ruedas de la calesa rodando por el empedrado.

Emilio bajó del coche y dio instrucciones al cochero para que dejara los paquetes en la recepción de la posada.

—¿Los subo a su habitación, señor?

—Casi estoy por decir que no. Mañana partimos y no merece la pena transportarlos hasta la alcoba —respondió el vasco con naturalidad.

—Como usted disponga… Si el señor no tiene más que ordenar me retiro. ¿A qué hora paso a recogerle mañana?

—Temprano, la diligencia parte a las siete en punto. Venga a las seis y… váyase Luis, que en su casa le estarán esperando.

El cochero depositó en una mesa del vestíbulo de El Águila los paquetes que contenían las ropas negras ante la atenta mirada de Julita. El posadero andaba revuelto con los ojos desencajados después del mal rato pasado. Con la mirada extraviada, divagaba Gracián entre los acontecimientos acaecidos aquella tarde y ni cuenta se dio de la entrada de Emilio que tuvo que acercarse para hablar con él.

—¡Válgame Dios! —dijo al contemplar el rostro demudado de Gracián— Parece que haya pasado por aquí Atila con cien caballos.

—Al fin está usted aquí, don Emilio, ni se imagina lo que nos ha sucedido...

Emilio subió las escaleras con el corazón frenético, una conmoción interna mandaba en su cerebro, aún resonaba dentro de sus orejas la voz de Gracían, le había contado las vicisitudes acontecidas durante la tarde. Julita lo siguió con el trapo aún en la mano, si bien él volvió la cabeza intuyendo su aliento, pero solo pudo reconocer a la criadita trajinar por el pasillo y no supo que iba detrás de él.

—¡Qué ha sucedido! Ha estado la milicia buscando a esta desventurada, ¿no?

—Entra y cierra la puerta —respondió el comillano visiblemente disgustado.

Lena observaba a Emilio con respeto y con el orgullo perdido. Estaba a merced de aquel caballero. Sabía lo que sentía Antonio, él estaba dispuesto a renunciar a ayudarla, percibía su turbación, su miedo. Era Emilio el único ser en este mundo que la podía amparar si seguía firme en su decisión de seguir con el plan de esconderla, entonces ella conseguiría desaparecer de Comillas y empezar de

nuevo una vida lejos de allí... Sin embargo, cuando pensaba en su huida, una pena honda y voraz la dejaba con la boca seca y los ojos húmedos. La idea de estar lejos de Lucas, de Teresuca, de sus seres más queridos era insoportable y la empujaba a un lúgubre lugar de su alma que la quemaba como el fuego del infierno, especialmente, cuando pensaba en el tiempo que tardaría en volver a estar con su hijo...

—La tarde ha sido una locura... —comenzó a decir Antonio—, a punto hemos estado de ser descubiertos.... Esto es un despropósito y la situación se ha tornado realmente peligrosa. Además, esta mujer ha dejado manco a Mateo Mendoza de un hachazo y le ha provocado una hemorragia que poco ha faltado para mandarlo al otro mundo... ¡Por los clavos de Cristo!, Emilio, ¡Mateo Mendoza es nuestro principal cliente en este negocio y por el cual estamos aquí! Con franqueza, amigo, yo me fío de ti... pero la verdad... esta muchacha debe presentarse ante la justicia y reconocer los hechos de los que la acusan, y nosotros seguiremos con nuestros planes e intereses que bastante nos hemos arriesgado ya.

Emilio observó a Lena que visiblemente estaba más repuesta. La muchacha se encontraba sentada en el filo de la cama con la cabeza agachada mirando al suelo, pero la levantó de repente y miró con miedo a la única persona que la podía proteger de los depredadores que la perseguían.

El vasco adivinó su pensamiento y le dijo:

—No temas mujer; mañana partimos.

Antonio, después de sus palabras, sabía que no cabía en la habitación número 3 de la posada El Águila, le parecía que le iba a faltar el aire. Emilio había desdeñado sus advertencias sobre la situación tan peligrosa en la cual estaban inmersos y, haciendo oídos sordos, decidió seguir con el descabellado proyecto de sacar a la sierva de los Mendoza de Comillas.

Ya en la calle, huyendo de toda persona conocida y buscando la soledad, se encaminó al campo y se internó por lo más frondoso de las sendas que rodean la villa. Se le vino a la cabeza la hermosura de Lena: su cabello trigueño, la dentadura blanca, los labios carnosos y sus ojos azules. Para ser criada e hija de pescador, había en su porte un sello distinguido, casi aristocrático que la hacía especial muy alejada de la gente vulgar. ¿Cómo esta criatura suave

y delicada pudo cometer tan truculento acto?, se preguntaba caminando entre la espesura del camino y de sus pensamientos, imaginando la mano de Mateo desmembrada de su brazo. Incapacitado para encontrar respuesta a su pregunta y a su confusión, todo le sonaba terriblemente mal, como una queja en su alma envuelta de incertidumbres. Cansado ya de caminar sin rumbo, se sentó forzado por las circunstancias al pie de una cruz de piedra que encontró entre la maleza y casi se rompe un hueso con ella. La noche era oscura y tropezó con el canto del pedrusco que lo derribó sobre la superficie plana de su peana; el dolor punzante en su espinilla derecha no tardó en llegar.

Decidió no darle más vueltas al asunto, al día siguiente, de amanecida, partirían hacia Madrid en la diligencia y se le antojaba que, durante el tiempo que Lena estuviera bajo el amparo del vasco, podrían ocurrir cosas imprevisibles. Con este miedo clavado en su ánimo se encaminó hacia su casa, deseaba dormir un poco antes de reemprender la vuelta a Cuba. Les quedaban por vivir días inciertos, cargados de luces y sombras como la vida misma, pensó.

Cuando Julita divisó a Antonio salir de la posada, decidió, con su entusiasmo alocado, ayudar nuevamente a la criada de doña Pina. Esta vez ni su amado Ramiro, ni el hermano de su amado fueron los que la impulsaron a meter la nariz en los asuntos de la habitación número 3, sino sus ganas de vivir nuevamente una experiencia fascinante sintiendo el placer del riesgo y de lo prohibido.

Poco tardó la zagala en situarse delante de la puerta atreviéndose a aporrearla tres veces con un suave golpeo.

—¿Desea algo, muchacha? —le preguntó Emilio extrañado de su presencia sacando la cabeza por el hueco de la puerta.

—Soy Julita, señor.

—¿Julita? —le inquirió despistado Emilio.

—Es la muchacha que nos ha ayudado esta tarde —salió la voz de Lena tan endeble que fue difícil escucharla.

—¡Ah! ¡Julita! Sí, sí... Pasa zagala, contigo quería hablar para agradecerte lo que has hecho por esta pobre mujer —le dijo Emilio mirando a Lena con compasión.

—No ha sido nada, señor —contestó Julita aparentando docilidad—. Si desea usted alguna cosa más, estaría dispuesta a ayudarles.

—Pues la verdad —continuó Emilio—, podrías hacernos otro favor... Si fueras tan amable, Julita, ¿sería posible subir algunos de los paquetes que reposan sobre la mesa del vestíbulo cuando el padre de usted se haya dormido?

—¡Oh! Eso queda de mi cuenta —dijo dichosa al saber que la aventura continuaba—. Dígame qué paquetes desea que le suba.

23

Comillas, 16 de septiembre de 1841

Cuando Lena abrió los ojos, no habían sonado aún las campanas de San Cristóbal anunciando las seis de la mañana. Notó las piernas más fuertes y un incipiente vigor; el descanso nocturno y la cena ofrecida por Julita le habían aportado energías suficientes para seguir con su amarga existencia.

La habitación comenzaba a iluminarse con un débil resplandor que iba filtrándose tras las cortinas de la ventana. Con sumo cuidado se fue incorporando dispuesta a soportar la terrible punzada que sentía en sus genitales cada vez que se movía, pero la percibió más débil, había aminorado ese dolor intenso del día anterior. Alzó su mirada hacia la butaca y vislumbró en la oscuridad a Emilio dormido, sin embargo, escuchó nítidamente su respiración que aún era acompasada. Puso los pies desnudos en el suelo e inmediatamente notó una imperiosa desazón en su vientre; eran las ganas de orinar que se presentaron pujantes. Pensó que no era momento, e intentó soportar inútilmente la urgencia de su vejiga; le causaba cierto reparo desocuparla delante del señor. Con la mano palpitante y un apremio descomunal, encontró el orinal depositado debajo de la cama y lo extrajo con mucho cuidado desechando la idea de hacerlo fuera de la habitación. Sentía su cuerpo impaciente y se dirigió al rincón opuesto donde estaba el caballero dormido,

también era el lugar más oscuro de la estancia, se acuclilló, se levantó el sayo y, rezando para que no despertase aquel hombre, comenzó a orinar sin hacer ruido. Fueron inútiles sus plegarias porque el vasco despertó en ese mismo instante, distinguiendo con absoluta claridad el sonido de la percusión del orín contra la porcelana de la bacinilla. No obstante, en un gesto compasivo, el joven se quedó inmóvil esperando a que Lena acabara la micción, intuyendo su turbación.

En efecto, cuando Lena depositó el orinal nuevamente debajo del lecho, se movió Emilio y la muchacha se sentó en el borde del colchón contemplando los paquetes de ropas negras, que sigilosamente había subido la noche anterior Julita en cuanto pudo.

—Buenos días, señor —susurró Lena.

—Buenos días, Lena. Parece que estás más repuesta, ¿no es así?

—Sí señor, me siento mejor y con más fuerzas —le contestó mirándose las manos.

—Eso es una buena noticia porque en una hora estaremos subidos en la diligencia partiendo de Comillas. Luis debe estar a punto de llegar al hospedaje con el carruaje, por lo tanto, tenemos el tiempo justo para arreglarnos y salir de la posada.

A Lena se le inundaron los ojos al entender que su huida era posible, pero sintió una convulsión profunda en su corazón cuando pensó en Lucas, él era el centro de sus sufrimientos, por él se cuestionaba si alejarse de Comillas era una buena idea... Abandonaba allí a su ángel.... Le brotaron las lágrimas con avidez, pero tuvo que beberlas gota a gota con una fuerza desconocida. También tenía presentes a todos esos seres queridos a los que dejaba en su pueblo del cual nunca había salido; Teresuca, Juana, don Celso, Francisca, Jesusa... ¿Cuándo los volvería a ver? Seguro que cuidarían bien de su pequeño... Haciendo de tripas corazón apartó sus penas del alma y se acercó a los paquetes envueltos con papel de seda precintados con lindas cintas de dos colores y comenzó a abrirlos con prisa para no demorar la partida, entonces escucharon un golpeo en la puerta.

—¿Quién será? —preguntó Emilio.

—Julita, señor. Anoche dijo que vendría para ayudar en mi arreglo —respondió Lena con la cabeza agachada.

—¡Excelente! —exclamó el vasco sabiendo la cantidad de prendas, aderezos, velos y el sombrero con plumas que tendría que ponerse Lena durante el largo viaje para ocultar su identidad.

—Pasa Julita —le dijo Emilio cuando distinguió a la hija de los posaderos en el umbral de la habitación.

—Tenemos poco tiempo —le advirtió el vasco a la zagala.

—No se preocupe, don Emilio, entre las dos acabaremos rápido, aunque recoger esa pelambrera nos va a costar un rato.

—No, no, qué va —dijo Lena lentamente—. Yo me compongo el moño en poco tiempo, tengo mañas para eso. Durante los años que he servido en la casona de los Mendoza, aprendí a prepararme con mucha ligereza. Doña Pina exigía una pulcritud severa en nuestro aspecto y, desde muy temprano, mi obligación era estar peinada y arreglada —dijo Lena observando las miradas atónitas de Julita y Emilio por su inesperada verborrea.

El rostro de Lena, visiblemente magullado, quedó encarnado como una drupa, aunque la sonrisa sencilla y sincera de Julita le ayudó a salir de aquel incómodo momento.

—¡Pues venga, manos a la obra! —exclamó la zagala animada por ayudar a Lena.

De las cajas desparramadas por el suelo de la habitación fueron saliendo la camisa, los pololos, el corsé y el cubrecorsé y por último la enagua. Una vez que la joven estuvo vestida interiormente, comenzó Julita a desdoblar la indumentaria de luto que Emilio había adquirido para ella. Lena lo percibía como un disfraz, aunque nunca había sentido esos tejidos tan finos rozando su piel. Si bien, en incontables ocasiones los había planchado, doblado y guardado en los armarios de la casona de los Mendoza.

Emilio, ya vestido y acicalado, se sentó en el secreter de espaldas a las muchachas. Leía un documento y preparaba los papeles y billetes con los que saldrían, con suerte, de Comillas. Permanecía con el legajo en la mano hundida en sus meditaciones y sintiendo que en su mundo interior se libraba una lucha encarnizada entre dos corrientes enfrentadas.

A veces, consideraba que exponía demasiado su reputación y su capital ayudando a huir a la infeliz que recogió en la calle con la intención de socorrerla y, fundamentalmente, arriesgaba la rentable transacción económica cerrada con la familia Mendoza, cuya firma había sido la causa primordial por la cual habían llegado Antonio y él hasta Cantabria. También pensaba que, si cometían algún error o eran descubiertos en la huida, todo cuanto había logrado en tantos años se iría al traste y el motivo que lo impulsaba a encubrir a Lena le parecía demasiado altruista y sensiblero, quizás excesivo porque

no existían lazos, suficientemente fuertes, que lo vincularan a la muchacha para justificar su forma de protegerla. Asimismo, le preocupaba ser descubierto y retenido por las autoridades españolas más tiempo del que le quedaba. Su único deseo era llegar a Cádiz en la fecha prevista para embarcar en el "Reina de los Ángeles" y volver a casa. Porque... ¿Qué sabía él realmente de Lena? Quizás los hechos no habían sucedido como ella se los contó entre lágrimas y él se los había creído sin indagar en su veracidad... Posiblemente tenía que haber escuchado a Antonio cuando le advirtió que este desatinado auxilio a una muchacha desconocida podría desembocar en su ruina...

Pero en otros momentos, Emilio entendía que ya había dado su palabra y se encontraban en la recta final para dejar a esta pobre desdichada, víctima de una violación brutal, segura y fuera del alcance de sus depredadores...

Aunque el vasco se sintiera intranquilo por sus incertidumbres y cuitas, externamente controlaba de forma admirable sus nervios y nadie notaba sus trifulcas intestinas.

—¡Ya estás! —escuchó la voz de Julita.

Emilio, inconscientemente, giró el cuello y dirigió sus ojos hacia donde se encontraban las dos mujeres, las miró y la confusión que lo atenazó quedó reflejada en su rostro. Tosió un poco con el propósito de desatar el nudo monumental que se produjo en alguna parte de su cerebro, aun así, siguió mirando a Lena con incredulidad. La sirvienta de doña Pina poseía un talle fino, un busto perfecto y el miriñaque le abría la falda ofreciéndole a la muchacha un aspecto majestuoso. Los rubios cabellos recogidos en un moño, contrastaban hermosamente con el negro de sus ropas y la blancura de su piel parecía de seda.

Julita le colocó el tocado adornado con una pluma que salía de la base del casco posterior y quedaba encaramada por encima de la cubierta, otorgándole un vistoso porte de elegancia al sombrero, le bajó el tul negro para cubrirle la cara que desapareció tras la tela. Ella se colgó del cuello el escapulario de la Virgen del Carmen y el Santo Cristo del Amparo que quedó posado sobre su pecho, después, se deslizó los guantes de raso negros por sus manos, cogió la capa ribeteada con flecos para depositarla sobre sus hombros y la limosnera la colgó de su muñeca.

Julita dio un paso atrás para coger espacio y poder contemplar a Lena con cierta distancia. La boca se le abrió al ver tanta gentileza.

No podía creer que una criada pudiera transformarse en una dama en tan poco tiempo.

—¡Oh! ¡Vaya! ¿Quieres saber cómo estás? —preguntó.

—Solo quiero saber si se me reconoce —respondió Lena aturdida por las miradas.

—¡Imposible! —exclamó la chiquilla.

En ese momento, Emilio escondió dentro de la mano de Julita una pequeña bolsa con dinero que había estado preparando mientras se vestía Lena, para recompensar los desvelos de la zagala.

—No señor, no deseo que me pague con dinero ni con nada. Lo poco que haya podido hacer por Lena ha sido porque yo he querido... Con eso me basta y me sobra. Muy agradecida quedo por estos dos días que me he sentido más satisfecha y alegre que nunca... Estar todo el día trapeando el suelo es muy aburrido... —acabó diciendo Julita con cierta tristeza.

—Bien sabe Dios lo mal que me sabe no poder pagarte la dedicación y el servicio que nos has ofrecido, especialmente a esta pobre mujer...

—¡Bah! ¡Una tontería! Ahora nos queda la última peripecia, sacar de la posada a Lena. Tendré que distraer a mi padre... —dijo la zagala divertida.

Gracián estaba muy lejos de sospechar la artimaña que emplearía su hija para distraerlo y alejarlo de su mostrador en la recepción de El Águila. Emilio y Lena, convertida en una joven y respetable viuda, pretendían salir de la hospedería sin la presencia del posadero y con el único fin de que la joven pudiera introducirse en el carruaje sin ser vista. El vasco intentaba confundirse entre la escasa gente y ser uno más de los paisanos que transitaban en sus carruajes por el pueblo, que comenzaba a desperezarse a esa hora temprana.

Julita fingió un desmayo cuando entró en la cocina, a doña Marina no le dio tiempo a sujetar a su hija por la cintura y la chiquilla se estampó contra el suelo. Doña Marina, alterada, vociferó a Gracían para que le ayudara a levantar a su niña del enlosado y le procurara, agitando su delantal, el aire suficiente para que despabilase y saliera del estado inconsciente en el que se encontraba. Tras la llegada atolondrada de Gracián, los ayes y gritos de la sirvienta y la posadera, transportaron el cuerpo laxo de la chiquilla hasta su jergón en el minúsculo dormitorio en el cual dormía, y la depositaron en el colchón propinándole cachetes con el

fin de despertarla. El fingido desmayo de la zagala fue tan fielmente parodiado, que sus padres se tragaron el cuento y Lena pudo salir de la posada sin apuros. Cuando Julita escuchó el ruido de los caballos y el crujir de las ruedas de la calesa, abrió los ojos con el color del rostro perdido y una mueca de desconcierto que conmovió a todos; no hubo un alma a su alrededor que dudara de la veracidad del vahído.

En el carruaje la tensión se podía cortar con un cortaplumas, los militares con los fusiles en ristre inspeccionaban todavía por las calles de Comillas en un intento desesperado por encontrar a la sierva de doña Pina. Esa sirvienta ya no existía, se había convertido en una joven viuda, rica y distinguida, nadie en su sano juicio podía descubrir en la señora enlutada con ropas finas a una criadita. Por eso, a pesar del peligro que entrañaba el corto trayecto que estaban recorriendo, los militares saludaban con respeto a Emilio y a la desdichada viuda que lo acompañaba mientras circulaban en la calesa por la empedrada calle de la villa. La posición inmóvil y tensa de Lena ayudaba a entender que se hallaba sumergida en la mayor de las tristezas, cierto era que así se sentía la doncella de doña Pina.

Con el rostro demacrado y apoyado en la torre de San Cristóbal aguardaba Antonio a su amigo y a la criada. No sabía por qué Emilio se había metido en este lío que les podría costar tan caro. Llevaba cinco largos minutos esperando bajo una leve llovizna presagiando situaciones terribles. “No puede haber salido bien”, se decía. “Esto tenía que estallar”, continuaba pensando tras ver alejarse de la plaza a una patrulla de militares que nuevamente había rastreado la zona. Rememoró aquel día de mayo de 1831 que escaló la escalera del “Reina de los Ángeles”, atracado en el muelle del Puerto de Cádiz, huyendo de la justicia y con mucho miedo a que lo apresaran. Ahora, diez años después, seguía sintiendo el mismo miedo por motivos semejantes. “¡Por los clavos de Cristo! ¡Esto es una pesadilla! Parece una repetición de hechos”, pensó con cierto desaliento.

Estaba tan convencido de sus malos augurios pensando en tantas calamidades, que no escuchó el lento trote de los caballos anunciando que se acercaban Emilio y Lena dentro del carruaje. La diligencia estaba estacionada delante de la puerta de la iglesia,

hacía un rato que esperaba a los pasajeros. Ya había cierto movimiento de baúles, maletas, cofres y bultos de todos los colores, tamaños y formas que el jefe de la diligencia con su ayudante iba disponiendo de forma magistral en los compartimientos reservados para el equipaje.

Antonio, antes de salir de su casa, se había tomado una doble copa de orujo que le estaba agitando el estómago con unas ardentías insoportables. Se había abrazado a su madre para despedirse de ella con el pecho encogido por el pesar de la partida y, después, ella le había acariciado la mejilla como si fuera un niño, aún sentía el tacto de su piel.

El coche frenó su marcha delante de Antonio, y Emilio asomó la cabeza por la ventanilla indicándole que subiera al carruaje. Luis se encargaría de transportar el equipaje hasta la diligencia y organizarlo junto al cochero de la misma.

Cuando ya estuvo sentado el comillano al lado de su amigo, le abandonaron las fuerzas. El pavor a ser descubierto por la justicia y la tristeza de dejar a su familia en Comillas dejaban posos de hiel en su ánimo y sintió el apremio de rezar sin perder de vista a Lena. La muchacha, con el rostro vuelto, miraba a través del cristal la plaza en la que había transcurrido parte de su vida y contempló, quizás por última vez, la Iglesia de San Cristóbal hallándola más hermosa que nunca. “¡Cuántos recuerdos!”, pensó Lena con los ojos inundados.

Antonio comenzó a rezar el padre nuestro buscando el sosiego que siempre le reparaba la oración y al mismo tiempo observaba a la muchacha. <Padre nuestro (¡qué hermosura de mujer!) que estás en los cielos (¡le queda bien el atuendo de viuda!), santificado (¡Vive Dios que nadie podría negar que Lena procede de una familia principal!) sea tu nombre; venga a nos el tu reino (parece una señora distinguida de una juventud fresca), y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (El velo que esconde su rostro, no consigue ocultar su tristeza)

—¡Antonio! ¡Me cago en diez! ¡Atiende, hombre de Dios!... Te digo que, si no encontramos vigilancia, subiremos a la diligencia en Cabezón de la Sal que es la próxima parada. Según me cuenta Luis, los militares están comprobando la identidad de cada pasajero antes de partir. Por lo visto, son órdenes estrictas del puesto de mando —dijo Emilio apartando al comillano de sus místicas cavilaciones.

—Yo subiré aquí y os indicaré el momento que podáis hacerlo

vosotros —respondió Antonio.

—Me parece bien, cuando lo creas conveniente nos incorporamos a la diligencia. Calculo que hasta Torrelavega podremos ir en la calesa y cuando lleguemos a Reinosa, lograremos descansar de este férreo control.

—Tienes que estar pendiente de mi mano derecha, cuando haga un gesto con ella es para informaros que ya está el camino libre.

Antonio saltó de la calesa con cierta sensación de alivio, sabiendo que dentro de aquel minúsculo espacio se encontraba el detonante que podría truncar su vida y hacerla saltar por los aires. Se encaminó con apremio hacia la diligencia donde ya estaban acomodándose los pasajeros que partían hacia Madrid y se sentó en su asiento con una angustia asfixiante.

Emilio, por su parte, al observar el apresuramiento de su amigo cuando salió del carruaje, deslizó la cortina y tapó el cristal advirtiendo los nubarrones negros que se formaban en el cielo. Con voz grave ordenó al cochero:

—Luis, vamos derechos hacia Cabezón de la Sal, una vez allí veremos si podemos subir a la diligencia, si no es posible, nos llevará hasta Torrelavega; hoy nos queda una larga jornada.

—Sí señor, un día largo —contestó el cochero pensando en los cuartos que iba a ganar.

Y así fue como Lena desapareció de Comillas. Iba con la mirada perdida, envuelta entre tafetanes y tules negros, con el Santo Cristo del Amparo aplastado en su mano y dejando a una legión de hombres frustrados, buscándola en vano.

24

Comillas, el mismo día.

Llovía a cántaros, y un viento furioso barría implacablemente el mundo, despojaba de transeúntes la calles y torcía los chorros que caían de las nubes; lo convertían en látigos que bajaban oblicuos. Ni los pórticos ni los portales valían para guarecerse porque el viento y el agua lo invadían. Las puertas, postigos, ventanas y contraventanas se cerraban con estrépito, en un intento desperado por esquivar la tempestad que flagelaba a Comillas.

Al sargento le había sorprendido la tormenta mientras caminaba por la plaza de la Iglesia, se refugió bajo los arcos del ayuntamiento, aunque pronto sintió cómo los latigazos impertinentes de aguas frías se incrustaban como punzadas entre su uniforme que se caía a pedazos. El color amarillento de su camisa parecía que tuviese ictericia y el pardusco del azul de su chaqueta semejaba a míseros harapos después de tantos días buscando a la dichosa criada. Malhumorado se acordó de la cantidad de cuchitriles, de agujeros infectos, repugnantes, que había tenido que hurgar centímetro a centímetro sin ni siquiera haber encontrado una pista. Él se había considerado hasta la fecha un tipo aguerrido, bragado, sin un reproche con el que fustigarse. Sin embargo, esa mañana se sentía el hombre menos afortunado del mundo, era la primera vez que algo se le torcía tanto y precisamente con una

vecina tan principal de Comillas como era doña Pina y su hijo don Mateo Mendoza.

La verdad era que no sabía nada, la nada más absoluta, a esa muchacha se la había tragado la tierra porque no quedaba un solo palmo de tierra en Comillas por escudriñar.

Cuando el sargento abrió la cancela de la casona de los Mendoza, empezó a oír las campanadas. Oyó primero las de San Cristóbal anunciando el Ángelus, después las de los conventos de las monjas y de los frailes.

Doña Pina y Catalina estaban acabando el aperitivo en la mesa del comedor de diario cuando lo vieron aparecer en la puerta con el rostro transido y sintiéndose deshonrado por el fracaso de la misión que le habían encomendado en la comandancia de Santander, con especial interés puesto en doña Pina y don Mateo.

Al contemplar su semblante, la señora preguntó alarmada dónde estaba su criada, Magdalena Villar Cifuentes, la mujer que intentó asesinar a su hijo.

—No la encontramos, señora, y la hemos buscado por todas partes...

El sargento se mantenía erguido, aunque una explosión de vómitos le esperaba en cuanto saliese de aquella casa. Se encontraba cansado, desfallecido y avergonzado por su infructuosa búsqueda, le atormentaba el estrepitoso fracaso, pero su deber era informar a doña Pina.

—¡Partida de inútiles! —Gritó la señora—. ¡Una mujer sola, sin ayuda y sin posibilidad de defenderse no puede burlar tan fácilmente al ejército español! ¡María Santísima! Algo muy raro está sucediendo aquí... Sargento, debe de haber una explicación para tanta incompetencia.

—Sí señora, debe de haberla, pero no la tenemos.

—¡Cómo se llama! —preguntó desabrida la doña.

—Sargento Alberto Vallano, señora.

—Pues bien, sargento Alberto Vallano, quiero resultados antes de que acabe el día de mañana. ¿Entendido? Si no es así, su carrera en el ejército está acabada.

La humillación era grande, pero el joven aguantaba estoicamente las amenazas y las rabietas de la señora esperando soluciones a corto plazo y explicaciones imposibles de proporcionar.

—Señora... Muchas veces necesitamos tiempo para apresar a los fugitivos, es del todo imposible que su criada haya podido salir de

Comillas hacia otro lugar. Los caminos, los prados y el puerto están vigilados. Si está guarecida en alguna madriguera tendrá que dar la cara en algún momento, no podrá resistir sin alimentos ni agua. Los comillanos tienen orden estricta por parte de la autoridad civil y militar de no socorrer a la prófuga, incluso don Celso permanece con su casa vigilada las veinticuatro horas del día. Ya sabe usted que vive amancebado con la hermana de la susodicha.

El sargento se puso a pensar en Teresa, cuando sus hombres entraron a realizar el tercer registro en la casa del secretario del consistorio. En los ojos de la pobre muchacha había una profunda tristeza, una desesperación resignada, que daba frío y sombra. Padecía un dolor mudo, no era posible respirar mucho tiempo la atmósfera de desconsuelo en que la joven vivía: todo su organismo debía de sentir repugnancia por aquellas intromisiones de los militares en su hogar... La intimidad de Teresuca estaba amenazada con una especie de asfixia agonizante.

—¿Quién es su capitán? —contraatacó doña Pina— ¡Habrá que informarle de los imperdonables errores cometidos! Un suboficial quizás no sepa combatir ni desplegar una operación como ésta. Sargento, creo que este dispositivo le ha quedado grande. Necesitamos militares más preparados, que posean más conocimientos tácticos de los que ostenta usted para encontrar a la mujer que intentó acabar con la vida de mi único hijo. Es de lógica pensar que la criminal no está lejos, a no ser... —doña Pina frenó su verborrea, una idea retorcida, absurda e improbable le cruzó por la mente, rechazándola al momento; los jóvenes indianos jamás pondrían en riesgo un negocio de tal envergadura.

—¿Han revisado las diligencias, sargento?

—Sí señora, no ha partido pasajero sospechoso ni ningún forastero, excepto esta mañana que reanudaban su vuelta hacia Madrid don Antonio y su socio, según me informaron mis hombres, el regreso de los señores estaba previsto para hoy, además, se hizo la inspección pertinente en el carruaje, no detectando nada digno de mención.

—Sí, sí... don Antonio y don Emilio partían hoy temprano. De eso estoy enterada —dijo doña Pina pensativa—. ¿Seguro que no iba nadie con ellos?

—Nadie, señora.

La señora, sorprendida por su desliz, ensambló sus pensamientos en el esquema reglamentado aprendido durante años, era

totalmente ilógico ese destello perverso que había cruzado su frente. Y Salió toda la grandeza de su estirpe creyendo que la criadita nunca encontraría apoyo en seres humanos tan significativos, nobles, más elevados en posición y dinero.

Sin embargo, al sargento algo le bailaba en la cabeza, las ideas iban y venían con un cabo suelto imposible de atar. Sabía que en las numerosas imágenes almacenadas en su memoria había una que no encajaba, pero no acertaba a verla; aparentemente estaban todas en orden. Era terrible esa sensación de impotencia que le producía tanta inseguridad, buscaba y rebuscaba en su mente, pero no encontraba aquella pincelada disonante, aquel detalle que le impedía visualizar el cuadro cuyo paisaje no estaba completo, armonioso, equilibrado...

Cuando el sargento traspasó la cancela de la casona de los Mendoza, iba con la moral por los suelos, roto por el cansancio que soportaba desde hacía dos días y hundido por sus inconsistentes logros como líder de la operación. Esa mezcla de reconcomios se forjó en su estómago, pero disimuló las náuseas durante el severo encuentro con la señora principal de Comillas, hasta que se vio en la calle y, apoyado sobre un muro, prorrumpieron todas sus nerviosidades con tal furia que sus botas quedaron aún más mugrientas.

Limpió su boca con el puño de la sucia chaqueta, inhaló fuerte el aire húmedo de la calle llenando los pulmones y tras expulsarlo se orientó hacia la posada, algo le decía que allí encontraría la pieza que le faltaba. La confusión era grande mientras subía a Campios, aún conservaba algo de dignidad y con ella se presentó en la puerta de *El Águila*, pero se tropezó antes de entrar en la posada con un pelotón de hombres a su mando y se le acercó el sardinuca, un soldado enclenque nacido entre sardinas, para indicarle con gesto amargado que no había nada nuevo, que la búsqueda matinal también había sido infructuosa.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —vociferó el sargento harto de tantas frustraciones—. ¡A ver, sardinuca! ¿Te has encargado esta mañana de la diligencia que partía a Madrid? Porque la señora ha puesto especial interés en ese momento.

—Sí, mi sargento. Yo mismo revisé la documentación de los pasajeros y registramos el carruaje. Le puedo asegurar que en esa diligencia no partía la criadita de doña Pina.

—¡Seguro, sardinuca!

—Seguro, señor...

Cuando el dueño de la hospedería reparó en el sargento, se le demudó el rostro y se le sublevaron las tripas. Lo vio entrar desgarbado, más mustio que nunca y le dijo:

—¡Dios mío!, sargento. ¿Otra vez me va a revolver todo el local?

—No, buen hombre, solo el chiribitil que dejé sin registrar.

—¡Por todos los cielos!... Allí solo anidan asquerosas ratas...

—No me lo ponga más difícil, Gracián —le suplicó el sargento sabiendo que era el único palmo de Comillas que permanecía sin escrutar.

Doña Pina y Catalina seguían sentadas en las sillas, con los hombros encogidos e inmóviles y un rictus indescifrable marcaba los rostros de las dos señoras. Esperaban a que Manuel Luján, cuñado de Catalina y médico de la familia, finalizara la cura del brazo sin mano de Mateo. El joven galeno, aspirante a cirujano, se hallaba en los aposentos del desventurado manco tratando la herida abierta que aún peligraba por infección.

Francisca anunció a las señoras que don Manuel quería hablar con ambas en la alcoba de don Mateo. Las mujeres se levantaron descoloridas y se dirigieron a la habitación del mutilado. Entraron despacio con miedo a encontrarse con un panorama difícil de digerir, pero se toparon con un hombre más erguido. Mateo reposaba su espalda sobre tres almohadones que Francisca le había entremetido, siguiendo la indicación del joven galeno, para que mantuviera el torso incorporado y favorecer así la respiración y la circulación sanguínea. Manuel Luján escribía los remedios sentado delante de la superficie desplegada del secreter, con la cara seria y los ojos cansados.

—¡Ah!, señoras. Entren por favor que les explico los cuidados que necesita mi amigo Mateo. Especialmente me dirijo a ti, querida cuñada… Tu esposo debe permanecer en reposo hasta que yo indique lo contrario, no debe mover el brazo, para que no se desate nuevamente la hemorragia exanguinante. La lesión donde se produjo la disección está limpia, por ahora no se vislumbran síntomas de posible infección. Esa es la causa por la que vendré todas las veces que sean necesarias para limpiar y vigilar la herida, estos primeros auxilios son imprescindibles para que cicatrice lo antes posible... En cuanto al régimen de comidas, Mateo se

alimentará principalmente de carnes rojas y muchos líquidos, nada de alcohol, excepto una copa de vino rojo con el almuerzo cuando acabe el tratamiento de los calmantes que le estoy suministrando estos primeros días. Como verán, ahora está un poco más lúcido. Atrás quedaron las eternas horas que permaneció inconsciente, aunque aún se encuentra muy cansado y abatido... por la pérdida de la mano. Les ruego animen a Mateo, necesita apoyo y comprensión de todos los que le rodean. El medicamento con el cual intento aliviar el dolor agudo que padece, es un preparado eficaz que lo deja semiinconsciente. Pero es totalmente ineludible durante los primeros días del proceso de cicatrización para evitar más sufrimientos de los necesarios. Esta fórmula galénica se prescribe a pocos pacientes y no se despacha en boticas... Es una droga nueva, bastante peligrosa si no se administra correctamente en su dosis adecuada, por eso requiere conocimientos y disciplina. La cantidad no debe ampliarse o disminuirse a capricho del enfermo, solo el especialista en medicina puede realizar cambios en el volumen de la ingesta...

Manuel Luján acabó sus recomendaciones mirando a Mateo con cierta compasión y convencido de que saldría adelante. La hemostasia era un hecho, después de la vasoconstricción tan implacable que le efectuó Catalina inmediatamente después del traumatismo. La sección amputada permanecía reconstruida; en las arterias del arco radial y del arco palmar y también en vasos sanguíneos había realizado ligaduras con seda. Solo quedaba esperar la encarnadura que formaría el muñón que con el tiempo se crearía. Aunque el dolor era todavía intenso, absolutamente insoportable, se lo apaciguaba el novedoso preparado que contenía sulfato de morfina, cloroformo, heroína y otros compuestos destinados a proporcionarle aspecto de solución acuosa con sabor y olor apropiados. Este fármaco innovador, lo había conseguido a través de un amigo también médico que ejercía la cirugía en Londres y que le dispensó varios frascos de esta potente droga por si tenía que utilizarla para uso propio o para algún enfermo especial.

—Atiéndeme Catalina y usted también doña Pina. Tienen que ser extremadamente cuidadosas con este preparado que les dejo encima de la cómoda. Cada seis horas le van a suministrar diez gotas en este vaso que tengo en mis manos con un dedo de agua. El volumen del agua puede variar, pero la cantidad de gotas del remedio, bajo ningún concepto.

—Yo asumo el cargo de su tratamiento, Manuel —dijo Catalina más gris que nunca—. Pierde cuidado que le administraré las gotas como tú prescribes.

—Me quedo más tranquilo sabiendo que te ocupas personalmente, querida Catalina, de suministrarle el medicamento a tu esposo; las manos del servicio pueden ser nefastas. Así que guarda el frasco en lugar seguro y bajo llave para evitar algún percance...

Doña Pina calló prudentemente y ocultó la contrariedad que sintió al saber que su nuera se iba a hacer cargo del tratamiento de Mateo. Disimuló su malestar pensando que era su esposa y le correspondía tal prerrogativa, sin embargo, aún sentía cierta desconfianza hacia ella, en el fondo de su alma no se fiaba de la caprichosa Cati. Cierto era que lo salvó de una muerte segura si no llega a actuar con la rapidez y la contundencia que lo hizo, pero no podía obviar el desprecio y el rencor que durante mucho tiempo había percibido en sus ojos.

Doña Pina veía muchas cosas, demasiadas, incluso más que los demás, aunque se guardaba de exteriorizar sus componendas internas. Había aprendido, con el paso de los años, a conocer el alma del que tenía delante y Catalina la tenía muy negra. Al llegar a este punto se santiguó, Mateo había contribuido a ennegrecer su espíritu y también a que se hubiera transformado en una experta del disimulo. El cinismo que caracterizaba la forma de ser de Cati lo fue adquiriendo en la casona, de eso estaba segura. Ella había ido descubriendo poco a poco la incertidumbre de sus pasos, sus trastornos de humor, sus sollozos nocturnos, los signos inequívocos de

una mujer desequilibrada.

Mateo alargó levemente el brazo con el latido de la sangre en su mano, acababa de despertar tras beber el agua con las gotas que lo arrancaba de su mundo repleto de padecimientos y lo introducía en otro más llevadero. Notó sus dedos vivos en un espacio transparente. Miró su extremidad y no halló su mano en el lugar donde tenía que estar. Se internó nuevamente en las profundidades de su mente, en la nebulosa blanda y suave para no sentir dolor, otro mundo donde solo existía deleite, un gozo que agradecía.

—Señor tiene que tomar la sopa, despierte por favor, señor,

señor...

—¡Déjame dormir, cretina!

—Señor, lo siento, pero tengo órdenes terminantes de no salir de la habitación hasta que acabe usted con el caldo.

Abrió pesadamente los párpados como si fueran de metal y descubrió el pálido rostro de Francisca con los ojos desorbitados reflejando tal aflicción, que sintió cierto recelo de la criada.

—¡Qué miras, so idiota! ¡Tengo monos en la cara, o qué! —espetó Mateo con la voz rota, parecía borracho.

—No señor, yo solo deseo que acabe con su condumio para bajar a la cocina y seguir trajinando...

—Pues ya sabes que tienes que dármelo como a un niño de pecho.

—Sí don Mateo. Abra la boca...

Francisca fue introduciendo la cuchara en la boca de su amo una y otra vez, con cuidado y esmerándose en que no cayera ni una gota de la sopa sobre el embozo de la fina sábana bordada.

Cuando terminó Mateo con el plato, la sirvienta le limpió las comisuras de sus labios y el alborotado bigote con una suavidad extrema. Recogió la bandeja, le recompuso la cama y se dirigió a la puerta dispuesta a no volver hasta que se lo ordenaran. Entonces escuchó su voz rara, llena de brumas, preguntando por ella.

—Y esa ramera dónde está, porque tú tienes que saber a dónde ha ido.

—Por quién pregunta el señor —le contestó Francisca con el rostro blanquecino, conociendo la respuesta.

—Por esa puta, hija de mala madre, que me arrancó la mano de cuajo...

—No sabemos nada de ella, señor. Huyó inmediatamente después de que...

—De que intentara matarme..., ¿no? Huyó como una puta rata, lo que es, la muy perra. Pero ya la alcanzarán y pagará por lo que ha hecho.

—Sí señor —contestó sumisa Francisca para que la dejara marchar de aquel cuarto donde se respiraban odios y viejas perversiones junto a diversos efluvios humanos imposible de aguantar.

Cuando Francisca cerró la puerta detrás de sí, pensó que nuevamente el señor se había dormido, sin embargo, lo dejó sumido en una llantina. De pronto se emberrenchinaba y gemía,

blasfemaba, imprecaba, maldecía por su suerte, pero al momento siguiente lloraba como un niño perdido, todo lo que quería era que ella volviera... Su vida estaba mal, había caído demasiado bajo: manco y sin Magdalena se acabaron sus ganas de vivir. Si estuviera allí con mirarla a ella a él le bastaría, pero pensó en el infierno, su existencia era el infierno y su vida terrenal era evidente que había finalizado, en cuanto pudiera se descerrajaba un tiro entre ceja y ceja y con esto finiquitaba su historia.

¿Dónde estará esa puta?, se preguntaba mientras la soberbia y la rabia lo ahogaban. Pagará por su infamia. "¿Dónde te escondes, rata asquerosa?", se decía rojo de la ira. "No puedes irte... No puedes alejarte de mí... Hasta que yo te lo ordene estarás conmigo..."

Delirando, entró nuevamente en ese sopor plomizo donde temporal y precariamente hallaba cierta paz.

Francisca bajó el último peldaño rezando y maldiciendo por su suerte. Depositó la bandeja en la mesa grande de la cocina y se sentó junto a Juana que estaba expurgando las lentejas del almuerzo de los criados.

—¡Virgen Santísima! Qué te ocurre muchacha —preguntó Juana a Francisca.

—He pasado unos momentos muy malos, Juana. El muy canalla me ha preguntado por Lena, creyendo que yo conozco su paradero. ¡Puaf! Ese pirado me da mala espina... Por mi santa madre, que si puedo no pongo más un pie en aquel cuarto; allí solo se huele la muerte y la miseria ¡Seguro que el desgraciado me ha echado una maldición gitana!

Francisca, con los dedos cruzados, hizo un gesto queriendo descargar con él las energías negativas que transportaba su cuerpo, después de haber permanecido un rato en la alcoba del señor. Una vez liberada de la eclosión maligna, preguntó:

—¿Y el niño dónde está...?

—En el patio, esperando a su tía. Cree que hoy va a venir a por él.

—¡Angelito mío! Lo que le espera a esta criatura cuando el ama se lo suba definitivamente.

—Y a nosotras, Francisca. Dentro de poco no trataremos igual al hijo de Lena. La señora se encargará de crear la distancia que se le debe a un señorito y ya no será lo mismo... ya no será lo mismo... —repitió Juana con lágrimas en sus ojos.

Teresa observaba un remolino de hojas húmedas cimbreándose

por el suelo de la plaza de la Iglesia. Después de la tormenta, Comillas abría nuevamente los postigos de sus ventanas, las puertas de sus casas y se presagiaba el cotidiano trasiego de la villa a esa hora del día. Estaba de pie delante del balcón de madera que daba a San Cristóbal, pegaba su nariz al cristal mientras pensaba en el paradero de Lena, en el futuro de su sobrino y revivía, con rabia, la pusilanimidad que mostró Celso ante este asunto. Llevaba dos días revuelta, demasiadas inquietudes y nervios se acumulaban dentro de ella, pero lo peor fue la decepción, esa decepción que le había caído como un jarro de agua fría en el peor momento.

Tres dagas se clavaban en su corazón, tres desgarros dolorosos ahogaban a Teresuca. Tres nombres machacaban su cabeza: Lucas, Lena y Celso. Lucas le hacía sentir una tristeza infinita, ese niño que había criado junto a su hermana se le metía en la cabeza y no salía. Sabía que él esperaba algún gesto de ella, que al menos fuera a recogerlo y alejarlo de la casona de los Mendoza, ese lugar oscuro, tenebroso, inadecuado para crecer feliz. Pero su abuela paralizaba la esperanza de tenerlo cerca, poseía las armas del poderoso, gozaba de fortuna y contactos suficientes para alejarla de su pequeño..., aunque la sangre de Lucas también corriera por las venas del ama.

Teresa se había quedado seria y un poco pálida, sus ojos fijos miraban sin ver el paisaje que le ofrecía el balcón de su casa. Su hermana también llenaba un hueco en su sesera. Desconocer su paradero le producía una sensación de extrema inquietud y el pensamiento se le inundaba de recuerdos melancólicos de su vida en familia, cuando aún vivían sus padres en la casuca del barrio de pescadores, allá en la parte alta del pueblo. Recordó la alegría que sentían cuando Jonás colmaba el añorado hogar con sus sonrisas y sus picardías entretejidas de carcajadas y palabras sencillas, llenas de cariño y ternura. Y ahora Lena se encontraba desaparecida en algún lugar recóndito, refugiada de esos sabuesos que la perseguían para apresarla y encerrarla en un calabozo. “¡Dios! ¡Cuántas amarguras!” Imploraba en silencio al Santo Cristo del Amparo, ese Cristo al que tanto había rezado delante de su sagrada imagen. Solo le pedía que la ayudase a escapar, a huir de sus perseguidores, a evaporarse de aquel lugar…

Escuchó la llave de Celso en la puerta, también sintió el metal chocar contra la herrumbrosa cerradura. Entró en el vestíbulo pausadamente como él solía entrar, dejó el sombrero en el perchero, se desabrochó la levita gris y se aflojó el cuello duro de la camisa.

Franqueó la puerta del salón dispuesto a gozar de la suavidad de su hogar, pero ese día todo habitaba crespo. Teresa lo examinaba con ojos acerados, quizás demasiados gélidos. Celso sintió el frío traspasarle el esternón, notó un dolor insoportable en su tórax ramificándose por los costados de su cuerpo.

—¿Qué ocurre, ángel mío? —le dijo soportando tanta frialdad.

—Nada que tú no sepas —le respondió la moza para añadir—: ¿Sabes algo de mi hermana?

—Desgraciadamente, no. Mi pobre Lenuca ha desaparecido del pueblo…

—Pero su hijo ha quedado en Comillas, en la casona de doña Pina… —soltó Teresuca expeliendo lava de su garganta.

Ese era el muro que los separaba, esa desgracia había caído como un obús en el amor que se profesaban, reventándolo y haciéndolo saltar por los aires. Celso conocía muy bien lo que sucedía dentro de su amada. Pero el miedo lo bloqueaba, el maldito miedo que jamás pudo despojarse de él. Con el rostro apergaminado, se adentró en las alcobas sin saber qué hacer. Se contempló como un cobarde; doña Pina era todopoderosa y su puesto en el consistorio peligraba si él emprendía una batalla legal contra ella. Teresa jamás lo entendería, pero la señora iría a por él, le destruiría y todos dependían de su peculio.

Teresa volvió al cristal y contempló a tres soldados apostados sobre el muro de la iglesia vigilando de frente el portal, la guardia no cesaba. En ese momento se acarició el vientre, en sus entrañas llevaba el fruto de su amor por Celso. Pero sintió ganas de llorar, se encontraba terriblemente decepcionada; ese hombre tenía sangre de horchata. Ahora lo veía como el fantoche del que murmuraban las comadres a su paso. No era tiempo de tener a ese hijo; intuía que su progenitor no lo merecía.

25

Reinosa, 19 de septiembre de 1841

Cuando divisaron los tejados de las viviendas y los torreones de Navamuel y Manrique, cerraron los ojos y respiraron aliviados; con cierto consuelo se acercaban a su destino. En Reinosa pernoctarían y descansarían para reanudar al día siguiente el periplo.

Habían salido del territorio peligroso, el proyecto de fuga a cada metro que recorría el vehículo era más viable. La estrecha vigilancia a la que estuvieron sometidos desapareció como los fuertes chaparrones y rayos verticales que soportaron a través de los sinuosos caminos, especialmente cuando cruzaron el complicado tramo de las Hoces de Bárcena. La diligencia fue bajando ese tramo entre brincos, tambaleándose. Más de un bulto cayó al suelo del carruaje rodando y dando tumbos entre los pies de los pasajeros. Hubo que frenar la marcha, detener el coche cada vez que se precipitaba del techo un fardo por el escarpado camino. El recorrido hasta llegar a Reinosa se trocó infernal, agotador; esencialmente farragoso. Además, se añadía el temor y la ansiedad de la persecución de los militares y de las sospechas que quizás habrían levantado en Comillas, poniendo en peligro la transacción comercial y económica con los Mendoza.

Se notaba el frío cuando se deslizaron con la diligencia por la ribera del Ebro que surcaba la villa, cuyas aguas favorecían la fría

humedad que impregnaba a la ciudad y la hermoseaba con una frondosidad espectacular.

Pasaron por la Casa de Cossío, por la Casa de la Princesa y por la casa palaciega de los Marqueses de Cilleruelo, también conocida como la Casa de Pano, y bordearon la iglesia de San Sebastián construida en piedra de sillería, con su esbelta torre y su portada barroca que a Lena se le antojó análogas a las de San Cristóbal, aunque el campanario de la torre finalizara en forma de pirámide y quedaba rodeada por una balaustrada. Se instalaron en una hospedería: "Nuestra Señora de Caldas". Era una posada acogedora en la que se alojaron los pocos pasajeros de la diligencia donde descubrieron las estancias aseadas y los colchones blandos y caldeados.

La tristeza de Lena aumentaba y era persistente. El dolor mudo que sentía la muchacha la envolvía en penumbras solemnes, aunque parecía serena en su sufrimiento. Permaneció, durante la travesía, derecha sin señal de fatiga y con las manos enlazadas cubiertas del raso de los guantes que impedían reconocer la piel enrojecida, inconfundible de una criada.

Cuando se dispuso a bajar del vehículo, Emilio le ofreció la mano en un gesto generoso. Sabía de la inexperiencia de Lena con el manejo del miriñaque; también sabía lo complicado que era dominar la cantidad de metros de velos y telas durante la bajada del carruaje. El pie de Lena, calzado con botín negro, se posó sobre el primer peldaño de la calesa dejando los encajes de las enaguas y los pololos a la vista. Cuando descendió el segundo escalón, los aros del miriñaque se atascaron en el hueco de la portezuela del carruaje. El tobillo y parte de su pantorrilla quedaron al descubierto y Antonio clavó sus ojos en la pierna de la criada. A su vez, Lena al apreciar la mirada lúbrica del comillano, la intentó cubrir inmediatamente con las mejillas arreboladas por la violencia de tener la piel expuesta y, en este inesperado movimiento, tropezó y a punto estuvo de caer sobre el empedrado. Las manos milagrosas del conductor de la diligencia y las de Emilio impidieron ese desastre. La muchacha acabó encima del cochero; el buen hombre no sabía qué hacer con aquella elegante señora enredada entre sus brazos. Lena, ruborizada y con una enorme turbación, se apartó del pecho del chofer y disculpándose le agradeció su ayuda. Instantes después, avanzó hacia la puerta de la posada con las mejillas encendidas; repentinamente se tornaron rojas como cerezas.

Lena solo confiaba en Emilio, lo descubrió aquella tarde, en esos segundos de intensa rabia que sintió por su torpeza. Se calificó como una mujer vulgar, ciertamente grosera, muy alejada del modelo a seguir. El trayecto que recorrió hasta llegar a la posada fue corto, pero notaba el aliento del vasco escoltándola en silencio, conociendo su azoramiento por el percance que tanto había llamado la atención a todos los que la rodeaban. Había sucedido lo contrario de lo que se esperaba de ella. La idea de situar a don Emilio y a don Antonio en riesgo se le antojaba a la joven un despropósito enorme. Las dos personas que tanto expusieron por ella debían recibir solo agradecimiento y buen hacer por su parte, pero su ineptitud le impedía estar a la altura de las circunstancias.

—Cálmate Lena, solo ha sido un accidente —le dijo Emilio a la criada de doña Pina, mientras esperaban las tres llaves de sus alcobas.

—¿Cómo ha sido, muchacha? Un poco más y caes al suelo —preguntó el comillano.

—Una torpeza mayúscula de mi parte... Disculpen los señores mi tosquedad, todavía me cuesta hacerme con el miriñaque...

—¿Por qué no viajas sin ese armador? Desde luego es del todo molesto —terció Emilio.

—Yo solo me visto con las ropas que usted me ha comprado... Pero debo reconocer que es incómodo y ocupo, yo sola, un lado de la diligencia —contestó Lena sin dejar de mirar el suelo.

—Lo mejor será que viajes sin él puesto... —sentenció Emilio comprendiendo la fatiga de la muchacha.

—No, no... Lena tendrá que llevarlo. Es muy elegante y pocas señoras utilizan el miriñaque. Es un toque de distinción al que no podemos renunciar para seguir ocultándola —apeló Antonio sin ganas de cambios.

—Es que señor… Yo no sirvo para esto... Siempre he vestido con sayos y faldas de algodón.

—Aquí tienen los caballeros sus tres llaves —cortó en seco la conversación el encargado de la recepción.

Disgustada y silenciosa accedió Lena a su alcoba. Detrás de ella subieron los mozos cargando el baúl que contenía sus pertenencias. Los zagales marcharon de los aposentos de la joven después de colocar sus cosas encima del banco de madera, construido de estrechas traviesas, destinado para el equipaje, y se fueron cerrando con suavidad la puerta.

Se desprendió de los tules, los tafetanes, el corsé y del miriñaque en cuanto pudo. La sensación de sentir sus carnes sueltas relajando la alineación y la compostura de su figura, le produjo un cierto alivio físico y mental. Sabía que poco duraría tal consuelo, pero eligió ese breve tiempo de distensión a la molestia de vestirse nuevamente para bajar al comedor a cenar.

Se echó en la cama únicamente con los pololos y la enagua bajera intentando no despeinar el moño, y pensando que tenía que extraer de su maletín el camisón y la bata de dormir, esas hermosísimas prendas que Lena adoraba. Cuando se las enfundaba se sentía regia, gentil, sabía que le sentaban bien esos conjuntos de tonos claros, finísimos, realizado con sedas, linos y encajes..., y que tan amablemente le obsequió Emilio. “El señor no tenía por qué hacerlo, pero mantuvo ese detalle de caballerosidad vistiéndome con buenas telas durante el día y la noche”, pensó Lena con la cabeza borrosa.

Se quedó dormida y distinguió una llanura extrañamente desierta y sobre ella un caballo de anchas ancas y magnífica envergadura. En una apreciación más amplia, se vio montando aquel corcel, galopando a través de un campo de trigo. Después escuchó el rumor de aguas mansas y al final vio unas naves mecidas en un mar turbio con olores a pescado, aceites y podredumbres marinas. Pero sonó un golpe que la despertó, se echó la toquilla por los hombros y preguntó quién era.

—Soy la doncella, señora. Don Emilio y don Antonio me envían para saber si se encuentra bien y si va a cenar... Ellos ya están en el comedor esperándola hace más de media hora... Si desea, puedo servirle la cena en su habitación...

Abrió la puerta para decirle a la muchacha:

—Sí, sí. Sírvame aquí y corra a decirles que comiencen a cenar y que no me esperen más tiempo.

Acabó la cena apartando la batea de su regazo y se sentó delante del tocador para prepararse a dormir. Su hijo invadía nuevamente su cabeza. Lucas era el eje de sus pensamientos y de sus sufrimientos. ¿Cómo estaría? ¿Cuándo lo volvería a ver? Calculó que cada día estaba a más kilómetros de Comillas y más separada de él. Se asfixiaba con la idea de la lejanía; las ganas de llorar eran irreprimibles cuando analizaba su situación y su incierto futuro. Esto la dejaba llena de soledades, de latidos, entregada al desasosiego y con un temblor de pecho inmensamente doloroso.

Lena se incorporó bruscamente cuando notó que el oxígeno no pasaba de su garganta, empezó a tragar el aire en sorbos cortos y poco a poco con ese alivio volvió a respirar mejor. La muchacha suspiró e intentó desesperadamente apaciguar su alma, y comenzó a prometerse que superaría la distancia, que se aferraría a su buena suerte por haber encontrado a don Emilio que la salvó de estar encerrada en prisión para toda su vida. También, se prometió volver a por Lucas; eso sí que lo iba a cumplir...

Los jóvenes indianos, después de la cena, decidieron caminar un rato. Habían dado una vuelta por la ribera del río gozando del aire frío que se notaba en Reinosa y que tan agradablemente recibían en sus rostros. Mientras paseaban, buscaban alivio para las articulaciones de sus piernas, especialmente Antonio, propenso a encogimientos y calambres musculares. El comillano, tras la azarosa estampida de Comillas, había conseguido sosegar precariamente su ánimo. Empezaba a percibir la situación de otra manera. Estar cerca de Lena lo dejaba templado, armoniosamente estable. La muchacha le recodaba sus años adolescentes, aquella época convulsa, pero a la vez emocionante, cuando llegó a Comillas después de pasar una temporada alejado de su Cantabria y tuvo que dedicarse al trapicheo para ganas unos reales y sacar a su pobre familia adelante. La causa de su huida fue precisamente por los tejemanejes de poca monta que realizaba. El contrabando era la salida fácil para ganar dinero y él se vio envuelto en una redada con las milicias y poco faltó para acabar entre rejas. Su salvación vino de la mano del señor Martín de Velasco que le proporcionó el pasaje para poder embarcarse en el *Reina de los Ángeles* y poner tierra por medio, viéndose éste con la obligación moral de hacerlo.

Sin embargo, percibía que Lena lo transportaba a las mejores sensaciones que sintió en esa época.

—Emilio, ahora me alegro de haber ayudado a esta pobre mujer.

—A mí también me alegra oír tus palabras. Ya sé el esfuerzo que ha supuesto para ti –respondió el vasco pensativo.

—Sabes amigo, esa muchacha saca lo mejor de mí. Lo que no me explico, cuando la contemplo, es cómo pudo hacer semejante barbaridad a Mateo Mendoza.

—Pues lo hizo, según me relató ella.

—¿Qué más te contó? –preguntó intrigado Antonio.

—También mencionó que tuvo un hijo con ese canalla, fruto de las repetidas violaciones a las que fue sometida. Al niño, que se llama Lucas, lo ha dejado en la casona de los Mendoza. Esa es la principal razón de sus males y de sus llantos, por eso se encuentra tan abatida.

—¡Diantres! No sabía que Lena fuera madre de un niño. ¿Qué edad tiene el pequeño?

—Creo que ocho años, pero no puedo asegurártelo. El niño ya está criado…

—Bueno, bueno... Esta mujer me sorprende cada día un poco más. Aunque alumbrar un hijo del señorito de la casa donde se sirve no es cosa nueva… Lo sorprendente de este caso es la reacción de la criada…

—Puede ser… –musitó Emilio.

—Viéndola no se puede uno imaginar tamaña barbarie, es difícil entender —continuó el comillano intentando comprender a Lena.

—Antonio, estoy cansado y mañana tenemos que madrugar. ¿Te parece bien que regresemos ya a la posada?

—¡Qué te ocurre, hombre de Dios! Te noto taciturno y con pocas energías. Me preocupa tu estado anímico, porque aún nos queda mucho por recorrer

—No es nada…. Solo es cansancio. Necesito dormir cinco o seis horas seguidas, seguro que mañana estaré nuevo.

—Pues vamos presto hacia nuestra hospedería. Allí podrás dormir a pierna suelta que buena falta te hace.

—Sí, sí. Vamos –concluyó el vasco.

Los dos amigos apresuraron el paso a fin de llegar cuanto antes a “Nuestra Señora de Caldas”, la hospedería mejor abastecida de todas las que habían encontrado por el camino. Su confort y servicio lo consideraban insuperables. De eso hablaron durante el trayecto de vuelta a la posada. Tan animados iban con la cháchara que en un santiamén llegaron a la fonda y entraron por su doble puerta.

Emilio Abarruza irrumpió en su habitación cansado, desprovisto de luces para discernir lo importante de lo superfluo. Aquella noche había llegado a tal punto de agotamiento que confundía sus grandes pensamientos con los insignificantes, y todos le afectaban. Huir de Comillas sorteando la guardia y la vigilancia de los militares, le

había supuesto un desgaste espiritual y físico. Sin embargo, lo que más abrumaba al vasco era vislumbrar un mundo desconocido que se abría dentro de él. Notaba que las palabras cobraban nuevo significado, que sus emociones adquirían unas dimensiones enormes y tenía la impresión de que a cada paso que daba se adentraba más en un mundo inédito, absolutamente ignorado. Su mayor lucha se libraba en su alma, en ese espacio reservado a los sentimientos puros que él inútilmente intentaba evitar. Ella le había calado de forma directa, contundente y sin atisbo de dudas.

Destapó la cama y se sentó sobre las sábanas blancas, olían a jabón y añil. Las acarició con la palma de su mano, comenzó despacio y a medida que sus pensamientos se acercaban a la verdad, la mano se disparaba y con la tela agarrada con mucha fuerza en su puño la apretaba con rabia intentando destruir con sus dedos algunos sentimientos que afloraban irremisiblemente en su corazón.

Pero Emilio confiaba en él, hacía tiempo que había decidido controlar su cabeza y sus emociones. Desde que murió don Roque y lo dejó sumido en un mar de llantos por aquella miserable culpa que arrastró durante muchos años, comenzó a estructurar sus sentimientos, a decidir las emociones que debía sentir y lentamente lo fue consiguiendo. Actualmente se consideraba un hombre equilibrado, cuyas pasiones internas estaban controladas, sofocadas por el buen juicio y la reflexión. Sin embargo, desde que encontró a Lena apoyada en el muro del cementerio, un barullo interno comenzó a surgir de forma inapreciable, que al principio ignoró, no dándole importancia. Pero ahora, después de llevar varios días junto a ella, notaba que lo acuciaba, que lo dominaba y perturbaba su razón.

Se echó sobre el colchón buscando el ansiado descanso, necesario para seguir con el viaje. Sobre la almohada pensó que esas sensaciones que lo soliviantaban eran producto de su agotamiento, de su lejanía de Cuba donde se encontraban las personas que más quería. En Cádiz dejaría a Lena en una buena casa para servir o en un comercio; la muchacha tenía presencia y seguro que se la sortearían. Con ese alivio se fue quedando dormido...

Cuando los gallos del vecindario anunciaron el alba, ya estaban partiendo de la villa, donde algunos faroles quedaban aún encendidos. El carruaje transitaba por las calles desiertas con su comercio cerrado, sus arcadas en sombra, las fuentes mudas y la voz

del sereno cantando y dando el cielo por claro y despejado. Sobre el rumor de aguas mansas rodando por el cauce del Ebro abandonaron Reinosa camino de Valladolid.

26

Santiago de Cuba, 2 de octubre de 1841

Elvira se encontraba sobre el mullido colchón, reposaba su espalda en unos almohadones blancos que la sostenían incorporada para leer unas cuartillas. Estaba revisando sus últimos poemas, en ellos elogiaba los placeres de la carne. Los había redactado en francés, como la mayoría de sus últimos textos literarios, en un intento vano de esconder su creatividad poética entre palabras irreconocibles para su entorno doméstico; ni su padre ni su madre y aun menos los criados sabían la lengua de Voltaire. Igualmente, por cautela y cierto esnobismo, firmaba sus creaciones en francés. A pie de cada hoja con preciosa caligrafía dejaba su seudónimo escrito: Claire Monts.

Cuando leía sus versos, Elvira no podía creer que tanta intensidad erótica se hubiera escapado de sus dedos... Sin embargo, no dejaba de albergar ciertos ímpetus secretos y, sobre todo, no podía dejar de imaginar y de percibir el placer que le proporcionaría la consumación amorosa con un hombre radicalmente distinto a su querido Antonio. Se acordaba a menudo de Lisardo, un muchacho vigoroso, nervudo y aguerrido, dotado de unos enormes ojos verdes y un miembro viril que se vislumbraba a través del paño de sus pantalones. Este tal Lisardo la había embelesado desde el primer instante que lo vio del brazo de su

mejor amiga. Ocurrió un domingo después de la misa al salir de la iglesia, cuando Pilar Ochoa le presentó a su novio, aquel hombretón que le entró por las retinas y aún lo mantenía en sus ojos y en su memoria todo el tiempo... A pesar de que ella nunca consiguió ser visible para él.

Pero la mujer que creaba los versos más hermosos de Cuba, había convertido a Lisardo en un juguete sexual de activa fantasía, en el ser que más ansiaba, al que devoraba en sus pasiones oníricas y, también, cuando estaba despierta dominada y vencida por ese suave calentón serpenteándole por sus entrañas a la hora de la siesta. Últimamente la noche y la mañana se confundían formando un espacio y un tiempo inseparables y ella, excitada, escribía a cualquier hora poesías y prosa rebosantes de lujuria y encuentros sexuales que nunca se producirían.

—¡Señorita! ¡Señorita! Tiene visita —escuchó Elvira gritar a María Auxiliadora, la criada.

—Un momento María Auxiliadora, ahora salgo...

Se levantó perezosamente de la cama, con cierta displicencia por tener que detener los pensamientos tan placenteros con los que estaba atravesando la mañana. Ya había cumplido con la santísima misa, antes de las ocho entró en San Agustín y permaneció de rodillas un buen rato en su reclinatorio rezando el rosario esperando a que comenzara la ceremonia. Después, había departido piadosamente sobre el evangelio con su confesor, sus deberes religiosos estaban concluidos... Ahora tocaba gozar de sus escrituras, muy distintas a las de la Santa Biblia. Se acercó a la puerta y abrió una rendija para distinguir a la doncella en el patio, una negra recién bautizada cuyo nombre era irrepetible y que su madre se empeñó en llamarla María Auxiliadora.

—María Auxiliadora, dime. ¿Quién quiere hablar conmigo a estas horas?

—Es Muna, señorita. La doncella de doña Marcela.

—¿Muna?

—Sí, mi ama, Muna.

—Dile que ahora voy...

Ingresó nuevamente en su cuarto después de cerrar la puerta y ordenó su tocador, sobre el cual posaban los cepillos del cabello, los afeites, perfumes y un joyero donde atesoraba sus medallas y camafeos con las cuartillas que acababa de escribir. Rápidamente escondió sus poesías bajo llave; era su secreto mejor guardado. Se

miró al espejo y se compuso un mechón de pelo negro que le caía por la frente. Después, como una inocente gacela, se dirigió a la sala donde permanecían las visitas. Muna era recibida en la mansión del catalán más rico de Santiago, don Carles Vidal de Balaguer, con las distinciones de una mujer libre, aunque su piel fuera negra. Esa fue la última batalla de las muchas que había ganado Elvira ante sus padres, porque no era la primera vez que Muna aparecía por la casa y no siempre se la recibió así.

Aunque las prendas que llevaba Muna, su belleza racial, su gracia, su porte y su dulce carácter, favorecido por unos ojos soñadores, ayudaron bastante a conseguir el fin perseguido de la poeta. Elvira tuvo que batallar contra vientos y mareas. Sobre todo, contra la tempestad dialéctica más encarnizada de su padre, cuyo contenido estuvo repleto de amenazas, improperios e intransigencias arcaicas, y contra las boberías ñoñas de su madre. Aún recordaba los aspavientos que aguantó de su progenitora cuando intentaba convencerla de que Muna era una mujer libre y que como tal se la debía de tratar.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! ¡Hasta dónde vamos a llegar con estas modernidades! ¡Acabaremos con la casa llena de esclavos licenciosos y atrevidos, con olores insoportables...! —exclamó la mujer al saber que una negra de África iba a invadir la parte señorial de su lujoso hogar.

—Buenos días, Muna. Me alegra verte —dijo Elvira interrogándola con los ojos y recordando a su madre en pleno fragor de la batalla.

—Buenos días, señorita. Estoy aquí por órdenes expresas de doña Marcela...

—Siéntate en la butaca, así podrás contarme con tranquilidad qué es eso que te ordena Marcela.

—No, señorita Elvira, mejor me quedo de pie. Ya sé que a su madre no le agrada que entre por esta parte de la casa... ni a doña Marcela. La verdad es que preferiría entrar por la puerta del servicio, ese es mi sitio y todos estaríamos más cómodos...

—¡Ni hablar, Muna! Emilio no te considera parte del servicio, para él eres una amiga, y yo también te considero así.

—Bueno, señorita, lo que usted diga —cortó Muna con su lengua de trapo, sabiendo lo que ocurría desde que no estaba Emilio en la casa—. Doña Marcela me envía para invitarle a usted y a sus padres a la cena que mañana noche ha organizado con el bonito pretexto

de despedir el verano. Después de la cena, el profesor alemán Robert Schumann amenizará la noche tocando algunos fragmentos de su concierto para piano acompañado de su joven esposa Clara Josephine.

Elvira tuvo que hacer grandes esfuerzos para no reír mientras escuchaba la pronunciación tan peculiar que le otorgaba Muna a sus precipitadas expresiones, especialmente cuando se refirió a los célebres concertistas, cuyos nombres salieron de una forma muy trapichera.

—¿Desde cuándo necesita Marcela pretextos para organizar cenas en su casa? Lleva todo el verano de aquí para allá y de festejo en festejo —bromeó Elvira mirando con complicidad a la negra

—No sé, señorita... Yo ya he cumplido con mi encargo. ¿Le va a dar respuesta?

—No te puedo contestar con seguridad, Muna. La verdad es que no me apetece mucho... Mis padres seguro que asisten, a ellos les complacen esas reuniones, pero a mí me aburren cada vez más. Aunque sin duda, lo mejor de la velada será el concierto del profesor Schumann y su esposa. Por eso, nada más que por eso, merece la pena ir a la cena y aguantar la pesada verborrea de los carcamales y de esos pretenciosos jovenzuelos, nada excitantes, a los que Marcela se empeña en invitar.

Muna alzó sus ojos bonachones hasta los de Elvira, la miró durante unos instantes y le dijo:

—Además hay una personita que quiere que le cuente usted otra vez esa historia mágica, la de un niño muy chiquitito que se pierde en el bosque, ¿se acuerda? Fue el que le relató la otra noche...

—Buena razón para asistir; Valentina me ha convencido... ¿Cómo está la chiquilla? Desde que partió Emilio a España la tristeza no se le despega de los ojos...

—Ahora está un poco mejor. Aunque pasa todo el tiempo contando los días que faltan para que vuelva su padre.

—¡Pobre criatura!

—Usted también estará contando los días, ¿no señorita? —le preguntó Muna convencida.

—Sí, sí... Por supuesto. No sabes cuánto echo de menos a mi prometido.

—Yo también espero impaciente la vuelta del amo. Nos hace tanta falta…

—Muna, te empeñas en llamar amo a Emilio, cuando sabes que

no le gusta que te refieras a él como tal...

—Ya, ya, señorita, es pura costumbre. Yo sé lo que significa para mí Emilio.

—¿Y Martín? —preguntó Elvira cambiando de tema para relajar la conversación.

—Bien… —contestó Muna con cierto desánimo.

—¿Qué ocurre Muna? Me ha parecido encontrar en tu respuesta un atisbo de desencanto.

—Nada, señorita, no pasa nada… son cosas nuestras…

—¿Qué es eso de que no pasa nada? Sé que sucede algo y quiero que me lo cuentes

—Es doña Marcela... –la muchacha intentó frenar la lengua por miedo a decir más de lo que debía.

—¿Qué pasa con Marcela? —preguntó intrigada Elvira sabiendo cómo se las gastaba la colombiana.

—El ama prohíbe terminantemente que Martín asista a la escuela... Cree que un negro no tiene por qué aprender a leer ni a escribir y, menos, instruirse como desea su padre. José tiene planes para nuestro hijo, espera que estudie y que sea un poco mejor que nosotros, ya sabe la señorita que somos analfabetos… Y José viendo las maneras y las intenciones de doña Marcela cada día está más encabritado… con más odio, con más rencor. Si no llega pronto Emilio, no sé qué va a pasar… Este atropello él no lo hubiera permitido...

Muna tapó su rostro intentando evitar que Elvira la viera llorar. La negra estaba con los ánimos rotos, presa de un nerviosismo que salía en cascadas de sus párpados formando dos chorros de lágrimas, uno a cada lado de su cara. Con un pañuelo que extrajo precipitadamente de su limosnera, secó sus ojos y su nariz. Se recompuso lo suficiente para salir de aquella elegante estancia en la que tan incómoda se sentía.

—¡Adiós, señorita! Le confirmo a doña Marcela su asistencia y la de sus padres. ¡Buenos días!

—¡Muna! ¡Espera, mujer! —Se precipitó Elvira a decirle sin tiempo a detenerla. Pero las súplicas de la joven no surtieron efecto en Muna, que se encaminó apresuradamente hacia la puerta de la calle deseando salir de la mansión.

Muna estaba arrepentida de su verborrea, nunca tenía que haberle expresado su dolor a doña Elvira. José se lo tenía prohibido, le había advertido que ningún blanco debía considerarse amigo y

menos aún confiar en ellos.

—Solo tenemos que disimular, negra, tenemos que esperar a que la situación cambie… —le recordaba continuamente.

Efectivamente, fingían sus mansedumbres esperando a que las circunstancias evolucionaran a otras más propicias para los esclavos. Para eso tendría que suceder una sublevación, una revolución como ya estaba ocurriendo en otros países del Caribe y Sudamérica. Sin embargo, Muna sentía por Elvira un cariño sincero que consideraba correspondido y con Emilio le unía más que eso. En su fuero interno entendía que el color de la piel no podía ser un obstáculo para dejar de querer a un ser humano tan extraordinario como era Emilio. Además, eso no estaba en su mano, ella no controlaba esos sentimientos que le brotaban de su alma desde hacía mucho tiempo, cuando Emilio era un adolescente y ella una jovenzuela, dos perfectos ingenuos que trabajaban en “La Santísima Trinidad”. Pero Muna era consciente de que, en el fondo de los reclamos y exigencias de José, también respiraba un resquemor, un sentimiento sombrío que lo obligaba a ser tan duro con el vasco.

Marcela estaba sentada delante de su tocador colmado de polvos para el cutis, afeites, pomadas, cajitas de carmín, estampas, figuritas de santos y algunos perfumes franceses que recalaban en Santiago en las bodegas de los barcos... Los coloretes para embellecer las mejillas los tenía en las manos.

Pensaba que no había recibido noticias de su pelado, era normal, el correo desde España era lento y antes llegaría su amado que la misiva. Mientras reflexionaba, se coloreaba los pómulos de color carmesí intentando disipar la palidez macilenta que la acompañaba desde hacía meses, aunque ella no era consciente de su descolorida piel. Marcela se percibía más bella que nunca con esa delgadez tan a la moda. Mientras miraba su figura reflejada en el espejo, contemplaba su perfecta cintura de avispa. Los brazos estilizados, elegantes, evitando toda redondez y el cabello, cada día más ralo, lo divisaba como antaño largo y lacio y lo creía ver caer como una manta de terciopelo negro sobre sus hombros. Aunque esa noche los tirabuzones le colgaban más mustios que nunca.

—¡Muna, Muna! —gritó la colombiana reclamando a su sierva libre.

La sirvienta entró en la habitación atropelladamente, queriendo

sofocar así los gritos de Marcela.

—Qué desea la señora —susurró Muna intentando coger aire.

—Los tirabuzones, Muna, se me están desvaneciendo. Y solo quedan treinta minutos para recibir a los invitados.

La negra detuvo su mirada en los cabellos de su ama y consideró dramática la situación a media hora de la cena. Los pelos, agrupados en diminutos manojos, caían en ondas lagas y espaciadas unas de otras, sin gracia y sin forma. Muna giró su cuello intentando buscar con la vista la caja de los ruleros, cuando la halló encima de la cómoda la llevó al lado de Marcela con la intención de volver a rehacer los tirabuzones.

Tomó entre sus dedos un mechón de unos cinco centímetros y los enrolló en pequeñas porciones en una espiral alrededor del rulero formando toda la longitud de abajo hacia arriba. Repitió la operación varias veces, acabando con los maltrechos manojos de la colombiana transfigurados en caracoles con lazadas. Después, pidió a Dios que funcionara el arreglo urgente que había realizado en los insulsos pelos de su señora.

—A ver, negra, ¿qué tal me queda el vestido? Hoy tengo que lucir mejor que nunca, vendrán a la cena los marqueses de Campo Florido con su hijo, el atractivo Hipólito Alfredo, y pretendo causarles una impresión inolvidable —exclamó Marcela a la criada, dándose el postrero retoque y vistazo al espejo con satisfacción mal disimulada, sin agradecer el esfuerzo y el sudor que resbalaba de la frente de Muna, por la tensión soportada mientras enrollaba los ruleros entre las greñas de la colombiana.

Muna alzó los ojos un poco harta de Marcela, la divisó como el espíritu de la golosina embutida en su vestido verde, recién terminado por la costurera doméstica, de seda y raso y al que le sobraban varios metros de tela para armonizar con sus escasas carnes. Contempló los labios repintados de morado en su cara de facciones felinas, esa transformación se había producido en un breve espacio de tiempo. Aún retenía Muna en su memoria el rostro ovalado que Marcela poseía, perfecto en su simetría y, actualmente, esas formas hermosísimas habían dado paso a un afilamiento de la barbilla y un aumento exagerado de los pómulos. Además, le faltaban piezas dentales sustituidas por dientes postizos de marfil de hipopótamo, insertados en las encías con alambres de oro y fabricados por un mecánico muy famoso de Cuba. Los falsos dientes dejaban unos intersticios negros entre las encías y las piezas, que

incrementaban perceptiblemente el aspecto decrépito que poseía desde hacía algún tiempo y que ella no veía. La colombiana solo veía la Marcela que llevaba en la cabeza, esa mujer bonita de facciones perfectas.

El corsé bien apretado realzaba y elevaba el decadente busto que le quedaba. Sus pechos de antaño turgentes, redondos y alzados se convirtieron en dos frutas excesivamente maduradas que le colgaban de su torso… y esa prenda constrictora, que a Muna le parecía una tortura, paliaba, en buena medida, la contundente metamorfosis corporal que había sufrido su ama.

—Le sienta bien ese color, señora —le contestó Muna saliendo del paso.

Marcela sonrió pensando en las distintas expresiones de las caras de todos sus invitados cuando la contemplaran tan hermosa: de envidia, de reconcomio, de admiración, de amor... El tono verde siempre le había favorecido y creía un acierto la elección del color para su bello vestido.

Valentina divisaba a su madre como una diosa, había permanecido allí escondida detrás del silloncito desde que Muna entró deprisa sin tiempo a reparar en la chiquilla que iba al rebufo de ella y, menos aún, en cómo se colaba en los aposentos de Marcela.

Le gustaba observar a su madre ataviada y especialmente curiosear todo el largo proceso de su arreglo. Tenía ganas de crecer para poseer esos vestidos tan maravillosos que a Valentina se le antojaban de princesas de cuentos de hadas. Le parecía increíble aromatizarse con esos perfumes tan delicados que le llegaban a su madre de Paris de la firma de Monsieur Gautier y, después, poder empolvarse las mejillas con aquellos polvos que olían tan deliciosamente. La niña, como su madre, no percibía la decadencia lenta de la colombiana y consideraba que Marcela era la mujer más bella y gentil de todas las señoras que frecuentaban la mansión.

Muna distinguió a la niña moverse detrás de la butaca y se le encendió la cara por el temor a que la madre la descubriera fisgoneando detrás del sillón. Era hora de que Valentina estuviera en la cama durmiendo. Sin embargo, a la niña le costaba cada vez más conciliar el sueño y más aún cuando la llamita del quinqué quedaba sin vida por orden de su madre. Desde que marchó Emilio, Valentina tuvo que soportar la orden inflexible de su progenitora, la de dormir con el quinqué apagado.

—Te tienes que acostumbrar, mi reinita. No hay otra manera de aprender en la vida. —le dijo mimosa a su hija con la intención de ser rigurosa en el cumplimiento estricto de su mandato. Pero los ruegos de la pequeña no se hicieron esperar:

—¡Madre, no, no, no...! ¡Se lo suplico no me deje usted a oscuras!

Muna recordaba las noches de llantos y quejas de la pequeña a gritos pelados. Vibraban sonoramente por las estancias de la mansión; subían y bajaban por las escaleras y entraban por todos los rincones torturando los oídos, pero nadie podía hacer nada ante esa angustiosa súplica, únicamente un leve gesto de doña Marcela hubiera puesto fin a la congoja de su hija.

Al mismo tiempo que Muna recordaba la desesperación nocturna de la niña, sentía el alma estrujada, presa de un cúmulo de desencantos. Quería a Valentina, era una chiquilla dulce, tranquila y apacible durante el día. Después de cenar le salía el miedo y la desesperanza de aquella triste soledad que la embargaba de noche. Esa criatura que, durante las horas de sol, parecía un ángel con cierta gracia ofreciendo sonrisas y risotadas a raudales, por las noches, se trocaba en un ser distinto saturado de lágrimas, de visiones y miedos inexplicables...

Muna se preguntaba si hacían falta esos sufrimientos para crecer, para aprender a vivir. Miró a través del espejo y divisó la coronilla de la niña detrás del silloncito, la invadió una dulzura suave que contrastó con su sentir hacia Marcela.

—Ya está la señora arreglada, le voy a quitar los ruleros y peinar los tirabuzones —dijo Muna a Marcela con su mal español.

—Negra, cada vez te entiendo menos, vocalizas muy mal...—le reprochó la señora.

—Perdone ama, es que estoy nerviosa —espetó Muna sin dejar de mirar el silloncito a través del espejo.

—No le atribuyas tu mal español a los nervios, es que no te esfuerzas nada, parece que llegaste ayer a Cuba... —le contestó displicentemente y molesta por la respuesta poco sumisa de la criada—. ¡Acaba de peinarme que es tarde y los invitados están a punto de llegar!

—Sí, Marcela.

—¡Marcela! ¡Cómo que Marcela! ¡A mí una negra no me llama por mi nombre! ¡Ruégame que te perdone de rodillas!

—¡No voy a pedir perdón por llamar a una persona por su

nombre! —dijo con cierto orgullo Muna.

Marcela, presa de una rabia inconmensurable, levantó la mano con las pocas fuerzas que le quedaban para soltarle una bofetada a la sirvienta. Muna se encogió en un gesto aprendido, no era la primera vez que su ama mostraba esa cólera y se descargaba golpeando a la muchacha.

Valentina no pudo con la situación, aguardó todo lo que pudo con las lágrimas en los párpados y un dolor insoportable que la dejaba asfixiada, al ver cómo su madre trataba a su querida Muna.

—¡Madre! ¡Madre! —exclamó la niña saltando de su escondite agarrando con pujanzas el brazo de su progenitora.

Marcela al ver a su hija agarrada a su brazo para impedir el manotazo que le iba a propinar en la mejilla a la negra, entró en una situación difícil de explicar; no era indignación, ni sentimiento de rechazo, sino algo aún peor que la soberbia y la creencia de considerarse superior; era una sombra oscura y negra que nació en su interior para recorrerle las entrañas enteras. Marcela impulsó su brazo con un vigor del que carecía, percibía que algo manipulaba su voluntad y ese extraño ímpetu que se enroscó entre sus músculos pudo con la niña; la precipitó contra la tapa de mármol que cubría la mesita de noche.

Valentina quedó yaciendo inconsciente sobre el suelo, al instante, un hilo de sangre se asomó por su sien derecha y surcó su rostro de ángel hasta llegar al cuello, para luego precipitarse hacia el suelo.

27

Cádiz, 7 de octubre de 1841

A duras penas, el viaje hasta Cádiz se hizo en menos de veinte días. La diligencia llegó al final de su trayecto cargada con los baúles y las cajas de sombreros de los pocos pasajeros que arribaron a la ciudad, además de una enorme jaula con un loro de un comerciante que había montado en Sevilla junto a su hija menor, una joven atrevida y dicharachera, que amenizó con su socarronería algo vulgar algunos ratos de intenso aburrimiento. Enfilaron por el Campo del Sur hacia la Catedral y allí se detuvo el coche a la hora del almuerzo y allí también acabaron con el periplo infernal iniciado en Comillas. Sabían que en Cádiz daban por terminado el compromiso de la fuga, pero algo inesperado ocurrió que cambió los planes y aumentó la eterna desazón de Antonio.

Tres días después de llegar a Cádiz, las calles estaban animadísimas, llenas de gente. Los habitantes de la ciudad se encontraban esparcidos por las calzadas de las principales vías públicas: calle Ancha, San Miguel, San Francisco... Además, había que contabilizar la cantidad de forasteros que se sumaban a la fiesta del Rosario. Bajo la protección de la techumbre que cubría el balcón, Lena observaba el difícil tránsito de la calzada por la multitud agolpada en las aceras dejando paso a la procesión. También divisaba los puestos de frutas, rosquillas de canela y de

buñuelos donde las mujeres viejas y jóvenes freían las masas infestando el aire con olor a aceite; ellas se dejaban ver y oír con sus voces anunciando sus mercancías y el viento transportaba el olor inconfundible de las dulces fritadas.

Aunque la procesión era solemne, las mozas solteras iban cogidas sin soltarse del brazo de sus novios, estrenando vestidos y con los velos de los domingos tapando sus cabellos. Mujeres y chiquillos por acá y por allá aguardaban en la fila. Los hombres charlaban entre ellos de la última corrida de Francisco Montes "Paquiro", el torero de moda.

El paso de la Virgen se detuvo frente al balcón de mármol de la Casa de los Cinco Gremios. El gentío, alborozado, le ofrecía cánticos, rezos y mucha alegría a la Virgen del Rosario. Los gaditanos eran alegres, así lo había comprobado Lena nada más pisar el suelo de Cádiz. Desde ese instante se sintió dominada, seducida, vencida por aquella gente y por la forma tan distinta que poseían de ver la vida, exenta de dramatismos y tragedias.

En las escasas reuniones de negocios en las que ella estuvo presente, averiguó que la ciudad estaba dedicada casi exclusivamente al comercio, y el ambiente mercantil se hacía notar en todos los aspectos de la vida social. Le sorprendió gratamente los tres teatros y más de treinta Cafés que había en Cádiz, que eran lugar de reunión y de tertulias literarias. Lena nunca había ido al teatro y la noche que acudieron a la representación de "Don Álvaro o la fuerza del sino", fue consciente de las incontables maravillas que aún le quedaban por descubrir. Sus lágrimas resbalaron durante toda la función, sobrecogida por los sentimientos que crecían en algún lugar de su interior cuando escuchaba y contemplaba, desde la oscuridad del palco del Teatro Principal, cada frase y cada escena de la obra. Ella sentía que se emocionaba de su estremecimiento. Hacía tiempo que se creía muerta, estaba tan dañada espiritualmente que era incapaz de percibir lo que aún latía dentro y, esa noche, Lena vibró en la butaca y lloró desconcertada de sus propias lágrimas, porque eran distintas a las que derramaba diariamente; éstas eran de emoción.

Este gusto por la cultura, decían sus acompañantes de palco, era por el ambiente cosmopolita que le daba la amplia presencia de extranjeros, en especial italianos y franceses, que suponían casi la décima parte de la población y que trajeron, los primeros, el gusto por la arquitectura y la opera, y los segundos, la difusión de libros e

ideas ilustradas.

Lena había descubierto un sinfín de características diferentes en los habitantes de Cádiz, sobre todo, la gracia, la peculiar forma de hablar, la forma de vestir, hasta de pensar... y aquella noche Cecilia Böhl de Faber le dio la respuesta.

—Querida —le dijo—. Desde que trasladaron la Casa de Contratación a Cádiz, la ciudad dio un cambio sorprendente porque se impregnó de espíritu americano... Esta nueva influencia comenzó a notarse en el habla, en la forma de vestir, incluso en el folklore... Sin embargo, ese cambio donde verdaderamente se manifestó fue en la monótona flora de la ciudad. Desde entonces los jardines de Cádiz se han ido llenando de plantas exóticas, coloridas, maravillosas del Nuevo Mundo, como los ombúes, los dragos, los ficus, las jacarandas... Fíjese en lo que le afirmo Magdalena: en Cádiz se vive con un grado más de felicidad y contento —dijo Cecilia, convencidísima de sus palabras—. Usted sabe que yo he residido en El Puerto de Santa María varios años, desde que desposé con mi segundo marido, que Dios lo tenga acogido en su Santo Seno, pero esta circunstancia no impidió que una vez a la semana viniese por Cádiz con la excusa de visitar a mis padres, pero en realidad lo que me traía hasta aquí era la magia de esta ciudad que es inigualable, imprescindible para mis emociones e inquietudes literarias...

Seguramente, pensaba Lena, sería por la luz; esa luz única, voluptuosa, tan especial que alumbraba aquel trozo del mundo. Le gustaba a la comillana ese calor de octubre, ese sol intenso que duraba casi todo el día e inundaba de infinitos rayos las fachadas blancas de los edificios, destellando con ímpetu, con tal fuerza, que cuando los miraba le producía una momentánea ceguera que sus pupilas claras no le ayudaban a soportar. Esta blancura de las fachadas también asombró a la muchacha por ser diferente. En su tierruca, en su querida Cantabria, las paredes externas se construían con piedras de sillería y las balconadas de madera marrones... Era delicioso pasear con esa temperatura por las calles. Se acordó de cuánto le encantaba el sol a su hermana. “Qué dichosa sería Teresuca en esta tierra”, pensó con una leve sonrisa en sus labios.

La estampa de Magdalena cada vez era más elegante, con trabajo y cierto conocimiento del arte del embellecimiento femenino por haber sido la doncella de doña Pina, había conseguido resaltar su hermosura, ser aún más bonita sin que traslucieran los

minutos gastado en aquellos arreglos, sino que pareciera que resplandecía como obra natural. Gastaba casi una hora en estas faenas de tocador pensando que así se disfrazaba mejor. Pero antes de engalanarse, se lavaba la cara con agua tibia para que el estrago del llanto desapareciese y no quedase huella de sus constantes sollozos. Estaba más estilizada, parecía un figurín. Había perdido peso durante el engorroso viaje, eran muchas las tristezas, los miedos y las añoranzas que arrastraba. Lena iba haciéndose a la idea de permanecer lejos de Lucas y Teresuca una larga temporada, más tiempo del pensado, para siempre quizás. Además, los agotamientos del camino le habían mermado el apetito y la ingesta de alimentos resultó disminuida ostensiblemente, ante las miradas alarmadas de Emilio y el comillano.

Lena se santiguó ante la imagen de la Patrona, rogándole a la Madre del Señor que la iluminara para lograr la serenidad de espíritu que necesitaba tras esa decisión tan difícil que había tenido que tomar en pocas horas. Aún llevaba los tafetanes y las sedas de luto, el miriñaque y el velo de tul cubriéndole el rostro, aunque esa tarde únicamente se puso un sobrio velo cubriendo su melena recogida en un elaborado moño, dejando a la vista sus bellas facciones.

Los días que permanecerían en Cádiz, los jóvenes indianos y Lena, nuevamente se alojaron en la Casa de los Cinco Gremios. En aquella hermosísima casa dotada de grandes salas se habían ido congregando los invitados. Comenzaron a llegar a las cinco de la tarde y transcurrida una hora todos los concurrentes ya permanecían distribuidos por las estancias y las balconadas de la soberbia morada. Entre los concurrentes se hallaban algunas celebridades de la cultura, especialmente periodistas y escritores; los comerciantes más prósperos de la ciudad; influyentes juristas y banqueros; y los políticos más relevantes de Cádiz. Todos llegaron con sus esposas e hijos ostensiblemente arreglados y acicalados, si bien, no todos los ropajes eran de excelente gusto. Entraban ávidos, dispuestos a devorar los manjares dulces y salados que los criados, bandeja en mano, iban ofreciendo amablemente a los presentes con el único pretexto de ver la procesión. Sin embargo, esta inocente y devota actividad se transformaba en el motivo perfecto para culminar las mejores transacciones comerciales del año, los chanchullos políticos más sucios y también, en el momento propicio para pedir un favor...

Antonio y Emilio se encontraban en la biblioteca con don Leopoldo Martín Benjumeda un caballero de aspecto bonachón, sesentón y originario de Ciudad Real. Este célebre comerciante se instaló en Cádiz a finales del siglo XVIII donde había establecido una casa comercial. Pero sus quehaceres mercantiles no le impidieron dedicarse a las letras, pasión que transmitía a su mujer y a sus hijos y que al final le hizo hacerse de una imprenta desde donde publicaba, el bueno de don Leopoldo, varios periódicos de tintes liberales y mordaces con la Corte de Madrid. Y en esos momentos, los tres hombres conversaban de negocios, de libros, ilustraciones y encuadernaciones, mientras la procesión transcurría por la calle más ancha de la ciudad.

Doña Cecilia Bóhl de Faber, se encontraba apoyada sobre la madera del balcón conversando junto a una señora francesa pasadita de años, con formas parisinas y aires de superioridad, cuyo parlamento impregnado de desaires y menosprecios no pasaba desapercibido para nadie. Pero Cecilia no era mujer de achantar la lengua y aún menos con la francesa que había mantenido un contencioso con su difunta madre muchos años atrás sobre la implantación del Romanticismo en el panorama literario español. Ambas mujeres poseían sobrados conocimientos y formación intelectual para discutir de literatura, filosofía, arte y más disciplinas de las cuales eran verdaderas eruditas. Por eso, Cecilia contestaba con una verborrea hostil igual o mayor que la extranjera y subyugada por las ideas políticas e intelectuales heredadas de su madre, doña Frasquita Larrea, una rica y culta chiclanera cuya formación la recibió en Londres y Dublín. Toda esta trifulca la pudo observar Lena apostada en el otro lado del balcón con el esposo de la francesa, el gaditano don José Joaquín de Mora. Don José Joaquín, aunque ya peinaba canas, también poseía aspecto sofisticado, muy moderno y era terriblemente seductor en sus formas y con su voz. Le estaba ofreciendo una amplia disertación sobre sus logros académicos, políticos, como jurista, periodista y como poeta, además, presumía de su vasto conocimiento del mundo. Había vivido desempeñando diversos cargos políticos y trabajando en universidades prestigiosas y reconocidas mundialmente, ostentando diversas cátedras de Literatura. Como escritor y periodista había desarrollado una carrera dilatada y reconocida fundando gacetas y periódicos; también como político realizó sus pinitos llegando a ser miembro destacado del Senado.

Había vivido en Argentina, Chile, Bolivia..., y actualmente Londres y Madrid eran sus lugares de residencia. Incluso le comentó a Lena, abrumada de tanta cháchara y de esa vida tan fascinante, que combatió con el Ejército español en Bailén, acuciado por un patriotismo idealista y por dudosas convicciones de juventud, donde lo hicieron prisionero y vivió internado en Francia hasta 1814.

El susodicho estaba afectado de una arrogancia que a Lena se le antojaba exagerada, lo peor era que la retenía en aquel espacio minúsculo con la mano, grande y surcada de venas azuladas, apoyada en el pasamanos del balcón y con el brazo estirado haciendo de barrera. Así permanecía la muchacha desde hacía mucho rato quedando atrapada sin poder escapar por la puerta que daba a la sala.

—Mire, Magdalena —le dijo don Joaquín—. Ve a esta gente apiñada, exaltada, queriendo contemplar a su Patrona para implorar peticiones y piropearla... pues es fácil de explicar y de entender... Todo este fervor viene desde el siglo XVI y la oración que comúnmente rezan es la siguiente: "Cantemos con devoción a la que es de Dios Sagrario; Señora, por tu Rosario, logre yo mi salvación...".

Magdalena se apoyó, echándole paciencia a la situación, sobre la fachada y se dispuso a escuchar las explicaciones tan ilustradas y pormenorizadas del caballero que no la dejaba ni a sol ni a sombra.

—La Hermandad del Rosario —siguió con su perorata— estaba integrada al principio por los esclavos negros residentes en la ciudad. Surge a finales del siglo XVI en la antigua ermita del Rosario, hoy parroquia del mismo nombre. Con la llegada a la ciudad de los frailes dominicos y la fundación de su convento, estos se hacen cargo de la dirección espiritual de esta hermandad, que se traslada llevando consigo a su imagen titular al nuevo templo, en 1636.

—¿Me sigue Magdalena? —le preguntaba de vez en cuando como un latiguillo.

—Sí, sí... —respondía mirándose las puntas de sus tacones la viuda más bella de cuantas había conocido don José Joaquín en su amplia vida.

—Pues sigo, señora mía —dijo entusiasmado y arreglándose con los dedos el largo flequillo echándolo hacia atrás—: Esta creciente devoción motiva que a partir de 1691 el capuchino Fray Pablo de Cádiz fundara una por una hasta quince compañías espirituales que

cada noche cantaban públicamente los misterios del rosario por las calles de la ciudad. Por otro lado, la intervención milagrosa de la Santísima Virgen del Rosario en las epidemias de 1681 y 1730, motiva que, en 1755, en el terremoto de Lisboa, que se dejó notar con bastante fuerza en nuestra ciudad, los gaditanos, asustados, corrieran hacia la puerta del convento de Santo Domingo para que los dominicos sacaran procesionalmente a la Virgen para detener la fuerza del mar que había arrancado los muros del Puerto dejando un saldo de varios muertos... El oleaje milagrosamente se calmó y la violencia con la que sacudía a la ciudad se fue desvaneciendo suavemente hasta que llegó la calma... Fíjese, Magdalena, lo agradecidos que fueron los gaditanos en esa ocasión, que le exigieron al alcalde una respuesta oficial ante este milagro y el Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad, nueve días después, nombró a la Virgen del Rosario Patrona y Protectora de la Ciudad de Cádiz...

En ese instante, Lena divisó la cabellera alborotada del vasco salvar la puerta del balcón. Emilio buscaba a Magdalena. La muchacha lanzó una breve, pero urgente mirada a su benefactor pidiendo auxilio, sin embargo, nada pudo hacer el vasco en esos últimos segundos; don José Joaquín ya estaba explicándole el estilo arquitectónico y el origen del nombre de la casa en la cual se hospedaban.

—El estilo neoclásico está de moda —dijo don Joaquín ceremoniosamente—. Así como los mármoles en fachadas y los ornamentos isabelinos...

—Ya lo creo, muy hermosos —respondía Lena.

—Además, amiga mía, esta casa estuvo vinculada a los cinco gremios mayores, es decir, de joyeros, merceros, sederos, pañeros y lenceros de la Villa y Corte de Madrid; a este vínculo debe su nombre...

—Buenas tardes, don José Joaquín —Emilio cortó la carrerilla que había tomado, nuevamente, el ilustre gaditano de pelos canos —. Siento interrumpirle, pero necesito la presencia de mi prima dentro de la casa para acabar de solucionar ciertos temas familiares que tenemos pendientes con don Leopoldo. Por cierto, ¿cómo se encuentra hoy del dolor de cabeza que le aquejaba ayer durante la representación teatral?

—Estoy mejor de mi jaqueca, joven. Al lado de su hermosa pariente, he recuperado mi estado natural: alegre. Aunque, ¡Vive

Dios! Nadie podría imaginar el parentesco que les unen, son diametralmente distintos... Quizás la nariz la compartan, parecen iguales.

—No sabe usted, don José Joaquín, las veces que han discutido de nuestro parecido los parientes más cercanos. Y le aseguro que no hay consenso al respecto. Magdalena es igual a su difunto padre... Y yo asemejo más a mi querida madre. Entre ambos no había relación de sangre. Ahora si nos disculpa, tenemos que resolver algunos asuntos familiares antes de zarpar hacia Cuba...

Lena se precipitó hacia la puerta del precioso balcón, antes de que don José Joaquín obstruyera nuevamente su paso. El maldito miriñaque le impedía hacer movimientos rápidos, aun así, alcanzó el umbral como pudo y entró en el salón con cierta ansiedad. El salón de los espejos estaba solitario y reinaba un maravilloso silencio comparándolo con el de la calle; llegaba muy atenuado el griterío, solo se escuchaba el confuso y vago resonar de los tambores y un leve murmullo que se colaba por las ventanas. Le dolían las piernas con punzadas terribles, por la tensión soportada delante de don José Joaquín sin espacio suficiente para poder cambiar de postura. Ansiaba descansar un poco y contempló todos los asientos de la estancia al tiempo que resolvía sentarse en un pequeño y redondo banco que divisó al lado de una pequeña consola para que el miriñaque se adaptara mejor a su forma sin molestos respaldos. Cuando al fin reposó sus posaderas en el asiento y relajó las pantorrillas que las sentía arder, notó la respiración inconfundible de Emilio que la escoltaba mirándola con compasión.

—¿Estás bien? —preguntó Emilio.

—Sí, sí, Emilio, digo señor. Disculpe mi confusión a veces no distingo cuando estamos acompañados y cuando tengo que tenerle el debido respeto. Estoy algo cansada por la hora larga que he permanecido de pie sin poder mover ni una pestaña. Y ahora necesito relajarme un poco...

La muchacha no le explicó que la molestia de sus piernas era producto de las dos noches en vela que llevaba soportadas recorriendo de un lado a otro su habitación, desde que Emilio le propuso seguir con ellos hasta Cuba.

—Siento mucho incomodarte, Magdalena. Pero es necesario que me des respuesta al ofrecimiento de embarcar con nosotros en el Reina de los Ángeles. Es el momento adecuado para hacerlo porque se hallan reunidos en la biblioteca todas las Fuerzas Vivas de la

ciudad, es decir, al Gobernador de la Provincia, el Comisario de Seguridad Pública, también entra de vez en cuando, para fisgonear, el General del Ejército Español don Sebastián Martínez Collado y el Excelentísimo Alcalde y, por supuesto, sigue don Leopoldo con su copa de jerez en la mano teorizando sobre todo... Ya sabes, Lena, que estamos formalizando los permisos de las mercancías, cuyos fabricantes nos han contratado para transportarlas a través de nuestra naviera santiaguera hasta la Habana y también los permisos que nos otorgan el monopolio del correo marítimo desde Cádiz a las Antillas y que nos concedió el ministro de asuntos de Ultramar cuando recalamos en Madrid; esos documentos los obtendremos mañana en el Juzgado de Arribadas y en el Consulado. Es el momento idóneo para resolver tu salida de España y sobra añadir que solo ellos te pueden proporcionar el salvoconducto sin preguntas incómodas ni papeles. Están convencidos de que eres mi prima y creo que también se encuentran subyugados por tu gentileza... A ver, Magdalena, llegó el momento de la verdad, ¿has decidido qué vas a hacer?

Lena se atrevió a mirarle a los ojos, era la primera vez que lo hacía de esa forma abierta, segura, sin retraimiento. La respuesta que él le pedía se alojaba nítida en su cabeza, la había meditado durante dos noches. Emilio le había propuesto, nada más llegar a Cádiz, seguir el camino hasta Cuba con ellos. Desde ese momento, el Reina de los Ángeles ocupó totalmente sus pensamientos, el navío se transformó en pocos minutos en su mayor conflicto, en su mayor pelea con ella misma.

El dilema la había dejado asfixiada, inmersa en unas sensaciones que se le antojaban viejas. Excesivo miedo descubría Lena en su alma cuando analizaba el alcance de la decisión que debía tomar y, en ese instante, una revolución implacable se apoderaba de su estómago. Embarcar y cruzar el inmenso mar para empezar a vivir sola, alejada de sus seres queridos, de su tierruca y de su hogar le causaba un desasosiego desequilibrante... ¿Pero qué hogar?, se decía. Ella no tenía techo propio, no poseía nada, su hogar había sido la planta baja de la casona de los Mendoza: la cocina y los cuartuchos de los criados de doña Pina. Tampoco olvidaba ese continuo terror que había sentido durante los últimos diez años, miedo a ser ultrajada por el único hombre al que odiaba entre aquellas mugrientas paredes y que era su peor pesadilla.

Por eso, la posibilidad de comenzar en tierras nuevas de

ultramar la llevó a madrugadas incendiarias. Las cruzó desvelada, dando vueltas por sus aposentos como un animal enjaulado, sopesando y cogiendo fuerzas para embarcarse en el Reina de los Ángeles y distanciarse mucho, muchísimo de Lucas, de Teresuca, de Juana...

Recordaba la cara desencajada de Antonio, mirando con cierta mortificación a su amigo, mientras este le ofrecía la oportunidad de comenzar su vida en el Nuevo Mundo. También recordaba el sudor que cubrió su frente y el extraño balbuceo con el que pronunció Emilio cada palabra. Era evidente que estaban nerviosos y no compartían la misma idea sobre el viaje de ella hacia las Antillas.

—Sí, don Emilio... Estoy dispuesta a iniciar mi vida en Cuba —respondió agachando la cabeza con vergüenza.

—¡Bien! —exclamó Emilio sumamente sorprendido por la decisión de Lena y por su propia alegría—. En este momento comienzo a solicitar tus papeles... Les diremos a las autoridades que durante el largo viaje desde Cantabria se extraviaron a causa de un descuido o por un hurto... Y en cuanto al pasaje para embarcar, tengo previsto que utilices el que adquirimos para el hermano de Antonio. Solo tenemos que referírselo a don Leopoldo que es amigo de farras del Director de la Autoridad Portuaria y del Secretario de Asuntos Jurídicos de dicha organización para que modifique los datos personales en el documento de embarque y así evitaremos situaciones embarazosas. He resuelto que vendrás a Santiago de Cuba con tus credenciales en regla, desde luego con una identidad nueva, aunque tu nombre será el mismo: Magdalena.

—Señor, antes de comenzar con el papeleo, quisiera saber qué haré en Cuba. ¿Acaso entraré a su servicio en su casa de Santiago?

—No, no...

—Entonces, ¿con don Antonio?

—No, mujer. No entrarás al servicio de nadie.

—Pues... ¿Qué haré, señor? Comenzar sola en un país desconocido... sin labor... es difícil... Le ruego que me acoja en su casa, trabajaré de criada...

—No te apures, Lena, que no te abandonaremos a tu suerte...

Lena volvió a confiar en Emilio sin concebir una duda, ni una sola fisura en sus palabras; tenía la certeza de que la iba a proteger.

Sin embargo, a Emilio se le amarraron todos los demonios en sus entrañas, pero impulsado por razones aún desconocidas para él, se dirigió con pasos resueltos a la biblioteca, dispuesto a seguir

mintiendo un poco más por Lena y sintiendo en su corazón compases nuevos...

28

Comillas, tres meses después.

Hacía mal tiempo, caía la tarde y en un gran sillón reposaba Mateo con aire fatigado. Aguardaba la hora de la cena. El día iba declinando revestido de grandes nieblas semejantes a las que perpetuamente habitaban en su cabeza.

Observaba a su hijo con cierta inquietud, la mirada de Lucas lo trastocaba, le parecía demasiado intensa para un niño de su edad. Llevaba mucho rato clavando sus pupilas azules en él, mientras jugaba con los naipes en la vieja mesa redonda y sentado al lado de doña Pina. Pensaba Mateo que su madre se afanaba, como una octogenaria demente, en enseñarle a su nieto *el tresillo*, un juego de cartas insoportablemente aburrido muy extendido entre las comadronas y los afeminados. El niño insistía en fijar su mirada en él, casi sin parpadear, intentándole transmitir algo que se le antojaba indescifrable, aunque notaba que sus ojos no irradiaban ningún destello cándido; de eso estaba seguro.

Cerró los párpados en un intento vano de evitar los ojos de su hijo. Se hundió en la butaca y apretó los labios, desde que la maldita diabla le cortó la mano y lo dejó manco, habían transcurrido cuatro meses, y todavía oía el ruido seco de los huesos cercenados y el contundente golpe del apéndice estrellarse contra el suelo. Hincó sus cinco uñas en la palma de la mano temiendo a que

volvieran los fantasmas, la aprensión, el terror que sentía. Abrió nuevamente los ojos y advirtió la ternura de su madre hacia Lucas. Había conseguido al niño, aunque pensó que esa criatura no estaba destinada para ella, pero tras enfrentarse a don Celso y especialmente a Teresa con la contundencia que le otorgaba ser la mujer principal de la comarca, había conseguido los documentos necesarios que confirmaban que Lucas era su nieto. Eso sí, después de untar muchas manos eclesiásticas, políticas y funcionarios del Registro Civil.

Sin embargo, Mateo no movió un dedo por esa paternidad, aceptó el cisco que montó su madre por darle ese capricho, esa pequeña felicidad que él no quería ni la iba a disfrutar. Escondía un revolver en la mesita de noche y cualquier tarde se descerrajaba un tiro en la sien. Lucas tampoco quería ser su hijo. Desde la quietud que le obligó su estado físico y anímico, Mateo percibió el cambio del niño. A partir de que subiera la escalera, que separaba la casona en dos universos, y se alejó de las mujeres que lo criaron, se transformó en un ser oscuro. La pequeñísima chispa que subsistió en sus ojos después de la desaparición de Lena, se había disipado y solo le quedaba en su mirada una ira calmada, un poso de rencor y una tristeza inmensa.

Lucas seguía con los naipes entre sus manos con la cabeza gacha pendiente de sus logros con ellos, los barajaba con gran destreza y estaba aprendiendo a realizar trucos sencillos con las cartas. Pero de vez en cuando, dirigía sus ojos claros hacia Mateo, para expresarle su odio y el asco que le causaba su padre y ese cúmulo de sensaciones que estallaba en su alma desde el día que se sintió desposeído de sus sentimientos tras el huracán emocional que arrasó su espíritu y destruyó todo a su paso...

Entró Francisca en la sala para anunciar que la cena estaría servida en media hora. A Lucas se le iluminó el rostro y buscó los ojos de la criada con cierta complicidad para sonreír. Pero la respuesta de Francisca fue la misma de todos los días; ignoró al chiquillo. Otra vez Lucas tuvo que beber sus lágrimas una a una. Quería a esa mujer, la consideraba su referencia y el único punto de conexión con la planta baja, donde transcurrieron los años más felices de su vida junto a su madre en la casona. Su tía Teresuca también se había esfumado de su existencia después de perder el pleito de su custodia. Lucas supo de esta trifulca cuando escuchó las palabras que dirigió su abuela a Catalina, hablando entre dientes

para que él no se enterara.

Las órdenes estrictas de la señora las cumplían Francisca, Juana y Jesusa sin titubeos. Lucas era el nuevo señorito y como tal debían tratarlo los criados. Se dirigían a él con un respeto y una lejanía que al niño le rompía el corazón.

Una mañana, al poco tiempo de que subiera Lucas a su nuevo aposento en la planta alta, mientras Francisca agachada delante del niño le ataba los cordones de las botas, sintió la mano del chiquillo acariciarle sus cabellos, después siguió por la mejilla y cuando la criada alzó la cabeza y miró al zagal descubrió que sus ojos estaban bañados de lágrimas y una pena muy honda flotaba en sus pupilas.

Francisca, impulsada por un estallido nervioso lleno ternura, lo abrazó, lo envolvió entre sus brazos igual que hacía desde que nació. El niño, al sentir los brazos cariñosos de Francisca, se acurrucó entre su pecho buscando calor, el amparo perdido y profiriendo un lamento como un animalillo herido se quedó un largo rato aferrado al regazo de la criada.

La escena la contempló doña Pina agazapada detrás del quicio de la puerta cuando se dirigía hacia el comedor para desayunar. La crispación y la fuerza nueva tan extraña que sintió la hizo volverse bruscamente a su cuarto con un una monumental desazón y las entrañas revueltas por la escena que acababa de presenciar.

Aquella misma tarde reunió a todos los criados, incluidos el cochero y el jardinero, e impuso las nuevas normas de la casa y se paró expresamente a explicar la posición actual de Lucas dentro de la familia y a ordenar el tratamiento de respeto y obediencia que recibiría por parte del servicio.

—No tendré compasión con aquellos que traten a mi nieto de una forma distinta a como merece por su posición actual en mi familia. Es decir, no admitiré gestos ni de cariño ni de confianza hacia él, a no ser que quieran dejar de pertenecer al servicio de esta casa. Espero que haya quedado clara mi orden y no me obliguen con sus actitudes inapropiadas a adoptar medidas drásticas.

—Señora, tenga en cuenta que el niño se ha criado entre nosotros, es difícil cambiar el trato de un día para otro —le dijo Juana con voz temblorosa.

Doña Pina se encendió por fuera y por dentro, ya estaba alterada desde que presenció el amor de su nieto por la sierva. A lo largo del día había estado preguntándose cómo Lucas podía querer tanto a ese hatajo de cochambrosas. Cuando ella le ofrecía un mundo en

colores, una instrucción intelectual y delicada, una profunda formación religiosa, una vida cómoda llena de lujos, de ropas limpias, de cama mullida, de manjares exquisitos. Sin embargo, lejos de apreciar esa generosidad, el niño parecía que se alejaba de ella. Nunca la miraba del modo que contemplaba a Francisca cada vez que la maldita entraba por el comedor o la sala... Nunca la había abrazado de la misma forma que el niño se envolvió en el cuerpo de la criada. Pero eso iba a cambiar; ella sería el único afecto de Lucas.

—¡Juana! —respondió alzando la voz y con las manos crispadas por el ataque de ira que sentía—. Llevas aquí muchos años... quizás más de los debidos. No creas que por esa circunstancia te vas a librar si no cumples mis órdenes. ¡Está claro! Supongo que mis palabras han sido meridianamente cristalinas.

La doña se dio la vuelta y salió de la mugrosa cocina silenciosa y sombría para enfilar por la escalera hacia su hermosa casa.

—¡Pronto empieza la vieja a mostrarse celosa! —exclamó Francisca en cuanto la vio desaparecer entre los resquebrajados peldaños.

—¡Madre santísima! ¡Calla mujer! Cualquier día te va a escuchar y te pondrá de patitas en la calle por faltona.

—¡Bah!, lo que faltaba, que me echara... Más pierde ella que yo...

—No tientes a la suerte que torres más altas he visto caer...

—¡Qué hartura mas grande tengo! ¡Me cago en todos ellos! ¡Malditos ricachones que siempre se salen con la suya! Ahora pretende la mostrenca que no le dirijamos la palabra a Lucas, cómo si el niño y nosotras fuéramos de piedra. ¡Bruja!

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Cierra la boca, Francisca! Ya sabes que las paredes oyen...

Francisca se arrebujó en su toquilla, se sentó delante de la mesa y enmudeció de pronto.

La barbilla comenzó a temblarle y unas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Tú sabes cuánto queremos a esa criatura, Juana. ¡Por todos los santos, es el hijo de Lena! Lo hemos criado aquí, en la cocina, entre nuestras faldas y eso no se puede olvidar de la noche a la mañana. La vieja roñosa ya se lo ha quitado a Teresuca dándole un disgusto muy grande y en su estado de preñez... Podría haber sido más considerada con ella, que ni siquiera la deja ver al niño, ¡a su

sobrino de sangre, Juana!... Y lo peor es que lo ha manejado todo con malas artes y, ahora, pretende quitárnoslo a nosotros y encima que lo ignoremos. Si su madre supiera esto, no lo consentiría. Lena siempre supo poner a esa malnacida en su sitio, por eso la respetaba un poco más que al resto de los siervos...

Juana, al descubrir a la muchacha inmersa en un mar de llantos, también se estremeció y sintió las mismas ganas de llorar que Francisca, pero carraspeó dos veces intentando expulsar lo que le escocía en la garganta y en el alma. Entonces se puso a amasar el pan de la semana; sabía que ese movimiento la tranquilizaba.

La mirada de Catalina no era muy distinta a la de Lucas cuando observaba a su marido, aunque desprendía un destello que a Mateo también le desconcertaba. No obstante, Cati hacía mucho tiempo que le dejó de importar, suponiendo que alguna vez ella le interesó.

Cati había estado al lado de su marido los tres meses de dolor intenso que padeció por la cicatrización del muñón que, lentamente, se fue formando en su muñeca a partir de la amputación de la mano. Le suministraba a Mateo el fármaco que le dispensaba Manuel, su cuñado, contando las gotas y poniendo máximo interés para que no acaeciese una desgracia por algún descuido. Sin embargo, reconocía que, en sus noches en vela llenas de desesperación, tuvo la tentación de acabar con todo. Incluso un día pensó en quitarse de en medio ingiriendo aquellas gotas letales, aunque la mayoría de las veces, especulaba con aumentar la dosis de algunas tomas de Mateo para acabar con él. Pero Cati no quería dar ningún paso en falso para lanzarse a un envenenamiento que acabara con sus huesos en prisión. Percibía, con claridad absoluta, lo vigilada que se hallaba por su suegra y su cuñado que, temeroso de que ocurriese algún percance, facilitaba el medicamento fiscalizando el contenido y midiendo las dosis. La esposa de Mateo, aunque buscaba el momento propicio para llevar a cabo su plan, sucumbió a la realidad y renunció, de malas ganas, a su empeño de acabar con su cónyuge de una vez por todas.

Sin embargo, hacía solo una semana que su cabeza andaba en otras cosas. La obsesión por aquel fármaco pasó a segundo plano y era un joven abogado, Ernesto Roldán, pasante en el bufete de don Gregorio Álvarez de Ballesteros, el que había conseguido tal milagro. La cabeza de la joven se distrajo con una tribulación mayor que consiguió ocultar su obcecación por envenenar a su marido.

Precisamente se lo presentó su hermana Blanca y Manuel en la

cena que ofrecieron para celebrar su cuarto embarazo y a la que Cati asistió sola. Casualmente se sentaron juntos en la mesa y permanecieron toda la velada conversando del acontecimiento tan importante que se avecinaba con la llegada del nuevo vástago, incrementando considerablemente la dicha del matrimonio. Cati sintió un gran asombro cuando se contempló confesándole a un joven, que recién conocía, su deseo de dar ya a luz un hijo. Después, él le reveló que era la primera vez que hablaba dos horas seguidas con una dama, aunque ella apreció que el caballero exponía sus ideas con un lenguaje pulcro y elevado. Asimismo, Cati notó su timidez; Ernesto era un hombre reservado, pudoroso y muy educado. Además, poseía varios talentos, pintaba a la acuarela, sabía tocar el piano con cierta virtuosidad y le gustaba hacer literatura después de acabar su jornada en el despacho, mientras esperaba la cena en la fonda donde se alojaba provisionalmente: El Águila.

Desde que sufrió la gran humillación de tener que aceptar que Lucas era hijo de su marido y por ende su hijastro, el deseo de ser madre se exacerbó en su vientre. Deseaba a un niño, sería fuerte y moreno, le llamaría Jorge como su abuelo y aquella idea de tener un hijo varón era como una promesa de desquite de todas sus impotencias pasadas en la casona.

Aquella misma tarde que Mateo observaba el día declinar envuelto en tinieblas, también observaba con cierta extrañeza a Cati. Detectaba que algo nuevo ocurría en su vida, en efecto, un acontecimiento importante adornaba la existencia de su esposa que, unas pocas horas antes, había disfrutado de una maravillosa siesta junto a Ernesto.

La susodicha apareció por la hospedería *El Águila* escondida dentro de una capa negra que cubría su rebeldía, un tocado que tapaba su cabellera y un embozo que dejaba libres solamente sus ojos. En la habitación aguardaba Ernesto frotándose las manos, recluido a cal y canto para evitar cualquier habladuría. Durante dos horas, permaneció Catalina en la posada envuelta en una pasión desaforada y en un gozo infinito... Además, en la habitación número 3, se sentía liberada de los horribles pensamientos que revoloteaban su cerebro cuando permanecía en la casona, e ilusionada por haber entrado en una fase nueva de su vida.

Ernesto era un joven apuesto, muy conocedor del arte amatorio y, con su extraordinaria pujanza, la montaba al galope de cuatro

caballos y la llevaba avanzando sin rozar el suelo a un país nuevo de donde no quería volver, después, ocasionaba una explosión gigantesca dentro de ella que la hacía alcanzar el cielo con las yemas de sus dedos e imaginando que era la mujer más dichosa sobre la faz de la tierra.

La luz de los faroles cortaba como un relámpago el crepúsculo cerniéndose sobre Comillas y doña Pina se había acercado al ventanal para ver partir la última luz que aún quedaba tras los cristales. Conocía cada gesto, cada silencio, cada suspiro nuevo de Cati, por eso sabía que ese silencio meditativo que había mantenido acompañado por una copa de licor, era por alguna cosa seria de la vida.

—Querida, es raro verte tomar un licor a estas horas —le dijo doña Pina a su nuera.

El mutismo que estalló en la sala fue demoledor, todos miraron a Cati pendientes de su respuesta.

—¡Oh! Tengo un frío espantoso y estaba segura de que este licor era capaz de resucitar a un muerto.

—Ya lo creo —respondió doña Pina—, ese licor de eucalipto es muy fuerte. ¿Estás constipada, querida? Quizás la salida de esta tarde no te haya sentado bien ¿A dónde fuiste?

—A visitar a Blanca, se encuentra melindrosa por el embarazo. Vomita todo lo que come y hay ciertos olores que le provocan síncopes...

—¡Pobre mujer!

La naturalidad de Cati serenó el ánimo de su suegra, pero el corazón de la joven señora golpeaba su pecho y se perdía en miles de conjeturas. Pensaba en la dicha sentida aquella tarde, también en las tibiezas de las carnes. Pero a una mujer le está permanentemente prohibido todo eso. A la vez se sentía pecadora, iría a su confesor, le revelaría su tropiezo mortal. El adulterio era delito. ¿Qué haría? Se propuso no ver más al joven Ernesto. “Nunca más”, se dijo para reforzar su decisión Si bien, en su fuero interno notaba que la hoguera estaba aún demasiado viva.

Quizás ésta fuera la única vez que doña Pina no supo apreciar, con un solo vistazo, todo lo que acontecía en el corazón de Cati. Tampoco su fino olfato percibió el suave efluvio que aún desprendía la piel de su nuera por el perfume de rosas con el cual se había rociado antes de prepararse para ir a la fonda. Por eso, la doña comenzó a desgranar otros pensamientos que pululaban por sus

entendederas. Se acordó de don Celso y de la mañana que lo vio entrar por la puerta principal de la casona, enjuto y oscilante, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo abierto. Después, irrumpió Teresa erguida de orgullo, el vientre sobresaliente y la fatigada palidez de sus pómulos le afilaban los rasgos. Esos dos se presentaron en su casa exigiendo una explicación, entraron por el jardín, "¡qué desfachatez!". "¿Desde cuando la hija de un pescador, sirvienta y nacida en una casucha de la parte alta del pueblo, entraba con esos aires en su recibidor anunciando su casamiento?". Sintió cierto desprecio por ellos, por los dos. Estaban desposados. Y qué, les dijo. ¿Acaso eso les restaba importancia al tiempo que habían vivido amancebados? El tribunal que le concedió la custodia de su nieto lo había tenido en cuenta. Dios todo Poderoso en su infinita misericordia perdona todos los pecados, pero en el mundo terrenal las cosas no se olvidan y Teresa había vivido licenciosamente durante mucho tiempo al lado de Secretario del Ayuntamiento. Eso dejaba huella, ya se encargaría ella de que eso se cumpliera.

Estuvo muy cerca de despojar a don Celso de su puesto en el Consistorio, especialmente en esos momentos de fragor mientras batallaba por su nieto. Pensó en mover los hilos correspondientes, poner todo patas arriba y utilizar sus contactos políticos y eclesiásticos para echarlo de su cargo y sumirlo en la miseria. Pero se compadeció de las criaturas, de esos niños. A fin de cuentas, debía comportarse como una buena cristiana, era su obligación dar ejemplo a los comillanos y la generosidad siempre había sido una de sus mejores virtudes.

Alargó el cuello y se asomó al jardín, después deslizó las cortinas por su riel cuando descubrió la oscuridad de la noche. Recorrió la estancia para sentarse nuevamente en la mesa frente a su nieto. Al mirarle, le sonrió nerviosamente volcando su amor enfermizo en su risita.

—A ver, mi cielo, enséñame ese truco nuevo que has aprendido esta tarde —le dijo a Lucas.

El hijo de Lena le devolvió una mirada gélida, aunque simultáneamente sus labios esbozaron una medio sonrisa.

—Coja una carta, señora —le respondió sabiendo la mortificación de doña Pina.

—Mi niño, no me llames señora... Soy tu abuela.

El chiquillo volvió a sonreír de la misma forma, conocedor del

daño que originaba en la anciana. Sabía el poder que le había otorgado su abuela y lo manejaba a la perfección.

29

Trinidad (Cuba), febrero de1842

Aquel domingo, Lena despertó con las primeras luces del sol. Le asaltó el temor de todos los días, la pregunta que, asfixiada, se repetía desde que desembarcó del *Reina de los Ángeles*: ¿qué hacía ella en Trinidad? Cuando su hijo, su hermana y sus seres queridos permanecían a miles de leguas con un inmenso océano por medio. Salió del lecho con cierta premura, repasando los días que llevaba en aquel valle de los ingenios, dentro de una mansión blanca, grande y solitaria. Tres semanas, se dijo. Veintiún días entre estos muros y esta tierra, rumió huyendo de otros pensamientos, aunque no pudo evitar sentirse triste, apocada, llena de dudas.

Desde la balconada de su habitación, divisó la extensión de suelo fértil cultivado de caña de azúcar y a los esclavos sembrando y recolectando el producto de la tierra. Se apiadó de aquellos hombre, mujeres y niños que permanentemente encorvados realizaban las tareas más duras e ingratas de la hacienda. Era una visión ciertamente extraña, demasiado cruel para sus ojos y estaba segura de que no se acostumbraría a ella.

Abrió el armario dispuesta a coger la bata y contempló su vestuario y le volvió a sorprender las hermosas ropas que le había comprado de nuevo Emilio. Hasta La Habana se trasladó el vasco para adquirir en el taller de costura de Madame Lheureux, una

modista francesa muy discreta, varios conjuntos confeccionados con telas finas, suaves, muy sencillos y de colores claros. También compró algunos vestidos estampados de vivas tonalidades, principalmente en malvas, rojos y azules, evitando el negro hasta en los botones y, por supuesto, el incómodo armazón.

Lena, desde que llegó a la hacienda y se despojó del miriñaque, de las sedas y de los brocados, se sentía más identificada con su esencia de mujer humilde. Solo vestía los sencillos y holgados trajes claros que la dejaban libre de fatigas opresivas, además no se recogía el cabello en un moño, dejaba su abundante melena dorada caer a placer por su espalda y el rostro, sin un gramo de afeites, permanecía limpio con agua y jabón. Aun así, la belleza natural de la comillana irrumpió en La Santísima Trinidad cargada de frescura y voluptuosidad, difícil de ocultar como ella pretendía.

Una semana después de su llegada a la hacienda, Emilio apareció por La Santísima Trinidad con el rostro demudado y cargado de cajas repletas de vestidos, chales, limosneras, sombreritos y sombrillas. Lena pensó que él sabía comprar su ropa con acierto, mejor que ella, porque en la vida tuvo la oportunidad de ir a tiendas caras para conseguir aquel acopio de atuendos y aderezos finos.

Cuando fue abriendo las cajas, sorprendida y apurada por la generosidad de Emilio, pudo observar la tristeza que oscurecía la faz de su benefactor, la sombra que cubría su cara era inquietante. Viendo la palidez del comillano a Lena le asaltaban preguntas que no se atrevía a formular, deseaba averiguar qué le ocurría, por qué esa lividez. En cambio, únicamente expresaba otras ideas que apenas tenían sentido. Demoró unos minutos la extracción de los vestidos y aderezos de las cajas esperando a que él hablara, más las palabras no acabaron de salir de su boca. Parecía mudo, bloqueado por algún suceso y apenas acertó a balbucir una despedida apresurada sin atisbos de la calidez que caracterizaba su forma de ser. Desde entonces, él no había vuelto a la hacienda. Esa actitud, seca y distante la mortificó sobremanera al no comprender ese cambio de su talante; la desaparición tan abrupta y sin mediar palabras del vasco no la esperaba.

Una actitud muy diferente a la que sostuvo la noche que arribaron en La Santísima Trinidad. Llegaron tarde, pasada la media noche. Los criados, avisados por Muna de la llegada del amo, aguardaban al dueño de la hacienda con la cena y las habitaciones

dispuestas. Lena pretendía alojarse en la planta de los sirvientes, pero Emilio tenía decidido, desde hacía algún tiempo, que se instalaría en la alcoba más hermosa de la mansión. Lena se quejó de tal disposición, pero él la dejó callada con una mirada cargada de afecto y su dedo índice cerrando sus labios. Entre dos criados subieron sus pertenencias a un aposento cómodo y espacioso, con muebles de caoba y hermosos adornos sumamente exóticos. Emilio, con voz firme y templada, les comunicó a todos sus sirvientes que doña Magdalena era una gran amiga y, desde ese momento sería la señora de la casa. Lena intentó contener aquellas disposiciones que dictaba el vasco, enrojecida de la vergüenza y cansada por el fatigoso viaje que acababa de finalizar después de tantos días en el *Reina de los Ángeles* y el trayecto que recorrieron en calesa, durante dos días, desde el muelle de Santiago al valle de los ingenios en Trinidad.

Le sorprendió que Emilio, aquella noche cerrada y avanzada, abandonara la hacienda y marchara a su residencia de Santiago, argumentando, ilusionado, las ganas que sentía por abrazar a su hija; Valentina ocupaba su pensamiento. También, arguyó la necesidad de conocer el estado de salud de Marcela, ya que la había dejado enferma cuando partió para España e ignoraba cómo la encontraría. Antes de partir para Santiago, se despidió de ella con una sonrisa, los ojos dulces y un silencio cómplice.

—Volveré en unos días. Solo estaré ausente el tiempo de abrazar a mi hija y convencerla para que venga a La Santísima Trinidad a conocerte. Buenas noches, Lena —susurró Emilio.

Sin embargo, durante aquellas tres semanas, excepto la mañana que se acercó precipitadamente con los atuendos, solo José había puesto el pie en La Santísima Trinidad. Acudió en varias ocasiones para revisar el trabajo de los esclavos y el rendimiento del ingenio. Se había presentado como el cochero de los señores Abarruza y empleado libre de la casa. A Lena le pareció un hombre excesivamente servicial, con cierta ritualidad en su forma de relacionarse con ella. También, había observado que esa excesiva amabilidad se tornaba tosquedad cuando trataba con los criados, aún esclavos, de la mansión. Lena había servido casi toda su vida en la casona de los Mendoza, por eso no tardó en advertir la actitud impostada del negro libre frente a las maneras espontáneas del resto de los sirvientes y comenzó a sospechar, al cabo de pocos días, que José disimulaba su mal genio o una impostura más grave.

Una de las veces que se acercó José a realizar su labor de inspección, apareció Muna con su hijo Martín. Lena intuyó que la doncella de doña Marcela estaba allí con el único objetivo de averiguar cómo se encontraba ella, para después darle cuentas a Emilio. No obstante, Muna le pareció una mujer distinta a su marido, poseía una mirada límpida y un carácter amable. Martín era un niño fibroso y corpulento. Le recordó la lejanía y la ausencia de Lucas y nuevamente sintió en su estómago el pellizco viejo, torturador, que la dejaba sin ánimos.

El hijo de Muna y José, desde el mismo instante que se apeó de la calesa que los trajo desde Santiago, se apostó al lado de Lena, mirándola encandilado por su melena rubia. A lo largo de la tarde, se la fue acariciando con sus dedos varias veces y cada vez que su piel negra tocaba el dorado pelo de Lena, sus ojitos resplandecían deslumbrados por el color de sus cabellos. Con el pequeño y la ternura que le transmitía, pasó las primeras horas placenteras en La Santísima Trinidad.

El niño mostraba unas habilidades extraordinarias para montar su poni. Como un diestro jinete ejecutaba la andadura perfecta en el animal y, a su corta edad, dominaba con gran perfección el paso del diminuto caballo. Muna animó a Lena, viendo su fascinación, para que montara a una joven y hermosa yegua llamada Morita que eligieron entre varias que habitaban en las cuadras. Al principio la comillana se negó, solo había montado sobre un asno, de cuyo dorso se cayó, cuando era todavía una niña y vivía con sus padres en la casuca de la parte alta del pueblo. Sin embargo, siempre le había atraído la idea de montar. Este interés por la equitación surgió en el salón de la casona de los Mendoza. De una de sus paredes colgaban unas láminas enmarcadas en oro donde salían elegantes damas ataviadas con vestiduras de montar sobre corceles blancos y negros. Dichas imágenes habían llamado su atención por ser las únicas que le parecieron alegres en aquella oscura estancia. Esta rememoración aguijó a Lena a que quisiera intentar tal hazaña y decidió, con las mejillas arreboladas por la timidez, subir al lomo de Morita.

La primera contrariedad la tuvo a la hora de subir a la silla, aunque la yegua estaba aplomada, su inseguridad y la timidez que sentía, al impulsar su cuerpo levantando el muslo enseñando las prendas interiores delante de la servidumbre, le impedían lograr su propósito. Lo estuvo intentando varias veces, pero fue la voz ronca

y firme de la cocinera, Tránsito, la que desbloqueó su cerebro y la elevó como un ave alcanzando la espalda del noble animal.

—¡Vuele, ama, vuele... y deje las piernas libres! —exclamó con fuerza la negra con su acento mozambiqueño. Estas palabras fueron decisivas para que Lena aflojara el pudor y saltara por los aires hasta llegar al lomo de la yegua.

Una vez situada encima de Morita, el desequilibrio fue inevitable. Lena se desplazaba sobre la silla hacia un lado y por mucho que intentaba enderezar el cuerpo, perdía continuamente la necesaria estabilidad vertical, hasta que consiguió dominar sus piernas anclándolas con fuerza contra los costados del animal. Después, fijó concienzudamente su atención en utilizar bien las riendas largas y, tras un tiempo caótico con las bridas, consiguió manejarlas. Con cierta destreza, hizo que emprendiera la yegua una andadura adecuada para llegar a trotar lentamente. El regocijo que sintió por haber conseguido montar a Morita le devolvió las ganas de reír, de divertirse durante ese breve espacio de tiempo.

Transcurrió la tarde entre carcajadas, principalmente cada vez que Lena se deslizaba por el lomo del caballo y caía al suelo, o gritaba al notar el paso rápido de Morita. Tránsito y algunos criados dejaron sus monótonos quehaceres y se reunieron en la explanada donde Lena aprendió a montar. Estuvieron bastante tiempo entre risotadas y algarabías y así llegaron al final de la jornada. Aunque la comillana acabó llena de moratones y cubierta de estiércol húmedo, sintió un destello de satisfacción, incluso sonrió borrando la tristeza petrificada en su rostro desde que tuvo que huir de Comillas. Desde aquella tarde, no pasó un solo día sin que montara a la criatura que la había hecho dichosa por unos instantes...

Levantándose con las dos manos las faldas, Lena entró en la cocina. Tránsito acababa de baldear el suelo y se encontraba demasiado mojado para rozar la delicada bata y el pulcro camisón que aún llevaba puestos. Se sentó en la mesa cargada de verduras y carnes recién traídas del pueblo, minuciosamente troceadas y dispuestas para el delicioso sancocho que le esperaba al medio día.

La cocinera al divisar a su señora le rogó, un día más, que se sentara en el comedor o que volviese a la cama mientras le hacía el desayuno y Martina, su doncella, le calentaba el agua del baño.

Tránsito era una mujer de talla grande, rellena, vivaracha y de buen ver. Hablaba un español endemoniado, casi argot, y lo hablaba de prisa. Lena encogía el ceño esforzándose por entender a

la cocinera en un intento desesperado por captar algo de su verborrea y Tránsito, al contemplar los ojos y la cara de su señora, percibía su dificultad para entenderla, y empezaba a hablar con calma, casi silabeando, preguntando a cada paso si la había entendido. "*M'entende usté señola*", le repetía una y otra vez chillando creyendo que la comprensión sería más efectiva.

—Si me hablas despacio todo va bien.

—Pues váyase de mi cocina, señora, su sitio está en la parte noble de la mansión —le recordó de nuevo con los brazos en jarras y señalando la puerta.

—Prefiero estar aquí –susurró Lena.

—No es su lugar, ama. María le preparará la tina con agua caliente y le ayudará a arreglase.

—No quiero doncella, no necesito a nadie que me sirva. Yo puedo hacerlo sola...

—Pero ama, son órdenes del señor Emilio...

—Ya, ya... —Lena la miró abatida, implorando su compañía.

Aquella mañana, Tránsito notó a su señora con los ojos muy tristes; Se daba cuenta de que la preciosa ama poseía una honda pena que era, sobre todo, recuerdos de seres queridos, recuerdos que irrumpían en su alma y la invadía de mucho dolor y de una pesadumbre extraña, como si viviera una existencia que no le perteneciera. La negra mozambiqueña aún guardaba en su espíritu africano esa intuición ancestral, entre la magia esotérica y el poder mental, que le permitía escrutar en los corazones y en el espíritu del ser humano. En un impulso compasivo y segura de que no iba a ser rechazada, Tránsito le cogió la mano y Lena se la tomó con naturalidad, agradecida por el gesto de comprensión, tardó en soltarla. La cocinera, conmovida por el gesto de su ama, apartó de la mesa las viandas y empezó a preparar el desayuno y, mientras lo iba haciendo, Lena la miraba insistentemente con una dicha silenciosa. Se lo sirvió en la mesa de la cocina, porque entendió que era lo que ella quería, más aún, la negra entendió que era lo que Lena necesitaba.

—¿Por qué llamaron Morita a la yegua, Tránsito? —Preguntó Lena mientras sorbía el café con los ojos más apaciguados.

—Esa es una bonita historia, ama —le dijo sonriendo la negra—. Resulta que el padre de Morita es un caballo árabe que le regaló un hacendado vecino de La Santísima Trinidad a don Roque hace unos años. Este hombre, agradecido por un favor que el señor le hizo en

un momento crucial para él, tuvo a bien obsequiarle con un hermoso caballo al que llamó Merlín. El apodo se le ocurrió al señor Emilio, cuando éste era un simpático jovenzuelo que trabajaba en la plantación, y don Roque no dudó en llamarlo con ese nombre, para después regalárselo. A Merlín lo trajeron de Medio Oriente y es el mejor ejemplar que habita en las cuadras y en todos lo alrededores de Trinidad. Pero al poco tiempo de llegar, nos dimos cuenta que andaba enamoriscado de Esmeralda, una yegua alta y estilizada. Al principio, Esmeralda se resistía a quererle; Merlín era más chaparrito, con menos envergadura, como son los caballos árabes. Hasta que, al cabo de unos días de cortejo, en los cuales Merlín lució sus encantos, ella cayó rendida y enamorada también... De esos amores nació Morita. A Morita comenzamos a llamarla así porque era muy chiquita cuando la parió Esmeralda y su sangre, como la de su progenitor, es mora.

La cocinera se quedó mirando unos instantes los ojos claros de Lena y se perdió en su hermosura. Cerró los párpados aturdida por la emoción que sintió al contemplar el mar azul de sus pupilas y al abrirlos le preguntó:

—Ama, cuénteme otra vez el episodio del huracán que a poco estuvo de hundir el barco donde navegaba usted con los señores en alta mar.

—Tránsito, esa fue una noche dura, creí que nos tragaba el océano. Como ya sabes, el terrible suceso comenzó cuando cruzábamos la zona de las Islas de Cabo Verde, al oeste de la costa de Senegal en África. Al principio, pensábamos que la tormenta que se presentó aquella tarde era una de tantas que se habían desarrollado durante la travesía, de olas enormes y abundante lluvia. Sin darle mayor importancia, cenamos en el comedor del *Reina de los Ángeles*, después, nos dirigimos hacia nuestros camarotes para descansar con cierta tranquilidad. Sin embargo, cuando ya estaba en la cama rendida por el sueño, sentí una inmensa sacudida que consiguió estremecer la estructura del buque, para inmediatamente, quedarse inclinado por las fuerzas de las aguas. El movimiento se produjo tan violentamente, que todos mis frasquitos y objetos, dispuestos en el tocador, junto al mobiliario fueron a parar a un rincón del recinto y yo con ellos. De pronto, otra sacudida volvió a inclinar al barco en dirección opuesta y los muebles, mis utensilios y yo rodamos otra vez por el otro flanco. El estruendo y la confusión que se originaron por el desplazamiento de

personas vociferando, muebles y objetos de todas índoles por los suelos de la nave fue espantoso. Aterrorizada, yo gritaba también presa de un nerviosismo que aumentaba a medida que los movimientos del barco se repetían con más fuerza. Ignoro cómo llegó el señor Emilio a mi camarote, pues era imposible caminar de un lado a otro. Entró en él dando tumbos, con la frente ensangrentada y magullado de los golpes que se fue dando contra las paredes y los apliques del pasillo, es cierto que yo también percibía la piel arder por las heridas que se me abrían tras las embestidas. El señor, sabiendo la gravedad del huracán, pretendía ayudarme, serenarme en esos críticos momentos... aunque eso fue imposible.

Mientras el barco estuvo zozobrando, el miedo que sentía no conseguí apaciguarlo, por muchas palabras que me dijera para aplacar mi perturbación. Solo fue cuando la nave recobró la línea de flotación pude aflojar la desazón que me atenazó durante todo el tiempo del ciclón. Y unos minutos después, apareció el señor Antonio asustado por la magnitud del huracán, para averiguar cómo nos encontrábamos después del terrorífico vapuleo de las aguas.

Lena en este punto de la historia desvió los ojos hacia sus manos y Tránsito advirtió que había algo que no deseaba revelar, pero que permanecía presente en la cabeza de su ama. También notó la cocinera que el pensamiento ocultado por Lena era algo que la afligía excesivamente.

En efecto, Lena rememoró los momentos de terror que sintió abrazada a Emilio, vagando sin control de un lado a otro del recinto. Sus gritos desgarrados y su llanto continuo desbordaban al vasco. Este le suplicaba calma, repitiéndole pausadamente que todo iba a pasar... Pero ella no podía dominar el miedo a morir ahogada, hundida entre las aguas. Percibió su cuerpo temblar como una hoja, escuchó sus propios alaridos esparcirse por el aposento y, en ese instante de máximo extravío, notó sus labios sobre los suyos y fue el bálsamo que la apaciguó.

De improviso, el mar desapareció del cristal de la ventana del camarote y el *Reina de los Ángeles* fue recobrando su verticalidad y tanto ellos, como los mueble y los objetos esparcidos por el suelo dejaron de zarandearse. Sin embargo, aún estando tirados en el suelo, completamente inmóviles, siguieron abrazados con una exaltación parecida a la fiebre que los ataba con fuerzas magnéticas. Perplejos y en silencio, no sabían qué pensaba el uno del otro ni

cómo despegar sus cuerpos. Así los encontró Antonio, abrazados y con sus miradas confundidas por el desasosiego.

—¿Estáis bien? —preguntó el comillano aturdido por la visión tan extraña que estaba presenciado.

Alzaron sus pupilas y se encontraron con los ojos de Antonio desorbitados y con el implacable desconcierto que se interpuso entre ellos. Era difícil explicar. Se levantaron sin mirarse de frente, se entretuvieron en coger cosas sin importancia de la alfombra, componer la butaca y los muebles mientras el vasco respondía.

—¡Me cago en diez, Antonio! Magullados pero vivos. Hemos pasado mucho miedo pensando que el barco se hundía. Este huracán ha sido tremendo, nunca antes habíamos padecido un ciclón tan devastador... Y tú, ¿cómo te encuentras, amigo? —respondió el vasco con la mirada difusa.

Lena advirtió una leve variación en el rictus de Antonio y la comezón que se instaló en sus entrañas. Notó sus celos y su rabia al encontrarlos abrazados, por eso se alejó en cuanto pudo de Emilio para poner distancia y disimular lo que había pasado.

La cocinera miraba a su señora desconcertada, el ensimismamiento de Lena duraba ya muchos minutos. Se levantó de la silla y se dispuso a recoger la taza vacía y el platillo depositados sobre la mesa y, en ese instante, escuchó una calesa rodando por la grava del camino. Miró a Lena intrigada por la visita, la señora se la devolvió preguntándose si sería Emilio el que llegaba a la hacienda. Tránsito salió de la cocina con su peculiar manera de andar, secándose las manos en el delantal. Dio la vuelta a la fachada y estiró el cuello para saber quién llegaba a esas horas de la mañana a La Santísima Trinidad. Volvió corriendo a la cocina y balbuceando le dijo a Lena:

—Señora, arréglese. Don Antonio y la señorita Elvira están aquí.

Antonio y Elvira llegaron ocupando todos los asientos de la calesa, Elvira se había puesto el miriñaque debajo de las enaguas y la falda del vestido color azafrán que eligió para conocer a la mujer española que desembarcó del *Reina de los Ángeles* con su prometido y con Emilio. La catalana se bajó del coche con la suficiente parsimonia para impedir cualquier incidente desagradable y se dirigió hacia la puerta intentando caminar erguida, tenía verdadera dificultad por el dichoso regalo del comillano; el armazón que la agarrotaba era un miriñaque español. Entraron en la mansión hablando muy bajo, con cierta mística de amores fríos, helados.

La sierva los dirigió al salón de recibir visitas y allí permanecieron el tiempo que tardó Lena en componerse. Ese día, la comillana decidió peinarse con un moño y un vestido de color malva para recibir a Antonio y a su prometida, la señorita Elvira, tal como le aseguró Tránsito.

—Buenos días —saludó Lena a los visitantes entrando en la estancia.

—Oh, buenos días Magdalena —se acercó el comillano a ella con cierta ceremonia—. Te presento a mi prometida, Elvira.

—Encantada de conocerla —dijo Lena extendiendo su mano que aún conservaba ciertas asperezas, reminiscencias de su condición de sierva.

—Bueno, bueno... Así que tú eres Magdalena, el mejor secreto guardado en esta hacienda de mi amigo Emilio... ¡Qué calladito te tenías la hermosura de esta muchacha! —reprochó Elvira a su prometido echando una ojeada a Lena de arriba abajo sin disimulos.

Elvira, dueña de la situación, se acercó a la comillana y le estampó un beso en la mejilla. Lena enrojeció súbitamente, no esperaba la familiaridad que le mostraba la señorita Elvira. Antonio, al ver el desconcierto de Lena, comenzó a dar una explicación un tanto extraña sobre la presencia de ambos en la hacienda.

—Déjate de monsergas —le cortó su prometida—. En realidad, lo que nos trae hasta aquí es mi curiosidad por conocerte...

Lena abrió los ojos asombrada; nunca pudo imaginar que ella pudiera despertar ese deseo en alguien como la señorita Elvira.

—Casualmente —prosiguió la catalana—, por un descuido de Muna me enteré hace un par de semanas de tu existencia y, tras consultar con la almohada varias noches, decidí que quería venir hasta aquí para saber cómo eras.

Antonio permanecía inmóvil, estaba acostumbrado a los silencios y a la mística extrema de su futura esposa, pero la soltura y el atrevimiento que mostraba ante Lena, lo dejaba helado, incrédulo observando el despliegue de locuacidad que mostraba sin recato.

—En Santiago, mi rutina es monótona, insulsa y aburrida —continuó explicando Elvira—. Además, conozco a pocas personas interesantes... excepto mi futuro esposo, claro. Por eso comprenderás, querida, que una situación nueva, como esta, la llena de color... Y hace una semana le dije a mi prometido que, al día siguiente, con el alba, partiría a Trinidad para conocerte, me

parecías, Magdalena, una mujer misteriosa. Además, también quería aprovechar mi estancia en Trinidad para conversar y confesar con don Jeremías...

Elvira, en este punto, enmudeció unos instantes y miró a su prometido, después, acarició su camafeo en un gesto ritual y se aderezó el pequeño mechón que le sobresalía del moño para continuar:

—Magdalena, el bueno de don Jeremías realiza una labor encomiable con los más necesitados desde su parroquia El Espíritu Santo. Este santo ha sido mi confesor desde que yo era muy chiquita y, desde que llegué a Trinidad, el martes pasado, hemos conversado mucho, todo lo que sus obligaciones le han permitido. También he aprovechado mi estancia en el Valle para visitar viejas amistades y socorrer con un donativo a las necesidades de los pobres, que son muchos.... En fin, aquí estoy, en la casa donde pasé mi infancia, recordando una época en la que fui inmensamente dichosa... Y Antonio llegó ayer en cuanto pudo dejar las transacciones de la Naviera en orden...

Lena, ruborizada ante el palabreo continuo de la señorita Elvira, le sonreía sin saber qué decir. Le faltaban tablas a la comillana para gestionar con naturalidad esta visita inesperada. Eclipsada por completo ante la verborrea de la prometida de Antonio, solo acertó a decir.

—¿Desean desayunar?

—¡Uy! Tutéanos, mujer. Yo lo estoy haciendo contigo desde que llegué... Tomaría un café.

Antonio se revolvió en el asiento. Esas confianzas con Lena no las esperaba, a él le costaba asumir los cambios y este era demasiado brusco. Lena se dio cuenta del pensamiento de Antonio. Después del tiempo que habían pasado juntos desde que huyeron del pueblo, conocía con cierta profundidad el carácter conservador del comillano, temeroso siempre de las novedades insignificantes y sabía la importancia irracional que le daba al pormenor. Sin embargo, de la misma forma, pensaba que su paisano, contrariamente a lo esperado, era capaz de acometer lances de grandes magnitudes sin que le temblase el pulso de las manos.

—Bien. Diré a la doncella que nos prepare café —murmuró Lena asombrándose del desempeño de su papel como señora de la casa.

La comillana salió de la estancia y fue ese momento cuando Antonio aprovechó para averiguar la extraña transformación del

carácter de su prometida.

—Querida, ¿te ocurre algo? Te he notado nerviosa desde que hemos llegado... Creo que no teníamos que haber venido...

—Estás equivocado, querido, me encuentro perfectamente...

—¡Ah! Pues no es lo que he percibido...

—Es curioso, amor mío, porque yo también he advertido cierto nerviosismo en ti...

—¡Demonio!, Elvira. Estoy sosegado, extremadamente tranquilo...

—Pues muy bien, cielo, entonces estamos ambos muy tranquilos... No hay más que hablar... —respondió Elvira empleando un tono sarcástico inédito para el comillano.

Algo ha cambiado en esta mujer, pensó Antonio con cierta inquietud. Sin embargo, el comillano no supo aclarar en ese instante si le gustaba más o menos esta Elvira que estaba vislumbrando.

Lena, mientras cruzaba el recibidor de la casa dirigiéndose a la cocina para solicitarle a la doncella que preparara café y algo para picar, presentía que la visita de Antonio y Elvira no era exclusivamente una cuestión de curiosidad y que ese día iba a saber la causa del silencio de Emilio, la causa de su estampida que la mantenía apesadumbrada, con los nervios de punta formulándose, ilusoriamente, tantas preguntas sin respuestas.

Cuando Lena retornó al salón, escuchó a Elvira rogarle a su prometido que se acercara a la biblioteca en busca de un libro que ardía en deseos por leer.

—Un libro piadoso, querido –le dijo con una sonrisa esbozada en su cara.

El comillano se resistió a salir de la sala durante unos segundos, la biblioteca no era el lugar para él, pero la insistencia de Elvira surtió el efecto esperado y salió de la estancia a regañadientes. Cuando al fin quedaron solas, la catalana aprovechó ese tiempo para decirle.

—¿No te habrás creído que he venido solo a conocerte? ¿No?

—¿Me está preguntando si ha venido a verme? Pues creo que no es cierto totalmente... que usted tiene otra razón —respondió Lena sofocada por su sinceridad.

—Tutéame, por favor, si no es así me siento muy incómoda cuando hablo contigo. En efecto, estoy aquí por otra razón. Y no es otra que la preocupación que siento por Emilio.

Aunque querida, he de admitir que también sentía curiosidad

por conocerte...

—le dijo la catalana.

Lena sonrió al mirarla y comprobó que, a pesar de la asimetría de su rostro, el pelo endemoniadamente rizado, las mejillas hundidas, la enorme nariz que poseía la señorita Elvira junto al camafeo que cerraba el cuello de su vestido, no le parecía una mujer horrible; Lena percibía que sus pupilas negras eran chispeantes cuando sonreía y profundas cuando conversaba, dejando traslucir una viva y gran inteligencia.

Elvira miró a Lena sin tapujos y sus ojos se oscurecieron con algún pensamiento que la hacía sufrir.

—Quiero ser clara contigo, Magdalena. Si he venido hasta aquí es por Emilio, solo me mueve la amistad y el aprecio sincero que le profeso —Elvira recorrió con la mirada el salón hasta que depositó sus ojos en el paisaje verde que entraba por la balconada. Se levantó lentamente de la butaca como un autómata hacia el paraje que miraba, de repente siguió hablando—: El caso es... que Emilio lastra una condena desde hace muchos años... Siempre ha sobrellevado con melancolía la responsabilidad de haberse casado con una mujer a la que no amaba, pero esa capacidad que él posee de vivir preservando sus sentimientos, le ha ayudado durante mucho tiempo para eludir ciertas tristezas y soledades, pero ahora, las circunstancias, lo han hundido en el mismo abismo donde ya estuvo cuando murió don Roque. Y, como aquella vez, siente un gran dolor y únicamente habla para suplicar a los médicos que hagan lo imposible para que su hija vuelva a ser la de antes... Pasa el día entero a su lado, sentado en un taburete pegado a su cama, acariciándola, susurrándole historias inventadas con la esperanza puesta en un gesto consciente o bien, atisbe una sonrisa en sus labios para que pueda sentirse menos culpable... Por ahora no ha surgido ni una cosa ni la otra y él prolonga sus horas de desvelos por la chiquilla en un estado lamentable. Fíjate, Magdalena, que su abandono llega a tal punto, que no se ha acostado una sola noche en su cama y se niega a entrar en la alcoba donde acaeció el accidente. Por supuesto, no ha vuelto por la Naviera desde que llegó de España. Sobre los hombros de mi prometido recae totalmente la responsabilidad mercantil de la sociedad de ambos... Si no es por Muna, no sé cuál sería su estado. Ella, silenciosa, se encarga de que almuerce algo, lo acompaña en estos momentos tan desdichados por los que deambula...

A Lena le sonaba todo aquello a su propia vida... La hija se había convertido en el eje de los sufrimientos de Emilio. También sabía por Tránsito que don Roque fue el benefactor del joven vasco y el primer dueño de La Santísima Trinidad. Pero no conseguía asociar el abatimiento que sufrió Emilio, hacía años, con don Roque. De pronto sus pensamientos se centraron en la niña y preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido a Valentina? —dijo sintiendo que le sobraba el cuerpo.

—Una desgracia, querida. La niña padece una hemiplejia a consecuencia del accidente que sufrió unos días antes de su llegada. Este infortunio le ha causado una gran disfunción en el habla y unas convulsiones continuas que deja a la criatura reducida a una muñeca rota, casi sin vida.

Lena cerró los párpados y tembló presa de una tensión nerviosa. Tuvo una leve sensación de extravío muy semejante a la de algunas de sus pesadillas que la obligó a ponerse de pie de un salto.

—¡Hemiplejia! ¡Por Dios Bendito, qué significa eso!

—Cálmate Magdalena. La hemiplejia ha sido a consecuencia de un golpe mortal contra el pico de una mesilla de noche.

—¡Qué horror! Parece increíble que una mesita de noche deje a una criatura en ese estado.

—Porque la tapa que la cubría era muy dura, de mármol... Sí, sí... ya sé que suena extraño, pero la niña jugaba correteando en la alcoba de la madre cuando se le trastrabillaron los pies y la mala fortuna quiso que ese fatal golpe le hundiera el cráneo.

—¡Pobre niña! Su madre estará tan deshecha como su padre.

Elvira tragó las lágrimas que se agolpaban en la garganta, procuró serenarse y contestó:

—Supongo que sí, pero Marcela es muy especial, Magdalena.

Lena calló tras la respuesta de Elvira, no supo valorar su comentario referente al carácter de la esposa de Emilio, y tampoco quiso ahondar en él. En esos momentos solo sentía un gran pesar por Valentina y por la situación tan triste por la que atravesaban.

—Como te he dicho antes, Magdalena, Emilio está muy apagado. —continuó Elvira—. Sin embargo, cuando supe por Muna que estabas aquí, no le comenté nada a Antonio siguiendo una intuición y me dirigí a casa de Marcela y Emilio con la sospecha cada vez más clara de que esto podía animarlo. Le revelé, abiertamente, en esos segundos que nos quedamos solos, que sabía de tu estancia en Cuba y que te refugiabas en *La Santísima Trinidad*. Fue como aguijonearlo

a la desesperada, para ver si reaccionaba con mis palabras y emergía de ese estado totalmente abatido en el que se encontraba. Y acerté. Ha sido la única vez que vislumbré cierta luz en sus ojos en vez de ese velo turbio y profundo que los envuelve continuamente ahora. Contemplando su interés, concluí que tú eras importante para él. Y después de darle algunas vueltas, resolví que me trasladaría a Trinidad con una misión precisa y secreta, por eso, decidí callar y viajé hasta aquí sin decir una palabra a Emilio ni a mi prometido. Tú serás la primera en enterarte...

Elvira envaró su espalda e inclinó la cabeza intentando escuchar los inconfundibles pasos de su futuro esposo cada vez más cerca del salón, entonces cambió la conversación y se transformó en la mujer superficial que tanto sorprendía al comillano.

—Querida, no encuentro el volumen de Víctor Hugo que me has pedido. Siento que tengas que ser tú la que lo busques...

—Alma mía, recuerdo que lo vi en el estante tercero dentro de la vitrina donde don Roque guardaba sus tesoros literarios. Ve en un momento mientras acabo mi conversación con Magdalena.

—¡Vaya plática larga la que tenéis! —exclamó Antonio sospechando que entre ellas había más que una simple conversación. Añadió—: Id acabando la cháchara que rápidamente nos vamos a Trinidad para oír misa con don Jeremías... Y luego, regresamos a Santiago, querida... el camino de vuelta es cansado, se nos hace siempre largo y pesado. Ya sabes, prenda, que tengo que resolver ciertos asuntos en la Naviera en dos días.

—Bien está, querido. En cuanto me traigas *Nuestra Señora de Paris*, partimos hacia el pueblo... No quiera Dios que nos perdamos los santos oficios de las doce.

Cuando Elvira vio que nuevamente estaban solas, su encantadora sonrisa se disipó y su rostro recobró la expresión grave y pensativa.

—¿Por qué le ocultas tus propósitos a Antonio? —Preguntó Lena enrojecida nuevamente de su osadía por tratar a Elvira como una amiga.

—Porque estoy segura de que a Emilio no le agradaría que Antonio supiese lo que estoy organizando para que os veáis. Por los celos.

—Emilio... ¿celos?

—No te confundas... Es Antonio el que los siente.

—¡Ah!

—Ya ves... Conozco todo lo que pasa por su cabeza. También sé que Antonio no te ama, pero le fastidia no ser él a quien tú prefieres... Desde luego, estoy absolutamente segura de su amor hacia mí... mi prometido me quiere... y mucho.

Lena pensó que se había equivocado en enjuiciarla como una joven cuerda. Permaneció inmóvil unos segundos, incrédula de los ramalazos de delirios que vislumbraba en Elvira. ¿Cómo sabía la señorita que sus preferencias eran para Emilio si ella aún lo ignoraba? Veía a la prometida de Antonio vestida de amarillo intenso, dando vueltas por el salón, distinguida y educada en las conveniencias sociales... Sin embargo, en contra de toda lógica, había mantenido una actitud delirante cambiando su temperamento, unas veces se había mostrado suave y templada y, otras, resuelta, prosaica, valiente, mostrando una seguridad fuera de lo común, tanto, que la desconcertaba sobremanera.

—No veas malicia en lo que te voy a proponer, Magdalena. Que solo me guía la sincera amistad que me une a Emilio y el deseo de hacerle un poco dichoso —replicó como una adivina.

—Te escucho —le dijo—. Por ahora confío en ti.

—Pues verás, Magdalena, he pensado que el jueves....

30

Santiago de Cuba, febrero de 1842

El secreto que guardaba Muna rondaba por la mansión como una bomba a punto de estallar. La esclava libre tenía suficiente información para destruirla, para enviarla directamente al infierno y eso no lo permitiría jamás; era la mujer mejor posicionada de Santiago.

Detestaba su risa blanca, sencilla, dulce; le llevaban los demonios cada vez que, con cualquier motivo, evidenciaba su satisfacción por haber roto lastres con ella y esa perfecta paz que desprendía toda su persona, la hacía segura, fuerte... y, sobre todo, no soportaba aquel silencio repleto de miradas extrañas.

Esa ingrata, que le consumía el orgullo, había jugado bien sus cartas, por eso había permitido, después de darle muchas vueltas, la escolarización de su culicagao, a liberarla de los deberes de doncella y a separarla de las tareas domésticas y, ahora, andaba pegada al lecho de Valentina velándola sin un ápice de disimulo y sin un sonrojo.

Marcela, a pesar de la extrema delgadez que padecía y su decrepitud, aún mantenía en su porte el indescriptible sello de distinción y de elegancia que parece cualidad y exclusivo privilegio de las familias aristocráticas, aunque no siempre fuera así. Con su orgullo indómito, convertido en soberbia, la colombiana decidió

que la criada no la iba a amedrentar y optó por mantener una actitud beatífica para defender su posición de madre desolada, especialmente, cuando se hallaba rodeada de sus amistades en el salón de su mansión ante unos pastelitos y unas tazas de humeante café. La colombiana estaba dispuesta a ganarse la compasión de sus amigos y, para ello, escenificaba con la mirada puesta en el infinito unos padecimientos insoportables, unos sufrimientos inhumanos por el estado crítico de Valentina y manifestaba, con los ojos anegados, sus tiernos y buenos sentimientos hacia su pequeña. Igualmente, se esforzaba en mostrar lo difícil que le resultaba comprender el comportamiento de su esposo desde que llegó de su largo viaje de negocios, careciendo en esos momentos del valor y el brío propios de un caballero.

—No sabéis, queridas mías, mi calvario... —decía Marcela—. Por un lado, mi pobre reinita, cada día más débil, padeciendo terribles convulsiones que la dejan exhausta y sin vida. No hay peor sufrimiento para una madre que ver a su propia hija en ese estado... me parte el corazón. Señoras, y por si no tuviese poco dolor, el desengaño que he sufrido con mi esposo ha sido tremendo...

Las damas quedaron todas paralizadas, con los carrillos inflados de los magníficos pastelillos que masticaban, al escuchar las palabras de Marcela quejándose de Emilio.

—Por Dios, Marcela. Creíamos que vuestra relación era excelente...

—Siempre ha sido así, queridas amigas, pero ignoro la causa de su despego desde que llegó de España... Es muy duro ver a Emilio tan alejado de mí, ya sabéis cuánto le adoro. Y aunque hago grandes esfuerzos por comprenderlo, es también motivo de mucho dolor...

Dominando las emociones que la embargaban, hacía ver a sus distinguidas amigas, de largas veladas junto al piano, que los designios del Cielo eran antes que todo, y el sacrificio de no tener a su hija con ella sería asumido con resignación cristiana. Le pedía a Dios serenidad ante los luctuosos momentos que le esperaban, asemejándose a las santas y cristianas mujeres que engrosaban la amplia lista de mártires en el santoral. Marcela deseaba ser el centro del ciclón que asolaba su vida, parecía una reina del viejo mundo como Catalina de Aragón o Ana Bolena, abandonadas a sus destinos.

—Aceptaré el destino si el Padre Celestial me arrebata a mi

querida Valentina y se la lleva con Él al Paraíso...

—Querida, qué grandeza de espíritu posees.

—Resignación —querida marquesa—, resignación cristiana...

Pero Marcela se debatía, bajo ese manto de santidad y regia conformidad, en un enorme conflicto, en un apuro grande y de difícil solución. Su revuelo interno empezó cuando advirtió la frialdad de su esposo desde el mismo instante que puso el pie en la casa, agravándose aún más cuando supo el estado en el que se encontraba su pequeña. Él parecía presentir la verdadera causa de la desgracia y esa idea la dejaba debilitada, paralizada de miedo. Además, la cercanía de Muna se le antojaba como una espada de Damocles sobre su cabeza

La niña, con su cuello arqueado hacia el lado derecho, las muñecas y los dedos flexionados, la mitad del cuerpo paralizado y levemente levantado, permanecía dormida en su cama igual que un ángel. Contemplándola durante el sueño, nadie podría imaginar la revolución que había padecido durante esos eternos minutos que duraban sus crisis. Desde el otro lado del lecho, Muna miraba a Emilio. La luz del quinqué iluminaba su rostro y sus ojos vacíos, perdidos en el infinito, no veían ni esperaban respuesta de su hija. La angustia y la extenuación de tantos días sin dormir, le oscurecían los ojos con unas sombras negras que lograban envejecer al vasco. Desde el día que llego a Santiago no la dejó. Abandonó todas sus obligaciones en la naviera dejándolo todo en manos de Antonio; no se acostaba, estaba continuamente tomándole el pulso y poniéndole compresas de agua fría. Mandaba a José al colmado a buscar hielo; el hielo se fundía por el camino; volvía a mandarle, llamaba continuamente al doctor, estaba desesperado. Lo que más le trastornaba era el abatimiento de Valentina; pues no hablaba, no oía nada y hasta parecía no sufrir después de todas sus agitaciones

Durante el último ataque, apaciguaron a la criatura entre abrazos y susurros, sujetándola para que no se lesionase más y no cayera rodando de la cama, además, le habían suministrado las gotas que el doctor había prescrito. Los espasmos se habían presentado más seguidos que los anteriores, fuertes y destructores, parecía que el mismísimo Lucifer hubiese entrado en su pequeño cuerpo deformándolo mientras lo estiraba y lo constreñía a una velocidad de vértigo. Las convulsiones de sus músculos producían verdaderas catástrofes en sus pies, en sus piernas, en sus pequeñas manos, en su espalda, sus hombros, todo se desfiguraba a un ritmo

endiablado. La espuma que la niña expulsaba por su boca provocaba en su padre un llanto sordo, profundo y controlado. Emilio palidecía y se le hundían las cuencas de los ojos al contemplar a la chiquilla desmadejada y a merced de esas fuerzas incontrolables, cuyos efectos eran terribles, despiadados, despojándola de toda naturaleza humana; asemejaba a un perro rabioso.

Muna cada día se encontraba más desolada sabiendo el pesar de su amigo y el agravamiento de su lucero. Además, ella también cargaba con una culpa que la aprisionaba en terribles angustias; se debatía entre la obediencia a su marido y la lealtad a su único amigo.

José alimentaba la confusión de su mente. Le había prohibido que revelase a Emilio el suceso tal como aconteció la noche en la que doña Marcela, tras un arrebato de rabia y con una fuerza desconocida, lanzó a Valentina contra el pico de mármol de la mesilla de noche rompiéndole la sien derecha. En el mismo instante que José supo los hechos, decidió que ella silenciara lo ocurrido delante del amo, sería su secreto mejor guardado y que esa baza, regalo del azar, era primordial para conseguir sus viejos propósitos; tenían a la señora en sus manos.

A medida que José apaciguaba sus ideas revolucionarias, Muna sentía que aumentaba su desasosiego por el hecho de ocultar a Emilio la verdad. Notaba un desequilibrio entre dos fuerzas fundamentales en su vida; el desconocimiento que poseía Emilio sobre la verdad era la causa del bienestar de su familia. Era evidente que su marido y su hijo vivían ostensiblemente mejor desde que doña Marcela se sometió a sus exigencias, incluso ella también había mejorado su situación al despojarse de una tarea que detestaba: ser la doncella de la mujer más infame de Cuba.

Muna odiaba sentirse así, no soportaba la férrea vigilancia de José, pendiente de todos sus movimientos para que no soltase prenda, tampoco soportaba la actitud descorazonada de Emilio cuando se refería al sufrimiento de su esposa; la suponía una víctima sacrificada por su ausencia, como ella se empeñaba en demostrar. Muna percibía la culpabilidad del vasco y las pocas palabras que salían de sus labios encubrían duros reproches que se hacia a él mismo; insistía en asegurar que, si él hubiera estado presente, nada habría pasado y tanto la niña como su esposa se encontrarían bien. El abatimiento de su amigo la llevaba a sufrir

continuos bajones anímicos que la minaban por dentro y que ocultaba tras una férrea máscara, hasta el día que Emilio abordó de improviso el tema.

—Muna, tú estabas en la alcoba de Marcela el día que ocurrió el infortunio, cuando mi ángel tuvo el accidente. Supongo que pareceré un loco... Pero me obsesiona la forma tan absurda en la que Valentina cayó... cuesta creer que por un traspié se encuentre entre la vida y la muerte...

Muna desvió su mirada, no podía mantener sus ojos frente a los suyos que permanecían esperando una respuesta con la tristeza pegada a sus pupilas y llenos de lágrimas. Se levantó para encender una palmatoria de mano para alumbrar las repisas que adornaban el cuarto de la niña, y comenzó a reordenar los objetos y ropas de Valentina que posaban sobre ellas, poniendo en esa tarea todo su afán.

—¡Maldita sea, Muna! ¡Deja eso y habla de una puñetera vez! Tú estabas allí y eres la única que me puedes decir si todo sucedió tal como me contó Marcela...

La cogió por sorpresa y no pudo disimular; su rostro habló por ella y su boca dijo todo lo que él quería saber. La negra le confesó al vasco el terrible suceso que dejó a Valentina al borde de la muerte. Muna, viéndose descubierta, se fue de la alcoba con pasos impetuosos, murmurando unas frases de disculpas que Emilio ya no escuchó.

Había relámpagos y truenos remotos en Santiago, el cielo estaba encapotado y Emilio se acercó al ventanal para echar los cierres, intentando proteger a la niña del eco de los truenos. Pero antes de cerrar, miró a través de los cristales y contempló la plaza Cristina donde aún permanecía una fila de carros apoyados en la trasera y se extendían a lo largo de las casas. Miró hacia el otro lado de la plaza y encontró las barracas de lona cimbreando por la fuerte brisa y donde se vendían telas de algodón, colchas, medias de lana y paquetes de cintas de colores cuyas puntas volaban al viento y se mojaban por el agua que caía levemente anticipando el temporal que se avecinaba.

Durante unos instantes, el mundo permaneció en silencio y notó que su mente se aferraba a cualquier absurda esperanza intentando sortear el sufrimiento y la rabia. Sin embargo, el ambiente lentamente se le hizo espeso, casi irrespirable. Sabía que no era por falta de aire en la habitación, sino que era su propio organismo el

que se negaba a tomar el oxígeno suficiente para respirar. Sintió sus pulmones subir y bajar, sin paz y sin tiempo para insuflarle el aliento que fuera capaz de aliviar su desazón. Y la angustia que sentía y las iras desatadas en su alma, lo destruían a una velocidad de vértigo.

Marcela se acercó a la habitación mientras él observaba, pegado al cristal, el desmantelamiento rápido de la plaza sin querer mirar a su esposa. La colombiana permaneció en la estancia únicamente unos instantes, en cuanto advirtió el rictus desencajado de Emilio y su agitada respiración, corrió a sus aposentos. Solo se quedó el tiempo justo para examinar el aspecto de la niña y huyó del ambiente desabrido que impregnaba el espacio sin decir adiós.

Aquella noche, sentado en el taburete, contemplaba a Valentina dormida. Emilio la vio inmóvil y mustia y se preguntó si prefería verla muerta o sometida al castigo de las convulsiones. Le arregló los almohadones para que reposara bien la cabeza y permaneció en vela junto a la cama, con la sensación de que la quería como nunca había querido en este mundo. La niña se alteró movida por una secuencia de espasmos, se revolvía nerviosa y sus músculos comenzaban el agitado concierto que la dejaba convertida en un guiñapo. Durante aquella madrugada, Emilio lloró mucho, más de lo que había llorado los días anteriores. Su vida se desmoronaba ante sus ojos y pensó que el túnel tenebroso por donde vagaba era angosto, frío y oscuro... sin atisbo de luz.

El alba lo encontró despierto. Cuando abrió los cierres del ventanal y la tenue luz del amanecer inundó la alcoba, Valentina dormía con una placidez nueva y Emilio, rendido, se sentó nuevamente junto a la niña apoyando su cabeza sobre el colchón. Al instante, sintió una mano en el hombro que lo rescataba de las tinieblas que lo envolvían y escuchó una voz conocida que lo despertaba:

—Querido, ¿está todo bien?

Miró a la criatura que en esos momentos se le antojó la más amable del universo. Era Elvira, que con una sonrisa lo rescató del abismo sombrío y triste en el cual se hallaba. Emilio empezó a balbucear como quien tiene algo que decir y no puede echarlo fuera. Se levantó y abrazó a Elvira con el pecho tembloroso y un sollozo largo, fuerte, que lo mantuvo jadeante un buen rato.

Cuando Emilio consiguió articular algunas palabras, tuvo la necesidad imperiosa de contarle a Elvira el motivo de la congoja y

de la cólera que lo abrasaba, se sentía como si hubiera tragado una porción de sosa cáustica. Su pequeña no se encontraba en ese estado de extrema gravedad por un accidente, sino que había sido víctima de un arrebato incontrolado de Marcela. También le contó, lleno de furia, la actitud cínica de la colombiana, cuando envuelta entre un mar de llantos, atribuyó el terrible suceso a la mala suerte y a los designios de la Santísima Providencia. Por supuesto, que al principio en el desconcierto y el barullo interno que sufrió por la conmoción al saber lo de su hija, no pudo apreciar esas piezas que no encajaban, pero con el transcurso de los días, la razón se fue imponiendo y le fue dictando las incongruencias que había dado por ciertas, causándole una culpa insoportable dejándolo hundido en la miseria.

Elvira aguantó el relato con entereza, acallando a su corazón y a sus vísceras para evitar descontrolarse por la cólera que estaba sintiendo a medida que su amigo le relataba la verdad. Dominando la situación, se sentó al lado del vasco, le asió la mano y le dijo:

—Querido, comprendo tu exasperación y tu rencor, incluso entiendo que te ronde por la cabeza emprenderla a mamporrazos con Marcela. Pero esos pensamientos, permíteme que te lo diga, son completamente inútiles en las actuales circunstancias.

—No, Elvira. No pienso dejar correr esto como si no hubiera pasado nada. ¿Dónde quedaría mi dignidad y la sagrada obligación de defender a mi pobre hija? Debo reconocer que anoche estuve a punto de estrangular a Marcela con mis propias manos cuando entró en la alcoba para saber de Valentina. Tuve que hacer verdaderos acopios de fuerzas para contener mi rabia; no sé cómo lo hice, pero la dejé marchar sin decir una palabra. Ahora no puedo más, esto se tiene que acabar hoy mismo.

—Bien —dijo Elvira con calma, dándose cuenta que no era el momento de hacerle cambiar de opinión— Haz lo que quieras, aunque pienso que hoy no deberías decidir algo de lo que te puedas arrepentir con toda seguridad mañana. Sin embargo, entiendo tu disgusto. Pero antes de que desenmascares a tu esposa, permíteme una reflexión. ¿Cambiarían las circunstancias si arremetes contra Marcela sin pruebas, ni testigos que lo verifiquen? Esta pobre criatura no sanará, ni mejorará por mucho que la vengues; ahora te necesita a su lado tranquilo. Querido, ya sabes la verdad, lo que realmente ocurrió aquel día y eso es justamente lo que necesitas para salir de este horrible caos en el que te encuentras. Espera a que

tu hija mejore y después decide qué hacer. Amigo, existen formas más civilizadas y pacíficas para arreglar esta situación...

Emilio la miraba furioso, obnubilado por la rabia, creía que la prometida de Antonio estaba sosegándolo sin otra intención que la de evitar una tragedia. Sin embargo, la voz de Elvira se colaba por sus oídos y entraba en su sesera comenzando a conformar una idea que al principio la percibía etérea, difusa, quizás más serena... Y a medida que fue desahogando su frustración y su rabia, sintió cómo disminuía la comezón que lo destruía, y empezó a concebir otro plan, otra idea que maduraba en su cabeza apreciándola cada vez más juiciosa y posible. Sin darse cuenta, casi por inercia, fue proyectando sus pensamientos en otra dirección y fue aplacando sus emociones.

Cuando Elvira vislumbró el cambio que se produjo en el semblante del vasco, decidió revelarle el motivo de su visita; Lena se encontraba en Santiago hospedada en su casa.

—Emilio, me he permitido un atrevimiento algo sofisticado para hacerte un poco feliz.

Me ha costado varios días de preparación, pero al fin he conseguido lo que me proponía; Magdalena está en Santiago esperando el momento adecuado para verte. No creas que ha sido fácil, ella puso muchas trabas a este encuentro. Sin embargo, se ha sensibilizado ante el estado de Valentina, por tu dolor y por el suceso tan cruel que le ha ocurrido a esta niña; esa ha sido la principal razón por la que ha viajado desde Trinidad a Santiago.

Emilio cerró los ojos y comenzó a temblar como una hoja a merced del viento, Lena había permanecido en su cabeza todo el tiempo que llevaba viviendo este calvario y la idea de verla agitó el compás de su corazón.

—¿Dónde está?

—Conmigo, en mi casa. Llegó ayer y mis padres la han acogido con una alegría inesperada. La he presentado como una amiga que he conocido en mis reuniones parroquiales y el hecho de ser española le ha abierto las puertas de par en par. Mi madre la adora.

Supuestamente, la razón por la que Elvira apareció en la casa de Marcela era un motivo deseado por los amigos de la pareja; la fecha de boda ya estaba fijada. El enlace entre ella y Antonio se celebraría el 16 de julio, día de la Virgen del Carmen en la parroquia de La Divina Pastora, situada en la zona más distinguida de Santiago y muy cerca de la mansión de Emilio, lindando con la plaza Cristina.

Los casaría el obispo de Santiago y ayudarían en la ceremonia nupcial el párroco de La Divina Pastora y el bueno de don Jeremías, su santo confesor.

Aquella mañana, cuando Elvira entró por la puerta de la mansión, escuchó las campanadas de La Divina Pastora que anunciaban las diez de la mañana, se preguntó si podría conversar a solas con Emilio para darle la sorpresa que le tenía preparada. Nada más entrar en el recibidor de la casa, la criada le comunicó que su ama, doña Marcela, se encontraba en su aposento aquejada de una casual molestia estomacal y no podría recibirla. Entonces decidió preguntar por el señor y la muchacha le indicó que estaba en la alcoba con su hija. No lo dudó y, tras dejar su capa y el misal con el rosario en sus manos, se dirigió a las escaleras para encaminarse hacia la alcoba de la niña pensando que todo estaba saliendo mejor de lo que había imaginado. Cuando había alcanzado el primer tramo, tropezó de frente con Muna, venía de asear a la niña, de alimentarla y cambiarle sus ropas por otras limpias. La encontró excesivamente nerviosa, demacrada, con los párpados inferiores hinchados y una angustia en sus ojos que la alarmaron. La muchacha hizo esfuerzos dolorosos para anunciarle que Emilio estaba durmiendo reposado sobre el colchón. Había sucumbido al sueño después de noches en vela. Comenzó a explicarle el estado convulso en el que se encontraba el amo.

—Muy furioso —le dijo.

—¿Que Emilio está furioso? ¡Por Dios Bendito, qué ha pasado aquí!

La muchacha no le dio tiempo a responder, desapareció como alma que lleva el diablo. Emilia vislumbró a José, estaba a pocos metros escuchando la conversación que mantenía con ella. Muna, al percatarse de la sombra de su marido, desapareció de su vista, parecía que se había evaporado corriendo escaleras abajo tras advertir la presencia de un espectro fantasmal o del mismo diablo.

31

Santiago de Cuba, al día siguiente.

Después de una oscura y tormentosa noche, Emilio despertó en su alcoba donde solía dormir sin Marcela y permaneció, una hora más, meditando en un profundo silencio. Discutía mentalmente las conversaciones que mantuvo con Muna y Elvira el día anterior y ciertos temas que cruzaban su cabeza sobre su ausencia en la naviera. Durante ese rato no pensó en Valentina, desvió la atención en la resolución que había tomado y en cómo todo acudía a su mente para confirmarla. La sinceridad con la que se había enfrentado a resolver su vida le hacía percibir cierta dicha, aunque sintió una leve mortificación cuando reflexionó acerca de su alejamiento del despacho; era consciente del esfuerzo de Antonio por gestionar las magníficas transacciones comerciales que habían conseguido en España, las cuales, él estaba desatendiendo posponiendo su trámite legal, tal como era su cometido dentro de la naviera. Emilio aplazó la vuelta a su despacho hasta el día siguiente, esa jornada se la iba a tomar para arreglar su vida, pero primero tendría que ver a Lena.

Se levantó con la nueva luz que acababa de adquirir, se le antojó que desde que llegó de su viaje no había tenido ser, ni consistencia y que había estado atrapado en un estado de confusión y de espantos que lo alejaron de su compromiso con su hija y con él

mismo. Se dirigió al comedor y dio cuentas del buen desayuno que Muna le preparó con los ojos entusiasmados al ver a Emilio con otro aspecto. Después decidió darse un largo baño, mientras José le preparaba los utensilios de afeitar; la barba no la rasuraba desde que llegó de su viaje. Más tarde, se arregló con ropas limpias, blancas y almidonadas y, por último, se atavió con la levita negra después de muchos días de estar en mangas de camisa. El vasco cuando salió de su casa rechazó ir en la calesa, aspiró con fuerza el aire limpio de la atmósfera contemplando el alboroto cotidiano de la calle, sintió unos deseos irreprimibles de caminar a buen paso y, mientras lo hacía, notaba que entraban en sus pulmones aires nuevos.

A la misma hora que despertó Emilio, Lena se levantó de la cama, dormía en el mismo aposento que Elvira por decisión de la catalana. Cuando llegó la comillana a la mansión de don Carles, Elvira entendió que se encontraba retraída, un poco desconcertada en aquella enorme casa, de techos altísimos repleta de cuadros gigantescos y magníficas cómodas de caoba. Aunque sus padres fueron deliciosamente encantadores con ella, estimó que compartirían su dormitorio; era grande, soleado y cabía otro lecho sin perder espacio y comodidad, también tendrían la oportunidad de intimar antes y conocerse mejor.

Lena se sentó delante del tocador. En la penumbra que a esa hora persistía en la habitación, se veía poco. Aun así, miró al espejo vislumbrando su rostro y su pelo alborotado. Sobre el tocador, había puesto el día anterior el cepillo del cabello y los frasquitos de belleza y comenzó a desenredar la melena mientras distinguía el pico de un diminuto libro debajo de una caja que le era familiar. Separó la caja y contempló el mismo poemario que encontró en los aposentos de doña Catalina la mañana que tuvo que huir de la planta noble de la casona y del que leyó, a duras penas, un fragmento de un poema que la hizo vibrar. Acarició la tapa del libro y descubrió en ella el nombre de su autora: “Clara Montes”, silabeó muy bajo y despacio.

Miró hacia la cama de Elvira y la encontró sentada con los ojos abiertos, muy atenta a sus movimientos.

—Buenos días, Elvira. Disculpa mi atrevimiento. He cogido este librito que me resulta familiar —dijo Lena roja como un tomate.

—¿Te gusta la poesía, Magdalena? —le preguntó Elvira sonriendo.

—No sé... Solo he leído un trozo de un poema de este libro que me gustó tanto, que aún lo recuerdo.

Elvira se levantó y recorrió el dormitorio, abrió los cierres de la ventana para que entrara la luz de la mañana y se sentó nuevamente en el borde de la cama dispuesta a conversar con Lena un rato.

—A ver, cuál. Léemelo.

Lena aguantó la respiración presa de un pánico terrible. Tal agitación causó que sus dedos temblasen soportando el librito de poemas. Buscó la página y encontró la poesía, fijo sus ojos en aquellas bonitas frases intentando leer, pero se derrumbó por temor a hacer el ridículo:

—¡Qué vergüenza, Elvira! ¡Qué vergüenza!... No sé leer bien. Me cuesta hilvanar las palabras, leo muy despacio...

Lena esquivaba la mirada de Elvira, concediéndole una importancia grande a este hecho.

—¡Muchacha! No seas extremosa. Eso no es motivo de tanto encogimiento... —le dijo comprendiendo que Magdalena no era una dama de la alta sociedad.

La comillana seguía con la cabeza gacha, soportando la vergüenza que aún la embargaba.

—Me gustaría ayudarte... Si quieres puedo enseñarte a leer y a escribir, porque supongo que tampoco sabrás escribir.

—No, tampoco. Solo garrapateo letras grandes y mal trazadas. Lo que mejor me sale es mi nombre y mis apellidos. Me gustaría aprender...

A Elvira se le disparó la imaginación preguntándose quién era esa hermosa mujer que acogía en su casa y de la que Emilio estaba enamorado. Sin embargo, por muchas hipótesis que barajó en su sesera, nunca llegó a acercarse a la verdadera historia de Lena. Antonio no soltaba prenda, solo explicaba sobre ella que era paisana, conocida del pueblo y que era amiga de Emilio. Por azar de la vida habían coincidido en el *Reina de los Ángeles* y durante el viaje se trataron más, pero sin llegar a forjar amistad. Después, cambiaba precipitadamente la conversación. Obviamente, ella nunca objetó nada ante su parquedad de palabras, por motivos de buena educación, y porque no deseaba hablar mucho del asunto para no levantar sospechas de los planes que urdía con respecto a Emilio y Magdalena.

Se puso de pie, su ademán era sosegado y su mirada compasiva,

aunque notaba crecer dentro de ella una voraz necesidad por saber más de aquella mujer. Tenía delante a una muchacha nerviosa, avergonzada por su ignorancia y con unas pupilas empañadas de viejas nostalgias y tristezas.

—Sosiégate, mujer, y no te atormentes por un hecho del que seguro no tienes culpa.

Lena calló, aún desconfiaba de ella. Hasta que Emilio no le indicara que podía contar y descubrir los entresijos de su historia, debía callar. No podía explicar su infancia en un barrio de pescadores viviendo en la vieja casuca de sus padres, allá en su querida Comillas. Ni sus años sirviendo en la casona de los Mendoza bajo la tutela de doña Pina. Ni los ultrajes a los que estuvo sometida por el canalla de Mateo y, mucho menos, podía contar que tenía un hijo de ocho años que había abandonado para protegerlo, porque fue el único ser terrenal que la defendió y la vengó del animal que la estuvo vejando durante tanto tiempo. No podía explicarle, por mucho que quisiera gritarlo a los cuatro vientos, que el único hombre al que odiaba era el padre del ángel que ella alumbró...

Elvira, al percibir el silencio que sostuvo la comillana, fue consciente del recelo que aún se interponía entre ellas y decidió cambiar el tono de la conversación.

—¿Tienes apetito, Magdalena? En el comedor nos espera el desayuno.

—Un poco —respondió insegura.

—Pues dispongámonos para bajar. Hoy estaremos solas en la casa, mis padres han marchado temprano a un viaje inesperado, se quedarán tres días en La Habana.

Elvira se dirigió a su tocador y con un movimiento rápido cogió el poemario y lo guardó en el cajón de su mesa que cerró con llave. Lena se percató de este impulso, pero no se atrevió a decir nada. Solo comenzó a peinarse y recoger su melena en un moño, después se asearía y vestiría para bajar al comedor.

Sentadas en la mesa oval, grande y repleta de viandas, exquisitamente preparadas por la cocinera, desayunaban las dos muchachas cuando entró María Auxiliadora anunciando una visita.

—¿Quién viene tan temprano a visitarnos, Auxi? —Así llamaba la catalana a la sirvienta para abreviar el largo nombre con el que su madre la bautizó.

—Es don Emilio, ama.

—¡Ah! Dile al señor que pase...

Sucedió de súbito y duró unos segundos, pero Lena percibió un júbilo intensísimo al saber que Emilio estaba allí. Ella, una mujer rota, seca por dentro, sin interés por la vida y cuya única ambición era regresar a su pueblo para estar junto a su hijo, comenzó a temblar con unas sacudidas de piernas inusuales y un cosquilleo nuevo recorriéndole el estómago. Lena parpadeó varias veces, desconcertada por la alegría nueva que sentía e, inconscientemente, reflejó en sus ojos y en su rostro lo que sentía.

—Buenos días, señoras –dijo Emilio con la voz ronca y el paso lento.

—¡Alabado sea Dios! ¡Qué sorpresa, Emilio! ¡Me alegro de que estés aquí! —exclamó Elvira recordando que la noche anterior no le había confirmado que iría a su casa.

Lena solo pudo balbucear con una vocecilla apagada, inaudible para los dos amigos y permaneció con la cabeza agachada intentando ocultar el rubor de sus mejillas.

—Buenos días Magdalena, cómo estás –recalcó el vasco.

—Buenos días, Emilio. Estoy bien —contestó sonriendo—. Quisiera preguntarte por tu hija. Elvira me refirió el accidente que sufrió la pobre criatura y en el estado en el que se encuentra...

Emilio agravó el semblante y huyó de los turbulentos pensamientos que lo acechaban sin parar.

—Desgraciadamente, Valentina sigue grave, pero confío en su mejoría... —contestó desanimado.

—Bueno —intervino Elvira—, lo importante es que el médico no ha desistido en su empeño de curarla. Dijo que muchos casos de hemiplejia se curan con el tiempo. Por lo visto, lo último en esta enfermedad son las terapias con masajes.

—Sí, sí, esa es nuestra esperanza –afirmó el vasco mirando al infinito.

—Querido, ¿quieres desayunar con nosotras?

—No, gracias, ya lo he hecho en casa. Pero sí te acepto una taza de café.

Emilio se sentó enfrente de Lena y al lado de Elvira. Desde su posición, divisaba a la comillana con la luz de la ventana reflejándose en su rostro y su pelo dorado más amarillo que nunca. Emilio la vio idéntica a la de sus sueños, a esa mujer con la que había soñado siempre desde que era un zagal, y algo inexplicable se apoderó de su cuerpo y lo empapó de un sudor helado. Se miraron sin entender y encadenaron varios encogimientos de hombros con

los ojos dispersos y solo cuando escucharon la tos fingida de Elvira comprendieron qué estaba pasando entre ellos.

Elvira advirtió que la tensión crecía y tomaba proporciones gigantescas, para aminorarla dijo:

—¿Sabes que Ramiro ya embarcó en el puerto de Cádiz, Emilio?

—No, no sabía nada... ¿Cuándo embarcó en el *Reina de los Ángeles*? —preguntó Emilio confuso.

—No sé, querido, pero lo extraño es que no viene solo.

—¿Quién le acompaña?, ¿acaso su hermana?

—Dios te oiga, me agradaría que así fuera por Antonio, además, sería una buena ocasión para que asistieran a nuestra boda. Pero no sabemos con quién viaja.

Elvira se levantó de la mesa al ver a Auxi entrar de nuevo en el comedor, le pidió que le dijera al cochero que dispusiera la calesa delante de la puerta principal, pues tenía que salir.

—Queridos, me vais a disculpar, pero tengo cita en el arzobispado para solucionar algunos trámites de la boda. Os quedáis en vuestra casa. Volveré lo antes posible...

Roto el silencio, la sorpresa por la espantada de la catalana quedó como una sentencia en el aire, si embargo, Emilio bebió un poco de café y recomponiendo su nerviosismo, emprendió una digna y locuaz conversación:

—Pero, ¿te vas ahora, Elvira? Te acompaño, pues. De ninguna forma voy a quedarme en tu casa sin que estés presente. ¿Tu padre anda por aquí?

—No, querido amigo, mi padre está de viaje. Tardará, al menos, cuatro días en volver. Siento de veras que no se encuentre, pero eso no debe obligarte a marcharte de la casa. Debes quedarte y hablar con Magdalena, tendréis muchas cosas que deciros.

—Tu señora madre, ¿tampoco está?

—Pues... no, no está... Acompañó a mi padre en el viaje.

—Entonces, marcho –dijo como un caballero.

—Nada de eso, Emilio. Somos ya mayores para que nos guarden unos ancianos como mis padres. Os quedáis aquí, así podréis hablar de lo que os plazca con total libertad... Os prometo que estáis a salvo entre estas paredes... Hoy, la servidumbre es de total confianza...

—Gracias, Elvira. Es cierto que necesito hablar con Magdalena, y tu casa es el mejor lugar donde puedo hacerlo.

Lena permanecía callada, alucinada por el cariz que estaban

tomando las cosas, Elvira había preparado hasta el último detalle de este encuentro. Ella fue testigo, la noche anterior, de cómo fue dándole el día libre a los criados lenguaraces y solo quedaron aquellos que consideraba prudentes. Ahora se daba cuenta. Los estaba protegiendo hasta límites insospechados. El afán generoso y amable de esta mujer sorprendió a la comillana. Presentía que su vida estaba en sus manos y que Elvira era su ángel de la guarda que la guiaba por el camino debido. Lena estaba inmersa en un tumulto interno que la dejaba a la deriva sin templanza para decidir, sin embargo, tuvo la intuición de confiar en Elvira, otorgándole la batuta de su vida. Emilio ya le había dado suficientes muestras de su lealtad, era lo único que tenía claro en esos momentos, por eso no puso objeción cuando la prometida de Antonio se puso la capa, embutió su cabellera en el sombrerito a juego con su vestido gris perla y cogió la limosnera para salir a la calle... Con una sonrisa les dijo adiós.

Ambos quedaron en el comedor presos de un sentimiento nuevo, ambos sabían que sus vidas iban a dar otro vuelco, como otros tantos desde la noche que él la recogió en su calesa cuando subía la cuesta del cementerio. Emilio estaba seguro de que estaba escrito, que era una predestinación que se encontraran y se preguntó: ¿Por qué no someterse? ¿Por qué resistirse al destino?, si ya se había sacrificado mucho. El destino había sido voluble con él, a veces dándole más de lo que hubiera esperado, pero otras, lo había llevado a realizar actos difíciles, en contra de sus sentimientos y de su voluntad. Pero ni su inteligencia ni su naturaleza supieron negarse a lo evidente y cumplió con su obligación... Ahora se sentía enamorado, y aunque había procurado anular no solo los sentidos sino su alma de los afectos, fue inútil su lucha. La amaba con todas sus fuerzas, profundamente, no se lo podía negar más tiempo.

Emilio se acercó a la silla donde aún seguía sentada Lena, le cogió la mano hasta levantarla y los dos quedaron de frente.

En un impulso irreprimible, él la besó, al principio levemente, después brotó de sus labios un frenesí que penetró en sus bocas. Lena sintió que su mundo frío y oscuro se desvanecía y surgía otro fascinante. Sus rodillas empezaron a temblar, de pronto se le aflojaron las piernas y su cuerpo quedó sin fuerzas. Él la afianzó con sus brazos por la cintura al notar su laxitud y así estuvieron un rato sintiéndose la piel, transfiriéndose el dulce calor del uno al otro. Después, se enlazaron enérgicamente en un abrazo largo que se

debían desde hacía tiempo, desde que anhelaban fundirse y sentir sus corazones.

—Lena —dijo Emilio—, sabes que estoy loco por ti, ¿verdad?

Lena agachó la cabeza con los ojos anegados. Él cogió su barbilla y le alzó el rostro:

—Solo quiero despejar una duda... Si tú sientes lo mismo que yo.

Lena se consumió en sus sensaciones, eran tan grandes que le dio miedo sentir aquello.

—Creo que sí. Enrojeció de golpe, sin embargo, sacó bríos para mirarle y susurrar.

—¿Crees?

—Soy una mujer que arrastro problemas...

—Sí, ya lo sé, también he pensado en eso. Pero tenía la esperanza...

—Señor, jamás imaginé que podría sentir esto por usted... He llegado a rechazar este sentimiento con todas mis fuerzas. El simple contacto con un hombre me hubiera parecido la peor de mis pesadillas hace algún tiempo...

Lena recordó sus años infernales de suplicio, de vejaciones y de tormentos en la casona de los Mendoza y se juzgó como una mujer inapreciable, sin posibilidad de comenzar de nuevo.

—¿No se da cuenta de que soy muy poca cosa para usted?

—Lena, no sigas tratándome como si fuera tu amo, te lo suplico.

—Sin la señorita Elvira presente, no tenemos por qué disimular... Yo soy una criada...

—Lena, no eres menos que yo.

La comillana calló prudentemente percibiendo que la realidad era otra.

—Gracias, pero no es así.

—¡Me cago en diez, Lena! —zanjó enérgico Emilio—. ¡Veo que te sigues considerando la criada de doña Pina y que te niegas la oportunidad de ser tú, esa chiquilla nacida en el seno de un hogar cálido, con un padre amoroso y donde fuiste inmensamente dichosa! ¡Esa es la que eres, Lena! ¡No la mujer machacada por un desalmado! Me resulta incomprensible que no consigas ver tu hermosura, tu gracia, tu buen entender... ¡Eres la mujer de mis sueños...! Te he expresado mis sentimientos, te he dicho que te amo... Además, mi corazón lleva esperándote desde hace mucho tiempo. Pero si eso no es bastante y no puedes considerarte una mujer libre y verme como a un hombre enamorado dispuesto a

hacer lo que sea necesario por ti, me voy de tu lado y no te vuelvo a decir lo que siento...

Emilio enmudeció súbitamente para respirar, asfixiado por sus emociones. Más despacio comenzó a decir:

—Deseo darle un giro definitivo a mi vida... Mi propósito es comenzar de cero y pretendo hacerlo con mi hijita y contigo a mi lado. Llevo algún tiempo soñando con la idea de que te conviertas en mi mujer. No sé cuando, pero en un plazo no muy largo espero tener mi vida resuelta. Realmente, nuestra dificultad radica en que tú eres libre y yo no. Tengo aún compromisos; mis obligaciones de esposo... Desde que te conocí, descubro cada día emociones desconocidas y ese amor que comencé a sentir por ti ha luchado contra mi deber; hasta esta mañana que he decido ser un hombre nuevo. Ya es hora de iniciar una existencia gratificante y aceptar mis sentimientos y ya es hora de que empecemos a disfrutar de este amor con el que nos ha obsequiado el destino...

Ella no tuvo que contestar, su sonrisa y sus ojos expresaron exactamente lo que pretendía decir. Se abrazó a Emilio sintiendo un agradecimiento sincero, lo apretó contra su pecho acariciándole la cabeza y sintió la sangre golpeando sus sienes por la agitación.

—Mi amor —susurró él en su oído—, ahora debes volver a Trinidad y esperar allí.

Doña Marcela siempre fue especialmente sensible a las supercherías, creía en las supersticiones adivinatorias y en aparecidos, en la magia de los ensalmos y que las estrellas podían decir lo que le ocurría a quien va de camino, y por supuesto, en los acreditados horóscopos. También creía en las hechiceras con figuras de barro y con muñecos de cera, en averiguar el porvenir a través de las perlas o por las rayas de las palmas de las manos. Cada vez creía más en todo eso, en sus desesperados intentos de enderezar su vida que la veía tambalearse entre tierras movedizas.

Estaba en su aposento escrutando las sombras que lo invadían. Miró al cristo encima de la cama como invocando su divina ayuda. Cerró los ojos y amarrándose a un clavo ardiendo, rezó lentamente, entonces oyó su propia voz como una letanía:

—No temas, Marcela. Tu vida sigue perfectamente. No temas, Marcela. Tu vida sigue perfectamente...

Estaba aterrada. De rodillas ante el crucifijo recordaba, mientras su voz seguía sonando monótona con una retahíla, todas las dichas desaparecidas, sus actitudes, sus gestos, el timbre de su voz; todo en

Emilio había cambiado y se dirigía hacia su final. Siguió algún tiempo moviendo los labios sin hablar, absorta en sus pensamientos y muerta de miedo. Lo peor era el desconocimiento de la situación, ignoraba qué acontecía en la cabeza de su esposo. Nunca antes había estado tan confusa. Conocía perfectamente a su niño, a su pelado. Pero ahora, dentro de ella lo que reinaba era un caos desconcertante. La maldita negra le habría desvelado el secreto que la doblegó; pero tampoco estaba segura. Sollozó entre sus manos y se desbordó en un llanto incesante. Ahora estaba furiosa, sola. Atardecía. Los visillos de muselina a lo largo de los cristales hacían más denso el crepúsculo y en aquella espesura maldijo su suerte. No pudo soportar su soledad en aquel ambiente oscuro. Abrió la ventana y respiró el aire de la plaza que entró para despejar su enredo mental. Pasaron unos nubarrones negros y escuchó la calesa llegar al portal de la mansión. Se empinó y vio a José abrir la portezuela para que saliera Emilio del carruaje. Lo distinguió con nuevos bríos, desde luego no era el mismo de días anteriores, el que se ancló en la cama de Valentina para no moverse.

Supo que aquella noche sería definitiva en su vida, asustada buscó nuevamente amparo en los ojos del cristo, pero no encontró más que un telón de tintura blanca que los cubría y aquellos párpados inertes sin expresión. Una ráfaga helada recorrió su cuerpo dejándola destemplada. Pensó en no bajar a cenar para no encarar a su esposo. La argucia de sus molestias estomacales la dejaría encerrada entre aquellas cuatro paredes; serían su fortaleza. Se recluiría unos días, existían las circunstancias para hacerlo. Allí vomitaría sin esconderse, como lo había hecho todos los días desde hacía muchos años, especialmente cada vez que se sentía pesarosa o cuando la comida le hinchaba el talle y ella no soportaba su silueta. Había días que no paraba de vomitar en la bacinilla. Comía y vomitaba, comía y vomitaba. Se introducía los dedos hasta la garganta, el tubo y el estómago convulsionaban y vaciaban su contenido. En esos momentos de desahucio estomacal era feliz, le gustaba sentir el sabor acre del fluido rebosando su boca. Así se le pudrieron los dientes, el ácido del vómito acabó por corroerlos, pero había conseguido su objetivo; una imagen perfecta, delgada, aunque todavía debía afinar más. Se palpó la cintura y entre las costillas cogió un pellizco de pellejo que rechazó pensando que le sobraba.

Emilio entró en sus aposentos y escudriñando en la oscuridad la

vio consumida, temblando de rodillas frente al cabecero de la cama con el bacín cargado de vómitos. Sintió asco y lástima por Marcela. La rememoró cuando la conoció aquella mañana que llegó junto a Antonio a La Santísima Trinidad, después de haber huido del *Reina de los Ángeles*, fondeado en el muelle de las cuarentenas en Santiago de Cuba. La colombiana era entonces una mujer deslumbrante; su piel nacarada, su cuerpo voluptuoso, sus ojos inmensos y su abundante cabello negro, la convertían en la criatura más hermosa del valle de los ingenios.

Marcela giró la cabeza en un gesto rápido y nervioso para encarar a su esposo, su mirada tenía esa mezcla de movilidad y espanto propia de alguien que espera una tunda de golpes. Emilio al contemplarla tan indefensa y tan abatida, se bloqueó y no pudo pronunciar una sola palabra del discurso que tenía preparado en su cabeza para desenmascararla y ponerla entre la espada y la pared con el fin de que le confesara el terrible descalabro que le causó a su hijita. Sin embargo, pese a su cólera, quedó paralizado al contemplarla tan desvalida. Con Marcela había pasado demasiadas horas vacías, pero las transcurridas en el lecho fueron completamente placenteras; ella se entregaba sin límites, intentando hacerlo feliz. Esa mujer a la que desposó cumpliendo su deber y que llegó a querer durante años, se encontraba destruida, en una situación manifiestamente lamentable. Todos esos sentimientos se le presentaron inesperadamente a Emilio y le ablandaron el corazón. Salió de la habitación conyugal dando un portazo, sin pronunciar palabra y con un revuelo intenso en sus entrañas. Desconcertado por su compasión ante la imagen de Marcela, se dirigió a la alcoba de la niña con una duda que lo espantaba, ¿sería capaz de hacerlo?

32

Comillas, mayo de 1842

Extendió sus temblorosos dedos para introducirlos en el bolsillo de su levita y, hurgando en él, sacó una caja dorada de rapé. Con cierta destreza, depositó unos cuantos polvos en su palma y esnifó fuertemente para despertar de su letargo. Mateo no soportaba su vida ni a las personas que lo rodeaban, se sentía víctima de un sistemático tratamiento de traición y de engaños.

Su madre se resignó ante la evidencia de la desaparición de la diabla, abandonó la lucha y desistió de sus exigencias a las autoridades pertinentes, dejándolo todo en manos del Señor. Incomprensiblemente suprimieron la orden de búsqueda y captura, el ejército dejó de rastrear y peinar la región; por los campos, la montaña y la mar... Ella tenía otro motivo por el que luchar, y se volcó con el hijo de la furcia que le arrancó la mano. Depositó sus atenciones en Lucas y con esa absurda obsesión se le olvidó todo; hasta de encontrar a la criminal. Ya pocas cosas le importaban a la mujer que lo había traído a este mundo, excepto el impertinente rapaz que se había hecho con las riendas de sus emociones. Después de que su mejor doncella lo mutilara convirtiéndolo en un mísero tullido, su madre prefirió no ahondar en su estado de ánimo... ni en qué sentía... ni en qué pensaba...

Mateo blasfemó maldiciendo su suerte, se levantó furioso y tiró

el velador donde había depositado la cajita de rapé de una patada. Se acercó al balcón y contempló la calle pensando en la extraña actitud de su madre ante sus padecimientos. Notó una oleada de furia mortificante; la decepción había sido tremenda. Se sentía solo, abandonado por ella y por todos los que habitaban aquella maldita casa. Pensaba que una madre no debería olvidase jamás de un hijo cuando más la necesitaba... y esta imperdonable indiferencia de su progenitora consiguió hundirlo aún más en su desdicha, profundizar más en su nostalgia.

También se sentía estafado por los militares; las promesas y las teorías del sargento, del teniente y del mando general de la policía de que la iban a encontrar, se esfumaron y quedaron en aguas de borrajas. Habían transcurrido varios meses y la nada más absoluta se reflejaba en el expediente abierto a Lena. Pero, ¿dónde estaba aquella diabla? Deseaba verla otra vez, aunque fuera la última. El hecho de contemplar a la mujer que más se había acercado a su corazón, le habría devuelto las ganas de continuar. Mateo creía en su delirio que la había amado...

La rememoraba hermosa, con su delantal blanco puesto sobre el uniforme negro y su delicada figura. Los cabellos rubios estirados, recogidos en un perfecto moño. También recordó el gesto sempiternamente serio de Lena, prudente, sin un movimiento fuera de lugar. Mateo sintió las lágrimas recorrer su rostro, la echaba tanto de menos. Se acercó al espejo, vio su espectro como una aparición y sintió miedo.

Abrió el cajón, sacó la pistola cargada de pólvora y la dejó encima de la cómoda. Acarició la culata pensando que era su única salida. Dirigió nuevamente su aterradora mirada al espejo, después situó la boca del cañón en su sien izquierda, apretó el gatillo y se disparó abriéndose la tapa de los sesos.

Cuando Catalina percibió el estallido del tiro se encontraba recostada en su lecho, inmersa en una leve soñera. Los vahídos eran continuos y el sopor que sobrellevaba la dejaba en un estado asténico totalmente desmadejada. Se sobresaltó, pero no pudo levantarse, la cabeza le daba vueltas y el estómago se le soliviantaba cada vez que se incorporaba. Optó por recostase de nuevo pensando que aquel espantoso sonido no le afectaba, seguro que la avisarían si era por algo de su incumbencia. Sin embargo, la

pereza por dejar la cama se vio alterada cuando escuchó los gritos excesivos de las criadas. Fue en ese instante cuando intuyó lo que realmente había sucedido, pero no quiso alegrarse hasta confirmar sus sospechas.

Dispuesta a satisfacer su duda, se levantó con más brío, notó que las fuerzas eran otras y recobraba las energías suficientes para acercarse al lugar de donde procedían las voces. A medida que recorría el pasillo, Cati se embarullaba más en sus pensamientos, en los oídos le tintineaban los chillidos histéricos, el escándalo y algunas frases sueltas provenientes de la alcoba de su esposo. ¡Qué lástima! ¡Ya no sufrirá más! Escuchó decir a una de las criadas. Entró en la alcoba de puntillas, iba descalza. Pálida, seria y sin hablar se acercó al cuerpo de Mateo derrumbado en el suelo encima de un charco de sangre y con la cabeza abierta. Cati estaba de pie; sus grandes ojos inflamados miraban hacia su esposo con una expresión terrible. Luego se nublaron de lágrimas bajo sus rosados párpados, abandonó las manos en un gesto de desesperación y se arrodilló ante el cadáver. Firme a su propósito, siguió fingiendo el dolor ausente, aunque le impresionaba aquella visión tan desagradable. El vahído fue real, lo sintió como había soportado otros durante aquel día. Lo descubrió cuando ya no tenía remedio y se desmayó desplomándose sobre el cuerpo inerte de Mateo. Los criados que rodeaban el cadáver habrían deseado no presenciar nunca aquella inefable estampa: los esposos yaciendo juntos en un lecho de sangre. Presos de un terror colectivo, no hubo un alma que se atreviera a separar a Cati del muerto y dio tiempo a que llegara a la habitación doña Pina con Lucas. Lo primero que vio doña Pina fue a Francisca pálida como una estatua, rojos los ojos como brasas, sin llorar, estaba frente al abrazo final que se daban Catalina y Mateo.

La señora, desde que Mateo sufrió la desgracia de su mutilación, había enflaquecido hasta quedarse en un espíritu puro, el pelo le relucía como plata muy pegado a las sienes y su rostro se le había afilado como una cuchilla. Las sombreadas cuencas de los ojos se enterraban en su rostro ofreciéndole un aspecto enfermizo y las hundidas mejillas apergaminadas daban cuenta de su senectud.

Doña Pina miró a Mateo y a Cati que comenzaba a moverse encima del cuerpo inerte de su esposo y tembló, fue un escalofrío mortal de la miseria que se arremolinaba en sus adentros al ver a su hijo con la cabeza abierta y a su nuera sobre él. Llegó a pensar que

aquello era una broma, una venganza extraña de Mateo o un mal sueño de una vieja como ella. Mientras especulaba con estas quimeras, la sangre se abría paso por el suelo y el charco alcanzó a los criados y a ella misma humedeciéndole los botines y el borde del traje.

Cuando reaccionó ante el horror que tenía presente, Juana y Jesusa ya habían apartado a Cati toda ensangrentada del cadáver para sentarla en una butaca. Doña Pina pudo acercarse y contemplar la descalabrada figura de Mateo sobre la tarima, cayó sobre sus rodillas fulminada por el espanto, sollozando y moviendo la cabeza en un signo de negación evidente. Lanzó un suspiro largo, lastimero y exclamó:

—¡Hijo mío! ¡Mateo! ¡Qué te ha pasado!

Miró con los ojos desorbitados a los allí presentes gritando:

—¡Deprisa, un médico! ¡Llamen a don Manuel! ¡Vamos, no se queden ahí mirando!

—¡Ay mi pobre hijo, mi pobre hijo!

Hundió su rostro sobre el pecho de su hijo y lloró con fuerza, de pronto alzó la cabeza y comenzó a zarandear el cuerpo inmóvil de Mateo sin resignarse a creer que estaba muerto.

—¡Hijo de mi vida, despierta!

—¡Por Dios Bendito! ¡Mateo! ¡Mateo! —siguió gritando.

Juana se acercó a doña Pina y la levantó del suelo, la abrazó y le dijo en el oído.

—Señora, rece, que ha dejado de existir…

Francisca vio al niño pálido, mudo y tembloroso, descompuesto por aquella visión; se apiadó de él y lo abrazó. Pero sus ojos seguían clavados en Mateo con un vacío en sus pupilas que daba miedo. Cogió a Lucas entre sus brazos y lo sacó de la habitación, intentando protegerlo del tétrico momento que estaban viviendo. También ella quería alejarse de la alcoba, le daba miedo y aprensión contemplar el cuerpo sin vida de aquel perturbado tirado por los suelos. Pensó en los sufrimientos del hijo de Lena, en el suplicio que se había convertido su vida, cuando hubo un tiempo que fue un niño inmensamente feliz.

Anselmo, sobrino de doña Pina, se hizo cargo del entierro de su primo, ya se había responsabilizado de la gestión de todas las empresas familiares desde que Mateo entró en crisis, mucho antes

de que le amputara Lucas la mano. Por eso, los Mendoza seguían siendo inmensamente ricos, porque el bueno de Anselmo siempre había servido a la familia con una honestidad absoluta, independientemente de que él también sacara tajada de las magníficas inversiones que estaba efectuando, pero de forma digna y leal.

Caía una fina lluvia al día siguiente que murió Mateo. Habían trasladado el féretro al salón de la casa. La estancia estaba impregnada de una solemnidad lúgubre. Sobre la mesa cubierta de un mantel blanco, depositaron la caja mortuoria, había flores en una bandeja de plata junto a un gran crucifijo y entre dos candelabros encendidos, Mateo, con la cabeza vendada y la barbilla apoyada en el pecho, dormía el sueño eterno. La casona se llenó de familiares y amistades que llegaron desde todos los puntos de Cantabria, atónitos por la noticia del fallecimiento del único hijo de doña Pina.

Anselmo se enjugó las lágrimas y se encerró en el despacho de la casona con el dueño de la funeraria, había encargado el féretro de caoba donde reposaría su primo eternamente, la funda de terciopelo verde y el fino raso del interior serían el lujoso habitáculo de Mateo, además la noble madera aportaba una magnificencia propia de familias adineradas.

Anselmo pagó la cuenta de los servicios de pompas fúnebres al dueño de la compañía y lo emplazó hasta las tres de la tarde para que procedieran a su entierro en la mejor carroza tirada por seis corceles engalanados con cintas negras que lo trasladarían hasta el cementerio.

Se sentó en el escritorio, cogió una pluma y después de llorar un rato, decidió que tenía que escribir dos cartas, inventaría una mentira, redactaría sobre el accidente fortuito de Mateo cuando limpiaba su arma. Una la enviaría a la redacción de la gacetilla del pueblo y la otra al Diario Cántabro de Santander, para ofrecerles, a las personas que esperaban la noticia, la crónica del luctuoso suceso.

Cuando entró Manuel, lo encontró sentado delante de las cuartillas escritas y contemplando el suelo con una mirada de idiota.

—¿Ya están fijadas las horas de las ceremonias y los funerales, Anselmo?

—¿Qué ceremonias? ¡Ah!, disculpa, Manuel. Sí, sí, ya está todo

hablado con don Cipriano, su confesor y padre espiritual. Bueno, de eso hace tiempo...

—Sí, ya sé... Desde hace mucho, mi cuñado dejó de lado a la Santa Madre Iglesia, no quería saber nada de curas, ni de misas ni de celebraciones religiosas. Sin embargo, su pobre madre no deja de llorar y anda con el rosario rezando desde ayer sin parar.

—Es natural, el golpe es todavía demasiado reciente. Se aferra a su fe, es lo único que la consuela. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pasaría por las entendederas de mi pobre primo para acabar así!

—¡Chitón, Anselmo! ¡Calla, por Dios! Nadie debe saber el terrible final de Mateo. Yo ya he certificado su muerte por circunstancias azarosas mientras manipulaba su revólver. Me fundamento en su minusvalía, en su escasa habilidad y destreza para ejecutar cualquier cosa... Si las autoridades y el pueblo se enteran de lo que realmente ocurrió, no lo podríamos enterrar en Camposanto. Las leyes son claras al respecto...

—Por supuesto, Manuel. Ya he redactado dos misivas a la prensa para que difundan la causa de la muerte de Mateo. ¿Quieres un poco de aguardiente?

—La verdad es que de buena gana tomaría una copa.

Las visitas no paraban de llegar. Estrechaban las manos de Catalina y de doña Pina que, desconsoladas, no podían hablar. Después, se sentaban junto a los otros que formaban un gran círculo alrededor de la mesa donde reposaba el ataúd. Tenían las caras inclinadas, las piernas juntas, lanzaban de vez en cuando grandes suspiros y se aburrían desmesuradamente, sin embargo, ninguno quería marcharse. Cada poco tiempo, salía de cualquier rincón una voz templada para rezar otra vez el rosario y simultáneamente la reunión se persignaba, continuando con sus avemarías hasta el fin. Así habían enlazado no sabían cuántas letanías, las gargantas permanecían roncas de tantas jaculatorias. Pero, aun ahogándose en aquella atmósfera cargada de humos y alientos, seguían respondiendo a las plegarias y a las retahílas con la misma devoción.

Lucas estaba ataviado para acudir al cementerio, sus vestimentas eran oscuras y las sombras que rodeaban sus párpados también ayudaban a darle un aire triste a su aspecto. Francisca, desde que ocurrió el luctuoso suceso, se había hecho cargo del niño sin que

nadie se lo ordenara, pero ella viendo el revuelo que se formó, aprovechó la coyuntura para acercarse a él y ofrecerle la compañía que necesitaba.

Le sirvió el almuerzo en la salita de diario, fuera del alcance de las visitas. Se había acercado tanta gente a la casona, que el jardín, pese a la humedad, se inundó de levitas negras, parecían sombras que vagaban de un lado a otro. Allí estaba todo lo granado de la provincia, el gobernador, el magistrado del Tribunal Superior de Justicia, el alcalde de Comillas, el teniente del puesto de mando, parientes y algunos íntimos de la casa. Tampoco faltaron el tabernero, los dueños de la sastrería, los posaderos, el barbero y más personas sencillas del pueblo. Hablaban y se abrazaban resaltando las virtudes de Mateo. Francisca desde la ventana vio a don Celso envuelto en su levita larga y holgada de paño negro liso, reluciente, y pantalón, chaleco y corbata del mismo color. Permanecía inmóvil como si estuviese clavado en la tierra mirando a la ventana. Cuando vio la pelambrera negra de Francisca asomándose por el cristal, se envaró y con un leve gesto de mano le indicó el mensaje que le quería revelar.

La criada se volvió hacia el niño y le cogió con sus manos las mejillas, le estampó un beso en una de ellas y con lo ojos brillantes le dijo:

—Cielo, tu tía Teresa quiere verte.

El niño se levantó súbitamente de la silla intentando averiguar dónde se encontraba Teresuca.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No está aquí, pero irá al cementerio. Ya sabes, mi ángel, que ella no puede entrar en esta casa, se lo prohibió tu abuela.

El niño se sentó en su silla pensando que aún podrían torcerse las cosas.

—Ya... —dijo.

Francisca escuchó un revuelo de calesas y el carro fúnebre detenerse frente a la puerta. Era la hora del funeral.

—Vamos Lucas, acaba de comer lo que queda en el plato que nos tenemos que ir —dijo Francisca con cierta premura.

—¿Al cementerio?

—No cielo. Primero iremos a San Cristóbal donde don Ricardo y don Cipriano celebrarán un responso para despedir cristianamente a tu padre. Después nos iremos para el cementerio.

—¡Ese no era mi padre!

—Ángel mío, ahora eso es lo de menos. Lo principal es que vas a ver a Teresuca —añadió Francisca con chiribitas en los ojos.

—¿Seguro que mi tía Teresa me espera allí?

—Sí, pero debemos tener cuidado para que no nos vea nadie... Tú sujétate de mi mano que yo te iré guiando. No te sueltes.

Llegaron al cementerio envueltos en una nube de lloros y tristezas. El niño se apeó de la calesa junto a su abuela. En cuanto pusieron los pies en el suelo del camposanto, la señora viéndose incapaz de caminar junto a Lucas, lo dejó en manos de Francisca y se apoderó del brazo de Catalina. Aunque apenas podían avanzar, la anciana por la extrema fragilidad de sus caderas y Cati por los mareos que le iban dando a cada paso que daba, alcanzaron a la par el mausoleo de la familia Mendoza.

Reinaba un silencio de tumbas. Don Cipriano delante del ataúd buscaba las palabras adecuadas para engrandecer la figura de Mateo, pero le faltaban hechos del difunto para emprender el panegírico. Se sintió ridículo mientras escuchaba el chisporroteo de los cirios y el ruido del aire entre las ramas de los cipreses. Maldecía su suerte, maldecía al muerto, maldecía el discurso que no le salía porque al final no conducía a nada. Todo le parecía en aquel momento tremendamente grotesco. Hasta su vida había sido absurda. Era consciente de que su mente le estaba jugando una mala pasada y solo se centraba en su existencia llena de sacrificios, desperdiciada en aras a un Dios que, a esas alturas, ni siquiera creía en él.

—Recemos un padrenuestro por el alma de nuestro hermano Mateo —dijo don Cipriano después de toser dos veces.

Francisca aprovechó el instante de recogimiento y el discreto cuchicheo de la oración, para deslizarse entre el cortejo que se agolpaba alrededor de la caja mortuoria. Con Lucas de la mano se escurría entre los presentes sin llamar la atención. En unos segundos estuvieron fuera del grupo y nadie notó su ausencia. Junto a Teresuca, habían urdido un plan perfecto hasta en su más mínimo detalle y con un sigilo absoluto; solo conocían este encuentro don Celso y Teresuca. A Lucas se lo confesó en el último momento para no despertar sospechas.

La criada de doña Pina avanzaba por el pasillo flanqueado de nichos, santiguándose cada vez que pasaban por alguna imagen

religiosa: el Señor, la Virgen y los angelitos del cielo, todos los santos representados fueron venerados por Francisca que para esas cosas era una cristiana muy cumplida y así se alejaron de la multitud.

Cuando llegaron al lugar establecido, entre las tumbas de don Jaime López Dávalos y doña Irene de la Rubia Moreno, Francisca se detuvo, aquel era el punto de encuentro fuera de la vista de cualquier curioso que estuviera en el cementerio. Lo habían indagado con anterioridad para evitar sorpresas de última hora. Por fortuna, Teresuca vestida de negro, que ocultaba sus recientes curvas, apareció por el caminito adyacente y cuando divisó al hijo de su hermana, un ángel de cabeza rizosa, unos ojos claros como los de su madre y una sublime elegancia en sus gestos, sonrió de la alegría que sintió. Lo vio crecido, volvió a mirarlo dudando de su percepción, la expresión del niño al distinguirla le confirmó que era su sobrino. Aligeraron el paso para encontrarse, se abrazaron fuertemente y Teresuca le llenó la cara de besos.

—Mi vida, ¿cómo estás?, ¿te sientes bien?, ¡qué de tiempo sin verte, angelito mío!

Mientras hablaba lo abrazaba estrechándolo contra su pecho. Teresa sentía que quería tanto a ese niño como a su hijita.

—Luquitas, ¿sabes que tienes una prima?

Lucas alzó la cabeza para contemplar a su tía y la vio lozana, en su rostro una dulcísima sonrisa.

—¿La has traído, tía? La quiero conocer

—No, mi bien. Pilar es aún muy chiquituca. Pero a partir de ahora, vamos a vernos con más frecuencia y conocerás a tu prima. Francisca y yo hemos ideado una forma de hacerlo.

Lucas no quería creerlo, acumulaba en su alma demasiadas promesas incumplidas. Su corta edad no era obstáculo para que el zagal advirtiera su existencia repleta de palabras huecas.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó el zagal sintiendo un aliento de esperanza.

—Tú no te preocupes por esas cosas —respondió Francisca—, que mi menda ya se las aviará para que veas a la Teresuca. Eso lo sabe hasta San Ani...

Lucas sonrió, Francisca le parecía tan alegre y tan graciosa cuando hablaba con su manera de pronunciar un tanto chocarrera, y volvió a abrazar a su tía, se pegaba a ella como una lapa, intentando encontrar entre los brazos de Teresa el calor de su

madre. Así transcurrió el rato que pasaron juntos, entre risas y mimos, pero cuando Francisca avistó a los primeros concurrentes abandonar el grupo, agarró a Lucas por la mano y volando se acercaron al corro humano que se santiguaba, dando por finalizadas las exequias. Cuando el niño divisó a su abuela corrió a su lado, le cogió su mano y la miró muy amoroso e ingenuo, casi bobalicón. A doña Pina se le inundaron los ojos al verle tan entrañable.

Tras el entierro, Catalina entró en la casona llena de excitación juvenil fuera de tiempo, con una ola envolvente llena de optimismo que la transformaba en otra mujer desde que enviudó, aunque su rostro reflejaba cansancio y dolor. Pensaba que al final su matrimonio había sido ventajoso y que la gran aventura de su vida quedaba aún por vivirla. Se despidió de su suegra con un abrazo, diciéndole que se retiraba a sus aposentos porque estaba rota, necesitaba llorar la muerte de su marido a solas.

—Suegra, le acompaño a su alcoba, lleva mucho tiempo en vela y mañana habrá que atender a las visitas. Encargaré a Juana que le prepare un caldo para que se lo lleve a su dormitorio.

—Sí, hija sí. Voy a mi cuarto. Allí seguiré rezando a la Virgen de la Bien Aparecida por el alma de mi querido hijo.

En este punto, a doña Pina se le doblaron las piernas del intenso ajetreo y sus doncellas tuvieron que llevarla en volandas hasta su cama.

La muerte de Mateo produjo una gran estupefacción, hundió un poco más a doña Pina en ese pozo oscuro que había sido su vida. Sin embargo, para Cati supuso una salida a su problema.

Cuando la bella Catalina entró en su aposento, cerró la puerta, se hundió en el colchón y se tapó con el cobertor hasta la cabeza para amortiguar el sonido. Entonces, se echó a reír con una risa atroz, frenética, encantada de ser la viuda más rica del pueblo y de la comarca. Su secreto se había convertido en el salvoconducto a su libertad. Pensó en las caras de todos cuando supieran que ella atesoraba en sus entrañas al heredero de los Mendoza. “El hijo de Mateo”, susurró antes de emitir la última carcajada.

33

Trinidad (Cuba), mayo 1842

Lena estaba sola en el recibidor, de pie y con los ojos clavados en la puerta. Quien la pudiera contemplar afirmaría que era una señora joven, de plácida y delicada hermosura, más propia del pincel de un pintor europeo que americano y estaba vestida con toda la elegancia que consentía el gusto de su época. Su traje ceñido al talle, de fruncida falda larga y mangas huecas era de alepín violeta: una pañoleta de blonda blanca guardaba sus admirables hombros. Se abanicaba con un pericón enorme traído de las islas Filipinas y en la otra mano sostenía un pañuelo de encaje.

—¡Elvira! ¡Al fin has llegado! ¡Llevo un rato esperándote! ¿Te ha sucedido algún percance? —le preguntó Lena viendo el rostro demacrado de Elvira.

—¡Hola, Magdalena! ¡Ya estoy aquí! Nos hemos detenido un buen rato... La rueda de la calesa se ha soltado del eje y el bueno de Froilán ha tardado lo suyo para arreglarla. El corto trayecto de Trinidad a la hacienda lo hemos hecho muy despacio. En fin, ¿qué me cuentas?

Ambas mujeres cruzaron sendas miradas de aprecio y complicidad y notaron la alegría que sentían por encontrarse de nuevo. Se acercaron y besaron sus mejillas, después tomaron asiento.

—Absolutamente nada, mi vida transcurre plácida y sin sobresaltos —dijo Lena—. ¡Ah, sí! He leído el poemario que me regalaste y lo he hecho deprisa, sin detenerme en silabear las palabras.

—Me parece muy buena noticia. ¿Y te gustó lo que leíste? —preguntó la catalana con cierta inseguridad.

—Oh, sí..., sí... ¡Me ha encantado!

—¡Bendita seas!

Lena intuyó que había algo que no encajaba, esa expresión la descolocaba.

—No, Elvira, ¡bendita seas tú! Tú eres la que me has enseñando a leer y a escribir correctamente... Todavía me queda mucho por aprender, aunque ya escribo cartas. De hecho, le he escrito una misiva a mi hermana para participarle que llegué a Cuba sana y salva. Solo le refiero la tormenta sufrida en aguas cercanas a la costa africana y que consiguió hacer zozobrar al *Reina de los Ángeles*, hasta el punto que creímos que íbamos a naufragar... —Lena enrojeció sabiendo que había contado más de lo debido de su vida, pero ya era tarde.

—¡Por los clavos de Cristo, Magdalena! ¡Tienes una hermana! Nunca me has referido absolutamente nada de ella. ¿Y en dónde está?

Lena pensó que era el momento de hablar, de contarle a Elvira su historia.

—Sí, Elvira, tengo una hermana en Comillas… y un hijo —Lena se emocionó al recordar a su ángel y a los seres que más quería.

La catalana abrió tanto los párpados que los ojos parecían salirse de sus órbitas, pero inmediatamente suavizó el gesto y le cogió la mano.

—Querida, soy toda oídos si quieres contarme tu vida. Si no te apetece, no he oído nada...

Lena sonrió a esa mujer que cada día la apreciaba más encantadora.

—Verás, amiga, mi vida transcurrió hasta que conocí a Emilio en un pueblo santanderino, Comillas, un lugar tranquilo rodeado de caminos verdes, huertas y un precioso mar. Sus casas de piedra de sillería lucen vistosas con los balcones abarrotados de hortensias y geranios. Muy hermosas son también las plazas y las calles de mi pueblo... Allí nací y crecí en la parte alta, donde las casucas de pescadores; mi padre lo era. Cuando era un zagal, mi pobre padre

salía a pescar en *La Golondrina* y navegaba hasta llegar a aguas profundas muy alejado de la costa para capturar ballenas, después, cuando la pesca de la ballena se hizo imposible, recogía entre las redes sardinas, atunes..., lo que podía. Pero esa mar que él amaba tanto, un día se lo tragó; desde ese momento todo cambió. Si ya éramos pobres cuando mi padre pescaba y traía un mísero jornal a la casa, tras su desaparición, el desamparo y la pobreza se apoderaron de nosotras: de madre, de Teresuca y de mí... Celso fue nuestro benefactor en esos momentos penosos. Era un fiel amigo de padre y por él no morimos de hambre y de miseria. Su amistad con doña Pina consiguió que, con trece años, yo entrara a servir en la casona de los Mendoza...

Lena paró su relato, tragó la hiel acumulada en su garganta que la asfixiaba. Con los ojos empañados, tomó aliento y siguió narrando esos aciagos años de maltrato, vejaciones y orfandad. Su rostro se desencajaba cuando se refería al infame que le había roto la vida... Sin embargo, dulcificaba el gesto cuando hablaba de Juana, de Francisca y Jesusa. También tuvo la templanza de describir con cierta precisión la parte alta de la casona, la zona noble con sus grandes salones y hermosos aposentos, también describió la parte baja, la de los criados, desportillada y arruinada...

—Ambas zonas de la casa —dijo—, se hallan separada por una angosta y empinada escalera de madera.

—Muy triste tu vida, Magdalena —le contestó Elvira presa de muchas emociones. Cuando se repuso se atrevió a preguntarle:

—Fíjate Magdalena que me has hablado de tus padres, de tu hermana, de Juana, de las buenas personas que tanto te ayudaron en la casona de los Mendoza. También has mencionado a ese canalla que te truncó la vida, a su señora madre y a su caprichosa esposa... Pero de tu hijo no has dicho ni una palabra… no sé ni cómo se llama. Quizás sea lo más doloroso para ti, ¿no, querida? Perdóname Magdalena, veo que estoy removiendo algo tremendo en tu alma, de inmediato cierro la boca…Viendo tu congoja, comprendo que no puedas verbalizar aún todo lo que llevas dentro.

—En efecto, amiga —dijo Lena enjugándose las mejillas con una emoción enorme—, aún me cuesta hablar de mi ángel. Me duele excesivamente el corazón por no haber querido a mi hijo con la plenitud que debe querer una madre a lo que ha parido de sus entrañas.

—¿Y eso, por qué, Magdalena? —preguntó Elvira subyugada al

desconsuelo de su amiga.

Lena la miró con los ojos desolados, se detuvo ante sus sentimientos que se agolpaban impidiendo sus palabras, al cabo de unos eternos segundos pudo hablar:

—Mi hijo es un niño hermoso, una bendición del cielo, el próximo mes cumplirá ocho años… Pero tiene rasgos semejantes al depravado que lo engendró salvajemente. Cuando nació, era un bebé precioso, regordete y sin un pelo en su cabeza. Desde el mismo instante que lo alumbré y Francisca me lo puso en mi pecho, pensé que solo era mío y con esa idea pude engañarme durante un tiempo, hasta que el cabello le creció y se le rizó como a él, formando una pelambrera negra, brillante y ensortijada. Entonces comencé a sentir cierto rechazo cuando lo observaba y constataba su parecido. Me recordaba la ignominiosa forma de concebirlo. Contemplar a mi hijo, al fruto de mi vientre, se convirtió en un suplicio para mí. No podía soportar que Lucas hubiera heredado sus cabellos… esos cabellos oscuros y rizados de él, el único ser de este mundo que odiaba.

Lena cubrió su rostro con sus manos y lloró durante un rato, el dolor y la culpa soportados en los años permanecidos en la casona aún latían en sus tripas, en todo su ser y sabía que por muchas vidas que viviera, siempre detestaría a Mateo.

Elvira permaneció expectante, el silencio de Lena se alargaba en demasía. Le preguntó solícita:

—Magdalena te has indispuesto, siento haber provocado todo esto. No deseo que entres en melancolías y tristezas por mi curiosidad. ¿Le pido a tu doncella que te traiga un zumo o un vino aguado?

—No, no Elvira. Te he confiado mi historia porque creo que mereces saberla y así entenderás muchas cosas. También me siento mejor hablando de mis penas.

—Bueno, mujer, ya me irás contando, no hace falta que lo hagas todo de sopetón. Ya veo que tu vida ha sido dura, y casi me siento insignificante a tu lado porque mi existencia es una cadena de sucesos insulsos. Excepto por un secreto que tengo guardado bajo siete llaves...

Lena no quiso peguntar por ese secreto que la llenó de curiosidad y optó por callar.

—¿No quieres saber, Magdalena?

—Claro que deseo saber, pero no quiero incomodarte.

—En absoluto me incomodas, es más, me gustaría compartirlo contigo. Estoy sola en esto y la verdad es que a veces me pesa....

—Pues habla que me tienes en ascuas, ¿qué es eso que tienes tan guardado?

—Antes me has comentado que te gustó el poemario que te obsequié, ¿no es así?

—Sí, sí, ya te dije que me ha encantado. Pero ¿qué tiene que ver eso con tu secreto?

—Pues la verdad es que tiene mucho que ver, porque soy la autora de ese libro. Los poemas los escribí en la soledad de mi cuarto, alejada de las miradas ajenas. Después, los envié sin que nadie lo supiera a una editorial en Barcelona y a los pocos meses me remitieron tres ejemplares ya editados, para que viera cómo habían quedado. Los han distribuido por el norte de España.

—¡Qué sorpresa! ¿Es cierto?

—Totalmente cierto, querida amiga. Me dedico a escribir mis sentimientos y emociones, también mis pensamientos...

—¡Dios Bendito! Jamás conocí a una mujer como tú, Elvira. Te admiro aún más. Siempre me has parecido una mujer inteligente y sensible, pero ahora tu valor me parece infinito.

—¡Calla, mujer!, no es para tanto...

—Elvira, ¿por qué te escondes para escribir?

—Muy sencillo; lo tengo prohibido.

—Qué triste me parece.

—Pero a mí me gusta contradecir. Si me niegan algo, por detrás lo hago y todos contentos. Lo que no voy es a dejar de hacer todo lo que ellos quieran sin razón lógica.

—Pero ¿quién te prohíbe crear esos magníficos poemas?

—Pues una ley no escrita por los hombres que rigen esta sociedad hecha para ellos. Ni mi padre, ni mi familia, ni mi prometido y aún menos mi confesor, aguantarían a una mujer escritora que se dedicara a plasmar sus sentimientos. Me tacharían de chiflada, de inmoral y pecadora...

—¡Lo que hay que aguantar! Chiflada, inmoral, pecadora... ¡Por Dios Bendito...!

—Sí, aquí es un crimen escribir, hija. Qué le vamos hacer... Cambiando de tema, ¿sabes que ya está aquí el hermano de Antonio?

—No, la última vez que estuvo aquí Emilio no me comentó nada...

—Claro, llegó la semana pasada. Él no tenía noticias cuando estuvo en Trinidad...

—Ya... ¿Con quién ha venido?

—Con su esposa. Una muchacha muy joven y encantadora que te conoce y que está deseando verte. También es de Comillas...

—¡Ah, sí! ¿Cómo se llama?

—Ramiro le dice Julita.

—¡Julita! La hija de los posaderos. ¿Y ya sabe que estoy aquí en Cuba?

—Por supuesto, querida. Le preguntó a Emilio, nada más verlo, sobre tu paradero y él le contestó que estabas aquí en La Santísima Trinidad. Así que un día de estos vendrán a visitarte... —Elvira detuvo su cháchara unos instantes, parecía pensar lo que a continuación dijo—: Sabes Magdalena, nos contaron una historia que me pareció muy romántica...

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Fíjate que Ramiro raptó a la zagala y se la llevó a casa de unos tíos en Asturias donde permanecieron juntos en absoluta castidad. Estuvieron tres días con sus tres noches encerrados en un caserío. Al término de los cuales, regresaron a Comillas donde los esperaban los padres de ella hechos unos basiliscos y sabiendo lo que procedía después de este agravio. Con su hija mancillada no tuvieron más remedio que aceptar que desposara con el hombre que la había deshonrado. Y una mañana de domingo muy temprano en la parroquia de tu pueblo se casaron.

—¡Dios mío! ¡Qué de vueltas da la vida! Me alegra saber de ella. Fue una muchacha que me ayudó lealmente arriesgándose mucho... Seguro que los casó don Ricardo en San Cristóbal... Nunca hubiese relacionado a Julita con el hermano de Antonio...

Lena quedó absorta en sus pensamientos durante unos segundos intentando darle forma a todo cuanto le había referido Elvira, cuando reaccionó preguntó:

—¿Y Valentina sigue mejorando?

—La semana pasada tuvo una mejoría extraordinaria, la niña empezó a vocalizar y a decir frases. La que está fatal es Marcela... pero, al fin y al cabo, no hay mal que cien años dure, ¿no crees?

—No sé, Elvira. Yo únicamente deseo que la niña mejore y Emilio se reponga del disgusto que siente por su hijita. Lo de Marcela para mí es un misterio, no la conozco ni sé qué tipo de mujer es. No hay que olvidar que es la esposa de Emilio...

La comillana detuvo la conversación, paseó su mirada por el jardín expuesto ante sus ojos a través de la balconada.

—Los preparativos de la boda, ¿qué tal van? –preguntó cambiando el rumbo de la conversación.

—No quieres seguir hablando de Marcela, ¿no?

—Lo preferiría.

—Muy bien querida, no se hable más. Pues... respecto a mi boda, está cada vez más enredada. Estoy un poco harta de tanto reñir con mi madre... ya he delegado parte del trabajo en ella y mis tías... Al final se va a hacer como ellas decidan. Me pondré el vestido de novia que ellas elijan con la inexcusable anuencia de doña Violeta, la costurera de las distinguidas damas de Santiago, claro. Luciré las joyas que ellas dispongan y me cubriré el rostro con el mejor tul... y así con todo, Magdalena. En lo único que no estoy dispuesta a transigir es con la música que sonará durante la ceremonia y en los salmos que leeremos Antonio y yo... Lo demás es un puro paripé, una pantomima, una fiesta de disfraces... Si lo llego a saber me quedo soltera...

Lena soltó una carcajada sonora y se quedó contemplándola unos instantes con los ojos divertidos. Se imaginaba el infernal ajetreo de todas las mujeres que rodeaban a Elvira, para que la muchacha llegara al altar llena de moñas almidonadas, envuelta de sedas y una tiara de princesa. Esa visión la hacía reír más y acabó contagiando la chanza a su amiga. Se cogieron las manos, las apretaron con emoción y siguieron riendo sin saber por qué.

Lena notaba que su amargura arrastrada desde que entró a servir en la casona de los Mendoza, se disipaba cada día un poco más y su esencia alegre y sencilla se iba imponiendo a esa angustia que la paralizó durante tanto tiempo. No obstante, el pellizco de la nostalgia por la lejanía de sus seres queridos todavía atenazaba su ánimo, aunque había días que podía respirar sin presión. Morita la ayudó en esta nueva etapa de su vida. Cuando montaba a su yegua, se perdía por las grandes extensiones de tierra dentro de los límites de La Santísima Trinidad y su corazón se desbocaba sintiendo algo muy parecido a la felicidad. Sentirse libre, como nunca se había sentido, era algo nuevo para ella y lo disfrutaba dejando fluir las nuevas sensaciones por todos los poros de su piel. Notaba que su nueva forma de percibir los momentos sencillos de la vida era tan agradable, que le deshacía los nudos intrincados en su alma, demasiado atados dentro de sus entrañas y que daban paso a una

inesperada placidez que la hacía dichosa mientras galopaba por aquellos cultivos, aquellas laderas llenas de hierbas y flores que a ella se le antojaban hermosísimas.

Esa mañana, después de haberle contado a su amiga todas sus cuitas, se había liberado también de una carga. A Elvira la consideraba un ángel que había llegado a su vida para asistirla y sabía que le debía una explicación y el motivo verdadero por el cual ella se encontraba en Cuba.

—Magdalena, veo una sonrisa nueva en tu cara. Pareces otra —le dijo la catalana.

—Querida Elvira, es que estoy recobrando mi ser. En esta bendita tierra me siento mejor.

—¡Alabado sea el Señor! Me alegro en gordo de este cambio. Estos lares te han sentado de maravilla.

—Sin duda, amiga, sin duda.

Ese mismo día en Santiago, Marcela se sentía descorazonada. Seguía ignorando todo lo que necesitaba saber sobre la causa de la conducta de Emilio. Las diversas argucias que había utilizado para indagar, fueron inútiles. Nadie había ido con chismes, con dimes y diretes a sus famosas reuniones celebradas en el salón de su mansión, nadie estaba al corriente sobre la vida de Emilio. Ella solo sabía que se ausentaba de la casa varios días sin dar explicaciones. Su esposo ni la miraba, solo tenía ojos para Valentina y la odiosa negra que era su confidente. Pero ella quería saber más, y la desesperación por no avanzar ni encontrar resultados hacía que sus pensamientos derivaran hacia Muna. La negra lo sabía todo y ella sería quien le revelara la actual situación de su hombre.

Marcela era terca en sus propósitos y no cedía ante la evidencia de que iba a ser abandonada, el rictus y la mirada gélida de su esposo se lo decían. Pero ella, fiel a su esencia, quería averiguar por cualquier medio si Muna le había confesado el secreto a Emilio. Se decía que si él estaba como estaba era por algo. Sin embargo, algunas veces se ilusionaba con el rencuentro, pensaba que aún sería posible y que alguna chispa del amor que él le profesó todavía subsistía en el fondo de su alma. Eso la motivaba. El recuerdo de sus besos, sus deliciosas caricias y esa pasión que mantuvieron durante unos años la llenaban de esperanza. Su pelado la había amado, de eso estaba segura y ella lucharía con sus armas.

Aquella mañana, la colombiana se sentía fuerte y decidió salir, tenía cita con la modista y después pasaría por la iglesia, era su día de confesión. Vomitó en la bacinilla pensando en todas sus frustraciones, después se puso las joyas de oro, su vestido de volantes y sus botinas finísimas, con toda esa clase de elegancia y con la maravillosa capacidad de seducción de la que ella presumía. Envuelta en humos de perfume francés abandonó sus aposentos.

Era una hermosa mañana de verano y la luz caía oblicuamente en la plaza Cristina. Marcela se disponía a subir a la calesa cuando recordó que había dejado el figurín con el dibujo del modelo que pensaba encargarle a la costurera. Entró nuevamente en el zaguán y se dirigió a las escaleras, pero por el ventanal que daba al jardín trasero divisó a Martín, estaba sentado en un banco, guareciéndose del calor debajo de las largas ramas del jagüe que se elevaba en el centro del patio. El niño jugaba con unos palos y, entretenido como estaba, no se dio cuenta de su presencia. Cuando dirigió sus ojos hacia la señora, quedó inmóvil con cierta incertidumbre sin saber si iba a quedarse o marcharse el ama. Para su asombro se sentó a su lado y le preguntó por su madre.

—Está con la pequeña Valentina, ahora viene —respondió.

—Bien salvajito, entonces esperaremos.

Martín veía a Marcela como una señora flaca, mandona y que le gustaba disponerlo todo. El muchacho lamentó que no se marchara y se enderezó con un suspiro, alineó los hombros y permaneció con las orejas gachas sin hablar, erguido como una vela.

Cuando Muna entró en el patio supo que algo raro pasaba. Alertó todos sus músculos, tensó los tendones y puso toda su energía en controlar la rabiosa desazón que de repente sintió. Advirtió los ojos de Marcela siguiéndola con una maliciosa sonrisa en su boca. A medida que se acercaba, el incipiente miedo pasó a ser pánico cuando observó que Marcela agarraba a su hijo y se lo sentaba en sus rodillas con la mirada cada vez más extraviada.

—¡Hola negra! ¿Cómo está mi reinita esta mañana?

—Está mejor, señora.

—Siéntate con nosotros aquí.

—Imposible ama, tengo que llevar a Martín con su padre —le contestó para disuadirla.

—¡Ni pienses que te vas a escapar! ¡Siéntate y hablemos! Tenemos una conversación pendiente, ¡negra chivata! —espetó con fuegos en las pupilas.

Marcela acarició el cuello del niño amedrentando a su madre, que rápidamente recordó la fuerza que brotó de su aparente fragilidad tras un ataque de ira, y con la que dejó a su propia hija destrozada.

Con la sumisión de antaño, Muna se instaló a su lado con sus pensamientos deambulando entre espesas nieblas.

—Qué quiere saber —le preguntó con un hilo de voz.

—En qué anda mi esposo y si sabe nuestro secreto.

—No sé nada.

Marcela enroscaba su mano en el cuello del niño que ya apreciaba la evidente hostilidad del ama.

—¡Deja a mi hijo! —gritó Muna.

Marcela la miró furiosa.

—Negra, tengo los dedos entumecidos, ¡habla o lo lamentarás! ¡Le has ido con el chisme de lo que ocurrió a mi esposo!

—¡Sí, sí! ¡Él lo sabe todo!

—¡Negra estúpida! —gritó Marcela.

La colombiana se bloqueó unos segundos, pensando en la terrible situación en la que se encontraba. Emilio estaba al tanto de aquel maldito suceso. Sin embargo, sabía que había algo más en la vida de él.

—A ver, burra —continuó—, también me vas a explicar con quién anda mi esposo.

—¡Antes prefiero morir! ¡No voy a decirte nada, Marcela! —exclamó con rencor y silabeando cada palabra.

Martín comenzó a lloriquear, intuyendo el extraño pulso que sostenían su madre y la señora. Notó los dedos de Marcela que le apretaban la garganta dejándolo casi sin aire.

Muna había cogido bravura, seguridad en sus aseveraciones al divisar la silueta de Emilio avanzar por un ángulo del jardín ciego para Marcela. Justo detrás de ella se acercaba escuchando la confesión y sus amenazas, observando con horror la presión de la mano en el cuello del pequeño.

A cierta distancia, Emilio alcanzó a distinguir el perfil de Marcela, su horrible faz y se detuvo a escuchar su infame revelación. Sentía que se ahogaba en su propio llanto al comprobar lo miserable que podía llegar a ser aquella mujer con la que había vivido, incluso querido, tantos años. Pero Marcela siempre fue retorcida, caprichosa y vanidosa, ya se lo advirtieron Antonio y Muna. Él mismo descubrió sus escasos mimbres, su ridículo cinismo

cuando murió don Roque. Pero la responsabilidad de ser padre pudo con todo y se desposó con ella para ofrecerle un hogar a Valentina.

—¡Suelta a Martín de tus garras! ¡Maldita seas, Marcela! —gritó Emilio.

Marcela, al escuchar a Emilio, creyó que la tierra se abría bajo sus pies y la hundía por un abismo infinito. Viéndose descubierta, no vio otra opción que simular un desmayo. Tenía que maquinar una excusa lógica que le sirviera para dar explicaciones a su esposo, y se desplomó contra el suelo desmadejándose por completo.

El pequeño se abrazó a su madre y los tres quedaron mirando el bulto y el perfecto fingimiento de Marcela. Sin mediar palabras, la dejaron tendida en el suelo y emprendieron una huida silenciosa que olía a despedida y abandono, a inicio de una nueva etapa.

Marcela entreabrió los párpados para verlos marchar mientras yacía en el suelo del jardín. En una fracción de segundo sintió una sacudida y el pulso se le aceleró con ritmos frenéticos cuando llegaron a sus oídos las palabras que emitió su esposo:

—Muna prepara los equipajes que nos trasladamos a Trinidad. Mi hijita necesita aires nuevos.

34

Trinidad (Cuba), dos semanas después.

La calesa y el carretón donde se trasportaban los baúles, cofres y valijas atravesaban el valle de los ingenios. El habitáculo del coche estaba ocupado por Emilio, Valentina y Martín. Los niños se habían colocado en el mismo asiento para arrimarse y cuchichear en sus oídos las diabluras que se les ocurrían. Guiaba el carruaje José, con sus fuertes brazos manejaba bien las riendas de los caballos que abrían el camino a buen paso. Muna se hallaba a su lado mirando siempre a lo lejos canturreando cancioncillas desconocidas; parecía procurarle cierto sosiego.

El traslado había transcurrido lento, pero sin infortunios, Valentina había soportado horas y horas sentada aguantando el traqueteo de la calesa mientras rodaba por aquellas malas carreteras repletas de polvo. Se encontraba bastante recuperada de los espasmos y hablaba con cierta fluidez. La terapia basada en masajes terapéuticos había surtido efecto y aunque todavía la tenía que seguir cumpliendo, el resultado de aquellas fricciones en sus contraídos músculos era más que notable.

Estaba atardeciendo. El cortejo formado por los dos coches se encontraba cerca de La Santísima Trinidad y los ojos de Emilio permanecían fijos en un grupo de niños que jugaban a la pelota en un juego cuyas reglas ellos solo comprendían. No sabía por qué esa

imagen le llenó de regocijo y se le dibujó una sonrisa en su rostro. Este gesto tenue no pasó inadvertido para Valentina que, sentada frente a su padre, disfrutaba también del magnífico aire de Trinidad en total complicidad con Martín.

Los días previos habían sido de una actividad febril y un ajetreo infernal. Tanto movimiento, organizado exclusivamente por Muna, daba como resultado una calesa y un carretón aprovechados al máximo de sus capacidades. La esclava libre tomó el mando y no cejó en su empeño hasta tenerlo todo a punto el día que le fijó Emilio. Para ella fueron unos días de excesivo trabajo, pero ejecutados con gran ilusión. Contaba los días, las horas y los segundos que faltaban para marchar de Santiago y hacer el definitivo cambio de residencia.

José también sentía cierto entusiasmo por este traslado, perdía de vista a la odiosa colombiana que tanto los subyugó y la mansión que tanto detestaba. Además, en la hacienda el germen de la revolución, cuyo resultado final sería la abolición de la ley de la esclavitud, había arraigado y contaba con un grupo de hombres fieles y leales a la causa por la que darían sus vidas.

José llevaba bastantes años en esta lucha. Al poco tiempo de su llegada a La Santísima Trinidad, comenzó a asistir a las primeras reuniones secretas en los barracones de los esclavos. Cuando la mayoría de esclavos dormían, rendidos después de un largo día de trabajo, y otros se entregaban a la lascivia en el suelo húmedo de aquel espacio maloliente, un grupo de hombres se congregaban en silenciosa oscuridad para calmar las furias y los odios que embargaban sus almas y para vengarse de cada una de las dignidades que les arrancaron de cuajo... Todos esos sentimientos comunes en aquellos hombres, mujeres y niños que habían sido desarraigados de sus tierras africanas y trasladados como animales salvajes, hacinados en enormes naves con los tobillos y las muñecas trabados con gruesas cadenas oxidadas, se soliviantaban con las miradas enfebrecidas cuando reunidos, en el rincón más oscuro del barracón, planeaban sus estrategias, maniobras para no rendirse, para no doblegarse ante el desalmado y ante el ignominioso destino que les había trazado el hombre blanco. En la clandestinidad que les otorgaba la noche, afloraban momentos de euforia y la mayoría de esclavos mostraban su determinación para atacar de inmediato al hombre blanco, al opresor encarnado en el único hombre blanco de la hacienda: Emilio. Incluso habiendo eliminado los castigos físicos,

habiendo despedido a los capataces que fustigaban con auténtica crueldad y aumentado las raciones de comida en los barracones, seguían siendo esclavos sometidos a su voluntad. Salían grandes sanguinarios, jóvenes impetuosos, dispuestos a atreverse con la peor de las luchas, incluso iniciándola en La Santísima Trinidad para someter a su dueño con su familia. Estos esclavos dispuestos a todo debían ser calmados por otros más prudentes, de poderes morales e intelectuales más elevados.

José no apartaba la vista del camino, iba concentrado en sus pensamientos cuando dirigió automáticamente la calesa por la puerta grande de la hacienda para adentrarse en la gran extensión de tierra, antes de llegar a la hermosa casa blanca. La bocanada de aire recto y oscuro que expulsaba la chimenea del ingenio se dibujaba a lo lejos, y humeaba a las colinas para difuminarse por el cielo azul dejando una estela blanquecina. El olor inconfundible de la caña de azúcar recién cultivada y el sudor de los esclavos mientras plantaba y recogían el fruto de la tierra, le produjo una alegría que encendió su mirada.

Nunca estuvo Lena tan bella como en esta época; tenía esa indefinible belleza que resulta de la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus emociones y sus ilusiones habían aflorado y gradualmente ella se había esponjado como una flor abonada, expuesta al sol y a la lluvia, para alcanzar la plenitud de su naturaleza. Sus párpados parecían hechos expresamente para sus largas miradas en las que se perdían sus pupilas azules, mientras una fina línea le abría las ventanas de la nariz y le alzaba la carnosa comisura de sus labios. Se enrollaba el moño en una descuidada masa espesa y, según pasaba el tiempo, se le deshacía dejando mechones largos y ondulados sueltos, especialmente cuando montaba a Morita. Su voz había adoptado inflexiones seguras y armoniosas, y su cuerpo desprendía un encanto delicioso, absolutamente irresistible.

Cuando Lena divisó la calesa y el carretón, volvía de pasear durante un buen rato subida en la grupa de su yegua. Había estado galopando por la vereda que surcaba el valle de los ingenios alrededor de La Santísima Trinidad y por medio de la maleza y las hierbas verdes y altas que crecían en las laderas de las colinas. Los alcanzó cuando los carruajes aún rodaban por el camino que llevaba

a la casa.

—¡Emilio, Emilio! —gritó Lena nada más ponerse al lado de la calesa.

—¡Para el coche, Jos! —gritó Emilio con la respiración entrecortada de la emoción.

—¡No, no, que siga avanzado! —exclamó Lena—, yo os acompaño este trecho a paso lento.

Emilio, justo antes de divisar a Lena, había empezado a contar a los niños la singular historia de la Princesa Magnolia, hija del Rey de Nápoles. Durante el tiempo que duró el viaje le dio tiempo a contar muchos cuentos, algunos basados en hechos reales y otros eran inventados, sacados de su mollera a medida que los creaba.

Las tenues rayas del sol que se filtraban al menearse los árboles que flanqueaban el camino, se balanceaban sobre sus cabezas, sobre sus pelos despeinados por el largo viaje dejando destellos amarillos, tostados y negros azabaches.

Valentina observó fijamente a Lena descubriendo sus ojos de cristal y su pelo dorado. Desde el caballo, Lena giró la cabeza y dirigió su mirada a la niña con cierto miedo a descubrir a una criatura desvalida. En vez de eso, vio a una chiquilla hermosa, morena con un pelo fuerte y negro que lo recogía en dos coletas cuyos inicios estaban adornados con dos lazadas de seda roja muy graciosas. La niña también poseía unos hermosos ojos castaños, aunque algo tristes. De repente, advirtió el hombro derecho de la chiquilla temblar y acto siguiente contempló cómo el padre la recogía amorosamente entre sus brazos y la tranquilizaba susurrándole palabras en su oído derecho. La ternura de Emilio con su hija conmovió a Lena que tuvo que tragar saliva para soportar el cúmulo de emociones que se formó en su garganta. Y sonriendo llegaron a la casa.

Tránsito, apostada en la explanada delantera, se sujetaba el delantal secándose las manos en él. Escudriñaba con su vista cansada los carruajes que lentamente se acercaban y a Lena montada en su yegua. Cuando los reconoció, empezó a dar órdenes a puro grito a los criados, para que se pusieran en marcha en los arreglos de la mansión y para preparar la cena. Tanto Lena como la servidumbre ignoraban que Emilio, acompañado de su hijita, llegaría esa tarde a La Santísima Trinidad. El júbilo se extendió por la casa, abrieron ventanas, encendieron velas y quinqués para alumbrar las zonas oscuras de las estancias sabiendo que la noche

caía.

Extrajeron de los armarios los ajuares de las camas para desplegarlos. A medida que los desenvolvían, impregnaban el aire con su olor a jabón: las sábanas, cobertores, también las toallas de aseo. Todo en la casa se convirtió en unas apresuradas idas y venidas colmadas de regocijo contagioso.

Nada más descender de la calesa, Muna con un solo vistazo volvió a retomar el mando de todas las tareas domésticas y se hizo cargo de reubicar los dormitorios. Ella junto a María, la doncella de Lena, prepararían el aposento de Emilio y la nueva ama. Así se lo había indicado discretamente el vasco.

Las magníficas lámparas de porcelana proyectaban en el techo una claridad redonda y vibrante, la gran mesa de nogal se vistió de blanco, después los platos y cubiertos fueron adornando el mantel y Tránsito, bajo la atenta mirada de Muna, había dispuesto impecablemente hasta el último detalle esperando que bajaran los señores con Valentina a cenar.

Lena salió del baño envuelta en la toalla que María le había preparado. Sobre la cama se extendía el vestido que se pondría para cenar. Notó que se encontraba como perdida en sus cavilaciones, anticipando una circunstancia próxima. Sus cosas habían sido trasladadas a la alcoba de Emilio. Se sentó en el borde del colchón, la luz de la lámpara le iluminaba sus desnudas piernas que comenzó a secar con la tela. Sentía cierto miedo, pero a la vez degustaba anticipadamente una dicha nueva. ¿Cuántas veces había pensado en este día? Pero admitió que siempre lo hizo con reservas y sin dar riendas sueltas a su entusiasmo, a sus ilusiones y al placer enorme que sentía cada vez que se imaginaba al lado del hombre al que amaba. Ese hombre que había sido capaz de cambiar su manera de sentir. Era la primera vez que deseaba desesperadamente ser besada, acariciada y sentir dentro de sus entrañas a Emilio. El vasco le suscitaba una apetencia amorosa adormecida desde la primera vez que sintió las manos viscosas de Mateo manosear su cuerpo, retorciendo sus pezones y penetrándola con el miembro duro ávido por disfrutar con su dolor.

En su aposento, Emilio también se acicalaba delante del espejo, se había rasurado con cuidado la barba que incipiente brotaba de su mentón, se aseó y se puso la camisa limpia, el pantalón recién planchado y se encajó la levita oscura, alineó los hombros y echó una última ojeada al espejo en un gesto inédito que le hizo sonreír.

Iba a salir de su alcoba con esa sonrisa que llevaba puesta todo el día y recordó lo alegre que era cuando llegó a La Santísima Trinidad. Antes de abrir la puerta, sintió que la habitación se le inclinaba por el extremo, como un barco que cabecea. El se sostenía sobre una pared rodeado de un gran espacio giratorio que no cesaba de rodar. Instintivamente se apoyó en el muro buscando un punto fijo y fue resbalando por él hasta quedar sentado en el suelo. Recogió sus rodillas fuertemente con sus brazos hundiendo el mentón en ellas, hasta que se detuvo la noria, el vertiginoso movimiento circular que lo había hecho oscilar a miles de revoluciones.

Comprobó que el suelo permanecía firme bajo sus pies y todo se ubicaba en su lugar cuando se pudo levantar y erguir su cuerpo, entonces una punzada en el ojo derecho lo dejó nuevamente inmovilizado. Poco a poco, también fue pasando el dolor del pinchazo y se repuso del desagradable episodio que había sufrido inesperadamente y por primera vez. Tardó unos segundos antes de dar el primer paso que lo llevó a la butaca, se sentó para superar el desasosiego que lo había atenazado el tiempo de confusión por aquel extraño mareo y le asaltó cierto temor.

Valentina aporreó la puerta del aposento, el vasco aún estaba perturbado, pero al ver a su hijita empujar la hoja de madera para entrar de la mano de María, la criada, la sonrisa volvió a su rostro.

—Ven, acá, mi vida. ¡Anda y ten cuidado! —le dijo a su hija.

La niña se soltó de la mano. Tambaleándose y apoyando sus manos sobre los muebles que encontraba a su paso, se acercó al padre y lo abrazó. Emilio cuando sintió el pecho vibrante de su hijita contra el suyo, supo que algo la asustaba.

—¿Qué te ocurre, cielo mío?

—Padre —dijo torpemente—, ¿Magdalena es mi nueva madre?

—Si las dos queréis, sí.

Sentó a la niña en sus rodillas y le dijo con el rostro serio y los ojos burlones:

—Tenéis que estar las dos de acuerdo en ser madre e hija. Tu madre es Marcela, pero está lejos, en Santiago. Ya te hablé sobre eso cuando decidimos venirnos para Trinidad a comenzar de nuevo tú y yo solos sin tu madre... Lena en su ausencia, la puede sustituir.

—¿Lena?

—Sí, cariño, yo la llamo Lena. Tal como me dijo cuando la conocí.

—No sé, padre, si podré verla como a una madre —le contestó Valentina eludiendo preguntar por el momento en el que se conocieron.

—Ten paciencia, mi niña. Acabáis de conoceros, es pronto para saber.

Emilio notó las manitas de Valentina tensas, los dedos tiesos como estacas. Había algo que enervaba a su niña. La acarició y masajeó los dedos para que no se extendiera la rigidez por los brazos y los hombros. La acunó contra su pecho y la besó tiernamente en las mejillas.

—Tranquila, tesoro, vamos a estar bien aquí —le dijo sereno, seguro de sus palabras.

La niña miró a su padre y creyó en su certidumbre, sintió que los dedos se relajaban y que su cuerpo se aflojaba con la serenidad perdida desde que vio a Lena encima de Morita trotar a paso lento junto a la calesa.

—Padre, tengo miedo.

—De qué, mi niña.

—De que no me quiera usted tanto como a ella.

Valentina se sonrojó al ver la mirada asombrada del padre. La niña había percibido la alegría que sintió él cuando vio a Lena. Su cara se transformó en un gesto de felicidad absoluto reflejando el evidente júbilo y el amor fuerte que sentía por ella. La criatura ya era capaz de distinguir todas esas emociones y, después de haber sido atendida y adorada por su padre día y noche, las captó al vuelo con sentimientos de temor y celos.

Emilio sabía que se avecinaban tiempos de conciliación, tendría que cuidar el trato con su hijita, en presencia de ella se abstendría de demostrar el amor inmenso que sentía por Lena. Ambas debían convivir en la misma casa, bajo el mimo techo y se le antojaba un tanto difícil acoplar tantas emociones sin crear desconfianzas. La niña era aún muy tierna, andaba recuperándose de una nefasta experiencia llena de colapsos y convulsiones a causa de su enfermedad. Entendía que para ella era difícil asimilar que debía compartir su amor con una extraña. Porque para Valentina, Lena era una perfecta desconocida.

Con estas reflexiones y pensando cómo se las arreglarían, descendía el vasco las escaleras con su hija de la mano para dirigirse al comedor. Desde allí, Lena los divisaba acercarse a la estancia con paso lento, adecuado para el movimiento de Valentina

que aún cojeaba mientras caminaba.

Lena estaba hermosa. El vestido violeta resaltaba su blancura y los cabellos rubios recogidos en un moño poco elaborado. La niña también había elegido un vestido color rosa con volante blancos que resaltaba su piel morena y los ojos castaños. Ambas se observaban con distintas percepciones. Valentina la veía como una intrusa que había entrado en su vida para disputarle el amor de su padre. A su vez, Lena la contemplaba como a una pobre niña que había soportado un suplicio enorme, sintiendo un instinto de protección casi maternal cada vez que la miraba.

Muna estaba de pie al lado del aparador con su uniforme ya puesto, ropas que al vasco no le agradaron, no quería ver a Muna vestida de sirvienta, aunque trabajara en La Santísima Trinidad como ama de llaves, dirigiendo y organizando todo a su entender. Emilio pensaba que Muna era la persona mejor capacitada para ostentar este cargo de la casa, experiencia le sobraba. Desde que la compró don Roque al capitán del barco que la trajo bajo el auspicio legal de la trata de negros en la plaza de subastas de la Habana, con tan solo ocho años, no había hecho otra cosa que faenar para ellos.

—El último día que te disfrazas de criada, Muna —le dijo cuando se acercó para servirle el vino.

—¿Cómo? —exclamó Muna creyendo no haber entendido.

—¡Me cago en diez! —espetó Emilio nervioso percibiendo que todo estaba saliendo al revés—. Ya sabes que no eres una sirvienta, te lo he dicho en varias ocasiones.

—Pero…

—No hay peros que valgan… ¡Mañana sin uniforme!

Lena miró a Muna sonriendo, y la esclava libre también le sonrió con un gesto cómplice.

—Padre, ¿mañana también pueden cenar con nosotros Muna y Martín? —preguntó la niña deseando tener al lado a la mujer que más quería.

—Sí, sería bonito que mañana se sentaran en nuestra mesa.

—¡Ni hablar! —exclamó Muna con su chapurreo característico y su voz de pito— Acepto renunciar al uniforme, pero la mesa la compartimos en nuestra casa José, mi Martín y yo. ¡Hasta aquí hemos llegado! Además, nos sentiríamos tremendamente incómodos en este comedor.

Emilio enmudeció comprendiendo la postura de Muna, él le había construido, hacía unos años, una confortable vivienda cerca

de la casa grande para que pudiera vivir con su familia en ella. También le inquietaba la presencia de José en la mesa, él no poseía la misma sensibilidad de su querida amiga. José era el obstáculo que debían salvar continuamente Emilio y la negra para seguir adelante con la amistad que surgió entre ellos desde que el vasco, con catorce años, llegó a Trinidad y se quedó con don Roque trabajando infatigablemente en su hacienda, cargando sobre sus espaldas y transportando en un viejo carro la caña recolectada por los esclavos negros hasta el ingenio. Recordaba con media sonrisa en los labios, que después de la jornada, agotado y empapado de sudor, se colaba en la cocina para saborear, antes que nadie, la deliciosa cena que Tránsito elaboraba para los señores. La cocinera cuando lo veía entrar empapado en tanta mugre, ponía el grito en el cielo a la vez que le servía el sancocho en un cuenco para que lo engullera con su sonrisa especial de labios voluminosos y bajo la atenta mirada de su amiga. Para Emilio, Muna siempre fue una mujer franca, sumamente leal. Les unía un cariño limpio que fluía solo, ambos sabían que se querían sin dobleces.

Con el paso de los años, ella se convirtió en su único apoyo, el hombro en el que lloraba cuando lo acuciaba el sentimiento de culpabilidad después de traicionar con sus amoríos clandestinos al hombre que más le había querido. Muna, pacientemente, siempre lo tranquilizaba sin emitir juicio, sin reproches; solo callaba, comprendía; sabiendo la inutilidad de su sufrimiento. También ella le contaba sus zozobras antes de decidir unir su vida a la de José. Emilio sabía las ideas revolucionarias del esclavo libre y lo mantenía siempre bajo sospechas, porque notaba que algo eminente se preparaba entre los negros, en esos barracones llenos de excrementos que él conocía perfectamente.

La niña mostró síntomas de cansancio cuando finalizaron la comida. Muna se hizo cargo de ella y cuidadosamente la fue guiando hasta las escaleras. Subieron peldaño a peldaño y se internaron en el pasillo de los dormitorios y, entre charlas que solo ellas comprendían, desaparecieron de la vista.

Allí quedaron Emilio y Lena solos en el comedor rodeados de candelabros y vajillas de plata, de bodegones embetunados con faisanes y liebres entre frutas, de las grandes lunas biseladas de los aparadores y del espejo de Venecia, con sus flores de neblina.

Era el primer momento de intimidad que tenían desde que llegaron a la casa grande. Ese momento significaba una promesa de

calor inicial, como si al final de las últimas horas del día se hubiera ido gestado lentamente al fuego, desde las mismas entrañas de ellos.

Lena observó que la tela de su vestido se pegaba al paño de la levita de Emilio y la proximidad de sus cuerpos la fundía por dentro.

—Mi preciosa Lena —susurró Emilio acercándose a su oído y cambiando el tono de voz.

Lena instintivamente dobló su blanco cuello hacia abajo intentando ocultar su rostro, turbada al sentir el aliento de Emilio rozándole sus mejillas y se sorprendió al advertir la repentina flojera de sus piernas.

—Estarás cansado, Emilio. Querrás dormir —le dijo Lena tímidamente

Emilio le contestó con una carcajada mientras se dirigía a la mesa para coger la botella de vino. En dos copas vertió la bebida hasta llenarlas. Brindaron mirándose a los ojos y tragaron de una sola tacada.

Cuando Emilio alargó su brazo para rodearla y acercarla más a él para besarla, la muchacha sintió la presión de la palma de su mano en el hueco de su cintura. Su boca la enloqueció. Consiguió que las amargas imágenes de tiempos pasados se alejaran de su cabeza y se agolparan, únicamente, las sensaciones más íntimas de aquel beso.

Subieron las escaleras casi abrazados portando la botella y las copas y se internaron en el aposento amplio, recién arreglado, para hundirse sobre las impolutas sábanas de hilo. Se entregaron a sus pasiones, libres, desnudos, pensando únicamente en ellos. Lena ablandó sus músculos que durante años estuvieron contraídos mientras la forzaba Mateo, y deseó que Emilio la penetrara. En ese instante, sintió un golpe de sangre latir en sus sienes y vislumbró un mundo unísono y simultáneo posible para los dos.

Nunca imaginó que llegaría a sentir tan gozosamente el tropel de vibraciones desordenadas que se precipitaban por su vientre. Se contempló por primera vez como una mujer dichosa, plena, inmensamente excitada. Y esas chispeantes explosiones desatadas en cada centímetro de su piel, lograron saltar sus lágrimas al comprender que al fin había descubierto el amor.

El alba los sorprendió aún despiertos. Lena, acostada en la cama de matrimonio con las sábanas enrolladas y con la apacible intimidad de unos esposos, miró amorosamente a Emilio, se volvió a

meter entre sus brazos y él, con su boca, acalló el “te quiero” que salía de sus labios.

35

Comillas, 16 de Julio de 1842

Cuando se encerraba en su alcoba, experimentaba una aprensión creciente. Si bien, gustaba de la soledad para dar riendas sueltas a sus tristezas, mientras duraban sus rezos arrodillada delante del altarcito repleto de santas imágenes. El hecho de sentirse encerrada le daba sensación de ahogo y sentía la amenaza de algo más peligroso e inminente. La estancia era grande y permanecía siempre en penumbra como un templo, ni el más leve soplo de aire estremecía las largas llamitas que salían de las velas que le había encendido a la Virgen de la Bien Aparecida por el alma de su hijo. "Descansa en paz, hijo mío. Yo te defenderé en este mundo terrenal", murmuró lentamente con la voz sorda y los ojos inexpresivos.

Doña Pina calló prudentemente cuando supo que iba a ser nuevamente abuela. Toda su vida había callado, solo se había permitido hablar de sus tormentos con la criada que se revolvió contra ella y desarregló su vida. Sin embargo, pese a su estado de eternas angustias, se dio cuenta de la preñez de su nuera antes de que ella se lo revelara. Percibió a Cati nerviosa, descolorida e impaciente, con una palidez y un desgarbo propios de los primeros meses de embarazo. También captó cómo fruncía el ceño al creerse fuera del ángulo de las miradas del servicio, de las visitas que aún

llegaban para ofrecer las condolencias y de ella misma, dando rienda suelta a los vahídos y malestares propios del periodo de gestación mientras acariciaba su incipiente vientre. La doña disimulaba mientras observaba a Cati resguardar dulcemente su matriz llena de vida, parecía mecerla, acunarla con sumo cuidado entre sus brazos.

Llevaba toda la vida sufriendo y después de la conmoción que supuso el horrible final de Mateo, resolvió no romper con sus hábitos ya que ellos la embargaban de un precario equilibrio, que le permitía en esos momentos convulsos seguir hacia adelante. Cada mañana se levantaba nada más despuntar el sol por la ventana, después de haber pasado la noche en vela. Ella nunca había dormido bien, pero desde el día que su hijo resolvió descerrajarse un tiro en la sien y se fue de este mundo cruel, su capacidad de dormir se había esfumado y sus madrugadas, llenas de pesadillas durante las pocas cabezadas que daba, adquirieron connotaciones aterradoras. Doña Pina, nada más divisar el sol escondiéndose en la línea del horizonte, comenzaba a rezar, a padecer unos temblores de angustias y opacidades internas que destrozaban su ánimo. El duelo por el que peregrinaba la señora y el agotamiento feroz que padecía le habían dejado huella en su cara de sufrimiento, la palidez y sus arrugas eran cada vez más perceptibles; su aspecto se asemejaba al de una lechuza.

Un día se atrevió a preguntarle a Lucas si quería compartir el aposento con ella, pero el zagal, al escuchar el ofrecimiento, salió corriendo para su habitación sin dar respuesta. Y desde entonces se comportaba como un auténtico extraño cuando caía la tarde.

El niño sobrevivía con cierta cadencia, gracias a las visitas furtivas de su tía Teresuca a la casona de los Mendoza y a los arrumacos y breves parrafadas que, a escondidas, compartía con Francisca y Juana. Su instinto hizo que ubicara su vida emocional en la planta baja; allí se manifestaba tal como era y así había sucedido siempre. A su corta edad, tenía pleno conocimiento de los dueños de sus afectos y de las personas con las que se encontraba gratamente.

El pequeño se fue creando un mundo interior rodeado de murallas inexpugnables y dentro de ellas dejó cautivos los recuerdos de su madre, de la infancia inmensamente feliz que transcurrió entre las faldas de las criadas y el universo infantil que se esfumó de

golpe y porrazo el día que divisó en la puerta de la cochera la brutal violación que sufrió su madre y, desde ese instante, su vida se derrumbó como una piedra cayendo en un abismo oscuro donde nada se ve y nada se dice. No pudo hacer otra cosa para seguir viviendo, por eso tuvo que arrancarse la memoria y adaptarse al actual momento de su vida. Tenía que olvidar los ojos cristalinos y las manos rojizas de tanto faenar de su madre para continuar con su existencia y lentamente lo iba consiguiendo. Sentía que a medida que pasaban los días, el dolor fuerte, punzante del principio habían aflojado y dejado algo muy semejante a una incipiente descompostura del alma.

Por ese afán de protegerse, Lucas no mezclaba sus afectos; los verdaderos de los fingidos. A su abuela la soportaba por un acuerdo que había pactado con su querida tía Teresa, con Francisca y con Juana, las tres mujeres que conformaban su familia afectiva. Adquirió el compromiso de disimular el amor que no sentía por su abuela, aquella tarde en la que se presentó Teresuca con su hijita en la casona y en la misma cocina de Juana fraguaron un plan y le dejaron las cosas muy claras.

—Es necesario, ángel mío, que no le demuestres tus sentimientos a la señora, para que nunca sepa de nuestros encuentros en su propia casa —le dijo Teresuca mientras le acariciaba la mejilla derecha.

—Claro, Luquitas, si ella está contenta con tus afectos, no se pondrá a preguntar ni a curiosear nada. Así nunca sabrá que Teresa viene por aquí a verte cada vez que quiera. ¿Comprendes, cielo? —añadió Francisca

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! ¡Dejad ya al zagal, que se va a hacer un lío con las cosas del querer! Él tiene que sentir afecto por su abuela porque les corre la misma sangre por sus venas y para que todo sea natural... Mirad que la doña sabe latín y no se le engaña tan fácilmente; antes o después lo sabrá...

—¡Un mojón con chorreras! —exclamó Francisca—. ¡A esa bruja quién la va a querer! Además, si ponemos cuidado, especialmente este ángel, no se entera. Por el niño pierde el culo, Juana, o es que no te has dado cuenta...

Lucas permanecía tieso y quieto, con las manos en los bolsillos de su pantalón. Contemplaba los ojos de las tres mujeres que eran como tres madres de familia que daban calor a su peculiar hogar.

—¿Lo vas a intentar, mi vida? —le preguntó Teresuca sabiendo

que era imprescindible esta artimaña para que ella siguiera viendo a su sobrino.

—Sí, tía —contestó consciente de su respuesta.

Desde ese día, Lucas aprendió a vivir dos vidas. Llevaba a cabo el plan urdido en las cocinas de la casona de los Mendoza a rajatabla y acompañaba a su abuela, desde por la mañana, en sus rezos por el alma del desalmado que violó a su madre hasta dejarla desollada y sin sentido. Almorzaban y cenaban juntos en el comedor con el velón siempre encendido en el centro de la mesa ofreciendo una espléndida luz a la estancia. La mayoría de las veces comían solos por el estado algo revuelto de Cati y su aparatoso embarazo. También pasaba las tardes en el jardín o en el saloncito de estar jugando con su abuela al *tresillo*, soportando sus palabrerías mimosas como sonsonetes huecos que no escuchaba.

Pero él creía que todo era preciso para poder disfrutar unos minutos de su tía y de su prima, para sentir, sin previo aviso, la mano firme de Francisca arrastrándolo por toda la casa hasta llegar al rincón del patio o al cuarto que ocuparon su madre, Francisca y él durante esos años de gozo infantil. Por ese instante de dicha plena, el fingía y disimulaba sus sentimientos. Nada era más valioso para él que ese momento en el cuchitril desportillado y completamente arruinado, donde se adentraba con el corazón desbocado para encontrarse con los hermosos rostros de Teresuca y de la pequeña Pilar. Entonces pensaba, inevitablemente, que todo merecía la pena.

Doña Catalina, viuda de Mendoza, andaba envuelta entre lutos y tristezas fingidas pensando en el hombre que la había dejado preñada, Ernesto Roldán, pasante en el bufete de don Gregorio Álvarez de Ballesteros. El instinto no le había permitido todavía ir a visitarlo a la fonda *El Águila*, donde presumiblemente aún se alojaba. Su suegra se mostraba rara y misteriosa o al menos así la percibía ella. Algo le decía que no era el momento de dar pasos en falso porque la fortuna de su futuro hijo estaba en juego. Ella quería la herencia de Mateo, aunque fuera compartida con el mocoso de la estúpida criadita que dejó mutilado al diablo. Pero doña Pina, por alguna extraña razón, amaba tanto a aquel niño que en más de una ocasión no dudó en dejarla en evidencia por defenderle. Ella hacía oídos sordos a estos improperios y a los malos modos porque notaba

que la vida de su suegra se consumía como una vela. Nada más había que observar su deterioro cada mañana. Se ahogaba sin remisión entre sus lutos y tristezas pasadas y en cualquier momento moriría de pena y de su eterna enfermedad de huesos.

Cati, esa muchacha encantadora, sofisticada y elegida por doña Pina para que su hijo casase y se convirtiera en feliz padre de familia, no era consciente de su monstruosa evolución. Al poco tiempo de llegar a la casona de los Mendoza y después de desposar con el mejor partido de la comarca, ya deseaba la muerte de Mateo, segura de que así se libraba de un gran traidor y que, con ello, lograba la dicha perdida. Ahora, por su inesperado embarazo y tras el fallecimiento de su esposo, deseaba la de doña Pina. Esta perversa coincidencia de poner su felicidad en manos de la muerte de otros, la hacía una mujer siniestra y en su rostro y en sus ojos aparecieron signos extraños, algo lúgubres.

Aun así, Catalina sabía que la doña, más muerta que viva, tenía la cabeza bien plantada, no se le escapaba nada y esta idea la aterrorizaba, pensando que en cualquier momento podría descubrir su engaño y le reclamaría su desliz con Ernesto. Entonces la dejaría tirada en el arroyo, preñada y sin un real, a merced de un joven de futuro incierto. Esta situación se le antojaba difícil y en caso de que sucedieran las cosas así, serían diametralmente distintas a cómo ella las había concebido.

Teresa se había reconciliado con la vida, después de la crisis tan profunda que padeció tras la desaparición de Lena y el desengaño que sufrió con Celso. La muchacha estuvo mucho tiempo con las lágrimas pegadas a los ojos, se puso más magra y consumida, parecía caminar bajo el peso de un fardo invisible lleno de tristezas que la obligaba a encorvarse por la cintura. Deambuló durante tres meses con el corazón roto, después de haber perdido a su hermana y a Lucas a la vez. Esas oquedades de su alma la empujaban a un castigo duro que se imponía para soltar lastre; la tremenda rabia que la consumía. Por esas fechas, no era extraño verla debajo de la lluvia caminando despacio, calándose hasta los huesos sin preocuparse de sortear los baches, incluso parecía encontrar algún raro consuelo en la inmersión repetida de sus pies en los charcos y el fango de los caminos. Tampoco era extraño que algún vecino o un forastero de buen corazón la recogiera por los campos y huertas

lindantes del pueblo y la llevara cogida del brazo hasta su casa, donde la esperaba siempre Celso con el doloroso presentimiento de que algún día no volvería.

Ella paseaba su soledad, su impotencia y su enarbolada barriga por las calles de Comillas con la mirada perdida. En esa época fue cuando Celso tuvo que sacar el valor que no poseía y hablar muy seriamente con su desgraciada mujercita que cada día la veía más enajenada.

Una tarde, Celso decidió arreglar el tinglado que se había formado en su casa y se postró a los pies de Teresuca para pedirle perdón y le juró por sus hijos y por el Cristo del Amparo que iba a reparar el daño causado. Iría, al día siguiente, a reclamar su derecho de tutelar a Lucas y si la vieja chiflada se negaba a entrar en razones, emprendería un litigio judicial para que fuesen los propios magistrados quienes dictaran sentencia sobre la patria potestad del menor. También, esa misma tarde, el secretario del Consistorio resolvió que debían pasar por la vicaría para acallar las habladurías de las comadres y hacerse más fuertes ante las leyes del hombre. Por eso extrajo un anillo de su bolsillo y le pidió matrimonio a la mujer por la que tanto amor sentía.

—Mi querido ángel, no puedo vivir sin tu sonrisa, sin tu amanecer, sin tu cariño... sin ti —le dijo Celso mientras aguantaba el llanto como un niño—. Perderte sería una terrible condena.

—¡Dios mío, Celso! Ahora me doy cuenta del daño que te he causado —le dijo también llorando.

—¿Quieres casarte con este viejo que está loco por tus huesos? —le preguntó Celso emocionado colocando el anillo en su dedo anular derecho.

Teresa vislumbró todo el tormento que le había ocasionado a ese santo que tanto la quería y le perdonó cada una de sus cobardías y debilidades.

La llegada de la pequeña Piluca también ayudó a esta recuperación anímica y su cuerpo fue tomando cochura de mujer casada, de madre recién parida y su figura desgarbada se fue transformando en la estampa de una matrona de redondos senos y caderas voluptuosas.

Aquella tarde que festejaban el día de la Virgen del Carmen, Teresuca se acercó a la casona de los Mendoza con Piluca en los brazos, tal como había quedado con Francisca. Ya cerca de la casa, pensó que entraría por la puerta de atrás del patio trasero. Abrió

muy despacio la cancela e ingresó en la vivienda, se encaminó a la cocina arrullando a su niña para que no llorase y pusieran en aviso a las damas. Cuando penetró en la oscuridad de la estancia se encontró a Juana sentada en la vieja silla de Lucifer con los ojos vidriosos.

—¡Buenas, Juana!

—A las buenas de Dios, hija, siéntate hasta que baje Francisca con el niño. No puede tardar mucho

—¿Estás bien, Juana? Te noto rara.

—No es nada, hija, hoy que me encuentro un poco revuelta...

Juana alzó la cara hacia el techo y durante unos segundos le vibraron nerviosamente las aletillas de su nariz y tembló su barbilla mientras aguantaba las lágrimas que saltaban sin permiso. La cocinera siempre vestía como suelen vestir las mujeres de su edad, toda de negro porque siempre andaban enlutadas por la perdida de algún familiar.

—No te preocupes, Teresuca. Ya se me pasará.

—¡Dios mío! Sí me preocupo. Y quiero que me digas qué te aflige —le contestó Teresa viendo su desolación.

—Tonterías de viejas... A perro flaco, todo son pulgas.

—Déjate de marear la perdiz y desembucha tus cuitas, mujer.

—Si no es nada en particular, zagala. Es toda una vida de soledades que hoy me pesan más que nunca... Sabes, me hubiera gustado tener un hijo o una niña como tú; creo que eso le hubiera dado más sentido a mi vida... Y ahora es tarde, siento mi vientre seco como el esparto, igual que mi existencia totalmente baldía. No tengo nada. Toda la vida trabajando y no poseo más que tres reales y medio en una caja vieja, un techo a punto de desplomarse donde cobijarme y un plato de gachas por caridad, siempre que la señora lo quiera así... —Juana acabó de hablar con gesto resignado, aplanada por un inexorable convencimiento de desamparo.

—Nos tienes a nosotros, Juana. Te queremos como a una madre...

—Sí, hija sí, pero no lo soy. Si algún día cambia algo en esta casa y deciden echarme a la calle, ¿a dónde iría, Teresuca?

—A la plaza del Ayuntamiento, con Celso y conmigo. Anda, mujer, no pienses en tontunas que seguramente nunca sucederán. Además, Francisca y Jesusa están aquí contigo y me consta que también te quieren como a una madre...

Juana esbozó una sonrisa que le iluminó suavemente el rostro, le

dijo:

—Tú no sabes la última, muchacha. La Francisca ha encontrado un zagal y parece que la quiere bien. Es un carpintero que estuvo en la casona arreglando los cierres de las ventanas de la planta de arriba. Yo notaba que el pollo bajaba mucho por la cocina con la excusa de pedir un vaso de agua o alguna otra bobería y aprovechaba para hacerle ojitos a la Francisca, hasta que empezaron a cuchichear y al cabo de unos días parece que congeniaron. Es natural que la moza se enamore.

—Será el Cuco, el de la carpintería de Campíos. Buen mozo que es el zagal.... Pues mira que me alegro que la muchachuca esté en amores.

—Sí, sí, así le dicen, Cuco, aunque se llama Dimas y la Francisca siempre lo nombra así. Cree que es más elegante y le da más prestancia al mocetón... Ya sabes lo dominanta que es

Se quedaron en silencio, de repente escucharon el ruido de los zapatos de Francisca golpear estrepitosamente contra los peldaños de la escalera que dividía la casona de los Mendoza en dos.

—¿Y el niño, Francisca?

—Arriba con las señoras que a poco se matan, Teresuca.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —preguntó Juana olvidándose de sus cuitas

—Por mi santa madre que no me esperaba lo que acabo de escuchar por la boca de la misma doña Pina. Que me aspen si entiendo algo…

—Le ha pasado algo a mi ángel...

¡Quía, no, mujer! el niño lo he dejado arriba porque vengo por un poco de agua y las sales de la doña. Pero ha explotado una bomba en la salita con una cosa muy gorda, muy gorda.

—¿Nos vas a contar qué sucede arriba o nos dejas en ascuas? —preguntó Juana inquieta.

—Ahora no puedo, Juana, pero en cuanto se calme la cosa, bajo y os cuento. Al niño lo traeré después... Ahora se darían cuenta, Lucas es el motivo de la riña.

Francisca subió a galope la escalera portando las sales y el agua para su señora. Juana permaneció sentada en la silla de Lucifer y Teresuca se sentó también delante de la mesa sacándose la teta para alimentar a su hijita que comenzó a succionar el pezón con cierta avidez.

—¿Qué pasará?

—A saber —contestó Juana resignada.

Ernesto Roldán era el nombre que chirriaba en los oídos de Francisca mientras asistía a su ama. La muchacha perdida entre los reproches de ambas damas, daba vueltas con su mente a las combinaciones más sutiles hasta que llegó a comprender que el hijo que esperaba doña Catalina era de un joven pasante en un despacho de abogados, y que el nieto de la doña no era su nieto en realidad. Menuda furcia, pensó mientras calmaba a doña Pina.

—Ahora me pides piedad, después de lo que has inventado y hecho sufrir a mi verdadero nieto. No dudes que será Lucas el que recibirá la herencia de su padre. Ya lo tengo todo previsto, incluso redactado ante notario. Tú solo percibirás una asignación que te compensará por haberte quedado viuda.

—¡El hijo de una criada pordiosera es el heredero de la fortuna de mi esposo! ¡Este piojoso debería estar abajo, con los de su ralea!

—Y tú en el arroyo, ¡adúltera! Y no te dirijas ¡jamás!, escucha Cati, ¡jamás!, a mi nieto en esos términos.

Lucas con el rostro demudado estaba sentado en la butaca ambarina donde, la noche del fatal suceso que cambió su vida, Mateo reposaba la borrachera. El niño sentía un cúmulo de sensaciones que no descifraba sus entendederas y unas apremiantes ganas de llorar lo embargaban desde hacía un rato.

Doña Pina sin dar tregua a su intensa verborrea, cortando las palabras con hondos suspiros y con la dicción algo torpe, declaró a su nuera su intención.

—Voy a proteger únicamente el honor de mi hijo, querida Catalina. Para no despertar a las malas lenguas, vivirás dos años con nosotros fingiendo un duelo que no sientes... Pero la gente del pueblo comienza a hablar y eso no nos conviene ni a ti ni a mí. Hasta dentro de dos años no te dejaré libre para que puedas correr a los brazos de ese lechuguino, el tal Ernesto; él será el que te dará sustento lo que te reste de vida. De mi hijo, ni tú ni el fruto de tu vientre percibiréis medio real, solo la gratificación de la que te he hablado y que saldrá de mi bolsillo. Este plan lo he trazado porque es el único que en su certero juicio nos ofrecerá salir de este entuerto con cierto decoro.

Doña Pina tomó aire asfixiada del aturdimiento y el mal rato que estaba pasando y continuó la perorata:

—Mañana tengo pendiente una conversación con Ernesto porque quiero hablar con él de este asunto. Ya le mandé aviso con el cochero y el susodicho ha aceptado venir a este encuentro.

La doña hizo un ademán de desfallecimiento que la obligó a sentarse.

—Y ahora vete a tus aposentos que estoy agotada. ¡Ah!, querida nuera, te advierto que te conviene que yo viva lo suficiente para cumplir este plazo, porque en el testamento he especificado que, en caso de mi defunción, tendrás que salir de la casona al día siguiente de mi entierro. Queda claro que te perjudica que me muera.

—Suegra es usted repulsiva, me ha quebrantado la vida. Lo sabe, ¿verdad? Lo sabe desde el día que decidió que yo era la muchacha ejemplar, el dechado de virtudes que necesitaba para que desposara con su hijo, sabiendo lo perturbado y perdido que era. No es justo lo que está haciendo conmigo...

—Quizás tengas algo de razón, pero no me fío, no me fío ni un pelo de ti... Te veo capaz de liquidarme, ya lo intentaste con Mateo y no pudiste... Seguro que ahora deseas mi muerte.

—Es usted una vieja retorcida.

—Adiós Cati, si puedes no me dirijas la palabra en estos dos años que nos quedan por vivir juntas, porque te detesto tanto que me produce náusea escuchar tu voz.

—¡Miserable! ¡La odio!

Cati salió de la estancia envuelta en extrañísimas modulaciones, aullidos, desesperados gritos y sofocados murmullos. Doña Pina la siguió con la mirada hasta que salió de la sala. Por primera vez, dirigió la mirada hacia su nieto con los ojos del alma y vio a un niño hundido, temeroso, sin embargo, no quiso indagar más para no sufrir. Por hoy ya es bastante con la agotadora Cati, pensó.

—Sangre de mi sangre, ven aquí con tu abuela –le dijo abriendo los brazos.

Lucas se hundió entre sus brazos para ser rodeado por ella con una compasión nueva.

—Soy una vieja que no sirve para nada —le dijo al niño muy despacio—, pero todavía me quedan arrestos para defenderte de esta mala pécora. Cielo mío, mantén abiertos siempre los ojos con esta mujer; Cati no es de fiar.

Lucas permaneció un rato con la cabeza abrigada en su pecho y sintió algo parecido al consuelo entre los brazos de su abuela.

36

Santiago de Cuba, 16 de julio de 1842

De lo que más se hablaba esa mañana en la ciudad más floreciente de Cuba, era del casamiento de la hija del próspero empresario Carles Vidal y Balaguer con el joven indiano natural de Cantabria y dueño de la principal naviera del Caribe. La mañana despuntaba clara, iluminada, y un aire cálido circulaba por las calles y plazas de la villa evidenciando el feroz verano.

A la hora fijada, llegó el carruaje del novio donde también se hallaba su madre. La señora había pisado recientemente aquellas tierras y estaba aún cansada del largo viaje en el *Reina de los Ángeles*. Aunque la elegancia de su vestido negro satinado y el sofisticado tocado de plumas en tonos naturales y la redecilla que resguardaba su rostro, le daba un aire distinguido. Antonio con su impoluta levita oscura, la camisa blanca, el chaleco a juego con la corbata anudada en un voluminoso lazo, también desprendía un estilo indudablemente aristocrático que, su soberbia estructura corporal, le había ayudado a poseer. La gallardía, el frondoso bigote y la perilla recién incorporada a su rostro acrecentaban su espléndido aspecto.

Tuvieron el tiempo justo de llegar hasta el pie del precioso retablo para esperar al cortejo de la novia. El órgano situado en la parte alta de la iglesia con el célebre coro de voces comenzó a

entonar la melodía de Mendelsohn, Sueño de una noche de verano, en cuanto vieron aparecer a Elvira del brazo de don Carles Vidal y Balaguer. Los invitados acoplados en los bancos, minuciosamente alineados y decorados con guirnaldas de flores blancas, se alzaron para contemplar a Elvira avanzando por la alfombra roja, derecha hacia el altar y siguiendo el protocolo ensayado. La muchacha recorría el corto camino con cierto aplomo, incluso su gesto reflejaba un dominio absoluto de la situación. La catalana llegó a la iglesia engalanada con esa encantadora mezcla de contrastes que tanto la caracterizaba y que le dejaba una figura cuajada de imperfectas armonías.

Lena le ayudó a vestirse y a embellecer su rostro con los afeites, cremas y coloretes adquiridos expresamente para este día tan importante. La comillana iba a asistir sola a la ceremonia religiosa, presentándose como la amiga íntima de la novia recién llegada de España. Este engaño de última hora lo tramó Elvira al conocer que en el templo también se encontraría Marcela, invitada por sus padres.

Elvira comentó a Julita este cambio de planes, la muchacha ardía en deseos por ver nuevamente a Lena y su ímpetu juvenil podía llevar al traste con el propósito de esconder la relación de Emilio con la comillana a la alta sociedad santiaguera y, especialmente, a Marcela. La hija de los posaderos de Comillas, por su forma tan peculiar de ver la vida, percibió más sugestivo y divertido el enlace al que acudiría en calidad de esposa de Ramiro y hermana política del novio.

Su relación matrimonial con Ramiro se iba asentando día a día. Disfrutaban libremente de los retozos carnales y de los gozos del sexo apasionado que les proporcionaban las embestidas del amor. Conocieron las texturas de sus cabellos, de sus pieles suaves, sus labios frescos, descubrieron juntos la ciencia más secreta y más antigua. A Julita le crecieron los senos y redondearon aún más las caderas en una transformación creada por el ardor y las fuerzas que engendraba desde sus adentros.

El haber pertrechado la huida de su casa paterna para después desposarse con el zagal más bueno del mundo, le parecía, a estas alturas, su mejor aventura. Dios quiso que el conflicto se resolviera de un modo repentino y fácil, y así se ahorraron muchos quebraderos de cabeza, porque también la madre de Ramiro puso sus impedimentos para apartarlo de su lado, pero el miedo a las

malas lenguas y el rechazo de los vecinos del pueblo, realizó el prodigio de que entraran por el aro tanto sus padres como la doña. Ahora se le antojaba la mejor de las alternativas que la vida le había proporcionado. Cuba le parecía un lugar exótico, la mejor tierra donde podrían vivir. Saberse lejos de las miradas de sus paisanos y especialmente lejos de las fauces de sus padres, lo consideraba la muchacha una bocanada de aire fresco, la mejor idea que pudo imaginar mientras cruzaba el atlántico en el *Reina de los Ángeles*, cumpliendo su sueño de viajar y recorrer el mundo.

Durante los primeros meses en Cuba, Ramiro estuvo ocupado en la naviera, haciéndose con el trabajo de Emilio que, al marchar a La Santísima Trinidad, había abandonado parcialmente sus asuntos en la empresa que él fundó junto con Antonio. Llegó en el momento justo y a la hora precisa, para que los negocios marcharan y salieran adelante. Ramiro con ese entusiasmo juvenil y con la misma idea de su hermano por hacer fortuna, se acostaba rendido y se levantaba al alba, tomaba un magro desayuno en la cocina y partía en la calesa hacia el despacho. No regresaba hasta el atardecer. A esa hora, hacía la única comida completa del día, acompañado de Julita que solícita le servía la cena muerta de amor. Ramiro y Julita se propusieron bañarse y cambiarse la ropa diariamente a la hora de cenar, como habían oído que hacían los indianos acomodados que habían prosperado en aquellas lejanas tierras, con la intención de ir adquiriendo dignidad y señorío entre la distinguida sociedad santiaguera. También compraron, con los primeros sueldos de Ramiro, un piano pensando en hacer veladas encantadoras y contratar a un buen pianista para amenizar las reuniones sociales que estaban decididos a convocar en la mansión que intentarían adquirir en cuando su economía se lo permitiera.

—No te preocupes, querida cuñada, sé muy bien cómo son estas cosas —contestó Julita cuando le dijo Elvira que debía disimular que la conocía.

—Eso espero, querida. No quiero escándalos en mi boda por los celos de Marcela. La colombiana es mujer lista y permanecerá merodeando cualquier situación que ella considere extraña.

—Soy engañadora y diplomática. Si Lena pudo llegar a Cuba, buena parte es por la ayuda que gustosamente le ofrecí utilizando mis mañas para engañar a todo cristo, cuando la perseguían lo militares y la pérfida de su ama.

—Ya me contó.

—Fueron unos días sublimes, inmejorables. Estuvimos en dos ocasiones al filo de la navaja...

—Te gusta el riesgo, ¿no, Julita?

—¡Ya lo creo que me gusta!

—Pareces otra cosa querida, más modosita

Julita prorrumpió en risas espontáneas como lo hacía en su casa, luego miró a Elvira y le dijo:

—Elvira, estoy ansiosa por ver a Magdalena. En estos meses que llevamos en esta bendita tierra, Ramiro no ha dispuesto del tiempo suficiente para poder acercarnos a Trinidad. Y con esta mujer me une una experiencia única, inolvidable... Además, la conocí en un momento de extrema debilidad, estaba destrozada, llena de moratones y desgarros por la violación que sufrió del señorito Mateo. La muchacha es valiente, no sabes hasta qué punto. En esas condiciones hasta pudo soportar, metida en el agujero infecto de la buhardilla de la posada, las ratas deslizándose por su cuerpo durante la hora que duró el registro de los militares en *El Águila*.

Elvira constató que Julita tenía un potencial interno muy interesante, aunque aparentaba ser una muchacha anodina.

Julita miró a Elvira y descubrió a una mujer distinta, poseía algo oculto por lo que quizás admirarle, pero no le demostró esa sensación.

La colombiana se levantó de la cama donde permanecía acostada desde que Emilio se fue de la casa, para acudir a la boda con la intención de encontrarse nuevamente con él. Aún se hallaba profundamente dolida por su abandono, pero su orgullo herido le pedía venganza y pensó que ésta era una ocasión que ni pintada.

Ella que había sido la dama más bella del valle de los ingenios, ese 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, era un garabato de la mujer que fue. Estaba enjuta, con la piel verdosa, la mirada lánguida y el corazón seco. Sufría jaquecas a causa de sus extravíos, además tenía secuelas derivadas de otros achaques, especialmente, del trastorno alimentario arrastrado desde hacía muchos años.

Marcela, en un acto de rebeldía con ella misma y para llamar la atención, se encerró en sus aposentos desde que la abandonó su esposo entregándose a la vida contemplativa envuelta en una repulsiva suciedad. Solo podían entrar en sus habitaciones su doncella para ayudarla en sus necesidades primarias, y su confesor.

No osó a que franqueara su puerta nadie que no fuera él, don Everardo, cuyas visitas a Marcela las soportaba con resignación cristiana como doble penitencia por sus pecados. El pobre hombre, cada vez que entraba en los aposentos, sacaba su pañuelo del bolsillo y disimuladamente lo apretaba contra su nariz para mitigar el hedor de los vómitos, los orines y las heces de la excelsa dama. Tamañas inmundicias se distribuían entre distintas bacinillas esparcidas por el suelo de las estancias como fragmentos de su alma. Había dado órdenes al servicio para no retirar sus excrementos con los que convivía plácidamente. El sacerdote, durante el tiempo de la confesión, con la fina tela de su pañuelo taponaba los orificios de su nariz procurando eludir la pestilencia y la posterior náusea que sentía, mientras la colombiana le relataba su desgraciado estado de mujer abandonada por su esposo tras haber sido profusamente engañada por él. En esa representación teatral de los pecados, también resaltaba su virtuosidad, sus valores religiosos y su alto grado de sacrificio. No se confesaba jamás de la ponzoña y carencias que jalonaban su alma, de las cuales no era consciente.

Sin embargo, el día de la boda de Elvira y Antonio, Marcela se levantó con otras fuerzas, ordenó que fregaran la alcoba. Parecía haber recobrado su esencia. Pero en su delirio de creerse la mujer más bella de Santiago, no midió la cantidad de afeites, polvos y carmín que extendió sobre su rostro, y este entusiasmo la convirtió de inmediato en un sórdido garrapato vestido con buenas sedas italianas y abundantes adornos de oro. Envuelta en perfumes y de estas guisas, partió para la Parroquia de la Divina Pastora a reencontrarse con su esposo.

Valentina se había quedado en La Santísima Trinidad bajo los cuidados de Muna. Solo se desplazaron hasta la ciudad, Lena y Emilio en la calesa cubierta con la capota y guiada por José, para evitar miradas indiscretas. La comillana se acomodó en la mansión de don Carles Vidal y Balaguer, padre de Elvira. El vasco se hospedó en el *María Cristina,* hotel principal de Santiago con la intención de ir a la naviera para echar un vistazo a los documentos y contratos que habían realizado en su ausencia Antonio y Ramiro.

Aquella mañana, nada más abrir los párpados, Emilio notó que nuevamente algo no funcionaba bien en su cerebro. Al principio le

costó ubicarse, reconocer el aposento donde había pasado la noche, estaba confuso y todo le daba vueltas. Vertió sobre la palangana un poco de agua y mojó su rostro, el contacto con las gotas frías chorreando por su cara lo despejó, y lentamente fue recuperando su identidad y el lugar donde estaba. Miró el reloj depositado sobre la mesita de noche y reaccionó al advertir que quedaba menos de una hora para la ceremonia. Un extraño dolor de cabeza lo perseguía desde hacía algún tiempo, a veces la molestia era tenue y, otras, empeoraba creyendo que le iba a explotar el cráneo en mil pedazos. Hizo un esfuerzo grande para ponerse en marcha. Se aseó y vistió sus ropas de gala, después, cogiendo la chistera, se dispuso para marchar a la iglesia.

José lo esperaba en la puerta del hotel *María Cristina* para trasladarlo a La Divina Pastora. Se acomodó en el asiento sin decir palabra y distraído en sus borrosos pensamientos llegó a la iglesia. Cuando bajó de la calesa, no recordaba ningún detalle del recorrido que recién había transitado, de lo aturdido que había cruzado la ciudad. Lo que menos se esperaba en esos inexplicables instantes era encontrarse con Marcela.

Cuando se topó con la anhelante mirada de su esposa, una ausencia le vació las pupilas y pasó por su lado como si no la conociera. Marcela se quedó aturdida por la reacción del vasco.

Lena estaba en el lugar reservado para ella, al lado de otras amistades de Elvira. Desde su asiento contemplaba bien la puerta de la parroquia. Vio cómo entró Emilio en ella con un gesto ausente perseguido por una mujer excéntrica, raramente embadurnada y vestida con lujosas telas. Sabía que algo extraño le pasaba a Emilio, eran muchas las ausencias y los despistes, por no hablar de los mareos y las jaquecas que sentía cada cierto tiempo.

Emilio se acomodó en cuanto divisó un asiento libre, muy alejado del lugar privilegiado junto a la familia que tenía reservado y del cual tenía conocimiento, pero en ese instante todo en su mente estaba desvaído.

Durante la ceremonia, Lena miraba con cierta preocupación a Emilio, hasta que se dio cuenta que había recobrado el brillo característico en sus ojos, entonces fue cuando se serenó y se pudo centrar con grandes esfuerzos en la magnífica ceremonia que había preparado Elvira para desposarse.

A la conclusión del enlace, Elvira tomó del brazo a Antonio y comenzaron a salir con lentitud, mientras saludaban a sus invitados

marchando hacia la puerta. Antonio olía el suave perfume del agua de albahaca y jazmín en el que se había bañado Elvira antes de vestirse con su traje de novia. Se sentía un hombre enamorado. Lo último que pasó por su imaginación al escuchar el revuelo de faldas y ayes que llegó a sus oídos, fue la escena que contempló cuando miró hacia atrás y se encontró a su amigo tirado en el suelo con la cabeza en el regazo de Marcela. La colombiana se desgañitaba solicitando a los invitados que se apartaran de Emilio para que entrara oxígeno en sus pulmones. El aire espeso del templo por los humos de tantas velas colocadas para la ocasión, asfixiaban más al vasco que se iba poco a poco de esta vida.

—¡Un médico, por Dios! —gritó alguien.

Don Faustino de la Cerda se acercó al remolino donde se encontraba Emilio yaciendo en el suelo con la consciencia perdida.

—Apártense del joven y avisen a su cochero. Lo primero es llevarlo a su casa —dijo el doctor.

—Como digas, Faustino. La casa no está muy lejos —exclamó Marcela viendo un horizonte nuevo.

Lena se había acercado discretamente hasta donde se encontraba Emilio tendido y desmayado. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no dar riendas sueltas a su desolación, para no tirarse al suelo en un intento desesperado de reanimarlo como fuera, despertarlo de ese sopor extraño en el que vagaba envuelto de nubes. La cabeza echada para atrás se incrustaba en el vientre de su esposa, había perdido el color de su cara y su boca abierta, sin control, enseñaba todos los dientes.

Observó aterrada como lo cogían entre cuatro hombres y lo trasladaban hacia su coche, José ayudó a acomodarlo en los asientos traseros y distinguió su rostro demudado cuando le dieron la orden de llevarlo a la mansión.

Lena sintió la mano de Elvira cogerle la suya, la tranquilizó cuando la apretó y la miró fijamente a los ojos proporcionándole fuerzas.

—Querida, espera aquí a que decidamos qué vamos a hacer.

Lena movió la cabeza en un gesto de desesperación.

—Aguanta, que pronto sabremos qué le ha ocurrido.

Julita en medio del maremágnum que se había formado por el desmayo de Emilio, se atrevió a acercarse a Lena. La vio pálida, desencajada por el terrible momento que atravesaba, se contemplaron en silencio, se abrazaron sin llamar la atención.

Acordaron seguir con la celebración. Don Carles Vidal y Balaguer tomó la decisión de continuar con los actos programados desde hacía varias semanas. El banquete no podía esperar y todos marcharon a su morada donde una cuadrilla de esclavos esperaba dispuestos a servir a los invitados las mejores viandas aderezadas en las cocinas de su mansión regadas con vinos españoles llegados desde la patria en las bodegas del *Reina de los Ángeles*

La casa y su exterior habían sido engalanados con guirnaldas de colores, no existía un rincón que no estuviese decorado profusamente con adornos que recordaban el motivo del festejo. Don Carles no pensaba renunciar al capital invertido en la boda de Elvira para agasajar a sus invitados, entre los cuales estaba la flor y nata santiaguera. El catalán había dispuesto aquel convite para cerrar negocios con indianos, hacendados y millonarios ofreciéndoles, entre trago y trago y entre exquisitos platos, el servicio de su banco que funcionaba, según él, con gran efectividad y que recientemente había abierto sus puertas en Santiago de Cuba con la intención de que fueran expandiéndose oficinas filiales por todo el Caribe.

Emilio Abarruza a don Carles Vidal y Balaguer le importaba un bledo, le traía al pario que se hubiera desmayado al finalizar la ceremonia. Bastante había entorpecido ya las nupcias de su hija para otorgarle un minuto más de atención. Eso sí, al día siguiente iría a visitarlo a su casa, pues no olvidaba que era hombre rico y su capital había aumentado muchísimo desde que el bueno de don Roque le dejara en herencia unos buenos pesos y la hacienda más productiva del valle de los ingenios: La Santísima Trinidad. No perdía de vista a Emilio como cliente principal, dueño de La Compañía Fluvial Santiaguera. El catalán no pasaba por alto el capital que atesoraba Emilio y pensando en esa fortuna hizo un mohín de satisfacción imaginando ese dinero guardado en la caja fuerte del Banco Central Cubano, recientemente creado por él, y que se sostenía a duras penas. Sin embargo, en la entidad bancaria que había creado en Veracruz, los dividendos eran positivos y marchaba viento en popa principalmente por la construcción del ferrocarril que unía a La Ciudad de México con Veracruz y porque en la sociedad financiera de México circulaban monedas adecuadas. A su pesar, en Cuba existía una constante escasez de monedas, solamente a mediados del siglo anterior hubo una moneda apropiada, la llamada macuquina. Esta escasez provocó la

formación de una esfera de la circulación que no realizaban cambios a través del pago de precios monetarios, sino directamente a través del intercambio de productos. Por eso, don Carles estaba preocupado e intensificando sus contactos y provocando encuentros que favorecieran los canjes económicos a través del dinero y ese dinero que él necesitaba en su banco estaba en manos de los acomodados hacendados y los nuevos indianos.

La casa de Antonio y Elvira daba al mirador pintado de blanco que dominaba la bahía de Santiago. Antonio se la compró a don Salvador Granero Barragán, indiano de origen extremeño que volvió a Don Benito, su pueblo natal, con los bolsillos llenos. La adquirió por un precio menor al valor real de la vivienda. La casa, de estilo colonial, estaba construida con buenos cimientos y sus puertas y ventanas estaban enmarcadas con maderas de caoba de la mejor calidad. La decoración elegante y refinada se completó con varios muebles que poseía Antonio desde hacía algún tiempo y una biblioteca de la que se encargó Elvira durante los tres meses anteriores a su boda.

Elvira, Antonio y Lena franquearon el umbral de la puerta de la mansión con los rostros descompuestos. La tez de Lena se había tornado blanquecina, descolorida, llevaba los ojos empañados por la tristeza que la embargaba desde que vio a Emilio tumbado sobre el suelo del templo.

—Querida, te quedarás aquí todo el tiempo que haga falta. Daré orden a la criada para que te prepare tu aposento. Ya sabes que Antonio y yo partiremos para Barcelona en una semana. Es un viaje que habíamos planeado para celebrar nuestro casamiento, pero para entonces ya sabremos qué le ha ocurrido a Emilio. Es más, Antonio ha dado orden al cochero para que lo lleve mañana a primera hora a la casa de Marcela y averiguar cómo se encuentra nuestro querido amigo. Ahora es tarde y solo nos queda descansar lo que podamos esta noche.

—Hoy no tengo más remedio que quedarme en vuestra casa, Elvira. Emprender el camino hacia la hacienda me parece una locura sabiendo que dejo aquí a Emilio tan enfermo.

Lena no pudo terminar la frase porque las palabras se negaron a salir de su boca. Ocultó su cara entre las manos presa de una crisis nerviosa.

—¡Dios mío!, Elvira. No podré estar mucho tiempo sin saber de él. ¡No sé qué hacer!

—Calma mujer, hoy no puedes hacer nada. Es noche cerrada, mañana intentaremos averiguar sobre Emilio y saber si hay posibilidad de sacarlo de la casa de Marcela y trasladarlo a Trinidad.

Lena nuevamente sintió que su vida se convertía en un infierno, en un espacio oscuro sin salida que no le era ajeno. Esas sensaciones las conocía demasiado bien, desde que cumplió trece años y comenzó su calvario en casa de doña Pina. Y pensó que aún continuaba siendo una criada, una infeliz que lo único que tenía era una entidad falsa en un país desconocido. ¿Cómo podía haber llegado a ilusionarse con una vida nueva en un mundo nuevo? Con aquellos pensamientos la condujeron a su alcoba. Cuando se adentró en él se despidió de Elvira y Antonio, se tumbó sobre la cama ahogada con una opresión que atenazaba su pecho y comenzó un llanto largo sin consuelo.

Antonio, desde que entró en su casa, se encontraba taciturno. Hacía ya algún tiempo que fumaba tabaco en su pipa, la encendió y tras succionarla varias veces, exhaló el humo que le proporcionó un hálito de quietud. La biblioteca estaba en penumbra, aún olía la madera recién instalada formando una extensa hilera de estantes. Aspiró el aire que sabía a nuevo y se sentó en una butaca preso de una congoja inusual. Pensó en su amigo, aquel zagal flaco y avispado que conoció en Cádiz esperando el turno para subir la escalera que los conducía al *Reina de los Ángeles*. Se le nublaron los ojos con esos recuerdos e intentó acallar aquello que lo corroía por dentro; la acusación que se hacía él mismo desde que vio a Emilio tendido en el suelo de la iglesia. Superó una arcada entre tos y tos, se irguió y buscó el aire que le faltaba. Abrió la ventana y escuchó el murmullo del agua y contempló la oscuridad que se extendía sobre la bahía de Santiago. Solo rompía el paisaje una luz lejana de candela que garantizaba a los mercantes que estaban en tierra.

En su cabeza solo existían los ojos de su amigo cuando cogió el legajo de su mesa y leyó detenidamente la transacción económica que había firmado hacía más de dos meses, desde que llegó Ramiro y ambos se hicieron cargo de la naviera. Emilio no podía entender que a sus espaldas Antonio negociara tal barbarie. El comillano con

su hermano habían establecido varias líneas de navegación para transportar esclavos de distintos países africanos hasta América con el fin de traficar posteriormente con ellos. La mayoría de los hacendados de Cuba y de muchos puntos de la geografía sudamericana ya habían contactado con La Compañía Fluvial Santiaguera para solicitar sus servicios.

Antonio, mirando la oscuridad que habitaba en la calle, recordaba la cara de repugnancia de su amigo cuando constató lo que sus ojos asombrados averiguaron. No se podía arrancar de la cabeza aquel gesto de decepción, de amargura, de asco. Recordó también cómo se fue silenciosamente hacia su despacho, parecía fulminado por un rayo y se sentó en su escritorio un poco mareado. Él lo siguió y contempló a través de la vidriera su cara pálida reflejando el disgusto. Cuando Emilio alzó la mirada intuyendo su presencia, lo vio y le hizo una seña con la mano para que entrara en la oficina. Antonio supo inmediatamente que algo terrible le estaba pasando, que aún no había digerido la noticia.

—Siéntate Antonio, debemos hablar de lo que acabo de averiguar.

—Te lo puedo explicar todo, pero debes confiar en mí, amigo.

—Eso intento, pero el contrato que acabo de leer no da lugar a dudas.

—Es un gran negocio con el que vamos a ganar una fortuna. Es una oportunidad que no podía dejar pasar, Emilio.

—Por qué no me consultaste antes de estampar tu firma unilateralmente representando a nuestra empresa. Claramente me siento ninguneado, creo que has utilizado mi ausencia para entablar relaciones con un comercio al que yo me habría negado terminantemente. Mejor que tú, no me conoce nadie y sabes la repugnancia que siento ante este tráfico indecente.

—No pude hacerlo, Emilio. Estabas en La Santísima Trinidad con Lena arreglando tu vida. Y ante los negocios hay que ser prácticos y no dejar pasar la oportunidad. Si te sirve de consuelo, si nosotros no realizáramos este transporte, serían otros los que lo harían. Además, nos hemos convertido en la naviera con más carga de trabajo, somos la mejor compañía fluvial de todo el Caribe y la costa occidental de Estados Unidos. ¿Qué me dices a eso?

—No entiendes nada, ¿verdad?

—¡Por todos los santos del cielo! ¡Qué he de entender! ¡Es un comercio totalmente legal!

—¡Que son seres humanos! ¡Comprendes, Antonio! ¡Que son seres humanos como tú y como yo! He trabajado de sol a sol junto a estos hombres y mujeres cuando llegué a La Santísima Trinidad y solo ejecutaban los trabajos más ingratos sembrando la tierra, limpiando las cuadras, cargando sacos de caña en los carros, para después trasportarlos al ingenio… He olido sus sudores, tocado sus pieles oscuras, sé qué piensan, sé lo que sienten y sé que no tenemos ese derecho.

—Como siempre te puede el corazón, amigo. Y eso para los negocios no es bueno. Ya te lo he dicho muchas veces… Emilio, estoy un poco cansado de tus blandenguerías.

—Ya… de mis blandenguerías… Pues dime ahora que para ti esto es también un tráfico repugnante. Dime que vamos a rescindir todos los contratos alegando cualquier motivo. ¡Me cago en diez, dímelo, por favor!

Antonio embutió la barbilla sobre su pecho y negó con la cabeza mientras mantenía con obstinación su postura; pensaba que era una transacción legal permitida por las autoridades y no creía oportuno invalidar ninguno de los contratos. Sabía que el dinero que ganarían con el transporte de esclavos equivaldría a tantos pesos, que ni siquiera por Emilio doblegaría su decisión.

—Antonio, piénsalo bien. Estos tratos que has puesto en marcha junto a tu hermano, sin consultar primero conmigo, pueden acabar con nuestra amistad de tantos años. Piensa que estas pobres personas que tú pretendes trasladar desde sus tierras de origen hasta Cuba o a otros puntos de Sudamérica, las que consiguen sobrevivir esa larga travesía metidas en bodegas, hacinadas y engrilladas, acaban siendo vendidas en plazas públicas de cualquier ciudad como si fueran ganado.

—La vida es injusta y hay que vivir con ello, Emilio. ¡Cuándo te vas a enterar que no podemos cambiar las cosas porque sí! Debes poner los pies sobre la tierra y bajar de las alturas en donde siempre has estado.

Le dolieron esas palabras al vasco. Por vez primera veía la verdadera faz de su amigo.

—No pretendo cambiar nada que no me corresponda, pero lo que a mí respecta, no pienso traicionarme a mí mismo ni a mis convicciones porque me ha costado mucho lograrlas.

Vio como un tic nervioso se apoderó de sus ojos, después los dejó en blanco y por último Emilio convulsionó perdiendo el

sentido.

Lo acompañó al hotel en cuanto recobró la consciencia. Únicamente cuando Emilio le prometió que se encontraba restablecido y que podía pasar la noche solo en la habitación del *María Cristina,* se marchó a su casa.

Mirando sin ver la oscuridad de la noche, el comillano desde su flamante biblioteca descubrió cómo cruzaba una lágrima por su mejilla que hasta a él mismo le sorprendió.

—¿Te ocurre algo, mi amor? —escuchó a su esposa mientras él se limpiaba las lágrimas.

—Sí, que soy el hombre más feliz del mundo —le respondió poniéndose de pie a la vez que la cogía por la cintura.

—Me alegro, porque pienso demostrarte esta noche todo lo que te amo.

—Estoy deseando, mi vida.

—Estás preocupado por Emilio, ¿verdad?

—No, que va. Solo estoy cansado después de todo el día de jarana.

Elvira supo que le mentía. Por alguna razón él no quería hablar de su amigo y ella no quiso ahondar en esa extraña actitud. Siguiendo un impulso amoroso cruzó sus manos en su cuello, acerco su rostro al suyo y se fundieron en un largo beso. Un beso que los cautivó y provocó un incendio enorme dentro de ellos que los llevó hasta la cama. Pero Antonio estaba exhausto, mate y grisáceo, tenía los ojos hinchados y todo en él estaba arrugado. En cambio, Elvira, con la avidez de mujer recién casada, intentó despojarlo del evidente cansancio y se entregó en cuerpo y alma a su amado sin lograrlo. Cuando acudió al lecho después de quitarse el traje de novia, el refajo, el corsé, las enaguas y las medias para colocarse el camisón de seda y encajes que le habían confeccionado para la ocasión, se encontró con un hombre sumido en un profundo sueño. Ante esa imagen, solo pudo sentir una mezcla de decepción y ternura. Le quitó los zapatos y, suavemente para no despertarlo, se acostó a su lado pensando en el futuro, en las madrugadas que tendrían aún para gozar. Nada tuvo que ver su noche de boda con los largos poemas de amor que había plasmado en sus cuartillas fantaseando con su primer encuentro sexual.

37

Santiago de Cuba, 17 de julio de 1842

Faltaban diez minutos para que el reloj de la Divina Pastora entonara las nueve de la mañana. Antonio salió de su casa con pasos firmes, tal rabia impulsaba sus pies que resonaban fuertemente en el empedrado provocando las miradas de los viandantes. Se introdujo en la calesa mostrando sus movimientos nerviosos e inmediatamente el cochero inició la marcha hacia la mansión de Marcela.

Durante el recorrido iba serio, pensando, que después de todo, aquello no era tan trascendente. Le había dado, quizás, demasiada importancia a la discusión que mantuvo con su amigo en el despacho cuando supo del maldito negocio. Lo he mitificado, se dijo y esbozó una sonrisa fría. ¿Y por qué le importaba tanto su decepción, su opinión, por qué constituía a Emilio juez de sus actos? Se acordó de su madre y pensó que también lo juzgaría, le diría que deshonraba a su padre y a sus creencias cristianas traficando con seres humanos. Y él se repetía una y otra vez que el mundo de los negocios era como era y los sentimentalismos sobraban. Pero su inconsciente realizaba otra labor, le creaba dudas, unas dudas que comenzaron desde que Emilio le refirió que esto acabaría con la amistad de tantos años. Esas palabras pronunciadas por su único amigo le escocían en lo más profundo de

su ser; esa era la cuestión. Emilio era tan importante para él, que no se imaginaba su vida sin el vasco.

La criada le recogió la chistera y le dijo que no podía entrar a las alcobas, que aguardara en la sala.

—Señor, lo siento. Son órdenes de doña Marcela.

—¡Y un cuerno!

El comillano haciendo caso omiso a la criada subió por las escaleras hasta el dormitorio de la colombiana donde se hallaba Emilio acostado. Los aposentos eran grandes, de techos altísimos. Constaba de dos estancias, en la primera había un tresillo tapizado de damasco, una consola grande en un rincón repleta de tallas de santos, un escritorio con escribanía de porcelana y un reloj de cuco colgado sobre una pared. El dormitorio lo presidía una gigantesca cama con dosel donde Marcela atesoraba a Emilio y en sus flancos dos mesitas de noche con tapas de mármol que, en una de sus aristas, Valentina estampó la sien derecha.

Marcela no entendía la presencia de Antonio en sus aposentos, se levantó de la butaca envuelta en una bata de raso con estampados chinescos y el resto de los colorines de los afeites aún pegados en su rostro. Parecía que había velado a su esposo toda la noche. Emilio, confundido, hacía ademanes con las manos y la cara. Don Faustino, el médico, intentaba explorarle el interior de los ojos que permanecían demasiado abiertos, fuera de sus órbitas.

—¡Antonio! —gritó la colombiana inmersa en una crisis de pánico— Pero ¿qué haces tú aquí?

Antonio no contestó y se quedó mirando a su amigo mientras el doctor acababa su reconocimiento.

—¡Antonio! ¡Contesta! ¡A qué has venido!

Antonio siguió en silencio hasta que el doctor terminó el reconocimiento con el rictus serio del que va a dar una mala noticia:

—Querida Marcela, mi ciencia es limitada, no puedo dar un diagnóstico definitivo. Habría que consultar a otros doctores y especialistas que en Santiago escasean. Habría que hacerle a Emilio unas pruebas en un sanatorio adecuado. Pero me temo lo peor.

Don Faustino miró a Antonio porque no se atrevió a pronunciar las palabras malditas fijando la vista en los ojos de la señora. El comillano nunca había visto a una persona de tal envergadura intelectual que mirara como si estuviera a punto de decir una desgracia enorme o un secreto gravísimo.

—Es difícil dictaminar, pero creo que tiene un tumor cerebral. Emito esta valoración con las reservas que hay que tener ante estos casos. Pero mi experiencia avala mis palabras y me temo que no estoy equivocado. ¡Ojalá fuera así!

Marcela apretó sus manos y comenzó a chillar histéricamente: ¡Pelado! ¡Pelado! ¡Mi pobre niño! Se movía con aspavientos que marcaban su delirio, recorría la estancia a grandes zancadas, parecía una demente correteando sin parar por aquel cuarto. De pronto cayó al suelo e inició una serie de golpes. La fuerza con la que impulsaba la cabeza hacia atrás para lanzarla contra las losas dejó al comillano y al doctor paralizados, no sabían de dónde podía brotar tanta pujanza, si estaba enflaquecida como un esqueleto. En los pocos segundos que duró tal desvarío se provocó heridas y magulladuras, hasta que pudieron controlarla y la levantaron del suelo. Entre el doctor y Antonio la sujetaron por la cintura y consiguieron sentarla en el sofá de damasco de la estancia contigua con la frente ensangrentada y la mirada perdida. Don Faustino se quedó con ella intentando serenarla, le dio un par de cachetes que la hizo reaccionar y rompió en un llanto sonoro.

Antonio se dirigió nuevamente al dormitorio, se acuclilló delante de la cama y miró a Emilio que también lo miraba con las lágrimas asomadas a sus ojos.

—¿Lo has escuchado, vasco?

—Sí.

Antonio hundió la barbilla contra su pecho para que no lo viera llorar, entonces notó su mano en la suya.

—Sácame de aquí, Antonio, quiero volver a mi casa, a Trinidad. ¿Dónde está Lena?

—Lena está con nosotros, por ella no te preocupes. ¿Te puedes levantar de la cama?

—Con tu ayuda, sí. Antonio, atiende a lo que te voy a decir que es importante. Si mientras me visto pierdo el conocimiento, ya sabes que es lo que deseo: salir de esta casa.

—Por mis santos cojones que tú no pasas ni un solo minuto más aquí. ¡Así que arreando!

Hundió sus manos grandes en las axilas de su amigo para incorporarlo, después, unió sus piernas y las giro hasta dejarlas fuera del lecho, consiguiendo por fin sentar a Emilio sobre el colchón. Miró a su amigo y se congratuló al comprobar que sonreía ayudando a que lo levantara. Comenzó a vestirlo con sus ropas que

aún estaban sobre el respaldo de la butaca. Cuando le cruzó la camisa para abotonársela, se dio cuenta de que Emilio estaba nuevamente confundido y su mirada perdida lo decía todo, finalizó de calzarlo con algunas gotas de sudor perlando su frente y sin pensarlo, lo levantó, lo cargó como un fardo sobre su hombro derecho y se encaminó hacia la puerta.

Don Faustino lo miró asombrado y cuando reaccionó dijo:

—¿Dónde cree usted que va con su amigo a cuestas, señor mío? Este hombre no está para estar moviéndolo como si fuera un saco de harina. Devuélvalo a su cama, y si insiste en llevárselo, me veré obligado a llamar a la guardia.

Marcela que andaba entre gritos histéricos, al reparar en Antonio portando a Emilio, reaccionó y cuerda como nunca se enfrentó a Antonio.

—¡Deja a mi esposo en mi cama, estúpido! ¡Faustino, por Dios Bendito, no te quedes con las manos cruzadas y llama a la guardia, rápido, que me lo quiere arrebatar!

Marcela se puso delante del hueco de la puerta con los brazos extendidos impidiendo el paso del comillano.

—¡Esta es su casa, es su lugar, maldito muerto de hambre, porque Emilio es mío, mío, es mío! ¡No saldrás de esta casa con él! ¡Lo harás por encima de mi cadáver!

Antonio sacó una bravura nueva y toda esa frialdad que lo caracterizaba desde que era un zagal. Alzó el mentón, entornó levemente los párpados mirando fijamente a la colombiana para decirle muy despacio.

—Doña Marcela, señora, ama… Usted ya no es nada para él —Antonio le habló en tono sarcástico, como si fuera aún el zagal de catorce años que irrumpió en La Santísima Trinidad—. Es más, no está usted en disposición de reclamar absolutamente nada después del accidente de Valentina, su preciosa hija que aún arrastra secuelas tras el golpe contra esa mesilla de noche. ¿Me entiende querida ama?

El doctor se envaró sabiendo que algo se le escapaba de todo cuanto acontecía en aquella estancia. Pensó que estaba siendo testigo de algún hecho que él desconocía. Sobre todo, cuando vio a Marcela apartándose del hueco de la puerta, que segundos antes defendía con la misma vida, y dejó pasar a Antonio con Emilio sobre su hombro derecho. Don Faustino supuso, entre una maraña de pensamientos encontrados, que un turbio asunto se encubría en

su presencia. Viendo la escena, tampoco impidió que se llevara Antonio al esposo de aquella loca. A todas luces, ella había aceptado, a pesar de sus indecorosos llantos, que sacaran a Emilio de su casa.

—Qué te pasó Marcela, ¿por qué has consentido tal atropello?

—¡Por dignidad y orgullo, querido amigo! Soy una gran señora y no pienso rebajarme ante semejante pordiosero con súplicas. —giró sobre sí misma y desapareció de la estancia dejando un tufillo acre y a don Faustino sin saber qué pensar.

Antonio descendió las escaleras hasta llegar al gran recibidor de la mansión y se dirigió a la salida ante las perplejas miradas de los criados que andaban por allí. La esclava que le había recibido hacía escasos minutos, le abrió la puerta con evidente respeto y una medio sonrisa cómplice que borró de su cara cuando se dio la vuelta para adentrarse nuevamente en la casa y proseguir con sus tareas domésticas.

Cuando María Auxiliadora, la doncella de Elvira, le comunicó que don Emilio estaba en la casa, Lena dejó el bastidor con el trozo de tela bordado que le procuró Elvira para sosegar su ánimo y salió corriendo de la alcoba.

—Se encuentra en el salón señora —le indicó la negra.

—Gracias, Auxi.

Cuando Lena llegó al salón, se asomó por la puerta y lo vio con la cabeza hundida entre los hombros, los brazos muy quietos pegados al cuerpo y soportando un dolor impreciso que le contraía la cara con una mueca antigua. ¿Desde cuándo había vislumbrado esa expresión de padecimiento en su cara? Hacía ya unos meses, casi desde el mismo instante que se mudaron a La Santísima Trinidad para comenzar a vivir juntos. Recordaba Lena que Emilio ya padecía jaquecas y convulsiones que se habían ido reflejando progresivamente en su rostro.

—¡Emilio, Emilio, mi amor!, ¿cómo estás?

Lena se acercó apresuradamente temblando y se sentó a su lado para comprobar que Emilio estaba en blanco.

—Ahora está ausente. Pero se recuperará dentro de unos minutos —le dijo Antonio mirando a su esposa.

—Pero ¿qué le pasa a Emilio, has averiguado algo?

—Sí Lena. Algo sé.

—¡Pues habla, hombre de Dios, que me tienes en ascuas!

—Pues… No es fácil para mí tener que darte esta noticia, pero el

doctor que lo ha reconocido en mi presencia, cree que padece un tumor cerebral.

Lena cerró los ojos un momento, volvió a abrirlos y le miró fijamente sobrecogida por el escopetazo que acababa de recibir.

—¡Cómo que cree!

—No está seguro. Ni lo sabrán nunca fehacientemente. Únicamente ha diagnosticado la enfermedad por los síntomas que presenta Emilio. No obstante, el doctor ha hablado de realizarle pruebas médicas en un sanatorio que no existe en Santiago, ni creo que en Cuba.

A Lena le temblaba todo, desde las manos hasta la cara, y desde las rodillas hasta el pecho. Las piernas apenas las podía sostener porque se movían solas sin control alguno.

En este instante aparecieron los padres de Elvira en el salón para comprobar la felicidad de su venerada hija. Sin embargo, lo último que esperaban encontrase es con lo que se hallaron; un ambiente constreñido e impregnado de tristezas.

—¡Por Dios Bendito! ¿Qué pasa en esta santa casa? —gritó don Carles sin percibir bien la situación.

—¡Padre! —exclamó Elvira al percatarse que en su salón había dos habitantes más.

—¡Hija mía!, parece que hayas visto pasar un ángel. Te has quedado pasmada al vernos —se quejó la madre del recibimiento de su hija.

—No, madre, no. Es que como verá usted, tenemos a Emilio muy enfermo

—¿Qué? ¿Qué tiene? —preguntó la madre

—Algo muy grave, madre.

—¿Y qué hace aquí Emilio? ¿No debería estar en su casa con su esposa? —preguntó don Carles barruntando la situación.

—Verá padre…

—Don Carles —dijo Emilio repuesto del vahído—, estoy en la casa de su hija porque aquí está la mujer que considero mi esposa y con la que convivo hace apenas dos meses en Trinidad. Como podrán observar usted y su esposa, estoy muy enfermo y la ciencia no puede hacer nada por mí. Ahora que comenzaba a vivir, un tumor en mi cabeza me va a matar —acabó la frase agotado y con un poso de amargura grande.

—¡Calle, calle, por lo que usted más quiera! Seguro que hay algo que se pueda hacer —le respondió don Carles confundido y

dudando si apiadarse del hombre agónico que tenía delante o enfadarse por su vida inmoderada, apartada de lo que ordenaba la Santa Madre Iglesia.

—No creo, señor —respondió Emilio abatido.

Quedaron en silencio en el interior de aquel salón enorme, solo se veían miradas vagar por el aire, excepto la de Lena que se enganchó a la de Emilio con las lágrimas tintineando en sus ojos. Le cogió el rostro y lo acercó para besarle los labios perdiendo el pudor, el miedo, todo la que la había amarrado durante su vida y lo abrazó fuerte intentando apaciguar la desolación que ambos sentían.

Antonio cogió el mando de la situación sin perder detalle de los gestos de cariño de Lena hacia Emilio y comenzó a explicar a su suegro la valoración de don Faustino sobre el tumor cerebral que padecía Emilio.

—Don Faustino está convencido de que no hay solución para la enfermedad de mi amigo, don Carles. Al menos, en Cuba no. De todas formas, esta tarde me acercaré a la calle Varga, a la sede de la Federación Médica de Cuba para averiguar más sobre el tema. A ver si encuentro algún experto que me pueda arrojar un poco de más luz sobre esta dolencia.

En el corazón de don Carles se obró un milagro porque se compadeció de Emilio y de Lena, esa mujer que se estaba convirtiendo en un misterio.

—Pues, me atrevo a decir… —comenzó a hablar don Carles tocándose la barba y pensando en voz alta—, que igual este pobre hombre tiene una oportunidad de sanar. Quizás yo conozca a un cirujano que le pueda ayudar.

—¡Ave María Purísima! —exclamó la esposa de don Carles—. Qué va a pensar Marcela, si ayudamos a su esposo que la ha abandonado…

—¡Mujer! ¡Lo que piense o diga esa chiflada me importa un rábano!

—¡Por Dios, padre, hable ya!

—Templanza hija, que tengo que situarme y en cuanto haga un poco de memoria os refiero lo que sé de este hombre sabio. Veréis, se llama don Arturo Recio Abal y es cirujano en Veracruz, de su nombre me acuerdo porque lo atendí en mi despacho. Lo conocí hará tres meses cuando se acercó a nuestra entidad bancaria para comprar unas acciones del ferrocarril e ingresar buenos cuartos en

nuestras cajas fuertes. Puedo asegurar que es un hombre muy rico. También sé, que es un médico de gran notoriedad, con fama de buen especialista en trepanar cabezas para extirpar tumores. Creo que es el único doctor en toda Latinoamérica que realiza esta clase de cirugía. Según me contaron, abre los cráneos como nosotros podemos destapar una calabaza.

—¡Padre, por misericordia! No siga usted explicando…

—No, no, por favor, siga hablando, señor… —murmuró Emilio vislumbrando una oportunidad para que le arrancara de los sesos aquello que lo estaba matando.

Precisamente la próxima semana parto junto a mi esposa para Veracruz. Aprovechando mi visita, podría informarme de las virtudes médicas de don Arturo y a mi vuelta…

—Señor, desgraciadamente no tengo tanto tiempo…

—Eso es cierto —dijo Antonio.

—Padre, se me ocurre que Lena y Emilio les acompañen a México para entablar una primera cita con ese doctor. Verdaderamente es apremiante…

—¡No lo permitiré! ¡Hay que guardar la decencia, Carles! —bramó la madre de Elvira.

—¡Bah, bah! Eso ya se arreglaría de alguna forma, querida.

—¡Qué atolondramiento! —volvió a bramar la señora.

—Mujer no te alteres, únicamente vamos a intentar salvar la vida a un moribundo. ¡Eso es un acto cristiano!

—Yo no creo que eso sea un acto cristiano. Además, respeto mucho a la pobre Marcela.

—¡Y quién es Marcela para que le tengamos tanto respeto!

—Por Dios, señores. Lo menos que deseo es que disputen por mi causa. Sabiendo que en Veracruz vive ese doctor tan entendido en enfermedades cerebrales, iremos por nuestra cuenta, ¿verdad querida? – el vasco acabó la frase mirando a Lena en medio de un vahído que le sustrajo la consciencia por unos minutos.

—¡Emilio, Emilio! —exclamó Lena afligida por el desmayo de Emilio.

Bajó la voz y no pudo hablar más. Tuvo miedo del futuro al que se enfrentaba Emilio, a la muerte segura si no intentaba este último remedio. Tenía mucho miedo. Recogió la cabeza de su amado en su hombro y acarició sus cabellos, después acarició su rostro mientras brotaban lágrimas de sus ojos. Los suaves movimientos de Lena los iban siguiendo los presentes con nudos en sus gargantas, hasta que

despertó nuevamente Emilio.

—Lena, Lena —dijo quedo, muy quedo saliendo del fugaz desvanecimiento.

—Aquí estoy, cielo mío.

—Casi no te veo. He perdido la vista… ¡Dios santo! ¡Qué me ocurre!

—Tranquilízate, Emilio —dijo Antonio—. Seguramente necesitas descanso. Ahora debes acostarte.

—Desde luego, ya tienes la alcoba preparada —anunció Elvira con una sonrisa.

—Vamos mi amor, te acompaño al aposento.

—Te ayudo, Magdalena. A este hombretón no lo puedes cargar tú. Aviso a Zacarías para que nos eche una mano. Entre los dos lo subimos a la alcoba.

—Gracias Antonio.

Entre el esclavo Zacarías y Antonio cargaron a Emilio. Pasaron sus brazos por encima de sus hombros. Arrastrado y sin ver apenas lo llevaron hasta el aposento. Lena iba detrás de ellos con pasos lentos, derrotados, aguantando el llanto.

—¿Y ahora, qué? —le preguntó don Carles a su señora.

La mujer sintió un pellizco de remordimiento y se quedó inmóvil mirando al suelo durante un rato.

—Está bien. Que vengan con nosotros a Veracruz —susurró dudando de su decisión.

—Gracias, madre. Le aseguro que Emilio es una gran persona y Lena una mujer íntegra, seria y terriblemente golpeada por la vida. Yo los tengo a ambos en gran estima.

—Ya lo veo, hija mía, por eso movemos ficha —dijo don Carles con una expresión desconocida en su rostro.

Cuando las sombras del anochecer ya habían caído sobre Santiago, Elvira hizo la última visita a Lena para saber de Emilio.

—Cómo está este hombre, querida.

—Gracias a Dios ahora descansa, pero ha tenido unos momentos muy tensos. Creo que cada minuto que pasa empeora. No ve casi nada y los dolores son tremendos. Elvira, estoy aterrada. Tengo mucho miedo por él.

—Lamento que Emilio esté así. Pero ya me he encargado de que embarquéis la próxima semana con mis padres en *Nuestra Señora del*

Pilar, el barco que os llevará hasta Veracruz. Son tres días de viaje. Mi padre ha decidido adquirir, mañana mismo, vuestros pasajes.

—Gracias querida amiga, sé que ha sido un esfuerzo para ellos. A la postre, nosotros vivimos amancebados y esta situación molesta a las personas cristianas.

—Te puedo decir que yo no me siento molesta por eso… Pero debes entender a mi pobre madre, ella no tiene otras referencias para juzgar que las que le dan en la. parroquia.

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente…

Lena comenzó a llorar porque se moría de miedo. Todo había salido mal. Elvira la abrazó sabiendo la congoja que embargaba su corazón.

—He perdido a todas las personas que amo, Elvira, incluso a mi hijo. Todos se hallan muy lejos, nos separa un mar inmenso y quizás nunca los vuelva a ver. Mi único amparo es él, y mira cómo está. Tengo mucho miedo a quedarme sin Emilio. Quizás parezca una mujer egoísta que solo pienso en mí…

—Lo entiendo, Magdalena, es natural que te asalten esas tribulaciones.

—Pero no es así, porque cada vez que lo observo se me parte el alma al ver cómo se encuentra de deteriorado... En él, hasta hace bien poco, todo era vigor, arrojo, fuerza… y ahora se ha convertido en una sombra de lo que fue... Únicamente padece dolores insufribles y constantes desmayos… Su futuro es muy negro, Elvira. ¡Pobre Emilio, qué fatalidad!

—Anímate un poco e intenta superar este momento de desesperación. Descansa todo lo que te permita Emilio, mañana verás las cosas de otra manera.

—Eso espero, querida. Buenas noches y muchas gracias por vuestra bondad.

—Buenas noches, Magdalena.

Lena cerró lentamente la puerta y se sentó en la butaca situada al lado del lecho donde yacía Emilio inmerso en un profundo sueño. Cerró los ojos con la intención de relajarse y disipar los pensamientos recurrentes que acudían a su mente. Y de repente, olió la dulce fragancia de sus sueños, el aroma de su madre y su voz pura, clara que le decía: “Mira allá arriba, hija de mi corazón, ¿ves esas preciosas estrellas? Ellas te guiarán por este camino por el que debes avanzar ahora”. Todo se le reveló en un momento como si acabara de recibir un tremendo golpe y su vida hubiera sido

iluminada por toda una constelación. La visitaron Teresuca y sus amigos con hermosos ropajes y reparó en las sonoras risas de Lucas que se acercaba a ella igual que lo hacía en la casona de los Mendoza cuando era muy rapaz y su inocencia permanecía aún intacta. En el mismo instante que iba a ver a su ángel para rodearlo entre sus brazos, Lena se despertó súbitamente con el corazón golpeando su pecho y escuchó el silencio que la rodeaba. Descubrió la ventana abierta de par en par, se levantó para cerrarla y se quedó contemplando aquel vacío negro que se abría ante sus ojos con el recuerdo de Lucas en su cabeza y un hondo temor por si algún día olvidaba su rostro. Escudriñó aquella negrura con el alma rota de nostalgia, de rabia, de desaliento. No obstante, ella sabía que, a pesar de la espesa opacidad, más allá del espacio que alcanzaban sus ojos discurrían las oscuras y silenciosas aguas de la bahía de Santiago.

Elvira dirigió sus pasos a los aposentos que compartía con Antonio, entró y encontró a su esposo sentado en la cama con los ojos clavados en el suelo. Se adentró despacio para sentarse a su lado y dejó su cabeza posando sobre el hombro de él. Antonio se volvió hacia ella con las mejillas húmedas, el estado de Emilio lo dejaba inmerso en una tristeza devastadora. En ese momento al comillano le hubiera gustado contarle la verdad, sus cuitas, el miedo a perder a su amigo. Le diría que había emprendido un negocio en el cual se traficaba con hombres, mujeres y niños africanos y que para Emilio él era un hombre despreciable, que su trabajo era muy duro, que le exigía hacer cosas feas, complicadas, difíciles de entender.

—Abrázame, Elvira. Necesito sentir tu calor.

—Querido, te amo tanto.

Elvira abrigó a su esposo entre sus brazos y éste se apretó contra su pecho como un niño desamparado. De repente, se apartaron y se miraron con las pupilas brillantes.

Entonces Antonio se dejó llevar por primera vez en mucho tiempo. La abrazó, la besó, y le metió la mano por debajo de las enaguas, le dijo que solo la quería a ella y se dio cuenta que era verdad. Aquella noche, el comillano hubiera dado cualquier cosa por ser otro, pero su naturaleza le impedía esa delicadeza que requería esa primera vez. El milagro no se produjo y tras unos segundos de indecisión, le sacó los pololos, le subió las enaguas y le

abrió las piernas, se ancló entre ellas y empezó a mover sus caderas a una velocidad acelerada, mecánica, mientras intentaba ahogar el jadeo que estallaba en su garganta. Él cerró los ojos por no ver la cara de desencanto de Elvira tan distinta de la expresión de los rostros de las mujeres emocionadas, pero se conmovió al entreverla con una sonrisa digna que encerraba toda la decepción que un ser humano puede albergar dentro de sí.

38

Ciudad de Veracruz, México, 28 de julio de 1842

Durante el viaje, Emilio tuvo horribles pesadillas que al despertar no se disipaban. No encontraba alivio ni dormido ni despierto. Cuando amaneció el tercer día, llegó a la conclusión de que donde estuviera subido había dejado de moverse. Abrió los ojos con cierta dificultad y sintió un inesperado peso en los párpados, los cerró nuevamente. Otra vez intentó la misma operación, le pareció que aguantaba mejor la escasa claridad del compartimiento. Miró a su derecha y constató que el ojo de buey permanecía cerrado sin dejar entrar claridad. Solo un pequeño resquicio de luz solar se colaba a través de una rendija. No sabía dónde se hallaba. Nada era cotidiano. Al volver la cabeza a su posición inicial, reparó en una mujer moviéndose de un lado a otro, buscando algo que él no entendía. Se quedó observando sin comprender la realidad que se presentaba ante sus ojos, al cabo de unos segundos, se percató de que la mujer vestida de blanco era Lena y se acercaba a su cama con una sonrisa deliciosamente forzada.

—¿Cómo te encuentras, mi vida? Por fin terminó el viaje, hemos llegado a Veracruz, Emilio.

—¿Quién es ese hombre? —balbuceó el vasco mirando a un marinero con el sombrero en la mano que entraba en ese momento en el camarote.

—Buenos días señores, don Carles pregunta si puede enviar a dos empleados para ayudar a don Emilio. La calesa está esperando en el muelle

—Sí, sí... Dígale que en cinco minutos estaremos preparados.

En el momento que iban a poner el pie en el muelle de Veracruz, Emilio dudó de su decisión mientras intentaba contemplar la preciosa Puerta del Mar. Se encontraban justo al final de la pasarela de la falúa que los había desembarcado de *Nuestra Señora del Pilar,* el navío de la armada que los había dejado en aguas mejicanas para desembarcar en el Puerto de Veracruz. Emilio alzó la vista al inclemente sol que iluminaba el bullicio y el ajetreo que se vivía en el puerto. Iba arrastrando los pies, con sus brazos por encima de los hombros de dos mozos que lo acarreaban como si él fuera un fardo. En ese instante tomó conciencia de su debilidad y cuando quiso enderezar la espalda, le fallaron las piernas y nuevamente se abandonó a la laxitud de su cuerpo. Vio como una joven negra, cargada con el equipaje de su amo, trastabilló torpemente al saltar unas sogas tiradas descuidadamente sobre el suelo del muelle, mientras la marinería entre risas y chanzas proferían todo tipo de procacidades a la muchacha. Se revolvió por dentro sin poder decir nada y recordó a Muna, a Valentina, su hijita adorada. Tuvo un nuevo vahído. Cuando despertó ya estaba sentado en la calesa junto a Lena. Ésta le cogía la mano y le miraba angustiada, sin embargo, esbozó una sonrisa en cuanto él puso sus pupilas en ella. Intentó sonreírle también, pero solo pudo trazar una mueca, los músculos faciales no le respondieron. Miró a través de la ventanilla y observó una fortaleza alrededor de la ciudad construida con evidente carácter defensivo.

—Este es El fuerte de San Juan Ulúa, Emilio —dijo doctoralmente el padre de Elvira adivinando su interés. En ese instante, Emilio reparó en don Carles y en su señora que sentados frente a ellos viajaban en el mismo coche—. Esta fortaleza y la ciudad de Veracruz —prosiguió hablando don Carles en el mismo tono doctoral—, conforman un conjunto de capital importancia histórica para el país, por ser la puerta de entrada al contacto con el Viejo Mundo y el inicio de la conquista española. Aunque parezca incierto, en sus inicios, esta fortaleza se levantó sin carácter defensivo; su objeto era el de proteger las embarcaciones ancladas en el lugar porque llegaban cargadas de mercancías valiosa de nuestra patria, Portugal y Francia. Aunque con el tiempo, la

fortaleza se transformó en un lugar estratégico de protección a causa de los temores de ataques e invasiones, y para defensa de la población. Dichos ataques se hicieron realidad durante el siglo XVII. Los piratas de varias nacionalidades desarrollaron fuertes campañas en aguas novohispanas. Una de estas invasiones ocurrió en 1683, efectuada por el pirata Lorencillo, cuyas tropas causaron saqueos y grandes destrozos.

—Lorencillo... —masculló el vasco quedándose otra vez con los ojos en blanco.

Cuando despertó advirtió un balanceo, intentó abrir los ojos y entre las rendijas de sus párpados pudo ver el cielo azulado de Veracruz. Lo portaban en parihuelas entre dos hombres. De repente cambió el panorama, desapareció el cielo para divisar techos blancos abovedados cruzados con vigas oscuras. Escuchaba el taconeo de los botines de Lena resonar contra el suelo y su respiración agitada que casi la asfixiaba.

—Mi amor, estamos en el hospital militar de San Carlos, hoy te recibirá don Arturo Recio Abal, el cirujano del que te habló don Carles. Mientras tanto, te quedarás ingresado hasta la hora de la visita. Aquí te atenderán mejor que en hotel donde pensábamos hospedarnos.

Emilio asintió con la mirada y cerró los párpados, preso de un dolor de cabeza inaguantable. Pasó un tiempo que Emilio no pudo controlar, todo ese rato estuvo dormido, sumido en una pesadilla de la cual no despertaba. Cuando intentó alzar los párpados, aguzó el oído porque escuchó la voz de Lena.

—Sí, doctor. Eso nos temíamos…

—Siento decirles esto, pero si han venido hasta Veracruz desde Cuba, no es cuestión de desatenderlos, pero tienen que saber que el porcentaje de enfermos que sobreviven a esta cirugía es muy bajo. Cierto es, que los enfermos que pasan por nuestras manos poseen un nivel superior de supervivencia, pero, aun así, salen pocos adelante después de practicarles la trepanación. No obstante, lo primero que vamos a averiguar es si padece un tumor cerebral y si es operable, porque según sea el lugar que ocupa la masa tumoral, sabremos si procede o no la cirugía.

—Sí, doctor, haga lo pertinente para saber si lo pueden intervenir —escuchó el vasco decir a Lena.

—Doctor, el enfermo despertó —dijo un joven galeno, ayudante de don Arturo.

—Buenas tarde, Emilio. Soy el doctor Arturo Recio.

Emilio intentó mirar, pero la visión era borrosa. Respondió con un leve movimiento de la cabeza.

—No se esfuerce, tranquilícese y no intente hablar ni comunicarse por ahora, solo lo hará cuando nosotros se lo pidamos. Dentro de unos minutos, lo vamos a trasladar a una sala donde mi equipo y yo mismo le practicaremos unas pruebas previas para hacer un diagnóstico más exacto de la enfermedad que lo aqueja.

Emilio se abandonó a una confusa confianza. Aquel hombre, que apenas había divisado con sus torpes pupilas, le inspiraba esa mínima seguridad que necesitaba para someterse a la operación que podría curarle del mal que lo corroía desde la tarde que se le movió la habitación y todo giró sobre un eje dentro de él.

Lo despertó un golpe seco en su cabeza, luego sintió otro y otro hasta que el último le hizo emitir un alarido ensordecedor que retumbó por la sala donde se encontraba tumbado en una mesa de mármol. Abrió los párpados y entre nieblas descubrió el instrumento con el que le golpeaban la cabeza sin compasión. Era un mazo muy parecido a los que se utilizaban en la cocina.

—No cabe dudad, en esta zona del cráneo está localizado el tumor cerebral —escuchó Emilio decir al doctor preso de un repentino pánico.

—Es un área apta para practicar la cirugía. Mañana a las siete en punto ha de estar el quirófano preparado e intentaremos extirpar el tumor a este paciente que ha llegado a nuestro hospital recomendado por don Carles Vidal y Balaguer. El caso es urgente y no debemos perder más tiempo.

El doctor dejó el instrumento sobre la mesa y se dirigió a su ayudante.

—Llevadlo a su habitación y preparadlo para la trepanación. Mañana a primera hora lo intervendremos. ¡Y que Dios nos ayude!

Emilio pasó la noche inmerso en un túnel oscuro, acostado en el camastro situado debajo del único candil que colgaba de la pared que iluminaba la habitación asignada para salvar la madrugada. Podía escuchar la respiración de Lena, la divisaba entre brumas con la cabeza inclinada susurrando palabras que parecían rezos. En ese instante se dio cuenta de su desprotección y sintió la necesidad de seguir protegiéndola, sin embargo, en su estado lamentable lo consideró más un concepto abstracto y lejano que una realidad. Quizás estuviera viviendo los últimos momentos de su existencia,

esta verdad dolorosa le carcomía las entrañas, la operación a la que se sometería a la mañana siguiente era la única opción a su sanación, pero esta decisión de vivir o morir era un juego de azar en el que tenía todas las papeletas para dejar este mundo y en él a ella, su adorada Lena. Su hijita también cruzó su cabeza y una terrible desazón lo invadió dejándolo paralizado, especialmente cuando pensó en el regreso ineludible de Valentina a la casa de Santiago junto a su madre cuando quedara huérfana.

El vasco conocía muy bien el drama por el que estaba pasando, pero hasta ese momento nunca había tenido que plantearse el conflicto que lo perseguía desde hacía tiempo, dejaba a Lena y a Valentina indefensas y deseó que ocurriera una desgracia monumental, un cataclismo que sacudiera el planeta en sus cimientos para que todo acabara de un golpe y se fueran todos juntos al otro mundo. Pero nada ocurrió hasta la hora señalada para la intervención.

Percibió el crujir de las botas de los dos mozos pisando fuerte contra el suelo del pasillo. Entraron en el cuarto y se acercaron al lecho para cargarlo y situarlo con cierta habilidad en una camilla. Lo alzaron y lo transportaron hacia el quirófano. Antes de partir, notó los suaves labios de Lena rozarle la comisura de su boca y las lágrimas de ella salpicando su rostro, pero Emilio estaba petrificado sin poder realizar un solo gesto que apaciguara la desazón de la muchacha. Salió de la estancia con los ojos cerrados y respirando con ansia. Tenía la impresión de que no la volvería a ver y este pensamiento dañó profundamente su quebrantado espíritu. Llorando por dentro con lágrimas invisibles pero amargas como la hiel, lo ingresaron en la sala de operaciones en cuyo interior se hallaba don Arturo Recio Abal y sus tres ayudantes para comenzar la trepanación.

Emilio, acompañado por el discreto sonido que hacían lo galenos removiendo los utensilios y ajustando el trépano en la mesa de madera donde yacía, notó las manos de uno de los ayudantes sobre su barbilla y su nuca con el fin de girar su cabeza y dejar el lado derecho a la vista para que pudieran trepanar la zona cráneo occipital. Entonces sintió el algodón en su nariz y oyó a un ayudante del doctor Arturo Recio decirle que inhalara la blanda tela que se pegaba a su pituitaria. Sintió el gas traspasar la nariz, la garganta, la tráquea hasta que llegó a los pulmones. La acción anestésica del éter lo abandonó en una niebla y una espesura que

provocó su salida de este mundo sin darse cuenta.

Don Arturo, con extraordinaria habilidad comenzó a perforar el cuero cabelludo de su paciente, traspasó la epidermis, la dermis hasta alcanzar el hueso. La broca taladraba el cráneo limpiamente, aunque saltaban pequeñas esquirlas, líquido cefalorraquídeo y mucha sangre durante el tiempo de trepanación. Para evitar la hemorragia le aplicaron una malla hemostática de celulosa oxidada y regenerada de origen vegetal. Este hemostático lograba un resultado rápido para evitar el desangrado. Una vez abierto el orificio, el doctor buscó el tumor introduciendo con mucho cuidado el dedo, evitando los nudos venosos que se congregan cerca de la zona donde estaba adherida la masa tumoral.

—¡Aquí está! —dijo con cierto alivio mientras palpaba el bulto —. Prepara el bisturí que voy a procurar extraer el tumor lo antes posible. El paciente está perdiendo mucha sangre.

—Ya tenemos otra maya hemostática preparada para cuando usted cierre el orificio, doctor —indicó el ayudante más instruido.

Don Arturo se acercó al orificio horadado en la cabeza de Emilio para ver mejor los movimientos que iba a ejecutar para despegar la masa tumoral de los tejidos internos. Con el bisturí hizo una incisión para separar las dos partes, la sana de la enferma, que constituían una sola. Pacientemente fue aparatándola teniendo mucho cuidado de no rozar los nervios craneales, hasta que el tumor se desgajó de los tejidos limpios y extrajo una masa gelatinosa que depositó en el tarro de cristal etiquetado que lo estaba esperando de la mano del buen ayudante. Inmediatamente colocó sobre la herida sangrante otra maya hemostática mientras se preparaban para taponar el orificio que aún estaba descubierto.

—No parece cáncer, doctor.

—Ya me he dado cuenta por lo capsulado que estaba. No presenta bordes irregulares y eso quiere decir que no ha habido expansión de células hacia otros órganos. ¿Cómo está el paciente?

—Mal, doctor. La tensión arterial es casi inexistente y el corazón bombea con mucha dificultad. Se le va la vida a este pobre hombre –dijo el segundo ayudante encargado de las constantes vitales.

—En cuanto finalice, hay que reanimarlo con masajes cardiacos. Así que acérqueme la placa con la que cerraré la abertura.

—Aquí está preparada, doctor.

Don Arturo adaptó la placa de platino al orificio horadado en la cabeza de Emilio para evitar posibles complicaciones. Las

infecciones eran frecuentes en este tipo de intervención.

La cirugía se había llevado a cabo en cinco horas, un tiempo bastante inferior al que se habría utilizado normalmente para este tipo de operaciones, en eso radicaba el éxito del doctor don Arturo Recio Abal; las ejecutaba con la destreza de un maestro artesano. Esta eminencia dentro de la Comunidad Médica Latinoamericana, estaba considerado como un galeno virtuoso, sus manos no tenían parangón y sus éxitos se contaban por cientos en Veracruz.

Lena se echó a la calle aturdida, como enajenada por las emociones de amarguras y temores que le llenaban el alma; se le figuraba que llevaba dentro una tea incendiaria que le iba quemando todas sus células. De repente se paró en la calle con el corazón agitado, vio a un zagal de la edad de Lucas de cabellos rizados, moreno, tan gentil como su hijo. Lo fue persiguiendo, hasta que una mujer educada, vestida con buenos ropajes y bien calzada salió a su encuentro, se inclinó para besarle la mejilla y después se fueron juntos. Se sintió sola. Con esa soledad terrible que viene de la profundidad más recóndita del alma y que destruye el corazón. Decidió volver al hospital de San Carlos, no deseaba que Emilio saliera de la sala de operaciones sin que ella estuviera allí. Tenía el peor de los presentimientos y cada paso que daba le costaba un esfuerzo ímprobo ejecutarlo. Cuando entró en la habitación del hospital se sentó en la única silla que se situaba al lado de la cama y entonces llegó un joven con amplia bata blanca y le dijo:

—¿Es usted doña Magdalena, la esposa de don Emilio?

—Sí.

—Venga usted por aquí.

La condujo por un pasillo estrecho, alejado del habitual ruido del hospital. El joven abrió una puerta y tras ella se encontró a don Arturo esperándola. El cirujano se estaba quitando la bata que había utilizado para operar a Emilio, salpicada de sangre. Al verla, se recompuso levemente y comenzó a decir:

—Señora, hemos acabado con éxito la cirugía que le hemos practicado a don Emilio. Le hemos extraído el tumor alojado en el cerebro.

—¡Bendito sea! —exclamó la muchacha.

—A mi pesar, debo comunicarle que, aunque la intervención ha sido limpia y exenta de complicaciones, ha perdido mucha sangre y su esposo se encuentra en una situación delicada, no reacciona como esperábamos y me temo que nos queda un postoperatorio

bastante incierto —dijo el doctor con el rostro compungido.

Lena quedó sin aliento, perdió el color y todo su cuerpo comenzó a temblar presa del miedo que barruntaba desde el momento que supo el riesgo que entrañaba la operación. Como movida por un resorte se dirigió a la puerta preguntando en dónde estaba Emilio.

—Todavía está en la sala de operaciones. Hemos conseguido estabilizarlo, pero su pulso y su respiración aún son muy débiles. Dentro de un rato lo trasladaremos a la habitación. Allí podrá usted estar con él todo el tiempo que desee.

Abatida, con el alma partida en mil pedazos, Lena se encaminó a la habitación para esperar a Emilio.

Tres días con sus noches las traspasó sentada en la silla sin dormir, observando a su querido bienhechor, el cual yacía inerte con el rictus de la muerte dibujado en su rostro, hasta que Emilio abrió los párpados, en un intento vano por mantenerlos abiertos durante más de un segundo. Este leve gesto fue un indicativo, según el joven galeno que acudió cuando supo del pequeñísimo movimiento ocular, de que existía una ligera actividad cerebral. Así se lo comunicó también don Arturo a Lena, abriendo una espita de esperanza que, durante las setenta y dos horas de total inmovilidad del vasco, la muchacha había perdido.

El doctor había estado desde el día siguiente de la operación controlando las posibles secuelas. Comprobaba la temperatura corporal; la rigidez del cuello, previniendo una meningitis; también le abría los párpados adentrándose en sus pupilas con el quinqué en mano, moviéndolo de un lado a otro de su cara, o acercaba la cama, lo máximo posible, a la claridad que penetraba por la ventana durante la hora de máxima luz, intentando encontrar algún destello de vida, por mínimo que fuese y le hiciera presuponer cierta actividad cerebral dentro de sus retinas. Cuando por fin se produjo, don Arturo cambió su extraño talante que lo había acompañado durante todo ese tiempo de tensa espera y comenzó a estimular a su paciente con singular entrega. Al día siguiente de que Emilio desplegara sus párpados, Lena presenció, con el corazón en un puño, el ataque epiléptico que sufrió. Durante la crisis le convulsionaron todos sus músculos y la boca se le lleno de espumarajos. Sin embargo, el doctor dijo que era una consecuencia normal tras la cirugía a la que había sido sometido.

Conforme transcurrían los días, Emilio permanecía más tiempo

con los ojos abiertos, en silencio y con el rictus imperturbable. Cada mañana, don Arturo llegaba a la hora en punto, justo cuando sonaban las diez campanadas en el reloj de la capilla del Hospital Militar de San Carlos. Con paso lento y pausado, se dirigía al paciente para conocer su estado cerebral. Ritualmente y sin saltarse el orden de cada paso, realizaba el reconocimiento. Comenzaba explorando la placa de platino dispuesta debajo del aparatoso vendaje que le cruzaban las mejillas pasando por la barbilla confirmando que no existía infección superficial. Después, examinaba las pupilas, le daba golpecitos con un pequeño mazo en las rodillas y en los codos, le levantaba ambas pantorrillas y los brazos, preguntaba a Lena si había notado alguna variación en su esposo y examinaba concienzudamente cada pequeño movimiento que pudiera darse en el enfermo.

—Ningún acaecimiento nuevo, doctor —susurraba ansiosa la muchacha.

—Es normal que tarde en despertar, el cerebro necesita su tiempo. Aún estamos a tiempo para que reaccione. Que haya abierto los ojos es una buena señal —contestaba don Arturo y seguía con su recomendación diaria—: Señora, debe marchar al hotel y dormir un poco, si no la tendremos que hospitalizar a usted también porque enfermará por agotamiento.

—Todavía aguanto, doctor —era la respuesta invariable de Lena.

Una mañana se presentaron don Arturo y su ayudante en la habitación y se encontraron a Lena durmiendo con la cabeza echada sobre el colchón y a Emilio con los dedos enredados en su cabellera, parecía que había estado acariciando la nuca de la muchacha. Se miraron ambos galenos con una mirada significativa y se acercaron al paciente intranquilos, había en aquel cuadro aparentemente sereno algo nuevo. Efectivamente, descubrieron el reciente suceso cuando se dieron cuenta de que la pupila derecha de Emilio seguía al cirujano en sus movimientos. Don Arturo sintió una revolución en la boca de su estómago al entender que el paciente había salido del estado de coma en el cual había estado inmerso desde la cirugía practicada hacía más de dos semanas. No encontró respuesta inmediata a su excesiva alegría, jamás antes sintió tal emoción al contemplar a un enfermo despertar de una trepanación. Se acercó a él temeroso de que fuera incierta su apreciación. Pero sus sentidos no le engañaron, Emilio lo miraba directamente sin el velo transparente que los días anteriores cubría sus ojos dejándolos

inertes.

—¡Emilio! ¿Cómo se encuentra? —preguntó el doctor.

Emilio intentó hablar, pero solo consiguió balbucir unas palabras incomprensibles.

Lena, aturdida, se incorporó. Aún seguía inmersa en el pegajoso sueño que la atrapaban cuando miró al doctor, seguidamente dirigió sus ojos hacia Emilio y entendió que algo pasaba. En ese instante notó los dedos de Emilio rozar su mano intentando cogerla.

—¡Dios mío! ¡Estás despierto, mi amor!

39

Trinidad (Cuba), 30 de octubre de 1842

Emilio y Lena volvieron a Cuba en el mismo barco, *Nuestra Señora del Pilar,* que los llevó a Méjico. Esta vez los acompañó únicamente don Carles como había hecho durante todo el tiempo que permanecieron en Veracruz. Sin embargo, su señora optó por quedarse en Santiago.

En los días que siguieron a la llegada de Emilio y Lena a La Santísima Trinidad, el vasco era como un explorador perdido en un paisaje neblinoso, con gran esfuerzo lograba vislumbrar vagas siluetas, indecisos perfiles que le producían miedos y lo dejaban en un abismo. La visión del ojo izquierdo era casi nula y la del ojo derecho permanecía bastante menguada, esto motivó que se agenciara unas lentes con las que comenzó a percibir mejor el mundo. El día que el galeno del pueblo llegó a la hacienda con las gafas, comenzó la lenta recuperación de Emilio que, tras la operación, había entrado en unas tristezas similares a las que lo invadieron después de la muerte de don Roque. Pero esta vez, parecían más profundas y ni el anuncio de un nuevo hijo, sacó al muchacho de su estado melancólico. El doctor diagnosticó que esas nostalgias eran secuelas de la trepanación. Recomendó alimentación sana, paseos diarios y vida rutinaria y mucha dosis de paciencia.

—Tranquilícese, señora —le dijo el galeno a Lena un día que la

notó muy intranquila por el estado de Emilio—. Este cuadro de ansiedades remitirá con el tiempo. Su marido sufre una reacción nerviosa muy fuerte producida por la impresión de la operación donde le escarbaron el cerebro.

—Sí, doctor... Sé que debo tranquilizarme, pero cada día lo veo peor. Noto sus pensamientos arremolinados en su cabeza y esto le produce una melancolía seca, una desesperación sorda. Emilio nunca ha sido irascible, sin embargo, lleva unos días muy malhumorado.

—Comprendo su desasosiego, pero todos esos síntomas forman parte del cuadro clínico en el que se encuentra don Emilio. Lo único que puede hacer para sobrellevar esta situación es armarse de paciencia y mantenerlo con la mente ocupada, así no tendrá ocasión de pensar ni sufrir por su estado actual. Tenga en cuenta que ha perdido movilidad y mucha visión; para un hombre con apenas veinticinco años es un golpe duro. Aceptar y asimilar sus actuales circunstancias le va a llevar un tiempo.

—Sin embargo, contrariamente a lo que él siente, debe estar más animado. Pocos casos como el suyo salen adelante con tan pocas secuelas, después de una trepanación. Yo insisto en que él entienda y mire la situación desde ese punto de vista, porque, después de todo, es afortunado. Aunque para él sea tremendamente complicado salir del túnel oscuro donde se encuentra.

—Exacto, señora. Ha definido perfectamente el estado mental y emocional de don Emilio. Para él es como estar metido en un túnel oscuro y sin salida. Pero tengo la certeza de que irá saliendo de él.

—Bendito sea usted, doctor. Deseo con toda mi alma que vuelva a ser él, ahora más que nunca lo necesito —Lena acabó la frase contemplando con cierta preocupación su empinado vientre.

—Lo importante es que usted se tranquilice y no desespere. Su embarazo marcha perfectamente y si Dios quiere dentro de cuatro meses dará a luz a su hijo.

—Ese es mi deseo. Pero es complicado mirar el futuro con este panorama que tenemos.

—Todo pasa, doña, y después de la tormenta siempre llega la calma...

A Elvira el doctor le había confirmado el embarazo, aunque a consecuencia de su nuevo estado de buena esperanza, había

enflaquecido, le palidecieron sus mejillas y se le alargó la cara de tantos vómitos. Con su pelambrera negra, sus ojos tristes y su extraño silencio, parecía la sombra de la muchacha que se desposó hacía poco más de tres meses. La gestación la dejó como un glaciar y cada vez la irritaba más Antonio. Le molestaban sus maneras bastas, esas que antes no reparaba en ellas, pero ahora no las soportaba, especialmente, cuando sorbía ruidosamente la sopa, cuando se pasaba la lengua por los dientes después de comer y cuando, durante el postre, cortaba los corchos de las botellas vacías. Algo profundo había cambiado en ella, se consolaba pensando que eran los trastornos propios de la incipiente gestación, pero disimular continuamente el rechazo que sentía hacia su flamante esposo, se había convertido en un infierno íntimo ignorado por todos, además de agotador. Trató de hacérselo saber al comillano, consagró todas sus energías para enseñarle con disimulo las reglas de urbanidad en la mesa, lo intentó casi todo, menos decirle la verdad.

Rota de los nervios y pese a su estado, una mañana decidió partir hacia Trinidad, sentía la necesidad de salir de su casa unos días, respirar otros aires y dónde mejor para sosegar su ánimo que volver a sus orígenes, a su casa de Trinidad. También deseaba conversar largo y tendido con Magdalena, apenas la había visto cuando desembarcaron en Santiago y viajaron sin demora hacia el valle de los ingenios con Emilio un tanto deteriorado pero deseoso de volver a su casa para abrazar a Valentina.

A Antonio le contrarió la estampida de su esposa, pero no se atrevió a prohibirle el viaje. Algo invisible los separaba desde que se desposaron, algo que en su fuero interno él percibía, pero le costaba reconocer. Las obligaciones conyugales del sagrado matrimonio habían transcurrido breves, sin espacio a la ternura y al gozo, y la desolación de Elvira era evidente; sus ojos hablaban por sí solos.

Antonio no ignoraba que albergaba vacíos dentro de él, esas carencias insalvables que ya no se adquieren con el paso del tiempo. Y su tiempo de cambios internos cumplió y se quedó rudo por dentro y a veces zafio en sus maneras.

Apartó de su cabeza los pensamientos mortificantes causados por la marcha de Elvira a Trinidad y se centró en la naviera. Pensó que gracias a este negocio se estaba haciendo muy rico. Ramiro ya formaba parte de la compañía que fundaron su amigo y él. Le había

adelantado el dinero que necesitaba para comprar su acción dentro de la empresa. Entre ambos habían creado una red de exportación e importación a través de sus naves sin competencia. Para ejecutar este predominio, habían adquirido todos los derechos del comercio marítimo en aguas del Atlántico y del Pacífico, sin trabas por parte de los gobiernos de los países extranjeros con los que realizaban transacciones internacionales de todo tipo, incluido el de mujeres, hombres y niños. Ahora rondaba por su mente dar otro paso imprescindible para crecer empresarialmente. Emilio no estaría por la labor del transportar negros en sus barcos, pero el comercio de esclavos, sin embargo, era el que más productividad generaba y con el que se acrecentaba considerablemente la bolsa de los ingresos. Había adquirido nuevas naves con el objetivo de aumentar el tránsito marítimo y llegar a más países de África. Estos cambios los llevó a cabo junto a su hermano sin el beneplácito de Emilio, absolutamente desconocedor de estas gestiones. Esa era la principal razón del interés por comprarle a Emilio su parte de la naviera y quedar él como el dueño de la empresa y Ramiro como único socio. Tendría las manos libres para hacer y deshacer las transacciones que considerara ventajosas para su peculio, sin trabas ni remilgos.

Pese a su evidente rudeza y su naturaleza un tanto materialista, Antonio tenía muy presente a su amigo. Sentía por Emilio ese cariño fraternal construido con el paso del tiempo. Valoraba su bondad y la generosidad que mostró con él cuando iniciaron la andadura empresarial y constituyeron La Compañía Fluvial Santiaguera. Sin embargo, también lo consideraba un hombre tozudo, de ideas claras y fijas. Esta característica de su carácter, se hallaba muy arraigada en el vasco e impediría que aceptara las recientes transacciones comerciales que Ramiro y él estaban efectuando.

Antonio conocía cada palmo del alma del vasco y era consciente de que jamás transigiría con el negocio del comercio de esclavos. Había pensado preparar una visita a La Santísima Trinidad con Elvira con la excusa de saber sobre su recuperación después de la gravísima intervención que había sufrido. Estando allí, propiciaría el momento para hablar de la naviera y proponerle la compra de su parte de la empresa. Pero Elvira le había roto sus planes y partió hacia Trinidad casi sin decir palabras.

—¿Cuándo vuelves, amor mío? —le preguntó constreñido por su partida.

—Al menos estaré dos semanas fuera.

—¿Tanto?

—No es mucho tiempo, Antonio, teniendo en cuenta que en el camino emplearé dos días a la ida y dos más a la vuelta.

—Ve con cuidado, querida. Quizás te expones mucho viajando, no vaya a ser que tengamos que lamentar algún percance.

—No te preocupes. Pondré máximo cuidado.

Antonio notó el frío en sus palabras, en sus ojos y en su gesto serio, muy alejado a la calidez que le mostraba antes de su matrimonio.

Valentina y Muna se pasaban todo el día con Emilio, paseaban por el camino que cruzaba la hacienda cuando caía la tarde y el calor no era molesto, jugaban a los naipes y le contaban historias inventadas, sentados junto al riachuelo desde donde se contemplaba el molino humeante. El afán de la niña era para arrancarle una sonrisa, objetivo que aún no habían conseguido.

Valentina, con extraordinario discernimiento, se dio cuenta de la angustia que habitaba en el alma de su padre y reía y animaba el ambiente compartido con él. Después, cuando se hallaba a solas, la mirada se le perdía más allá del horizonte y un temblor en los labios se apoderaba de ellos. En la soledad de su cuarto, a veces con Muna, Valentina lloraba sin consuelo consciente de los padecimientos de su padre. La chiquilla sentía miedo a quedar huérfana, temía perder el amor del ser que más la quería; no había nadie en el mundo que la amase como él.

Muna procuraba ofrecerle ese consuelo que Valentina necesitaba y lentamente lo iba logrando. La niña adoraba a la negra liberta y en esos momentos se convirtió en su asidero emocional. Lena se esforzaba en darle también cariño a la niña, pero aún desconfiaba de ella. Necesitaba más tiempo para asegurarse de que la mujer con la que compartía el amor de su padre, era de fiar.

Sin embargo, el recelo de la criatura persistió hasta una noche que Lena decidió dar un largo paseo por la hacienda. Había salido buscando soledad para reflexionar, sentir el aire calmado que se respiraba a esas horas por los sembrados y parterres del ingenio y desentumecer un poco las piernas que, a consecuencia del embarazo, las sentía pesadas y con un hormigueo incesante.

Cuando entró en la casa, sabía que todos estaban acostados y

durmiendo, era tarde, se quitó los zapatos para no despertar a nadie. Subió las escaleras, cruzó el pasillo y observó que la puerta de la habitación de Valentina estaba abierta. Se acercó y vio que la lamparilla de porcelana proyectaba en el techo una claridad redonda y trémula y las cortinas cerradas de la cama formaban como una choza blanca que se arqueaba en la sombra. Creyó oír el leve aliento de la chiquilla y se acercó a apagar la lamparilla. Entonces escuchó su voz angustiada.

—¡Se lo suplico, no la apague!

—Mi niña, estás aún despierta. Creía que dormías.

—Hoy no puedo dormir.

—Por qué, cielo, ¿te encuentras mal?

—No duermo porque tengo miedo. ¿Va a dejarme a oscuras?

—Tú quieres que apague la lámpara?

—No.

—Pues entonces permanecerá toda la noche encendida.

—¿De veras? —le preguntó con una risa nerviosa.

—Pues claro, tesoro. Lo importante es que tú no pases miedo.

—Gracias, Lena.

—¿Sabes una cosa? Yo también tenía miedo de la oscuridad cuando era tan chiquita como tú.

—¿Sí?

—Sí, sí... Nunca pude dormir con la velita apagada... Así que te entiendo. ¿Quieres que me quede contigo un rato?

—Sí, me gustaría.

—Hazme sitio en tu cama.

La niña rápidamente desocupó parte del colchón para que Magdalena se acostara con ella. Una vez que se acomodaron dentro de las cortinas, Valentina la miró con ojos agradecidos, contenta de poder estar con alguien aquella noche de tanto pavor.

—¿Quieres que te cuente una historia?

—No hace falta, tengo sueño —respondió la pequeña con los párpados vencidos.

Pasados unos minutos, Lena advirtió que Valentina estaba profundamente dormida, pero no se levantó de la cama, se quedó plácidamente sintiendo el calor de su cuerpecito y pasó toda la noche junto ella.

Mientras acariciaba el suave pelo de la niña, pensaba en sus sentimientos, en la culpa que se apoderó de su alma desde que supo que estaba embarazada. Sabía que iba a querer a su hijo con toda su

alma y le dolía demasiado la traición que eso suponía para Lucas. Ella no pudo amar plenamente a su pequeño, siempre había un gesto o un rasgo de Lucas que le recordaba irremediablemente al único ser que odiaba. Esa era la única razón por la que pensaba que ese amor que ya le profesaba al hijo que albergaba en su vientre, tendría que ser exclusivamente para su ángel; era lo justo.

Aunque se mantuvo con los ojos abiertos un buen rato presa de sus emociones que flotaban confusamente sobre el dosel de la cama, el silencio, la penumbra y el calor que desprendía Valentina la llevó a un sueño profundo. Despertaron las dos bien entrada la mañana acurrucadas entre sí. La niña cuando abrió los ojos se sorprendió nuevamente de su presencia, entonces sonrió a Lena que aún permanecía con los párpados cerrados.

—Despierte, que es muy tarde –le dijo la niña mientras acariciaba el brazo de la comillana.

Unos minutos más tarde, entró Muna en la habitación con el rostro desencajado buscando a Lena, Emilio estaba inquieto al no haberla encontrado en el lecho cuando amaneció.

—¡Ah, está aquí!, el amo pregunta por usted.

Aunque el vientre ya estaba abultado, Lena se levantó con extraordinaria agilidad, sonrió a la niña que no apartaba sus ojos fascinados de ella y también a Muna.

—Ahora mismo voy con el aaamo —resaltó la palabra amo para que Muna se diese cuenta de que se dirigía a Emilio con apelativo equivocado.

La negra se encontraba confusa, se preguntaba si habrían pasado la noche juntas, pero no tuvo que esperar mucho rato con esa incertidumbre, Valentina le despejó su duda:

—Munita, bonita... ¿Sabes que Lena ha dormido toda la noche conmigo y hemos dejado la lamparilla encendida?

La imagen de la cara de Valentina, en la que se reflejaba el júbilo y la dicha que sentía, hizo sonreír a Muna. Luego, miró a Lena y su expresión fue manifiestamente de satisfacción por la complicidad que se había creado entre las dos.

—Bueno, ya es hora de que me vaya a mi habitación para asearme y componerme un poco —dijo Lena radiante al contemplar a la niña por primera vez mirándola de frente sin reservas, sin esos destellos turbios que empañaron durante varios meses su mirada de suspicacias.

Aquella misma mañana, Lena recibió una misiva de Elvira. En ella le suplicaba que acudiese a su casa de Trinidad y que no demorara la visita.

—Qué extraño, Emilio. Acabo de recibir una nota de Elvira. Se encuentra en Trinidad y me ruega que vaya a su casa lo antes posible.

—Esos apresuramientos no son propios de Elvira. Algo le sucede —le respondió.

Estaban solos al fondo del porche que se extendía a lo largo de toda la fachada blanca, Lena miró a Emilio extrañada por la carta de la catalana y divisó su rostro más relajado, estaba leyendo un libro nuevo en voz alta con sus anteojos y la poca vista que le quedaba. Se había sentado en un taburete resguardándose del sol y la leve brisa hacia temblar las páginas del libro.

—¡Me cago en diez! ¡Este libro tiene las letras demasiado pequeñas! —exclamó.

Lena lo volvió a mirar y sonrió al reconocer la expresión que tanto utilizaba antes de que su dolencia le mermara sus cinco sentidos. Emilio se percató de la mirada de Lena y también la miró y le sonrió. Y en ese instante volvió su encanto, ese gesto atractivo tan particular de él.

—Parece que tenemos mejor humor hoy —le dijo burlona la muchacha.

—Pues no será por este maldito libro.

—¿Qué lees?

—Un tratado de economía, pero es tan abigarrado que se hace imposible entenderlo, además el texto está impreso con letras pequeñísimas.

Lena se acercó para observar el tamaño de las letras y comprendió que Emilio apenas veía.

Sin embargo, el comillano sí reparó, a pesar de su escasa visión, en la belleza de Lena. Aquella mañana la notó distinta, sería por el embarazo o tal vez por el vestido azul de seda que llevaba puesto.

—¡Estás hermosa!

—Gracias, amor mío. Sí que estás de buen humor.

—Además, te amo con toda mi alma. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—¿Aunque haya pasado una eternidad desde la última vez que te lo dije?

—Sí, ángel mío, aunque no me lo digas nunca, yo sé lo que me

amas.

—Acércate. Quiero besarte.

Lena acercó sus labios a la altura de los suyos y se besaron durante largo rato. Parecían dos enamorados que comenzaban algo nuevo. Tal vez a descubrirse por primera vez.

Elvira permanecía desde hacía cuatro días acostada en su cama. Había mandado al cochero, en la misma calesa en la que había llegado al valle de los ingenios, de vuelta a Santiago para dar aviso a su esposo de que había abortado nada más llegar a la casa de Trinidad. Su pesar era infinito, se había evaporado la única esperanza posible de felicidad. Se moría de tristeza por no haber conseguido la vida que tanto fantaseó y que se fue al traste tras comprobar su cruel realidad. Desde ese momento su esposo se había convertido en el centro de su hastío, contemplaba su amor como una lumbre a punto de apagarse. La pasión que sintió por Antonio fue como un huracán que sopló un instante, pero ahora se había consumido hasta reducirse a cenizas y ella se había quedado perdida en un horrible frío que la traspasaba. Lo peor era que conocía la experiencia del dolor y tenía la seguridad de que no terminaría.

Esos cuatro días había llorado sin consuelo con sus ilusiones hechas añicos, necesitaba la soledad de aquella habitación. Los sirvientes únicamente entraban para llevarle la comida y arreglarle el cuarto, el resto del tiempo lo pasaba a solas, llorando la perdida de su hijo y su desdicha. Pero aquella mañana escribió a Lena y a su madre para rogarles que vinieran.

Cuando entró Lena en la habitación donde se encontraba su amiga, halló a una mujer distinta. El rostro de Elvira estaba cubierto de una completa palidez; tenía la piel muy tirante, tanto que abría las ventanas de su nariz. Lo más extraño era su mirada, había adquirido una forma vaga, sus pupilas evitaba fijarlas directamente. En las comisuras de su boca existía esa inmóvil contracción que frunce la cara por las ambiciones fracasadas.

—Amiga mía, ¿qué te ocurre? ¿Estás enferma?

Elvira cuando vio a Lena, rompió nuevamente en un llanto tristísimo, repleto de gemidos y ahogos. La comillana se sentó en el lecho para abrazarla y proporcionarle el sosiego que Elvira necesitaba. En su hombro fue descargando, sin decir una palabra,

sus pesares, su infelicidad y la inesperada interrupción de su embarazo.

Durante la estancia de Emilio y Lena en Veracruz, Muna había vivido un calvario. Había llorado como ni siquiera imaginaba desde que era niña, implorando a José que detuviera los planes revolucionarios que se estaban gestando en los barracones del ingenio. Le ofreció amor, sexo, sumisión, cualquier cosa para que no se alzaran en La Santísima Trinidad contra Emilio y su familia. Los barracones de la plantación se habían convertido, más que en otros ingenios, en el centro neurálgico de la revolución cubana y por encima de todos ellos estaba José dirigiéndolos, comandando la eminente insurrección de los esclavos.

De allí salieron los primeros brotes de rebelión. Los hombres más subversivos del grupo argumentaban que tal vez dejaran sus huesos por esta causa, pero ¿no era ese fin preferible a morir de enfermedad o vejez siendo aún esclavos?

Una noche cuando llegó el liberto José a la casa tras abandonar los barracones, venía con la sangre bullendo, exaltado después de haber gritado las consignas y las estrategias de la lucha entre los esclavos. Estaba molesto con Muna, aburrido de sus cantinelas, de sus gestos torcidos, de sus exageraciones y, sobre todo, de que no entendiera su lucha contra la esclavitud. Era justa su misión; liberar a esa desgraciada muchedumbre que permanecía bajo el férreo yugo de ricachones blancos dispuestos a cualquier atropello. Él había presenciado demasiadas brutalidades, excesivas violaciones a niñas y muchachas, innumerables latigazos en las espaldas de aquellos infelices que se saltaban absurdas normas impuestas caprichosamente por el capataz de turno, dejándoles la piel abierta en heridas incurables. La barbarie como respuesta era la única forma de proceder de la gran mayoría de los amos opresores. Ella era tan negra como él. La habían arrancado igual que a todos de su tierra y de su familia como si fueran animales. Para José era inexplicable su rechazo ante tan noble empresa. Teranga, así le gustaba llamarse, pensaba que un hombre esclavizado por otro hombre perdía su dignidad y no había una batalla más noble que la que se emprendía para conseguir la libertad. Él ya era libre, un liberto, pero los miles de negros que seguían subyugados merecían esa lucha sin cuartel.

Teranga se acercó a la palangana y vertió agua sobre ella, olía a humanidad, en el barracón se impregnaba su ropa del hedor a sudor de los negros. Se lavó sin escuchar las palabras de Muna, se secó la cara y las axilas y se dejó caer sobre el camastro, boca arriba, con un brazo bajo la cabeza como almohada. Esperó a que Muna se desnudara, ofreciéndose para convencerle de que abandonara la revolución mientras él la penetraba contra el colchón gimiendo de rabia y placer. Pero aquella noche, Muna no se desnudó, ni se insinuó, ni estuvo amable. Aquella noche, Muna tenía su hatillo preparado sobre la mesa donde comían, con el niño arreglado y durmiendo en su jergón, dispuesta a irse muy lejos junto a Martín. Embarcarían en el muelle de Santiago hacia un lugar remoto.

José leyó su determinación en los ojos de la negra y comenzó a sentir cierta angustia. Se puso tenso y empezó a palparle los muslos, después se tiró encima. Muna se dejó hacer sin mover un músculo, sintió el aliento de José en su boca, sus manos recorrerle la carne, su último gemido ahogado contra su hombro.

—¿No gritas? —le preguntó alterado.

Muna no contestó. Se levantó con los ojos vacíos, se dirigió a un rincón de la estancia para lavarse en su jofaina, recompuso su pelo y cogió el hatillo. Cuando iba a cargar al niño para portarlo en sus brazos, José se acercó y la abrazó por la espalda.

—Perdóname, soy un animal.

Muna se zafó de los brazos del hombre al que pensaba abandonar y siguió intentando coger a su hijo, hasta que escuchó hablar a José.

—Está bien, apaciguaré a los hombres.

40

Doce años después. Comillas, septiembre de 1854

Lucas se hallaba encorvado detrás de Juana, con la cara sobre su hombro, observando los movimientos de sus manos mientras terminaba las migas que cocinaba en la padilla.

—¡Virgen santísima! ¡Anda que el capricho de hoy! ¡No tendrás buenos manjares qué comer!

—Llevo soñando con las migas todo el camino, Juana. No hay manjar que me pueda apetecer más.

Aunque pareciese enfurruñada, Juana disfrutaba cada vez que Lucas bajaba a la planta de los criados, esa costumbre nunca la perdió desde que lo arrancaron de ella. Mientras vivió doña Pina, lo hacía a hurtadillas, pero desde hacía tres años, Lucas se movía con plena libertad por toda la casa porque no había nadie que se lo impidiera.

—¿El tío Anselmo ha estado por aquí durante mi ausencia?

—Viene todos los días, excepto los domingos.

—¿Para revisar los papeles y gestionar los contratos y las transacciones, no?

—Eso... Dios lo sabe. Don Anselmo llega temprano se encierra en el despacho y al medio día se va a su casa. Los asuntos que componga yo los desconozco. Mañana lunes, podrás hablarlo con él. ¡Anda, ve al comedor que la Jesusa te sube las migas!

—¡Quía! Me quedo en la cocina contigo y tú te sientas y me acompañas.

—¡Demonio de muchacho! Tanto colegio inglés... tantos estudios en el extranjero para comer unas migas con la cocinera de la casa.

—¿Prefieres que las llevemos arriba?

—Ni por todo el oro del mundo sube una servidora a comer en la parte de arriba.

Lucas soltó una sonora carcajada. Cogió su plato rebosante de migas con sardinas y se lo llevó hasta la mesa donde siempre se sentaba junto a Francisca hasta que se lo llevaron de allí. Cuando se

acomodó en la silla, con la mano le pidió a Juana que se sentara con él. La mujer hizo lo que le indicaba el muchacho y se miraron de frente. Lucas contempló las profusas arrugas que surcaban el rostro de su querida Juana, también reparó en su dentadura, le faltaban varias piezas por eso comía con cierta dificultad.

Sin embargo, Juana cuando contempló a Lucas se percató de que aún conservaba su cara de niño. Poseía unos ojos grandes del color del agua como los de Lena. El pelo oscuro, rizado, se arremolinaba en su cabeza y su estatura y el porte gallardo eran semejantes a los de su padre. Lucas había heredado el aspecto de Mateo, si se le observaba sin mucha luz parecía que fuera su padre.

Juana se preguntaba por qué Lucas nunca mencionó a su madre, aunque sabía de esa segunda piel con la que se había cubierto. Esa especie de coraza que le permitió continuar sin demasiado dolor y reducir los estragos de la pesada carga que soportaba. También le sirvió para sobrellevar sus tristezas y añoranzas. Sin embargo, no cortó el hilo que la unía a ella. Siguió viendo a su tía Teresa, a don Celso y a su prima Piluca. Continuó bajando a la planta baja para absorber el olor que allí flotaba, ese olor de su infancia, de sus años dichosos. Se conformaba con eso, con la esencia que ella dejó allí y que todos conservaron por él. Desde que se fue Lena de la casona, no se cambió un objeto de su sitio, cada cosa permaneció tal como estaba. Francisca lo intuyó, supo del padecimiento del hijo de Lena, ese niño al que adoraba y se expuso tanto por él que le costó su puesto de doncella.

Desde la mañana que doña Pina la sorprendió, agazapada detrás de la puerta del vestíbulo, hablando con el cochero de su plan para que Lucas se encontrara con Teresuca aquella misma tarde, el ama comenzó a maquinar, a urdir la forma de alejarla de su casa. La torpeza de Francisca provocó una marejada de resentimientos y furias dentro de ella. Se expuso con tanta frecuencia a las ocasiones de peligro, que al final quedó atrapada en ella. La doña, aunque decrépita y con escasa movilidad, conservaba su mente intacta y, sobre todo, el celo por su nieto clavado en el alma. Con la mente nublada por los celos, supuso que el eterno pellizco de su estómago desaparecería en cuanto su doncella saliera de su vida. Para ello mandó llamar al Cuco, el pretendiente de Francisca. Le proporcionó una casa en San Vicente de la Barquera y una amplia carpintería en la calle principal del pueblo con la condición de que en un plazo de tres meses estuviera casado con Francisca. El Cuco aceptó

encantado de su suerte y a los tres meses exactos, Francisca y Dimas se desposaban en San Cristóbal delante de su precioso retablo y de don Ricardo. Lucas nunca supo los ardides de su abuela para desprenderse de su doncella. Sin embargo, Juana y Jesusa sospecharon de la herencia que recibió inesperadamente el Cuco de un día para otro.

En sus últimas horas, doña Pina no recordaba cuándo comenzó a recelar de los sirvientes y a sentir el miedo cerval, invencible, que no se le quitó con los años. Pensó que fue la vez que descubrió a Lucas abrazado sobre el pecho de la maldita criada y contempló su rostro. Esa placidez jamás la apreció cuando estuvo con ella, esa mirada la hubiese llenado de alegría, la misma que hubiera tejido una corona de felicidad a su alrededor. Sin embargo, solo obtuvo desengaños vulgares y sordos. Doña Pina se fue de este mundo con esas tristezas y penas hondas, con las manos de Anselmo y de Lucas entre las suyas, pero sin esa mirada que tanto anheló. Lucas no se la pudo ofrecer porque no la sentía; era como traicionar a su madre. La mujer principal de Comillas expiró mirando a su nieto e intentando captar algo más que la vaga sonrisa, algo irónica, que Lucas pintaba en su boca.

Aquella mañana que llegó Lucas de Oxford donde finalizaba sus cursos en Derecho y Economía, se presentó Francisca en la cocina de la casona de los Mendoza tirando de su robusto Marianín.

—¡Desde cuando estás aquí, mi ángel! –exclamó Francisca cuando vio a Lucas.

—¡Francisca!

Lucas se levantó y se fue hacia ella para darle un abrazo.

—Llegué hace unas horas pensando en las migas de Juana. ¿Y tú, qué haces aquí?

—Me enteré por la Jesusa de que volvías en estos días y como Dimas tenía que venir con el carro a cargar troncos, he aprovechado para acercarme con la ilusión de verte.

Francisca volvió a abrazar a Lucas.

—Pero qué reguapo estás. Para mí que has crecido un palmo más desde la última vez que te vi.

Lucas se conmovió, tuvo que respirar pausadamente para que no aparecieran las lágrimas en sus ojos. Últimamente lloraba con cierta frecuencia, a solas en su cuarto de la residencia donde había permanecido los últimos años de universidad, cuando la melancolía le ganaba la batalla. Por esa razón, en ese momento le brotaron los

sentimientos, especialmente cuando sintió el abrazo de Francisca. Se emocionaba al ver a esas mujeres humildes, de almas sinceras, mostrándole la ternura y el cariño que siempre había necesitado. No tenía más. Con ellas y su tía Teresa acababa su mundo afectivo.

Marianín se había acercado a Juana un poco desairado y comía de su plato. La criatura con cuatro años parecía mayor, nunca hacía ascos a ninguna comida y la engullía a gran velocidad.

—¡Para ya de comer, Marianín! —le regañó su madre.

—¡Por todos los santos, Francisca! ¡Deja al nene! Seguro que durante el camino no le has dado ni un mendrugo que llevarse a la boca —le dijo Juana, protegiendo al pequeño.

—Es que no para...

—Marianin —le dijo Lucas—. Te he traído unos chocolates.

El niño sonrió y su lengua recorrió sus labios en un gesto goloso.

—Ven conmigo, los tengo en la sala con el equipaje.

La mano de Marianín se unió a la de Lucas como un imán. Por nada del mundo quería el chiquillo despegarse de la mano que le daría lo que más anhelaba.

Francisca no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción al contemplar a su pequeño subiendo con Lucas la escalera que separaba a la casona de los Mendoza en dos partes desiguales.

La joven criada salió del mercado cargando dos cestas. En un brazo le colgaban las berzas, los puerros, patatas y las zanahorias que había comprado Teresa en el puesto de verduras para la sopa de la cena y en el otro, la ternera y perdices, pescados y almejas frescas para el medio día. La zagala iba al rebufo de su ama resoplando por el peso que soportaban sus brazos. La esposa del secretario del Consistorio encabezaba la pequeña expedición con sus hombros alineados y su barbilla levemente alzada, vestía con buenos paños y calzaba botines de piel marrones adornados con una pequeña hilera de botones laterales, como correspondía a su posición social. En Comillas era una señora destacada, y así la trataban sus paisanos. Teresuca, poco a poco, había ido asimilando su estatus social y se comportaba como una dama. El tiempo que estuvo en casa de doña Pina sirviendo la mesa y ayudando a la señora a vestirse decidiendo sus atuendos, le enseñaron a actuar con cierta finura y a adquirir un innegable gusto a la hora de elegir la ropa. Nadie podía decir, contemplando su elegancia, que Teresuca era hija de un humilde

pescador nacida en las casucas situadas en la parte alta de la villa.

Teresa y su sirvienta cruzaban el pueblo, que a esas horas se iba congestionando por la calle principal hasta la plaza del mercado. Con buen criterio, decidió atajar por las callejuelas adyacentes a la principal, para llegar fluidamente a su casa y comenzar los preparativos del almuerzo. Al medio día tenía invitados; junto a Celso, llegarían el alcalde y su esposa a comer. Intentaba, con sus notables mañas de ama de casa, que todo estuviese dispuesto a la hora prevista. Después, se acercaría con Piluca a la casona de los Mendoza, parar abrazar a su querido Lucas que acababa de llegar del extranjero.

En el zaguán de su casa se encontró con el cartero, el chico le sonrió y le entregó la correspondencia. Entre todas las cartas distinguió una con un sobre extraño. Cuando lo observó despacio comprendió que procedía de Cuba.

A Teresuca le dio un vuelco el corazón. Se adentró en su casa con la sangre hirviendo deseando abrir aquel sobre sospechando que la misiva era de su hermana.

Efectivamente, la carta era de Lena en la que le expresaba su inminente llegada a Comillas. Sin embargo, ponía empeño en que no debía conocerse esa noticia, todavía era prófuga y no quería levantar sospechas ni encontrarse situaciones desagradables. Ardía en deseos de ver a su hijo, era la principal razón por la que se exponía tanto.

Cuando concluyó Teresa de leer la misiva, sus ojos estaban anegados y su corazón palpitando a una velocidad endiablada. Se sentó en la butaca de su dormitorio y dio rienda suelta al llanto reprimido durante muchos años. Recordó el calvario que padeció su hermana en la casona de los Mendoza, recordó su huida y el largo tiempo que la estuvieron persiguiendo. De repente, se percató de un hecho; su querida Lena no sabía que habían desaparecido de aquella casa todos los que la mortificaron. La única que quedaba viva era Catalina. En alguna ocasión, había coincidido con ella en las reuniones semanales de la parroquia o en la casa de la alcaldesa, donde solía ir a tomar chocolate con picatostes. Rememoró a Cati cuando era la esposa de Mateo Mendoza y habitaba en la casona. Se acordó de su mal carácter. Por ironías del destino, esa mujer insoportable, estirada, histérica hasta decir basta no era ni la sombra de la que fue. Actualmente, Cati era una oronda matrona, madre de cinco hijos, todos rollizos como ella. Se casó con su

amante en cuanto finalizó el plazo que le impuso doña Pina para que se fuera de su casa y hacer de su vida un sayo. La joven viuda no tardó mucho en volver a pasar por la vicaría y comenzó a parir un hijo cada dos años. Su nivel económico disminuyó, se notaba en sus calzados y vestiduras que pasaron a ser vulgares, desprovistos de los lujos de antaño. Sin embargo, el brillo de sus ojos era más que apreciable. Aunque las maldicientes lenguas del pueblo apuntaban que el esposo de Catalina, lejos de dedicarse en sus horas libres a los placeres del hogar y de la literatura, frecuentaba en exceso la sala de juegos clandestina que habían abierto en Plantío, concretamente en un discreto salón de la posada El Águila. Allí se dejaba entre naipes y ruletas, los cuartos de la renta que le dejó doña Pina a su esposa. Su compañero de juego y de farras era el sargento que registró, en dos ocasiones, el chiribitil de la posada buscando el escondite de la criada de la doña más principal de la comarca.

Teresa desvió sus pensamientos hacia Lucas. Las vueltas que da la vida, se dijo, ahora es el dueño de toda la fortuna que heredó de su abuela y de su padre. Anselmo procuró que los negocios de su tía y los de su primo salieran a flote. No solo los conservó, sino que realizó excelentes transacciones comerciales incrementando su capital, especialmente, con la fundición de hierro que poseían en Bilbao. Las planchas de metal las vendían principalmente en las Indias. Las exportaban a distintos países hispanoamericanos que se encontraban en plena creación del ferrocarril, y necesitaban hierro para construir los raíles que cruzarían sus territorios de norte a sur y de este a oeste. Además, Anselmo continuó transportando la harina y el hierro en los barcos de la naviera con la que firmaron el contrato la noche que supuso un punto de inflexión en las vidas de los Mendoza y en la de Lena.

Teresa miró la fecha de la carta y contando los días, calculó que en una semana podría abrazar a su hermana, a sus sobrinos y a su esposo. Los recibiría en su casa con total discreción.

41

Cádiz, septiembre de 1854

Una hora llevaba El *Reina de los Ángeles* atracado en la dársena del Puerto de Cádiz. Lo hizo un día más tarde de lo previsto. El navío había sufrido una pequeña avería en alta mar que obligó al capitán del buque a detener la máquina que lo hacia navegar y proceder a su reparación.

La cubierta del barco comenzó a llenarse de pasajeros portando sus equipajes, grandes grupos de hombres, mujeres y niños se iban agolpando en los huecos de los portalones del potente navío para desembarcar y poner fin a tan azarosa travesía. Pisar tierra firme se había convertido en el anhelo común de todos los viajeros.

Lena estaba algo revuelta en medio de dolorosos recuerdos que quemaban como fuego vivo. La travesía había sido tensa, la aprensión a un hundimiento no la abandonó mientras duró el trayecto marítimo. Se echaba a temblar por cualquier movimiento o pequeña zozobra del buque pensando que eran señales de un naufragio seguro. La incertidumbre también la corroía y, aunque disimulaba, no podía evitar ese rictus de preocupación que le acompañó desde que cerraron la casa de La Santísima Trinidad para embarcarse en el *Reina de los Ángeles* e iniciar una nueva vida en España.

Tal vez había azuzado en exceso a Emilio para que tomara la

determinación de volver. Ciertamente lo hacían de la mejor forma posible, con los bolsillos bien abastecidos para comenzar holgadamente sus vidas en la finca que habían comprado. Además, los esclavos del ingenio estaban cada día más revueltos, se palpaba el nerviosismo y su impaciencia por la insurrección que estaba a punto de llegar. El odio que reflejaban sus ojos, también avisaban del próximo suceso.

Pero la causa final por la que decidió evitar esa experiencia fue el día que descubrió la mirada de Muna distinta. José consiguió su propósito y, aunque la esclava libre intentó ocultar durante un tiempo que dentro de ella se había obrado el cambio, sus ojos la delataron.

Eludir la insalvable revolución que amenazaba directamente a sus tres hijos se convirtió en su único empeño. Valentina, Cecilia y Jonás eran para ella y para Emilio lo más sagrado de sus vidas. Sus hijos le habían dado más sentido a todo lo que sucedió después de huir de la casona de los Mendoza.

Sin embargo, a medida que pasaban los días y los preparativos del traslado se iban efectuando, Lena comenzó a sentir una gran desesperación. Solo deseaba volver a su pueblo natal para calmar su incertidumbre, no soportaba durante más tiempo no saber de Lucas. Desconocía cómo había sido su vida, ni siquiera sabía si aún tenía vida. Esta última reflexión la atormentaba y le parecía imposible aspirar a una dicha duradera con esa amargura clavada en su alma. El correo trasatlántico no lo utilizó para evitar poner en alerta a las autoridades españolas y a las cubanas. Por eso, solo escribió una carta a Teresuca cuando llegó a Trinidad, con la intención de que conociera su paradero y aplacar así sus miedos, con la razón de que no le contestara. La segunda y última carta la envió hacía dos meses, justo antes de embarcar en el *Reina de los Ángeles*, en ella le comunicaba su llegada a Comillas.

Ardía en deseos de abrazar a su hijo, también a su hermana. No obstante, Lena era prudente con sus esperanzas, sabiendo el devenir de la vida y cuán caprichoso podría ser el destino.

—¡Madre! —exclamó Cecilia con su traje de muselina blanco y sombrero de gasa cubriéndole sus rubios cabellos—. En Cádiz hace un calor parecido al de Cuba.

—Pues dejaremos fuera del equipaje las sombrillas blancas, seguro que nos hacen falta —contestó Lena un poco despistada—. ¿Dónde están Jonás y Valentina?, deberían estar preparados para

desembarcar.

—Se encuentran con padre esperándola a usted en cubierta. Apúrese, madre, que ya llegan los estibadores a por los baúles.

Lena recogió su documentación falsificada con el aliento en vilo y la introdujo en su cartera de mano junto a los papeles del resto de su familia. A Emilio le suponía un esfuerzo titánico leer un legajo, por eso, ella tuvo que hacerse cargo de los documentos de sus hijos, la carta de seguridad y de sus pasajes. En su cédula personal aparecía con apellidos ficticios que, a lo largo del tiempo, se hicieron oficiales e incluso consiguió casarse con Emilio en La Habana con esa identidad que él le asignó antes de embarcar en el *Reina de los Ángeles*, escapando de las autoridades españolas.

Emilio no tardó un mes, tras el fallecimiento de Marcela, para comenzar con los preparativos de su boda con Lena. Lo organizó en secreto en la Habana, en la pequeña iglesia de Santa Clara, lejos de Trinidad. Para los habitantes del valle de los ingenios estaban ya casados, formaban una familia con hijos. El casamiento se celebró en la intimidad, únicamente asistieron Valentina, Cecilia en brazos de Muna, Antonio, Elvira y don Carles que llevó a Lena al altar. La madre de Elvira se negó a asistir a tal evento. La única intención de Emilio, consciente de su precaria salud, fue sellar legalmente lo que ya estaba unido desde hacía algún tiempo, sobre todo, para facilitar los trámites para otorgarles sus apellidos a los hijos que nacieran de su matrimonio con Lena y los derechos de herencia. Tras las nupcias, no hubo necesidad de dar explicaciones porque no se hicieron preguntas y todo continuó igual.

Marcela murió dos años después de que la abandonara Emilio. La encontró su doncella enterrada en sus excrementos e infectada por las bacterias esparcidas por la amplia estancia. Su enajenación la llevó a una desnutrición severa. Terminó sus días escuálida y asegurando, mientras bebía a sorbos el aguardiente de anís, que era la mujer más envidiada del Caribe.

A Lena, mientras abría la puerta del camarote para dirigirse a la cubierta del *Reina de los Ángeles*, se le nublaron los ojos al recordar su despedida con Elvira. Antonio y ella estaban preparando también su traslado de residencia, marchaban a Barcelona con sus tres hijos, donde Antonio había iniciado negocios que le obligaban a estar presente en la ciudad condal.

Lena se sentía amarrada a Elvira por una especie de unión que iba más allá de la amistad. La quería como a una hermana de

sangre. Había sido tan generosa con ella, que por muchas vidas que viviera, no podría agradecerle ese cariño tan especial y la ayuda que le prestó mientras estuvieron juntas. Tal vez esa fuera la razón por la que sus respectivos esposos no terminaran con su amistad tras venderle Emilio su parte de la naviera al comillano.

Elvira tuvo que enterrar toda esa libertad ganada palmo a palmo desde las cuartillas pensando en la pasión del amor, y se transformó en una mujer sin sueños para poder seguir adelante con su vida de esposa y madre. No volvió a escribir ni a leer, excepto los evangelios. Se refugió en los rezos del rosario, en la oración para detener su alma, que libre, buscaba una salida sin encontrarla.

Ella misma fue consciente de cuánto había cambiado desde que unió su vida a la de Antonio en La Divina Pastora. La decepción se agarró a sus pupilas y las tornó vacías, apagadas, sin vida. Se entregó a la tarea heroica de vivir como no era ella, a disimular una dicha inexistente y todos estos engrudos los tragaba con el chocolate con almojábanas que parsimoniosamente engullía con el formalismo de un acto sacramental. Comenzó a coger peso, a descuidar su maltrecha figura después de los embarazos y los partos y se fue transformando en una mujer carnosa y de aspecto vulgar. Sin embargo, Lena halló siempre dentro de sus retinas esa viva inteligencia que poseía y las esperanzas de ser libre.

Emilio se hallaba en cubierta, levemente inclinado sobre su bastón y sus gafas de cristales oscuros para evitar la luz que, en todo su esplendor, se colaba por todos lo ángulos de la nave. Su escasa visión le permitía adivinar la figura estilizada de Valentina. La muchacha, a sus dieciocho años, poseía un soberbio cuerpo. Vestía con un vestido de organdí en tonos rosa y sobre sus cabellos una pamela de rafia natural que ocultaba parcialmente su melena negra, lacia y brillante heredada de su madre. Los ojos oscuros y profundos, como su padre, le imprimían carácter al rostro casi perfecto. Jonás al otro lado, aparentaba ser un paje de su soberana, sentía adoración por Valentina y siempre que podía se anclaba a su lado y allí pasaba las horas mirándola. Sin embargo, con Cecilia era distinto, el niño no tenía especial apego por su otra hermana. Cecilia, tan rubia como Lena, solo tenía ojos para su madre a la que admiraba con cierta dosis de posesión.

Emilio fijó la mirada en su único hijo varón y percibió la

constitución frágil de Jonás. El pequeño nació a los siete meses de gestación y pudo sobrevivir gracias al calor que le proporcionó el agua caliente de las botellas que siempre envolvían su diminuto cuerpo y al cuidado exclusivo de su madre. Era un niño de seis años un tanto enfermizo. Por él había adquirido hacía dos años y, a través de su administrador, *La Albuera*, una extensa finca en plena dehesa extremeña. Don Florentino Gala, administrador de Emilio, viajó a España para firmar las escrituras mediante un poder notarial firmado por él y desde ese momento comenzaron con los preparativos para volver. *La Albuera* se hallaba a dos kilómetros de Mérida y los cinco edificios, incluida la casa, que componían el cortijo se encontraban en una finca enclavada en unos preciosos y extensos campos de encinas, romeros y tomillos convirtiendo a esa extensión de terreno en un lugar incomparable para vivir. Buscaron esta hacienda en una zona cálida del país con el fin de encontrar un clima benigno. Los vientos, las lluvias y humedades de Cantabria o de cualquier otra región del norte tuvieron que evitarlos por la quebradiza salud de Jonás. El pequeño había pasado una pulmonía grave el invierno anterior que lo puso al borde de la muerte. Le dejó secuelas y siempre andaba con flemas y toses que le preocupaban altamente.

Cuando divisó Cádiz, entre las sombras que le procuraba su poca visión, no pudo evitar recordar su viaje anterior con Antonio y se situó en esa época en la que ambos lucharon unidos y coordinados por sacar adelante la naviera recién creada.

Sin embargo, cuán diferente fue todo después. Aún le asfixiaba ese recuerdo, cuando vislumbró su esencia. Mil veces hubiera preferido no haber descubierto la verdadera faz de su amigo. Él se preguntaba, con la mano en el corazón, si esa amistad que los unió durante tantos años se creó en el aprecio y admiración que sinceramente él sintió o fue por interés. El vasco había ido descubriendo poco a poco la incertidumbre de los pasos de Antonio, sus trastornos de humor, su opacidad y su engaño final, ese engaño que no pudo ni supo sortear porque era como sortear una gran catástrofe, nada que ver con las miserias minúsculas de cada día. El tiempo que estuvo vislumbrando la realidad de Antonio, su sueño se vio nuevamente alterado, daba vueltas en la cama, se levantaba y deambulaba por la casa a oscuras, palpando las paredes y muebles hasta que amanecía en cualquier parte de la casa con un tibio estado fetal, los ojos cerrados, la respiración tenue, vencido por la

tristeza.

Emilio se revolvió de rabia. ¡Qué miserable, qué canalla!, se dijo al recodar las palabras de Antonio. Habían pasado doce años desde que las pronunció.

—Querido Emilio, me alegro de tu mejoría. Después de la salvaje cirugía a la que fuiste sometido y que, gracias a Dios, has podido superar, estás bastante recuperado. Trepanar un cerebro no es cosa fácil... Pero debes saber, amigo mío, una gran noticia. La naviera, desde que contratamos el traslado de esclavos en nuestros barcos, ha triplicado su productividad.

El silencio inundó la biblioteca de La Santísima Trinidad donde ambos tomaban unos licores.

—¡Me cago en diez! —exclamó el vasco—. Acaso quieres decir que habéis continuado Ramiro y tú con esa infamia. Te dejé bien claro que no estaba dispuesto a tolerarlo y que cancelaras inmediatamente esas transacciones.

—No entiendes nada, Emilio. Pero ya es imposible lo que pides, los contratos están firmados y eso va a misa, lo quieras o no.

—¡A la mierda con los contratos! —gritó Emilio furioso—. Si te interesaran cancelarlos, ya lo habrías hecho. No olvides que te he visto hacerlo en otras ocasiones sin que te temblara el pulso. Detrás de todo esto se esconde algo, ¿verdad, Antonio?

—Sí, muchos pesos. ¿Te parece poco?

Emilio descubrió por primera vez la mezquindad que habitaba en su alma y no tuvo otra alternativa. A los tres meses de esta conversación, vendió su parte de la naviera a Antonio, liberando de esta forma su futuro económico del suyo. Cada uno siguió su camino con sus finanzas independientes. Antonio consiguió hacerse el hombre más rico de Cuba y también consiguió crear un astillero en Cartagena y dos Bancos en Cataluña, después amplió sus negocios de construcción naviera en Cádiz. Le ofreció a su pueblo natal una preponderancia desconocida hasta por los más viejos del lugar y comenzó a rodearse de nobles y grandes empresarios que acudían a él como abejas al panal husmeando su fortuna. Recibió a la ennoblecida alcurnia en sus soberbias mansiones de Barcelona y Comillas; arzobispos y reyes, también gente sin fortuna, acudieron a él para ser ayudados para emprender algún proyecto eclesiástico, financiero o conflicto bélico con las colonias. Él siempre los atendía y estudiaba el contenido a fondo con su mente fría, analítica, perfecta para los negocios. A veces, no eran rentables, aun así,

sopesaba si podrían serlo para sus intereses venideros, entonces, invertía su dinero porque le abrirían ventajosas puertas.

Sin embargo, Emilio siguió explotando su plantación de caña de azúcar, herencia de don Roque, e invirtiendo su capital en el ferrocarril que se construía a lo largo y ancho de Cuba. Hasta que decidieron volver y empezó a vender su patrimonio. La Santísima Trinidad la adquirió un rico hacendado francés, esposo de Marguerite, esa mujer de la que estuvo un tiempo enamoriscado.

—Padre, salga de sus pensamientos y apóyese en mí que vamos a bajar por la escalera —le dijo amorosamente Valentina ofreciendo el brazo a su padre.

La muchacha arrastraba duras tristezas, parte de su vida afectiva y amorosa las dejó en Cuba. Notaba la ausencia de Muna y de Martín. Cuando se despidió de su negrita, se rompió en mil trozos su corazón, la quería desde que nació como a su madre, más aún, porque a su madre nunca la tuvo como a ella.

Con Martín había vivido una historia de amor secreta. Cuando se dieron cuenta de que se amaban tendrían quince años. Valentina rememoró el inicio de su aventura aquella tarde que se encontraba sola en la sala de estar. Fue la primera vez que lo vio detrás de los cristales y le sonrió con una ancha y dulce sonrisa de dientes blancos. Salió a su encuentro y, después, decidieron pasear por la hacienda. Al día siguiente, Martín volvió a asomarse por los cristales de la sala con su rostro inocente y la misma sonrisa de la tarde anterior. Ella otra vez salió a su encuentro y huyeron de La Santísima Trinidad a la grupa de sus caballos para perderse entre los frondosos prados del valle de los ingenios. Al cabo de unos días, debajo de un árbol comenzaron sus escarceos amorosos, se juraron amor eterno y se iniciaron en amores con la rara sensación de estar descubriendo algo que sus instintos sabían desde siempre. Valentina perdió su virginidad con unas dudas de conciencia que nunca logró superar, mientras que Martín hablaba abiertamente de sus orgasmos con ella.

Hasta la mañana que Martín, insensiblemente, pasó con José delante de los cristales de la sala y no la miró ni le sonrió. Habían transcurrido dos años desde la primera vez que huyeron hacia los prados, fuera del ingenio y, desde entonces, se convirtió en un extraño para ella; la mirada de él se llenó de brumas desprovistas de inocencia.

Valentina con el corazón roto, esperó deseosa el momento de

zarpar en *El Reina de los Ángeles* para poner un océano en medio. Y con ese amor devoto hacia su padre, se dedicó por completo a él. Emilio llevaba muchos años mostrando cierta debilidad física y espiritual y su hija se volcó en sus cuidados como una ruina que se derrumba. No obstante, el vasco percibió en esa abnegación un inconfesable deseo por arrinconar su dolor y su desengaño. E intuyó, con el olfato propio del sufridor, el descalabro emocional de Valentina como fruto de sus amores con Martín. También vio el manejo y el odio de José detrás de esta historia; conocía perfectamente su rabia y sus ansias de venganza. Pero lo que supuso un duro golpe para su vencida alma fue que, ante los impasibles ojos de Muna, su hijita se convirtiera en la diana de los dardos envenenados del viejo Teranga.

Desde el edificio de la aduana, algunos ciudadanos de Cádiz divisaban el *Reina de los Ángeles* atracado en el muelle y dos hileras humana cruzando su casco. La primera que observaban desde la distancia, la formaba una serie de personas que vestían con buenos ropajes. Descendían por la escalera silenciosamente, sin precipitaciones. La otra hilera, en el lado opuesto de la nave, parecía un amasijo humano desmandado por la impaciencia, hablaban todos a la vez y tropezaban unos con otros cargando hatillos, paquetes y demás bultos que constituían sus pertenencias. Sus caras reflejaban el deseo por pisar suelo firme tras la larga y difícil travesía hacinados en los camarotes, sin aire ni luz, situados junto a las bodegas del barco.

42

Comillas, octubre de 1854. Veinte días después.

Eran más de la siete cuando sonó la aldaba del portón. Comillas había estado envuelta en una llovizna tersa toda la tarde que muy pronto se descompuso en un aguacero de los grandes. Ya era noche cerrada cuando Teresa abrió la puerta de su casa para encontrase con la sonrisa algo nerviosa de Lena. Las piernas se le aflojaron y un dolor en el pecho la obligó a abrazarla. Se miraron cogidas de las manos y comprobaron cuán diferentes estaban. El rostro ovalado de Lena se había vuelto anguloso y su cuerpo delgado había perdido la sinuosidad de antaño, aunque sus ojos eran más grandes y cristalinos que nunca. En cambio, Teresa cambió su anatomía contrariamente a la de su hermana, cogió peso y esas carnes pegadas en los senos y sus caderas las lucía con cierta distinción.

—¡Celso, Celso! —gritó Teresuca a su esposo—. ¡Ven acá y mira quién está aquí!

Apareció Celso en zapatillas de piel verde, con un gorro de terciopelo con borla de oro y las lágrimas asomadas a los ojos sabiendo que era Lena la que esperaba en el vestíbulo.

—¡Lena, Lenuca! —gritó trastornado.

El secretario del Consistorio y Lena se fundieron en un abrazo cargado de sollozos.

—¡Pareces otra, hija mía! ¡Cuánta elegancia! —le dijo mientras

le pasaba, despacio, la mano por el pelo.

Se asomó por la puerta una zagala espigada, rubia y con el rostro semejante al de su querido Celso. La niña, levemente retraída, sonreía a su tía sabiendo bien quién era.

—Mira, querida Lena, ésta es Piluca, tu sobrina.

Lena miró a la hija de su hermana con las lágrimas surcándole la cara. La atrajo hacia ella para estrecharla entre sus brazos. Le acarició los cabellos, la besó en las dos mejillas, volvió a besarla y después la abrazó como parte de su sangre.

—¡Mi querida niña! —musitó totalmente emocionada.

—¿Vienes sola? —preguntó Celso.

—Sí, vengo sola. Ya sabéis que tengo esposo y tres hijos: Valentina, Cecilia y Jonás. Aunque la mayor es fruto del anterior matrimonio de Emilio. Creo que se lo expliqué a mi hermana en la carta que le envié cuando aún no habíamos zarpado en el *Reina de los Ángeles*.

—Sí, sí, querida Lena, me lo comentó. Pero ¿dónde se encuentran?

—Los he dejado en la posada de Cabezón de la Sal. No nos atrevíamos a venir todos por el temor de llamar la atención de las autoridades y de los vecinos de pueblo. Pero ya iréis conociéndolos. Ahora solo quiero saber cómo está mi ángel. ¿Le has dicho que venía, Teresuca?

—Se lo dije nada más recibir tu carta. La ilusión con la que recibió la noticia aún lo mantiene feliz. Lucas te espera en su casa.

Algo vertiginoso se enredó en su estómago cuando supo que Lucas la esperaba. Su corazón se esponjó de ese amor que sentía por su hijo. La alegría de saber que él aún estaba aguardando su llegada, la arrastraba por un tumulto de emociones indomables. La recuperación de Lucas se había convertido en el objetivo único de su vida y estaba tan segura de lograrlo que el milagro del reencuentro estaba al alcance de su mano. Lena pensó que la plena felicidad debía ser aquello que abrigaba en ese momento.

—Me gustaría ir ahora mismo a la casona, entraremos por la cocina, Teresuca. No aguanto más sin ver a Lucas.

Teresa quedó unos instantes paralizada, pensando en la cantidad de acontecimientos que habían sucedido durante esos largos años de ausencia y que Lena desconocía. No sabía por dónde empezar. Enfrentó sus ojos y precipitadamente le dijo:

—No hace falta que entremos por la cocina, hermana. Tu hijo es

el único dueño de la casa. La doña murió hace tres años de ancianidad y Mateo hace muchos más; se descerrajó un tiro en la cabeza a los pocos meses de tu fuga. Lucas ha heredado la fortuna de su padre y la de su abuela.

—¡Qué dices, mujer! ¿Acaso te has vuelto loca? —respondió Lena intentando asimilar todos los sucesos acaecidos durante su ausencia.

La marejada de ideas y emociones la hizo tambalear, incluso especuló con la posibilidad de que nada era cierto, sin embargo, la mirada de Teresa no daba resquicio a la duda. Lena se sentó en la primera butaca que vio, respiró pausadamente dos veces notando que el pecho se le agitaba a cada instante y comenzó a digerir la información recién recibida. Al cabo de unos segundos, cuando sintió disminuir el tumulto que sentía, preguntó:

—¿Con quién vive mi hijo?

—Con la servidumbre desde la muerte de su abuela. Lleva tres años estudiando en Oxford varias disciplinas universitarias que aún sigue cursando, ahora está aquí de vacaciones. Su tío Anselmo, en su ausencia, ha seguido gestionando sus negocios con la misma eficacia de siempre. Actualmente, Lucas es muy rico, diría que es el hombre más acaudalado de la región.

—¡Dios mío! ¡Cuánta soledad! ¡Pobre hijo mío!

—No creas que ha estado solo. Tanto la Francisca, la Jesusa, como Juana lo han atendido. Yo he estado también pendiente de él.

—¿Y doña Catalina?

—¡Puaf! Eso es una historia muy larga, que merece que te la cuente muy despacio. Lo único que te diré ahora es que salió de la casona como gato escaldado, huyendo por la puerta trasera con un hijo en los brazos de un tal Ernesto Roldán, pasante en el bufete de don Gregorio Álvarez de Ballesteros y sin un real de los Mendoza. Actualmente es una matrona dichosa.

—¡Alabado sea el Señor, cuán diferente está todo! Pero apúrate, Teresuca, y coge tus cosas que nos vamos pitando a la casona. ¡Ardo en deseos por abrazar a mi ángel!

Lena y Teresa cruzaban Comillas en la calesa de don Celso. La Plaza del Ayuntamiento, donde se ubica también la iglesia parroquial de San Cristóbal, le pareció a Lena más pequeña pero igual de hermosa. Trece años había permanecido fuera de su pueblo desde que salió huyendo disfrazada de viuda envuelta entre tafetanes y tules negros. Pensó que, si el corto tiempo del que

disponía se lo permitiera, rezaría un padrenuestro delante del Cristo del Amparo por haberle concedido la oportunidad de pisar nuevamente su tierruca, tal como hacía cuando era una zagala e iba con su madre y Teresa a pedirle al Cristo que las aguas del Cantábrico le devolvieran a su padre vivo.

Cruzaron con sus almas en vilo por la Plaza del Corro que permanecía silenciosa; su bullicio habitual, a esas horas, había desaparecido. Dejaron atrás, con el leve trote de los caballos, fachadas de piedras de sillería, hermosas balconadas colmadas de hortensias y geranios y una emoción creciente que se le iba instalando en el corazón a Lena mientras contemplaba a su añorada Comillas.

Hasta que llegaron cogidas de las manos a la puerta de la soberbia casona de los Mendoza. Lena se empeñó en entrar por la puerta de la cocina, quería ver a Juana.

Antes de entrar, sintió un nudo en la garganta e ingresó aturdida y dando tropezones.

Nada más entrar sintió el calor de los fogones. La leña llameaba, crepitaban los tizones y en la vieja mesa de la cocina, entre dos cuartos de cordero crudos, se elevaban una pila de platos que temblaban con las sacudidas del tajo de Juana picando las verduras.

Cuando Juana sintió que en su cocina no estaba sola, giró el cuello y contempló a las dos hermanas delante de ella, mirándola y sonriendo. Entonces, a la vieja cocinera se le descalabraron las rodillas y no pudo decir nada hasta que notó el abrazo de Lena.

—¡Por todos los clavos de Cristo! ¡Lena, hija mía! ¡Cuántas ganas tenía de que llegara este momento! Pero deja que te mire...

Juana comenzó a llorar de la emoción, aunque ya sabía, desde que Teresuca llegó con la noticia, que Lena aparecería en cualquier momento. Pero su frágil corazón no pudo reprimir la alegría de verla nuevamente. Le echó un vistazo con sus gastadas retinas y recorrió toda su anatomía. La notó más delgada, con el rostro levemente decolorado, pero sus ojos grandes y cristalinos miraban con la misma intensidad de antaño. La beldad de Lena había dejado atrás las rabiosas voluptuosidades de los años adolescentes.

—Querida, Juana, ¡cuánto te he añorado y cuánto te he necesitado!

Lena no dejaba de abrazarla y besarle las mejillas, la cara entera.

—¿Y Francisca y la Jesusa, por dónde andan?

Juana tuvo que esperar un poco para contestar, las emociones se

le agolparon dejándola sin habla.

—Francisca casó con el Cuco y tiene a su Marianín. Viven en San Vicente de la Barquera. Él montó por su cuenta una carpintería en la calle principal del pueblo. Seguro que en cuanto le demos aviso de que estás aquí, la Francisca viene a verte. Esa muchacha te quiere en gordo. Y la Jesusa está arriba acabando una faena.

—¡El Cuco!

La mujer solo pudo asentir de lo conmovida que aún estaba.

—El Cuco es el zagal que trabajaba en la carpintería del marido de la Luisa, ¿no Juana?

—El mismo ¿te acuerdas de él, no?

—Buen zagal que era. ¿Y tienen un hijo?

—Sí, Marianín. Y tú, Lena, ¿has tenido más hijos? —preguntó Juana con sus manos entre las suyas totalmente embelesada por la elegancia de la que fue doncella de doña Pina.

—Sí, Juana. He parido dos hijos en estos años, Cecilia y Jonás y una hija que es del anterior matrimonio de mi esposo, se llama Valentina. Mi esposo fue el que me sacó de Comillas y me llevó a Cuba. Pero esa historia ya te la detallo en otro momento. Ahora solo quiero ver a Lucas.

—Arriba estará leyendo en la biblioteca, nos ha salido muy aplicado. Este año termina sus estudios en el extranjero.... Es tan formal, tan cariñoso y elegante que puedes estar orgullosa de tu hijo. ¡Anda, sube!, que te espera desde hace unos días con impaciencia.

Teresuca y ella subieron la escalera que las llevó hasta el comedor de la casona. Todo estaba igual. El olor de la estancia la inquietó, se agolparon de repente en su cabeza un cúmulo de recuerdos. La casa se conservaba intacta desde que ella marchó, de eso ya se había percatado nada más entrar en la cocina. Parecía que el tiempo se hubiera detenido y los trece años transcurridos, desde que pisó ese suelo por última vez, no hubieran pasado.

—Hermana yo me quedo aquí. Prefiero que estés a solas con tu hijo.

Lena asintió y se dirigió a la estancia contigua donde se hallaba el despacho y la biblioteca. La puerta estaba entornada y una tenue luz del único quinqué encendido iluminaba el amplio espacio. Lo primero que vio Lena fue la pelambrera rizosa y negra de Lucas sobrepasar el respaldo de la butaca donde, sentado, leía un libro. Lo único que apreció distinto fue el desorden de los libros sobre el

suelo y el escritorio atiborrado de legajos dispuestos de cualquier manera. Se acercó con un temor que se le hizo insoportable, parecía que era Mateo el que reposaba en aquella butaca. De repente, Lucas giró la cabeza al oír el crujir de la falda de su madre y se levantó para averiguar quién entraba en la biblioteca. La penumbra hizo el resto y Lena creyó ver a su verdugo, a Mateo encarnado en su hijo.

A Lucas se le nublaron los ojos. La reconoció en el instante que fijó su mirada en ella. Se le cayó el libro al suelo de la emoción y se acercó a su madre balbuceando unas palabras que Lena no escuchó. Solo veía a Mateo acercarse a ella y un pánico fuerte, irracional y traidor se adueñó de su voluntad. Se quedó petrificada, sus brazos no pudieron alzarse para abrazar a su hijo, sin embargo, sintió el cuerpo de Lucas estremecerse, rodeándola y llorando como un niño con el pecho tembloroso y un sollozo largo, fuerte, que lo mantuvo jadeante un buen rato. El olor de su pelo, el tacto de su piel y su voz eran semejantes a los de Mateo. Y comenzó una batalla infernal dentro de ella, hasta que logró abrazarlo y estrecharlo con una antigua aversión.

—¡Madre, madre! —exclamó llorando.

Lena observaba a su hijo derramando lágrimas de rabia por no poder quererlo más. En cambio, Lucas pensó que estaba tan emocionada como él por el anhelado encuentro y la volvió a abrazar.

—¿Se quedará usted aquí conmigo?

Lucas hablaba igual que cuando tenía ocho años. Había retrocedido emocionalmente esos trece años que habían estado separados. Volvió a ser el mismo zagal de entonces en cuanto vio a su madre y pudo volcar la pena profunda que lo tuvo paralizado durante su ausencia.

Lena enmudeció, no podía articular palabra alguna, era tan injustificable lo que ella sentía por su hijo, que su sempiterno remordimiento comenzó a aflorar exactamente igual desde que a Lucas le creció el cabello como a su progenitor. Sin embargo, reaccionó y pensó que debían hablar de los hechos del pasado.

—Mi cielo, sabes que es imposible que me quede aquí contigo. Soy una prófuga y las autoridades y los vecinos me reconocerían enseguida.

—Pero, madre, ya sabrá que ni la doña ni mi padre viven, lo que pasó ya está olvidado en el pueblo.

Lena se acercó a la puerta de la estancia que permanecía abierta

y la cerró para que Teresa no escuchara la conversación. Se sentaron juntos en el sofá que presidía la estancia y se enlazaron las manos. Lena intentaba entretener su cabeza mientras pensaba cómo abordar el tema de su actual familia, le preguntó:

—Me ha dicho Teresa que estudias en el extranjero, ¿no, hijo?

—Sí, madre. En Oxford me preparo para ser titulado en Economía y Derecho. Este curso terminaré mis estudios universitarios.

—Pero, ¿quién te ha enviado hasta allí? Oxford debe estar muy lejos de Comillas.

—En Inglaterra, madre. Lo dispuso mi abuela antes de morir y el tío Anselmo ha cumplido todos sus deseos. Con él hice mi primer viaje a Oxford para conocer la universidad y para decidir los estudios que posteriormente he realizado y que pronto concluiré.

Lena miraba a Lucas. Se acordaba de las veces que había imaginado ese momento que ahora vivían, no obstante, nada era igual a lo que pensó. Algo interno se le removía con demasiada fuerza y la catapultaba lejos de aquella estancia. Debía comunicarle, sin demora, que tenía dos hermanos nacidos en Cuba. Sin embargo, extrañamente percibía que a Lucas no le iba a agradar esa idea. Se mordió el labio y sin pensarlo más, le soltó:

—Ángel mío, has de saber que tienes dos hermanos: Cecilia y Jonás. También tengo esposo que ha hecho todo lo posible para que nos encontremos hoy tú y yo.

A Lucas le cambió el semblante al entender que la existencia de su madre no había transcurrido igual que la suya; su vida en las Indias aconteció dichosa. Sin embargo, él no había dejado de sentir ni un solo día el dolor de su recuerdo, no había pasado un solo minuto sin acordase de ella, sin sufrir su ausencia.

—No me ha perdonado usted por lo que hice, ¿verdad madre? Por mí tuvo que marcharse lejos…

—No, no… mi cielo. He agradecido siempre que vengaras el ultraje al que fui sometida con esa valentía que te define. Eras aún muy chiquito cuando presenciaste un hecho abominable que no entendías, ni cabía en tu sesera y que a ciencia cierta te habrá marcado para siempre. He pensado mucho sobre eso, Lucas. Hubiera dado mi vida por ahorrarte estos trece años de martirio y soledades y que no te hubieras enfrentado a lo que al final tuviste que vivir. Pero es imposible cambiar los hechos cuando ya han acaecido. Y ese es un secreto que nos hemos de llevar a la tumba la

Jesusa, Francisca, Juana, tú y yo. Nadie más sabe lo que realmente ocurrió.

Lena, mientras hablaba, se tragaba el llanto. Reconstruía cada segundo de aquella fatídica noche en la que fue brutalmente violada y, después, presenció la justiciera reparación de su hijo cercenándole la mano a su violador con el cuchillo de despiezar.

—Sí, madre, no lo he olvidado —dijo al mismo tiempo que abandonaba las manos de su madre—. Entonces, ¿se marcha usted otra vez para no volver?

Lena cerró los ojos sabiendo que huir era lo que deseaba en ese momento; salir de la casona de los Mendoza para no regresar, pero Lucas no merecía nuevamente otro abandono. Percibía que el padecimiento de su hijo superaba con creces el límite de cualquier ser humano y ella no podía ni debía causarle más daño.

—No, mi vida. He venido para llevarte conmigo —musitó con un nudo en el alma.

Lucas miró a Lena con una extraña irisación en sus pupilas que escondía la verificación de sus sospechas.

—Madre, dígame la verdad, ¿usted me quiere?

Lena desvió la mirada sintiendo la falta de aire. No pudo soportar los ojos abiertos sin pestañear de su hijo y pensó que le quedaba la peor de todas las batallas, la que tendría que librar encarnizadamente con ella misma.

Finalmente pudo alzar su mirada hasta los ojos de su hijo y haciendo un gran esfuerzo por simular los sentimientos que la acuciaban, le dijo:

—No seas tonto, ¡cómo no te voy a querer! Una madre siempre quiere a sus hijos... Lucas, te quiero y te querré toda la vida.

El 10 de octubre de 1868 en la parte oriental de Cuba, Carlos Manuel Céspedes y un grupo de conspiradores se rebelaron contra la dominación española. La oposición común al colonialismo español no implicaba en modo alguno la unanimidad sobre los objetivos de la revuelta. Algunos de los insurrectos favorecían la anexión a Estados Unidos, mientras que otros buscaban la independencia completa. Muchos eran hostiles a la institución de la esclavitud, en parte por su resentimiento contra los grandes hacendados esclavistas occidentales, en parte porque la ayuda para el mantenimiento de la esclavitud era un componente del control ejercido por España sobre la isla que trataba de evitar la perturbación de las relaciones sociales de la esclavitud. Al inicio de la rebelión, Céspedes aconsejaba una emancipación gradual, con pago de indemnizaciones. Los principales líderes de la revuelta tenían en la esclavitud una inversión económica directa menor que la de los hacendados del oeste, pero respetaban el principio básico de la posesión de esclavos, de modo que Céspedes decretó en noviembre de 1868 la pena de muerte para quien incitara a los esclavos a la rebelión. En diciembre, los líderes enunciaron su política: la abolición seguiría al triunfo de la revolución. Los esclavos de los hacendados que se habían unido a la rebelión no serían aceptados en el ejército sin el permiso de sus dueños. Esta posición era consistente con el antiguo objetivo reformista de la eliminación futura de la esclavitud, y con el deseo de los insurgentes orientales de agradar a ciertos propietarios de esclavos del oeste. En febrero de 1869, la Asamblea Revolucionaria del Departamento Central, rechazando el liderazgo de Céspedes, pidió la abolición de la esclavitud, prometiendo una indemnización en el futuro. Cuando los diversos grupos rebeldes se unieron en la Asamblea de Guáimaro en abril de 1869, emitieron una declaración en el sentido de que "todos los habitantes de la República son enteramente libres". En adelante todos los esclavos deberían considerarse libertos, hombres y mujeres liberados. El reglamento volvía obligatorio el trabajo para los libertos. Si los libertos dejaran a sus amos, tendrían que reportarse a una oficina gubernamental que los asignaría luego a un nuevo amo, cuya finca no podrían abandonar sin permiso. Los patronos tendrían que entregar a los

libertos, tierra en usufructo para su cultivo, en la que los libertos podrían construir cabañas para ellos y sus familias en un lugar fijado por el amo. Los amos podrían disciplinar a los libertos, si fuese necesarios, negándoles sus días de descanso. Pero Céspedes consideró excesivo incluso este grado de libertad. Aconsejaba que el Reglamento se promulgara, pero no se aplicara de inmediato. Permaneció en vigor el Reglamento hasta fines de diciembre de 1870, cuando fue revocado a favor de la libertad plena. Así pues, puede decirse, que la revolución fue inequívocamente abolicionista sólo a partir de 1871. Los blancos de clase alta y media educados en una sociedad esclavista una vez colocados en posiciones de autoridad, tenían también una fuerte tendencia a considerar a los negros como trabajadores, antes que como personas. Las exigencias de la guerra y los prejuicios clasistas y culturales llevaron a los líderes insurgentes a ver a los libertos como elementos útiles, pero potencialmente peligrosos, y a restringir por consiguiente su libertad.

Rosa de la Corte
Finalizado en Cádiz, el 6 de noviembre de 2014